La Copa Dorada

Por

Henry James

Freeditorial

LIBRO PRIMERO
EL PRÍNCIPE

Primera parte

Capítulo I

Cuando pensaba en ello, el Príncipe se daba cuenta de que Londres siempre le había gustado. El Príncipe era uno de esos romanos modernos que encuentran junto a las orillas del Támesis una imagen más convincente de la fidelidad del antiguo estado que la que habían dejado junto a las orillas del Tíber. Formado en la leyenda de aquella ciudad a la que el mundo entero rendía tributo, veía en el actual Londres, mucho más que en la contemporánea Roma, la verdadera dimensión del concepto de Estado. Se decía el Príncipe que, si se trataba de una cuestión de Imperium, y si uno quería, como romano, recobrar un poco ese sentido, el lugar al que debía ir era al Puente de Londres y, mejor aún, si era en una hermosa tarde de mayo, al Hyde Park Corner. Sin embargo, a ninguno de estos dos lugares, al parecer centros de su predilección, había guiado sus pasos en el momento en que le encontramos, sino que había ido a parar, lisa y llanamente, a Bond Street, en donde su imaginación, propicia ahora a ejercicios de alcance relativamente corto, le inducía a detenerse de vez en cuando ante los escaparates en los que se exhibían objetos pesados y macizos, en oro y plata, en formas aptas para llevar piedras preciosas o en cuero, hierro, bronce, destinados a cien usos y abusos, tan apretados como si fueran, en su imperial insolencia, el botín de victorias alcanzadas en lejanos pagos. Sin embargo, los movimientos del joven Príncipe en manera alguna revelaban atención, ni siquiera cuando se detenía al vislumbrar algunos rostros que pasaban por la calle junto a él bajo la sombra de grandes sombreros con cintajos, u otros todavía más delicadamente matizados por las tensas sombrillas de seda, sostenidas de manera que quedaban con una intencionada inclinación, casi perversa, en los coches del tipo victoria que esperaban junto a la acera. Los vagos pensamientos del Príncipe eran no poco sintomáticos, por cuanto a pesar de que la época de veraneo había comenzado ya, y con ello a menguar la densidad del tránsito en las calles, se percibían rostros, en esta tarde de agosto, con posibilidades propias de aquel escenario. No obstante, la verdad es que el Príncipe se sentía inquieto hasta el punto de no poder concentrarse, y la última idea que se le hubiera ocurrido entonces hubiese sido la de emprender una persecución, fuera cual fuere su naturaleza.

En el curso de los últimos seis meses, el Príncipe había estado empeñado en una persecución como jamás lo había estado en su vida y esto era lo que le tenía alterado ahora, en el momento en que nos fijamos en él, la idea de justificar su empeño. La captura había sido el premio a su persecución, o, como él mismo habría podido expresar: el éxito había sido el precio de la virtud. Por eso, la fijeza de su pensamiento en este asunto le había puesto de un humor más serio que alegre. Una expresión de austeridad, que hubiera podido confundirse con la de fracaso, cubría su rostro bien parecido, grave y de líneas sólidas y regulares, aunque, al mismo tiempo, extraño por sus ojos azules, el bigote castaño oscuro y unos rasgos, tan levemente «extranjeros» desde el punto de vista inglés, que quizás hubieran motivado el comentario, superficialmente halagador, de que parecía un irlandés «refinado». Lo que había ocurrido era que poco antes, a las tres de la tarde, el destino del Príncipe había quedado marcado casi irremisiblemente y que, aunque pretendiera luchar contra él, se daba una gravedad parecida a la que se produce cuando después de cerrar con la más fuerte cerradura que imaginarse pueda, la llave queda trabada en ella. Nada cabía hacer todavía, salvo pensar en lo que se había hecho ya. Y esto era lo que nuestro personaje pensaba mientras paseaba sin rumbo. Equivalía a haberse casado, habida cuenta del carácter definitivo con que los abogados, a las tres de la tarde, habían permitido que se fijara la fecha de la boda, ahora ya tan cercana. A las ocho y media en punto, cenaría con la señorita en cuya representación, y en la de su padre, los abogados londinenses habían llegado a un acuerdo inspiradamente armonioso con el representante del Príncipe, el pobre Calderoni, recién llegado de Roma. Éste se hallaba ahora en el extraño trance de que el señor Verver en persona le enseñara Londres, antes de partir a toda prisa camino de Roma. Sí, el propio señor Verver, que tan poca importancia daba a sus millones y que, en los acuerdos prematrimoniales, en nada había influido para imponer el principio de reciprocidad. Y la reciprocidad que más sorprendía al Príncipe en esos momentos era la que consistía en que el señor Verver obsequiara con su compañía a Calderoni, para enseñarle los leones enjaulados. Si algo había en el mundo que el joven Príncipe se propusiera en el momento presente era ser mucho más digno y decente, en su calidad de yerno, de lo que lo habían sido, como tales, gran número de sus amigos. Pensaba en aquellos amigos de los que él tanto se diferenciaría, en idioma inglés. Mentalmente, utilizaba términos ingleses para expresar esas diferencias, porque, debido a estar familiarizado con esta lengua desde sus más tiernos años, no hallaba en ella el más leve rastro de barbarismo, ni al oído ni a la lengua, y le parecía cómoda en la vida para gran número de relaciones. Y, cosa rara, también la encontraba cómoda para hablar consigo mismo, aun cuando no olvidaba que, con el paso del tiempo, podían dársele otras relaciones entre las que cabría incluir una más íntima gradación de esa relación consigo mismo, en la que utilizaría,

posiblemente con violencia, el instrumento más grande o más afinado —¿cuál de las dos características?— de su lengua materna. La señorita Verver le había dicho que hablaba demasiado bien el inglés y que éste era su único defecto, pero el Príncipe hubiera sido incapaz de hablar peor esa lengua, ni siquiera para complacer a la señorita Verver. El Príncipe había dicho:

—Cuando quiero hablar mal, hablo en francés.

Con esto insinuaba que había ocasiones, generalmente propicias a la injuria, en las que el francés era el idioma más adecuado. La muchacha dio a entender al Príncipe que estimaba que estas palabras no suponían más que un comentario acerca del francés, idioma que ella hablaba y que siempre había deseado hablar bien o, por lo menos, mejor. Y además, que había puesto de manifiesto su evidente convencimiento de que el uso del francés exigía una inteligencia que ella jamás llegaría a poseer. Él dio respuesta a estas palabras —respuesta afable y encantadora, como todas las que la otra parte contratante había recibido del Príncipe en los acuerdos del día de hoy— diciendo que se dedicaba a practicar el norteamericano, a fin de poder conversar en igualdad de condiciones, valga la expresión, con el señor Verver. Su futuro suegro, dijo, dominaba de tal manera el norteamericano que él siempre quedaba en desventaja cuando hablaban. Además, el Príncipe había hecho a la muchacha una observación que la conmovió más que ninguna otra de las suyas.

—Tu padre es un verdadero galantuomo, sin la menor duda. En este aspecto hay muchos falsarios. Estoy convencido de que tu padre es el hombre más bueno que he conocido en mi vida.

La muchacha respondió alegremente a estas palabras:

—¿Hay alguna razón para dudarlo?

Fue precisamente esta pregunta la que indujo al Príncipe a pensar. Las realidades, o por lo menos muchas de las realidades que hacían que el señor Verver fuera como era, parecían demostrar la falsedad de otras realidades que, en el caso de otras personas que el Príncipe conocía, no habían producido el mismo resultado. El Príncipe repuso:

—El estilo de tu padre puede suscitar dudas.

La chica no había pensado en esto.

—¿El estilo de papá? No tiene.

—Efectivamente, no tiene ni estilo. Ni siquiera el tuyo. Riéndose, la muchacha observó:

—Muchas gracias por el «ni siquiera».

—¡Querida, tu estilo es maravilloso! Pero tu padre tiene su propio estilo.

He podido advertirlo. No lo dudes, lo tiene. Y lo más importante es que ese estilo es el que le ha hecho destacar.

En este punto, nuestra muchacha se mostró en desacuerdo:

—Su bondad es lo que le ha hecho destacar.

—Querida, a mi juicio, la bondad jamás ha hecho destacar a nadie. La verdadera bondad es, precisamente, lo que impide destacar a la gente.

Esta distinción hecha por él mismo le interesó y divirtió, y añadió:

—No. Se debe a su estilo, que le pertenece sólo a él.

La muchacha, dudando todavía, dijo:

—Es el estilo norteamericano. Nada más.

—Exactamente. Esto es todo. Es un estilo que le cuadra, y en consecuencia ha de ser bueno a determinados efectos.

Sonriendo, Maggie Verver le preguntó:

—¿Crees que sería bueno para ti?

La respuesta que el Príncipe dio a esta pregunta fue la más feliz que podía dar:

—Si realmente quieres saberlo, querida, y teniendo en cuenta cómo soy, creo que no hay nada que pueda perjudicarme o beneficiarme, y esto tendrás ocasión de comprobarlo. Puedes decir, si quieres, que soy un galantuomo, de lo cual albergo fervientes esperanzas, aunque, en realidad, se me puede comparar con un pollo, en el mejor de los casos, troceado y con salsa, o transformado en crême de volaille, sin la mitad de las partes. Tu padre, por el contrario, es el ave al natural, correteando por la basse cour. Sus plumas, sus movimientos, los sonidos que emite, todo esto son las partes que, en mi caso, faltan.

—¡Menos mal, porque los pollos vivos no se pueden comer!

Estas palabras no enojaron al Príncipe, a pesar de lo cual les dio una enérgica respuesta:

—Bueno, la verdad es que estoy comiéndome vivo a tu padre, que es la única manera de saborearlo. Y quiero seguir haciéndolo, porque como quiera que, cuando habla en norteamericano, es cuando más vivo está, debo cultivar su manera de hablar, para seguir gozando. Tu padre jamás conseguiría formar a otro hombre parecido a él, en ningún otro idioma.

Poco importaba que la muchacha siguiera remisa a dar la razón al Príncipe, pues su renuencia no era más que fruto del placer que sentía:

—Pues yo creo que mi padre podría conseguir que te parecieras a él, en chino.

—Sería un trabajo innecesario. Quiero decir que tu padre es el resultado inevitable de un gran carácter. En consecuencia, lo que me gusta es ese carácter que ha hecho posible la existencia de una persona como tu padre.

Riendo, la muchacha observó:

—Pues tendrás sobradas ocasiones de oírlo antes de acabar con nosotros.

Éstas fueron las únicas palabras que verdaderamente consiguieron hacer que el Príncipe frunciera el entrecejo.

—Por favor, ¿qué quieres decir con «acabar con nosotros»?

—Hasta que nos conozcas totalmente.

El Príncipe pudo contestar como si se tratara de una chanza:

—Mi amor, ya he comenzado a hacerlo. A mi juicio, ya os conozco lo suficiente para no sorprenderme jamás de nada.

Después de una pausa, prosiguió:

—Vosotros sois quienes no sabéis nada. Consto de dos partes.

Sí, hasta este punto la muchacha había inducido al Príncipe a hablar. Continuó:

—Una de las dos partes es consecuencia de la Historia, de los hechos, los matrimonios, los crímenes, las locuras, las bêtises sin límites de otras personas; principalmente es el resultado del indignante derroche de dinero que hubiera debido ir a parar a mis manos. Estos hechos constan por escrito en libros que llenan literalmente estanterías enteras en las bibliotecas y son tan conocidos como abominables. Cualquiera puede conocerlos, y vosotros dos habéis sabido enfrentaros a ellos cara a cara, lo que me parece maravilloso. Pero hay otra cosa, mucho más pequeña, que, sin la menor duda y a pesar de ser pequeña, representa mi individualidad, mi calidad personal desconocida y carente de importancia —carente de importancia para todos salvo para vosotros—. De esta parte, nada habéis descubierto.

Valerosamente, la muchacha había contestado:

—Afortunadamente, querido; de lo contrario, ¿adónde iría a parar la prometida ocupación de mi futuro?

Incluso ahora, el joven Príncipe recordaba lo extraordinariamente diáfano —de ninguna otra manera podía calificarlo— y bello que era el aspecto de la muchacha, cuando dijo estas palabras. También recordaba que, sinceramente, le había contestado:

—Ya sabes que los reinados más felices son los reinados sin historia. Convencida de la verdad de sus palabras, la muchacha observó:

—¡La historia no me da miedo! Si quieres, puedes llamarla la parte mala.

Ahora bien, tu historia se te nota a la legua.

Y Maggie Verver también dijo:

—Si no, ¿qué crees que me indujo a fijarme en ti, al principio? No fue, como supongo que notaste, eso que llamas tu calidad personal, tu individual personalidad. Fueron las generaciones que llevas detrás, las locuras y los crímenes, los expolios y los derroches, aquel perverso papa, el más monstruoso de todos, al que tantos volúmenes de tu biblioteca familiar están dedicados. Ya he leído dos o tres, y pienso dedicarme a leer cuantos pueda, tan pronto tenga tiempo.

Luego, la muchacha había insistido:

—¿Y dónde estarías tú, sin tus archivos, tus anales y tus infamias?

Ahora, el Príncipe recordaba la grave contestación que había dado a esta pregunta:

—Quizá estuviera en una situación pecuniaria un tanto mejor.

Pero su actual situación, en el aspecto mencionado, importaba tan poco a los Verver que el Príncipe había tenido oportunidades más que suficientes para percatarse de ello, hasta tal punto en su propia ventaja, que ahora no recordaba la contestación que la muchacha le había dado, aunque sí le constaba que había endulzado las aguas en que él flotaba, las había perfumado cual una esencia escanciada de un tarro con boca de oro, para dar aroma a las aguas en que se bañaba. Nadie, antes que él, ni siquiera el infame papa, había estado sumergido hasta el cuello en semejantes aguas. Lo cual venía a demostrar cuán difícil era, a fin de cuentas, que un miembro de su linaje pudiera hurtarse a la historia. ¿Ya qué se debía, sino a la historia, sí, a su especial historia, la seguridad de disfrutar de más dinero todavía que aquel en que el mismísimo constructor del palacio había soñado? Éste era el elemento que hacía flotar al Príncipe, sobre el que Maggie esparcía de vez en cuando gotas que le daban color. ¿De qué color, entre tantos como hay en el mundo? ¿De qué color, si no, era el de la extraordinaria buena fe norteamericana? Era del color de la inocencia de Maggie y, al mismo tiempo, de la imaginación de la muchacha. Éste era el color que impregnaba íntegramente su relación, la relación del Príncipe con los Verver. Lo que el Príncipe había dicho a continuación lo recordaba ahora, en este momento en que le hemos sorprendido recogiendo los ecos de sus propios pensamientos mientras pasea, ocioso. Y le viene a la memoria debido a que sus palabras fueron la voz de su buena suerte, el

tranquilizante sonido que siempre le acompañaba:

—Vosotros, los norteamericanos, sois casi increíblemente románticos.

—Claro que sí. Y a esto se debe precisamente que todo sea tan agradable para nosotros.

El Príncipe preguntó:

—¿Todo?

—Bueno, todo lo que es agradable, por poco que lo sea. El mundo, el hermoso mundo, y todo lo que hay en él que sea hermoso. Quiero decir que tenemos esta visión.

El Príncipe la había mirado durante unos instantes, con claro conocimiento de lo mucho que la muchacha le había impresionado en lo tocante al mundo, considerándolo una realidad hermosa, una de las más hermosas realidades. Pero el Príncipe le había dado la siguiente contestación:

—Veis demasiado, y esto es precisamente lo que a veces os crea dificultades.

Una breve reflexión le indujo a matizar estas palabras:

—Salvo cuando veis demasiado poco.

Pero el Príncipe consideró que había comprendido bien el significado de las palabras de la muchacha y estimó que quizá su advertencia había sido innecesaria. Había sido testigo de las locuras del carácter romántico, pero, al parecer, en el romanticismo de los Verver no se daban locuras, sino que era preciso reconocer que éste sólo les reportaba inocentes placeres, placeres de castigo. Sus goces constituían un tributo al prójimo, sin que ello les comportara ninguna pérdida.

Sin embargo, lo más gracioso, manifestó respetuosamente, era que el padre de la muchacha, a pesar de ser mayor y más sabio y, además, hombre, era tan insensato, o tan sensato, como su propia hija.

La muchacha, al escuchar semejantes palabras, había declarado inmediatamente:

—¡Oh, es mucho mejor que yo! ¡Bueno, o mucho peor! Sus relaciones con las cosas que le importan, y esto me parece hermoso, son absolutamente románticas. Por esto, su vida aquí, considerada íntegramente, es la cosa más romántica que he visto en mi vida.

—¿Te refieres a la idea que tiene de su tierra natal?

—Sí, y a su colección, y al museo que desea construir para alojarla, que, como sabes, es lo que más le importa en el mundo. Es la obra de su vida y el

motivo de todos sus actos.

El joven Príncipe, en su estado de humor actual, hubiera podido sonreír, sonreír delicadamente, tal como antes había sonreído a la muchacha; y le dijo:

—¿Y el museo ha sido lo que le ha inducido a aceptarme como yerno?

—Sí, querido, sin la menor duda. O, por lo menos, en cierta medida. Mi padre no nació en American City, pues, a pesar de que no es viejo, la ciudad es joven comparada con él. Mi padre comenzó a trabajar en ella, le tiene cariño, y la ciudad ha crecido, como dice mi padre, igual que el programa de una función teatral benéfica.

A continuación, la chica explicó:

—De todas maneras, tú formas parte de su colección, eras una de esas cosas que sólo aquí se pueden conseguir. Un objeto raro, bello, caro. Quizá no seas absolutamente único, pero eres un ser tan curioso, tan notable, que hay muy pocos que se te parezcan. Perteneces a una clase de la que todo se conoce. Eres lo que se llama un morceau de musée.

El Príncipe se arriesgó a comentar:

—Comprendo, es igual que si llevara un gran cartel que dijera que cuesto mucho dinero.

Con gravedad, la muchacha repuso:

—No tengo la menor idea de tu precio.

Y, en aquel momento, al Príncipe le gustó inmensamente el modo en que dijo estas palabras. Incluso se sintió, por el momento, vulgar. Pero sacó el máximo partido a las palabras de la muchacha:

—¿No crees que lo averiguarías, si llegara el momento de prescindir de mí? En ese caso, mi valor sería objeto de estimación.

La muchacha le dirigió una deliciosa mirada, como si el valor del Príncipe estuviera allí, a la vista, y contestó:

—Sí, siempre y cuando se tratara de pagar para no perderte.

Y he aquí lo que estas palabras indujeron al Príncipe a decir:

—No hables de mí. A fin de cuentas, eres tú quien no pertenece al tiempo presente. Eres un ser perteneciente a una época más valerosa y más bella; el Cinquecento, en su momento más áureo, no se hubiera avergonzado de ti. Y sí de mí, hasta tal punto que, si no hubiera visto algunas de las piezas adquiridas por tu padre, temería las críticas que hicieran de mí los especialistas de American City.

A continuación, había preguntado, no sin aprensión:

—De todas maneras, ¿no se te habrá ocurrido mandarme a American City para mayor seguridad?

—Bueno, quizá nos veamos obligados a ir.

—Contigo iría a cualquier sitio.

—Ya veremos. Todo depende de si nos vemos obligados a ir. Hay algunos objetos que mi padre mantiene apartados, son los objetos más grandes, los de más difícil manejo, y estos objetos los tiene almacenados, formando grandes grupos, aquí, en París, en Italia, en España, en almacenes, en sótanos, en bancos, en cajas fuertes, en maravillosos sitios secretos… Nos hemos portado como un par de piratas, como auténticos piratas de comedia, esa clase de piratas que se intercambian un guiño y exclaman: «¡Ajá!», cuando llegan al punto en que tienen escondido el tesoro. El nuestro está escondido un poco en todas partes, salvo aquellos objetos que nos gusta ver, los objetos con los que viajamos, los que tenemos a nuestro alrededor. Éstos, que son los más pequeños, son los que sacamos y disponemos lo mejor que podemos, los que llevamos a los hoteles en que nos alojamos y a aquellas casas que alquilamos para hacerlas menos feas. Desde luego, estos objetos corren peligro, y tenemos que vigilarlos. Pero a papá le gustan las cosas bellas, le gusta, como dice él, lo bueno que hay en ellas, y con tal de gozar de su compañía acepta los riesgos consiguientes.

Después de una pausa, Maggie observó con énfasis:

—Hemos tenido una suerte extraordinaria, no hemos perdido nada todavía. Los objetos más bellos a menudo son los más pequeños. En muchos casos, como bien sabes, el valor no guarda ninguna relación con el tamaño.

Maggie concluyó:

—Pero no hemos perdido nada, ni siquiera la pieza más pequeña. Riendo, el Príncipe dijo:

—¡Me gusta la clasificación que me has dado! Yo seré una de esas piezas menudas que sacas de la maleta y pones entre las fotografías de la familia y los semanarios recién comprados en un hotel, o, en el peor de los casos, en una casa alquilada, maravillosa como ésta en la que nos encontramos. Pero, al parecer, no soy un objeto de tan gran tamaño que exija ser enterrado.

—Querido, no te enterrarán hasta después de haber muerto. A no ser que, a tu juicio, ir a American City equivalga a estar enterrado.

—Antes de llegar a conclusión alguna a este respecto, sería preciso que viera mi tumba.

De esta manera, y siguiendo lo que era inveterado en él, el Príncipe dijo la última palabra en aquella conversación. Pero volvió cierta observación que había acudido a sus labios al principio y que había retenido:

—Tanto si soy bueno, como malo o indiferente, creo que hay en mí una cosa en la que tienes fe.

Estas palabras habían tenido un tono solemne, incluso a los oídos del propio Príncipe, pero la muchacha las interpretó alegremente:

—¡Por favor, no me limites a «una» cosa! Querido, son muchas las cosas que hay en ti en las que tengo fe, de manera que unas cuantas seguirán suscitando mi fe, aunque la mayoría queden hechas cisco. Y ya me he ocupado de este problema. He dividido mi fe en compartimentos estancos. ¡Debemos hacer lo preciso para no hundirnos!

—¿Realmente crees que no soy hipócrita? ¿Reconoces que no miento, ni finjo, ni engaño? ¿Está protegida esa creencia en el interior de un compartimento estanco?

Estas preguntas, a las que había dado cierto énfasis, habían hecho, recordaba ahora el Príncipe, que Maggie le mirara fijamente durante unos instantes y que subiera un tanto el color de su rostro, como si las palabras hubieran resultado todavía más extrañas de lo que él se había propuesto. Advirtió inmediatamente que toda conversación seria centrada en la veracidad, en la lealtad o en la carencia de una y otra, cogía desprevenida a Maggie como si no estuviera preparada para hablar de estos asuntos. El Príncipe ya había reparado anteriormente en ello. Era el síntoma inglés y norteamericano indicativo de que el engaño, lo mismo que «el amor», debía tomarse a broma. No se podía «profundizar». Por esto, el tono de sus preguntas fue, por lo menos, prematuro. Pero, al mismo tiempo, un error digno de ser cometido, en méritos del tono casi exageradamente burlón en el que la respuesta de Maggie se refugió:

—¿Compartimento estanco? ¿El mayor de todos ellos? ¡Bueno, es más que eso! ¡Es como todo un barco, es la mejor cabina, la cubierta principal, la sala de máquinas y la despensa! ¡Es más que un barco, es todos los barcos de la compañía! ¡Es la mesa del capitán, y todo mi equipaje, y todas las lecturas del viaje!

Maggie empleaba imágenes así, sacadas de buques y trenes, por estar familiarizada con «compañías marítimas», con el empleo de coches propios, por conocer continentes y mares, que el Príncipe, por el momento, todavía no estaba en condiciones de emular. Maggie empleaba imágenes de grandes máquinas y organizaciones modernas que el Príncipe todavía no conocía, pero que formaban parte integrante de la situación en la que ahora se hallaba; por

eso pensaba serenamente que quizá su futuro quedara destrozado al tropezar con todo aquello.

A pesar de estar satisfecho con su compromiso matrimonial y de estimar que su futura esposa era una muchacha encantadora, la visión que el Príncipe tenía de aquella forma de vida de la muchacha era el principal objeto de su «enamoramiento», hasta el punto de que constituía un fuerte contraste con su interna disposición mental, contraste que él tenía la inteligencia suficiente de percibir con claridad. Su inteligencia le inducía a sentirse muy humilde, a desear no ser en manera alguna duro ni voraz, a no insistir en los derechos que le correspondían según los acuerdos adoptados; en resumen, a no comportarse con arrogancia ni con codicia. Y realmente, aunque fuera extraño, la sensación de este último peligro era, al mismo tiempo, un claro ejemplo de su actitud con respecto a los peligros procedentes de su fuero interno. Personalmente, estimaba el Príncipe, carecía de los vicios antes mencionados, de lo cual se alegraba. Pero, por otra parte, las gentes de la aristocracia habían tenido semejantes vicios en alto grado, y el Príncipe era todo él un aristócrata. La presencia de su alcurnia era como la percepción de un irresistible aroma que empapaba sus ropas, sus manos, su cabello y toda su persona, igual que si hubiera sido sumergido en un baño químico. El efecto no se advertía en parte concreta alguna, pero él se sentía constantemente a merced de las causas. Conocía muy bien la historia que precedió a su nacimiento, la conocía con todo detalle, y tenía el hábito de no perder de vista jamás las causas. ¿Y qué era ese franco reconocimiento de aquella fea historia, se preguntaba, sino parte del cultivo de la humildad? ¿Qué era aquel paso tan importante que acababa de dar, sino expresión del deseo de entrar en una nueva historia que, en la medida de lo posible, fuera contradicción e, incluso, en caso necesario, flagrante deshonra de la antigua? Si lo que ahora había conseguido no era suficiente, tendría que hacer algo distinto. Reconocía paladinamente —siempre en su humildad— que el instrumento que desde ahora debería utilizar tendría que ser el que le proporcionaran los millones del señor Verver. Para el Príncipe sólo esto existía en el mundo, ya que anteriormente había buscado otros medios, había mirado a su alrededor, y había visto la realidad. Pero, al mismo tiempo, el Príncipe, a pesar de ser humilde, no lo era tanto como para juzgarse frívolo o estúpido. Estimaba —lo cual quizá divierta a su biógrafo— que cuando uno era tan estúpido que se equivocaba en lo tocante a esta clase de problemas, sabía que se equivocaba. En consecuencia, él sabía que no se equivocaba y que su futuro sería científico. Nada había en su persona que impidiera el carácter científico de su futuro. Se estaba aliando con la ciencia y, a fin de cuentas, ¿qué es la ciencia sino la carencia de prejuicios aliada con el dinero? Su vivir rebosaría de maquinaria, que es el antídoto de la superstición; superstición que es, a su vez, en gran medida, la consecuencia, o por lo menos la emanación, de los archivos. Consideraba que esas realidades —la de no ser

totalmente inútil y la de su absoluta aceptación de los cambios de la época que se le avecinaba— restablecían el equilibrio de su ser, hasta ahora de tan diferente manera juzgado. Los momentos en que menos seguro se sentía de sí mismo eran aquellos en los que llegaba a pensar que, caso de ser realmente inútil, tal defecto le hubiera sido perdonado. Según tan absurdo parecer, creía que él, incluso con la tarta de la inutilidad, hubiera sido apetecible. Hasta tal punto llegaba la tolerancia del espíritu romántico de los Verver. Los pobrecillos ni siquiera sabían, a este respecto —el de la inutilidad— lo que la genuina palabra significaba. Él sí lo sabía, porque había visto la inutilidad, la había practicado y le había tomado las medidas. Se trataba de un recuerdo sobre el que debía bajar el telón de la misma manera que, mientras caminaba, bajaban las contraventanas de una tienda que cerraba temprano aquel perezoso día de verano, accionadas por una manivela. He aquí que de nuevo veía maquinaria a su alrededor, que era dinero, que era poder: el poder de los pueblos ricos. Pues bien, ahora él pertenecía a un pueblo rico, estaba de parte de los ricos, o quizá, lo que era aún más agradable, los ricos estaban de su parte.

Algo parecido a lo anterior era, por lo menos, el aire moral y el murmullo que le acompañaba al caminar. Esto hubiera sido ridículo —que tal moral brotara de tal fuente— si la gravedad de la opresión que he hecho constar al principio no guardara cierta armonía con la gravedad del momento. Otra circunstancia era la inminente llegada del grupo procedente de Italia. A primeras horas de la mañana acudiría a recibirles a Charing Cross: a su hermano menor, que se había casado antes que él pero cuya esposa, de raza semita y que aportó una dote suficiente para dorar la píldora, no se hallaba en condiciones de viajar; a su hermana con su marido, milaneses de lo más anglófilo que cabía encontrar; a su abuelo materno, el diplomático menos activo que se pueda imaginar; y su primo romano, Don Ottavio, el ex diputado y pariente más disponible entre todos los ex diputados y parientes. Se trataba de una escasa representación de consanguíneos que, a pesar de los deseos de Maggie de mantener en secreto la boda, le acompañarían al altar. Eran realmente pocos, pero formarían un grupo sin duda más numeroso que aquel otro que la novia pudiera convocar, porque, al carecer de riqueza, en lo referente a parentesco, a pocos podía elegir y, por otra parte, no quería recurrir a las invitaciones injustificadas. La actitud de la muchacha en esta materia había interesado al Príncipe, quien la había aceptado plenamente, y, al aceptarla, le había proporcionado una visión, claramente agradable, de la clase de criterios discriminatorios por los que su futura esposa se regiría, que eran de una naturaleza que armonizaba perfectamente con sus gustos. Le había dicho Maggie que tanto ella como su padre carecían de familia cercana y no estaban dispuestos a que su lugar fuera ocupado por parientes de mentirijillas, ni tampoco a salir por los caminos a buscar invitados. Sí, desde luego,

conocían a mucha gente, pero el matrimonio era cosa íntima. A los amigos se les invitaba cuando se tenían familiares y parientes; sí, en este caso, se invitaba a todos. Pero no se les invitaba solos, para que cubrieran la falta de parientes y parecieran lo que en realidad no eran. Maggie sabía lo que quería y lo que le gustaba, y el Príncipe estaba plenamente dispuesto a aceptarlo, estimando que ambos hechos eran de buen augurio. El Príncipe esperaba y deseaba que Maggie fuera una mujer con carácter. Sí, su esposa debía tener carácter, y el Príncipe no temía que fuera excesivo. En otro tiempo tuvo que tratar con buen número de personas dotadas de carácter, principalmente con tres o cuatro eclesiásticos, entre los que descollaba su tío abuelo, el Cardenal, que había influido y participado en su educación, cosa que a él jamás le alteró ni inquietó. En consecuencia, esperaba con notable interés que este rasgo concurriera en quien iba a convertirse en la persona más íntimamente ligada a su vivir. Cuando advertía un rasgo de carácter en el comportamiento de Maggie, estimulaba su desarrollo.

Por lo tanto, en los momentos presentes, el Príncipe tenía la sensación de que todos sus papeles estaban en regla, de que el balance de sus cuentas cuadraba como jamás en su vida había cuadrado, por lo que podía darle un seco carpetazo. Sin duda alguna, la carpeta volvería a abrirse por sí misma con la llegada de los romanos, o quizá volviera a abrirse con ocasión de la cena de aquella misma noche, en Portland Place, en donde el señor Verver había sentado sus reales de tal botín tomado a Darío. Pero lo que definía la crisis del Príncipe era, tal como he dicho, la conciencia que tenía de las dos o tres horas inmediatas. Detenía sus pasos en las esquinas y en los cruces de las calles, y ante él y a oleadas se alzaba aquella conciencia, clara en cuanto a su origen aunque vaga en lo referente a su fin, de la que he hablado al principio, la conciencia que le impulsaba a hacer algo por sí mismo, cualquier cosa, antes de que fuera demasiado tarde. Cualquier amigo a quien se hubiera confesado se habría reído francamente de este impulso y de que el Príncipe hubiera recurrido a él para tal confesión. Pero, a fin de cuentas, ¿por qué y por quién, sino por sí mismo y por las grandes ventajas anejas, iba él a casarse con una muchacha extraordinariamente encantadora, cuyas dotes, las de la clase sólida, estaban tan garantizadas como su dulzura? No iba el Príncipe a hacerlo todo por ella. Sin embargo, ocurrió que se había entregado con tanta libertad de pensar sin llegar a nada concreto, que poco tardó en alzarse ante él claramente definida la imagen de una persona amiga a la que el Príncipe a menudo había calificado de irónica. El Príncipe dejó de rendir el tributo de su atención a las caras que pasaban, para permitir que su impulso creciera y adquiriese fuerza. La juventud y la belleza apenas conseguían hacerle volver la cabeza, pero la imagen de la señora Assingham le obligó a detener un coche de alquiler. La juventud y la belleza de la señora Assingham pertenecían, más o menos, al pasado, pero el hecho de encontrarla en casa, como probablemente la

encontraría, significaba «hacer» lo que él todavía tenía tiempo de hacer, daría una razón a su inquietud y, en consecuencia, le apaciguaría un tanto. Reconocer la conveniencia de aquella especial peregrinación —la señora Assingham vivía bastante lejos, en la alargada Cadogan Placere— presentaba, en realidad, suavizar un poco su inquietud. Percibir la oportunidad de darle las gracias, y de hacerlo en el momento en que lo iba a hacer, era el único problema que le preocupaba, como comprendía ahora, camino de la casa de la señora Assingham. Sí, exactamente ella, la señora Assingham, representaba, encarnaba, las ambiciones del Príncipe, y la agradable personalidad de esta señora era la fuerza que las había puesto en acción, sucesivamente, una tras otra. Ella era quien había hecho el matrimonio del Príncipe, de una manera tan real como su papal antepasado había hecho a la familia del Príncipe, a pesar de que éste no alcanzaba a comprender por qué la señora Assingham se había comportado así, a no ser que se tratara de una mujer perversamente romántica. Él no había sobornado a la señora Assingham ni la había convencido y nada le había dado hasta el momento, ni siquiera las gracias, por lo que los beneficios de esta señora —dicho sea vulgarmente— forzosamente debían de proceder, en su integridad, de los Verver.

Sin embargo, el Príncipe todavía pudo advertirse a sí mismo que estaba muy lejos de suponer que la señora Assingham hubiera sido groseramente remunerada. Tenía la certeza de que no era así, porque si el mundo se dividiera entre gente que acepta obsequios y gente que no los acepta, la señora Assingham quedaría englobada entre quienes forman la clase correcta y digna. Pero, por otra parte, su desinteresada conducta daba miedo, por cuanto significaba tremendos abismos de confianza. Admirable era el cariño que la señora Assingham sentía por Maggie, para quien poseer semejante amiga bien podía situarse entre las partidas de sus «activos». Pero la gran demostración del afecto de la señora Assingham había consistido en hacer lo preciso para que fraguara la relación entre el Príncipe y Maggie. Al tratar al Príncipe durante un invierno en Roma, encontrarle después en París y gustarle, como francamente le dijo desde un principio, la señora Assingham le había conferido la distinción de ser uno de sus jóvenes amigos y, de esta manera, le había rodeado de una inconfundible aureola, con la cual le había presentado. Sin embargo, el interés de la señora Assingham por Maggie —y ahí estaba la clave— poco habría significado sin el interés de la señora Assingham por el Príncipe. ¿Y cuál era el origen de este sentimiento que no había sido solicitado ni recompensado? ¿En qué había beneficiado el Príncipe —y ésta era la misma pregunta que se hacía con respecto al señor Verver— a la señora Assingham? Para el Príncipe recompensar a una mujer —lo mismo que formularle una petición— consistía, más o menos, en hacerle el amor. Ahora bien, a su entender, él jamás había hecho el amor, ni en el menor grado, a la señora Assingham, y creía que tampoco ésta lo hubiera creído ni por un instante. En

la actualidad al Príncipe le gustaba distinguir a las mujeres a las que no había hecho el amor, por cuanto ello representaba —y esto era lo que le complacía— que se encontraba en una etapa de su vida diferente de aquella otra en la que le gustaba distinguir a las mujeres a quienes había hecho el amor. Y además de todo lo dicho, la señora Assingham jamás se había mostrado agresiva o resentida. ¿Se había dado el caso de que en alguna ocasión ella le hubiera reprochado algo? Esas cosas, los motivos que animaban a aquella clase de personas, eran oscuras, de una oscuridad un tanto alarmante, y formaban parte del elemento incomprensible que matizaba la buena suerte del Príncipe. Recordaba haber leído, siendo muchacho, un maravilloso cuento de Edgar Allan Poe, compatriota de su futura esposa, que demostraba, dicho sea incidentalmente, la gran imaginación que los norteamericanos pueden tener. Se trataba de la historia de un náufrago, Gordon Pym, que navegando a la deriva en una barquichuela hacia el Polo Norte —¿o era el Polo Sur?— llegó a acercarse a él más de lo que nadie había logrado y, en determinado momento, se encontró ante una masa de denso aire blanco que era como una deslumbrante cortina de luz que lo ocultaba todo, tal como lo oculta la oscuridad, aun cuando su color era el de la leche o la nieve. Había momentos en que el Príncipe tenía la impresión de que su barquichuela se dirigía hacia tan misterioso fenómeno. El estado mental de sus nuevos amigos, incluyendo entre ellos a la señora Assingham, guardaba cierto parecido con la gran cortina blanca. Las únicas cortinas que el Príncipe había conocido eran rojas, negras o de colores intermedios, destinadas a producir, allí donde colgaban, oscuridades intencionadas y severas. Cuando estaban dispuestas para ocultar sorpresas, las sorpresas solían tener el carácter de sobresaltos.

Sin embargo, de las fuentes antes mencionadas, no eran sobresaltos lo que a su juicio cabía razonablemente esperar, sino que le pareció que podían proporcionarle algo, todavía no calificado, pero que, para darle una denominación aproximada, hubiera llamado «grado de confianza depositada en él». Durante el mes anterior estuvo paralizado y sumido en la meditación, súbitamente nacida o renacida, acerca de lo que él esperaba en términos generales. Lo curioso del caso radicaba en que no se trataba de esperar de él algo determinado, sino de una presunción amplia, blanda y blanca de estar él dotado de unos méritos casi incalificables, de una calidad y valor esenciales. Era como si fuera una vieja y rara moneda hecha con un oro de tal pureza que ya hubiera dejado de emplearse, con la impronta de unas artes medievales gloriosas y maravillosas, cuyo valor, al cambio moderno, en soberanos y en medias coronas, fuera realmente notable, pero, debido a que había medios más sutiles de utilizarla, tal valoración resultaba superflua. Ésta era la imagen más segura en la que aún le estaba permitido reposar. Iba a constituirse en una posesión, pero, al mismo tiempo, se resistía a quedar reducido a la suma de las diversas partes que lo componían. ¿Y qué significaba esto, sino que, si no le

«daban el cambio», jamás sabrían —y tampoco él lo sabría— cuántas libras, chelines y peniques valía? De todas maneras, por el momento, estas preguntas carecían de respuesta. Lo único que el Príncipe tenía ante sí era la realidad de que le habían investido de tributos. Le tomaban en serio y perdida en la blanca niebla se encontraba la seriedad ajena con que era tomado. Esta seriedad se daba incluso en la señora Assingham, a pesar de estar dotada, como a menudo había demostrado, de espíritu burlón. Lo único que el Príncipe podía decir era que, por el momento, nada había hecho para romper el hechizo. ¿Qué ocurriría si esta misma tarde preguntara con sinceridad a la señora Assingham qué había, desde el punto de vista moral, detrás de su blanca cortina de velos? Equivaldría a preguntar qué esperaban de él. La señora Assingham probablemente contestaría: «¡Bueno, ya sabe, es lo que nosotros esperamos que usted sea!». Ante esta contestación al Príncipe no le quedaría más remedio que responder que ignoraba lo que debía ser. ¿Rompería el hechizo, al decir que no tenía la más leve idea al respecto? ¿Y, en realidad, qué idea podía tener? Por otra parte, también se tomaba en serio a sí mismo; sí, era para él una cuestión de puntillo, aunque no, simplemente una cuestión de fantasía o pretensión. De vez en cuando, el Príncipe veía modos y maneras de dar el debido tratamiento a la estimación que de sí mismo tenía. Pero la estimación ajena, dijeran lo que dijesen, tendría que ser sometida a una prueba práctica en un momento u otro. Y como quiera que la prueba práctica tendría que ser forzosamente proporcionada al conjunto de sus atributos, se llegaba de inmediato a una escala que, honradamente, él no podía siquiera vislumbrar. ¿Quién, salvo el poseedor de miles de millones, podía determinar el valor de mil millones? Esta medida era el objeto oculto por los velos, pero el Príncipe, cuando el coche de alquiler en que viajaba se detuvo en Cadogan Place, se sintió más cerca del velo. Y se prometió a sí mismo darle por lo menos un tirón.

Capítulo II

—Realmente, no son buenos los días presentes.

Éstas fueron las palabras que el Príncipe dijo a Fanny Assingham después de manifestarle la alegría que le producía encontrarla en casa; luego, ya con la taza de té en la mano, le comunicó las últimas noticias, es decir, la firma de los documentos, hacía una hora, de part et d’autre, y el telegrama que le habían enviado sus padrinos, llegados a París en la mañana del día anterior, que ahora descansaban un poco creyendo, los pobrecillos, que estaban viviendo una tremenda aventura.

—Somos gente muy sencilla, comparados con usted, algo así como los primos de provincias.

El Príncipe también observó:

—Para mi hermana y su marido, París es el fin del mundo, por lo que Londres representa más o menos otro planeta. Para ellos, lo mismo que para muchos de nosotros, Londres ha sido siempre La Meca y ésta es realmente su primera peregrinación. La «vieja Inglaterra» ha sido, en su concepto, una gran tienda en la que comprar artículos de caucho y cuero, de los que se han abastecido siempre en la mayor medida posible. Lo cual significa que los verá, a todos, envueltos en constantes sonrisas. Debemos tratarlos sin la menor ceremonia. Maggie es maravillosa y ha hecho los preparativos a una escala tremenda. Insiste en tener invitados en su casa a los sposi y a mi tío. Los otros serán mis invitados. Ya he reservado sus habitaciones en el hotel, y, luego de las solemnes firmas de hace una hora, bien podemos decir que el expediente ha quedado cerrado en lo que a mí respecta.

Divertida, la señora Assingham le preguntó:

—¿Significa esto que está atemorizado?

—Terriblemente. Lo único que puedo hacer ya es contemplar cómo el monstruo se acerca más y más. Son malos días éstos. No son ni una cosa ni otra. En realidad no tengo nada todavía, pero a pesar de eso puedo perderlo todo. Aún no sabemos lo que puede ocurrir.

El modo en que la señora Assingham se rio de él durante un instante casi le irritó. Al Príncipe se le antojó que aquella risa surgía de detrás de la cortina blanca. Era un síntoma de la profunda serenidad de la señora Assingham, una serenidad que más que tranquilizar preocupaba al Príncipe. Y, a fin de cuentas, había acudido allí para que le tranquilizaran, para que le serenaran en su mística impaciencia, para que le dijeran lo que podía comprender y creer. Aquél había sido el objeto de su visita. La señora Assingham le dijo:

—¿De manera que llama usted monstruo al matrimonio? Reconozco que, en el mejor de los casos, el matrimonio da miedo. Pero, por lo que más quiera, si esto es lo que piensa de él, haga cuanto pueda para no huir.

El Príncipe replicó:

—¡No! Huir del matrimonio representaría huir de usted, y ya le he dicho con harta frecuencia lo mucho que confío en usted para que me saque adelante.

Tanto le gustó al Príncipe la manera en que la señora Assingham acogió estas palabras, allí, en el rincón del sofá, que decidió dar a su sinceridad —porque de sinceridad se trataba— la máxima expresión.

—Voy a emprender un largo viaje a través de un mar desconocido; mi barco está aparejado y dispuesto, la carga en su debido lugar, la tripulación completa. Pero parece que estoy incapacitado para viajar solo, mi nave necesita ir emparejada, necesita tener, en la soledad del mar, un… ¿cómo decirlo?, un consorte. No le pido que viaje a bordo conmigo pero necesito ver otra vela para orientarme. Puedo asegurarle que no sé manejar la brújula, pero si me guían, puedo seguir perfectamente a mi guía. Y usted debe serlo para mí.

—¿Y cómo sabrá cuál es el lugar al que le llevo?

—Pues por el medio de tener en cuenta que usted me ha conducido con seguridad al punto en que ahora me encuentro. En realidad jamás hubiera llegado a donde estoy sin usted. Usted me proporcionó la nave y, si bien no ha subido a bordo conmigo, me ha acompañado, siempre con suma bondad, hasta el muelle. Su propia nave está amarrada junta a la mía y, ahora, no puede usted abandonarme.

De nuevo la señora Assingham se mostró divertida, de una manera que al Príncipe incluso le pareció excesiva ya que, con la consiguiente sorpresa, tuvo la impresión de haberle comunicado su nerviosismo. La señora Assingham le estaba tratando como si, en vez de decir verdades, le ofreciera bellas imágenes para su diversión. Sonriente, la señora Assingham dijo:

—¿Mi nave, querido Príncipe? ¿Acaso tengo yo una nave en este mundo? Esta casita es nuestra nave, la de Bob y la mía, y aún damos gracias por tenerla. Hemos viajado mucho, y muy lejos, viviendo, como suele decirse, totalmente al día y sin dar descanso a los pies. Ahora, ha llegado el momento de recalar.

Ante estas palabras, el joven Príncipe protestó, indignado:

—¡Habla usted de descansar! ¡Esto es puro egoísmo! ¿Descansar precisamente cuando me lanza usted a una aventura?

La señora Assingham movió negativamente la cabeza, con expresión de amable lucidez:

—¡Por Dios, no diga usted que se trata de una aventura! Usted ha tenido sus aventuras, de la misma manera que yo he tenido las mías. En ningún momento he pensado que alguno de los dos deba volver a comenzar aventuras. La última de las mías consistió, precisamente, en hacer por usted lo que tan amablemente ha mencionado. Pero todo ha consistido sencillamente en conducirle a puerto seguro. Usted ha hablado de nave, y creo que la comparación no es correcta. Sus zozobras han terminado. Prácticamente se encuentra ya en puerto seguro.

La señora Assingham concluyó:

—En el puerto de las Islas Doradas.

El Príncipe miró a su alrededor para centrarse mayormente en el lugar en que se hallaba. Y, luego, cuando habló dubitativamente, causó la impresión de decir unas palabras que eran sustitución de otras.

—¡Sé perfectamente dónde estoy! Me niego a que me dejen solo, pero el motivo de mi visita ha sido, desde luego, darle las gracias. Si bien es cierto que el día de hoy me ha parecido representar, por primera vez, la terminación de los preliminares, tampoco cabe negar que tales preliminares no hubieran existido sin el concurso de su ayuda. Los primeros corrieron exclusivamente de su cuenta.

—La verdad es que fueron facilísimos.

Sonriente, la señora Assingham añadió:

—Los he visto mucho más difíciles. Debe usted saber que todo se desarrolló por sí solo. En consecuencia, debe usted pensar que todo seguirá desarrollándose de la misma manera.

El Príncipe se apresuró a mostrarse de acuerdo:

—¡Todo se desarrolló de maravilla! Pero fue a usted a quien se le ocurrió. —¡Ya usted también, Príncipe!

Por unos instantes, el Príncipe la miró con cierta dureza, y dijo:

—Usted tuvo la idea antes que yo. En su mayor parte fue más suya que mía.

La señora Assingham le devolvió la mirada, y habló como si sus palabras la hubieran inducido a dudar:

—Ciertamente la idea me gustaba, y en ese sentido interpreto sus palabras, pero tengo la seguridad de que también le gustaba a usted. Insisto en que, en su caso, mi trabajo fue muy fácil. Lo único que tuve que hacer fue hablar en su nombre cuando llegó el momento oportuno.

—Lo que dice es verdad. Pero de todas maneras me está usted abandonando, me deja, se lava las manos de cuanto a mí concierne. Pero no le será fácil, no estoy dispuesto a permitírselo.

El Príncipe volvió a pasar la vista por aquella linda estancia que la señora Assingham acababa de calificar de último refugio, de lugar de paz para un matrimonio fatigado de recorrer el mundo, al que últimamente ella se había retirado en compañía de Bob.

El Príncipe dijo:

—No perderé de vista este lugar. Diga lo que diga, voy a necesitarla. Sabe

muy bien que por nadie renunciaría a usted.

Después de un momento de silencio, la señora Assingham añadió:

—Si usted tiene miedo, que no lo tiene, desde luego, ¿por qué ha de intentar que también lo tenga yo?

El Príncipe esperó unos instantes antes de contestar a la pregunta:

—Usted ha dicho que le «gustaba» el empeño de hacer posible mi compromiso matrimonial. Considero que es hermoso que le gustara, me parece encantador e inolvidable. Pero, además, es misterioso. ¿Por qué, mi querida y deliciosa mujer, le gustaba?

—Realmente no sé exactamente cómo interpretar semejante pregunta. Si a estas alturas no ha sido usted capaz de averiguarlo por sí mismo, ¿qué significado podrá tener para usted cualquier cosa que le diga al respecto?

Como quiera que el Príncipe guardó silencio, la señora Assingham añadió:

—¿Es que a fin de cuentas no se percata, no es consciente, en todo instante, de la perfección de esa criatura de quien le he dado posesión?

—Sí, en todo momento soy consciente y le estoy agradecido. Y ésta es precisamente la base de mi pregunta. No se trató solamente de la cuestión de entregarme usted a mí, sino también de entregarla a ella. Se trataba más de su destino que del mío. Usted tenía de ella el más alto concepto que una mujer pueda tener de otra, y, a pesar de esto, según sus propias palabras, usted gozó al contribuir a que corriera un riesgo.

La señora Assingham había mantenido la vista fija en el Príncipe mientras éste hablaba y esto fue, evidentemente, lo que motivó que repitiera las palabras antes dichas:

—¿Intenta atemorizarme?

—Lo que dice me parece absurdo. No soy vulgar. Al parecer, es usted incapaz de comprender mi buena fe y mi humildad.

Tras una pausa, el joven Príncipe insistió:

—Soy terriblemente humilde. Ésta es la sensación que tengo hoy, cuando todo está tan terminado y dispuesto. Y usted no parece dispuesta a tomarme en serio.

La señora Assingham siguió mirándole a la cara como si realmente el Príncipe le preocupara un poco:

—¡Oh, ustedes, los profundos y antiguos italianos!

El Príncipe exclamó:

—¡Ahora! ¡A esto quería que llegara! ¡Por fin ha hablado usted con sentido de la responsabilidad!

—Sí, por cuanto que, si usted es «humilde», forzosamente ha de ser peligroso.

La señora Assingham hizo una pausa, durante la cual el Príncipe se limitó a sonreír. Luego, la señora Assingham dijo:

—No deseo en modo alguno perderle de vista. Y, en caso de que así fuera, lo consideraría injusto.

—Muchas gracias, eso es lo que quería que me dijera. A fin de cuentas, tengo la seguridad de que cuanto más esté usted a mi lado mayor será mi comprensión. Esto es lo único que deseo en el mundo. En realidad, pienso que soy una persona excelente en todo, con la excepción de ser estúpido. Sé hacer bastante bien todas las cosas que veo. Pero, antes de hacer algo, he de verlo.

Después de una pausa el Príncipe prosiguió su argumentación:

—En absoluto me molesta que me enseñen las cosas, en realidad incluso me gusta. En consecuencia, esto es lo que quiero y lo que siempre querré: sus ojos. Deseo mirar a través de ellos, incluso a riesgo de que me muestren algo que quizá no me agrade.

El Príncipe concluyó:

—Porque de esta manera sabré. Y de esto jamás tendré miedo.

Quizá la señora Assingham hubiera esperado el momento de saber adónde irían a parar las palabras del Príncipe, pero lo cierto es que habló con una nota de impaciencia:

—¿Se puede saber de qué está hablando?

Con perfecta tranquilidad, el Príncipe pudo responder:

—De mi real y honrado temor a estar, algún día, equivocado sin saberlo. Siempre confiaré en usted, en este aspecto, siempre confiaré en que me lo dirá. Sí, en el caso de ustedes, percatarse del error constituye un instinto. Nosotros carecemos de él, por lo menos en la medida en que ustedes lo tienen. En consecuencia…

Pero el Príncipe ya había dicho todo lo que tenía que decir, por lo que guardó silencio, sonrió, y exclamó:

—Ecco!

No cabía negar que el Príncipe había conseguido impresionar a la señora Assingham, pero también es preciso tener en cuenta que el Príncipe siempre había gustado a la señora Assingham, quien ahora observó:

—Me gustaría mucho que me indicara un instinto que usted no posea.

Pues bien, el Príncipe inmediatamente sacó a relucir uno:

—El instinto moral, mi querida señora Assingham. Y me refiero a este instinto en la acepción que para ustedes tiene. Desde luego estoy dotado de cierto sentido que, en nuestra vieja, querida y retrasada Roma, pasa por sentido moral. Pero se parece tanto al de ustedes como la tortuosa escalera de peldaños de piedra de un castillo en ruinas de nuestro Quattrocento se pueda parecer al «vertiginoso ascensor» de uno de los edificios de quince plantas del señor Verver. El sentido moral de ustedes funciona a vapor y le eleva a uno igual que un cohete. Nuestro sentido moral es lento, empinado, oscuro, y son muchos los peldaños que en él faltan. En resumen, muchas veces es tan corto que ya cuando comienza a elevarse gira sobre sí mismo y desciende también.

—¿Confía ascender de otra manera?

—Sí, o no verme obligado a ascender en manera alguna.

Pronunciadas estas palabras, añadió:

—De todas maneras, creo habérselo dicho ya al principio.

La señora Assingham se limitó a exclamar:

—¡Maquiavelo!

—Me honra mucho, señora, calificándome así. Realmente me gustaría mucho tener la inteligencia de Maquiavelo. Sin embargo, si usted creyera de verdad que soy tan perverso como él, no me lo diría.

Alegremente, concluyó:

—Pero da igual, a fin de cuentas, siempre podré recurrir a usted.

Después se quedaron los dos mirándose a los ojos durante unos instantes. Y luego, sin comentario alguno, la señora Assingham preguntó al Príncipe si quería más té. El Príncipe advirtió rápidamente que, al parecer, la señora Assingham sólo estaba dispuesta a darle té y desarrolló una teoría que la hizo reír: el té de la raza inglesa era, en cierta manera, su moralidad, «hecha» con agua hirviendo, en un potecillo, de modo y manera que cuanto más té bebiera uno más moral sería. Esta chanza sirvió de transición, y la señora Assingham formuló al Príncipe algunas preguntas acerca de su hermana y demás familiares, interesándose por lo que Bob, su marido, podría hacer en atención a los caballeros recién llegados, a quienes visitaría tan pronto el Príncipe partiera. En el curso de esta conversación, el Príncipe estuvo gracioso describiendo a sus parientes, contando algunas anécdotas y refiriendo sus costumbres; imitó sus modales y profetizó su comportamiento como de lo más rebuscado de cuanto había pasado por Cadogan Place. La señora Assingham

manifestó que esto, precisamente esto, sería la causa de que les tomara cariño, palabras que dieron lugar a que su visitante manifestara de nuevo cuán grande era su consuelo al poder confiar en ella. El Príncipe llevaba ya unos veinte minutos en compañía de la señora Assingham, pero le había hecho otras visitas más largas y ahora se demoraba como si con ello quisiera mostrarle su agradecimiento. Se demoró a pesar —y esto era lo que le preocupaba por el momento— de la nerviosa inquietud que le había llevado allí, inquietud que fue alimentada por el escepticismo con que ella había intentado apaciguarla. La señora Assingham no había tranquilizado al Príncipe, y llegó un momento en que vio claramente la causa de su fracaso en dicho empeño. El Príncipe se dio cuenta de que él no la había atemorizado, tal como ésta había dicho, pero, a pesar de todo, no se sentía tranquila. Se había puesto nerviosa pero había procurado disimularlo. La visión del Príncipe, después de que hubieran anunciado su nombre, la había dejado desconcertada. El joven estaba convencido y esta convicción adquirió mayor profundidad y un perfil más concreto, pero produjo asimismo el efecto de agradarle a él mismo. Parecía que, con su visita, hubiera conseguido más aún de lo que se había propuesto. Y debía ser algo importante —exactamente de esto se trataba— lo que en este momento afectaba a la señora Assingham, quien, en el curso de su amistad con el Príncipe, ahora ya tan considerable, jamás se había mostrado afectada por nada. Esperar y contemplarla afectada significaba para él que se encontraba ante un problema y, aunque fuera extraño, habida cuenta de la escasa base que para ello tenía, el corazón comenzó a latirle con una sensación de intriga expectante. Por fin, como si de un final feliz se tratara, los dos dejaron de fingir, es decir, de fingir que se engañaban en apariencia el uno al otro. Lo no dicho había aflorado y se produjo un momento —ninguno de los dos hubiera podido decir cuánto tiempo duró— en que quedaron reducidos a mirarse el uno al otro de una forma fuera de lo común, como único medio de comunicación. En esos instantes, su portentoso silencio causaba la impresión de tratarse de una apuesta, o de que les estuvieran haciendo una fotografía, e incluso de que hubiesen decidido formar un tableau vivant.

El espectador del que, con su actitud, eran merecedores hubiera sacado sus propias conclusiones dada la intensidad de la comunión de aquellos dos seres, o, sin sacar conclusiones, hubiera hecho un relato de la escena desde un punto de vista estético, en un complaciente juego de nuestro moderno sentido del tipo humano, que tan poco se diferencia de nuestro moderno sentido de la belleza. El sentido del tipo estaba allí expresado en su peor acepción, en la oscura y nítida cabeza de la señora Assingham, en la que el cabello negro y seco formaba ondas menudas y numerosas que le daban un aspecto tan a la moda que era más a la moda de lo que ella misma deseaba. Rebosante de objeciones a todo lo que fuera excesivamente evidente, la señora Assingham aún no había aceptado su flagrante apariencia y tampoco había sabido sacar el

mejor partido de sus atributos externos, causa de equívocas interpretaciones. Su intensa morenez, su generosa nariz, sus cejas resaltadas cual las de una actriz y la amplitud de su persona, en la que la media edad ya había dejado su impronta, parecían presentarla insistentemente como una hija del sur o, quizá mejor, del este, criada en hamacas y divanes, alimentada con sorbetes y servida por esclavas. Causaba la impresión de que la más enérgica actividad de que era capaz fuese coger una mandolina, sin levantarse o compartir una fruta confitada con una gacela domesticada. Sin embargo, la señora Assingham no era una mimada judía ni una indolente criolla, sino que según constaba había nacido en Nueva York y se había educado en la «disciplina de Europa». Solía vestir ropas de tonos amarillos y púrpura porque consideraba mejor, como ella decía cuando se terciaba la ocasión, parecer una especie de reina de Saba que una revendeuse. Por esta misma razón se ponía perlas en el cabello y se adornaba con oro y carmesí los vestidos de tarde. Sostenía la teoría de que la naturaleza la había vestido con harta exageración y que sólo tenía a su disposición el recurso de ahogar aquella exageración, ya que le era imposible moderarla. Por esto iba cubierta de objetos y vivía rodeada de ellos, objetos que no eran más que evidentes chucherías y juguetes, que formaban parte de diversiones con las que le agradaba obsequiar a sus amigos. Estos amigos estaban al tanto del juego, consistente en contrastar la disparidad que se daba entre el carácter y el aspecto de la señora Assingham. Su carácter quedaba de manifiesto por un segundo gesto de su rostro, gesto que revelaba al espectador que la visión que la señora Assingham tenía de los talantes del mundo en modo alguno era supina o pasiva. Gozaba y necesitaba el cálido ambiente de la amistad; pero, sin que pudiera determinarse exactamente la razón, sus ojos norteamericanos buscaban las oportunidades de amistad mirando bajo sus párpados de Jerusalén. En resumen, con su falsa indolencia, su falso ocio, sus falsas perlas, palmeras, patios y fuentes, la señora Assingham era una persona para quien la vida estaba llena de infinitos detalles, que la dejaban en el mismo instante en que ella, siempre serena y equilibrada, los descubría.

«A pesar de que parezca compleja», como decía a menudo la señora Assingham, había encontrado en la comprensión su mejor recurso. La comprensión la tenía muy ocupada y la obligaba a mantenerse erguida. Tenía en la vida dos grandes huecos que llenar y decía que se dedicaba a llenarlos con retazos de vida social, de la misma manera que las viejas señoras norteamericanas de tiempos pasados llenaban el cesto de la labor con retales de seda, con vistas a tener los suficientes para confeccionar.

Uno de los huecos en la vida de la señora Assingham era la falta de hijos y el otro, la carencia de fortuna. Y resultaba maravilloso advertir cómo, al llegar con el paso del tiempo a la madurez, estas dos deficiencias dejaron de manifestarse. La comprensión y la curiosidad podían dar carácter filial a los objetos en que se centraba, del mismo modo que un marido inglés que, en sus

tiempos militares se había encargado de «todo» en su regimiento, podía hacer florecer la economía cual si de una cosa se tratara. Pocos años después de haber contraído matrimonio, el coronel Bob se había retirado del ejército en el que había hecho, laudablemente en cuanto al enriquecimiento, lo que se podía esperar de su personal experiencia. Ahora dedicaba todo su tiempo a la labor de jardinería antes referida. Entre los amigos más jóvenes de esta pareja corría la leyenda, casi tan venerable que no permitía la crítica histórica, de que aquel matrimonio, el más feliz entre los de su clase, se había celebrado en el lejano alborear de una época, en un primitivo período en el que ciertos prejuicios —como el que las muchachas norteamericanas fuesen consideradas «aceptables»— aún no se tenían en cuenta, por lo que aquella agradable pareja había sido, teniendo en consideración los riesgos corridos, audaz y original a la par, y, en el atardecer de su vida, honrosamente considerada como la descubridora de una especie de ruta nupcial Norte-Oeste. Sin embargo, la señora Assingham tenía su particular y más fundada opinión al respecto, y creía que desde los tiempos de Pocahontas hasta nuestros días no se había producido el histórico momento en que un joven inglés no se hubiera sentido animado de una pasión repentina y en que una muchacha norteamericana no se hubiera entregado plenamente sin dudar un instante; pero a pesar de esto la señora Assingham aceptaba con resignación los laureles de la fundadora, puesto que, a fin de cuentas, se la podía considerar la doyenne de su trasplantada tribu, sobre todo porque se había ingeniado muchas combinaciones aun cuando no la que Bob se ingenió. Él fue quien se la inventó, quien en un raro chispazo de ingenio la sacó de la nada y, con el paso de los años, la utilizó como prueba fehaciente de su elevada inteligencia. Si la señora Assingham procuraba mantener su aguzado ingenio lo hacía sobre todo para que redundara en reconocimiento de los méritos de su marido. Sin embargo, a decir verdad y en privado, había momentos en que se daba cuenta de lo poco que su marido —a pesar de sus altos méritos— hubiera podido conseguir de no haber sido por ella. En realidad, su inteligencia fue puesta a prueba cuando su visitante por fin le dijo:

—Francamente, tengo la impresión de que no me trata con justicia. Está usted preocupada por algo que no me dice.

La sonrisa de la señora Assingham fue un tanto apagada al contestar:

—¿Estoy obligada a decirle todo lo que me preocupa?

—No se trata de decirlo todo, sino de decir todo lo que de una u otra forma pueda afectarme. Esto no debe usted reservárselo. Sabe con cuánto cuidado deseo proceder, considerando todos los detalles, para no cometer un error que pueda perjudicarla a ella.

Al oír estas palabras, reaccionó preguntando, extrañada:

—¿A ella?

—A ella y a él. A nuestros dos amigos. A Maggie y a su padre.

La señora Assingham confesó:

—Realmente hay algo que me preocupa. Sí, ha ocurrido algo para lo que no estaba preparada. Pero se trata de un hecho que, en puridad, no le concierne.

El Príncipe, en inmediata reacción de alegría, echó la cabeza atrás y dijo:

—¿Qué quiere usted decir con la palabra «puridad»? Me parece importantísima. Ha empleado usted una de esas fórmulas que suelen utilizarse para decir algo… no sé… equívoco. Yo no hablo así. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es ese algo que realmente me afecta?

La dueña de la casa eliminó de su voz el tono irónico e ingenioso:

—Será para mí un placer que asuma usted la parte que le corresponde.

Charlotte Stant está en Londres. Hace unos instantes se encontraba en esta casa.

—¿La señorita Stant? ¿De veras?

El Príncipe se había mostrado claramente sorprendido, su reacción fue sincera y sus ojos quedaron fijos en los de la señora Assingham, con cierta dureza en sus miradas. Entonces preguntó inmediatamente:

—¿Ha llegado de Norteamérica?

—Parece que ha llegado este mediodía, desde Southampton, y se ha alojado en un hotel. Me ha visitado después del almuerzo y ha estado conmigo más de una hora.

El joven Príncipe la escuchó con atención aunque su interés era inferior a su alegría:

—¿Y cree que este hecho me afecta en parte? ¿Cuál es esa parte?

—La que usted quiera. Esa parte que, hace unos momentos, se mostraba tan deseoso de asumir. Usted ha insistido en conocer el hecho en cuestión.

El Príncipe la miró con consciente desconcierto y ella pudo advertir que la cara del joven había cambiado de color; pero, a pesar de todo, no perdió la compostura:

—Cuando ha insistido, ignoraba de qué hecho se trataba. —¿No creía que pudiera ser tan grave?

—¿Lo considera grave?

Sonriendo, la señora Assingham repuso:

—Solamente lo estimo así por lo que parece haberle afectado.

El Príncipe dudó, aún con rastros del reavivado color en la cara, esforzándose por conservar el aplomo:

—Pero usted ha reconocido que estaba preocupada.

—Debido únicamente a que yo no le he pedido a la señora Stant que viniera, de la misma manera que, según creo, tampoco se lo ha pedido Maggie.

El Príncipe meditó. Luego, como si se alegrase de poder decir algo totalmente natural y cierto, dijo:

—Es verdad. Maggie no le ha pedido que venga.

Después de unos instantes de silencio, el joven añadió:

—Pero tengo la seguridad de que Maggie se alegrará de ver a la señorita Stant.

Con un matiz diferente en el tono grave de su voz, la señora Assingham observó:

—Sí, estoy segura de ello.

—Será una gran alegría para Maggie. ¿La señorita Stant ha ido ahora a verla?

—Ha vuelto al hotel para traer sus cosas aquí. No puedo permitir que viva sola en un hotel.

—No. Lo comprendo.

—Si está en Londres, debe vivir aquí.

El Príncipe comprendió al instante lo que estas palabras comportaban:

—¿La está esperando ahora?

—Estará aquí de un momento a otro. Si espera un poco, la verá.

—¡Me parece maravilloso! —exclamó el Príncipe.

Pero estas últimas palabras sonaron un poco como si sustituyeran a otras, y la sustitución hubiera sido muy rápida. Tuvieron cierto tono accidental, pero parecía que el Príncipe hubiera querido que tuvieran tono de firmeza. En consecuencia, firmeza fue lo que él demostró en sus siguientes palabras:

—Si no fuera por el ajetreo propio de estos días, Maggie la habría invitado a su casa.

Lúcido, el Príncipe prosiguió:

—A fin de cuentas, el acontecimiento que se avecina es una buena razón para que Maggie desee la compañía de la señorita Stant.

Por todo comentario, la señora Assingham le miró y, en un momento, esta mirada produjo más efecto que cuanto hubiese podido decirle, ya que el Príncipe formuló una pregunta casi sin sentido:

—¿Y para qué ha venido?

La señora Assingham se echó a reír:

—Por eso, por lo que usted ha dicho. Ha venido por su matrimonio. Intrigado, preguntó:

—¿Mi matrimonio?

—El de Maggie… A fin de cuentas es el mismo. Ha venido por el gran acontecimiento. Y también porque se siente muy sola.

—¿Es ésta la razón que le ha dado?

—No lo recuerdo con exactitud, me ha dado tantas… La pobrecilla tiene toda clase de razones. Pero hay una que, sea lo que sea lo que haga, siempre recordaré aunque no me la digan.

El Príncipe, creyendo que debía conocer esta razón y como no alcanzaba a comprenderla, preguntó:

—¿Y de qué razón se trata?

—Que no tiene hogar. Carece de él, por completo. Está extremadamente sola.

Una vez más se mostró comprensivo:

—Y tiene pocos medios.

—Poquísimos. Y con los gastos que supone viajar y alojarse en un hotel, no es precisamente una razón para que vaya de un lado a otro.

—Desde luego. Pero también es cierto que su país no le gusta.

—¿Su país, querido Príncipe? ¿Suyo, dice?

La atribución pareció divertir a la señora Assingham, quien prosiguió:

—Es muy poco suyo. Ahora lo ha rechazado, pero nunca ha tenido mucho más que ver con él.

Cortésmente, el Príncipe explicó:

—He dicho suyo de la misma forma en que, a estas alturas, podría decir mío. Le aseguro que tengo la sensación de que, más o menos, aquellas inmensas tierras me pertenecen.

—Esto se debe a su buena fortuna y a su punto de vista. Es propietario —o pronto lo será— de buena parte de ellas. Charlotte, según me ha dicho, no tiene casi nada en el mundo, salvo dos colosales baúles de los que sólo le he permitido traer uno a esta casa.

Después de una pausa, la señora Assingham añadió:

—Ante la presencia de Charlotte, sus propiedades, Príncipe, quedarán un tanto depreciadas.

El Príncipe pensó en estas cosas, pensó en todo. Pero siempre tenía al alcance de la mano el recurso de quitar importancia a todo:

—¿Con qué intenciones ha venido respecto a mí?

Y al momento, como si estas palabras hubieran sido excesivamente graves, el Príncipe dio la nota que menos relación guardaba con él:

—Est-elle toujours aussi belle?

Éste era el punto más lejano al que Charlotte Stant podía ser relegada.

La señora Assingham habló en tono ligero:

—Como siempre. A mi parecer, Charlotte es la persona cuyo aspecto físico más opiniones contradictorias suscita en el mundo. Todo depende de la apreciación personal de cada uno. Hay quienes la admiran y hay quienes no. Y los que no la admiran la critican.

—¡No, esto no es justo!

—¿Criticarla? ¡Bueno, usted mismo ha contestado su pregunta! El Príncipe aceptó con buen humor la lección:

—¡Efectivamente!

Y, acto seguido, volvió a sumirse en su anterior reserva, aunque se le notaba agradecido y dócil:

—Sólo quería decir que la señorita Stant merece algo más, y mejor, que críticas. Cuando se comienza a criticar a alguien…

El tono del Príncipe había sido vago y amable. La señora Assingham observó:

—Estoy plenamente de acuerdo en que, mientras se pueda, más vale evitar la crítica. Pero cuando es preciso…

Dejó inacabada la frase, lo que motivó que él preguntara:

—¿Sí?

—Ya sabe lo que quiero decir.

Sonriente, el Príncipe repuso:

—Comprendo. Sin embargo, ahora resulta que quizá yo no comprenda el significado de mis propias palabras.

—Pues desde todos los puntos de vista esto es lo que ahora, y sobre todo, debiera usted comprender.

Sin embargo, la señora Assingham no prosiguió esta argumentación debido, al parecer, a ciertos escrúpulos que sentía en seguir usando el tono de que se había servido. Dijo:

—Desde luego, comprendo perfectamente que, habida cuenta de la amistad de Charlotte con Maggie, Charlotte haya querido estar presente. Charlotte ha actuado impulsivamente pero con generosidad.

—¡Se ha comportado muy bien!

—He dicho «con generosidad» debido a que no se ha preocupado de los gastos en absoluto. Ahora habrá de pagar las consecuencias. Pero carece de importancia.

El Príncipe comprendió cuán poca importancia tenía dicha circunstancia:

—Usted cuidará de ella.

—Yo cuidaré de ella.

—No habrá problemas.

—No habrá problemas.

—En ese caso, ¿por qué está preocupada?

La pregunta la sorprendió aunque sólo por un instante:

—No lo estoy. No, no lo estoy más que usted.

Los ojos color azul oscuro del Príncipe eran muy hermosos y, en ocasiones, parecían exactamente ni más ni menos que las altas ventanas de un palacio romano, o las de una histórica fachada debida a uno de los grandes arquitectos de los viejos tiempos, abiertas de par en par al aire dorado en día de gran fiesta. En estas ocasiones, su aspecto sugería una imagen de un muy noble personaje que, esperado y aclamado en la calle por la muchedumbre, y con dorados puños de encaje cayendo sobre la balaustrada en que apoya las manos, accede valerosa y alegremente a mostrar su persona, no tanto en su propio interés cuanto en el de sus espectadores y súbditos, cuya necesidad de admirar, de pasmarse incluso, es preciso considerar periódicamente. En este sentido, su expresión adquirió la misma viveza y concreción que la expresión de una hermosa presencia personal, la de un príncipe de veras, la de un gobernante, guerrero o protector, dada su deslumbrante arquitectura y el

sentido de su función. En frase feliz se había dicho que la cara del Príncipe aparecida en aquel gran marco era la de uno de sus más nobles antepasados. Fuera cual fuese ahora el antepasado en cuestión, el Príncipe se encontraba, en beneficio de la señora Assingham, a la vista del pueblo. Parecía, inclinado sobre damascos carmesíes, saludar a la esplendente luz del día. Parecía más joven de lo que era. Era hermoso, inocente y vago. El Príncipe exclamó, tonante y claro:

—¡Yo no lo estoy!

La señora Assingham observó:

—¡Sólo faltaría que lo estuviera, señor! ¡No tendría la más leve excusa!

El Príncipe se mostró de acuerdo en que mucho tendría que buscar para encontrarla, con lo que la serenidad de ambos adquirió tal importancia que parecía que un riesgo, procedente de la parte contraria, los hubiera amenazado directamente. El único problema radicaba en que, después de haber dado tan claras pruebas de su tranquilidad y alegre ánimo, la señora Assingham tenía que explicar un poco su anterior talante y lo hizo antes de pasar a otro tema:

—Mi primer impulso es siempre el de comportarme como si temiera complicaciones. Pero, en realidad, no las temo, sino que me gustan. Con ellas me encuentro en mi elemento.

El joven aceptó esta explicación, aunque observó:

—De todas maneras, no nos encontramos ante ninguna complicación. Dubitativa, respondió la señora:

—Una muchacha bella, inteligente y de extraño carácter, alojada en casa, es siempre una complicación.

El joven Príncipe ponderó estas palabras casi como si se tratara de un problema nuevo en el mundo, y dijo:

—¿Se quedará mucho tiempo?

Su amiga soltó una carcajada:

—¿Cómo voy a saberlo? No se lo he preguntado.

—Claro… No puede.

Cierto tono en sus palabras volvió a divertir a la señora Assingham:

—¿Cree que usted puede?

Un tanto perplejo, él respondió:

—¿Yo?

—¿Cree usted que puede sonsacarle, para decírmelo, la probable duración de su estancia?

Valerosamente el Príncipe recogió el guante y supo ponerse a la altura de las circunstancias:

—Eso creo, si usted me proporciona la oportunidad. La señora Assingham repuso:

—Pues aquí la tiene.

La señora Assingham acababa de oír el ruido de un coche de alquiler al detenerse ante la puerta de su casa. Dijo:

—Ha regresado.

Capítulo III

Habían intercambiado las últimas frases en tono de chanza pero después esperaron a su amiga en silencio, y este silencio hizo el aire tenso, grave, y esta gravedad no se disipó ni cuando el Príncipe volvió a hablar. Había estado meditando el caso, para tomar una decisión inapelable. Una muchacha hermosa, inteligente y de carácter extraño, alojada en casa, era realmente una complicación. En este punto, la señora Assingham estaba en lo cierto. Pero también había otras circunstancias, como las buenas relaciones que unían a las dos muchachas desde los tiempos en que iban a la escuela, y la indudable confianza con que una de ellas había llegado. El Príncipe dijo:

—La señorita Stant puede venir a nuestra casa siempre que quiera.

La señora Assingham repuso con una nota de ironía oculta tras su risa:

—¿Le gustaría que les acompañara en la luna de miel?

—Bueno, no. Durante ese tiempo mejor que esté con usted, pero, luego, ¿por qué no ha de alojarse en nuestra casa?

La señora Assingham le miró largo rato en silencio. Después oyeron una voz en el corredor y se pusieron en pie. La señora Assingham dijo:

—¿Por qué no? ¡Muy generoso, por su parte!

Un instante después, Charlotte Stant estaba con ellos. Tras apearse del coche de alquiler, fue recibida y preparada para no encontrar sola a la señora Assingham —lo cual se advirtió en el comportamiento de Charlotte Stant— por la contestación que el mayordomo le dio a una pregunta que le hizo en los peldaños que llevaban a la puerta de la casa. Charlotte sólo hubiera podido

mirar a la dueña de la casa de manera tan directa y optimista sabiendo que el Príncipe estaba allí; esto fue percepción tan sólo de un instante, pero permitió al Príncipe contemplarla todavía mejor de lo que habría hecho si la muchacha se hubiese dirigido a él inmediatamente. Sacó provecho de esta oportunidad que se le deparaba, teniendo conciencia de todo lo anterior. Lo que vio con intensidad, durante unos segundos, fue una muchacha alta, fuerte y dotada de gran encanto, que, al principio, tenía para él el aspecto de una aventurera. Toda su persona rezumaba en sus movimientos, en sus gestos, y en los auténticos y acertados detalles de su atuendo, desde la pequeñez del elegante sombrero hasta el color del cuero de sus zapatos, los vientos, olas y aduanas de lejanos países y largos viajes. Ella conocía la manera en que debía comportarse en distintos lugares y había adquirido el hábito, basado en la experiencia, de no tener miedo. Al mismo tiempo, el Príncipe se daba cuenta de que esta combinación no se debía, como hubiera podido suponer, a su «carácter fuerte». El Príncipe estaba ahora lo bastante familiarizado con las gentes de habla inglesa para percibir rápidamente estos matices. Además, ahora ya se había formado su propia opinión en lo tocante a la fortaleza del carácter de aquella muchacha. Tenía motivos para estimar que era grande, pero sabía que jamás formaría parte de su juego extremadamente personal y siempre gracioso. Esto último, que la muchacha expresaba al reaparecer allí, como si fuera una luz que de ella se desprendiera, era lo que el Príncipe necesitaba para refrescar sus preocupados ojos. Veía a la muchacha envuelta en su propia luz. Aquel saludo inmediato y exclusivo a la señora Assingham, su amiga común, fue como una antorcha que Charlotte Stant sostuviera en alto, en beneficio y para solaz del Príncipe. Todo se le hizo patente, sobre todo la presencia de Charlotte en el mundo, tan cercana, tan irremisiblemente contemporánea con la del Príncipe. Era una presencia vívida, vívida, vívida, más vívida que la de su matrimonio, aunque acompañada y, en cierto modo subordinada y regulada, por aquella otra presencia, la de los rasgos faciales, su fisonomía, que la señora Assingham había considerado que daba lugar a opiniones contradictorias. Y al volver a verlos, advirtió el Príncipe que así era, y estos rasgos fueron los que establecieron un punto entre él y Charlotte Stant. Sí, por cuanto, si aquellos rasgos tenían que ser interpretados, ello comportaba por lo menos cierta intimidad. Y ciertamente, para el Príncipe, sólo había una manera de interpretarlos, teniendo en cuenta que se trataba de una realidad ya conocida.

Utilizando los torpes términos de la exageración, la cara era demasiado larga y estrecha, los ojos no muy grandes, la boca en modo alguno pequeña, con los labios carnosos, los dientes, bien dispuestos y destellantemente blancos, con una leve, levísima tendencia a sobresalir. Pero se daba la rara circunstancia de que todos estos rasgos de Charlotte Stant afectaban ahora al Príncipe como si se tratara de un conjunto de posesiones suyas, como artículos

de larga lista, artículos reconocidos cada uno de ellos, después del largo período en que habían estado «almacenados», envueltos, numerados y guardados en un armario. Y mientras Charlotte Stant estaba frente a la señora Assingham, la puerta de aquel armario se había abierto por sí misma, y el Príncipe había sacado las reliquias, una a una. Y por momentos parecía que Charlotte Stant le concediera más tiempo para hacerlo. Volvió a advertir que el abundante cabello de Charlotte Stant era, vulgarmente hablando, castaño, aunque tuviera un ligero matiz dorado de hoja otoñal, propicio a las «opiniones contradictorias»; tenía un color indescriptible que jamás había visto en otro ser y que, en ciertos momentos le daba un aire de silvestre cazadora. El Príncipe vio que las mangas de la chaqueta de Charlotte Stant se ceñían a sus muñecas, pero adivinó, en el interior de las mangas, los brazos libres perfectamente torneados, con la pulimentada esbeltez que los escultores florentinos de los dorados tiempos amaban, y cuya clara firmeza queda expresada en sus obras de plata vieja y viejo bronce. Tuvo conciencia, en el momento en que dio media vuelta sobre sí misma, de las estrechas manos de Charlotte, de sus largos dedos, de la forma y el color de las uñas, de las líneas de la muchacha, de la especial belleza de sus movimientos, y de la perfecta armonía de todos sus miembros, como si se tratase de un instrumento maravillosamente acabado, como si fuera algo ideado amorosamente para ser expuesto, para ser ensalzado. Sobre todo tuvo conciencia de la extraordinaria esbeltez de su cintura, flexible como el tallo de una flor abierta, parecida también a una larga y móvil bolsa de seda, llena de monedas de oro, pero que, vacía, hubiera pasado por un anillo para ceñir el dedo, que la sujetara en su parte media. Antes de que Charlotte se volviera hacia él, pareció que él hubiera sostenido todo lo anterior en la palma de la mano, e incluso que hubiera oído un metálico tintineo. Cuando le miró, lo hizo de tal manera que él reconoció en su mirada lo que ella había estado haciendo. Charlotte no dio importancia a cómo se dirigió al Príncipe, con la salvedad de que la inteligencia de su rostro podía, en cualquier instante, dar significado a casi cualquier realidad. Si cuando se alejaba parecía una cazadora, cuando se acercaba tenía apariencia de la imagen, quizá no totalmente correcta, que el Príncipe se había forjado de una musa. Pero Charlotte dijo sencillamente:

—Ya ve que no puede librarse de mí. ¿Cómo está Maggie?

Pronto llegaría el momento, en méritos del natural discurso del azar, en que el joven Príncipe tendría la oportunidad de formular la pregunta propuesta por la señora Assingham poco antes de la llegada de Charlotte Stant. Dentro de pocos minutos se le daría ocasión al joven Príncipe que le permitiría literalmente preguntar a aquella señorita cuánto tiempo se quedaría con ellos. Y así fue como una cuestión de mero carácter doméstico determinó que la señora Assingham se retirara unos instantes, lo que dejó solos y en libertad a sus visitantes. La señora Assingham había preguntado a Charlotte: «¿Has visto

a la señora Betterman?», aludiendo con ello a un miembro de la servidumbre que hubiera debido recibirla y hacer lo preciso para disponer de su equipaje en la casa. A lo cual Charlotte había contestado que sólo había visto al mayordomo, que se había comportado muy amablemente. Charlotte había suplicado que desecharan las preocupaciones que sus efectos personales pudieran causar, pero la dueña de la casa, levantándose del cúmulo de almohadones, vio, al parecer, en la ausencia de la señora Betterman una mayor gravedad de lo que a primera vista cabía suponer. Dicho en pocas palabras, lo que la señora Assingham vio exigía su intervención, a pesar del impulsivo: «¡Deje que vaya yo!» de la muchacha y del prolongado gemido sonriente que en ella provocó la molestia que causaba. En este momento, el Príncipe se dio perfecta cuenta de que lo más indicado era irse. Instalar a la señorita Stant no requería su presencia. La situación aconsejaba que uno se fuera, a no ser que tuviera alguna razón para quedarse. Pero el Príncipe tenía una razón, de la que tenía conciencia, hasta el punto de llevar ya bastante tiempo sin hacer nada tan consciente e intencionadamente como no despedirse rápidamente. Su visible insistencia —que tal llegó a ser— exigía de él incluso cierto desagradable esfuerzo, esa clase de esfuerzos que el Príncipe asociaba principalmente a tener que actuar en obediencia a una idea. Y allí estaba su idea de averiguar algo, algo que en gran manera deseaba saber, y averiguarlo no mañana, ni en un próximo futuro; en resumen, no con esperas y dudas sino, caso de ser posible, antes de salir de aquella casa. Además, esta particular curiosidad se confundía un poco con la ocasión que se le ofrecía de satisfacer la curiosidad de la señora Assingham. El Príncipe jamás hubiera reconocido que se quedaba con el fin de formular una pregunta ruda, pues evidentemente ni el más leve matiz de rudeza concurría en las razones que tenía. En realidad, la rudeza consistiría en irse sin haber intercambiado unas breves palabras con aquella antigua amiga.

Y, efectivamente, hubo un breve intercambio de palabras por cuanto la ocupación de la señora Assingham había simplificado el problema. La pequeña crisis duró menos de lo que hemos tardado en contarla, ya que una más prolongada duración hubiera obligado al Príncipe a coger el sombrero. El Príncipe estaba ahora contento de encontrarse a solas con Charlotte y de no haber sido culpable de acto tan inconsecuente. No atropellarse era la clase de coherencia que él deseaba, coherencia que era, a su vez, una especie de dignidad. ¿Y cómo no iba a tener él dignidad, cuando gozaba de aquella tranquilidad de conciencia que es la base en que reposa esa virtud? Nada había hecho que no hubiera debido hacer. En realidad, nada había hecho. Era consciente, por ser hombre que había conocido a muchas mujeres, de que podría ser testigo, como él hubiera dicho, del reiterado y predestinado fenómeno de aquello tan seguro como el alba o la sucesión del santoral, consistente en que una mujer hiciera algo que la delatara. Charlotte lo hacía

siempre fatalmente, infaliblemente, sin que pudiera evitarlo. Formaba parte de su naturaleza, de su vida, y el hombre podía esperarlo siempre, sin tener siquiera necesidad de levantar un dedo. Ésta era la posición del Príncipe, su posición y su fortaleza, como las de cualquier hombre: gozar de la ventaja de tener sólo que esperar, con decente paciencia, para quedar justificado, incluso a pesar de sí mismo. De la misma manera, la exactitud de la actuación del otro ser, el femenino, radicaba en su debilidad y su profunda desdicha, al mismo tiempo que en su belleza. Ello producía en el hombre aquella extraordinaria mezcla de lástima y provecho en que consistía su relación con la mujer, cuando el hombre no era meramente un bruto y le daba la más pertinente base para ser siempre amable con ella, siempre amable en todo lo referente a ella, siempre amable para ella. Desde luego, la mujer siempre disimulaba su actuación, le ponía sordina, la disfrazaba y la aderezaba, demostrando en estos disimulos una inteligencia que con nada del mundo se podía comparar, salvo con una cosa, con la propia miseria de la mujer, que por nada del mundo la mujer llegaría a revelar, si no fuera por la verdad de que estaba hecha. Esto era precisamente lo que ahora haría Charlotte Stant. Sin la menor duda, éstos eran el motivo y la base de cada una de sus miradas y cada uno de sus movimientos. Estaba predestinada a actuar así, y también a cuidar las apariencias, por lo que ahora lo único que interesaba al Príncipe era ver de qué manera iba a proceder Charlotte. El la ayudaría, colaboraría con ella en la medida que fuera razonable. Lo único importante era saber qué apariencias se podían salvar, y encubrir y conservarlas mejor. Salvarlas ella, desde luego, ya que el Príncipe, afortunadamente, no tenía que encubrir locura alguna por su parte, pues guardaba una perfecta armonía entre el comportamiento y el deber.

De todas maneras, he aquí que estaban los dos, cuando la puerta se cerró después de que saliera su común amiga, con una consciente y tensa sonrisa, como si cada uno esperase que el otro diera la pauta de la conducta a seguir. El joven Príncipe se contenía, en silenciosa espera, sintiendo en él el miedo que ella experimentaba, lo que no dejaba de tranquilizarle. La muchacha, sin embargo, se temía a sí misma, en tanto que él, por su mayor lucidez, sólo temía a la muchacha. ¿Se arrojaría ella en sus brazos, o llevaría a cabo alguna acción igualmente maravillosa? Esperaría a ver lo que él hacía, dijeron al Príncipe aquellos extraños momentos de silencio, y, entonces, ella reaccionaria en consecuencia. Pero ¿qué podía hacer él salvo dar a entender a la muchacha que estaba dispuesto a hacer lo preciso para que todo fuera para ella honorablemente fácil? Incluso en el caso de que se arrojara en sus brazos, el Príncipe lo consideraría como de carácter «fácil», es decir, lo convertiría en un hecho al que podría quitarse importancia fácilmente, que podría ignorarse, que podría olvidarse con facilidad y, al mismo tiempo y precisamente por ello, un hecho que en modo alguno sería de lamentar. Pero en realidad no ocurrió esto, aunque también es cierto que la tensión no menguó súbitamente, sino en sutil

gradación.

Por fin, la muchacha dijo:

—¡Es delicioso estar de nuevo aquí!

Y esto fue cuanto le ofreció, lo cual no era más que lo que cualquier otra persona hubiera dicho. Sin embargo, dos o tres frases más que, basadas en las contestaciones del Príncipe, siguieron a ésta, marcaron claramente el camino, en tanto que el tono de las palabras y la actitud general de la muchacha estuvieron tan alejados de la verdad de la situación cuanto era necesario. La pobreza, que a juicio del Príncipe era esencial, no se abordó en modo alguno; no tardó en percatarse de que cabía confiar en la capacidad de aderezo de la muchacha, caso de que la muchacha se aderezara. Esto era cuanto él pedía y, por ello la admiraba tanto y tanto le gustaba. Las apariencias concretas que la muchacha había decidido encubrir, según las previsiones que se presuponen, eran las de no tener noticia alguna que darle, en realidad las de no tener noticia alguna que dar a nadie, de razones y motivos, de idas y venidas. Era una muchacha encantadora que había tratado anteriormente al Príncipe, pero también era encantadora con su propia vida. Y elevaría su vida, la elevaría más y más y más, siempre más. Pues bien, en este caso, el Príncipe haría lo mismo, no habría altura demasiado elevada para ellos, ni siquiera la más vertiginosa que una muchacha tan sutil pudiera concebir. La más vertiginosa pareció alcanzarla cuando, unos instantes después, estuvo a punto de disculparse por su súbita aparición:

—No hacía más que pensar en Maggie, y, al fin, ansiaba verla. Quería tener la certeza de que es feliz, y no me sorprende que usted no se atreva a decirme que realmente lo es.

Él repuso:

—¡Desde luego, es feliz, a Dios gracias! Pero la felicidad de los seres jóvenes, buenos y generosos es casi terrible. Llega incluso a dar miedo. Sin embargo, la Virgen Santísima y todos los santos protegen a Maggie.

—Ciertamente. Es el ser más bueno que hay en la Tierra, aunque, naturalmente, no hace falta que se lo diga.

Con gravedad, el Príncipe comentó:

—Tengo la impresión de que todavía me falta mucho para conocerla bien.

Inmediatamente, añadió a estas palabras las siguientes:

—Maggie se alegrará inmensamente de tenerla a usted entre nosotros.

Sonriendo, Charlotte dijo:

—¡No me necesitan! Ésta es la hora de Maggie. Es su gran hora. Todos

sabemos lo que significa para una muchacha. Y ésta es precisamente la razón por la que he venido. Quiero decir que no quería perderme estos momentos.

Inclinando la cabeza, la miró con expresión amable y comprensiva:

—Nada debe usted perderse.

Había encontrado la pauta y ahora podía seguirla, ya que lo único que necesitaba anteriormente era hallarla. La pauta a seguir se basaba en la felicidad de su futura esposa, en la visión de esa felicidad en cuanto suponía de alegría para una antigua amiga. Esto resultaba magnífico, y su magnificencia no quedaba disimulada por el hecho de que le pareciera de repente noble y elevada la actitud de Charlotte. Cierta expresión en los ojos de la joven parecía decirle esto al Príncipe, parecía decirle por anticipado lo que hallaría en su comportamiento. El Príncipe también procuró darle a entender que ansiaba saber lo que Charlotte quería, teniendo en consideración, lo cual no le era difícil, lo que aquella amistad había significado para Maggie. Había sido una amistad dotada de las alas de la imaginación juvenil y de la juvenil generosidad. Consideraba que para Maggie esa amistad había sido, descontando siempre la intensa devoción que sentía por su padre, la más viva emoción que había experimentado antes de que alborease la inspirada por él. Que él supiera, Maggie no había invitado al objeto de esta amistad a su boda, no había pensado proponerle que hiciera un viaje tan largo y tan caro para las dos horas que duraría la ceremonia. Pero, a pesar de los trabajos y preparativos, Maggie había estado en contacto con Charlotte y la había mantenido informada semana tras semana. «He escrito a Charlotte; me gustaría que la conocieras mejor.» Todavía le parecía oír estas palabras en el curso de las últimas semanas, dando constancia del hecho, de la misma manera que tenía conciencia, con sensación de extrañeza, del elemento gratuito que concurría en el deseo de Maggie, de lo que, hasta el momento, no la había informado todavía. Siendo Charlotte mayor que ella y quizá más inteligente, ¿por qué razón Charlotte correspondía —y se sentía perfectamente libre de corresponder— con algo más que simples buenos modales? Las relaciones de las mujeres entre sí siempre son de lo más extraño que quepa imaginar, ciertamente, y el Príncipe ni siquiera habría confiado, en este aspecto, en una muchacha de su propia raza. El Príncipe meditaba concienzudamente, pensando en las diferencias raciales; se daba cuenta de lo difícil que era hallar las características raciales de aquella muchacha. En ella no había rasgo alguno que la clasificara desde este punto de vista. Era un ser raro, un producto especial. Su individualismo, su soledad, su carencia de medios, es decir, de parientes y otras ventajas, contribuían a enriquecerla, dotándola de una neutralidad rara y preciosa que constituía para ella, tan aislada y tan perceptiva a un tiempo, algo parecido a un pequeño capital social. Era el único capital que tenía, el único capital que una muchacha sola y sociable podía tener; pero

muy pocas jóvenes, sin la menor duda, habían llegado a conseguirlo en el mismo grado que ella, pues lo alcanzó mediante el ejercicio de un don de la naturaleza al que difícilmente cabía dar un nombre.

No consistía en el don insólito que aquella muchacha tenía para los idiomas, con los que jugaba como un prestidigitador juega a bolas, aros o antorchas encendidas, o, por lo menos, no consistía exclusivamente en esto; él había conocido a personas que como políglotas eran casi tan destacadas como Charlotte, pero cuyos conocimientos en manera alguna les conferían el carácter de personas interesantes. En realidad, también él era políglota, y lo mismo cabía decir de muchos de sus amigos y de sus conocidos. Pero el conocimiento de idiomas para estas personas, lo mismo que para él, no era más que un cómodo instrumento. Lo importante, en lo referente a Charlotte, consistía en que el conocimiento de idiomas constituía una belleza en sí mismo, casi un misterio. Esta sensación la había tenido más de una vez al advertir que sus labios tenían el don, que era la más insólita gracia social entre los bárbaros, de hablar el italiano con la mayor perfección. El Príncipe había conocido extranjeros —pocos y casi todos ellos hombres— que hablaban su idioma de manera agradable, pero no había conocido a hombre o mujer que diera muestras de tener el casi desconcertante instinto de Charlotte en el empleo del italiano. Recordaba que, cuando la conoció, ésta no le dijo que hablaba el italiano, como si el inglés y sólo el inglés del Príncipe, que en poco se diferenciaba del de Charlotte, fuera el inevitable medio de comunicación entre ambos. Accidentalmente, con ocasión de oírla hablar con otra persona, supo que tenía un medio de comunicación alternativo tan bueno como el anterior o, en realidad, mejor, por cuanto se divertía esperando que cometiera en italiano un desliz lingüístico que jamás cometió. La explicación que a este misterio daba Charlotte no era suficiente. No, no era suficiente su nacimiento en Florencia y su infancia florentina, sus padres, de aquel gran país, pero pertenecientes ya a una generación corrompida, desmoralizada, falsificada, asimismo políglotas, con la balia toscana, que era el primer recuerdo de Charlotte, los criados de la villa, los queridos contadini del podere, las niñas y los campesinos del podere contiguo. Todo el pobre pero muy humano entorno de los primeros años de Charlotte en el que no se debía olvidar a las buenas hermanas del pobre convento de la montaña toscana, el convento más pobre de cuantos había alrededor, pero también más bello, en el que había estudiado hasta el inicio de la fase siguiente, la fase mucho más importante correspondiente a la institución parisina a la que llegaría terriblemente atemorizada, siendo más joven que sus compañeras de clase, tres años antes de terminar unos estudios de cinco años de duración. Naturalmente, estos recuerdos no dejaban de ser una explicación, pero no impidieron que el Príncipe insistiera en que se notaba la presencia de un antepasado genuinamente italiano y, si Charlotte se empeñaba, de las montañas toscanas,

una presencia imborrable en su sangre y en su acento. Ella ignoraba la existencia de este antepasado, pero escuchó con agrado su teoría, considerándola uno de los pequeños obsequios con los que la amistad florece. Sin embargo, todos estos hechos quedaron mezclados y confusos de manera natural, aunque cierto eco quedó al decir el Príncipe las palabras siguientes, en las que se daba nota de una sospecha que la discreción de éste permitía formular:

—¿Parece que no le ha gustado su país?

Por el momento, seguirían hablando en inglés. Charlotte Stant repuso:

—Mucho me temo que no me causa la impresión de ser mi país. Allí carece de importancia el que a uno le guste o no le guste el país. Se considera un asunto privado. Pero la verdad es que no me ha gustado. El Príncipe observó:

—Esto no es un gran estímulo para mí…

—¿Lo dice porque piensan ir allá?

—Desde luego, iremos. Siempre he sentido grandes deseos de ir. Charlotte, dubitativa, preguntó:

—¿Ahora? ¿Inmediatamente?

—Dentro de uno o dos meses. Éstos parecen ser los últimos proyectos. Después de decir estas palabras, vio en el rostro de Charlotte algo que ya había imaginado que vería y que le indujo a preguntar:

—¿No le escribió Maggie diciéndoselo?

—No me dijo que fueran inmediatamente. Desde luego, deben ir.

En tono claro y seguro, añadió:

—Y deben quedarse allí el mayor tiempo posible.

Riendo, el Príncipe le preguntó:

—¿Es esto lo que usted ha hecho? ¿Se ha quedado allí cuanto tiempo ha podido?

—Ésta es la impresión que tengo. Ahora bien, allí yo carezco de «intereses». Ustedes los tienen, y a gran escala. Es el país de los intereses. Si los tuviera, aunque fueran pocos, no me hubiese ido.

El Príncipe guardó silencio durante unos instantes. Estaban los dos todavía de pie y dijo:

—¿Sus intereses están aquí?

Sonriendo, la muchacha repuso:

—¡Mis intereses…! Poco lugar ocupan, estén donde estén.

La manera en que dijo estas palabras y el cambio que imprimieron en ella determinaron que el Príncipe dijera unas palabras que, pocos minutos antes, hubieran parecido un tanto gratuitas y de dudoso gusto. La insinuación contenida en lo dicho por Charlotte había alterado la situación, y él sintió realmente que se le levantaban los ánimos al descubrir que, en méritos de esa insinuación, un mundo honrado y real acudía a sus labios. Evidentemente, tanto para el uno como para la otra, en aquellas palabras se daba la máxima nota de valentía:

—Durante todo ese tiempo, he estado pensando que seguramente decidiría usted casarse.

Charlotte le miró durante unos instantes y, mientras transcurrían estos segundos, él temió haber estropeado gran parte de lo que hasta el momento quizá había conseguido. Charlotte dijo:

—¿Casarme? ¿Con quién?

—Pues con un norteamericano bueno, amable, inteligente, rico…

Una vez más, la seguridad del Príncipe peligró. Pero ella contestó de una manera que le pareció admirable:

—He procurado casarme con todos los hombres con quienes me tropecé. Hice todo lo que pude. Dije públicamente que había regresado con esa finalidad. Quizá me excedí, incluso. Pero de nada me sirvió. Tuve que reconocer mi fracaso. Nadie quiso casarse conmigo.

A continuación, pareció dar muestras de lamentar que el Príncipe hubiera tenido que escuchar palabras tan desconcertantes. Se apiadó de él y decidió animarle un poco, para sacarle de su desilusión. Sonriente, dijo:

—De todas maneras, como usted sabe, la existencia no depende de eso. De cazar marido, quiero decir.

Vagamente, el Príncipe dijo:

—Oh, la existencia…

—¿Cree que debería ambicionar algo más que la mera existencia? No veo razón alguna para que mi existencia, incluso reduciéndola todo lo que usted quiera a ser solamente mía, sea tan difícil. Puedo tener cierta clase de cosas, puedo ser ciertas cosas. La situación de una mujer sola es muy favorable en estos tiempos.

—¿Favorable para qué?

—Para existir. Y, a fin de cuentas, la existencia puede tener gran contenido, de una manera o de otra. En el peor de los casos, puede contener afectos. Sí, muy principalmente afectos, afectos centrados en amigos y amigas. Por ejemplo, quiero mucho a Maggie. La adoro. ¿Podría adorarla más si estuviera casada con un hombre del tipo a que usted se ha referido?

El Príncipe se echó a reír:

—¡Podría adorarle más a él!

—Es que no se trata sólo de eso.

—Mi querida amiga, se trata siempre de hacer cuanto uno pueda en beneficio de uno mismo sin perjudicar a los demás.

El Príncipe tenía la impresión de que ahora se encontraban en un terreno que representaba una base excelente. En consecuencia, prosiguió en un tono que parecía querer revelar la firmeza de su parecer.

—Por consiguiente, osaré expresar de nuevo mis esperanzas de que contraiga usted matrimonio con un hombre de valía. Y también repetiré mi convencimiento de que tal matrimonio será para usted más favorable, dicho sea con la palabra por usted utilizada, que el espíritu de nuestros tiempos.

Al principio pareció que Charlotte, por toda respuesta, se limitaría a mirarle, causando la impresión de aceptar humildemente sus palabras, si no hubiera sido por cierta expresión indicativa de que las había tomado alegremente.

Entonces dijo sencillamente:

—Muchísimas gracias.

En aquel instante, la dueña de la casa volvió a entrar. De forma patente, en el momento en que la señora Assingham entró, su mirada saltó con sonriente penetración de una a otra cara, y quizá fue la percepción de esa mirada lo que indujo a Charlotte, deseosa de equilibrar la situación, a incorporar a la señora Assingham a la conversación sostenida momentos antes:

—El Príncipe todavía tiene grandes esperanzas de que me case con una buena persona.

Fuera cual fuese el efecto que estas palabras causaron en la señora Assingham, el Príncipe se sintió tranquilizado, más seguro que en cualquier otro instante. Dicho de otra manera, estaba a salvo. Esto era lo que implicaba la actitud de Charlotte. Él necesitaba sentirse seguro. Ahora se sentía tan seguro que podría permitir casi todo género de bromas. Explicó a la dueña de la casa:

—He hablado así debido a lo que la señorita Stant me ha estado diciendo.

Creo que debemos levantarle los ánimos, ¿verdad?

La broma era de mal gusto, pero todavía no había comenzado, como tal broma, y así lo había comprendido la señora Assingham. Él prosiguió:

—La señorita Stant ha intentado casarse en Norteamérica, pero nada ha conseguido.

Su tono no fue el que la señora Assingham habría esperado de él, pero contestó de la mejor manera que pudo, diciéndole:

—Si tan interesado está en este asunto, consígalo usted.

Impertérrita, Charlotte dijo a la señora Assingham:

—Y usted debe ayudarle, querida. En anteriores ocasiones su ayuda ha sido muy valiosa.

Después de decir estas palabras, y antes de que la señora Assingham pudiera darles la debida contestación, se volvió hacia el Príncipe para abordar un tema que le afectaba mucho más de cerca:

—Su matrimonio ¿se celebrará el viernes o el sábado?

—¿El viernes? ¡No! ¿Por quién nos toma? Hemos evitado todos los malos augurios, aun los más vulgares. El sábado, en el Oratorio, a las tres en punto, ante doce personas exactamente.

—¿Doce incluyéndome a mí?

Estas palabras le sorprendieron. Se echó a reír:

—Usted sería la número trece. ¡No puede ser!

Charlotte dijo:

—Efectivamente, si es que se rige por augurios. ¿Desea que no asista?

—Dios mío… Procuraremos solucionarlo. Invitaremos a una vieja para que seamos catorce. Supongo que habrá alguna disponible para estar allí.

En realidad, el regreso de la señora Assingham había determinado, al fin, el momento en que el Príncipe debía partir. Volvió a coger el sombrero y se acercó a la señora Assingham para despedirse. Dirigiéndose a Charlotte, dijo:

—Esta noche ceno con el señor Verver, ¿desea que le transmita algún mensaje?

La muchacha pareció dudar unos instantes:

—¿Un mensaje para el señor Verver?

—Para Maggie, a fin de que puedan verse pronto. Me consta que a Maggie le gustará verla.

—Pues sí, dígale que iré a verla mañana por la mañana.

—Maggie mandará un coche para recogerla.

—No, gracias, no hace falta.

Dirigiéndose a la señora Assingham, Charlotte preguntó:

—El ómnibus cuesta un penique, ¿verdad?

Mientras la señora Assingham miraba inexpresivamente a Charlotte, el Príncipe exclamó:

—¡Ah, bueno…!

La dueña de la casa dijo a su amiga:

—Sí, querida, y yo le daré el penique.

La señora Assingham se dirigió al Príncipe:

—No se preocupe, que llegará.

Pero Charlotte, en el momento en que éste se despedía de ella, tuvo una nueva idea:

—Príncipe, deseo pedirle un gran favor. Antes del sábado quiero hacer un regalo de boda a Maggie.

El joven Príncipe, asintiendo una vez más, dijo:

—¡Bueno…!

Charlotte prosiguió:

—¡No sabe cuánto lo deseo! En realidad he venido con este fin. En América no podía conseguir lo que quiero regalarle.

La señora Assingham dio muestras de ansiedad:

—¿Y qué desea regalarle?

La muchacha dijo, sin apartar la vista de él:

—Espero que el Príncipe tenga la bondad de ayudarme a elegir el regalo.

La señora Assingham preguntó:

—¿Y yo no puedo ayudarla?

Fija aún la mirada en el Príncipe, repuso:

—Ciertamente, querida, nos reuniremos todos para hablar del asunto. Pero quisiera que el Príncipe me acompañara a ver objetos de regalo. Quiero que juzgue juntamente conmigo y que elija. Éste, si es que puede disponer del tiempo preciso, es el gran favor que le pido.

Él levantó las cejas y esbozó una maravillosa sonrisa:

—¿Vino de América para pedirme esto? ¡En ese caso debo encontrar el tiempo que sea preciso!

El Príncipe sonreía maravillosamente, pero sonreía más de lo que se había propuesto. Su sonrisa discordaba de los restantes aspectos de su compostura de tal manera que de ningún modo constituía una nota de seguridad para el Príncipe. Y, en el mejor de los casos, sólo cabía considerar segura su sonrisa si se la interpretaba como una nota de publicidad. Entonces, rápidamente, se dio cuenta de que este aspecto de publicidad era el que más le convenía. Al instante siguiente, le pareció que era esa publicidad lo que más deseaba, por cuanto ¿acaso la publicidad no era lo que situaba la relación con Charlotte en la forma más correcta? Comprendió la señora Assingham que el Príncipe necesitaba su apoyo e inmediatamente le dio a entender que podía contar con ella y que estimaba correcta la posición que había adoptado. Riendo, la señora Assingham dijo:

—¡Ciertamente, Príncipe, debe encontrar el tiempo preciso!

Y estas palabras fueron, en realidad, la licencia expresamente concedida por la señora Assingham a modo de representación del juicio de una amiga, de la opinión pública, del margen de libertad tolerado a un futuro marido, o lo que fuere. De este modo, el Príncipe, después de decir a Charlotte que, si iba por la mañana a Portland Place, haría cuanto estuviera en su mano para encontrarse allí a fin de poder verla y decidir el momento de acompañarla, se despidió albergando la firme creencia de saber, como él decía, dónde se encontraba. Lo cual era la razón por la que había prolongado su visita. Y se encontraba precisamente en un lugar en el que podía permanecer.

Capítulo IV

El coronel Assingham dijo a su esposa la noche de la jornada aquella en que llegó Charlotte:

—Me encuentro en el caso de tener que decirte, querida, que no veo por qué razón, incluso dando a los hechos la interpretación más pesimista, te lo tomas tan a pecho. A fin de cuentas, no es tuya la culpa. Por otra parte, así me ahorquen si la culpa es mía.

La noche estaba ya avanzada, la señorita que había desembarcado en Southampton aquella mañana para llegar con el «vapor especial», que se había alojado en un hotel sólo para volver a alojarse un par de horas después en una casa particular, se encontraba en estos momentos, según esperaban los esposos

Assingham, descansando pacíficamente de sus hazañas. A la cena habían asistido dos hombres, compañeros de armas y algo zarandeados de los mismos tiempos del coronel, a quienes la señora Assingham había invitado, un tanto negligentemente, el día anterior; cuando los caballeros, después de la cena, volvieron a reunirse con las señoras en la sala, Charlotte ya se había retirado, alegando fatiga. Sin embargo, los chasqueados guerreros se quedaron hasta tocadas las once. La señora Assingham, a pesar de que, como ella decía, no se hacía ilusión alguna en lo tocante al modo de ser de los militares, invitaba y chasqueaba constantemente a viejos soldados. Y, como quiera que el coronel había llegado, antes de la cena, con el tiempo justo para cambiarse de ropa, hasta el presente no había sido convocado por su cónyuge para examinar la situación que, como ahora acababa de saber, la llegada de su invitada había creado. Habían tocado ya las doce, la servidumbre había recibido autorización para retirarse, por la ventana abierta al aire agosteño, había dejado de penetrar el ruido del tráfico de la calle; él había estado durante todo este tiempo enterándose de lo que debía enterarse. Las palabras consignadas más arriba, emitidas por Robert Assingham, representan, por el momento, la esencia de su espíritu y de su actitud. Declinaba, y así se condenara si no lo hacía —expresiones ambas que utilizaba reiteradamente—, todo género de responsabilidad. Pese a ser el hombre más sencillo, más sensato y más cortés que quepa imaginar, el coronel se entregaba habitualmente a los excesos verbales. En cierta ocasión, su esposa, refiriéndose al habla impetuosa del coronel, le dijo que semejantes excesos le inducían a acordarse de cierto general retirado al que una vez vio jugando con soldaditos de juguete, librando y ganando batallas, sitiando plazas y aniquilando enemigos, con pequeñas fortalezas de madera y pequeños ejércitos de soldaditos de plomo. El exagerado énfasis de su marido era su caja de soldados de juguete, su juego militar. Satisfacía inocentemente en su vejez su instinto militar. Las palabras fuertes, en número suficiente y debidamente dispuestas para que produjeran mayor efecto, podían representar batallones, escuadrones, tremendas andanadas y gloriosas cargas de caballería. Era natural, era delicioso, representaba para él, y también para ella, el encanto de la vida de campamento, del perpetuo rugir de los cañones. Significaba luchar hasta el final, luchar hasta la muerte, sin matar a nadie.

Sin embargo, menos afortunado que su esposa, a pesar de la riqueza de su léxico, el coronel aún no había encontrado la imagen que expresara el juego favorito de la señora Assingham. Lo único que el coronel podía hacer era dejar que jugara a su propio juego, emulando con ello la filosofía que ella tenía con respecto a él. Muchas eran las noches en que el coronel estaba hasta la madrugada analizando las situaciones que con tanta abundancia se planteaban en la conciencia de su esposa; pero jamás había dejado de alegar que nada había en la vida, nada había en el vivir de su esposa, que pudiera constituir una

situación para él. La señora Assingham podía hallarse en cincuenta situaciones si quería, lo cual es a fin de cuentas lo que gusta a las mujeres ya que, cuando se cansan de una situación, siempre hay un hombre, de lo cual tienen clara conciencia, que las saca del apuro. De todas maneras, el coronel no estaba dispuesto, pasara lo que pasare, a encontrarse en una situación, fuera la que fuere, que se le hiciera propia y ni siquiera a participar en una situación con su esposa. En consecuencia, contemplaba cómo su mujer se desenvolvía en su elemento favorito, igual que a veces había contemplado en el acuario a aquella celebrada señora que con un breve y ceñido traje de baño daba volteretas y hacía otros ejercicios parecidos en aquel tanque de agua que tan frío e incómodo parecía a quienes no fueran anfibios. Aquella noche, el coronel escuchaba a su cónyuge mientras fumaba su última pipa y la observaba en el curso de su demostración, igual que si hubiera pagado un chelín para ello. Sin embargo, era cierto que esperaba la debida compensación del desembolso. ¿De qué diablos se mostraba tan inclinada a sentirse responsable? ¿Qué imaginaba que iba a ocurrir? Y, en el peor de los casos, ¿qué podía hacer aquella pobre muchacha, en el supuesto de que quisiera hacer algo? ¿Y qué cabía imaginar que la muchacha se propusiera?

La señora Assingham replicó:

—Si Charlotte me lo hubiera dicho en el momento de llegar, no me encontraría ahora en el caso de tener que averiguarlo. Pero no ha sido tan amable y no veo indicios de que llegue a serlo. Lo cierto es que para algo ha venido. No habrá venido para nada, creo yo.

Despacio, sin prisas, prosiguió:

—Quiere volver a ver al Príncipe. Y esto no es lo que me preocupa. Quiero decir que este hecho, en cuanto tal, no me preocupa, pero no dejo de preguntarme ¿para qué quiere verle?

—¿Y de qué te sirve hacerte esta pregunta si sabes que no lo sabes?

El coronel se reclinó cómodamente en el asiento, descansando un tobillo en la rodilla de la otra pierna, con la vista atentamente fija en la imagen de su pie, extremadamente esbelto, que meneaba constantemente, enfundado **en** fina seda negra y zapato de charol. Este miembro de su cuerpo parecía confesar que tenía conciencia de la disciplina militar, pues todo en él era tan pulido y perfecto, tan recto, ceñido y bien dispuesto, como un soldado en un desfile. Aquel pie llegaba incluso a decir, indirectamente, que si no se hallara en el estado en que se hallaba, alguien «le habría llevado» algo, como, por ejemplo, la prohibición de salir del cuartel o la retención de la paga. Bob Assingham se distinguía, de muy notable manera, por la esbeltez de su persona, una esbeltez que nada tenía que ver con la decadencia física y que quizá fue decretada por poderes superiores en vista a las necesidades de transportes y alojamiento, y

que en realidad lindaba con lo anormal. Sus amigos sabían perfectamente que Bob Assingham «se cuidaba bien», pero a pesar de eso seguía escuálido y flaco, con cavidades faciales y abdominales de muy triste efecto, con la consecuente flacidez de las diversas prendas que vestía; todo esto, combinado con la afición a la telas de extraños colores claros y textura pajiza con cierto parecido a las esteras chinas, que provocaban curiosidad respecto a la fuente de suministro, inducía a pensar en largas estancias en las islas tropicales, en un omnipresente sillón de asiento de caña entretejida, en el cargo de gobernador colonial, ejercido en amplios porches. Su cabeza redonda y suave, con el especial matiz de su cabello blanco, parecía un macetero de plata puesto boca abajo. Sus pómulos y su erizado bigote eran dignos de Atila, el azote de Dios. Las cuencas de sus ojos eran profundas y tenebrosas, pero los ojos que en ellas se alojaban parecían azules florecillas cortadas esa misma mañana. Sabía todo lo que se puede conocer acerca de la vida, que, en su mayor parte, consideraba cuestión de carácter pecuniario. Su esposa le acusaba de carencia de reacciones morales o intelectivas, o, mejor dicho, de una total incapacidad para entrambas. El coronel Assingham ni siquiera llegaba a comprender el significado de las palabras de su esposa, lo cual carecía de toda importancia debido a que, a pesar de sus limitaciones, podía comportarse como un ser perfectamente sociable. Las penalidades de los hombres, sus lacras y deficiencias no le sorprendían ni le impresionaban; incluso cabía decir, lo cual quizá fue su única pérdida verdadera a lo largo de una vida de ahorro, que las escaseces le divertían. Sin horror, daba por sentadas las penalidades, las clasificaba según sus tipos y calculaba sus consecuencias y las oportunidades que ofrecían. Quizá en antiguos climas rigurosos, en viejas campañas de crueldad y licencia había tenido tales revelaciones y había conocido tales asombros que ya nada le quedaba por aprender. Sin embargo, era hombre totalmente satisfecho, a pesar de su afición a emplear términos subidos de tono en las discusiones domésticas. Y, cosa rarísima, su amabilidad parecía no guardar relación alguna con las experiencias de su pasado. Sabía enfrentarse perfectamente con las realidades, en la medida que le era necesario, sin acercarse a ellas.

Ésta era la manera como trataba a su esposa, de cuyas palabras, por lo menos en gran parte, hacía caso omiso. En beneficio de la economía generalmente considerada, recortaba y reducía el pensamiento de su mujer, de la misma manera que recortaba por ahorro, mediante tachaduras hechas con el último resto de un lápiz, los telegramas de la señora Assingham. Entre cuantas realidades había en el mundo, para él la menos misteriosa era la administración de su casa, que llevaba quizá con excesiva atención y con perfecto conocimiento de causa. Sus relaciones con esta realidad eran un cumplido ejemplo del arte de efectuar recortes. Y, volviendo al tema que nos ocupa, éste era precisamente el proceso que el coronel hubiera aplicado de

buena gana a los pareceres de la señora Assingham acerca del problema que tenían ante ellos, a saber, sus relaciones con las posibilidades de Charlotte Stant. No, no debían invertir íntegramente en ellas su pequeña fortuna de curiosidad y de alarma. Ciertamente, no iban a gastarse precisamente en ellas sus queridos ahorros tan pronto. Además, el coronel Assingham simpatizaba con Charlotte, invitada ordenada y de fácil trato, quien, a su juicio, se parecía a él más de lo que pudiera parecerse su esposa, gracias a esa **manera** de ser de Charlotte, que tan eficazmente evitaba el despilfarro. El coronel Assingham podía hablar con ella sobre Fanny casi mejor de lo que podía hablar con Fanny sobre Charlotte. Sin embargo, por el momento, procuró ayudar en la medida de lo posible a su esposa, llegando incluso a formular la pregunta que hemos consignado anteriormente. Ahora prosiguió:

—Si no puedes saber de qué has de tener miedo, espera a poder saberlo para tener miedo. Entonces verás cómo todo se desarrolla mucho mejor. 0, por el contrario, si ello presupone esperar demasiado, pregúntaselo a ella. No a mí. A ella, a ella.

Como sabemos, la señora Assingham negaba que su marido fuera capaz de pensar, lo cual le permitió considerar estas observaciones como si se tratara de movimientos físicos sin sentido o de contorsiones nerviosas del rostro. Por costumbre y por amabilidad, hizo caso omiso de ellas. Sin embargo, nadie había en el mundo con quien hablara tan insistentemente de tan íntimos asuntos como con el coronel Assingham.

Como si hablara consigo misma, la señora Assingham musitó:

—Su amistad con Maggie constituye la gran complicación, debido precisamente a lo natural que es.

—Si es una complicación, ¿a qué se debe que Charlotte busque la amistad de Maggie?

La señora Assingham siguió meditando:

—Se debe a que Charlotte odia América. No había sitio para ella allí, no encajaba en el país. Carecía de simpatías allí las gentes con quienes trataba tampoco le tenían simpatía. Además, aquel país es horrorosamente caro. Con sus medios, no podía comenzar a vivir allí. Ni puede hacerlo aquí, salvo con carácter excepcional.

—El carácter excepcional no consistirá en vivir con nosotros, supongo yo.

—No puede vivir con nosotros ni con nadie. Ésta es la verdad. No puede vivir constantemente de visita en casas ajenas. Y además tampoco quiere.

Incluso en el caso de que pudiera, la nobleza de su carácter se lo impediría. Pero, tarde o temprano, forzosamente vivirá invitada en casa de ellos. Maggie

la invitará, Maggie la obligará. Además, la propia Charlotte sentirá deseos de que la inviten.

El coronel preguntó:

—En este caso, ¿por qué no aceptas que éste es el fin con el que Charlotte ha venido?

Igual que si no le hubiera oído, la señora Assingham prosiguió:

—No es posible, no es posible… Y por esto no hago más que dudar y dudar.

—Pues a mí me parece una solución perfecta.

Ella siguió meditando:

—Dudo y me pregunto si no habrá resucitado ahora una parte del pasado. ¿Cómo va a ser posible?

—Pues me atrevo a decir que será perfectamente posible sin necesidad de que te tortures y te retuerzas las manos.

Después de decir estas palabras, el coronel dio una chupada a la pipa; tan pronto como pudo, prosiguió:

—Querida, ¿te has encontrado alguna vez en el caso de que algo proyectado por ti, ideado por ti, resulte imposible?

Estas palabras provocaron la inmediata contestación de su esposa:

—¡Esto no lo proyecté yo! ¡No, yo no he traído aquí a Charlotte!

—¿Esperabas que la muchacha se quedara allí toda la vida, sólo para complacerte?

—Ni mucho menos. No me hubiera preocupado en absoluto su llegada después del matrimonio. Que haya venido antes del matrimonio es lo que me preocupa.

Incongruentemente, añadió:

—Lo lamento por ella, lo lamento mucho. Desde luego, no le gustará. Realmente, no sé qué extraña perversidad la ha poseído. No tenía necesidad alguna de enfrentarse cara a cara con ese matrimonio, y supongo que no lo hace simplemente para disciplinarse. Casi equivale, y esto es lo más molesto, a aplicarme la **disciplina** a mí.

Bob Assingham dijo:

—Quizá lo haya hecho con ese fin. Por el amor de Dios, acéptalo como un acto disciplinario y da por terminado el asunto.

Después de una pausa, añadió:

—También yo lo aceptaré así.

Sin embargo, Fanny Assingham estaba muy lejos de dar por terminado el asunto. Como ella decía, se trataba de una situación con muchas facetas, ninguna de las cuales cabía, en justicia, no considerar.

Luego declaró:

—Y quiero que sepas que no creo que la chica sea mala. No, jamás, jamás pensaré eso de ella.

—Bueno, pues bástete eso.

No, nada le bastaba a la señora Assingham, salvo seguir pensando.

Ahora, dijo:

—No se propone deliberadamente, ni desea conscientemente, plantear la más leve complicación. Es totalmente cierto que, a su juicio, Maggie es un ser adorable. ¿Y quién no piensa así? Charlotte es incapaz de hacerle el menor daño.

Y concluyó:

—Pero aquí está Charlotte y aquí están los otros dos.

El coronel volvió a fumar en silencio durante un rato. Por fin preguntó:

—¿Qué diablos pasó entre esos dos?

—¿Entre Charlotte y el Príncipe? Pues nada… Que se dieron cuenta de que nada podía pasar entre ellos. Ésa fue su pequeña aventura romántica, ésa su pequeña tragedia.

—Pero ¿qué hicieron?

—¿Hicieron? Enamorarse el uno del otro, pero al ver que no era posible renunciaron mutuamente.

—¿Y dónde está la aventura romántica?

—En su frustración, en tener la valentía de enfrentarse con la realidad.

El coronel prosiguió su interrogatorio:

—¿Qué realidad?

—Bueno, pues, para empezar, ninguno de los dos tenía los medios precisos para contraer matrimonio. Si ella hubiera tenido algo, un poco, un poco para vivir los dos, quiero decir, creo que él hubiera tenido la valentía de casarse.

Después de esto, como su marido se había **limitado** a emitir un vago y

extraño sonido, corrigió sus palabras:

—Quiero decir si él hubiera tenido algo, un poco, un poco más que un poco, un poco para un Príncipe.

Meditó y trató con justicia a la pareja:

—En este caso, habrían hecho lo que hubieran podido, si hubiera habido modo. Pero no había modo, y Charlotte tuvo la nobleza, a mi parecer, de reconocerlo. El Príncipe necesitaba dinero. Era una cuestión de vida o muerte. Además, no habría sido divertido, ni mucho menos, casarse con él, siendo éste un pobre de solemnidad, quiero decir, permitiendo que siguiera siéndolo. Esto es lo que ella —y él— tuvieron la sensatez de comprender.

—¿Y esto es lo que tú llamas aventura romántica?

La señora Assingham le miró en silencio, durante unos instantes, y preguntó:

—¿Qué más quieres?

—¿Y él no quiso nada más? ¿Y la pobre Charlotte tampoco?

Le miró fijamente de una manera que casi era, en sí misma, una respuesta. Luego dijo:

—Estaban profundamente enamorados. Charlotte hubiera podido ser su… Pero se contuvo. Estuvo desorientada durante un momento y dijo:

—Habría podido ser lo que hubiera querido, salvo su esposa. Envuelto en humo, el coronel replicó:

—Pero no lo fue.

Como un eco, ella repuso:

—Pero no lo fue.

Este eco, profundo, aunque no ruidoso, llenó durante unos instantes el cuarto. El coronel causó la impresión de prestar oído al eco en espera de que se desvaneciera. Luego, preguntó:

—¿Y cómo puedes estar tan segura?

Ella esperó unos instantes antes de contestar, pero cuando contestó lo hizo con firmeza:

—No tuvieron tiempo.

Esta razón provocó una corta carcajada en el coronel, quien, por lo visto, esperaba otra razón. Éste dijo:

—¿Tanto tiempo hace falta?

Pero la señora Assingham siguió seria y repuso:

—Más del que ellos tuvieron a su disposición.

El coronel se mantuvo impertérrito, aunque quedó un tanto intrigado:

—¿Qué les pasó con el asunto del tiempo?

Estas palabras no suscitaron respuesta alguna de la señora Assingham, quien pareció sumida en los recuerdos, en volver a vivirlos y en atar los cabos sueltos. El coronel le preguntó:

—¿Quieres decir que interviniste tú con tu idea?

Estas palabras centraron su atención en aquel aspecto concreto del tema y, en cierta medida, le permitieron contestar.

—Ni mucho menos, en aquel entonces.

Después de un breve silencio, añadió:

—Supongo que recordarás lo que ocurrió hace un año. El Príncipe y Charlotte se alejaron el uno del otro sin que él hubiera oído hablar siquiera aún de Maggie.

—¿Es que la propia Charlotte no le había hablado de ella?

—No, nunca le había hablado de ella.

—¿Es esto lo que te ha dicho?

—No estoy hablando de lo que ella me ha dicho. Punto. Estoy hablando de lo que sé por mí misma. Punto.

En tono más conciliador, Bob Assingham preguntó:

—En otras palabras, ¿piensas que te mintió?

La señora Assingham dio a estas palabras el negligente tratamiento que se da a las groserías:

—En aquel entonces ni siquiera mencionó a Maggie.

Había hablado con tal seguridad, que el coronel pareció quedar impresionado. Preguntó:

—Entonces, ¿ha sido él quien te lo ha dicho?

Después de unos instantes, la señora Assingham confesó:

—Ha sido él.

—¿Y este hombre no miente?

—No, en justicia debo decir que no. Creo que nunca miente.

Para justificarse de manera vaga y general, añadió:

—Si no le hubiera creído, no habría querido tener el más leve trato con él; quiero decir, en relación con el asunto que nos ocupa. Pero el Príncipe es un caballero; quiero decir que es tan caballero como se debe ser. Y, además, nada podía ganar mintiendo, lo cual siempre ayuda a un caballero a portarse como un caballero. Yo fui quien le habló de Maggie, en mayo hizo un año. El Príncipe jamás había oído hablar de ella. El coronel observó:

—En este caso, es grave.

Dubitativa, la señora Assingham preguntó:

—¿Grave para mí, quieres decir?

—Que todo es grave para ti lo hemos dado por supuesto desde un principio y, fundamentalmente, de eso estamos hablando. Quiero decir que es grave, o lo fue, para Charlotte. Y es grave para Maggie. Mejor dicho, lo fue cuando el Príncipe la conoció. 0 cuando ella conoció al Príncipe.

—No puedes atormentarme tanto como quisieras, debido a que no piensas en nada en lo que yo no haya pensado mil veces ya, y debido a que yo pienso en cosas en las que tú jamás pensarás. Todo habría sido grave si no hubiera sido impecable.

Dichas estas palabras, observó:

—No caes en la cuenta de que llegamos a Roma a finales de febrero. El coronel le dio toda la razón:

—En esta vida, no caigo en la cuenta de nada.

Sin embargo, era evidente que ella caía en la cuenta de todo en esta vida, cuando era necesario. Ahora dijo:

—Charlotte, que había estado en Roma aquella temporada, desde noviembre, se fue repentinamente, como recordarás, hacia el diez de abril. Debía quedarse más tiempo, debía quedarse porque nosotros estábamos allí. Y, con más razón todavía, debía quedarse porque los Verver, que fueron esperados durante todo el invierno, pero cuya llegada se demoró semana tras semana porque no acababan de decidirse a dejar París, por fin iban a trasladarse realmente a Roma. E iban a Roma, mejor dicho, Maggie iba a Roma, principalmente para ver a Charlotte y, sobre todo, para estar con ella allí. Pero Charlotte se fue a Florencia, con lo que todo quedó trastornado. Se fue de la noche a la mañana. No recuerdas nada. Dio sus razones, pero en aquel entonces la actitud de Charlotte me pareció rara. Tuve la sensación de que algo había ocurrido. El problema consistía en que, a pesar de que yo sabía un poco de lo ocurrido, no sabía lo suficiente. Ignoraba que la relación de Charlotte con el Príncipe hubiera sido una cosa «gorda», como tú dices, es

decir, ignoraba lo «gorda» que había sido. La partida de la pobre chica fue una huida. Se fue para salvarse.

El coronel había escuchado más atentamente de lo que había dado a entender, como se dedujo por el tono en que preguntó:

—¿Para salvarse?

—Bueno y también, a mi parecer, para salvar al Príncipe. Lo comprendí después. Sí, ahora lo veo muy claro. El Príncipe no quería causar daño a Charlotte.

Riendo, el coronel observó:

—¡Por lo general, no se quiere causar daño!

Ella prosiguió:

—De todas maneras, Charlotte huyó. Los dos huyeron. Sí, porque sencillamente tenían que enfrentarse con la realidad. Su matrimonio era imposible y, por ello, cuanto antes pusieran los Apeninos por medio, mejor. Cierto es que tardaron un poco en darse cuenta. Durante todo aquel invierno se vieron constantemente, y no siempre en público. Se vieron mucho más de lo que la gente sabía, aunque se sabía mucho. Desde luego, más de lo que yo imaginaba, aun cuando, si lo hubiera sabido con exactitud, en nada me hubiese afectado. El Príncipe me gustó, me pareció encantador desde el instante en que le conocí. Y, ahora, después de conocerle desde hace más de un año, no ha hecho nada que pueda inducirme a variar de parecer. En consecuencia, tengo fe en él y, al principio, acerté al pensar que tendría fe en él.

A continuación, la señora Assingham declaró, en el mismo tono que hubiera empleado al dar el resultado de una suma cuyas columnas hubieran estado escritas en una pizarra:

—En consecuencia, no me he portado como una tonta.

Bob Assingham dijo:

—¿Acaso insinúas que yo haya dicho que te has portado como tal? De todas maneras, en este problema lo único que tienes que hacer es no intervenir. Ahora es suyo, de ellos, lo compraron y lo pagaron. Ha dejado de ser tuyo.

—¿A qué problema te refieres?

El coronel fumó en silencio, gimió y dijo:

—¿Tantos problemas hay que es preciso que concrete a cuál me refiero?

—Está el problema de Maggie y el Príncipe, y está el problema del Príncipe y Charlotte.

Burlón, el coronel observó:

—Y también está el de Charlotte y el Príncipe.

La señora Assingham siguió con su lista:

—Está el problema de Maggie y Charlotte, y también está el problema de Maggie y yo. Y me parece que está el de Charlotte y yo. Meditativa añadió:

—Sí, lo de Charlotte y yo es todo un problema. En resumen, como puedes ver, hay muchos problemas. Pero estoy dispuesta a no perder la cabeza.

El coronel preguntó:

—¿Y vamos a resolver todos los problemas esta noche?

—La perdería si las cosas hubieran ocurrido de otra manera, si hubiera cometido una imprudencia.

Absorta, haciendo caso omiso de la pregunta del coronel, la señora Assingham siguió con lo suyo:

—No, no podría hacer frente a la situación actualmente. Pero mi honradez es mi fortaleza. Nadie puede acusarme. Los Verver llegaron solos a Roma. Charlotte, después de pasar unos días con ellos en Florencia, decidió regresar a América. Me atrevo a creer que Maggie la ayudó, seguramente le hizo un regalo, un regalo cuantioso, lo que facilitó muchas cosas. Charlotte se separó de los Verver, vino a Inglaterra y, en compañía de alguien, embarcó para Nueva York. Todavía conservo la carta que me mandó desde Milán, diciéndomelo. A la sazón ignoraba lo que había detrás de aquella carta, pero tuve la impresión de que revelaba la intención de comenzar una nueva vida. De todas maneras, no cabe duda de que aquello despejó un poco la atmósfera allí, quiero decir la atmósfera en que estábamos sumidos en la querida y vieja Roma. El campo quedó libre, tuve carta blanca. Cuando hice lo preciso para que los dos se conocieran, no tenía que pensar en una tercera persona. Más aún, tampoco ellos tenían que pensar en otra persona.

La señora Assingham concluyó:

—Con lo cual puedes ver perfectamente la posición en que me encuentro.

Después de decir estas palabras, la señora Assingham se levantó como si la luz azul del día hubiera avanzado tenazmente a lo largo de un tenebroso túnel; la nota de satisfacción en su voz, así como su recuperada vivacidad, bien hubieran podido representar el agudo silbido del tren que, por fin, sale disparado del túnel al campo abierto. Dio unos pasos por la estancia y contempló durante unos instantes la noche agosteña. Se detuvo varias veces, aquí y allá, ante las flores en jarrones y búcaros. Sí, parecía evidente que la señora Assingham había demostrado algo que era preciso demostrar, parecía

que el resultado de sus actividades había sido, casi de improviso, un éxito. Los viejos cálculos quizá fueron falsos, pero los nuevos dejaban la cuestión resuelta. Sin embargo, su marido, lo cual no dejaba de ser cosa un tanto rara, siguió en su sitio, quieto, como si no se hubiera dado cuenta de aquel resultado. De la misma manera que la intensidad del estado de ánimo de su esposa le había divertido anteriormente, el actual alivio de su cónyuge no le había levantado los ánimos. Y bien podía darse el caso de que hubiera escuchado con más interés que el demostrado hasta ahora. Por fin, preguntó:

—¿Quieres decir que el Príncipe se ha olvidado ya de Charlotte?

La señora Assingham dio media vuelta sobre sí misma como impulsada por un resorte y dijo:

—Quería olvidarse de ella, por cuanto, naturalmente, era lo mejor que podía hacer.

Realmente parecía que la señora Assingham conocía a la perfección el caso. Ahora, ya no había cabos sueltos. Añadió:

—Era capaz de hacer este esfuerzo, siguió la senda que decía. También debes recordar la impresión que Maggie nos causó.

—Es una muchacha muy simpática, pero siempre me ha causado la impresión, sobre todo, de ser la clásica señorita con rentas de un millón al año. Si has querido decir que ésta fue también la impresión que causó al Príncipe, has arrojado mucha luz sobre el caso. Sí, porque te puedo asegurar que el esfuerzo para olvidar a Charlotte no pudo ser excesivo.

Estas palabras inquietaron a la señora Assingham, aunque sólo durante un instante:

—Jamás he dicho que al principio no lo fuera y jamás he dicho que, con el paso del tiempo, a él no le guste más el dinero de Maggie.

Bob Assingham replicó:

Y jamás he dicho que a mí no me guste.

Fumó en silencio durante un rato y preguntó:

—¿Hasta qué punto estaba enterada Maggie de la situación?

—¿Hasta qué punto? ¿Cuánto sabía de la historia?

La señora Assingham pareció considerar —como si se tratara de cuartillo y galones— la mejor manera de expresar aquel cuantitativo «cuánto». Dijo:

—Sabía cuanto Charlotte le había dicho en Florencia.

—¿Y qué le había dicho Charlotte?

—Muy poco.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no podía.

La señora Assingham explicó a continuación el significado de estas palabras:

—Hay ciertas cosas, querido, que nadie puede decir a Maggie, y me sorprende que, a pesar de lo espeso que eres, no te hayas dado cuenta. Incluso ahora te doy mi palabra de que no me gustaría nada decir ciertas cosas a Maggie.

El coronel fumó en silencio y dijo:

—¿Tanto se escandalizaría?

—Se atemorizaría. A su manera extraña e infantil, se sentiría profundamente herida. No ha nacido para saber lo que es el mal. Y es preciso que jamás llegue a saberlo.

Bob Assingham soltó una extraña y lúgubre carcajada, cuyo sonido tuvo la virtud de dejar paralizada a su esposa, y dijo:

—Pues hemos emprendido buen camino, a este fin.

Erguida, protestó:

—No hemos emprendido camino alguno. Los caminos están ya todos emprendidos; se emprendieron en el instante en que el Príncipe se acercó a nuestro coche aquel día en Villa Borghese, el segundo o tercer día de la estancia de Maggie en Roma, día en que, como recordarás, fuiste a no sé dónde con el señor Verver, y el Príncipe subió a nuestro coche y vino a tomar el té con nosotras a casa. Se habían conocido, se habían visto a conciencia el uno al otro, estaban en relación, todo lo demás llegaría por sí mismo, según las posibilidades que se ofrecieran. Prácticamente, y lo recuerdo bien, todo comenzó durante el viaje en coche. Maggie se enteró, gracias al saludo que un hombre dirigió al Príncipe, al cordial estilo romano, desde una esquina junto a la que pasábamos, de que uno de los nombres de pila del Príncipe, el nombre que siempre emplean sus parientes, es Americo, cuyo nombre, como probablemente ignoras, a pesar de llevar media vida viviendo conmigo, era, hace cuatrocientos años, o los que sean, el del audaz individuo que siguió a través de los mares la ruta de Colón y consiguió lo que no consiguió éste: ser el padrino o el padre nominal del nuevo continente, de modo y manera que todo lo que esté relacionado con él tiene, incluso ahora, la virtud de conmover nuestros despiadados pechos americanos.

El coronel, con su siniestra placidez, siempre daba adecuada respuesta a las

no infrecuentes imputaciones de ignorancia que le lanzaba su esposa en lo tocante a su tierra natal, imputaciones que le dejaban impertérrito y en modo alguno avergonzado. Ni siquiera intentó iluminar las simas de su ignorancia, haciéndole ahora una pregunta a la que consiguió dar tono de curiosidad, sin insinuar siquiera el de disculpa:

—¿Y dónde está la relación a que te has referido?

Rápida, la señora Assingham contestó:

—En las mujeres. Mejor dicho, en una mujer de los viejos tiempos, a la que debemos estar agradecidos, que era descendiente del pretendido descubridor, del audaz individuo antes citado, a la que el Príncipe puede afortunadamente llamar antepasada. Una rama de esa otra familia había llegado a ser importante, lo suficientemente importante, por lo menos, para emparentar mediante matrimonio con la familia del Príncipe, y el nombre del navegante, coronado de gloria, llegó, como es natural, a ser tan apreciado entre los antepasados del Príncipe que siempre lo imponían a alguno de sus hijos, generación tras generación. De todas maneras, lo que quería decirte es que el hecho de llevar este nombre ayudó mucho al Príncipe, desde el principio, a ganarse las simpatías de los Verver, tal como recuerdo muy bien. Esta relación con el navegante causó una impresión muy romántica a Maggie, desde el instante en que lo supo. En un abrir y cerrar de ojos, Maggie colocó todos los eslabones que pudieran parecer ausentes, en la cadena sucesoria. Y yo me dije para mi capote: «Con este signo vencerás», máxime si se tenía en cuenta que el Príncipe, afortunadamente para él, reunía también los demás signos precisos. Realmente, dicha relación era prácticamente la parte afilada de la cuña…

Y la señora Assingham concluyó:

—Lo que me pareció una nota de adorable candor, por parte de los Verver.

El coronel aceptó sin reparos la historia, pero su comentario fue prosaico:

—Sabía muy bien lo que hacía el tal Americo. Y no me refiero al de pasados tiempos.

Valerosamente, la señora Assingham le espetó las siguientes palabras:

—¡No hace falta que insistas!

Pero el coronel remachó:

—El viejo Americo no es el único descubridor de la familia.

—Puedes decir lo que te dé la gana, pero la verdad es que, si bien es cierto que el viejo Americo descubrió América, o consiguió que le honraran como si la hubiera descubierto, también lo es que sus sucesores, con el paso del

tiempo, descubrirían a los norteamericanos. Y concretamente uno de ellos descubriría lo muy patriotas que somos.

El coronel preguntó:

—¿Y este último no será acaso la misma persona que descubrió la relación antes mencionada?

La señora Assingham le miró de través:

—La relación es histórica, totalmente histórica. Tus insinuaciones sólo revelan tu cinismo. ¿No comprendes que la historia de esta familia es perfectamente conocida, desde las raíces hasta la última rama, en todos los momentos de su desarrollo?

Bob Assingham dijo:

—Bueno, bueno…

Su esposa le recomendó intencionadamente:

—Un día ve al Museo Británico.

—Y cuando esté allí, ¿qué hago?

—Hay toda una inmensa sala, o departamento, o sección, o lo que sea, llena a rebosar de libros que únicamente tratan de su familia. Ve y lo verás.

—¿Lo has visto tú?

La señora Assingham dudó, aunque sólo un instante, y contestó:

—Pues, sí. Un día fui allí con Maggie. Echamos una ojeada a la familia del Príncipe, valga la expresión. Y nos trataron con mucha amabilidad.

Y, después de decir estas palabras, la señora Assingham volvió a seguir el hilo de la narración que su marido había conseguido alterar un poco:

—El efecto ya se había producido y en Roma el encantamiento comenzó a dar resultados a partir del momento en que el Príncipe viajó en coche con nosotras. Después, lo único que tuve que hacer fue sacarle a la situación el mejor partido.

Después de una breve pausa, la señora Assingham se apresuró a añadir:

—Quiero decir que el momento era propicio y en manera alguna consideré que mi deber fuera empeorarlo. Si volviera a darse aquella situación, no me comportaría de manera diferente. Me ocupé del caso según lo entendía en aquel entonces, que es de la misma manera en que sigo entendiéndolo en la actualidad. Me gustaba, me parecía una relación entre dos personas de la que sólo cabía esperar beneficios para todos.

No sin cierta intensidad, la señora Assingham añadió:

—Y nada ni nadie me hará pensar de manera diferente, ni siquiera ahora.

El coronel, quieto, sentado, levantada la pipa, observó:

—Tienes el precioso don de pensar siempre lo que más te conviene. Y también tienes la virtud de llegar a conclusiones opuestas, a más no poder, en cuestión de segundos.

Después de una pausa, prosiguió:

—Lo que en aquel entonces ocurrió fue que te enamoraste furiosamente del Príncipe y, como sea que no podías librarte de mí, tuviste que dar a tus impulsos un curso indirecto. Al igual que Charlotte, no podías casarte con él, pero podías casarle con otra persona, quedando siempre presentes dos elementos: el Príncipe y la institución matrimonial. Podías casarle con tu joven amiga, en la que no concurrían impedimentos.

—No sólo no había impedimentos sino que se daban buenas razones, razones positivas, excelentes, encantadoras.

Había hablado sin negar de ninguna manera los motivos de su actitud revelados por el coronel. Y tal abstención, clara y consciente, no le había costado el menor esfuerzo. La señora Assingham siguió:

—Sí, se trataba siempre del Príncipe y se trataba siempre de matrimonio, a Dios gracias. Y quiera Dios que siempre se trate de eso. Hace un año, el que yo pudiera ser una ayuda en este caso me hizo feliz y ahora sigue haciéndome feliz.

—En ese caso, ¿por qué no estás tranquila?

Fanny Assingham repuso:

—Estoy tranquila.

El coronel la miró con su palidez candorosa sin moverse del asiento. Ella volvió a moverse, como si quisiera reforzar con su inquietud su declaración de tranquilidad. Al principio, el coronel guardó silencio, como si hubiera aceptado la respuesta de su mujer, pero no tardó en romperlo:

—¿Y cómo interpretas el que, según tus propias explicaciones, Charlotte nada pudiera decir a Maggie? ¿Y cómo interpretas que el Príncipe nada le dijera? Y conste que comprendo que a Maggie no se le pueden decir ciertas cosas, debido a que, como tú dices, se asusta y se escandaliza muy fácilmente.

El coronel hizo estas objeciones muy despacio, y sus pausas permitían a su esposa ir de un lado para otro y atenderle. Pero seguía paseando, inquieta, cuando el coronel terminó su pregunta:

—Si no ocurrió nada que no hubiera debido ocurrir entre esta pareja, antes de que Charlotte huyera, lo que hizo, según dices, precisamente para que no ocurriera, ¿a santo de qué era tan terrible hablar de ello?

Después de escuchar esta pregunta, la señora Assingham siguió paseando y cuando por fin se detuvo ni siquiera la contestó:

—Pensaba que querías que estuviera tranquila.

—Y es lo que quiero. Y procuro tranquilizarte todavía más, a fin de que no vuelvas a inquietarte. ¿Puedes estar tranquila, en lo tocante al punto a que me he referido?

Pensó unos instantes y, a juzgar por su contestación, se esforzó en estar tranquila:

—Estoy perfectamente segura de que Charlotte no desea, en manera alguna, creer que tuvo que huir por las razones a que nos estamos refiriendo, aunque el hecho de huir produjo el resultado que ella quería.

—¡Claro, si es que ha producido el resultado que ella quería!

Pero las palabras del coronel quedaban pendientes, en su significado, por aquel «si», que su esposa prefirió no tener en cuenta. Sin embargo, todavía quedó más pendiente, a causa de las siguientes palabras del coronel:

—En este caso, lo único que me pregunto es por qué Charlotte ha vuelto al lado del Príncipe.

—No ha vuelto al lado del Príncipe. En realidad, no ha vuelto por él.

—Soy capaz de decir todo lo que tú desees que diga, pero esto no me dejará tan satisfecho como si fueras tú quien lo dijera. La señora Assingham replicó:

—Nada puede dejarte satisfecho, querido. Nada te interesa, lo único que te interesa es divertirte groseramente, al ver que soy incapaz de lavarme las manos de todo.

—Imaginaba que tu tesis era que todo se ha desarrollado de una manera tan correcta que, precisamente por ello, podías lavarte las manos de este asunto.

Pero la señora Assingham demostró, como a menudo demostraba, que podía seguir en sus trece, haciendo caso omiso de las argumentaciones del coronel:

—Eres un ser dominado totalmente por la indiferencia, en realidad eres perfectamente inmoral. Has participado en el saqueo de ciudades, y estoy convencida de que has cometido hechos horrorosos. Pero puedes tener la seguridad de que no me dedico a torturarme a mí misma pensándolo. Riendo,

concluyó:

—En consecuencia, lo único que digo es: «Bueno, ¿y qué?».

El coronel aceptó la hilaridad de su esposa, pero no cedió terreno:

—De todas maneras, estoy dispuesto a ayudar a la pobre Charlotte.

—¿A ayudarla, dices?

—Sí, a ayudarla a saber lo que quiere.

—Yo también. Pero Charlotte sabe muy bien lo que quiere.

Por fin, la señora Assingham reconoció este mérito de la muchacha, a modo de fruta madura de sus últimas meditaciones y paseos por la estancia. En el curso de la conversación, había buscado a tientas el hilo que la había llevado a esta conclusión y ahora lo había encontrado:

—Charlotte quiere ser magnífica.

Casi cínicamente, el coronel observó:

—Y lo es.

Ahora, ya muy segura, la señora Assingham dijo:

—Quiere ser absolutamente superior y es capaz.

—¿De quererlo?

—De convertir su deseo en realidad.

—¿Y cuál es su deseo?

—Hacer lo preciso para que Maggie supere sus dificultades.

Bob Assingham preguntó muy intrigado:

—¿Qué dificultades?

—Todas. Charlotte conoce bien al Príncipe. Y Maggie no le conoce.

Como si a su pesar tuviera que reconocerlo, la señora Assingham concluyó:

—No, pobrecilla, no le conoce.

—¿De lo cual resulta que Charlotte ha venido para darle lecciones?

Sin hacer caso de la pregunta, Fanny Assingham siguió desarrollando su pensamiento:

—Charlotte ha hecho algo muy grande en beneficio del Príncipe. Sí, hace aproximadamente un año, lo hizo. En realidad ayudó al Príncipe a hacer una cosa muy grande y me ayudó también a mí. Se puso al margen, se fue, le dejó

en libertad. ¿Y qué era el silencio que Charlotte observó ante Maggie sino una ayuda al Príncipe? Si Charlotte hubiera hablado en Florencia, si Charlotte hubiera contado su triste historia, si hubiera regresado en cualquier otro instante en vez de hacerlo ahora, si no se hubiera ido a Nueva York y se hubiera quedado allí, si no hubiera hecho todo esto, lo que ha ocurrido sería diferente. Por lo tanto, Charlotte se encuentra ahora en una posición que le permite ser consecuente.

Hizo una pausa y repitió con el mismo acento con que antes lo había dicho:

—Conoce al Príncipe y la pobrecilla Maggie, no.

La señora Assingham se había elevado, se sentía lúcida, se sentía casi inspirada. Pero, precisamente por esto, la profundidad de sus palabras avivó el superficial sentido común de su marido, quien dijo:

—En otras palabras, ¿Maggie se encuentra en peligro debido a su ignorancia? En cuyo caso, si Maggie se encuentra en peligro, hay peligro.

—No lo habrá, gracias a la comprensión de Charlotte. De ahí deriva la ocasión que Charlotte tiene de ser heroica, de ser sublime…

La buena señora, en estos instantes, estaba verdaderamente radiante. Siguió:

—Lo es, lo será. Y lo sabe. Y se convertirá en un elemento de positiva seguridad para su mejor amiga.

Bob Assingham le dirigió una dura mirada:

—¿Quién es esa «mejor amiga» a la que te refieres?

—¡A ver si lo descubres!

La señora Assingham había abrazado la gran verdad, la puso de relieve con estas palabras y ahora dijo:

—Y nosotros debemos ser sus mejores amigos.

—¿Amigos de quién?

—Tú y yo. Tú y yo debemos ser los mejores amigos de Charlotte. Nosotros debemos ayudarla.

—¿En su sublimidad?

—En su noble y solitaria vida. Aunque esta vida, y esto es esencial, no debe ser solitaria. Si se casa, no habrá problemas.

—En ese caso, ¿tenemos que casarla?

El silencio con que la señora Assingham contestó a estas palabras avivó

todavía más la curiosidad de su marido, quien preguntó:

—Si todo es perfecto, ¿qué es lo que se puede compensar?

—Si por casualidad he causado un perjuicio a cualquiera de ellos, si cometí un error, este perjuicio, este error…

—¿Lo compensarás con otro error u otro perjuicio?

Como sea que su esposa tardaba en contestar, el coronel observó:

—Yo pensaba que tu tesis era que te sientes absolutamente segura.

—Nadie puede estar totalmente seguro de nada. Siempre hay posibilidades.

—En este caso, si tenemos que actuar a ciegas, ¿a santo de qué intervenir? Estas palabras la obligaron a mirarle fijamente. La señora Assingham dijo:

—¿Y dónde estarías tú, querido, si yo no hubiera intervenido contigo? El coronel repuso:

—Aquello no fue una intervención. Yo era ya tuyo. Yo fui tuyo desde el momento en que no me resistí a intervenir.

—Pues ésos tampoco se resistirán. También son míos, en el sentido de que les tengo un cariño inmenso. Y también en el sentido de que, a mi juicio, su cariño hacia mí no es mucho menor. Nuestra relación existe, es una realidad, y una realidad excelente. Estamos unidos, valga la expresión, y ahora ya es tarde para alterar este hecho. Tenemos que vivir en esta realidad y de acuerdo con esta realidad. En consecuencia, hacer lo preciso para que Charlotte consiga un buen marido, lo antes posible, será, tal como he dicho, algo vital para mí.

Con convicción, añadió:

—Esto lo encubrirá todo, lo abarcará todo.

Ya continuación, como su convicción parecía continuar de forma incongruente, dijo:

—Y al decir esto, me refiero al posible nerviosismo que quizá algún día me afecte. En realidad éste será mi deber, y no descansaré hasta haberlo cumplido.

En estos momentos, la señora Assingham se hallaba en un estado muy parecido al de la exaltación. Anunció:

—Y durante uno o dos años, estaré dispuesta a dar mi vida por conseguirlo, si es necesario. Entonces habré hecho todo lo que puedo.

El coronel interpretó estas palabras sin darles un sentido torcido:

—¿Quieres decir que, a tu juicio, nada es imposible para ti?

—No he dicho eso, ni nada que se le parezca. Digo que hay posibilidades,

posibilidades más que suficientes para alentar esperanzas. ¿Cómo no puede haber esperanzas cuando una chica es como Charlotte?

—Y entre las cualidades de Charlotte ¿incluyes la de estar enamorada del Príncipe?

El coronel había formulado esta pregunta con una serenidad que pretendía ser de efectos fatales. Pero la señora Assingham no se inmutó:

—No está tan enamorada como para no querer casarse con otro. En la actualidad, le gustaría casarse.

—¿Te lo ha dicho?

—Todavía no. Es pronto aún. Pero querrá. Por el momento, no necesito que me diga nada. Su matrimonio demostrará la verdad.

—¿Qué verdad?

—La verdad de todo lo que he dicho.

—¿Ya quién demostrará la verdad?

—A mí, para empezar. Esto me bastará para trabajar en beneficio de Charlotte.

Y añadió:

—Y ello demostrará que Charlotte está curada, que acepta la situación.

El coronel rindió tributo a estas palabras mediante una larga chupada a su pipa y dijo:

—¿La situación consiste en hacer la única cosa que puede hacer que realmente parezca adecuada como una buena tapadera?

La señora Assingham miró a aquel seco buen hombre, como si ahora sólo fuera vulgar, y dijo:

—Es la única cosa que puede hacer que realmente signifique el inicio de una nueva vida. La única cosa que, más que cualquier otra, es prudente y sabia. La única cosa que le dará la oportunidad de ser magnífica.

El coronel soltó humo lentamente:

—¿Y, al mismo tiempo, la cosa que te dará la oportunidad de ser magnífica con ella?

—Seré todo lo magnífica que pueda, por lo menos. Bob Assingham se levantó:

—¿Y tú, precisamente tú, me llamas inmoral? Dudó antes de contestar:

—Si lo prefieres, te llamaré estúpido. Pero, como muy bien sabes, cuando

la estupidez llega a cierto punto es inmoralidad, y de la misma manera, ¿qué es la moralidad sino una gran inteligencia?

El coronel se sintió incapaz de contestar a esta pregunta, lo que le permitió concluir en tono más firme aún:

—Además, en el peor de los casos, la cosa resulta divertida. Ah, bueno… Si hubieras empezado por ahí…

Las palabras del coronel implicaban que, en este caso, su esposa y él se encontraban en el mismo terreno. Pero ni siquiera así consiguió el asenso de ella, quien dijo:

—No me refiero a lo que tú entiendes por diversión. Buenas noches.

En respuesta a estas palabras, el coronel, mientras apagaba la luz eléctrica, emitió un extraño y corto gemido que fue casi un gruñido. Al parecer, sus palabras habían significado cierta particular clase de diversión.

Capítulo V

Cuando estuvieron en el parque Charlotte dijo de forma que daba un poco de miedo:

—Bueno, ahora debo decírselo, porque quiero ser absolutamente sincera. No quiero fingir y no puedo fingir ni un instante más. Puede usted pensar de mí lo que quiera, porque igual me da. Sabía que me daría igual y ahora veo que es verdad. He venido para esto. Y para nada más.

Al ver que el tono de sus palabras había dejado intrigado al Príncipe, Charlotte repitió:

—Para esto.

—¿Para «esto»?

El Príncipe contestó como si el particular objeto al que Charlotte se había referido fuera muy vago para él, o bien, como si se tratara de algo que no podía ser gran cosa.

Sin embargo, aquello tendría toda la importancia que ella pudiera darle, y dijo:

—Para pasar una hora a solas con usted.

Durante la noche anterior había llovido copiosamente y, aunque ahora el suelo estaba seco, gracias a una brisa purificadora, aquella mañana del mes de

agosto era fresca y gris con unas nubes densas y de lento discurso encapotándola, y con un aire ligero. Los verdes del parque habían adquirido profundidad, y subía un saludable olor a tierra húmeda que había eliminado del lugar el polvo y los olores no tan agradables. Desde el momento en que entraron, Charlotte había mirado a su alrededor como queriendo dirigir un profundo saludo al lugar, un saludo, al mismo tiempo, de general reconocimiento. Incluso en el centro de Londres aquel día era de unas características muy inglesas, con cielo bajo, día lavado por la lluvia, día intenso. Parecía que aquel día hubiera estado esperando la llegada de la joven, como si ésta fuera amiga del día, supiera situarlo, supiera amarlo, como si el día formara parte de aquello por lo que había venido. Esta impresión difícilmente podía captarla un simple italiano de vagas percepciones, por cuanto se trataba de una de esas impresiones que para recibirlas era preciso gozar de la bendición de ser norteamericano, de la misma forma que era preciso gozar de la bendición de ser norteamericano para muchísimas otras cosas más, siempre y cuando uno no tuviera que quedarse en Norteamérica, tanto si ello era una bendición como si no lo era. De acuerdo con la cita concertada, a las diez y media el Príncipe había ido a buscar a la invitada de la señora Assingham a Cadogan Place; después de demorarse allí un poco, los dos habían avanzado a pie por Sloane Street, penetrando directamente en el parque por Knightsbridge. Habían llegado a este acuerdo un par de días antes, como consecuencia de la petición que la muchacha había hecho, en los primeros instantes, en la sala de la señora Assingham. Fue una petición que el transcurso de aquel par de días en modo alguno invalidó, sino que, al contrario, la situó en tal perspectiva que hubiera sido absurdo que alguien formulara objeciones. En realidad, ¿quién podía formular objeciones, cuando la señora Assingham, informada y sin haberse mostrado aparentemente contraria a ello, no había intervenido? Esto era lo que el joven Príncipe se había preguntado, teniendo muy en cuenta cuáles eran las actitudes que podían ponerle en ridículo. Tenía la certeza de que no iba a comenzar por dar muestras de miedo. Además, incluso en el caso de que al principio hubiera sentido notable miedo, ese miedo habría disminuido, y no poco, en el momento de la cita. El efecto de aquel corto lapso había sido, a su juicio, feliz y propiciatorio.

Aquellos dos días quedaron en gran medida ocupados por las audiencias que el Príncipe había dado a los invitados a su boda y por la dedicación, no menos absorbente, de Maggie en atender a su amiga, con la que había estado hablando durante horas y horas en Portland Place, puesto que no la había invitado para dejarla sola, sino que había estado presente juntamente con otras personas y el contingente del Príncipe en el almuerzo, en el té, en la cena y en los continuos refrigerios —el Príncipe pensó que en su vida había tenido que dar cuenta de tanta comida—, que se ofrecían en cualquier momento que el

Príncipe llegara. Y si bien era cierto que hasta ese momento no había vuelto a ver a solas a Charlotte, tampoco podía negarse que ni siquiera a Maggie la había visto a solas. En consecuencia, si no había visto a Maggie, nada más natural que tampoco hubiera podido ver a Charlotte. El excepcional instante, un brevísimo paréntesis en el tiempo, en los peldaños de la gran escalinata de Portland Place, había bastado para que la muchacha recordara al Príncipe —tan predispuesto suponía Charlotte que estaba éste— lo que debía hacer. Poco tiempo les quedaba para hacerlo. Todos habían traído regalos; los familiares del Príncipe le habían regalado maravillas, ¿cómo era posible que todavía tuvieran aquellos tesoros, que todavía pudieran encontrarlos? Charlotte nada había traído y estaba avergonzada, y ni siquiera la visión de los restantes regalos bastó para desanimar a Charlotte. Haría lo que pudiera, y el Príncipe se dijo que sin que Maggie se enterara, ayudaría a Charlotte a escoger el obsequio. Él había prolongado aquel breve instante con el fin de tener tiempo para dudar sobre cómo decírselo, y luego para arriesgarse a decírselo. El riesgo radicaba en que el Príncipe podía ofenderla, ofenderla en su orgullo, caso de que ella tuviera aquella clase de orgullo; pero también podía ofenderla de otras maneras. Charlotte no tenía aquella clase de orgullo. En consecuencia, la leve resistencia del Príncipe, mientras estaban allí apartados, no había representado grandes dificultades para él, ni vencerla había sido imposible.

El Príncipe había dicho:

—No me gusta inducirla a gastar dinero, y menos aún con semejante fin.

Charlotte, uno de dos peldaños más abajo que el Príncipe, mientras le miraba levantada la cara iluminada por la alta luz del techo abovedado del vestíbulo, frotaba con la palma de la mano la barnizada caoba de la baranda, montada sobre hierro bellamente forjado de estilo inglés del siglo XVIII.

—¿Debido a que piensa que tengo muy poco? Tengo el suficiente, por lo menos el dinero suficiente para gastarlo en una hora.

Sonriendo, añadió:

—Y tener el dinero suficiente para esto es lo mismo que tener una gran fortuna. Además, no se trata de comprar algo caro, ya que, a fin de cuentas, a Maggie le sobran los tesoros. No es cuestión de competir o de destacar sobre los demás. En cuestión de objetos de valor inapreciable, ¿qué es lo que Maggie no tiene? Mi regalo debe ser la ofrenda del pobre, algo precisamente que un rico no pueda darle, y algo que, siendo Maggie excesivamente rica para poder comprarlo, jamás pueda llegar a tener.

Había hablado como si hubiera pensado mucho en aquello. Añadió:

—Ahora bien, como no puede ser hermoso, ha de ser divertido. Y esto es lo que tenemos que buscar. Además, buscar en Londres es de por sí

interesante.

Incluso ahora, el Príncipe recordaba que la palabra le había dejado intrigado:

—¿Divertido?

—Bueno, no quiero decir un juguete cómico, sino una cosa pequeña, dotada de encanto. Aunque absolutamente correcta, dentro de su baratura. A esto lo llamo divertido.

Charlotte también había añadido:

—En Roma, solía usted ayudarme a hacer compras baratas. Era usted un maestro en el arte de regatear. Conservo aún todas las cosas compradas en Roma, las pequeñas gangas conseguidas gracias a usted. En Londres, y en el mes de agosto, también hay gangas.

En el momento en que los dos daban un giro sobre sí mismos para subir juntos la escalinata, él sólo había osado objetar:

—Pero yo nada sé del modo de comprar de los ingleses y confieso que me parece aburrido. Desde luego, a mis pobres romanos los comprendo muy bien.

Riendo, la joven le contestó:

—Eran ellos quienes le comprendían a usted, y en esto radicaba el poder que usted ejercía sobre ellos. Aquí, lo divertido consiste en que ellos no nos comprenden. Podremos conseguir que sea divertido. Ya lo verá.

Si el Príncipe volvió a dudar, se debía a que sus palabras le daban motivo:

—Supongo que la diversión consistirá en encontrar el regalo.

—Exactamente. Esto es lo que he dicho.

—¿Y si no conseguimos que rebajen el precio?

—En este caso subiremos la oferta. Siempre hay soluciones. Además, Príncipe, ya que hablamos de esto, le diré que no soy pobre de solemnidad. —En tono ligero, poco acorde con su manera de ser, explicó—: Soy muy pobre para ciertas cosas, pero no soy pobre para otras. Volvió a detenerse en lo alto de la escalinata, y añadió:

—He estado ahorrando.

El Príncipe se mostró incrédulo:

—¿En Norteamérica?

—Sí, incluso allí he podido ahorrar con este fin.

Después de estas palabras concluyó:

—Y no podemos dejarlo para pasado mañana.

Esto fue, a fin de cuentas, con diez o doce palabras más, todo lo ocurrido. En todo momento, el Príncipe se había dado cuenta de que ofrecer resistencia, induciéndola con ello a suplicar, sólo hubiera servido para dar mayor importancia al asunto. El Príncipe podía enfrentarse con la situación tal como era, pero no debía hacer nada que le diera mayor importancia. Además, era triste obligar a Charlotte a suplicar. La estaba obligando a suplicar, y ella suplicaba, y él estaba dotado de una especial sensibilidad que no le permitía soportarlo. En consecuencia, todo lo anterior era la causa de lo que ahora pasaba y el Príncipe se había entregado, con todas sus fuerzas, a la política de no dar mayor importancia. Observó esta política incluso cuando ella indicó que lo importante era —en realidad, lo más importante— que Maggie no tuviera ni la más mínima idea de su leve aventura. Gran parte del interés, más de la mitad por lo menos, radicaba en que Maggie nada sospechara. En consecuencia, el Príncipe debía ocultarle a Maggie, tal como lo haría Charlotte, que habían salido los dos juntos o que se habían visto a solas siquiera cinco minutos. Era esencial, dicho sea en pocas palabras, mantener en absoluto secreto su pequeña excursión. Charlotte recurrió a la bondad del Príncipe para que la convenciera de que ella no traicionaba a Maggie. Francamente, algo desconcertante había habido en tal petición formulada en ese momento, es decir, en vísperas de las nupcias del Príncipe. Una cosa era haber coincidido por pura casualidad con la muchacha en casa de la señora Assingham, y otra quedar de acuerdo para pasar una mañana juntos, diríase en privado, igual que otras mañanas pasadas en Roma, prácticamente también en la intimidad. El Príncipe había informado a Maggie, aquella misma tarde, de los minutos pasados conversando con Charlotte, en Cadogan Place, pero sin mencionar los que la señora Assingham estuvo ausente, como tampoco hizo referencia a lo que su común amiga le había propuesto tan diligentemente en aquella ocasión. Pero lo que le había refrenado a dar su conformidad a la creación de un secreto, lo que le había inducido en lo alto de la escalinata a mostrarse remiso para que Charlotte se percatara, era la semejanza de este proyecto con otros del pasado, de los que estaba totalmente desvinculado y de los que deseaba seguir estándolo. Era como volver a empezar y esto era lo último que él deseaba. La fuerza y la belleza de su actual situación radicaban en que suponía comenzar de nuevo, es decir, que aquello que estaba empezando era original. Las percepciones de su conciencia se habían acumulado tan deprisa que, cuando Charlotte pudo leerlas en su cara, éste se hallaba ya al tanto de lo que comportaban. Charlotte, tan pronto se apercibió de ellas, se le enfrentó con un «¿Se atrevería usted a revelar lo que siente a Maggie?», que dio a tales sentimientos un carácter un tanto ridículo. Lo que al instante indujo al Príncipe a volver, una vez más, a adoptar la actitud de quitar importancia, quitar importancia a sus preocupaciones. Aquellos escrúpulos

eran preocupaciones y, a la luz de esta verdad, el Príncipe decidió aplicar inmediatamente el feliz principio básico que solucionaría todos los problemas que se le presentaran.

Y este principio consistía simplemente en ser ante la muchacha siempre sencillo y comportarse con la máxima naturalidad. Esto lo solucionaría todo. Ya había solucionado un problema sometiéndose el Príncipe a la realidad que con más claridad veía. En verdad, la muchacha pedía poco en comparación con lo que daba. Lo que le daba ahora, al estar con él, conmovía al Príncipe, por cuanto significaba la total expresión de su renuncia. Realmente, Charlotte renunciaba, renunciaba a todo, sin ni siquiera insistir, en estos momentos, en lo mucho que aquello a lo que renunciaba había significado para ella. Su única petición era su insistencia en que mantuvieran en secreto su cita. Esto, a cambio de «todo», de todo aquello a lo que renunciaba, era una bagatela. En consecuencia, el Príncipe se dejó guiar por la muchacha. Tan rápidamente asentía, con su inteligente tolerancia, a cada giro, a cada observación que la muchacha hacía, que la impronta de las preferencias de la joven quedó claramente impresa en el encuentro, incluso mientras se hallaban en el parque. La muchacha quiso sentarse durante unos breves momentos, para averiguar cuál era su situación real, y, obedeciendo a sus deseos, pararon unos diez minutos, distintos de los anteriores, sentados en un par de sillas de alquiler, por un penique, bajo la copa de un gran árbol. Para pasear habían penetrado en la zona cubierta de césped, recién cortado y refrescado por la lluvia, después de comprobar que ya estaba seco. Y las sillas, ausentes en el ancho camino, en el sendero principal y en la senda del parque, moteaban la amplia extensión de verde que, en cierta manera, parecía resaltar la libertad de la pareja. Esto ayudó a Charlotte a ver la posición en que se encontraba —su posición provincial— con más claridad todavía e impulsada por ello, de manera repentina y tan pronto vio la oportunidad, se sentó. Durante unos instantes, el Príncipe quedó en pie ante ella, como si quisiera subrayar la importancia que tenía el no perder tiempo, la misma importancia en la que ella había insistido anteriormente, pero tan pronto Charlotte hubo dicho unas cuantas palabras, el Príncipe se vio obligado a recurrir una vez más a su bondad. Mediante esta concesión él manifestó, de la única manera que ahora le era posible, que si por fin había aceptado la propuesta que le había formulado, por méritos de cuanto de «divertido» había en ella, aceptaría también todas las ideas de Charlotte que pudieran contribuir a tal efecto. Y, en consecuencia —y totalmente consecuente—, estaba dispuesto a considerar divertido que Charlotte reafirmara una y otra vez aquella verdad que era su verdad.

—Poco me importa el sentido que dé a mis palabras, y sólo le pido una cosa. Necesito decirlo, y esto es todo. Necesito no dejarlo en silencio. Verle una vez y estar en su compañía, como ahora estamos y como antes solíamos estar, aunque sea por una hora, o quizá dos, esto es lo que he querido durante

semanas. Quiero decir, desde luego, hacerlo antes, antes de que haga usted lo que se dispone a hacer.

Fija la vista en el Príncipe, prosiguió:

—Durante todo este tiempo no he hecho más que preguntarme si lo conseguiría. Si no hubiera venido ahora, probablemente no hubiera venido, y quizá, seguro, no hubiera venido nunca. Ahora que estoy aquí, me quedaré, pero momentos hubo en que perdía todas las esperanzas. No me fue fácil, tenía dificultades, pero me encontraba en la disyuntiva de elegir entre esto o nada. Como puede ver, no luché en vano. Después… ¡No, no me interesaba!

Sonriendo, Charlotte añadió:

—Con ello no quiero decirle que no hubiera sido delicioso verle después, incluso en cualquier momento. Pero jamás hubiera venido después con este fin. Ahora es diferente. Esto es lo que yo quería. Esto es lo que he conseguido. Es lo que siempre tendré. Esto es lo que hubiera echado en falta, desde luego, en el caso de que usted hubiera hecho lo preciso para impedirlo. Si usted me hubiera considerado una mujer horrorosa, se habría negado a venir y, en este caso, yo me habría considerado inmensamente defraudada. Tenía que correr el riesgo. Me hubiera dicho: esto era lo que tendría que haber esperado. Yo no quería solamente pasar un rato con usted, sino que también quería que usted lo supiera. Quería que usted…

Dejó la frase inacabada, despacio, suavemente, con un leve temblor en la voz, aunque sin la más leve pérdida de sentido o secuencia y, a continuación, dijo con entereza:

—Quería que usted comprendiera. Es decir, quería que usted me escuchara. Creo que me da igual que lo comprenda o no. Si nada le pido, tampoco le puedo pedir esto. Lo que usted quiera pensar de mí carece de importancia. Lo que deseo es estar siempre con usted, de manera que jamás pueda desembarazarse totalmente de mí. Esto quería. Y no diré que usted quiera lo mismo. Puede dar a mis palabras la importancia que quiera, por poca que sea. Sólo digo que deseaba estar aquí con usted, donde ahora estamos y tal como estamos. Dicho en otras palabras, entregándome, plenamente dispuesta a hacerlo a cambio de nada. Eso es todo.

Dejó de hablar, como si hubiera terminado su exposición, aunque quieta y en silencio, como si en realidad quisiera que pasaran unos minutos a fin de que sus palabras fueran absorbidas por el aire que escuchaba, por el espacio que miraba, por la consciente hospitalidad de la naturaleza, a pesar de que la naturaleza se hallaba allí vulgarizada, formando parte de Londres, e incluso parecía que Charlotte quisiera que sus palabras penetraran antes en sus propios oídos que en la conciencia de su pasivo y prudente amigo. La atención de éste

había llevado a cabo todo lo que la atención puede llevar a cabo. Su cara hermosa, levemente angustiada, aunque todavía más claramente «divertida», había cumplido suficientemente su función. Sin embargo, él se agarraba a aquello a lo que mejor podía agarrarse, es decir, al hecho de que la muchacha le dejaba en libertad, incluso en libertad de no contestar. Por esto, mientras el Príncipe le sonreía correspondiendo de esta manera a su información, sentía que sus labios seguían cerrados a las vaguedades de las respuestas y de las objeciones que surgían en su fuero interno. Por fin, Charlotte volvió a hablar:

—Quizá desee usted saber qué gano yo con esto. En tal caso, le diré que es asunto mío.

En realidad, el Príncipe no quería saber nada o, por lo menos, siguiendo el comportamiento más seguro, se comportaba como si no quisiera saberlo, lo cual prolongó la huidiza mudez en que se había refugiado. Se alegró cuando, habiendo expresado Charlotte lo que quería expresar a su satisfacción, dieron lo que bien podía pasar por final de aquel momento de la vida del Príncipe en que menos tuvo que decir. El movimiento y el hecho de hacer camino, juntamente con la conversación más impersonal, fue, naturalmente, un alivio, de manera que el Príncipe no volvió a sentirse en el apuro de tener que buscar las palabras justas y adecuadas. Parecía que la atmósfera se hubiera purificado. Ahora tenían que hablar de la gestión que se habían propuesto, de las oportunidades que a este efecto Londres ofrecía, de las características de esta maravillosa ciudad, de los placeres de vagar sin rumbo por ella, de tiendas, de posibilidades, de objetos concretos en que cada uno de ellos había reparado en anteriores ocasiones. Los dos quedaron sorprendidos por los muchos conocimientos que uno tenía del otro. El Príncipe quedó maravillado por lo muy bien que su amiga conocía Londres. Y también estaba orgulloso de sus propios conocimientos, hasta el punto de ser capaz de dar instrucciones a un cochero de coche de punto, como hacía a menudo. Esto era un capricho suyo, que formaba parte de su anglofilia, y era consecuente con este último rasgo que a fin de cuentas tenía más de apariencia que de profundidad. Cuando su compañera, recordando otras visitas y otros paseos, le habló de lugares que el Príncipe no conocía, de cosas que ignoraba, volvió a sentirse levemente humillado. Incluso hubiera podido sentir cierto enojo, de no haber sido porque en este punto su interés era más grande. Aquellos detalles arrojaban nueva luz sobre la persona de Charlotte, sobre sus curiosos conocimientos mundanos que en Roma ya había tenido ocasión de comprobar, pero que podía advertir más claramente en el escenario de la gran ciudad de Londres. En comparación con Londres, Roma era un pueblo, una fiesta familiar, una menuda espineta de los viejos tiempos que podía tocarse con los dedos de una sola mano. Cuando llegaron a Marble Arch, casi tuvo la impresión de que Charlotte le mostraba otro Londres, y esto le dio un nuevo y más sólido motivo a su diversión. El Príncipe no tenía ahora dificultad alguna en adoptar el tono adecuado para

ponerse en sus manos. Si se las arreglaban para discutir un poco, con franqueza y lealtad, acerca de los sitios donde deberían ir para encontrar algunas oportunidades de valor, la situación podía quedar gloriosamente resuelta. Sin embargo, los dos estuvieron de acuerdo en lo referente a no ir a los lugares que Maggie pudiera conocer. Charlotte recordó, sin dar importancia a sus palabras, que en su momento había puesto como condición mantenerse alejados de todos los lugares que el Príncipe había visitado en compañía de Maggie.

Esta condición careció de importancia ya que, a pesar de que el Príncipe durante el mes anterior apenas había hecho otra cosa que acompañar a su futura esposa en sus compras, los antiquarii, como los llamaba cuando hablaba con Charlotte, no habían sido ni mucho menos principal objeto de sus visitas. A Maggie no le interesaban, salvo los de Bond Street. La actitud de Maggie sobre este punto era en gran medida el resultado de la de su padre. El señor Verver, uno de los más grandes coleccionistas mundiales, nunca había dejado vagar sola a su hija. El señor Verver tenía pocas relaciones con las tiendas, ya que casi siempre era comprador al que los vendedores se dirigían en privado y de manera indirecta. Personas importantes de todos los puntos de Europa buscaban el modo de ser presentadas a él. Personajes todos ellos de increíble altura, y muchos más de los que jamás se llegaría a saber, ya que en estos casos cuantos intervenían se comprometían solemnemente a guardar el secreto, acudían a él por considerarle uno de los hombres que formaban la corta y probada lista de aquéllos capaces de pagar el precio justo. En consecuencia, el Príncipe y Charlotte tuvieron pocas dificultades en mostrarse de acuerdo en que debían evitar las rutas seguidas por los Verver, padre e hija. Lo único importante de esta conversación radicó en que condujo por un momento a que hablaran por primera vez de Maggie. Cuando todavía se hallaban en el parque, Charlotte se refirió a los Verver —fue ella quien empezó—, con una serenidad tal en su enjuiciamiento que resultó extraña después de las palabras que había pronunciado diez minutos antes. Éste fue otro rasgo de Charlotte, otra luz sobre su persona, como habría dicho el Príncipe, que éste admiró, aunque sin demostrarlo en todo su valor, por la naturalidad del cambio efectuado por la muchacha, cambio cuyo motivo no fue preciso indagar ni explicar. La muchacha se había detenido y había dicho, bruscamente:

—Desde luego, es tan buena que cualquier cosa bastaría para dejarla contenta. Quiero decir que incluso podría regalarle cualquier cosa del bazar de Baker Street.

El Príncipe se había reído ante aquella alusión a su brevísima conversación en Portland Place, y había dicho:

—Esto es exactamente lo que quise decir. Es lo que recomendé.

Sin embargo, Charlotte hizo caso omiso de esta referencia y siguió el curso de sus pensamientos:

—Pero no hay que pensar en eso. Si pensáramos en eso jamás podríamos hacer nada en su beneficio.

Acto seguido, explicó:

—Quiero decir si nos aprovecháramos de su manera de ser.

—¿Su manera de ser?

Como si no le hubiese oído, la muchacha prosiguió:

—No, no se debe, y si no es por ella, al menos es por una misma. Evita el planteamiento de un problema de esta clase.

Charlotte había hablado como pensativa y fijando la vista en los ojos de su amigo; parecía que, preocupada y con sentido práctico, hubiera hablado de una persona con la que el Príncipe estuviera sólo levemente relacionado. Éste dijo:

—Desde luego, Maggie a nadie crea problemas.

Y, luego, como si estas palabras fueran ambiguas o insuficientes, añadió:

—Es una bendita de Dios que carece de egoísmo.

Al instante, Charlotte respondió:

—Esto es lo que quería decir. Carece de egoísmo. No hay nada, absolutamente nada, que una se sienta obligada a hacer en su beneficio. No encuentra a faltar nada, no desea nada. Quiero decir cuando una la quiere o, mejor dicho, cuando ella la quiere a una. Se olvida.

El Príncipe frunció un poco el entrecejo para rendir tributo a la seriedad, por lo menos, y preguntó:

—¿Qué es lo que olvida?

—Todo, cualquier cosa que una pudiera hacer por ella y no hace. Prescinde de todo salvo de su propia predisposición a tratar amablemente al prójimo. Sólo a sí misma se exige esfuerzos cuando tiene que exigírselos, que son pocas veces. Todo lo hace ella. Y esto es terrible.

El Príncipe la escuchó atentamente, aunque siempre circunspecto, ya que no quería comprometerse. Preguntó:

—¿Terrible?

—Sí, siempre y cuando una no sea casi tan buena como ella. Ofrece a los demás un trato excesivamente fácil. Y es preciso tener cierto temple, cuando hace referencia a la decencia y a la dignidad para aguantarla.

Después de una pausa, siguió en el mismo tono:

—Y no hay nadie que sea lo bastante decente, lo bastante bueno, para estar a la altura de semejante trato. Por lo menos, así es sin la ayuda de la religión o algo parecido. No, no se puede, sin oraciones ni ayunos, es decir, sin poner gran atención. Desde luego, gente como usted y como yo no podemos.

El Príncipe pensó un poco y dijo cortésmente:

—¿No somos lo bastante buenos para poder soportarlo?

—Bueno, quiero decir que no somos lo bastante buenos para soportarlo sin experimentar cierta tensión. Estimo que usted y yo pertenecemos a esa clase de personas que nos dejamos mimar fácilmente.

Una vez más por cortesía, el Príncipe siguió aquella conversación:

—No sé… ¿No cabe la posibilidad de que el afecto que uno siente por ella fortalezca más la decencia de uno, tal como usted la llama, de lo que su generosidad, su afecto, «su decencia» tiene la triste facultad de debilitar aquélla?

—Desde luego, ésta ha de ser la solución.

Pero, a pesar de todo, Charlotte había conseguido que lo que había dicho interesara a su acompañante, quien dijo:

—Comprendo lo que ha querido decir y creo que puede resumirse en la especial manera en que Maggie cree en uno. Cuando en él deposita su fe.

Charlotte Stant dijo:

—Sí, se resume en esto.

En tono casi protector, él preguntó:

—¿Y por qué razón ha de ser terrible?

—Porque siempre es terrible tener que apiadarse de alguien.

—No, cuando se ayuda a la persona de quien uno se apiada.

—¿Y si no hay manera de ayudarla?

—Siempre hay manera, siempre.

Después de decir estas palabras, el Príncipe añadió certeramente:

—Siempre y cuando la queramos. Y esto lo dábamos por supuesto.

En términos generales, Charlotte se mostró de acuerdo:

—Desde luego, y en este caso, todo se reduce a negarnos terminantemente a que nos mimen.

Riendo, mientras caminaban, él asintió:

—Claro… Todo, toda esa «decencia» de que usted ha hablado se reduce a eso.

Charlotte anduvo en silencio a su lado durante unos instantes después dijo:

—Esto es solamente lo que quería decir.

Capítulo VI

El hombre de la tiendecilla en la que, bastante tiempo después de haber sostenido la anterior conversación, recalaron los dos más tiempo, el menudo pero interesante comerciante de la calle Bloomsbury, cuyo rasgo principal era una insistencia discreta debido a que se trataba de una insistencia casi muda, pero al mismo tiempo con la singular característica de ser interesantemente coactiva, fijó en sus visitantes la mirada de un par de ojos extraordinarios, y su mirada anduvo saltando del uno al otro mientras la pareja examinaba el objeto con el que el vendedor tenía más esperanzas de tentarlos. Ésta era la última visita que efectuaban, debido a que el tiempo que se habían fijado estaba ya tocando a su fin. Había transcurrido por lo menos una hora desde que habían subido a un coche de alquiler en Marble Arch, hora que no había dado más resultado que el de la diversión al principio prevista. Naturalmente, la diversión debía consistir en buscar, pero también conllevaba la posibilidad de encontrar, la posibilidad que hubiera resultado enojosa, en el caso de hacerse realidad excesivamente pronto. Ahora, sin embargo, la cuestión consistía en saber si realmente encontraban en la tienda de Bloomsbury, mientras gozaban de la constante y absorta atención del hombrecillo. Evidentemente, aquel hombre era el dueño de la tienda, era también un hombre muy entregado a su negocio, cuya esencia, a su parecer, radicaba en el especial secreto que poseía para importunar tan poco al cliente que las relaciones con él adquirían una indudable solemnidad. Tenía pocos artículos; no se daba allí aquella superabundancia de «trastos» que habían visto en las restantes tiendas, y nuestros amigos tuvieron incluso la impresión al entrar de que las existencias eran tan escasas que, habida cuenta de que no cabía encontrar allí objetos valiosos, casi producirían una impresión lamentable. Luego, nuestros amigos cambiaron de parecer, porque si bien los objetos ante su vista eran pequeños, algunos de ellos sacados del escaparate y otros de una alacena situada detrás del mostrador —lugar oscuro, en la tienda de techo bajo, a pesar de las puertas de vidrio—, cada uno atrajo su atención, gracias a sus propios aunque modestos méritos, con lo que el dueño de la tienda no tardó en advertir que aquellos clientes le comprarían. Los objetos exhibidos eran heterogéneos y en

modo alguno impresionantes, sin embargo se diferenciaban agradablemente de cuanto los visitantes habían visto hasta el momento en las anteriores tiendas.

Charlotte, después de esta visita, quedó embargada por muchas y muy diversas impresiones, algunas de las cuales comunicó a su compañero y amigo más tarde y siempre en interés de su diversión. Una de estas impresiones fue que el dueño de la tienda era lo más curioso entre todo lo que habían visto. El Príncipe contestaría diciendo que no se había fijado en dicho hombre, lo cual coincidía con lo que ella le había escuchado más de una vez, en pasado tiempo, hasta el punto de llegar a la convicción, que comunicó al Príncipe, de que éste no se percataba de nada que se encontrara por debajo de cierto nivel social. Para el Príncipe un tendero era igual a otro tendero, lo cual resultaba un tanto impropio en el caso de una mente como la suya que, cuando percibía, tanto percibía. Siempre daba por supuesta la mayor mezquindad en todos los individuos de esos niveles sociales y, en consecuencia, la noche de su mezquindad, o como se le quiera llamar, tenía la virtud para él de que todos los gatos fueran pardos. Indudablemente no quería ofenderlos, pero los imaginaba como si sus propios ojos sólo tuvieran visión en el nivel en que se encontraba su elevada cabeza. Contrariamente, la visión de Charlotte, y esto el Príncipe ya había tenido ocasión de comprobarlo, alcanzaba a todos los niveles. Se fijaba en los mendigos, se acordaba de los criados, reconocía a los cocheros. A menudo, yendo acompañada del Príncipe, había descubierto belleza en niños sucios y había admitido «carácter» impreso en los rostros de los vendedores ambulantes. Ahora había encontrado interesante al anticuario, debido a que daba importancia a sus objetos y también, en parte, a que él les dio importancia a ellos dos. Charlotte diría: «Y no sólo se debe a que le gusta venderlos, ya que cabe la posibilidad de que no quiera desprenderse de ellos. Hasta tengo la impresión de que le gustaría conservarlos si pudiera. De todas maneras, prefiere venderlos a las personas que merecen tenerlos. Nosotros, evidentemente, pertenecemos a esa categoría. Este hombre conoce quién merece tener sus objetos y quién no, con sólo una ojeada. Y ésta es la razón por la que ha podido usted darse cuenta o, al menos yo me he dado cuenta, de que le hemos gustado». Con insistencia preguntaría Charlotte: «¿No se ha fijado en la manera en que nos miraba? Dudo mucho que alguien nos haya mirado jamás con tan buenos ojos». Como si hablara para sí, y con un convencimiento que casi parecía producirle inquietud, observó: «Sí, este hombre nos recordará». Luego, como si quisiera tranquilizarse, advirtió: «Y esto se debe a que este hombre, por su buen gusto, porque tiene buen gusto, se ha quedado agradablemente impresionado por nosotros, se ha formado sus ideas con respecto a nosotros. Bueno, pues la verdad, no me parece raro, al fin y al cabo somos hermosos y él se ha dado cuenta. Además, este hombre tiene su propio estilo, su peculiar manera de comportarse. Su normal manera de comportarse es ésa de no decir nada con los labios sin dejar de impresionar

con la expresión de su cara, de una manera indicativa de que sabe que ejerce presión y sabe que el otro también lo sabe».

De oro viejo y plata vieja, de viejo bronce, hechos con artística artesanía de joyero, eran los objetos que fue sacando y que terminaron moteando completamente el mostrador, en que los delgados y ligeros dedos del vendedor, con pulidas y limpias uñas, los tocaban breve, nerviosa, tiernamente, de la misma forma que los dedos del jugador de ajedrez reposan durante breves instantes, sobre el tablero, encima de la pieza que considera debe mover, pero que quizá luego no mueva. Se trataba de antigüedades, ornamentos, pendientes, broches, hebillas, pretextos para la presencia de apagados brillantes, desangrados rubíes, perlas tan grandes o tan opacas que difícilmente podían tener valor; miniaturas con diamantes montados que habían dejado de deslumbrar, cajitas de rapé ofrecidas por personajes de dudosa grandeza, o a ellos ofrendadas, tazas, bandejas, platillos, que traían a la mente la idea de la casa de empeño, arcaicos y parduzcos, que conservados en buen estado hubieran sido valiosas antigüedades. Unas cuantas medallas conmemorativas, de bella línea y oscura leyenda, uno o dos monumentos clásicos, cosas de los primeros años del siglo, cosas napoleónicas, templos, obeliscos, arcos, reproducidos en miniatura, eran el remate de la indiscreta exposición en la que, ni siquiera después de añadir varias extrañas sortijas, camafeos, amatistas y carbúnculos, cada una de cuyas piezas había reposado en el viejo y fino satén que forraba una cajita de débil cierre, no se veía gran fuerza de persuasión, a pesar de la relativa proporción de una escasa poseía. Los visitantes miraban, tocaban, fingían ponderar vagamente, matizando su interés aun cuando con escepticismo en la medida que la cortesía se lo permitía. Era imposible que no sintieran tal escepticismo, después de haber acordado tácitamente que era absurdo ofrecer a Maggie un ejemplar de aquella exposición. Porque un regalo dotado de pretensiones sin ser «bueno» ni ser un tesoro podía suscitar el entusiasmo del dador, pero, al mismo tiempo, se le podría considerar como excesivamente simple como regalo desde cualquier punto de vista. El Príncipe y Charlotte llevaban más de dos horas juntos y nada habían encontrado todavía. Esto obligó a Charlotte a hacer una confesión:

—Realmente, creo que, en el caso de regalar una cosa así, el único valor que puede tener es el de haber pertenecido a quien lo regala. El Príncipe, no sin una nota de triunfo en la voz, repuso:

—Ecco, así es.

En la pared, a espaldas del comerciante, había varias alacenas pequeñas.

Charlotte había visto cómo el tendero abría dos o tres de ellas, por lo que, ahora, la vista de Charlotte se posaba en las que todavía seguían cerradas. Pero

Charlotte redondeó su confesión:

—Aquí no hay nada que Maggie pueda llevar.

Después de unos instantes de silencio, el Príncipe preguntó:

—¿Y cree que hay algo que pueda llevar usted?

Estas palabras la sobresaltaron. Sin mirar los objetos y con la vista fija en él muy directamente repuso:

—No.

En voz baja, él exclamó:

—¡Ah!

Charlotte preguntó:

—¿Es que pretendía regalarme algo?

—Pues, ¿por qué no? Un pequeño ricordo.

—¿Un ricordo de qué?

—Bueno, de «esto», de lo que usted misma ha dicho, de esta pequeña búsqueda.

Ahora sonriente, ella replicó:

—Bueno, creo que, en todo momento, sólo he querido decirle que nada le pido, en consecuencia la idea del regalo me parece ilógica. Riendo, el Príncipe exclamó:

—¡Oh, Dios mío…!

Entretanto, el dueño de la tienda siguió con la vista fija en ellos, y la muchacha, a pesar de que en aquel momento estaba más interesada en la conversación con su amigo que en cualquier otra cosa, volvió a cruzar una mirada con el vendedor. Para Charlotte constituía un consuelo el que la lengua extranjera en la que el Príncipe y ella hablaban cubriera lo que decían, de manera que incluso parecía, ahora que el Príncipe sostenía una cajita de rapé en la mano, que estuvieran hablando de su posible compra. Dirigiéndose a su compañero, Charlotte observó:

—Para usted, el regalo que me haga a mí no significa nada. Por el contrario, un regalo hecho por mí a usted sí quiere decir algo.

El Príncipe había abierto la cajita de rapé, tenía la vista fija en ella. Dijo:

—¿Quiere usted decir que considera que puede…?

—¿Qué?

—¿Que puede ofrecerme algo?

Esto motivó que Charlotte guardara un largo silencio; cuando volvió a hablar, lo hizo de tal manera que parecía que hubiera podido dirigirse, en extraña reacción, al dueño de la tienda:

—¿Me permitiría usted…?

Dirigiéndose a la cajita de rapé, el Príncipe repuso:

—No.

—¿No aceptaría un regalo si yo se lo hiciera?

De la misma manera, volvió a contestar:

—No.

Charlotte respiró profundamente y, como con un reprimido suspiro, dijo:

—Resulta que ha sido usted quien ha expresado una idea que era mía. Esto es lo que quería hacer.

Luego, añadió:

—Lo que tenía esperanzas de poder hacer.

El Príncipe dejó la cajita de rapé en el mostrador, y desvió la vista sin hacer el menor caso de la atención que le prestaba el hombrecillo de la tienda. El Príncipe dijo:

—¿Por esta razón me pidió que la acompañara?

—Esto es asunto mío. ¿No me lo permite?

—No, cara mia.

—¿Es imposible?

—Es imposible.

Dichas estas palabras, el Príncipe cogió un broche. Charlotte volvió a guardar silencio, mientras el dueño de la tienda se limitaba a esperar.

Ella dijo:

—Si aceptara de usted uno de estos pequeños y encantadores objetos de adorno, tal como me propone, ¿qué tendría que hacer con él?

Por fin, el Príncipe se mostró un poco irritado e incluso dirigió una vaga mirada al dueño de la tienda, como si éste pudiera comprender el idioma en que los dos hablaban. El Príncipe dijo:

—¡Llevarlo, per Bacco!

—¿Dónde? ¿Debajo de la ropa?

—Donde usted quiera. Pero creo que estará usted de acuerdo en que no vale la pena seguir hablando de este tema.

Sonriendo, Charlotte observó:

—Sólo vale la pena seguir hablando de este tema, mio caro, debido a que ha sido usted quien lo ha iniciado. La pregunta que voy a hacerle me parece razonable, y sus deseos de hacerme un obsequio se mantendrán o no según la respuesta que usted mismo dé a mi pregunta. Si yo me pusiera uno de estos objetos regalado por usted, ¿cree que podría mostrarlo a Maggie y decirle quién me lo ha regalado?

Entre ellos habían utilizado a menudo, con finalidad jocosamente descriptiva, el término «viejo romano». En otros tiempos, y de un modo un tanto burlón, éstas habían sido las palabras que el Príncipe se aplicaba a sí mismo para explicar cualquier actitud suya. Y, en realidad, nada pareció tan propio de un viejo romano como su encogimiento de hombros:

—¿Por qué no?

—Porque desde nuestro punto de vista, sería imposible explicar a Maggie el pretexto.

Desorientado, el Príncipe preguntó:

—¿El pretexto?

—La ocasión. Este paseo que hemos dado juntos y del que no debemos hablar.

Después de unos instantes de silencio, el Príncipe dijo:

—Ah, sí, es cierto, ahora recuerdo que no debemos hablar de esto.

—A ello se ha comprometido. Y, como puede ver, el regalo y el paseo van unidos. Así es que no insista.

Una vez más, el Príncipe dejó distraídamente el objeto que había sostenido en la mano y, volviéndose hacia Charlotte y concediéndole toda su atención, le dijo con acento de cansancio:

—No insisto.

Por el momento, la cuestión quedó zanjada, aun cuando puso de relieve que nada habían avanzado en su gestión. El dueño de la tienda, que había permanecido impertérrito, seguía allí, pacienzudo, lo cual, unido a su intensa mudez, casi producía el efecto de un irónico comentario a la conversación entre los dos. El Príncipe se dirigió hacia las puertas de vidrio del establecimiento dándoles la espalda a ellos dos, como si no tuviera nada más

que hacer allí, y, con aire igualmente pacienzudo, se entregó a observar la calle. En ese momento, el dueño de la tienda, dirigiéndose a Charlotte, rompió espectacularmente el silencio, y dijo con triste acento:

—Ha visto, disgraziatamente, signora principesa, demasiadas cosas.

Estas palabras obligaron al Príncipe a dar media vuelta sobre sí mismo. El sobresalto no se debía al sentido de las palabras, sino a su sonido, que fue el del más castizo y sonoro italiano. Charlotte intercambió con su amigo una mirada pareja a la que éste le dirigió, y por unos instantes quedaron los dos paralizados. Pero la mirada de los dos había dicho más de una cosa. Los dos se habían alarmado al advertir que aquel pobre hombre había comprendido su íntima conversación, y también que había atribuido a Charlotte un título que no podía poseer, pero luego, para tranquilizarse mutuamente, se dijeron que el asunto carecía de toda importancia. El Príncipe siguió junto a la puerta y desde allí se dirigió al dueño de la tienda:

—Es usted italiano, ¿verdad?

El dueño de la tienda contestó en inglés:

—Oh, no, no.

—¿Es usted inglés?

En esta ocasión el dueño, sonriente, contestó en brevísimo italiano:

—Che!

El dueño de la tienda evitó la continuación de aquella conversación, prácticamente la zanjó de modo terminante al dirigirse hacia un pequeño armario del que, hasta el momento nada había sacado, cuya puerta abrió con la llave, y del que extrajo una caja cuadrada, de unas veinte pulgadas de altura, cubierta con desgastado cuero. Puso la caja sobre el mostrador, levantó un par de ganchos que la cerraban, levantó la tapa y de la caja sacó una especie de vasija para beber más grande que una taza normal, aun cuando no de exagerado tamaño, que parecía ser de fino oro viejo o de un material otrora intensamente dorado. El dueño de la tienda manejaba este objeto con ternura, con ceremonia, y lo depositó sobre una pequeña pieza de satén. Observó:

—Mi copa dorada.

Lo dijo como si con ello lo dijera todo. Dejó que el importante objeto, ya que importante parecía en los presentes momentos, produjera el efecto que sin la menor duda debía producir. Sencillo, aunque de singular elegancia, el objeto tenía un soporte circular, una especie de corto pedestal, cuya base se ensanchaba levemente y, aun cuando no destacaba por su solemnidad, merecía el título por el encanto de su forma, así como por el tono de su superficie. Habría podido ser un cáliz, cuya altura hubiera sido reducida a la mitad para

dar más elegancia a su bella curvatura. Por parecer todo él de oro, resultaba impresionante, e incluso parecía suscitar la prudencia del admirador. Inmediatamente, Charlotte lo cogió con cuidado, mientras el Príncipe se movió un poco para contemplar el objeto, sin acercarse demasiado a él.

El objeto pesaba más de lo que Charlotte había imaginado. Preguntó al dueño de la tienda:

—¿Es oro realmente?

El dueño de la tienda dudó unos instantes y dijo:

—Examínelo un poco y quizá lo averigüe.

Charlotte lo miró, sosteniéndolo con las dos manos, y dándole una vuelta bajo la luz. Dijo:

—Quizá resulte barato, teniendo en cuenta su valor, pero mucho me temo que sea caro para mí.

El hombre observó:

—Puedo venderlo por menos de lo que vale. Lo conseguí por mucho menos.

—¿Por cuánto lo vende, entonces?

El dueño esperó una vez más, sin alterar su serena mirada, y dijo:

—¿Le gusta?

El Príncipe se acercó un poco más, la miró y le preguntó:

—Cos è?

—Bueno, signori miel, si desean saberlo, les diré que es un recipiente de cristal perfecto.

El Príncipe exclamó:

—¡Per Dio, claro que queremos saberlo!

Y acto seguido, dio media vuelta y regresó junto a las puertas de vidrio.

Charlotte dejó el objeto sobre el mostrador. Estaba interesada y preguntó al vendedor:

—¿Quiere decir que está tallado de un solo cristal?

—Si no es así, puedo prometerle que jamás descubrirá en él una pieza de unión o un punto en que una pieza haya sido pegada a otra.

—¿Incluso si quito el oro rascándolo?

El dueño de la tienda, siempre respetuoso, dio muestras de que sus

palabras le habían divertido:

—No podrá quitarlo rascando, ya que el oro ha sido perfectamente aplicado, aunque no sé cómo ni dónde. Seguramente lo aplicó un viejo artesano muy competente, y mediante un hermoso procedimiento antiguo. Francamente prendada de la copa, sonrió al dueño de la tienda, preguntándole:

—¿Mediante un arte olvidado?

—Llamémosle un arte olvidado.

—Pero ¿de qué época es?

—Bueno, digamos también de una época olvidada.

La muchacha arguyó:

—Si tan precioso es este objeto, ¿cómo puede venderlo a precio barato?

Su interlocutor dejó pasar tiempo, una vez más, pero, en esta ocasión, el Príncipe perdió la paciencia. Dirigiéndose a Charlotte dijo:

—La espero fuera.

Y aunque habló sin irritarse, subrayó sus palabras saliendo inmediatamente a la calle, en donde, durante los minutos siguientes, Charlotte y el dueño de la tienda pudieron verle de espaldas, esperando filosóficamente y fumando un cigarrillo. Charlotte incluso le observó unos instantes, ya que tenía clara conciencia de la divertida afición italiana que su amigo tenía a observar la vida callejera londinense.

Entre tanto, el dueño de la tienda contestó a su pregunta:

—Lo he tenido mucho tiempo sin ofrecerlo en venta. Me parece que lo he conservado para ofrecérselo a usted, madam.

—¿Lo ha guardado para mí, debido a que pensaba que yo no vería la tara que este objeto tiene?

El dueño de la tienda siguió mirándola, como si siguiera observando el funcionamiento de su mente. Por fin, dijo:

—¿Qué tara tiene?

—No soy yo quien debe decirlo, sino usted. Desde luego, algo ha de tener.

—Pero si se trata de algo que no se puede descubrir, ¿acaso no es lo mismo que si nada tuviera?

—Seguramente lo descubriría tan pronto hubiera pagado el precio. Lúcidamente, el dueño de la tienda observó:

—No lo descubriría si el precio pagado no fuese excesivo.

—¿Y cuál es este precio que usted considera «módico»?

—¿Qué le parece quince libras?

Con gran rapidez, Charlotte repuso:

—Pues me parece muchísimo.

El dueño de la tienda meneó negativamente la cabeza, despacio pero con firmeza:

—Es mi precio, señora. Y si usted admira este objeto, realmente creo que debe adquirirlo. El precio no es excesivo. Es casi nada. No puedo rebajarlo. Charlotte, dubitativa, pero resistiéndose, se inclinó sobre el objeto: —Imposible, es más de lo que puedo permitirme.

—Bueno, uno puede permitirse gastar más para un regalo de lo que uno puede permitirse gastar para uno mismo.

El vendedor había dicho estas palabras tan dulcemente que Charlotte se dejó ganar por ellas, y en vez de poner al dueño de la tienda en el sitio que le correspondía, cual suele decirse, observó:

—Desde luego, se trata de un regalo.

—Sería un bello regalo.

Charlotte observó:

—¿Usted cree que se puede regalar un objeto que nos consta tiene una tara?

Sonriendo, el hombrecillo dijo:

—Bueno, si uno sabe que el objeto tiene una tara, le basta con decirlo. Con ello la buena fe queda a salvo.

—¿Y se deja que la persona que recibe el regalo se encargue de descubrir en qué consiste la tara?

—No se dedicará a descubrir la tara si se trata de un verdadero caballero.

—No me refiero concretamente a nadie.

—Bueno, pues trátese de quien se trate, si sabe que el objeto tiene una tara, quizá intente descubrir en qué consiste. Pero no lo logrará.

Charlotte miró fijamente al vendedor, como si, a pesar de sentirse insatisfecha y desorientada, siguiera prendada de aquel objeto.

Dijo:

—¿No lo logrará ni siquiera en el caso de que el objeto se rompa y quede hecho añicos?

Al advertir que el dueño de la tienda guardaba silencio, Charlotte insistió:

—¿Ni siquiera en el caso de que el hombre a quien regale esto me diga, «La copa dorada se ha roto»?

El dueño de la tienda siguió guardando silencio. Por fin dijo:

—¡Bueno, si alguien se propone romperla…!

Charlotte se echó a reír, admirando casi la expresión de la cara del hombrecillo, y dijo:

—¿Quiere decir que hay que golpearla con un martillo?

—Sí, siempre y cuando otro objeto parecido no resulte eficaz al efecto. También se puede conseguir arrojándola con fuerza contra una superficie de mármol, por ejemplo.

—¡Oh, los suelos de mármol…!

Charlotte lanzó esta exclamación como si las palabras le suscitaran otros pensamientos. Los suelos de mármol le suscitaban ideas, estaban relacionados con muchas cosas, con su vieja Roma y con la vieja Roma del Príncipe, con los palacios del pasado del Príncipe y, un poco, con los de la propia Charlotte, con las posibilidades del futuro del Príncipe, con la suntuosidad del matrimonio de éste, con la opulencia de los Verver. Sin embargo, también pensaba en otras cosas y todo esto ocupó durante unos instantes la imaginación de Charlotte, que preguntó:

—¿El cristal no se rompe cuando es auténtico cristal? Siempre he pensado que la belleza del cristal radica en su dureza.

El vendedor era, a su manera, hombre dado a sutiles distinciones:

—La belleza del cristal radica en que es cristal. Pero su dureza constituye, realmente, su protección.

Después de una pausa, el dueño de la tienda prosiguió:

—El cristal no se rompe como el vidrio vil. Se parte cuando tiene grieta. Muy interesada, Charlotte musitó:

—¡Ah, sí, tiene una grieta!

Bajó la vista, fijándola en la copa dorada, y dijo:

—Con que ¿tiene una grieta? Y el cristal se parte, ¿verdad?

—Por ciertos puntos y de acuerdo con la naturaleza propia del cristal.

—¿Quiere decir que este objeto tiene un punto débil?

Por toda contestación, el dueño de la tienda, sin vacilar, cogió la copa, la

levantó y la golpeó con una llave. La copa emitió el más bello y dulce sonido que quepa imaginar. El hombrecillo dijo:

—¿Dónde está el punto débil?

Charlotte reconoció la impertinencia de aquella pregunta:

—Para mí, sólo está en el precio. Soy pobre, muy pobre. De todos modos, muchas gracias. Lo pensaré.

El Príncipe, situado en la calle ante el escaparate, había dado media vuelta sobre sí mismo y escudriñaba el relativamente oscuro interior para averiguar si su amiga se había decidido. Charlotte dijo:

—Me gusta, pero debo pensarlo antes de decidir. El hombre, no sin cierta elegancia, se resignó:

—Lo guardaré hasta que se decida.

Charlotte se había dado cuenta de lo extraño que había sido este cuarto de hora y de que las peculiaridades de Bloomsbury habían conseguido una vez más, en su protesta contra las impresiones que Charlotte había tenido, adueñarse más o menos de ella. Sin embargo, este rasgo de extrañeza bien podía calificarse de menor importancia en comparación con otro suceso que, antes de que se hubieran alejado mucho de la tienda, Charlotte tuvo que aceptar, pues les había afectado al mismo tiempo a ella y al Príncipe. Consistía sencillamente en que los dos, por cierta tácita lógica y cierta extraña inevitabilidad, habían abandonado la idea de seguir buscando. No se lo dijeron, pero siguieron el camino dando por supuesto que habían renunciado a comprar el regalo para Maggie, que habían renunciado sin hacer mención del asunto. Las primeras palabras del Príncipe se refirieron a algo absolutamente distinto:

—Espero que habrá averiguado a su satisfacción, antes de salir de la tienda, cuál era el defecto de la copa.

—Pues no es así. No me he enterado de nada, salvo de que, cuanto más la miraba, más me gustaba, y de que si usted no fuera tan inflexible me hubiera proporcionado el placer de ofrecérsela.

Al escuchar estas palabras el rostro del Príncipe adquirió la expresión más grave que había mostrado en toda la mañana:

—¿Lo dice con toda seriedad o animada por el deseo de hacerme caer en una trampa?

Desorientada, Charlotte preguntó:

—¿De qué trampa puede tratarse?

Él la miró con más dureza aún:

—¿Quiere decir que realmente no lo sabe?

—¿Que no sé qué?

—El defecto que tiene esa copa. ¿Es que no se ha dado cuenta?

Charlotte, mirándole con fijeza, preguntó:

—¿Y cómo ha podido usted verlo desde la calle?

—Lo vi antes de salir de la tienda. Si me salí fue debido precisamente a haberlo visto. No quería que usted y yo hiciéramos otra escena en presencia de ese pillo, y estimé que se daría cuenta de la tara usted misma. Charlotte preguntó:

—¿Considera usted que ese hombre es un pillo? Ha pedido un precio muy moderado.

Después de esperar unos instantes, añadió:

—Cinco libras. Realmente es muy poco.

El Príncipe, sin dejar de mirarla, dijo:

—¿Cinco libras?

—Cinco libras.

Por la actitud del Príncipe quizá cupiera pensar que dudaba de la veracidad de las palabras de Charlotte, pero, en realidad, el Príncipe solamente utilizó estas palabras para dar más énfasis a las suyas:

—Si hubiera pedido cinco chelines, el objeto en cuestión sería caro como regalo. Y ni siquiera si le hubiera costado cinco peniques lo aceptaría.

—¿Cuál es el defecto que tiene?

—Una grieta.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento tan seco, con tal autoridad, que casi la sobresaltaron puesto que, al escucharlas, se sonrojó. La maravillosa seguridad con que había hablado inducía a creer que estaba en lo cierto. Charlotte le preguntó:

—¿Cómo puede estar tan seguro sin haber mirado el objeto?

—Lo miré. Lo vi perfectamente. La historia de ese objeto es patente. No me sorprende que el precio sea bajo.

Charlotte, como si aquel nuevo aspecto del objeto tuviera la virtud de hacerlo todavía más interesante, más extraño y más tierno, se sintió inducida a insistir:

—Pero es exquisito.

—Naturalmente que es exquisito. En esto radica el peligro.

A los ojos de Charlotte se hizo visible entonces una luz, una luz con la que repentina e intensamente resplandeció su amigo. El reflejo de esta luz, mientras Charlotte sonreía al Príncipe, le envolvía la cara:

—El peligro… Ahora lo comprendo… Es usted supersticioso.

—Per Dio! ¡Una grieta es una grieta, y un augurio es un augurio!

—¿Tiene miedo?

—Per Bacco!

—¿Teme por su felicidad?

—Temo por mi felicidad.

—¿Por su seguridad?

—Por mi seguridad.

Charlotte hizo una pausa y añadió:

—¿Por su matrimonio?

—Por mi matrimonio. Por todo.

Después de pensar durante unos instantes, Charlotte dijo:

—¡Agradezcamos, pues, que, caso de que realmente haya una grieta, lo sepamos! Lo importante es que no seamos destruidos por grietas cuya existencia ignoramos.

Sonriendo con tristeza, Charlotte observó:

—Jamás podremos regalarnos nada el uno al otro.

El Príncipe, tras de pensar un rato, dio la pertinente réplica a estas palabras:

—Las taras se ven. Por lo menos yo las percibo instintivamente. No me equivoco nunca. Esta facultad siempre me protegerá.

Era graciosa la manera en que el Príncipe decía estas cosas, y con ello daba lugar a que ella se sintiera todavía más atraída por él. Palabras como ésas le proporcionaban a Charlotte una visión general o, mejor dicho, una visión especial. A pesar de esto, habló en tono de leve desesperación:

—¿Y qué me protegerá a mí?

—En lo que a mí me concierne, yo.

Después de una pausa, el Príncipe siguió hablando, ahora en tono perfectamente amable:

—Por lo menos sabe que nada tiene que temer de mí. Todo lo que usted acceda a aceptar de mí…

Pero dejó inacabada la frase; Charlotte dijo:

—¿Qué?

—Será perfecto.

Inmediatamente, Charlotte observó:

—Me parece muy bien. Pero, al mismo tiempo, me parece inútil, pues usted habla de la posibilidad de que yo acepte sus cosas, en tanto que se niega a aceptar lo que yo pueda ofrecerle.

Pero incluso a estas palabras supo el Príncipe contestar:

—Impone usted una condición imposible: a saber, que yo mantenga en secreto el obsequio ofrecido por usted.

Charlotte, en presencia del Príncipe, ponderó allí su condición y, luego, bruscamente, hizo un gesto de renuncia. Meneó la cabeza con expresión de desencanto al pensar en lo mucho que le había gustado la idea. Ahora se planteaban demasiadas dificultades. Entonces dijo:

—Mi condición… Bueno, no sigo imponiéndola. Puede usted subirse a las azoteas y gritar a los cuatro vientos todo lo que yo haga.

—¡Ah, bueno…!

El Príncipe había pronunciado estas palabras riendo, y con ellas venía a decir que, si así era el asunto, carecía de importancia. Pero era ya demasiado tarde. Charlotte dijo:

—Ahora ya todo da igual. Me hubiera gustado regalarle la copa. Pero si no la quiere, ya nada puedo ofrecerle.

El Príncipe meditó estas palabras, y, mientras tanto, su rostro volvió a adquirir una expresión grave. Al cabo de unos instantes, advirtió:

—Sin embargo, tengo la seguridad de que algún día tendré deseos de ofrecerle algo.

Ella le miró interrogativamente:

—¿Qué día?

—El día en que usted se case. Sí, porque se casará. Debe casarse.

Charlotte aceptó estas palabras sin contradecirlas, pero motivaron que

pronunciara las únicas palabras que hubiera debido pronunciar aquella mañana y que acudieron a sus labios como impulsadas por un resorte:

—¿Para que usted se sienta más tranquilo?

Con maravillosa franqueza, el Príncipe repuso:

—Sí, me sentiré más tranquilo.

Y añadió:

—Ahí tiene usted el coche de alquiler.

El Príncipe había hecho una seña, y el coche se dirigía hacia ellos. Ella no le ofreció la mano en gesto de despedida, pero se dispuso a subir al coche. Sin embargo, antes de hacerlo, dijo las palabras que había pensado mientras esperaba:

—Bien, creo que me casaré con el fin de tener algo de usted con toda libertad.

Segunda parte

Capítulo VII

En Fawns, aquel domingo de otoño se habría podido observar a Adam Verver en el momento de abrir la puerta de la sala de billar con indudable libertad de acción, si hubiera habido allí un espectador para observarlo. Sin embargo, la justificación y base de las energías gastadas en el empujón que había dado a la puerta y en el empujón igualmente fuerte que, para quedar encerrado en la sala, dio de nuevo, se hallaba precisamente en los deseos de estar allí, aunque sólo fuera por breves momentos, solo, solo con el montón de cartas, periódicos y otros envíos sin abrir que durante el desayuno y hasta el momento presente no había tenido oportunidad de examinar. La amplia, cuadrada y limpia sala estaba desierta; sus grandes y claros ventanales daban a terrazas y jardines, al parque y al bosque, al esplendoroso lago artificial, a un horizonte densamente condensado, a las tierras altas de oscuro color azulado, al pueblo dominado por el campanario de la iglesia y a las fuertes sombras de nubes, todo lo cual creaba conjuntamente la sensación, habida cuenta de que todos los demás habían ido a la iglesia, de tener el mundo entero a su disposición. Compartamos, pues, su mundo, aunque sólo sea durante estos momentos, con el señor Verver. El mero hecho de que hubiera salido disparado —como él habría dicho— en busca de soledad, el hecho de su silenciosa huida, casi de puntillas, a lo largo de tortuosos pasillos, esto da a su persona un

interés que suscita nuestra atención —tierna hasta llegar casi a la compasión—, y matiza el sentido del aislamiento que el señor Verver acababa de conseguir. Por esto es por lo que debemos hacer constar inmediatamente que este amable caballero solamente pensaba en su personal conveniencia, dicho sea en términos generales, cuando estimaba que otras conveniencias, las de otras personas, habían sido reclamadas y satisfechas. También cabe decir que el señor Verver estimó siempre —ya que así era el talante de su carácter— que las otras personas formaban un numeroso contingente y que, a pesar de que él sólo tenía conciencia de un único vínculo íntimo, de un efecto, de un deber profundamente enraizado en su vida, jamás había sido su destino no estar, durante más de unos cuantos minutos, rodeado y obligado: jamás había gozado íntegramente del alivio de distinguir en qué punto la variopinta llamada de la humanidad, expresada en distintas gradaciones, en zonas concéntricas de menguante intensidad e inoportunidad, se transformaba en la bendita blancura impersonal que su mente, en ocasiones, ansiaba dolorosamente. Esta llamada se difuminaba, lo cual el señor Verver reconocía, pero también era cierto que aún no había vislumbrado el punto en que realmente desaparecía.

De esta manera se había formado el señor Verver una costumbre de poca monta, que era su más íntimo secreto, secreto que ni siquiera a Maggie había confiado; aun cuando el señor Verver consideraba que Maggie lo comprendería como todo lo comprendía, a su juicio, se había formado la inocente triquiñuela de hacer creer que ocasionalmente carecía de conciencia o, por lo menos, que en el campo del cumplimiento del deber había un vacío durante cierto tiempo. Se trataba de un jueguecito al que las pocas personas que estaban lo suficientemente vinculadas al señor Verver para poder descubrirle en el acto de entregarse a él —entre las cuales, por ejemplo, se contaba la señora Assingham—, le atribuían benévolamente el carácter de rareza, en realidad el encanto patético que provoca el hecho de que un adulto conserve un juguete de la infancia. Cuando el señor Verver se disponía a gozar de un momento de aislamiento, lo hacía con la conmovedora mirada de confusión propia del hombre de cuarenta y siete años que ha sido descubierto en el acto de entretenerse con una reliquia de su infancia, como, por ejemplo, pegando la cabeza rota de un soldadito de juguete, o intentando mover el cerrojo de un rifle de madera. En el caso del señor Verver, esto era una imitación de la depravación que, para divertirse quizá, seguía «practicando». A pesar de la práctica que en ello tenía, no había llegado ni mucho menos a la perfección, por cuanto estos interludios, conseguidos con tan inocente astucia, estaban condenados a ser breves. El señor Verver se había marcado irremisiblemente a sí mismo con la impronta —y de esto sólo él tenía la culpa— del hombre que puede ser interrumpido impunemente. Sin embargo, la mayor maravilla consistía exactamente en que un hombre siempre tan interrumpido hubiera podido llegar, como vulgarmente suele decirse, o mejor

dicho, hubiera podido llegar tan pronto al lugar en que se hallaba. Esto revelaba un talento muy especial. Evidentemente esto era lo que el señor Verver tenía. La chispa de fuego, el punto de luz, se hallaba vagamente en algún lugar de su interior, tal como una lámpara emite sus guiños de luz ante el altar en la oscura perspectiva de un templo. La juventud y los primeros años de la edad madura, así como la seca brisa de la oportunidad y el ejemplo norteamericanos, soplaron recientemente contra esta luz, convirtiendo la cámara del cerebro del señor Verver en el más extraño taller de consecución de fortunas. Esta estructura, misteriosa y casi anónima, cuyas ventanas en los momentos de más alta presión, a juicio de observadores y curiosos, jamás parecían resplandecer perceptiblemente, por fuerza tuvo que ser durante ciertos años el albergue de un fuego blanco milagroso, sin precedentes, producido por un medio que se consideraba, en la práctica, que el maestro de aquella forja no podría haber consumido ni aun movido por las mejores intenciones.

El pulso esencial de la llama, la mismísima acción de la temperatura cerebral, llevada a su más alto grado, pero extraordinariamente contenida, estos hechos, en sí mismos, representaban la inmensidad del resultado y se identificaban con la perfección de la máquina, habiendo constituido aquella clase de poder adquisitivo, engendrado y aplicado, que conducía ineludiblemente al éxito de todas sus operaciones. Por el momento, deberá bastarnos una oscura explicación de este fenómeno, otrora en vívida actuación, por cuanto no podemos arrojar sobre la amabilidad de nuestro amigo el peso íntegro de constituir la razón de su historia económica. Cierto es que la amabilidad contribuye al éxito, y se sabe que ha sido base y principio de grandes fortunas. Pero la mente no deja por ello de echar en falta el eslabón necesario para lograr la continuidad, o algo más insolente, en un aspecto, y en otro, la accesibilidad hasta puntos enloquecedores, cuando el éxito es a tan gran escala. La variedad de imaginación ¿no es fatal, en el mundo de los negocios, salvo cuando está tan disciplinada que en nada se distingue de la monotonía? En consecuencia, el señor Verver, durante un nuevo y largo período, un período que extraordinariamente no resultó estéril, había sido inescrutablemente monótono, oculto detrás de una nube iridiscente. La nube era su innato envoltorio, la suave laciedad y, valga la expresión, de su temperamento y de su tono, que sin duda alguna carecía de la capacidad de expresión directa y suficiente como para representar abundancia de pliegues y repliegues; pero sí indicaba la inconfundible cualidad de estar dotado de sensibles antenas. En realidad, el señor Verver todavía estaba obligado en la actualidad a conseguir sus raros momentos de soledad por el medio de fingir cinismo. Su auténtica incapacidad de mantener esta ficción rara vez había hallado mejor ejemplo que en su aceptación de lo inevitable, su aceptación de la llegada, al término de aquel cuarto de hora, de la obligación con la que

había sabido que en todo momento debía contar. Un cuarto de hora de egoísmo era cuanto, entre una cosa y otra, el señor Verver podía conseguir por lo general. La señora Rance abrió la puerta más dubitativamente de lo que el señor Verver lo había hecho pero, por otra parte, como si quisiera compensar lo que acabamos de decir, la cerró más enérgicamente al verlo de lo que éste la cerró al ver que en la sala de billar no había nadie. Entonces el señor Verver recordó con fuerza y claridad que había establecido un precedente hacía una semana, Sí, él lo reconocía, en honor de la señora Rance, y se trataba de un reconocimiento que siempre hacía en beneficio de alguien. El domingo anterior, dijo que prefería quedarse en casa, con lo cual quedó expuesto a que le pillaran con las manos en la masa. Para que esto ocurriera, bastaba con que la señora Rance hubiese querido hacer lo mismo; era muy fácil jugarle semejante pasada. No se le había ocurrido al señor Verver hacer los planes necesarios para que ella se ausentara, con lo que en cierto modo habría aniquilado su propia presencia. Si las personas que vivían bajo su propio techo carecían del derecho de no ir a la iglesia, ¿adónde iba a parar, para una mentalidad honesta y justa, el propio derecho a no ir a la iglesia? Su maniobra más sutil había sido sustituir la biblioteca por la sala de billar, ya que fue en la biblioteca donde su huésped, o la huésped de su hija, o la huésped de las señoritas Lutche —el señor Verver no sabía en qué concepto considerar a la señora Rance—, le había encontrado, lo cual no resulta en modo alguno sorprendente. El recuerdo de la duración de la visita que la señora Rance le había hecho en aquella ocasión indujo al señor Verver a pensar que quizá había quedado ya implantada la ley de la reiteración. En dicha ocasión la señora Rance había pasado la mañana entera con él, y se encontraban todavía en la biblioteca cuando los demás regresaron de dar un paseo al aire libre, debido a que ellos no mostraron gran entusiasmo por salir. Parecía que la señora Rance estimara que dar tal paseo era una especie de subterfugio, una demostración de falta de lealtad. Pero ¿qué pretendía la señora Rance?, ¿qué deseaba que fuera el señor, además de lo que ya había demostrado ser, o sea, un anfitrión paciente y pundonoroso, habida cuenta de que ella había llegado en calidad de extraña y de ningún modo como persona invitada expresamente? Aunque, quizá por esto, pesaba más en la conciencia de su anfitrión la susceptibilidad de la señora Rance. Las señoritas Lutche estaban allí en calidad de antiguas amigas de Maggie, pero la señora Rance estaba allí o, por lo menos originariamente, en calidad de amiga de las señoritas Lutche.

Esta señora no era del Medio Oeste, como ella decía no sin insistencia, sino de Nueva Jersey, Rhode Island o Delaware, de uno de los estados más pequeños y más íntimos; el señor Verver no recordaba cuál, a pesar de que también esto lo repetía dicha señora. En justicia debemos decir que no era propio de una persona como el señor Verver llegar a preguntarse si el grupo que en la próxima ocasión se congregara en su casa sería reclutado por algún

amigo o amiga de la señora Rance, y así sucedía, que el señor Verver había podido advertir muy a las claras que la señora Rance prefería que las señoritas Lutche salieran de casa a que se quedaran para ampliar el actual círculo de conversación, y porque, asimismo, y con carácter más esencial, la vinculación del señor Verver con tan irónica cuestión, considerada en general, radicaba sobre todo no tanto en su personal interés, cuanto en el hábito de facilitar la vida a los demás. El señor Verver sabía mantener una separación entre sus incomodidades y sus resentimientos de una manera que en él era natural, aunque en realidad la suma de éstos había sido siempre de mayor cuantía; ello se debía, hasta cierto punto, a la escasez de las primeras. El señor Verver habría reconocido fácilmente, después del debido análisis, que su mayor incomodidad radicaba en que se diera por supuesto que, debido a que tenía dinero, también tenía poder. Sin duda alguna, esta atribución de poder ejercía en él una fuerte presión, proyectada desde todos los puntos. Todos tenían necesidad del poder de uno, en tanto que las necesidades de uno, en el mejor de los casos, no parecían más que una triquiñuela para no compartir el poder. El efecto de una reserva tan simple y mezquinamente defensiva bastaría, en la mayoría de los casos, para desacreditar la causa. En consecuencia, a pesar de que ser perpetuamente considerado como agente de infinito poder complicaba la vida, tal desdicha no era la más grave de las que un hombre valeroso podía quejarse. Además, las quejas eran un lujo, y el señor Verver temía que le acusaran de codicia. La otra acusación, la constante acusación de ser hombre capaz de «hacer cosas», carecería de base si él no hubiera sido, desde un principio —y ahí estaba el quid de la cuestión—, amante de los lujos. Sus labios estaban cerrados y, además, por un resorte conectado con el movimiento de los ojos. Éstos le revelaban lo que había conseguido, el lugar al que había llegado, que era el punto más alto de la colina de sus dificultades, de aquella alta y empinada espiral que había comenzado a ascender sinuosamente a la edad de veinte años, en cuya cumbre había una plataforma en la que sólo podían estar, en pie, media docena más de individuos y desde la que se veía, si uno quería, los reinos de la tierra.

De todas maneras, el caso es que los ojos del señor Verver vieron cómo la señora Rance avanzaba hacia él, sin atribuir a este movimiento un sentimiento de grosera avidez por parte de dicha señora y sin discernir siquiera aires de triunfo en la vívida expresión de la dama. No, ya que lo que tendría suprema importancia sería, a juicio del señor Verver, el concepto que de él se formaría la señora Rance por haber intentado despistarla escondiéndose en la biblioteca, lo cual difícilmente puede decirse que no fuera la verdadera intención del señor Verver. No le era fácil ahora, a pesar de los reiterados actos en este sentido, que cariñosa y humorísticamente consideraba ya como práctica sistemática, no sentirse avergonzado. La sala de billar no era, en esta crisis concreta, lugar natural ni elegante para el principal ocupante de una tan amplia

mansión, y además revelaba el temor, infundado desde luego, que tenía de que la señora Rance le hiciera una escena. Si le hubiera acusado de esquivarla, el señor Verver habría quedado literalmente hecho cisco, pero superó inmediatamente ese temor. ¿Acaso no sería más probable que la señora Rance, con la finalidad de resaltar la afinidad entre los dos, aceptara y, en cierta manera, explotara aquella anomalía, dándole carácter romántico y quizá, incluso, cómico? Ello daba muestras de que el estar los dos en semejante lugar no representaba para ellos obstáculo alguno, a pesar de que la vasta mesa cubierta con pardo paño de Holanda mediaba entre uno y otro como un desierto de arena. No, ella no cruzó aquel desierto, sino que lo rodeó, de modo y manera que el señor Verver, para conseguir que la mesa cumpliera la función de obstáculo, tendría que situarse al otro lado, como si se entregara a un juego infantil o a una comedia de mal gusto, para acabar siendo perseguido o afablemente acosado. Tenía plena conciencia de que esto no ocurriría en esta ocasión y, por el momento, ante él se alzaba solamente la posibilidad de que la señora Rance le propusiera golpear un poco las bolas con el taco. Pensó que debía estimular su imaginación para encontrar el modo de esquivar este peligro. Sin embargo, ¿a santo de qué necesitaba él erigir defensas en este caso? ¿Por qué razón calificaba de peligros hechos que en sí mismos no debían serlo? El peligro profundo, el único peligro que, en cuanto a idea, le helaba la sangre hubiera sido la posibilidad de que la señora Rance le pidiera en matrimonio, de que le planteara tan terrible problema. Pero en este asunto carecía de peligrosidad, pues podía demostrarle, en contra de sus pretensiones, que tenía marido, un marido de existencia real y en modo alguno desvirtuada.

Era cierto que el marido de la señora Rance se encontraba en Norteamérica, en Texas, en Nebraska, en Arizona, en algún lugar que, contemplado desde la vieja Fawns House, en el condado de Kent, apenas podía considerarse lugar concreto alguno. Contemplado desde lejos, aquel lugar parecía algo perdido, confuso, ilusorio en algún punto del gran desierto de la separación entre los cónyuges. La señora Rance, sin embargo, mantenía a aquel pobre hombre atado a ella, lo despreciaba, y el recuerdo que de él guardaba era tan imperfecto que apenas cabía decir que estuviera en su memoria, pero, a pesar de todo, el marido existía sin atenuantes. Sí, las señoritas Lutche le habían visto en carne y hueso, como manifestaron con ansiosa diligencia. Sin embargo, cuando fueron interrogadas por separado, las respectivas descripciones que del marido dieron no coincidían. En el peor de los casos, si se daba el peor de los casos, aquel marido sería la dificultad de la señora Rance y, en consecuencia, constituiría el recio baluarte en que los demás varones se defenderían. Esto, que era de una lógica perfecta y sin fisuras, consolaba al señor Verver menos de lo que hubiera debido. Éste no sólo temía el peligro, sino también la idea del peligro; dicho en otras palabras, sentía un obsesivo temor de sí mismo. Principalmente, la señora Rance se

alzaba ante él como un símbolo, el símbolo del supremo esfuerzo que él, el señor Verver, tendría que hacer a su juicio, tarde o temprano. Este esfuerzo consistiría en decir «no». Vivía sumido en el terror de tener que hacerlo. Llegaría el momento, era sólo cuestión de tiempo. Le pedirían en matrimonio, y entonces tendría que hacer una cosa extremadamente desagradable. Momentos había en que el señor Verver casi deseaba no estar tan seguro de que diría que no. Sin embargo, se conocía a sí mismo demasiado bien para ponerlo en duda. Sabía con certeza en qué momento, cuando se produjera la crisis, cortaría por lo sano. Ello se debía al matrimonio de Maggie y a su actual felicidad —felicidad mayor que la que gozaba anteriormente, según el parecer del señor Verver. Le parecía ahora que antes no tenía por qué pensar en semejantes asuntos. No se le habían planteado y parecía como si hubiera sido Maggie quien los hubiera mantenido alejados. Solamente era su hija, que en efecto lo era más que nunca, aunque en ciertos aspectos Maggie le había protegido como si fuera más que una hija. Había hecho por él más de lo que él sabía, a pesar de lo mucho que afortunadamente sabía que había hecho. Y si Maggie actualmente hacía por él más que nunca, para compensarle por lo que ella llamaba el cambio de vida, de todas maneras la situación del señor Verver era armónica con la actividad de su hija, ya que su situación consistía sencillamente en que tenía más cosas que hacer que en cualquier momento anterior.

Entre una cosa y otra, no había tenido tanto que hacer antes de regresar de América, en donde habían pasado veinte meses antes de volver a establecerse en Inglaterra, a pesar de que la estancia era temporal y sólo tenía carácter experimental, antes de sentir la sensación, ahora totalmente definida por el señor Verver, de un ambiente doméstico purificado y luminoso, que producía en sus vidas personales el efecto de abrir ante ellos unas perspectivas más amplias y unos más amplios espacios. Parecía que la presencia del yerno del señor Verver, incluso antes de ser su yerno, había llenado el escenario y, si se tenía todo en cuenta, había dado fijeza al futuro de una forma muy hermosa y fecunda, en modo alguno incómoda o de cierta manera que no hubiera sido de desear. Y esto era así porque el Príncipe, cuyas dimensiones ahora habían quedado prácticamente determinadas, seguía siendo la misma «gran realidad», con lo que el cielo se había alzado a mayor altura, los horizontes se habían ampliado e incluso el terreno había adquirido mayor extensión ante ellos, para estar en la debida proporción con el Príncipe, para que todo quedará a una cómoda escala. Al principio, ciertamente, la unión decente y modesta de otros tiempos entre padre e hija se había parecido en gran manera a una agradable plaza pública, en el corazón de una ciudad antigua, en la que súbitamente se hubiera colocado, por ejemplo, una gran iglesia neoclásica u otro edificio de gran fachada, de modo que el resto del lugar, el espacio ante el monumento, sus alrededores, la anchura de la calle y del paisaje, la amplitud del abovedado

cielo, todo hubiera quedado afectado, temporalmente. Pero, a decir verdad, ni siquiera en aquel entonces esta alteración fue desconcertante, habida cuenta del gran estilo que aquella fachada tenía para la mirada crítica o, por lo menos, inteligente, y del alto puesto que ocupaba entre las de su clase. El fenómeno que se había producido a partir de entonces, tanto si originariamente hubiera sido previsible como si no, no había sido, naturalmente, un milagro ocurrido de la noche a la mañana, sino que se desarrolló tan paulatina, tan silenciosa y fácilmente que desde aquella atalaya de la amplia y boscosa finca de Fawns, con su mansión de ochenta estancias, como se decía, con su amplio parque, con sus acres de jardín y con la majestad del lago artificial, aunque, para una persona tan familiarizada con los «grandes lagos», como el señor Verver, quizá le pareciera un tanto ridículo; no se advertía visiblemente la transición ni retrospectivamente se veía violencia alguna en el reajuste. La iglesia neoclásica seguía presente, pero la piazza gozaba de independencia. El sol la iluminaba plenamente, el aire circulaba y los transeúntes circulaban tanto como el aire, los límites se hallaban lejos, el paseo alrededor de la plaza era agradable, el extremo oriental era bello, tanto como, a su manera, lo era el occidental; había también puertas laterales entre las dos grandes puertas monumentales estilizadas de acuerdo con la escuela arquitectónica, como ocurre en todas las grandes iglesias que se precien de tales. En resumen, mediante un proceso como éste, el Príncipe había dejado de ser un temido obstáculo para su suegro, sin dejar de ser una firme característica de su entorno.

También debemos decir que en ningún momento el señor Verver se había alarmado hasta el punto de llevar detallada crónica de cómo se tranquilizó. A pesar de todo, no habría sido incapaz, ni se habría mostrado remiso en comunicar confidencialmente a la persona adecuada la idea que de aquella historia se había formado. Evidentemente, la persona adecuada para recibir tan luminosa confidencia no faltaba y había tomado la forma de Fanny Assingham; ésta, ciertamente, no era la primera vez, ni mucho menos, que se convertía en receptora de sus confidencias y sin el menor género de dudas, llevada por la plenitud de su interés y con plena garantía, en estos momentos ya habría repetido el secreto del señor Verver. Todo lo antedicho, o sea, la gran amplificación de los espacios, se debía primordialmente a un hecho, que consistía en que el Príncipe, por fortuna, no había resultado esquinado o anguloso. El señor Verver empleaba estos términos constantemente para calificar al marido de su hija, como a menudo los empleaba para referirse a frases en relación con personas y sociedades con que se había encontrado. Le era muy propio utilizar constantemente estos términos, como si con ellos pudiera iluminar el mundo o la senda que él seguía, aun cuando para algunos de sus interlocutores estos términos fueran de mucho menor alcance. Era muy cierto que, cuando se refería a la señora Assingham, jamás sabía cuál era el

alcance que sus palabras tenían para ella, porque nunca ni en nada le contradecía, en todo se mostraba de acuerdo con él y le rodeaba de tan sistemática consideración, de tan predeterminada ternura, que casi parecía —como un día le dijo él irritado— que estuviera cuidando a un niño enfermo. La había acusado de no tomarle en serio, y la señora Assingham había contestado —lo cual no le atemorizó por tratarse de sus palabras— que «le tomaba» religiosamente, con adoración. Volvió a reír, como antes había reído, cuando el señor Verver aplicó aquel justo y feliz vocablo referente al resultado de sus relaciones con el Príncipe, con un efecto particularmente extraño si tenemos en cuenta que ella no había preguntado siquiera el significado del término. Sin embargo, a la señora Assingham difícilmente podía entusiasmarle tanto el término descubierto como le entusiasmaba a su descubridor, el señor Verver. Le entusiasmaba tanto que, para mayor placer, lo estudió y desarrolló. Algunas veces manifestó casi públicamente lo que habría ocurrido en el caso de que se hubiesen producido fricciones, valga la expresión. Un día lo manifestó francamente al personaje en cuestión, dirigió al Príncipe el halagador juicio que le merecía, e incluso expresó explícitamente el peligro que, gracias a ello, habían evitado en su notable relación. ¡Oh, si el Príncipe hubiera sido anguloso! En este caso, nadie habría podido prever las consecuencias. El señor Verver habló —al igual que en la ocasión en que conversó de ello con la señora Assingham— como si comprendiera todas las realidades que, sin excepción, la angulosidad comporta.

Evidentemente, para el señor Verver, la angulosidad era una última idea, un concepto de suma vivencia. Mediante esta palabra bien hubiera podido referirse a los ángulos agudos o a las duras esquinas, a toda la pétrea calidad punzante y cortante de la grandiosa geometría de aquella iglesia neoclásica. El señor Verver percibía todos los rasgos felices de aquel contacto que, sorprendentemente, casi pasmosamente, era contacto con líneas obedientes y superficies curvas. El señor Verver había dicho: «Eres redondo, mi querido muchacho, en todo tu ser, en tus diversas partes, eres inagotablemente redondo, a pesar de que, con toda probabilidad, hubieras podido ser abominablemente cuadrado». Había añadido: «Sin embargo, no tengo la seguridad de que tu masa, considerada en general, no sea cuadrada, abominable o no. La abominación poco importa, pues eres irremediablemente redondo. Esto en ti es una de esas cosas que se siente, al menos las siento yo, como si se tocasen con la mano. Imagina que hubieras sido formado íntegramente mediante una gran cantidad de pequeños rombos piramidales, como aquella maravillosa parte del Palacio Ducal de Venecia, lo cual es muy bello en un edificio, pero condenadamente desagradable en un hombre con el cual uno se tiene que rozar, principalmente cuando este hombre es un pariente próximo. Me parece verlo, todos ellos salientes, sí, me parecer ver esos diamantes arquitectónicos tallados con que me hubieras rascado las partes más

sensibles. Sí, los diamantes me hubieran rascado —sin duda alguna es la manera más limpia de ser rascado—, y, a fin de cuentas, hubiera quedado reducido a picadillo. Contrariamente, vivir contigo es como vivir con el más puro y perfecto cristal. Te he dicho lo que pienso, así, tal como me ha venido a la cabeza. Espero que lo hayas comprendido y aceptado». Verdaderamente el Príncipe había aceptado la idea, a su manera, pues a la sazón estaba ya muy acostumbrado a aceptarlas. Quizá nada hubiera podido confirmar mejor la descripción que de la superficie del Príncipe había hecho el señor Verver como la manera en que aquellas doradas gotas se deslizaron suavemente sobre ella. No quedaron detenidas en grieta alguna, no quedaron apresadas en cavidades de ningún género. La uniforme lisura traicionaba al rocío, pero, por el momento, gracias a él, adquiría un tono más vivo. En otras palabras, el joven Príncipe sonrió abiertamente como si asintiera, por principios y por hábito, a más de lo que comprendía. Le gustaban todos los síntomas de que la situación era buena, pero no le importaba gran cosa saber por qué lo era.

En lo tocante a las personas entre las que vivía el Príncipe desde el día de su matrimonio, las razones que tan a menudo daban de lo anterior —mucho más a menudo de lo que el Príncipe había oído darlas con anterioridad— eran, en términos generales, el elemento por el cual él más difería de ellas. Su suegro y su esposa eran, a fin de cuentas, las personas más importantes entre cuantas trataba ahora el Príncipe. Pero él jamás sabía con certeza la impresión que en esto, en aquello o en lo de más allá causaría a dichas personas. Muy a menudo se daba el caso notable de que estas personas entendían cosas que el Príncipe no había querido expresar y, no menos a menudo y de modo no menos notable, no entendían las cosas que había querido expresar. El Príncipe se había amparado en una explicación de carácter general: «No tenemos los mismos valores». Con lo cual quería decir que medían la importancia de las cosas de una forma diferente. Evidentemente, las «curvas» del Príncipe eran importantes debido a que tenían carácter imprevisto o, aún más, inconcebible. Pero cuando uno había dado siempre por supuesta la existencia de curvas, y en cantidades mucho mayores, como ocurría en el relegado viejo mundo del Príncipe, uno no quedaba sorprendido de que el trato con el prójimo fuera posible, de la misma forma que uno no queda sorprendido al encontrarse en el segundo piso de una casa con escalera interior. En realidad, en la ocasión a que nos referimos, el Príncipe había dado un tratamiento harto diligente al tema de la aprobación que su persona merecía por parte del señor Verver. Bien podemos presumir que la pronta respuesta del Príncipe fue efecto, en buena medida, de cierto amado recuerdo que dio a sus palabras de agradecimiento suma soltura. «Bueno, si soy un cristal, me gusta que sea un cristal perfecto, pues creo que cuando un cristal tiene grietas o taras, se puede adquirir a muy bajo precio.» Se calló para no dar a su ingeniosidad el énfasis que le habría supuesto decir que no había modo de conseguirle a bajo precio. Y, sin la

menor duda, fue ejemplo de buen gusto que entre ellos imperase que el señor Verver no hubiera aprovechado aquella oportunidad. Sin embargo, lo que ahora tiene más importancia para nosotros es la relación de esto último con dichos aspectos, y la trascendencia de su complacida convicción de que el carácter del Príncipe, como objeto precioso y representativo, no ofrecía riesgos de fricción. Los objetos preciosos representativos, las grandes pinturas antiguas y otras obras de arte, las bellas e importantes «piezas» de oro, plata, esmalte, cerámica, marfil y bronce, hasta tal punto se habían multiplicado hasta tal punto, alrededor del señor Verver durante largos años, y en su calidad de reto a la adquisición y al goce, habían ocupado sus facultades mentales hasta constituir en gran medida la base de su aceptación del Príncipe como pretendiente a la mano de su hija.

Además de lo mucho que importó la buena impresión que había causado a su hija el aspirante a su mano, éste había revelado estar en posesión de las grandes señales y pruebas demostrativas de los más altos signos de autenticidad, que el señor Verver había aprendido a distinguir en las piezas de primordial transparencia. Ahora, Adam Verver era hombre enterado, concienzudamente enterado y, en su fuero interno, estaba convencido de que no había nadie en Europa ni en América que, en cuanto a estimaciones, fuera menos capaz que él de cometer vulgares errores. Jamás se había considerado infalible, ya que era impropio de su manera de ser, pero, con la salvedad de los naturales afectos, no había conocido goce mayor, de carácter íntimo y personal, que el de darse cuenta, por vez primera, y de forma absolutamente imprevista, que tenía espíritu de connaisseur. Al igual que tantas otras personas, en el curso de sus lecturas, había quedado impresionado por el soneto de Keats referente al recio Cortés al hallarse ante el Pacífico, pero probablemente pocas personas habían vivido una experiencia personal que tan devotamente estuviera de acuerdo con la imagen del poeta como el señor Verver. Hasta tal punto y en un determinado momento, tuvo el señor Verver clara conciencia de la manera en que había contemplado su Pacífico, que un par de lecturas de las inmortales líneas bastó para que le quedaran grabadas en su memoria. Su «Pico en Darien» fue el repentino momento que transformó su vida, el momento de percibir, con un mudo respingo interior semejante al bajo gemido de la pasión mal reprimida, que ante él tenía un mundo por conquistar, y que podía conquistarlo si lo intentaba. Había sido lo mismo que volver una página del libro de la vida, había sido como si una página durante largo tiempo inerte se hubiera levantado, con sólo tocarla, y que, al dar rápidamente la vuelta, hubiera agitado el aire de tal manera que hubiese enviado a su cara la mismísima brisa de las Islas Doradas. En aquel mismo instante, saquear las Islas Doradas se convirtió en su tarea para el futuro y la belleza de esta misión —lo cual era lo más portentoso— se encontraba más en el pensamiento que en la actividad. El pensamiento radicaba en la afinidad del Genio o, por lo menos,

del Buen Gusto, con algo que había en su interior, con cierta adormecida inteligencia de la que ahora adquiría bruscamente conciencia, cosa que le afectó como si, en méritos de una simple vuelta de tuerca, hubiera cambiado totalmente su mundo intelectual. En cierta manera, se sentía hermanado con los grandes visionarios, con los grandes patrocinadores y sacerdotes de la belleza y quizá, a fin de cuentas, no estuviera muy por debajo de los grandes productores y creadores. Con anterioridad, el señor Verver no había sido nada semejante. Decidida y terriblemente, no lo había sido. Pero, ahora, comprendía por qué había sido lo que había sido, por qué había fracasado y no había llegado a la altura que hubiera debido, incluso en sus más grandes éxitos y, ahora, en una sola noche magnífica, vio el inmenso significado de la carrera que le esperaba.

Fue en el curso de la primera visita que hizo a Europa, es decir, la primera visita después de la muerte de su esposa, contando su hija diez años, cuando se encendió aquella luz en su mente, e incluso supo por qué, en una anterior ocasión, la del viaje de luna de miel, la luz no se encendió. En aquella anterior ocasión, el señor Verver «compró», en la medida en que pudo, pero compró casi íntegramente para el frágil ser que llevaba a su lado, ser que tenía sus fantasías, aunque todas referentes al arte, maravilloso para los dos, de la Rue de Paix, las costosas originalidades auténticas de los modistos y de los joyeros. Los caprichos de su esposa —demacrada y desconcertada mujer fantasmal, adornada con una pálida flor, casi grotescamente vestida, según el actual gusto del señor Verver, atada con un gran lazo de satén comprado en el Boulevard— consistían principalmente en cintas, encajes y hermosos tejidos, todo ello curiosa y patética demostración de la desorientación que padecían, en tanto que pareja de recién casados, ante una situación tan oportuna. El señor Verver todavía se estremecía, aunque no mucho, al recordar el sentido en que la pobre muchacha había ejercido presión, con su cariñoso apoyo, desde luego, a la hora de efectuar compras y de satisfacer la curiosidad. Eran, éstas, imágenes vacilantes, surgidas de un anterior ocaso, que, debido a la piedad del señor Verver, alejaban a su esposa, situándola en un pasado más remoto de lo que el señor Verver quería que su vida en común y su juvenil afecto parecieran pertenecer. Aplicando rigurosos criterios, es preciso reconocer que, aunque resultara extraño, a la madre de Maggie no le faltaba la fe, sino cómo utilizarla, ya que la había ejercido entusiasta e incansablemente, transformándola en pretexto de inocentes aberraciones, con respecto a las cuales el filosófico paso del tiempo convertiría todas las lágrimas en dulzuras. Y, como sea que se amaban el uno al otro, la inteligencia del señor Verver, de más alto orden, sufrió temporalmente las consecuencias. ¡Cuántas fueron las frivolidades, enormidades y aberraciones en lo tocante a decoración e ingenio que la señora Verver había conseguido que su esposo, antes de que en este aspecto se abrieran las compuertas de su inteligencia, considerara bellas! En

ocasión de meditar, ya que el señor Verver era un pobre hombre que daba vueltas y más vueltas a la cabeza, partidario de los placeres silenciosos —de la misma forma que era capaz de silenciosos dolores—, llegaba incluso a preguntarse qué habría sido de su inteligencia, en aquella esfera en la que más y más exclusivamente la ejercitaría, si la influencia de su esposa por obra de los extraños designios de la vida, no hubiera desaparecido prontamente. Teniendo en cuenta el cariño que sentía por ella, ¿le hubiera rodeado de una jungla de vulgares errores? ¿Le hubiera impedido escalar hasta su alta cima? ¿0 quizá hubiera podido acompañarle hasta tan alto punto, en donde él hubiera podido señalarle, como Cortés a sus compañeros, los descubrimientos prometidos? De todas maneras, se da por supuesto que entre los compañeros de Cortés no había una verdadera señora. El señor Verver dejó que este hecho histórico influyera en su criterio.

Capítulo VIII

Sin embargo, lo que de todos modos no estuvo siempre oculto a su mente, en lo tocante a sus años de tinieblas, fue una verdad mucho menos aborrecible. Se debía una vez más a los extraños designios de la vida: los años de tinieblas habían sido requisito indispensable para que llegaran los años de luz. Una mano más sabia de lo que al principio él mismo creía le había mantenido ocupado en la tarea de cierta clase de adquisiciones, a modo de ensayo de otro tipo de adquisiciones, y aquella tarea primera habría sido débil y deficiente si la buena fe hubiera sido menor. La relativa ceguera del señor Verver había dado paso a la buena fe; y esta buena fe, a su vez, había abonado la tierra de sus buenas cualidades para que en ella floreciera la idea suprema. Era preciso que al señor Verver no le gustara forjar y sudar, y también era preciso que le gustara pulir y acumular. Por lo menos, esto último era algo que no tenía más remedio que creer que le gustaba, de la misma forma que había creído que le gustaba el cálculo trascendente, la apuesta imaginativa y la creación de nuevas cosas de su interés que suponía el olvido de otras anteriores, incluso la tonta vulgaridad de ser el primero en entrar o en salir. Pero esto fue dejando de ser verdad debido a que la idea suprema crecía constantemente y arraigaba más y más hondo, bajo todo lo demás, en la cálida y fecunda tierra. El señor Verver, sin saberlo, había estado en pie, había caminado y había trabajado sobre los lugares en que estaba enterrada su idea; y el hecho de su fortuna hubiera sido, en sí mismo, algo estéril si el primer brote de aquella idea no habría salido a la luz del día. Por una parte, estaba la fealdad de la que se había librado en su edad madura y, por otra parte, portento de portentos, se hallaba la belleza que podía coronar su vejez. Sin duda alguna, el señor Verver era más feliz de lo

que merecía, pero es fácil que así ocurra cuando uno es feliz. Había avanzado por caminos tortuosos, pero había llegado al lugar deseado, y ¿había hombre alguno en la tierra que ocupara con más rectitud que él el lugar que ocupaba? Su actuación no sólo contaba con todas las aprobaciones de la civilización, sino que era civilización condensada, concretada, consumada, levantada con sus propias manos como una casa sobre una peña, una casa en cuyas ventanas y puertas abiertas a agradecidos y sedientos millones, resplandecería el más alto conocimiento, el sumo conocimiento, para bendecir la tierra. En esta casa, que sería sobre todo un regalo a su ciudad y estado adoptivos, el señor Verver podía apreciar debidamente la urgencia de liberarlos de la fealdad de la servidumbre, con este museo de museos, palacio de arte que destacaría por su carácter compacto como por compacto resplandece un templo griego; receptáculo de tesoros a buen resguardo, su espíritu vivía casi plenamente, al día, compensando, como él hubiera dicho, el tiempo perdido, y su espíritu merodeaba por el pórtico en espera de que llegara el momento de los últimos ritos.

Estos serían «los ejercicios de apertura» de la augusta consagración del lugar. El señor Verver se daba perfecta cuenta de que su imaginación corría más que su juicio, porque todavía quedaba mucho por hacer antes de que pudieran apreciarse los primeros efectos. Los cimientos existían ya los muros se estaban levantando y la estructura general había quedado ya determinada, pero la rudeza de las prisas estaba prohibida en una cosa tan estrechamente vinculada a la paciencia y a la piedad; por cuanto el señor Verver se traicionaría a sí mismo si diera cima a un monumento de la religión que deseaba propagar, la religión de la pasión ejemplar, la pasión por la perfección a cualquier precio, sin que tuviera, por lo menos, un toque de esa majestad hija de la demora. Todavía estaba muy lejos de saber dónde terminaría, pero estaba admirablemente seguro de cómo empezaría. No empezaría con una colección reducida, sino que comenzaría con una gran colección, de cuya grandeza, ni siquiera en el caso de querer, podía determinar los límites. El señor Verver no se había privado de manifestarlo así a sus conciudadanos, consumidores y suministradores, en sus propios dominios y en los adyacentes, con cómicos dibujos y textos, escritos con grandes letras, todos los días «compuestos», impresos, publicados, doblados y entregados, basados en su presuntuosa imitación del caracol. Para él, en virtud de la irónica comparación, el caracol se había convertido en el más simpático ser viviente de la naturaleza, y su regreso a Inglaterra, del que nosotros somos testigos, no había sido ajeno a dicha consideración. Indicaba lo que él quería que indicase, es decir, que en aquella materia no necesitaba que nadie del mundo entero le diera instrucciones. Un par de años más en Europa, un par de años de renovada proximidad a los cambios y a las oportunidades, de reavivada sensibilidad a las corrientes del mercado, complementarían aquella sabiduría coherente,

aquel concreto matiz de ilustrada convicción que quería mantener a todo trance. No cabía decir que fueran buenas las apariencias de toda una familia dedicada a vagabundear y a esperar, porque, desde el nacimiento de su nieto, formaban una familia, pero, a su juicio, en el mundo entero y en cuestión de apariencias sólo había una que pudiera importarle. Le gustaba que una obra de arte de elevado precio «tuviera las apariencias» de ser del maestro al que quizá falsamente se atribuía, pero el señor Verver había dejado de conocer todo lo demás que en el mundo había, por sus apariencias.

En líneas generales, el señor Verver contemplaba la vida desde gran altura y en la medida en que lo hacía como coleccionista, lo hacía, eso sí, como abuelo. En la categoría de preciosas piezas menudas jamás había tenido en sus manos cosa tan preciosa como el Principino, el primer hijo de su hija, cuya italiana denominación era inagotable fuente de divertido goce para él, quien lo acariciaba y mecía, y poco le faltaba para tirarlo al aire y volver a cogerlo, como jamás había podido hacer con otro ejemplo anterior, parecidamente insólito, de pâte tendre. Cogía al niño de los brazos de la niñera con una insistencia que sólo era obstaculizada lamentablemente por algo parecido a la obstrucción que significaban, con respecto a su contenido, los cristales correderos que cerraban las altas vitrinas. En esta nueva relación, algo, sin duda claramente beatífico, confirmaba al señor Verver la sensación de que ninguna de sus silenciosas respuestas a las públicas detracciones, a las provincianas vulgaridades, era tan legítimamente directa como el simple hecho de su actitud —reduzcámoslo a esto, decía él— adoptada durante aquellas tranquilas semanas en Fawns. Esa actitud era lo único que deseaba conseguir en aquellas semanas, y estaba gozando de ella incluso más de lo que había previsto, gozaba de ella a pesar de la señora Rance, a pesar de las señoritas Lutche, a pesar de la pequeña preocupación que le causaba el convencimiento de que Fanny Assingham le reservaba algo que, por el momento, se callaba, aunque tenía plena conciencia, conciencia rebosante como la copa rebosa de vino escanciado con excesiva generosidad, de que por haber dado su consentimiento al matrimonio de su hija, daba con ello, valga la expresión, el consentimiento a que se produjera un cambio, de modo que todo lo que le rodeaba era exactamente consentimiento vivificado, matrimonio demostrado, y el cambio, dicho en pocas palabras, tenía carácter definitivo. El señor Verver podía evocar su anterior conciencia matrimonial, que aún no se encontraba fuera del alcance de una vaga reflexión. Se había supuesto a sí mismo y, sobre todo, había supuesto a su esposa tan casada como la que más; sin embargo, se preguntaba si acaso su estado había merecido realmente tal nombre, si su unión había tenido la bella gradación que tenía la pareja, en sí. De un modo especial, desde el nacimiento del niño, en Nueva York —culminación de su reciente período norteamericano, tan felizmente conseguida—, la pareja causaba al señor Verver la impresión de haber llevado aquella belleza a un

punto más alto, más profundo, más avanzado, en realidad hasta un punto que no era competencia de la imaginación del señor Verver seguirlo. Extraordinaria sin ponderación posible era una de las ramificaciones de la muda sensación de maravilla que ponía de relieve la modestia del señor Verver. Se trataba de la oscura duda que al cabo de los años se despertaba en su fuero interno, acerca de si la madre de Maggie había sido, a fin de cuentas, capaz del máximo, del máximo de ternura, quería decir el señor Verver, en el significado que el término tenía para él, del máximo respeto a la realidad de estar casada. Maggie sí, Maggie sí era capaz en sí misma, en la presente sazón; era divinamente exquisita, al máximo. Ésta era la impresión que, con un poco de abstracción de las consideraciones de orden práctico y de tacto en el comportamiento, por el respeto a la belleza y a la santidad anejas, casi equivalentes al pasmo maravilloso y atemorizado, ésta era la impresión, decíamos, que Maggie causaba diariamente a su padre. Ella era igual que su madre, ciertamente, pero también era algo más que su madre, y así Maggie se convirtió en una nueva luz para el señor Verver; resultaba curioso, pues, que en las presentes circunstancias fuera posible que Maggie llegara a superar a su madre.

Él podía revivir, casi en todos los momentos de paz y de tranquilidad, el largo proceso de los inicios de sus relaciones con sus actuales intereses, unos inicios que se debían solamente a él, como los que se basaban en la audacia de un joven que, sin credenciales, aborda a un hombre ilustre, traba conocimiento con él o forja una verdadera amistad por el hecho de dirigir la palabra a un transeúnte desconocido. En ese asunto, el verdadero amigo del señor Verver sería su propia mente, con la que nadie le había puesto en relación. Él había llamado a la puerta de esa casa esencialmente privada; su llamada, para ser sinceros, no fue inmediatamente atendida; en consecuencia, después de esperar y de volver a llamar, por fin consiguió entrar, pero lo hizo nervioso y dando vueltas al sombrero con las manos, intimidado como un extraño; o probando diversas llaves, como un ladrón en la noche. Sólo con el paso del tiempo había adquirido confianza, pero tan pronto hubo tomado posesión del lugar se quedó en él para siempre. Es preciso reconocer que el éxito se basaba en un principio de orgullo. Se trataba de un orgullo debido a su condición natural, puesto que basarlo en su dinero habría sido un orgullo debido a algo adquirido fácilmente. El justo motivo de satisfacción era la dificultad vencida, y la dificultad del señor Verver —debido precisamente a su modestia— había sido creer en su facilidad. Éste era el problema en que había trabajado hasta solucionarlo. Actualmente dicha solución contribuía, más que cualquier otra cosa, a que sintiera que sus pies se asentaban firmemente en el suelo y que sus días discurrieran felizmente. Cuando quería sentirse satisfecho, le bastaba con seguir mentalmente la trayectoria de su inmenso avance. En esto radicaba todo; en que el avance no había sido de otra persona, pasando falsa e

innoblemente como avance suyo. Pensar en lo servil que habría podido ser equivalía, en términos absolutos, a respetarse a sí mismo; y era, en realidad, admirarse a sí mismo todo lo que quisiera, en cuanto hombre libre. El más bello resorte que siempre respondía cuando el señor Verver lo tocaba, estaba siempre allí, presto a ser accionado; este resorte era el recuerdo del amanecer de su libertad, en un alba toda ella rosa y plata, en el curso de un invierno dividido entre Florencia, Roma y Nápoles, unos tres años después de la muerte de su esposa. Fue el silencioso amanecer de la revelación romana, principalmente, el que con más facilidad recobraba el señor Verver, juntamente con aquella peculiar manera en que habían vivido príncipes y papas, antes que él, y fue allí donde el reconocimiento de su facultad se le hizo patente. Él era, a la sazón, un simple ciudadano norteamericano que se alojaba en un hotel en el que, a veces, durante largos días, había veinte clientes más como él, pero el señor Verver creía que no había habido papa ni príncipe que hubiera sabido ver un significado tan rico como el que él veía en la función de mecenas de las artes. En realidad, estaba avergonzado de aquellos príncipes y papas, cuando no le inspiraban cierto temor, e incluso jamás se había comportado tan cautelosa y sigilosamente como al considerar, después de una somera lectura de Hermann Grimm, el lugar en que Julio II y León X quedaban «situados», debido al tratamiento que dieron a Miguel Ángel. Sí, en un lugar muy inferior al del vulgar ciudadano norteamericano, por lo menos en caso de que éste no fuera tan vulgar que no pudiera ser Adam Verver. Además, bien podemos estimar que los resultados de semejantes comparaciones, después de haber acudido a la mente de nuestro amigo, sin duda alguna se quedaron en ella. Y ¿qué podía hacer su libertad de ver, de la que dichas comparaciones formaban parte, sino aumentar y aumentar?

Y esa libertad quizá llegó incluso a ser tan grande que para él representaba todas las libertades, ya que, por ejemplo, esta libertad estaba presente íntegramente en los mismísimos momentos en que la señora Rance conspiraba contra él, en Fawns, aquella mañana dominical en la sala de billar, un hecho alrededor del cual quizá hayamos trazado un círculo excesivamente amplio. La señora Rance dominaba prácticamente todas las licencias del presente y del futuro inmediato: la licencia de pasar aquellos momentos como el señor Verver habría querido; la licencia de dejar de recordar durante unos momentos que, si le proponían contraer matrimonio —fuese la presente aspirante, fuese cualquier otra—, no se portaría como un insensato, aunque la demostración de su prudencia comportaría cierta crueldad; la licencia, principalmente, para pasar de las cartas a los periódicos y aislarse y orientarse de nuevo mediante el sonido, durante aquel intervalo por él conquistado y emitido por el monstruo de múltiples bocas, el ejercicio de cuyos pulmones el señor Verver estimulaba incesantemente. La señora Rance se quedó en su compañía hasta que los demás regresaron de la iglesia. En ese momento se advirtió más claramente

que en cualquier momento anterior que la tortura del señor Verver, cuando comenzara, sería realmente desagradable en grado sumo. La impresión que la actitud de la señora Rance produjo en él —y esto era lo importante— consistía no tanto en que ella quisiera poner de relieve sus méritos cuanto en que resultaba más convincente de lo que ella misma suponía, es decir, la señora Rance simbolizaba, de manera virtualmente inconsciente, la especial deficiencia del señor Verver, su desdichada carencia de una esposa a la que encomendar soluciones. Las contingencias a las que aplicar esas soluciones, contingencias que la señora Rance le invitaba a pensar que quizá algún día le asaltarían por todas partes, no eran de aquella clase que le permitiese a uno enfrentarse a ellas. La posibilidad de que tales contingencias se produjeran, cuando la visitante del señor Verver dijo o expresó con igual claridad aunque sin decirlo: «Como puede usted comprender, me veo refrenada por el señor Rance y porque soy orgullosa y refinada, pero ¡ay, si no fuera por el señor Rance, por mi orgullo y por mi refinamiento!»; la posibilidad de que tales contingencias se produjeran, decía, se transformó en un murmullo multitudinario de tal volumen que era capaz de llenar todo su futuro; murmullo de enaguas, de perfumadas cartas con muchas hojas, de voces en las que, a pesar de que se distinguieran las unas de las otras, importaba muy poco en qué parte del resonante país habían aprendido a prevalecer. Los Assingham y las señoritas Lutche se habían alejado por el sendero que llevaba, a través del parque, a la pequeña y antigua iglesia, «en la propiedad» que nuestro amigo a menudo se descubría a sí mismo en trance de poder transportar, tal como ahora el edificio se encontraba, con toda su sencilla dulzura, en una caja de vidrio, a una de sus salas de exposición. Mientras tanto Maggie había inducido a su marido, hombre no muy dado a estas prácticas, a hacer con ella en coche la peregrinación un tanto más larga al más cercano altar, ciertamente modesto, de la fe de Maggie, que era la misma que la de su madre, y que también era la que el señor Verver siempre había deseado vagamente se supusiera que era también la suya, sin cuya sólida facilidad, que daba firmeza y suavidad al escenario, el drama del matrimonio de Maggie no hubiera podido ser representado.

Sin embargo, lo que por fin parece que ocurrió fue que los dos grupos regresaron en el mismo momento, coincidieron junto a la casa y, luego, formando un solo grupo, sus individuos anduvieron juntos de habitación desierta en habitación desierta buscando, al azar, a la pareja que habían dejado en casa. Esta búsqueda los llevó a la puerta de la sala de billar; la aparición de los recién llegados, cuando la puerta se abrió dándoles entrada, motivó que Adam Verver tuviera, de la forma más extraña del mundo, una nueva y penetrante sensación. Fue realmente notable. Dicha sensación se abrió allí mismo, como una flor, como una extrañísima flor pueda abrirse súbitamente al impulso de un soplo de brisa. El soplo se hallaba, con carácter muy principal,

en la expresión de los ojos de la hija del señor Verver, con la que comprendió con toda exactitud lo que había ocurrido en su ausencia: la persecución de que la señora Rance había hecho objeto a su padre hasta aquella remota estancia, el espíritu y la manera, perfectamente característica, con que el señor Verver había aceptado aquella complicación. En resumen, la expresión de Maggie llevaba el sello inconfundible de una de sus ansiedades. Cierto es que esta ansiedad parecía compartida separadamente por otras personas, ya que el rostro de Fanny Assingham no tenía en aquel instante una expresión impenetrable para el señor Verver, y en los cuatro hermosos ojos de las señoritas Lutche brillaba una extraña luz de color harto afín. Todos los que entraron, exceptuando al Príncipe y al coronel, a quienes el asunto no les interesaba, y que ni siquiera se daban cuenta de que interesaba a los restantes miembros del grupo, sabían algo o, por lo menos, tenían su particular idea al respecto; consistía la idea precisamente en que esto era lo que la señora Rance se había propuesto hacer, a cuyo fin había buscado arteramente la oportunidad más propicia. El especial matiz de la sorpresa en el caso de las señoritas Lutche podía muy bien incluso insinuar el asombro de una energía hegemónicamente ejercida. Realmente, la posición de las señoritas Lutche resultaba graciosa a poco que se piense en ello. Habían traído consigo y habían presentado, con toda inocencia, a la señora Rance, debido sin la menor duda a que el señor Rance se había separado literalmente de su vista. Y ahora resultaba que aquel ramo de flores que habían regalado al dueño de la casa —la señora Rance era un verdadero regalito— había sido el vehículo en el que habían transportado a una peligrosa víbora. El señor Verver casi palpaba en el aire la acusación formulada por las señoritas Lutche; y esta acusación era tan marcada que incluso la dignidad del propio señor Verver quedaba en entredicho.

Sin embargo, esto fue sólo una pincelada en el cuadro, ya que lo verdaderamente importante, como he insinuado, fue la muda comunicación con Maggie. Sólo la angustia de su hija era profunda, y el señor Verver la percibió con mayor fuerza por ser nueva. ¿En qué momento, en el pasado que habían compartido, Maggie había revelado temor, aunque fuera en silencio, por el modo de vivir del señor Verver? Habían compartido temores, como habían compartido alegrías, pero los temores de Maggie se habían centrado en lo que afectaba por igual a los dos. Y he aquí que, de repente, se planteaba una cuestión que sólo al señor Verver afectaba, y esa insonora explosión marcó una época. El señor Verver estaba en la mente de Maggie y, en cierta manera, estaba también en sus manos, lo cual era muy distinto a estar donde siempre había estado, sencillamente, en lo más hondo de su corazón y en lo más hondo de su vida, a tal profundidad que no podía quedar separado de ella, quedar en contraste o en oposición con ella; en resumen, no era un objeto o ser distinto. Pero el paso del tiempo lo había logrado al fin. Su relación había quedado

alterada. El señor Verver vio de nuevo esa diferencia expresada en el rostro de Maggie. También la sintió en su persona, ya que no se trataba simplemente de señora Rance más o señora Rance menos. También para Maggie, súbita y casi beneficiosamente, la señora Rance pasó de ser una presencia incómoda a ser una revelación. Al contraer matrimonio, habían dejado vacío el territorio que el señor Verver tenía inmediatamente al frente, o sea su personal recinto, ya que ellos eran el Príncipe y la Princesa. Ante el señor Verver habían dejado espacio libre para que otros pudieran ocuparlo, y los otros ya se habían dado cuenta. También el señor Verver no sólo vio lo que Maggie veía sino también lo que Maggie veía que él veía. Debemos añadir que esto hubiera sido su más intensa percepción, si al momento no se hubiera fijado en Fanny Assingham. El rostro de ésta no podía ocultarle lo que se albergaba en su mente. A su manera, Fanny Assingham había visto lo que los dos, Maggie y su padre, estaban viendo.

Capítulo IX

Tanta muda comunicación fue durante aquellos momentos maravillosa; quizá debamos confesar que hemos visto prematuramente en esta escena una crisis que tardó mucho más en producirse. La tranquila hora de recíproca compañía de que padre e hija gozaron aquella tarde, estuvo realmente centrada en las sensaciones que tuvieron cada uno de ellos por el tratamiento que recibían de quienes habían ido a la iglesia y en pocas cosas más. No se produjo entre ellos ninguna alusión, ninguna insistencia antes del almuerzo ni inmediatamente después, a no ser que el hecho de no haberse reunido con la prontitud acostumbrada estuviera cargado de significado. Por espacio de una o dos horas después del almuerzo —y los domingos con especial puntualidad, por una razón doméstica que Maggie debía tener en cuenta— la Princesa se encontraba habitualmente en compañía de su hijo, en cuyas habitaciones a menudo encontraba ya instalado al señor Verver, o tarde o temprano recibía su visita. Las visitas del señor Verver a su nieto tenían lugar en cualquier momento del día: nada ni nadie podía impedírselo; también debemos tener en cuenta que no pocas veces era el niño quien visitaba a su abuelo, a horas no previstas, sin olvidar que la Princesa y su padre pasaban juntos unos «ratitos», como éste decía, siempre que podían. Eran éstos verdaderos momentos de comunión que casi siempre se producían en la terraza, en los jardines o en el parque, mientras el Principino tomaba el aire con mucha pompa y circunstancia de sombrilla, cochecito y velos de encaje, más la incorruptible vigilancia femenina. Las habitaciones privadas del Principino ocupaban en aquella gran mansión la mayor parte de un ala y no eran mucho más accesibles

que si la mansión hubiera sido un palacio real, y el niño, el príncipe heredero. En aquel sancta sanctorum de la infancia, en el tiempo a que nos referimos y en los períodos mencionados, la conversación estaba siempre tan centrada en el ser que con su presencia dominaba el escenario, o en temas con él relacionados, que los restantes intereses o motivos de conversación habían aprendido a conformarse con el ligero e insuficiente tratamiento que allí se les daba. En el mejor de los casos, salían a colación sólo en lo que afectaban al futuro del niño, a su pasado o a su presente, y jamás tenían grandes oportunidades de hacer valer sus méritos, ni de quejarse del olvido en que se los tenía. En verdad, esta unida participación quizá fuera lo que mayormente contribuyó a confirmar en los adultos que intervenían en la escena la sensación, con respecto a Adam Verver, de una vida no sólo no interrumpida, sino también más profundamente asociada, más ampliamente combinada, a la que hemos hecho referencia, en cierta medida. Desde luego, asunto viejo e idea harto conocida es el que un hermoso niño constituya un nuevo vínculo entre marido y mujer, pero Maggie y su padre habían conseguido con sumo ingenio transformar a la preciosa criatura en un vínculo entre su mamá y su abuelito. El Principino, acaso espectador de este proceso, hubiera podido convertirse, con un solo paso más a lo largo de esa senda, en un desdichado huérfano, con el lugar del más inmediato pariente varón vacío y expedito para que lo ocupara el más próximo afecto.

En consecuencia, los unidos concelebrantes del culto de adoración al niño no tenían ocasión de hablar de lo que el Príncipe podía hacer y podía no hacer en beneficio de su hijo, por cuanto en su ausencia la suma de servicios quedaba totalmente cumplida. Además, de ninguna manera cabía decir que se dudara del Príncipe, por cuanto era conspicuamente adicto a acariciar al niño, al modo italiano, en los momentos en que lo consideraba discreto, habida cuenta de ajenas reivindicaciones de este derecho. Sí, conspicuamente, para Maggie; ésta, en términos generales, tenía más ocasiones de hablar con su marido de los excesos de efusión de su padre que con éste de los excesos de efusión de su marido. En lo tocante al tema de que hablamos, Adam Verver se comportaba con peculiar serenidad. Estaba seguro de la admiración auxiliar de su yerno, admiración hacia su nieto, naturalmente, pues para empezar, ¿qué otra cosa sino el instinto —o quizá la tradición— había sido la causa de que engendrara a un niño tan bello que por la fuerza tuviera que ser objeto de admiración? Sin embargo, lo que mayormente contribuía a la armonía de este juego de relaciones era la manera en que el joven Príncipe parecía dar a entender que, tradición por tradición, la del abuelo del niño, cualquiera que fuese el criterio de estimación, no había sido estéril ni mucho menos. Se trataba de una tradición que, fuera de lo que fuera, había florecido precursoramente en la Princesa, lo cual Americo daba a entender con sus delicadezas. El comportamiento del Príncipe con respecto a su heredero no era

más anguloso que su comportamiento general. De ninguna fuente recibía el señor Verver, quizá, tan clara impresión de ser para él aquello un extraño e importante fenómeno, como de la constituida por la impunidad de su apropiación, por aquellas horas no disputadas en las habitaciones del niño. Parecía que las demostraciones especiales del abuelo, como tal, fueran otra faceta que el observador debiera estudiar u otro hecho en que el propio abuelo debiera reparar. Nuestro personaje sabía que todo ello estaba unido a una anterior percepción suya: la incapacidad del Príncipe de concluir las materias que hicieran referencia a él. Era preciso demostrarle al Príncipe, en cada momento diferente de un proceso, la razón de tal o cual comportamiento. Ahora bien, llevada a efecto la demostración, el Príncipe aceptaba admirablemente el resultado. A fin de cuentas, esto era lo más importante. El pobre Príncipe procuraba realmente ser aceptado, al procurar constantemente comprender. A poco que lo pensemos, ¿cómo se puede saber que un caballo no se asustará ante una banda musical, en la calle de un pueblo, porque no se asustó ante una máquina de tren? Puede muy bien ser que el caballo se haya acostumbrado a las locomotoras y no a las bandas musicales. De esta manera, al paso de los meses, el Príncipe se fue enterando poco a poco de aquello a que el padre de su esposa se había acostumbrado. Sí, se había acostumbrado a la romántica contemplación del Principino. ¿Quién lo hubiera dicho, y en qué pararía todo ello? El único temor de cierta importancia que experimentaba el señor Verver era el temor de defraudar al Príncipe por sus rarezas. Éste estimaba que, desde este punto de vista, el señor Verver se comportaba de manera harto razonable. No sabía —estaba aprendiendo y esto le divertía— a cuántas cosas realmente estaba acostumbrado el señor Verver. ¡Ah, si el Príncipe pudiera descubrir alguna a la que el señor Verver no lo estuviera! En su opinión, esto no alteraría la suave armonía de sus relaciones con el señor Verver y, además, bien cabía la posibilidad de que les diera mayor interés.

De todas maneras, lo que ahora padre e hija vieron con claridad fue sencillamente que sabían lo que deseaban por el momento: que querían estar juntos, a toda costa, pasara lo que pasara, y esta necesidad tanto les acució que les indujo a salir de la casa por un lugar oculto del sitio en que sus amigos se habían reunido, y pasear sin ser vistos, sin ser seguidos, a lo largo de una senda cubierta por las copas de los árboles que cruzaban el jardín «viejo». Lo llamaban así, y era viejo con esa antigüedad que adquieren las realidades formalizadas, con altos bojes, con tejos y la extensión de un muro de ladrillos que había adquirido tonos purpúreos y rosáceos. Salieron por una puerta de dicho muro que ostentaba una placa con la fecha de 1713 en una inscripción antigua; luego, tuvieron ante sí una pequeña portezuela blanca, intensamente blanca y limpia entre el verdor, la cruzaron y penetraron poco a poco en el lugar en que los altos árboles se apiñaban espaciosamente, que era donde encontrarían uno de los puntos más recoletos. Hacía tiempo que habían

colocado un banco bajo la copa de un roble que contribuía a coronar un pequeño montículo; detrás de él el terreno descendía y se alzaba de nuevo a una distancia suficiente para proteger la soledad y permitir la visión de un horizonte boscoso. La bendición del verano estaba aún con ellos, el sol vertía su luz en aquellos lugares en que traspasaba el follaje menos denso. Maggie, dispuesta a salir, había cogido una sombrilla que, sobre su encantadora cabeza descubierta, tal como la sostenía, juntamente con el gran sombrero pajizo que su padre llevaba siempre muy echado hacia atrás, daba definida intención a su paseo. Conocían el banco. Estaba «reservado». Esta palabra les gustaba, y bendecían el banco por gozar de semejante condición. Después de haber comenzado a reposar allí, hubiesen sonreído (si no hubieran sido tan serios y si el asunto no hubiera dejado muy pronto de tener importancia), al pensar en la probable curiosidad que los demás sentirían respecto a su paradero.

¿Y qué revelaba lo mucho que los dos gozaban de su indiferencia ante cualquier juicio que su olvido de la ceremonia provocara, sino que tenían muy en cuenta a los demás? Cada uno de ellos sabía que los dos rebosaban superstición por no «ofender», pero bien hubieran podido preguntarse a sí mismos, o preguntarse el uno al otro, si acaso esto iba a ser, a fin de cuentas, la última y definitiva palabra del ejercicio de su conciencia. Era cierto de todas maneras que, además de los Assingham, las Lutche y la señora Rance, podía darse el caso de que asistieran a la reunión del té que se celebraba en lugar adecuado en la terraza occidental las cuatro o cinco personas —entre ellas la muy linda y típicamente irlandesa señorita Maddock, invitada, anunciada y al fin incorporada— de las dos o tres casas relativamente cercanas; una de estas casas era la residencia del propietario de la mansión arrendada por el señor Verver, un propietario que vivía humildemente contemplando desde lejos su mansión ancestral, que ahora le reportaba beneficios. No menos cierto era también que, en alguna medida, los miembros del grupo en cuestión tendrían que aceptar la ausencia de los Verver, de una manera u otra. En este asunto siempre cabía confiar, empero, en que Fanny Assingham, en caso de peligro, defendiera la reputación de los buenos amigos del señor Verver y de su hija, y también cabía confiar en ella a los efectos de justificar su ausencia ante Americo, caso de que éste diera muestras de su expresiva ansiedad italiana. Americo, como a la Princesa le constaba sobradamente, siempre se doblegaba con facilidad a las explicaciones, artimañas y afirmaciones de la señora Assingham, y en realidad quizá viviera pendiente de ellas, mientras su nueva vida —tal era el nombre que le daba— iba desarrollándose. Maggie no guardaba en secreto, ni mucho menos —incluso constituía una broma que hacía entre sus amigos—, que ella era incapaz de dar las explicaciones que la señora Assingham daba satisfaciendo con ello el capricho del Príncipe, a quien las explicaciones gustaban hasta el punto que parecía coleccionarlas como si se tratara de grabados o de sellos de correos. El Príncipe no causaba la

impresión, por el momento, de que quisiera esas explicaciones con el fin de utilizarlas, sino más bien como ornamento o diversión, diversión inocente que le gustaba en grado sumo y que resultaba característica de una hermosa, bendita y, por lo general, un tanto indolente carencia de gustos más refinados e incluso más sofisticados.

De todas maneras, debiérase a lo que se debiera, la buena mujer había llegado a un punto en el que franca y alegremente se reconocía —y ella era la primera en reconocerlo— que ejercía en el reducido círculo íntimo una función que no siempre era una sinecura. Casi parecía que hubiera asumido, con el amable y melancólico coronel siguiéndole los pasos, un compromiso de responsabilidad consistente en estar siempre disponible para dar respuestas a las llamadas y peticiones que surgían en el curso de las conversaciones y, también sin la menor duda, a consecuencia del ocio. La posición que la señora Assingham ocupaba en aquel hogar constituía el motivo más que suficiente con frecuencia tanto de su presencia, como de las visitas, hechas juntamente con su marido, pródigamente repetidas y largamente prolongadas, que en ocasiones revestían la forma de protesta de amistad. La señora Assingham estaba allí para que el Príncipe no sufriera inquietudes, y ésta era la manera en que aquél explicaba la influencia que en él ejercía dicha señora; sólo faltaba una más visible predisposición a la inquietud en el Príncipe, para que esta explicación fuera perfectamente ajustada. Fanny quitaba importancia a su función, casi la ridiculizaba, hasta solía afirmar que no hacía falta carcelero alguno para guardar a un corderito domesticado, adornado con cintas de color de rosa. Semejante animalillo no exigía que se le dominara, sino sólo que se le educara. En consecuencia, la señora Assingham reconocía que era una educadora, en tanto que Maggie tenía plena conciencia de que irremediablemente ella no lo era. De esta manera llegó a ser una auténtica realidad el que la señora Assingham quedara encargada solamente de la inteligencia del Príncipe. Huelga decir que esto dejaba a Maggie encargada de gran número de funciones diferentes a la anterior, en el caso de aquel ser adornado con tantas cintas de color de rosa, dicho sea simbólicamente. De todos modos, lo que acabamos de decir venía a significar, en el caso que nos ocupa, que la señora Assingham se encargaba de mantener tranquilo al Príncipe, mientras su esposa y su suegro efectuaban su modesta y parca salida al campo. Sin duda la misión de la señora Assingham era tan necesaria en opinión de los miembros del grupo allí presentes como en opinión de aquellos otros dos que estaban ausentes, casi por vez primera. A Maggie le constaba que su esposo, el Príncipe, podía soportar, cuando ella se encontraba con él, el raro comportamiento de aquellos extraños tipos ingleses que le aburrían indeciblemente, debido a lo muy poco que se parecían a él; éste era uno de los casos en que la esposa del Príncipe se constituía en su verdadero amparo. Pero ella estaba igualmente segura de que era incapaz de imaginar al Príncipe

afrontando en su ausencia dicho problema. ¿Cómo se comportaría y cómo hablaría y, sobre todo, qué aspecto tendría —él, que con su noble y hermoso rostro tan maravillosos aspectos podía tener—, en caso de que se le dejara solo en compañía de algunos de aquellos sujetos que tanto le desorientaban? Entre sus vecinos no faltaban individuos de esa clase, pero Maggie tenía la extraña reacción —que en manera alguna irritaba al Príncipe— de sentir hacia ellos una simpatía proporcional a su rareza. Al Príncipe le gustaba decir que el amor de Maggie por las chinoiseries tenía carácter hereditario. Pero en la tarde a que nos referimos Maggie no se sentía preocupada por el Príncipe, pensaba que más valía que su marido se las arreglara como pudiera en el trato con dicha gente.

Si ocurrían casos como éste con más frecuencia, Maggie podía recurrir a la impresión que le causaron ciertas palabras dichas por la señora Assingham, referentes precisamente a aquellas ansias de explicaciones que Americo tenía, y a las que nos hemos referido hace poco. No era que la Princesa tuviera que agradecer a otra persona, aunque ésta fuera tan inteligente como su amiga, haberle revelado algo referente a su marido que ella no habría podido averiguar por sí misma. Pero, hasta el presente, había estado siempre predispuesta a aceptar con modesta gratitud las palabras que explicaban mejor de lo que ella era capaz de explicar una verdad por ella sabida. Por esto podía actuar a la luz de un hecho lúcidamente expresado por aquella amiga que era el común apoyo de los cónyuges; el hecho consistía en que el Príncipe estaba atesorando, guardando, con una finalidad misteriosa y muy noble, que algún día saldría a la luz, toda la sabiduría dimanante de las respuestas a sus preguntas, todas las generalizaciones, todas las impresiones que se iba formando. Las apartaba y las guardaba porque quería que su gran cañón estuviera bien cargado el día en que decidiera dispararlo. En primer lugar, el Príncipe quería conocer globalmente y con toda seguridad el tema que se estaba desarrollando ante su vista. Después de esto, los hechos innumerables que hubiera atesorado encontrarían el uso oportuno. Él sabía muy bien lo que quería, por lo que se podía tener la seguridad de que, en su momento, y con una u otra finalidad, produciría la gran sorpresa. La señora Assingham había repetido que el Príncipe sabía lo que quería, y esta feliz seguridad había quedado arraigada en Maggie. Siempre podía recordar que el Príncipe sabía lo que quería. En algunos momentos causaba una impresión de vaguedad, de estar ausente, de sentirse aburrido incluso. Pero cuando no se encontraba en presencia del padre de Maggie, ante quien le era imposible adoptar otra actitud que no fuera la de estar respetuosamente atento, daba muestras de su innato carácter alegre, tarareando canciones e incluso emitiendo caprichosos sonidos carentes de sentido que expresaban un sentimiento de íntima liberación, o eran fantásticamente lastimeros. A veces había reflexiones de la más franca lucidez acerca de las circunstancias que durante mucho tiempo no podrían modificarse

en absoluto, en las que se encontraban lo que le quedaba de su verdadero patrimonio allá en su patria; acerca del principal objeto de sus afectos, la casa de Roma, el gran palacio negro, el Palazzo Nero, como le gustaba llamarlo; también acerca de la villa en los montes Sabinos, que Maggie había visto durante su noviazgo, y que tanto había deseado poseer; acerca del Castello propiamente dicho, cabeza visible del principado, que el Príncipe calificaba siempre de «encaramado», y que Maggie sabía que estaba sobre el pedestal formado por la montaña, y bellamente matizado de azul si se contemplaba desde lejos. En ocasiones, cuando el Príncipe se hallaba en determinado estado de humor, se solazaba pensando en la alienada condición de estas propiedades, que no cabía considerar irremediablemente irrecuperables, aun sometidas a interminables arrendamientos y cargas, con obstinados ocupantes, sin posibilidades de utilización, por no hablar ya de la nube de hipotecas que, desde largo tiempo atrás, las habían enterrado bajo las cenizas de la rabia y del resentimiento, formando una capa tan gruesa como aquella que otrora cubrió los pueblos al pie del Vesubio, de manera que actualmente todo intento de recuperación de dichas propiedades constituía un proceso muy parecido al de una excavación.

Pero con el cambio de humor, el Príncipe casi gemía al recordar estos esplendentes lugares de su paraíso perdido, y se calificaba de idiota por no ser capaz de hacer los sacrificios precisos para recuperarlos, sacrificios que, caso de hacerse, correrían a cargo del señor Verver.

Entre tanto, una de las realidades más amables que se daban entre marido y mujer, una de esas fáciles certidumbres que les permitían reaccionar alegremente, radicaba en que Maggie jamás admiraba tanto a Americo, o jamás le parecía tan conmovedoramente hermoso, inteligente e irresistible, en la medida en que fatalmente así le había parecido desde un principio, como en los momentos en que veía a otras mujeres reducidas a una pasiva pulpa, y desde entonces comenzó a ser la sustancia que nutría a Maggie. En realidad, de nada hablaban con más íntima y familiar complacencia como de esa licencia y ese privilegio, de ese feliz margen sin límites recíprocamente concebido; Maggie llegaba hasta el punto de afirmar que, si algún día Americo se emborrachara y le diera una paliza, el espectáculo de Americo en compañía de odiadas rivales, cualquiera que fuese el extremo al que antes hubiera llegado, bastaría para que ella le perdonara, sólo por el soberano encanto de ese espectáculo, del encanto en sí mismo y el de aquella exhibición del Príncipe que tan profundamente conmovía a la Princesa. En consecuencia, ¿por qué no había de utilizar recurso tan abierto a sus posibilidades, para conseguir que la Princesa siguiera enamorada de él? En aquellos alegres momentos, el Príncipe reconocía de todo corazón que su actuación a este respecto pocas dificultades le planteaba, pues, por ser hombre de sencillas ideas en lo tocante a este tema —¿y por qué iba a avergonzarse de ello?—,

solamente de una manera sabía tratar a las bellas. Sí, tenían que ser bellas y en esta materia era exigente, de gustos peculiares y pedía mucho. Pero, cuando estos requisitos quedaban cumplidos, ¿qué relación era la única concebible?, ¿qué relación era la única decente, básica y propiamente humana, sino la del puro y simple interés por su belleza? La Princesa siempre decía que dicho interés no era «simple» y que la simpleza poca relación guardaba con aquel asunto, considerado globalmente, sino que, por el contrario, destacaba por la riqueza de sus variados matices. De todas maneras, había quedado firmemente sentada la base de la actuación del Príncipe, y todas las señoritas Maddock del mundo podían estar seguras de que serían importantes para el Príncipe. Más de una vez Maggie había llamado a su padre para hacerle partícipe de tan graciosa situación: lo muy seguras, cómodamente seguras, que podían estar dichas señoritas. Y así fue como con la ternura de su carácter de vez en cuando proporcionaba un poco de felicidad a su padre por el medio de hacerle alguna que otra confidencia íntima. Ésta era una de las normas de Maggie, quien abundaba en pequeñas normas, consideraciones y previsiones. Desde luego, había cosas que no podía decirle directamente a su padre, cosas referentes a Americo y a ella, referentes a su felicidad, a su unión y a sus más profundos sentimientos; también había cosas que no hacía falta que dijera, pero no faltaban otras que eran verdaderas y divertidas, comunicables y reales, y de éstas Maggie podía sacar provecho dentro de sus normas, conscientes y delicadamente cultivadas, de comportamiento filial.

Un agradable silencio había envuelto la mayoría de estos temas, mientras Maggie se encontraba a solas con su padre. Esta serenidad comportaba innumerables reconocimientos completos. Aquel ordenado y espléndido reposo, teniendo a su alrededor todos los indicios de una confianza sólidamente basada, habría representado, para personas de inferior temple espiritual, la insolencia del abandono. Pero no, ellos no se comportaban con insolencia —los dos lo sabían— sino con beatífica, agradecida y personal modestia, sin estar avergonzados de saber con competencia cuándo una cosa grande era grande, cuándo una cosa buena era buena, cuándo una cosa segura era segura; esto comportaba que las cosas no quedaran situadas fuera de su dicha por timidez, lo cual habría sido tan lamentable como si quedaran fuera de su dicha por descaro. Merecedores como eran de esta dicha, sometido cada uno de ellos a nuestro último análisis, parecían desear que el otro se considerara como tal. Lo que sus personas emanaban con carácter más definitorio, comunicándolo al aire de la tarde cuando sus miradas se encontraban plácidamente, bien pudiera ser una especie de desamparo en su felicidad. Su honradez, la justificación de todo, estaba con ellos acompañándolos, pero quizá habían estado preguntando, un tanto a ciegas, qué ulterior empleo podían dar a algo tan perfecto. Habían creado, alimentado y solidificado aquella honradez, la habían alojado allí con dignidad y la habían

coronado de comodidad, pero ¿no cabía la posibilidad de que aquel momento representara para ellos —o para nosotros, mientras los contemplamos ante su destino— el alborear del descubrimiento de que ser honrado no basta para solucionar todos los problemas? De lo contrario, ¿cómo hubiera sido posible que Maggie sintiera que palabras claramente dudosas —la expresión del penoso desagrado experimentado pocas horas antes— ascendieran al cabo de un rato a sus labios? Además Maggie daba tan por supuesto que su padre era conocedor de sus dudas, que la vaguedad de sus palabras bastó para expresar cuanto quería decir:

—A fin de cuentas, ¿qué es lo que quieren de ti?

La Princesa se había referido a aquellas amenazadoras fuerzas cuyo símbolo era la señora Rance; y su padre, limitándose a sonreír, sin que se alterase su tranquilidad, no se tomó la molestia de fingir ignorar a qué se refería Maggie. Lo que quería decir quedaría perfectamente definido tan pronto como ella hablara, pero, cuando llegara el momento de concretar, nada podría servir de base para organizar una gran campaña defensiva. Las aguas de la conversación se extendieron un poco más, y Maggie aportó una idea cuando dijo:

—En realidad, lo que ocurre es que para nosotros las proporciones han quedado alteradas.

El señor Verver aceptó, por el momento, esta observación un tanto sibilina, y ni siquiera pidió aclaraciones a su hija cuando ésta añadió que todo tendría una importancia mucho menor si él no fuera tan terriblemente joven. El señor Verver se limitó a emitir un sonido de protesta cuando ella declaró que, en su calidad de hija, por elementales razones de decencia, hubiera debido esperar. Pero poco después Maggie ya reconocía que, caso de esperar, debería esperar largo tiempo, si quería aguardar a que su padre fuera viejo. Pero había una solución:

—Como sea que realmente eres un irresistible jovenzuelo, tenemos que enfrentarnos con ello, esto es lo que esa mujer me ha inducido a pensar. Porque, luego, vendrán otras.

Capítulo X

Hablar de este asunto de esta manera produjo al fin una sensación de alivio al señor Verver.

—Sí, vendrán otras, pero tú me sacarás del atolladero.

Maggie dudó:

—¿Quieres decir que te sacaré del atolladero en caso de que tú cedas?

—¡Oh, no! Quiero decir que me ayudarás a salir del trance sin ceder.

Maggie volvió a guardar silencio durante un rato. Cuando habló, hubo en sus palabras cierta brusquedad:

—¿Y por qué has de resistirte siempre?

Ni siquiera estas palabras le sobresaltaron, por la costumbre que tenía de aceptar todo, absolutamente todo lo que procediera de Maggie, como armonioso. Sin embargo, también cabía advertir, por manifestarlo en toda su persona, que resistirse no podía ser su actitud natural o adquirida por obra y gracia de la costumbre. Las apariencias del señor Verver daban testimonio de que quizá tuviera que resistir largo tiempo, un tiempo relativamente largo habida cuenta de que era hombre harto asediado. Estas apariencias en modo alguno traían a la mente la idea de pocas facultades y rudeza de los sentidos, a pesar de que el señor Verver era hombre menudo, flaco, con aspecto algo rancio y carente de la general prerrogativa de la buena presencia. No sería por la masa, el peso o la vulgar cantidad física por lo que el señor Verver insistiría, resistiría o prevalecería en el futuro, como tampoco lo había hecho en el pasado. En él había algo que transformaba su posición en todas las ocasiones, que llevaba su relación social o de grupo en escena al fondo del escenario, había en él una casi visible carencia consciente de afinidad con las candilejas. Lo que menos le hubiera gustado ser era director de escena o el autor de la obra, porque se encuentra siempre en primer término. En el mejor de los casos, hubiera sido el hombre que financia el espectáculo, el que vigila sus intereses entre bambalinas, aun cuando confesara su ignorancia en lo tocante al arte escénico. Sólo un poco más alto que su hija, jamás se amparaba en los derechos de su presunta superior corpulencia. Ya en su juventud había perdido gran parte de su cabello crespo y rizado, que encontraba su réplica en una barbita recortada, tan recortada que apenas cabía calificar de barba completa, que llevaba a modo de detalle personal para suplir la falta de uno característico en los labios, las mejillas o el mentón. Su cara descolorida y de limpios trazos estaba dotada de los rasgos meramente indispensables, sugería inmediatamente, a efectos de calificarla, la palabra «clara» y, dentro de esta calificación, traía a la mente la idea de un cuarto pequeño y decente, bien barrido, sin el engorro de mobiliario y con la ventaja, como ahora podía advertirse, de la perspectiva que se divisaba desde sus dos amplias ventanas sin cortinas. Los ojos de Adam Verver causaban la impresión de dar entrada por igual a la mañana y a la noche, en insólitas magnitudes, lo cual confería a la modesta zona de aquel cuarto una proyección externa «grande», incluso cuando sólo había estrellas en el exterior. Aquellos ojos eran profundamente

azules, de un azul siempre cambiante, y, a pesar de no ser románticos, resultaban juveniles y casi extrañamente bellos, dotados de una ambigüedad que impedía a uno saber a ciencia cierta si lo que expresaban principalmente era la visión de su poseedor o si se abrían a la visión externa. Fuera lo que fuese lo que uno pensara, aquellos ojos infundían carácter a la cara, de manera que, se encontrara uno donde se encontrara jamás quedaba fuera de su alcance, y se movían en busca de comunidad o de oportunidad, y sin poder saber con certeza de qué se trataba, por cuanto el objeto tanto podía estar ante ellos como detrás de ellos. Para no extendernos excesivamente, diremos que los otros rasgos de su persona también eran en todo atenuados; su característica menos acallada radicaba en su atuendo, adoptado de una vez para siempre, con cierta especie de criterio revelador de algo parecido a los escrúpulos suntuarios. Todos los días del año, fuera cual fuese la ocasión, el señor Verver llevaba una chaqueta negra, de chaqué, corta, a la moda de sus tiempos juveniles, pantalones de fresco aspecto, a cuadros blancos y negros, con cuyas prendas estimaba invariablemente el señor Verver que armonizaba una corbata de seda azul. Sobre su abultado estómago, con rara indiferencia a climas y estaciones, llevaba un chaleco blanco cruzado.

El señor Verver preguntó:

—¿De verdad que te gustaría que me casara?

Hablaba como si semejante idea, por provenir de su hija, fuera realmente digna de consideración, hasta el punto de que, si su contestación era afirmativa, se mostraría dispuesto a ponerla en práctica.

Sin embargo, Maggie todavía no se hallaba en situación de dar su parecer de un modo tajante, aun cuando, mientras lo pensaba, acudía claramente a su mente una verdad relacionada con lo anterior.

—Lo que pienso es que antes había algo que era bueno y que yo, no sé cómo, he transformado en malo. Era bueno el que no te hubieras vuelto a casar y el que no causaras la impresión de querer casarte de nuevo.

Después de una pausa, prosiguió:

—También parecía natural que el problema de volver a casarte no se planteara. Esto es lo que yo he alterado. El problema se plantea y se planteará.

En tono de alegre duda, el señor Verver preguntó:

—¿Crees que no podré soslayar el problema?

—Bueno, lo que quiero decir es que, con mi actuación, te he creado la necesidad de tener que soslayarlo.

Le gustó la ternura que estas palabras entrañaban, lo cual le indujo a pasar el brazo por la cintura de su hija, sentada a su lado:

—La verdad es que no tengo la impresión de que te hayas alejado mucho de mí. Es algo así como si te hubieras mudado a la casa contigua a la mía.

—No considero justo haberte dado un empujón y dejarte ahí, en el sitio en que mi empujón te ha dejado. He cambiado la situación y debo pensar en el cambio.

En tono benévolo, el señor Verver preguntó:

—¿Y qué es lo que piensas?

—Eso es, precisamente, lo que todavía no sé. Debo descubrirlo. Tenemos que pensar juntos, que es lo que siempre hemos hecho.

Después de otro momento de silenciosa meditación, Maggie prosiguió:

—Ahora me doy cuenta de que, por lo menos, hubiera debido ofrecerte una alternativa. Sí, hubiera debido encontrarla.

—¿Una alternativa a qué?

—A quedarte sin lo que has perdido sin hacer nada para remediarlo.

—¿Y qué he perdido?

Maggie pensó durante unos momentos, como si tuviera dificultades en expresarlo, a pesar de verlo claramente:

—Aquello, fuera lo que fuese, que antes era causa de que no pensáramos en lo que ahora estamos pensando, y que, como tú dirías, te mantenía fuera del mercado. Parecía que tú no pudieras estar en el mercado mientras seguías casado conmigo. 0 mejor dicho, parecía que yo, al estar casada contigo, mantuviera inocentemente a la gente fuera del mercado. Ahora me he casado con otra persona y, en consecuencia, no estás casado con nadie. Por lo tanto, puedes casarte con cualquiera, puedes casarte con todas. La gente no ve por qué no te casas con ella.

Con benevolencia el señor Verver preguntó:

—¿Y no crees que es razón suficiente el que yo no quiera?

—Sí, es razón suficiente. Pero para que realmente lo sea te ha de costar muchas molestias. Quiero decir que te ocasionará molestias a ti. Ha de significar una lucha muy dura. Si me preguntas qué has perdido, te contestaré que el no tener estas molestias, el no tener que luchar. Esto es lo que has perdido: la ventaja, la felicidad de ser exactamente lo que eres, debido precisamente a ser yo lo que era. Esto es lo que echas de menos.

A estas palabras, el padre replicó:

—En consecuencia, ¿crees que debo casarme para volver a ser lo que era

antes?

El tono de indiferencia con que pronunció estas palabras —indiferencia con la que inocentemente quería divertir a su hija, dándole muestras de sus deseos de satisfacerla— consiguió arrancar de la gravedad de Maggie una corta y ligera carcajada. Ella dijo:

—Bueno, lo que yo no quiero es que pienses que si te casaras, yo no lo comprendería.

La Princesa remató estas palabras, dulcemente, con las siguientes:

—Debo comprenderlo. Y esto es todo.

El señor Verver, en tono complacido, advirtió:

—Pero no llegas al punto de querer que me case con alguien que no me gusta…

La Princesa suspiró y repuso:

—Papá, sabes muy bien hasta qué punto llego, hasta qué punto puedo llegar. Realmente, sólo deseo que si algún día alguien te gusta, jamás dudes de que me consta que he sido yo la que, con mi actitud, ha dado pie a ello. Siempre sabrás que reconozco que la culpa es mía.

Pensativo, el padre preguntó:

—¿Quieres decir que tú serás quien acepte las consecuencias?

Maggie pensó en silencio, y dijo:

—Dejaré que aceptes todas las consecuencias buenas y yo aceptaré las malas.

—Me parece muy noble por tu parte.

El señor Verver resaltó el sentido de estas palabras acercando el cuerpo de Maggie al suyo y sujetándola con el brazo más tiernamente. Añadió:

—Esto es cuanto puedo esperar de ti. Por lo tanto, en la medida en que me hayas perjudicado, podemos considerar que ahora me has resarcido: estamos en paz. Te avisaré con la debida antelación si veo la posibilidad de que tengas que cumplir tu promesa.

Hizo una pausa y prosiguió a los pocos instantes:

—Pero, entre tanto, ¿debo entender que si bien estás dispuesta a ayudarme en mi hundimiento, no lo estás tanto, o no lo estás en absoluto, a ayudarme en mi resistencia, y que debo portarme como todo un mártir para que tú sientas la inspiración de ayudarme?

Maggie puso reparos a la forma en que su padre se había expresado:

—Bueno, si te gusta la persona de que se trate, no será un hundimiento.

—En ese caso, ¿a santo de qué hablar de ayudarme? Sólo me hundiré si me gusta. Pero tengo la impresión de que no quiero que me guste.

Dichas estas palabras, el señor Verver modificó su sentido de la siguiente manera:

—Quiero decir, salvo en el caso de tener la seguridad de que realmente lo quiero. Y no quiero tener la obligación de pensar o creer que me gusta en el caso de que realmente no me guste.

Después de una pausa, confesó:

—Y esto es algo que me he visto obligado a hacer en otra clase de asuntos. No quiero obligarme a cometer un error.

Maggie comentó:

—Me parece horroroso que te veas en el caso de temer que ocurra o, por lo menos, de pensar con inquietud en ello. ¿Y qué demuestra esto sino que, en tu fuero interno, sientes un vacío, o sea, que eres sensible a esta posibilidad?

Defendiéndose de un ataque que no era tal, el señor Verver repuso:

—Quizá sí, quizá demuestre lo que tú dices, pero también demuestra, a mi parecer, que en la clase de vida que llevamos abundan las mujeres encantadoras y temibles.

Maggie meditó unos instantes estas palabras. Sin embargo, con el pretexto de su silenciosa meditación, pasó rápidamente de lo general a lo particular:

—¿Consideras que la señora Rance es encantadora?

—Bueno, considero que es temible. Y cuando una mujer así decide hacerle a uno víctima de su encantamiento, temible equivale a encantadora. Creo que la señora Rance es capaz de cualquier cosa.

Muy decidida, la Princesa añadió:

—En ese caso te ayudaré; te ayudaré a defenderte de ella, si te sirve para algo mi ayuda. Realmente es curioso que la señora Rance haya llegado a ser nuestra invitada. Y ya que has hablado de la clase de vida que llevamos, debo decir que, en su mayor parte, es también curiosa y rara.

Basándose en estas palabras, Maggie concluyó:

—La verdad es que comparándonos con la otra gente, tengo la impresión de que no llevamos vida alguna. Y si no es así, por lo menos estoy segura de que no llevamos ni siquiera la mitad de la vida que podríamos llevar. Pero me

parece que Americo piensa lo mismo. Y tengo la seguridad de que Fanny Assingham es del mismo parecer.

El señor Verver, como si el respeto que le merecían las personas mencionadas le obligara a ello, meditó con cierta gravedad y preguntó:

—¿Qué clase de vida quisieran que lleváramos?

—Bueno, no creo que estén plenamente de acuerdo con este punto.

Fanny piensa que deberíamos vivir con más nobleza.

El señor Verver repitió en tono vago:

—¿Nobleza? ¿Y Americo piensa lo mismo?

La Princesa repuso inmediatamente:

—¡Oh, sí, sí! Pero Americo no se preocupa. Quiero decir que le da igual el modo en que vivimos. Estima que es asunto de nuestra competencia y basta. Ahora bien, Fanny considera que Americo se porta de una manera magnífica. Digo magnífica por aceptarlo todo tal como es, por aceptar las «limitaciones sociales» de nuestro vivir, por no echar en falta todo lo que no le proporcionamos.

El señor Verver observó:

—Bueno, pues si Americo no lo echa en falta, su magnífico comportamiento entraña pocas dificultades.

—Efectivamente, le resulta fácil. Es lo que yo creo también. Si realmente echara en falta ciertas cosas y, a pesar de ello, se comportara siempre de manera dulce e irreprochable, no cabe duda de que sería una especie de héroe de méritos más o menos ignorados. La verdad es que Americo puede ser un héroe y, en caso necesario, sería un héroe. Pero lo sería por motivos algo más importantes que nuestra monotonía.

La Princesa calló, luego con convencimiento añadió:

—No tengo la menor duda de que Americo es realmente magnífico.

Después de meditar estas palabras, volvió a abordar el tema con el que había comenzado esta última argumentación:

—De todas maneras, no estamos ligados a nada que merezca la calificación de estúpido. Si debemos vivir con más nobleza, como Fanny piensa, podemos hacerlo. Nada hay que lo impida.

Adam Verver inquirió:

—¿Se trata de una estricta obligación moral?

—No, es una cuestión de diversión.

—¿De quién? ¿De Fanny?

—De todos, aunque estimo que sería en gran parte de Fanny.

Maggie dudó. Causaba la impresión de que ahora tuviera que decir algo más. Por fin añadió:

—A poco que profundicemos en la cuestión, se trataría principalmente de diversión tuya.

Hizo una pausa y prosiguió valerosamente:

—Verdaderamente no me hace falta pensar mucho para darme cuenta de que podemos hacer en tu beneficio mucho más de lo que estamos haciendo.

El señor Verver emitió un extraño y vago sonido que precedió a sus palabras:

—¿No crees que es mucho lo que haces, cuando sales a pasear conmigo y hablas como has hablado?

Con una sonrisa, Maggie dijo:

¡Bueno, damos demasiada importancia a estos paseos!

Luego, explicó:

—Darlos es bueno y es natural, pero no tiene nobleza. Olvidamos que somos libres como el aire.

El señor Verver arguyó:

—¡Pero esto tiene nobleza!

—Lo tiene si sacamos el debido provecho. Si no, no.

Maggie seguía sonriendo, el señor Verver correspondió a su sonrisa, aun cuando un tanto intrigado e impresionado por una intensidad que contrastaba con el tono ligero en que habló:

—¿Qué quieres que haga?

Como sea que Maggie no dio contestación a la pregunta, el señor Verver añadió:

—Me parece que algo te propones.

En aquellos instantes el señor Verver advirtió con claridad que, desde principio de la charla, su hija le había estado ocultando algo, y que esta impresión, en más de un momento, a pesar del respeto teórico que tenía hacia el actual derecho de su hija a reticencias y secretos personales, casi había dejado de ser vaga para él. Desde el principio había habido algo en la

expresión de ansiedad de sus ojos y en el modo en que de vez en cuando perdía el hilo de sus pensamientos, que explicaba perfectamente la impresión del señor Verver. Ahora estaba totalmente seguro:

—Me has estado ocultando algo.

El silencio de Maggie confirmó las palabras de su padre. Por fin, habló:

—Bueno, cuando te lo diga lo comprenderás. Se trata de una carta que he recibido esta mañana. Durante todo el día no he hecho más que pensar en ello. Me he estado preguntando si éste sería el momento oportuno para preguntarte, e incluso si sería justo preguntártelo, si actualmente te sientes capaz de soportar a otra mujer.

El señor Verver se sintió un tanto aliviado; sin embargo, la amable consideración que para con él había tenido Maggie en sus palabras había dado a éstas un carácter un tanto importante. Preguntó:

—¿«Soportar» has dicho?

—Bueno, que venga a pasar una temporada aquí.

El señor Verver la miró y luego se echó a reír:

—Depende de quién sea.

—¿Lo ves? Lo que me ha inducido a pensar tanto ha sido averiguar si esta persona concreta representaría para ti otra molestia. Pero me constaba que, fuera quien fuese esta persona, te considerarías obligado a seguir tu exagerado criterio en lo referente a tratarla con amabilidad.

Estas palabras motivaron que sacudiera nerviosa y rápidamente un pie. Preguntó a la joven:

—¿Y hasta qué punto se considerará ella obligada a ser amable conmigo?

Su hija replicó:

—Lo sabes muy bien, porque se trata de Charlotte Stant.

—¿Charlotte? ¿Viene aquí?

—Me ha escrito diciéndome que le gustaría venir, si nosotros la invitáramos.

Como si esperase más revelaciones, siguió mirando a su hija. Luego, al advertir que ya le había dicho todo cuanto tenía que decirle, relajó la expresión de su cara. Si no había más, el asunto era muy simple. Dijo:

—¿Pues por qué no?

La cara de Maggie volvió a iluminarse, pero ahora con otra luz.

—¿No es una falta de tacto?

—¿Invitarla?

—Proponerte que la invites.

—¿Que yo la invite?

El señor Verver había formulado la pregunta como si fuera el efecto del resto de vaguedad que quedaba en su mente, pero, al mismo tiempo, las palabras tuvieran otro efecto diferente. Maggie meditó unos instantes; después, como llevada por un arrebato de entusiasmo, exclamó:

—¡Sería maravilloso que fueras tú quien la invitara!

Evidentemente, ésta no había sido su idea primitiva, sino que las palabras de su padre le habían proporcionado la oportunidad de formularla. El señor Verver dijo:

—¿Quieres decir que sea yo personalmente quien le dirija la carta?

—Exactamente. Sería un gesto de amabilidad, sería un gesto muy bonito por tu parte. Siempre y cuando, desde luego, puedas hacerlo sinceramente.

Durante unos instantes, causó la impresión de preguntarse a santo de qué no iba a poder hacerlo sinceramente, y preguntarse asimismo qué tenía que ver la sinceridad con aquel asunto. Esta última virtud, en las relaciones entre el señor Verver y la amiga de su hija, se había dado siempre por supuesta. Observó:

—Hija mía, puedes estar segura de que no temo a Charlotte.

—No sabes cuánto me gusta lo que acabas de decir. Y ya que no la temes en absoluto, la invitaré inmediatamente.

—¿Y puede saberse dónde se encuentra ahora?

El señor Verver había hablado como si no hubiera pensado en Charlotte, como si ni siquiera hubiera oído pronunciar su nombre desde hacía mucho tiempo. En realidad, parecía que le hubiera producido una sensación amistosamente divertida el recordar a Charlotte Stant. Su hija repuso:

—Se encuentra en un pequeño balneario de la Bretaña invitada por unas personas a quienes no conozco. Siempre está invitada en casa de alguien, la pobrecilla. No le queda otro remedio, ni siquiera, como a veces le ocurre, cuando no siente gran simpatía hacia las personas que la invitan.

—Bueno, yo diría que nosotros le gustamos.

—Sí, afortunadamente le gustamos.

Después de una pausa, Maggie añadió:

—Y si no tuviera miedo de aguarte la fiesta, incluso te diría que tú no eres quien menos le gusta de entre todos nosotros.

—¿Y por qué esto ha de aguarme la fiesta?

—Oh, papá, lo sabes perfectamente. ¿De qué hemos estado hablando, sino de esto? Gustar a alguien es muy oneroso para ti. Precisamente por esto no me atrevía a hablarte de la carta.

Miró en silencio a su hija, como si el tema de que habían estado hablando se hubiera transformado en otro irreconocible. Dijo:

—Las visitas de Charlotte nunca me han costado nada. Sonriendo, Maggie repuso:

—No, sólo los gastos propios de tener un invitado.

—Si sólo se trata de eso, carece de importancia, creo yo.

Sin embargo, era evidente que la Princesa deseaba ser sincera:

—Bueno, quizá no sólo se trata de eso. Si creo que será agradable que Charlotte pase una temporada con nosotros, se debe a que también creo que su presencia supondrá un cambio.

—¿Y qué mal hay en ello, si el cambio es para bien?

Con su sonrisa, la Princesa reveló la conciencia de su triunfal visión:

—¡Lo ves! Si reconoces la posibilidad de que se produzca un cambio para bien, resulta que, a fin de cuentas, no estamos tan formidablemente bien. Quiero decir que, en cuanto a familia, no estamos tan intensamente satisfechos, ni nos divertimos tanto como creíamos. En el caso de que estamos hablando, vemos posibilidades de una mayor nobleza.

Sorprendido, preguntó:

—¿Crees que Charlotte Stant puede darnos mayor nobleza?

Mirando fijamente a su padre, Maggie le dio una respuesta digna de atención:

—Eso creo. Realmente mayor.

El señor Verver pensó, ya que se trataba de un tema que se había ofrecido bruscamente a su atención y quería penetrar a fondo en él:

—¿Debido a lo bella que es?

Casi con solemnidad, Maggie contestó:

—No, debido a lo «señora» que es.

—«¿Señora?»

—Señora en su carácter, en su manera de ser, en su espíritu, en su vida.

—¿Sí? ¿Y qué ha hecho en la vida?

—Ha sido valerosa e inteligente. Lo que acabo de decir quizá parezca excesivo, pero se ha comportado con valentía e inteligencia ante problemas que muchas otras chicas no hubieran podido resolver. No tiene a nadie, absolutamente a nadie en el mundo. Sólo tiene conocidos que, de una manera u otra, se aprovechan siempre de ella, y algunos parientes lejanos, que tienen tanto miedo de que se aproveche de ellos que rara vez le permiten que los visite.

El señor Verver quedó un tanto intrigado y, como de costumbre, en vistas a un propósito:

—¿Y si la invitamos para que mejore nuestro vivir, no nos aprovechamos también de ella?

Estas palabras desconcertaron a la Princesa, aunque sólo durante un instante:

—Nosotros somos viejos, muy viejos amigos suyos, y en cierta manera también le hacemos un favor. Además, y en cuanto a mí respecta, en el peor de los casos, siempre la admiraré más de lo que me aproveche de ella.

—Comprendo. Eso siempre es bueno.

Maggie dudó antes de decir:

—Desde luego, a Charlotte esto le consta. Quiero decir que sabe perfectamente el alto concepto que tengo de su valentía y de su inteligencia. No tiene miedo, a nada teme, sin embargo jamás se toma libertades, como si en realidad tuviera un miedo atroz. Además, es interesante, lo que les falta a muchas otras personas con muchos más méritos de otra naturaleza.

Esta chispa de sabiduría no sólo iluminó una verdad, sino que amplió la visión de la Princesa:

—Yo, desde luego, por mi manera de ser nunca me tomo libertades, ello se debe a que siempre siento temor de algo. Es innato. Y así vivo. Con vagos acentos, su padre murmuró:

—Vamos, hija, vamos…

Maggie insistió:

—Sí, vivo aterrada.

Sin perder la placidez, el señor Verver advirtió:

—No conseguirás convencerme de que no vales tanto como Charlotte

Stant.

—Quizá sea tan buena como ella, pero carezco de su nobleza de espíritu, y de nobleza estábamos hablando. Está dotada de gran imaginación. En todos los aspectos, ha adoptado una actitud noble. Sobre todo, tiene grandeza de conciencia.

En estos momentos, quizá más que en cualquier otro anterior, Maggie se dirigía a su padre con cierto matiz de conceptuación absoluta en su tono. Jamás se había atrevido tanto a decir a su padre lo que éste estaba obligado a creer. Maggie dijo:

—Carece en absoluto de dinero, pero esto nada tiene que ver con lo que hablábamos…

Después de una brevísima pausa, se corrigió:

—Mejor dicho, tiene suma importancia. Sí, porque a Charlotte le da absolutamente igual. Siempre que se ha referido a su pobreza, lo ha hecho riendo. Nadie sabe lo dura que ha sido su vida.

El tono de firmeza sin precedentes con que su hija hablaba produjo en el señor Verver el efecto de hallarse ante una realidad nueva. Dijo:

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—¿Es que no lo hemos sabido siempre?

—Realmente creía que conocíamos bien todo lo referente a Charlotte.

—Ciertamente hace ya mucho tiempo que dábamos por sabido todo lo referente a ella. Pero al paso del tiempo todo cambia; tengo la impresión de que, después de este período en que no hemos visto a Charlotte, me gustará más que nunca verla. También yo he vivido más. Soy mayor, y juzgo mejor las cosas.

Hablando ahora como si estuviera animada por un sentimiento de expectación, una expectación más intensa y más amplia, Maggie añadió:

—Sí, en Charlotte veré ahora mucho más de lo que he visto en mi vida.

—También lo procuraré yo. Era una de las amigas que más me gustaba que tuvieras.

Sin embargo, Maggie estaba tan inmersa en su permitida libertad de apreciación que, por el momento, apenas oyó las palabras de su padre. Maggie estaba totalmente sumida en su apología, en pensar en los muchos aspectos en que Charlotte había destacado. Dijo:

—Por ejemplo, le hubiera gustado casarse. Estoy segura de que le hubiera gustado en gran manera. Por lo general, nada hay más ridículo, incluso cuando

es patético, que una mujer que haya intentado casarse y no lo haya conseguido.

Esto llamó intensamente la atención del señor Verver:

—¿Ha «intentado»…?

—Se ha encontrado con casos concretos en que le hubiera gustado casarse.

—¿Y no lo ha conseguido?

—Bueno, en Europa, cuando se trata de chicas pobres, se dan más casos en los que la mujer no consigue casarse que casos en los que lo consigue.

Con su ininterrumpida competencia, coronó la frase, diciendo:

—Especialmente cuando se trata de norteamericanas.

Su padre le dio la justa réplica en todos los aspectos aludidos en la frase de su hija al indicarle alegremente:

—Sí, ciertamente, aunque teniendo siempre en cuenta que, cuando se trata de norteamericanas, hay más casos de muchachas ricas que de muchachas pobres.

Maggie miró a su padre con buen humor:

—Quizá estés en lo cierto, pero lo que dices, en cuanto a mí concierne, no permitiré que me hunda en el barro. Si corriera peligro de portarme como una insensata, lo superaría siendo tan amable como pudiera con las muchachas como lo es Charlotte.

Con sencillez, Maggie explicó:

—Para mí no es difícil evitar caer en el ridículo, aunque se trate de un ridículo diferente. Creo que caer en el ridículo sería comportarme como si imaginara que he hecho algo grande e importante. El caso de Charlotte es diferente debido a que ella no ha hecho nada, como todos sabemos, y nos parece raro. Sin embargo, nadie está dispuesto a tratarla, a no ser alguien horriblemente presuntuoso y ofensivo, como si Charlotte no fuera absolutamente perfecta. Éste es el resultado de tener una personalidad que supera los obstáculos.

El silencio del señor Verver muy bien podía ser síntoma de que sus palabras habían conseguido que la historia le interesara. Sin embargo, cuando habló, aquel síntoma parecía apuntar hacia algo quizá más importante:

—¿Ya eso se debe también el que digas que Charlotte tiene «nobleza»?

—Sí, es una de las causas. Pero hay muchas otras.

De nuevo el padre meditó unos instantes antes de preguntar:

—¿Y quién es esa persona con la que Charlotte intentó casarse?

Maggie también esperó, como si quisiera mediante el previo silencio reforzar el efecto de sus palabras. Pero o bien renunció a ello o bien tropezó con un obstáculo, ya que repuso:

—Me temo que no lo sé con certeza.

—En ese caso, ¿cómo es que lo sabes?

—Es que no lo sé.

Y matizando una vez más sus palabras, añadió en tono marcadamente enfático:

—Sólo he podido deducirlo.

—Pero habrás tenido que deducirlo con referencia a una persona determinada.

Después de otra pausa, Maggie observó:

—Ni siquiera ante mí misma quiero utilizar nombres ni determinar períodos. Tengo la clara idea de que más de una vez ha habido alguien, a quien no conozco, a quien no hace falta que conozca y a quien no tengo deseos de conocer. De todas maneras, todo ha terminado; esas historias no son asunto mío, salvo en lo que, a mi juicio, enaltecen a Charlotte.

El señor Verver no la contradijo, pero le hizo una observación:

—Realmente no sé cómo pueden enaltecerla, a tu juicio, cuando ignoras los hechos ocurridos.

—¿No pueden enaltecerla, en términos generales, por su dignidad? ¿Por la dignidad con que Charlotte se ha comportado en la desgracia?

—Es que primero hay que sentar la premisa del conocimiento de la desgracia.

—Pues eso sí que puedo hacerlo. ¿Acaso no es una desgracia, cuando se es una persona tan bien dotada, vivir siempre con tanta frustración? ¿Ya pesar de ello no quejarse, sino comportarse como si ni siquiera se acordara?

Al principio el señor Verver causó la impresión de hacer frente a tan amplia pregunta, pero poco después otro punto de vista le apartó de aquellas consideraciones:

—Pues no debe seguir frustrada. No lo permitiremos.

Éste fue otro motivo de gratitud para Maggie.

—Mi querido señor, eso es todo lo que deseo.

Estas palabras habrían dejado zanjada la cuestión y terminado la charla si al cabo de un rato el padre de Maggie no hubiera dado muestras de querer volver a tratar el asunto:

—¿Y cuántas veces supones que lo ha intentado?

Una vez más, como si no hubiera sido detallista en esta cuestión tan delicada, como si no hubiera podido serlo, como si odiara la posibilidad de serlo, Maggie se sintió inducida a atenuar el sentido de sus anteriores palabras:

—¡Bueno, tampoco he dicho que lo intentara de veras!

El señor Verver quedó perplejo:

—Pero si ha fracasado de manera tan absoluta, ¿qué hizo antes de poder fracasar tanto?

—¡Ha sufrido! ¡Eso es lo que ha hecho!

Después de estas palabras, añadió:

—Ha amado y ha perdido.

A pesar de todo, el señor Verver seguía intrigado:

—Pero ¿cuántas veces?

Maggie dudó, pero no tardó en despejar sus dudas:

—Una vez basta. Basta para que se la trate con amabilidad.

El señor Verver había escuchado atentamente. En tono que en modo alguno era de reto, sino como si tuviera la necesidad de una firme base sobre la que asentar su pensamiento, habida cuenta de las nuevas revelaciones, preguntó:

—¿Y no te ha contado nada?

—¡No, a Dios gracias!

El señor Verver la miró:

—¿Es que las chicas no os contáis esas cosas?

—¿Me lo preguntas porque se cree que lo hacemos?

Maggie miró fijamente a su padre sonrojándose. Después de dudar unos instantes, le preguntó:

—¿Se las cuentan los hombres jóvenes?

El señor Verver soltó una breve carcajada:

—¿Cómo voy a saber, querida, lo que hacen los hombres jóvenes?

—En ese caso, ¿cómo voy a saber, papá, lo que hacen las muchachas

vulgares?

Rápidamente, el señor Verver repuso:

—Sí, comprendo, comprendo…

Pero, en el mismo instante, Maggie habló como si hubiera sido odiosamente seca y cortante en sus frases anteriores:

—Ocurre, por lo menos, que cuando concurre mucho orgullo, concurre también mucho silencio. Reconozco que no sé lo que haría si me encontrase sola y triste. No, no lo sé, ya que ¿qué pena he sufrido en mi vida? Ni siquiera sé si tengo orgullo. Creo que jamás he tenido que plantearme esta cuestión.

Alegremente, su padre observó:

—Sí, sí, Maggie, lo tienes. Por lo menos creo que no te falta el orgullo que hay que tener en la vida.

—Bueno, pues en ese caso, albergo la esperanza de tener también cuanta humildad se precisa. De todas maneras, por lo que sé, me atrevo a aventurar que si recibiera un golpe duro quedaría acobardada. Pero, en fin, ¿cómo puedo saberlo? ¿Te das cuenta, papá, de que jamás he recibido el menor golpe?

El señor Verver le dirigió una larga y serena mirada y dijo:

—¿Y quién si no yo puede darse cuenta de ello?

Después de soltar una breve carcajada parecida por muy buenas razones a la que había soltado su padre momentos antes, Maggie dijo:

—¡Te aseguro que cuando lo reciba te enterarás! De todas maneras, no hubiera permitido que Charlotte me contara algo que, para mí, sería horroroso. Estas ofensas y estas vergüenzas son terribles.

Conteniéndose un poco, añadió:

—Al menos supongo que lo son, sí, porque a fin de cuentas, como he dicho, no he sufrido nada parecido. ¡Y no quiero enterarme de lo que significan!

Con gran vehemencia, siguió diciendo:

—¡Hay cosas sagradas, tanto si se trata de penas como de alegrías! Pero, para mayor seguridad, y siempre que sea posible, se debe ser amable.

Al decir estas últimas palabras, se puso en pie. Y en pie quedó ante el señor Verver, con aquella peculiar expresión en su aspecto que ni siquiera la larga costumbre de una vida en común había conseguido hurtar a su percepción. Era una expresión penetrante y, como tal, mantenida año tras año, y nacida de la comparación de tipos y de rasgos, de objeto bello con objeto

bello, de la gradación de perfectos acabados, de la exquisitez de unas formas con otras. Era como si el aspecto de una leve y esbelta «antigüedad» de alguna sala vaticana o capitolina o de un período tardío y refinado, raro e inmortal a un tiempo, hubiera adquirido movimiento gracias a la insuflación de un impulso moderno y, sin embargo, a pesar de la súbita libertad de los pliegues y de los pasos, salidos de su pedestal después de siglos, conservara todavía la calidad y la perfecta felicidad de la estatua; los ojos de mirada borrosa y ausente, la pulida, elegante y anónima cabeza, el impersonal vuelo de un ser perdido en una época extraña que pasara como una imagen de desgastado relieve, dando vueltas y vueltas alrededor de una jarra preciosa. Maggie siempre había tenido extraños momentos en los que sorprendía al señor Verver, a pesar de ser su hija, como si se tratara de la figura anteriormente descrita, una figura con la cual la humana vinculación de su padre quedaba casi interrumpida por cierta vaga analogía de talante y actitud, por algo tímidamente mitológico y de naturaleza semejante a la de las ninfas. No sin complacencia, el señor Verver comprendía que todo lo anterior tenía su origen principalmente en su propia mente y procedía de su amor a las vasijas preciosas, que sólo era inferior al que tenía por las hijas preciosas. Todo ocurría, lo cual resultaba todavía más pertinente al caso, mientras tenía plena conciencia de que Maggie era calificada incluso en su belleza de «pulida». La señora Rance había utilizado con entusiasmo esta palabra, aplicándola a Maggie. Recordaba que en cierta ocasión que en su presencia dijeron a Maggie en tono amistoso y familiar, que tenía aspecto de monja, ella replicó que le complacía en gran manera que se lo dijeran, y que se esforzaría por conservarlo. Por fin, también tenía conciencia de que su hija, discretamente olvidadiza de los saltos y altibajos de las modas, por su larga familiaridad con la nobleza del arte, llevaba el cabello peinado en línea descendente, liso y aplanado sobre las sienes, a la manera en que siempre lo había llevado su madre, quien había sido, en no escasa medida, mitológica. Las ninfas y las monjas eran ciertamente seres diferentes, pero el señor Verver, cuando realmente se divertía, prescindía de la coherencia. Jugar con las impresiones visuales era para él un hábito tan enraizado, que podía recibir estas impresiones mientras se entregaba a pensar seriamente. Y pensaba seriamente mientras Maggie se encontraba allí ante él; estos pensamientos le llevaron a formular una pregunta, pregunta que, a su vez, le llevó a formular otras:

—¿Consideras, pues, tal como has dicho hace poco, que éste es el estado en que se encuentra Charlotte?

—¿Qué estado?

—Pues el estado de haberlo «superado todo», debido a lo muy intensamente que ha amado.

Maggie apenas tuvo que reflexionar. Su respuesta fue inmediata:

—No, no ha superado nada, pues nada ha conseguido.

—Comprendo. Es preciso haber tenido cosas, para superarlas. Es algo así como una ley de perspectiva.

Maggie nada sabía acerca de esa ley, pero prosiguió diciendo con acento firme:

—Por ejemplo, no ha superado la necesidad de ayuda.

—Pues en este caso tendrá toda la ayuda que podamos prestarle. Le escribiré con sumo placer.

Dirigiéndole una alegre y tierna mirada, Maggie exclamó:

—¡Eres un ángel!

Sin embargo, a pesar de que tal definición bien pudiera ser verdad, es preciso añadir que el señor Verver, caso de ser un ángel, era un ángel dotado de curiosidad:

—¿Realmente te ha dicho Charlotte que me tiene gran simpatía?

—Es cierto, pero no quiero halagarte en exceso. Bástete saber que ésta ha sido una de las razones por las que Charlotte siempre me ha gustado.

En tono más o menos humorístico, el señor Verver observó:

—Ciertamente no lo ha superado todo.

—Bueno, no he querido decir que Charlotte esté enamorada de ti. No. Como te he dicho al principio, nada tienes que temer desde este punto de vista.

El señor Verver había hecho su anterior observación en tono alegre, pero tal alegría pareció menguar un tanto a consecuencia de las tranquilizadoras palabras de su hija, como si ésta le hubiera alarmado con exageración, exageración que debía ser corregida, por lo que dijo:

—Siempre la he considerado una niña.

La Princesa dijo:

—No es una niña.

—En ese caso, le escribiré como se escribe a una mujer brillante.

—Es exactamente eso.

El señor Verver se había levantado y durante unos instantes, antes de emprender el camino de regreso, quedaron los dos mirándose el uno al otro, como si realmente hubiesen solucionado un problema. Habían salido juntos para estar solos, pero algo nuevo había surgido entre los dos. Lo que había surgido quedó expresado en las palabras con las que él comentó el énfasis de

la última frase de su hija:

—Parece que Charlotte tiene en ti a una gran amiga, Princesa.

Maggie aceptó estas palabras por ser de tan claro significado que difícilmente podían suscitar su protesta. Y preguntó:

—¿Sabes en qué estoy pensando realmente?

Él meditó, mientras Maggie le miraba con expresión de satisfacción por la libertad de hablar de que ahora gozaba. Y el señor Verver demostró que no era lerdo en modo alguno, al descubrir rápidamente su pensamiento:

—En encontrarle marido.

Sonriendo, Maggie repuso:

—¡Sí, señor! ¡Bravo! Luego, Maggie añadió:

—Pero habrá que buscar un poco.

Mientras echaban a andar, el señor Verver dijo:

—Se lo buscaremos juntos.

Capítulo XI

La señora Assingham y el coronel habían regresado ya tras haberse ido de Fawns antes de terminar septiembre; ahora, un par de semanas después del regreso, interrumpían de nuevo su estancia dejando en esta ocasión la cuestión de su vuelta pendiente de unos asuntos que insinuaron más que mencionarlos inoportunamente. Las Lutche y la señora Rance también habían dado término a su estancia por haber llegado Charlotte Stant, pero expresando esperanzas y teorías referentes a que pronto renovarían su estancia, y su animada despedida había despertado ecos en el gran vestíbulo de losas de piedra y paneles de roble, prolongándose en una galería que sin ser, ni con mucho, el menos interesante lugar de la casa, todavía parecía conmover el aire. Fue en este admirable lugar donde Fanny Assingham, antes de terminar su estancia de octubre, pasó unos momentos con su amable anfitrión, durante los cuales le anunció su partida o temporal ausencia, en compañía de su marido, que le llevaron a señalar la inconveniencia de todo género de vanas consideraciones referentes a su partida. Las puertas de la casa estaban abiertas al neblinoso esplendor del sol otoñal a aquella hora sin viento, hora de espera, bajo cuya influencia el señor Verver se reunió con su afable amiga cuando ésta bajó para dejar con sus propias manos un montón de cartas en el buzón. Después los dos salieron de la casa y pasaron media hora en la terraza; fue la reunión de dos

personas que verdaderamente se despedían la una de la otra al iniciar diferentes sendas. Al considerarlo, Adam Verver halló el origen de tal impresión en unas sencillas palabras que la señora Assingham había utilizado al referirse a Charlotte Stant: «Sencillamente, las ha barrido». Sí, aquéllas fueron las cuatro palabras pronunciadas respecto a la paz dorada que el octubre de Kent había creado; aquellos días culminantes, rebosantes de belleza, sucediéndose esplendorosamente desde la llegada de Charlotte Stant. Sí, fue precisamente en el curso de estos días cuando se vio a la señora Rance y las señoritas Lutche reunir sus cosas en vista a su partida; gracias a este cambio, el sentido de la situación considerada globalmente tuvo un carácter sumamente justo y armonioso; este sentido entrañaba lo acertadas que habían estado dichas señoras al no prolongar más su estancia, y entrañaba también todos los placeres que aquel fértil otoño podía llevar en su regazo. Esto fue lo que ocurrió, ésta fue la lección que las damas recibieron. La señora Assingham había insistido en que sin Charlotte sólo habrían aprendido la mitad de la lección. Ciertamente nadie habría aprendido ni media palabra de esta lección si la estancia de la señora Rance y de las señoritas Lutche hubiera sido tan prolongada como en cierto momento pareció que iba a serlo. En resumen, la leve intervención de Charlotte se había convertido en una causa que operó de manera encubierta aunque no por ello menos activa, y el parlamento de Fanny Assingham, que se prolongó un poco, todavía producía ecos en el fuero interno de Adam Verver, de manera que le dejaban un tanto sobresaltado porque le causaban la impresión de la existencia de una realidad irresistible. Adam Verver podía ver ahora la manera en que aquella fuerza superior había actuado; le gustaba recordarlo, recordar a las tres mujeres sin que soñara siquiera que constituía una maldad, ni siquiera el asomo de un deseo pecaminoso; a las tres, a fin de cuentas, había agasajado en su casa durante una serie de días notablemente largos. La maravillosa Charlotte se había comportado en este asunto con tal vaguedad y talante tan sereno, que él ni siquiera se enteró de lo que sucedía, de lo que sucedía a consecuencia de la influencia de Charlotte. La señora Assingham había observado: «Los fuegos, tan pronto percibieron su presencia, se transformaron en humo». Estas palabras el señor Verver las meditó incluso durante el paseo que dio en compañía de la señora Assingham. Desde su larga conversación con Maggie, la que había determinado que invitara directamente a su común amiga, había adquirido una pequeña y extraña afición, como él diría, a que le hablaran de aquella joven mujer, a escuchar lo que se podía decir de ella, y, valga la expresión, de manera que casi parecía que la mano de un eminente pintor estuviera haciendo su retrato y él contemplara cómo se iba formando mediante la acumulación de pinceladas. A su juicio, la señora Assingham aplicó en el curso de la conversación dos o tres de las mejores pinceladas acerca de su joven y común amiga, ahora figura tan diferente de aquella compañera de

juegos de Maggie: con respecto a ella el señor Verver casi podía recordar antiguas ocasiones en las que paternalmente había indicado a las dos niñas, con igualdad de trato, que no debían hacer demasiado ruido ni comer demasiada mermelada. La señora Assingham había afirmado que, vista la rápida influencia ejercida por Charlotte, no había dejado de experimentar una punzada de lástima hacia las invitadas que recientemente habían partido:

—En realidad me dieron tanta lástima que oculté mis sentimientos mientras estuvieron aquí, con el deseo de que los restantes moradores de la casa no se dieran cuenta, es decir, para que Maggie, el Príncipe, usted e incluso la propia Charlotte no lo adivinaran por mi comportamiento, en el caso de que no lo advirtieran por sí mismos. Como usted no se dio cuenta, evidentemente, quizá ahora mis palabras le parezcan exageradas. Pero no lo son. Seguí el caso paso a paso. Se veía cómo las pobrecillas iban reaccionando, de la misma manera que, supongo, los invitados en la corte de los Borgias se miraban los unos a los otros al comenzar a sentirse mal después de haber tenido el honor de tomar una copa de vino con los cabezas de la familia. Esta comparación es un tanto torpe, ya que no quiero insinuar, ni mucho menos, que Charlotte echara conscientemente veneno en las copas de dichas señoras. Verdaderamente el veneno era la propia Charlotte, en el sentido de estar moralmente en desacuerdo con ellas. Pero esto Charlotte lo ignoraba.

Muy interesado, el señor Verver preguntó:

—¿No lo sabía?

La señora Assingham tuvo que reconocer que no había llegado a preguntárselo a la propia Charlotte:

—Bueno, supongo que lo ignoraba. No pretendo estar segura de lo que Charlotte sabe en ninguna materia. Desde luego, a ella no le gusta hacer sufrir al prójimo. En términos generales no, al contrario de lo que les ocurre a muchas mujeres. A Charlotte ni siquiera le gusta hacer sufrir a las otras mujeres. Al igual que a todas las personas agradables, le gusta gustar.

El señor Verver preguntó:

—¿Le gusta gustar?

—Efectivamente. Y al mismo tiempo, qué duda cabe, quiso ayudarnos, quería tranquilizarnos. Es decir, quería tranquilizarle a usted y tranquilizar a Maggie en lo tocante a usted. En este sentido, Charlotte tenía un plan. Pero únicamente después, no creo realmente que fuera antes, se dio cuenta de lo muy eficaz que era su actuación.

Una vez más, consideró que verdaderamente tendría que haber advertido lo

que la señora Assingham le decía:

—¡Ah…! ¿Conque quería ayudarnos? ¿Quería ayudarme, a mí?

Al cabo de unos instantes de silencio la señora Assingham preguntó:

—¿Yeso le sorprende?

Después de pensar un poco, el señor Verver repuso:

—¡No! ¡No me sorprende!

—Desde luego, tan pronto como llegó aquí, Charlotte vio con su habitual rapidez cuál era el lugar que cada uno de nosotros ocupaba. No tenía necesidad alguna de concertar la pertinente cita con cada uno y que éste acudiera a su dormitorio, por la noche, o fuera a pasear con ella al campo para contarle su emocionada historia. Sin embargo, también hay que reconocer que la propia Charlotte se sentía un poco incómoda.

El señor Verver, un tanto a la expectativa, preguntó:

—¿Por culpa de aquellas pobres señoras?

—Bueno, digamos que Charlotte se sentía incómoda al ver que ustedes no se sentían incómodos por culpa de las señoras en cuestión, principalmente al ver que usted no se sentía incómodo. Par example, no tengo la menor duda de que Charlotte estima que usted es excesivamente humilde.

—¿Me considera humilde?

—A Charlotte se la llamó para que solucionara el problema que usted tenía planteado. En realidad lo único que Charlotte tenía que hacer era tratarle a usted con amabilidad.

—¿A mí?

Ahora el señor Verver podía recordar que la señora Assingham se había reído del tono en que él había formulado esta pregunta en el curso de aquella conversación. La señora Assingham dijo:

—A usted y a todos. Para conseguirlo le bastaba con comportarse tal como es para con todos. Es encantadora y no puede evitarlo. Se comportó de manera encantadora, aun cuando produjo efectos de la misma manera que el vino de los Borgia producía efectos, por lo general. Se vio cómo la manera de actuar de Charlotte les fue afectando, se advirtió hasta qué punto una mujer, con su personalidad tan diferente a ellas, tan diferente, puede ser encantadora. Se vio cómo iban comprendiéndolo, cómo iban intercambiando miradas, cómo perdían los ánimos y decidían irse. Sí, porque llegaron a comprender que Charlotte es un producto genuino.

—¡Ah…! ¿Charlotte es un producto genuino, verdad?

Como sea que, hasta el presente, el señor Verver no lo había comprendido tan bien como la señora Rance y las señoritas Lutche, ahora tuvo que dar forzosamente la impresión de someterse a la verdad al formular su pregunta. Por fin pudo decir sencillamente:

—Ya… Comprendo, comprendo.

Sin embargo, no por eso dejó de mostrar interés en saber lo que era un «producto genuino», por lo que preguntó a su amiga:

—¿Y qué quiere decir exactamente con estas palabras?

Por unos instantes, la señora Assingham tuvo ciertas dificultades en expresarlo, pero al fin dijo:

—Pues es exactamente lo que esas mujeres quieren ser, y lo que el efecto que Charlotte ha producido en ellas les ha obligado a reconocer que nunca serán.

—Claro, claro… Nunca.

Después de esta conversación no sólo quedó bien sentada y aceptada entre los dos, sino que se desarrolló y adquirió profundidad, la idea de que la comodidad y placer de la existencia del señor Verver volvía a estar ahora debidamente atendida, socialmente hablando, gracias a lo que se había calificado y sellado como «genuino» de una manera tal que el señor Verver había tenido la oportunidad de considerar anteriormente, de cara al matrimonio de su hija. La nota de realismo en la proyección de tanta luz siguió teniendo para él el encanto y la importancia cuya máxima gradación había encontrado ocasionalmente en sus grandes «hallazgos», y siguió manteniéndole atento y satisfecho más que en otro caso cualquiera. Quizá no haya nada que pueda parecernos más raro, a poco que reflexionemos sobre ello, como aplicar la misma medida de valoración a objetos de propiedades diferentes como antiguas alfombras persas, por ejemplo, y nuevas adquisiciones humanas. Tanto más cuanto que nuestro amable caballero no dejaba de percibir indicios de que era, en lo de catador de la vida, persona propensa a la economía. Ponía en un minúsculo vasito todo lo que se llevaba a los labios, y parecía que siempre hubiera llevado en su bolsillo, como una herramienta de su oficio, aquel vasito tallado con una belleza de la que el arte se había perdido largo tiempo atrás, guardado en una caja de cuero en la que se hubieran estampado imborrablemente en oro las armas de una dinastía depuesta. De la misma forma que este instrumento le había servido para quedar convencido, valga la expresión, tanto en lo tocante a Americo como en lo tocante a Bernardino Luini que había descubierto en los días en que se disponía a dar su consentimiento para el anuncio de los esponsales de su hija, también le había servido en la actualidad para quedar convencido en lo tocante

a Charlotte Stant y a un extraordinario conjunto de azulejos orientales cuya existencia había llegado a su conocimiento recientemente, dotados de una fascinante leyenda, y de los que tenía la satisfacción de saber que podría conseguir más amplia información gracias a cierto señor Gutermann-Seuss, de Brighton. En el caso del señor Verver, todo se debía a aquel principio estético asentado allí donde pudiera arder con fría y quieta llama, allí donde se alimentara íntegramente de los objetos en que directamente se centraba su atención, de la idea (sugerida por la apropiación) de la belleza plástica, de la cosa visiblemente perfecta en su género; en resumen, a pesar de la general tendencia del «elemento devorador» a ampliar sus dominios, el resto de su mobiliario espiritual, modesto, desperdigado, y conservado con inconsciente cuidado esquivaba la destrucción que, en tantos casos, es consecuencia de mantener fuegos en profanos altares. En otras palabras, Adam Verver había aprendido la lección de los sentidos, acorde con su breve código, sin haber provocado ni siquiera en una ocasión el más leve escándalo en su economía globalmente considerada; en este aspecto no era muy diferente de aquellos afortunados caballeros solteros dados a los placeres, que dan tal tratamiento a las compañías comprometedoras, que ni siquiera la más austera ama de llaves, ocupada en materias de su competencia en la planta baja de la casa, se siente obligada a dar la más leve sugerencia.

Sin embargo, estas últimas figuras gozan de una libertad que difícilmente cabe aplicar a la ocasión que estamos tratando, aunque bien podemos retenerlas en nuestra mente, en virtud de su impreciso valor negativo. Gracias a una presión del interior, sucedió que antes de transcurrir los diez primeros días del mes de noviembre, Adam Verver se encontró prácticamente solo en Fawns, en compañía de su joven amiga; Americo y Maggie le habían solicitado, de manera un poco súbita, que les diera permiso para ir al extranjero durante un mes, ya que la diversión de Americo estaba actualmente no menos felizmente garantizada que su seguridad económica. Un impulso eminentemente natural había surgido del interior del Príncipe. Su vida, durante bastante tiempo invariable, era deliciosamente monótona y, en consecuencia, la que más le gustaba en líneas generales; pero un leve soplo de nostalgia había rozado el espíritu del Príncipe y Maggie repitió a su padre, con infinita admiración, las lindas palabras con las que el Príncipe le había manifestado sus sentimientos cuando llevaba ya algún tiempo experimentándolos. El Príncipe los llamó una «serenata», una música en sordina que, junto a una de las ventanas, en la parte exterior de la casa dormida, perturbaba su descanso nocturno. Pese a que tal música tenía carácter leve y plañidero, no le permitía pegar ojo y, por fin, cuando decidió levantarse y acercarse de puntillas a la ventana y mirar, en la figura que abajo había, con una mandolina, toda ella tenebrosamente arropada en su gracia, alzados los ojos suplicantes e irresistible la voz, reconoció a la eternamente amada Italia. Siendo así la

realidad, tarde o temprano tenía el Príncipe que responder a la llamada. Era como un ser fantasmal siempre presente, siempre acechando, como el espíritu de un ser al que se ha infligido un daño, una oscura y patética sombra que llora para que la consuelen. Sólo había un medio de conseguirlo. Todo lo anterior fue un modo de expresar con demasiadas palabras un hecho tan sencillo como el de que un romano de tan pura estirpe tuviera deseos de volver a ver Roma. En consecuencia, más valía que fueran a Roma por una breve temporada. Maggie transmitió a su padre esas tan absurdas y complicadas razones, lo cual divirtió de tal manera a Adam Verver que se las repitió a Charlotte Stant, a quien, a la sazón, el señor Verver tenía clara conciencia de comunicarle muchas cosas, añadiendo las palabras que le había dicho Maggie acerca de que, pensándolo bien, aquélla era la primera petición que Americo le había formulado desde que la conocía. En tono de benévola crítica el señor Verver comentó: «Desde luego, Maggie olvida que también le pidió que se casara con él». Tuvo ocasión de comprobar que Charlotte quedó tan conmovida como él por las ingeniosas palabras de Maggie, y plenamente de acuerdo en cuanto al fondo del asunto. Incluso si el Príncipe hubiera pedido algo a su esposa todos los días del año, no habría sido razón suficiente para que el pobre Príncipe, víctima de un hermoso arrebato de añoranza, no visitara su tierra natal sin provocar reproches.

Además el suegro del Príncipe aconsejó a la razonable, realmente razonable pareja, que, puestos a viajar, pasaran también tres o cuatro semanas en París, ya que París siempre fue, en todo momento de efusión para el señor Verver, ciudad cuya visita recomendaba espontáneamente. Si iban a París en el viaje de regreso, o cuando quisieran, Charlotte y el señor Verver se reunirían con ellos allí durante unos días, aunque con toda seguridad, dijo, en manera alguna lo harían debido a que al quedar solos se aburrieran. El destino de esta última propuesta fue, por el momento, tambalearse bajo el fuego del destructivo análisis que de ella hizo Maggie, quien —hallándose en el caso, como reconoció, de elegir entre ser una hija desnaturalizada o una madre desnaturalizada, había elegido lo primero— preguntó qué sería del Principino si en la casa sólo quedaba la servidumbre. Su pregunta tuvo notable resonancia, pero luego, al igual que ocurría con tantas y tantas preguntas de Maggie, quedó olvidada con más firmeza todavía de lo que se había planteado. La conclusión a que se llegó, antes de la partida de la joven pareja, fue que la señora Noble y el doctor Brady montarían guardia con absoluta responsabilidad ante la augusta cuna. Si Maggie no hubiera tenido una fe suprema en el mayestático valor de aquella ama, cuya experiencia constituía la más amplia almohada, de la misma forma que su atención era como un extenso dosel del que los precedentes y los recuerdos colgaban como gruesas cortinas corridas, si Maggie no hubiera podido descansar en esta confianza, habría dejado que su marido efectuara el viaje solo. De la misma forma, si el

más adorable de los mediquillos rurales —así le calificaba Maggie— no le hubiera demostrado su sabiduría convirtiéndose en necesidad irresistible conversar con él especialmente en días lluviosos y proporción directa a la frecuencia de sus visitas, fuera cual fuese el tiempo que hiciera, durante horas y horas acerca de causas y efectos, acerca de lo que el doctor había averiguado en su pequeña biblioteca casera, poco consuelo habría representado para ella la mera presencia de un simple abuelo y de una brillante amiga. En consecuencia, dichas personas, después de desvanecerse la insistencia de Maggie por el momento, podían desempeñar con indudable competencia y, sobre todo, mediante su recíproca ayuda, sus conspicuos deberes. Cada cual en la medida de la importancia de su oficio ayudaría al otro, lo cual sería, teniendo en consideración la superior importancia que daban a la señora Noble, no poco consuelo y tranquilidad para ellos.

El señor Verver se reunía con su joven amiga a ciertas horas en el cuarto del niño, de manera muy parecida a aquella otra en que regularmente se reunía con la amante madre del niño, dándose la circunstancia de que Charlotte, porque lo consideraba su deber, había prometido a Maggie cumplir sus funciones, y en ningún momento olvidaba las últimas noticias para consignarlas en la carta diaria que había prometido escribir. Escribía Charlotte con gran fidelidad, y así lo decía a su amigo, lo que produjo como era de esperar que éste no escribiera. La razón consistía, en parte, en que Charlotte contaba en sus cartas «todo lo referente al señor Verver». También se lo dijo a éste, y a él le gustaba tener la sensación, a consecuencia de lo anterior, de estar, en términos generales y de manera harto sistemática, atendido en todo y, como suele decirse, «servido». Entregado, como bien podemos decir, a aquella encantadora e inteligente joven convertida en un recurso doméstico, ésta se había transformado para él prácticamente en una nueva persona, y estaba entregado a ella sobre todo en su propia casa, lo cual, en cierto modo, daba más profundo sentido a dicha entrega. El señor Verver sintió interés en averiguar a qué punto podía llevarle aquella vinculación, en averiguar si incluso podía conducirle, haciendo con ello una prueba que sería agradable verificar, a aquello que Fanny Assingham había dicho, por lo menos, en lo tocante al cambio que una muchacha como aquélla podía comportar. En la actualidad, realmente Charlotte significaba un cambio en la simplificada existencia de los dos, un cambio considerable a pesar de que con nadie se la podía comparar como tan útilmente pudo compararla Fanny Assingham, por cuanto allí no estaba la señora Rance, ni Kitty, ni Dotty Lutche para ayudar a Charlotte a que causara la impresión de ser, según el diagnóstico de Fanny, genuina. Charlotte era decididamente genuina gracias a otras causas; el señor Verver se sintió incluso un poco divertido al pensar en la cantidad de maquinaciones que la señora Assingham había necesitado, al parecer, para ponerlo de relieve. Era directa e inmediatamente genuina, genuina en una

agradable, reducida e íntima escala, y en momento alguno lo era tanto como en aquéllos —a los que acabamos de referirnos sólo de soslayo— en que la señora Noble les causaba la impresión, cuando estaban los dos juntos, de que ella, la señora Noble, y sólo ella, era en la ausencia de la reina madre, la regenta del reino y la aya del heredero. Tratados en semejantes ocasiones como una pareja de inútiles y meramente honoríficos funcionarios de la corte, en el mejor de los casos, de pintorescos cortesanos hereditarios con la sola prerrogativa de petites entrées, aun cuando totalmente ajenos al Estado, que comenzaba y terminaba en las habitaciones del niño, no les quedaba más remedio que retirarse en sociabilidad rápidamente creciente a lo que les quedaba del palacio para digerir allí su dorada insignificancia y cultivar, con respecto a la verdadera Gobernadora, ironías cual nacidas entre pizca y pizca de rapé, propias de chambelanes rococó rodeados de figuras de perrillos falderos de porcelana.

Todas las noches, después de la cena, Charlotte Stant, sentada al piano tocaba para él sus piezas favoritas —que eran muchas— con una facilidad infalible, o sólo vacilaba un poco, a causa de un leve tarareo de la insegura voz del señor Verver, para volver enseguida a reafirmarse. Charlotte sabía tocarlo todo, siempre de manera extravagante, como ella afirmaba con insistencia, pero siempre, según el vago criterio del señor Verver, de la misma forma que, esbelta, sinuosa y fuerte, y dotada de ejercitada pasión, hubiera podido jugar al tenis, o bailar rítmica e incesantemente valses y valses. El amor del señor Verver por la música se basaba, a diferencia de sus otros amores, en cierto sentido de la vaguedad, pero mientras él, sentado en el sofá relativamente envuelto en penumbra, y fumando, fumando, siempre fumando, los cigarros de su juventud, cuyo hedor a tantos hechos estaba asociado; mientras, como digo, escuchaba el piano de Charlotte, en el que siempre faltaba la partitura pero, entre las velas encendidas, el cuadro era visible, la vaguedad se extendía a su alrededor como una alfombra sin límites, como una superficie deliciosamente suave sobre la que ejercer la presión de su interés. Era una manera de pasar el tiempo que, en cierto sentido, sustituía la conversación; pero, a pesar de todo, al final, el aire parecía rebosante de los ecos de una conversación. Se separaban en la casa silenciosa con cierta dificultad, aun cuando no de una manera claramente embarazosa, con velas cuyas llamas bailaban en los grandes espacios oscuros y, casi siempre, tan tarde que hasta el último solemne doméstico había ya recibido autorización para retirarse.

Un noche de finales de octubre, ya muy tarde, se formaron una o dos frases completas en el todavía móvil mar de otras voces, una o dos frases que a nuestro amigo le parecieron, incluso en aquel momento, un tanto extrañas, más altas y más redondeadas que todo sonido anterior; luego, el señor Verver se quedó en la sala, so pretexto de cerrar una ventana, después de despedirse de su amiga en el vestíbulo y de contemplar cómo, envuelta en la luz de la vela,

subía la escalinata. No sentía deseos de acostarse, sino otros muy concretos. En el vestíbulo se puso un sombrero y se echó una capa sobre los hombros. Después de encender otro cigarro, salió a la terraza por un balcón de la sala y estuvo allí paseando durante una hora, bajo las nítidas estrellas del otoño. Aquél era el lugar en que había paseado con Fanny Assingham al sol de la tarde. Volvió a sentir las sensaciones de aquel otro momento, las sensaciones de aquella sugerente mujer, como si, a pesar de la previa degustación que hemos insinuado, todavía no se hubieran producido. En un orden deslavazado, casi agitado, pensó en muchas cosas; la capacidad de agitarle que estos pensamientos tenían se debía en parte a su convicción de que tardaría en dormirse. En realidad, tuvo la impresión durante un rato de que no debía volver a dormir jamás, hasta que algo le ocurriera, hasta que recibiera cierta luz, hasta que se le ocurriera cierta idea, o cierta simple frase feliz que había comenzado a necesitar, pero que hasta el presente y, principalmente, desde ayer o anteayer, había buscado en vano a tientas. «¿Realmente podrá usted venir, si salimos temprano?». Esto era, prácticamente, todo lo que había dicho a la muchacha en el momento en que ésta cogía la vela para subir a su dormitorio. «¿Cómo no voy a poder, si no tengo otra cosa que hacer y además me gustaría inmensamente?» fueron las palabras que por parte de Charlotte dieron fin a la pequeña escena. En realidad, nada había ocurrido que pudiera llamarse así, ni siquiera la más leve sospecha, aun cuando el señor Verver, sin saber exactamente por qué, tuvo la impresión de que algo muy parecido a la amenaza de una escena se había producido cuando la muchacha se detuvo a mitad de la escalera para volverse hacia él y, mirándole desde lo alto, decirle que le prometía contentarse, por todo equipaje en aquel viaje, con una esponja y un cepillo para los dientes. De todas formas, mientras el señor Verver paseaba, se cernían a su alrededor impresiones que ya le eran familiares, así como dos o tres que le resultaban nuevas; la no menos vívida entre las primeras se relacionaba con aquella sensación que tenía de ser tratado con consideración, lo que había llegado a ser para el señor Verver, como hemos advertido anteriormente, uno de los menores incidentes de ser suegro. Hasta el presente había considerado que la composición de aquel bálsamo sólo Americo la poseía como si el secreto fuera un privilegio hereditario. Por lo tanto, ahora el señor Verver se descubrió a sí mismo en el trance de preguntarse si acaso tal secreto había llegado a conocimiento de Charlotte, que indudablemente lo poseía, gracias a habérselo dado a conocer amablemente el joven Príncipe. Fuera cual fuera la verdad, no cabía duda de que Charlotte utilizaba en beneficio de su tan discretamente agradecido anfitrión los mismos detalles de atención y consideración, y era igualmente maestra, con el mismo grado, en el regulado y complejo arte de colocarle en un lugar muy alto de la escala de importancias. Ésta era, incluso según el criterio del propio señor Verver, una manera torpe de expresar la similitud del agradable efecto que

cada una de aquellas dos personas producían en él, y ello le indujo a pensar durante unos instantes, tan sólo porque esta coincidencia en el buen hacer de uno y otra le inducía vagamente a relacionar o asociar a aquellos dos en cuanto hacía referencia a las tradiciones, la educación, el tacto o como se le quiera llamar. Casi parecía —en el caso de tener que expresar imaginariamente dicho vínculo entre Charlotte y el Príncipe— que Americo hubiera «adiestrado» un poco a su joven y común amiga, o que la hubiera incitado, o quizá simplemente que ésta, en una muestra más de la general perfección que Fanny tanto alababa en ella, hubiera observado provechosamente la placentera aplicación que el Príncipe hacía de su personal sistema durante el breve período en que tuvo la oportunidad de hacerlo antes de la partida de los viajeros. El señor Verver se preguntaba en qué consistía exactamente aquello en cuya virtud los dos se parecían en el modo de tratarle, se preguntaba de qué noble y difundido convencionalismo, en los casos en que la «importancia» exquisita no debía ser groseramente atribuida ni groseramente denegada, habían extraído su específica lección, pero la dificultad radicaba naturalmente en que no había manera de saberlo, a no ser que uno hubiera sido de veras un personaje semejante a papa, a rey, a par, a general o solamente a un elegante escritor.

Ante semejante pregunta, lo mismo que ante otras de parecida naturaleza cuando se le venían a las mientes, el señor Verver detenía sus pasos, apoyaba los brazos en el viejo pretil, y su mente se perdía en remotos pensamientos. Al igual que en muchas otras materias, tenía más de un parecer, y esto era precisamente lo que le indujo a buscar en su inquietud una idea agazapada en el vasto frescor de la noche, al impulso de la cual las disparidades se sometieran a fusionarse y, extendiéndose a sus pies, le causaran la impresión de flotar. Y descubrió que aquello que volvía constantemente a su mente, de modo harto inquietante, era la reflexión más profunda que cualquier otra de que al formar un nuevo e íntimo vínculo, forzosamente tendría que abandonar a su hija, o por lo menos alejarse notoriamente de ella. El señor Verver tenía que dar forma definitiva a la idea —lo cual era inevitable— de que había perdido a su hija al contraer matrimonio, debía dar forma definitiva a la idea de haber cometido un delito, o en el menor de los casos una impertinencia, que exigía dar una compensación y merecía enmienda. Y tanto más debía hacerlo cuanto que —éste era punto de suma importancia— debía adoptar las apariencias de hacerlo por causa del sentimiento, en realidad de la simple convicción experimentada y expresada por Maggie en su hermosa generosidad, de lo mucho que él había sufrido —en expresión exageradamente extravagante— por culpa de Maggie. Y si bien era cierto que ella lo expresaba con extravagante exageración, tampoco cabía negar que era sincera, por cuanto tenía su origen —que Maggie también expresaba con extravagante exageración— en la constante insistencia de pensar, sentir y hablar con

respecto a su padre como si se tratara de un hombre joven. Momentos había en los que Adam Verver vislumbraba, cuando oía hablar de esta manera a Maggie, expresando libremente sus sentimientos, lo que parecía el específico daño que su hija le había infligido y que consistía en que él tenía una infinidad de años por delante dedicados a gemir y gemir. Maggie había sacrificado a un padre, a un padre que era la joya suma entre los padres, que no era mayor que ella. El daño infligido por Maggie no habría tenido tanta importancia si el señor Verver hubiera tenido los años normales entre los padres. Que no fuera así, que el señor Verver fuera, por extraordinaria circunstancia, semejante y contemporáneo suyo era precisamente lo que hacía que el acto de Maggie tuviera tan larga estela de consecuencias. Por fin se hizo la luz en su mente, precisamente a consecuencia de su temor a inhalar aire helado en el jardín de la lozana espiritualidad de Maggie. Como si doblara una esquina de aquel laberinto en que se hallaba, vio la situación en que estaba con suma claridad, y con tan amplia perspectiva que se le cortó la respiración en maravillada reacción. Luego recordaría el modo en que en aquel preciso momento su percepción le pareció iluminar claramente todo el paisaje a su alrededor, la amplia terraza en la que se hallaba, las otras terrazas, con sus respectivos peldaños más abajo, los jardines, el parque, el lago, los bosques circundantes, como si todo estuviera bajo un sol de medianoche. En el transcurso de estos instantes todo le saltó a la vista como si se tratara de una vasta extensión de descubrimiento, como un mundo que parecía en su luminosidad extraordinariamente nuevo y en el que los objetos familiares hubiesen adquirido un carácter tan vívidamente individualizado que, como si se tratara de una sonora y hablada pretensión a la belleza, al interés, a la importancia, el señor Verver ignoraba a qué, le conferían una desorbitada suma de caracteres y una desorbitada estatura. Esta alucinación, o lo que fuera, fue breve, aunque duró lo suficiente como para dejar al señor Verver con la respiración jadeante. Sin embargo, el jadeo de admiración se había perdido ahora en la intensidad que tan deprisa le sobrevino, ya que la maravilla de lo ocurrido, porque de maravilla se trataba, consistió en la extraña demora de la visión. Durante los días anteriores el señor Verver había buscado y buscado, siempre a tientas, un objeto que se encontraba a sus pies, y que en su ceguera no vio debido a que lo buscaba estúpidamente más allá. Y el objeto que en todo momento había estado junto a él, ahora se encontraba ante su vista.

Tan pronto vio el objeto, todo quedó coherentemente unido. El punto en el que convergía toda aquella luz radicaba en que la totalidad de su futuro como padre consistía en hacer lo preciso para que Maggie se considerase de cada día menos culpable de haberle abandonado. Y no sólo no sería decentemente humano, decentemente posible, no hacer lo preciso para que Maggie gozara fácilmente de semejante alivio, sino que la idea le parecía algo más al señor Verver, ya que le parecía excitante, enaltecedora y causa de inspiración.

Además armonizaba de muy bella manera con lo que gracias a esta actitud llegaría a ser factible. La idea estaba allí ante él, enfrentándose con los medios materiales que la convertirían en realidad. Cómo se realizaría esta idea para poder infundir paz en el espíritu de su hija consistía en asegurar el futuro del señor Verver —es decir el futuro de su hija— mediante el matrimonio, mediante un matrimonio que fuera tan excelente, hablando en términos relativos, como el de su hija lo había sido. Mientras aspiraba esta medida de alivio el señor Verver también saboreaba el significado de sus recientes agitaciones. Se daba cuenta de que Charlotte podía ayudar, pero no sabía ver a qué podía ayudar. Cuando todo se aclaró tuvo sencillamente ante su vista el servicio que iba a prestar a su hija en relación con la disponibilidad de su joven amiga, y cuando la fresca oscuridad volvió a envolverle, había alcanzado ya la lucidez moral. Además, ya no era el caso de que la palabra encajara perfectamente, produciendo un clic, con el acertijo, sino que el acertijo encajaba con la palabra en toda su perfección. Bien hubiera podido ser que el señor Verver se hallara en la misma medida necesitado de ayuda y no tuviera a su disposición el remedio. Desde luego, si Charlotte no le aceptaba, el señor Verver se quedaría solo sin arreglo, pero comoquiera que todo encajaba armónicamente bien valía la pena intentar aquella solución. Grande sería el éxito —y éste fue el último latido de entusiasmo del señor Verver— si a la mitad del alivio que Maggie iba a experimentar le acompañaba el efecto producido por la sensación de felicidad que él sentía de momento. Realmente no podía recordar ningún día de su vida en que hubiera tenido más felices pensamientos. Pensar en aquel proyecto, refiriéndolo sólo a sí mismo, habría sido imposible, incluso teniendo en cuenta los sentimientos últimamente experimentados y reconociendo todos los méritos de aquella situación. Pero se daba la gran diferencia de que pensaba en aquel proyecto refiriéndolo a su hija.

Capítulo XII

Fue en Brighton, sobre todo, donde se manifestó esta diferencia. Durante los tres maravillosos días que el señor Verver pasó allí en compañía de Charlotte, comprendió en buena medida, aunque sin duda no completamente, los méritos de su majestuoso proyecto. Además, para empezar, mientras mantenía su visita en el debido lugar, sosteniendo firmemente con sus manos, como había sostenido a menudo para inspeccionarlo, un viejo y quebradizo búcaro o un cuadro de pátina reluciente, para que estuviera en correcta relación con la luz, las otras presunciones, las que obraban a su favor, las que eran independientes de aquello que él podría aportar, y que, en consecuencia,

tendrían carácter ineludiblemente vago hasta el instante en que él «hablara»; esto, decía, esta magnitud parecía multiplicarse a su parecer adquiriendo allí, en el fresco aire de Brighton y en su soleada costa, naturaleza tentadoramente palpable. En este período preliminar, al señor Verver le gustaba tener la impresión de que sabría «hablar» y de que hablaría. La palabra era romántica y para él tenía la virtud de oprimir el resorte que hacía surgir asociaciones con narraciones y obras teatrales en las que apuestos y ardientes jóvenes vestidos de uniforme, con ceñidas calzas, con capas y botas altas, la tenían en sus soliloquios siempre en los labios, y la idea, que tuvo el primer día, de que probablemente tendría que dar el gran paso antes de proceder a dar el segundo, ya le había inducido a decir a su joven amiga que deberían pasar allí más de una o dos noches. Tranquilo en lo referente al terreno que se extendía ante él, el señor Verver tenía el deseo de proceder paso a paso y creía con firmeza que realmente así lo hacía. Reiteradamente se le ocurría el pensamiento de que no actuaba en la oscuridad, sino en la dorada luz de media mañana, no con precipitación, ni agitación, ni frenesí, peligros estos que siempre se encuentran en la senda de la pasión propiamente dicha, sino con la premeditación de un plan proyectado, un plan que quizá no comportara tanta alegría como conlleva la pasión, pero que probablemente, en compensación a esa pérdida, estaba dotado de lo esencial e incluso de la decente dignidad de tener mayor alcance y prever un número más alto de contingencias. La «temporada», como suele decirse, se hallaba en su mejor momento y todos los elementos se conjugaban: el gran hotel azotado por los vientos, el salón de vida social con corrientes de aire, siempre atestado de «tipos», como Charlotte decía sin cesar, y estremecido por los ruidos de una barahúnda en la que la selvática música de las bandas de dorados instrumentos y músicos ataviados espectacularmente, bandas croatas, dálmatas y cárpatas, violentamente exóticas y nostálgicas, luchaban contra el perpetuo sonido del descorche de las botellas. Casi todo ello hubiera desconcertado a nuestros amigos, si no hubiera sido porque predominó la reacción de una alegre sorpresa. La noble intimidad de Fawns les había dejado —por lo menos en el caso del señor Verver— con una acumulada suma de tolerancia con la que absorber las estridencias y los vivos colores de las esferas públicas. El señor Verver, igual que Maggie y Fanny Assingham, había declarado que Fawns se hallaba fuera del mundo, puesto que ahora tenía a su alrededor, en el que incluso el mismísimo mar era un simple medio sonoro de excursiones y de formación de acuarios, le causaba una impresión tan rotunda en el centro de su consciente percepción que nada podía imaginarse más completo en lo tocante a representar el pulso de aquella vida de la que, en el hogar del señor Verver, y después de meditarlo largamente, habían llegado todos a la conclusión de que no debían olvidarla. Este pulso a la vida era lo que Charlotte, a su peculiar manera, había producido últimamente en el hogar del señor Verver, y en las actuales

circunstancias había ocasiones en las que dicho señor se consideraba en deuda con ella por su comportamiento, que tenía la virtud de ponerle en relación con lo que le rodeaba. Diciéndolo con ruda expresión, el señor Verver «se había traído» a Charlotte, pero acaso parecía que fuera ésta quien, con su mayor alegría, su más viva curiosidad e intensidad, su más rápida y más certera ironía, le llevara a él de un lado para otro y le mostrara el lugar. Al pensar en esto se daba cuenta de que en ningún momento de su vida había habido nadie que le hubiera llevado de aquí para allá, pues siempre fue él quien llevó a los otros, principalmente a Maggie. Esto pasó a formar parte rápidamente de una nueva experiencia para el señor Verver, marcando para él, como dirían otras personas con buen tino, una época en su vida, en realidad un nuevo y agradable orden, un halagado estado pasivo que bien podía llegar a ser —¿por qué no?— una de las comodidades del futuro.

El señor Gutermann-Seuss resultó ser, en el segundo día de estancia —ya que nuestro amigo había esperado un día—, un hombre joven, notablemente afable, indudablemente lustroso, que vivía en una casa pequeña y limpia en un barrio alejado del centro marítimo, en el mismísimo seno de su familia, como indicios notorios revelaban. Nuestros visitantes se vieron en la necesidad de entablar amistad, debido a la cercanía, con un numeroso grupo de señoras y señores, viejos y jóvenes, de niños, grandes y pequeños, todos los cuales les produjeron la impresión de estar ungidos para la hospitalidad en no menor grado que su anfitrión, y que, a primera vista, parecían hallarse reunidos para celebrar una fiesta de cumpleaños, un aniversario gregaria o religiosamente observado, aun cuando después cada cual quedó clasificado como miembro de un tranquilo círculo doméstico cuya personalidad quedaba preponderante y directamente determinada por su parentesco con el señor Gutermann-Seuss. Para la mirada de un observador indiferente, éste era simplemente un avispado y resplandeciente joven de menos de treinta veranos, impecablemente ataviado en todos los detalles, que entre su prole —once miembros en total, como confesó el señor Gutermann-Seuss sin pestañear, once caritas morenas con ojos de impersonal mirada flanqueando impersonales narices— agasajaba al gran coleccionista norteamericano a quien durante tanto tiempo había albergado la esperanza de llegar quizá a conocer y cuya encantadora acompañante, la bella, franca, familiar joven señora, con toda probabilidad la señora Verver, se fijaba en el hijo mayor que acababa de obtener su diploma de estudios, se fijaba en las obesas tías con pendientes, se fijaba en los relucientes tíos de aire familiar y anglosajón, de inimitable acento y apostura, con una actitud no tan refinada como la del actual jefe de la firma se fijaba en el lugar y en el tesoro exhibido, se fijaba en todo como si ello fuera una costumbre propia de una persona que sabía explicar en todo momento, gracias a una sabiduría bien adquirida en el curso de la vida, casi todo aquello que producía una impresión «rara». En aquel mismo instante el señor Verver comprendió

con toda claridad que aquella libertad de observación de su joven amiga, con la que recogía todo lo que a menudo resultaba divertido con extraordinaria rapidez, imprimiría a partir de aquel momento un cambio para el propio señor Verver, a las experiencias propias de las búsquedas de posibles valiosas piezas de coleccionista, al inquisitivo juego de su aceptada monomanía, cambio que probablemente transformaría la anterior en una más ligera y, en consecuencia, quizá más alborozadamente alegre, forma de deporte. De todas maneras, el señor Verver percibió estos prometedores indicios con suma viveza, cuando el señor Gutermann-Seuss, con una agudeza de percepción que al principio no parecía tener, invitó a la eminente pareja a pasar a otra estancia, ante cuya puerta el resto de la familia vaciló unánimemente y dejó de formar parte de la escena. El tesoro propiamente dicho estaba allí, allí estaban los objetos en cuyos méritos el señor Verver habíase sentido interesado; tales objetos reivindicaron rápidamente el derecho a suscitar la atención de tal caballero, sin embargo, ¿hasta qué punto de su pasado recordaba nuestro amigo, remontándose más y más, a cualquier lugar, pensando mucho menos en mercancías exhibidas ingeniosamente que en otras poco relevantes presencias? Los lugares como aquél no eran sorprendentes para el señor Verver cuando revestían las formas de burguesas salas interiores un tanto siniestras en sus tonos grises y tristes, a la luz del Norte, o de los hogares de falsarios en balnearios, o incluso cuando revestían formas menos, o quizá más, insidiosas. El señor Verver había estado en todas partes, había merodeado y había hurgado en los más diversos lugares; en algunas ocasiones había llegado incluso a arriesgar, creía él, la vida, la salud y la mismísima flor del honor, pero ¿en qué lugar, mientras eran extraídos objetos preciosos uno a uno de a menudo vulgares cajones cerrados con tres llaves o de suaves bolsas de viaje de seda oriental, y dispuestos espectacularmente ante él, había desperdigado conscientemente la atención como hacen las mentes vagas?

No, el señor Verver no dio muestras de lo que le estaba ocurriendo, y esto lo sabía muy bien. Pero inmediatamente advirtió dos cosas, y una de ellas quedó mermada en su dulzura debido a la confusión. Realmente el señor Gutermann-Seuss, en aquel momento culminante, en el momento de mostrar sus cartas, se comportaba de una manera rara. Era un perfecto maestro en el arte de saber lo que no debía decir a un personaje como el señor Verver, aun cuando la particular importancia de prescindir de las palabras ociosas invistiera sus movimientos, su repetido acto de pasar por entre un impersonal meublé de caoba y una mesa tan virtuosamente discreta que incluso parecía notable por el recatado aire que tenía bajo el mantel de algodón de marchito castaño y añil, que sugería recuerdos de patriarcales tés. Los azulejos damascenos, despojados sucesivamente de su envoltorio y mostrados tan tiernamente, se hallaban allí en su pletórica armonía y venerable esplendor, pero el tributo de apreciación y de decisión había quedado reducido hasta tal

punto que poco faltaba para que se pudiera calificar de negligencia, tratándose de un hombre que siempre había tenido en cuenta, sin avergonzarse de ello, el intrínseco encanto de lo que se ha dado en llamar comentario y discusión acerca del objeto. El infinitamente antiguo, el inmemorial vidriado azul amatista, sobre el que echar el aliento parecía tan impropio como hacerlo en la mejilla real, esa propiedad del ordenado y armónico despliegue llevaba inevitablemente todo el poder de determinación para el señor Verver, pero la sumisión de éste fue, quizá por primera vez en su vida, adoptada solamente por la rapidez mental, proceso que de todos modos, y a su manera, fue tan armonioso como la perfección recibida y admirada, pero el resto de su ser estaba entregado al conocimiento previo del que dentro de una hora o dos «hablaría». En consecuencia, la quema de sus naves esperaba tan cerca de él que no le permitía dar el debido tratamiento a aquella oportunidad con sus dedos habitualmente firmes y sensibles, quedándose prendado con la predominante personalidad de Charlotte, ante el hecho de que estuviera allí exactamente como estaba, capaz, al igual que también lo era el señor Gutermann-Seuss, de la justa felicidad del silencio, aun cuando con envolvente facilidad, que daba a las aplazadas críticas la fragancia propia del goce prometido a un hombre por su amante o el del ramo de novia pacientemente sostenido a espaldas de la desposada. Sin duda alguna, ésta era la única manera en que el señor Verver podía explicar el que se hubiera sorprendido a sí mismo en el acto de pensar gozosamente en tantas cosas diferentes a la felicidad de su compra y a la elevada cifra consignada en el cheque, y sólo así podía explicar que, después, al regresar a la estancia en la que habían sido anteriormente recibidos, y al recibir de nuevo el agasajo de la tribu, se sintiera totalmente inmerso en el gozoso ambiente formado por la libre reacción de la muchacha ante las colectivas caricias de todos los brillantes ojos y por su afable aceptación de un pedazo de amazacotado pastel y una copa de vino de Oporto que, como luego la propia Charlotte observó, añadió a la transacción el toque final de místico rito de antiguo judaísmo.

Este comentario lo hizo Charlotte cuando los dos se alejaban, caminando junto al atardecer, de vuelta a las orillas del mar acariciado por la brisa, de regreso al bullicio, al rumor y a la agitación, a los esplendentes escaparates que ponían la sonrisa de la oferta en la máscara de la noche. Caminando de esta manera, según la impresión del señor Verver, se acercaban más al lugar en que éste debía quemar sus naves, y entretanto él tenía la certeza de que el rojo resplandor en aquella armoniosa hora daría colorida grandeza a su buena fe. También constituía un síntoma de la clase de sensibilidad que, en ocasiones, se manifestaba en él —aunque tal verdad parezca fabulosa— el que viera un vínculo sentimental, una obligación de delicadeza, o incluso quizá uno de los castigos de lo opuesto, en haber sometido a Charlotte a la luz del Norte, a la correcta, perfecta y dura luz del ámbito de los negocios, de aquella habitación

en la que habían estado los dos solos en compañía del tesoro y del propietario del tesoro. Charlotte había prestado atención a la cuantía de la suma que el señor Verver era capaz de mirar cara a cara. Habida cuenta de la relación de intimidad que ya tenía con éste, el hecho de que aceptara sin intervención alguna el estremecimiento que en el aire produjo la alta cifra pagada hirió al señor Verver, desde el mismo instante en que Charlotte protestó tan poco como tan pocas disculpas pidió el señor Verver, de que estaba obligado a hacer una cosa más. Un hombre de decentes sentimientos no se desprende de su dinero, en semejante cantidad y de semejante manera, en presencia de una muchacha pobre, de una muchacha cuya pobreza era, en cierta manera, la base gracias a la cual gozaba de la hospitalidad del señor Verver, sin ver en ello lógicamente una aneja responsabilidad. Y no dejó de seguir siendo así por el hecho de que veinte minutos después, cuando el señor Verver ya había aplicado la antorcha encendida, y lo hizo con uno o dos signos de insistencia, los resultados inmediatos no fueron de claro significado. Estando los dos sentados en un banco apartado, el señor Verver había hablado, había reparado en el curso de sus paseos con Charlotte, que lo había tenido muy presente en su memoria, durante el cuarto de hora que precedió a estos momentos. Sí, aquél era el lugar al que, entre intensas detenciones a más intensos avances, había llevado a Charlotte en constante rumbo. Bajo la solidez del gran acantilado sobre el que se encaramaba arquitectónicamente la ciudad de estuco, con el rumor de la playa y la marea alta y las frías estrellas allá arriba y al frente, dominaba la sensación de serena seguridad de la población, manifestada en los faroles, en los bancos, en las sillas, en los senderos con losas, sensación que también envolvía en lo alto el apretado barrio de una densa comunidad social que, en aquellos momentos, se disponía una vez más a poner los platos en la mesa.

A mi parecer, hemos gozado juntos de unos días tan dichosos que albergo la esperanza de que no la sorprenderá en exceso que le pregunte si puede usted pensar en mí satisfactoriamente como marido.

Como si el señor Verver hubiera sabido que Charlotte no le contestaría apresuradamente, ya que no podía hacerlo sin perder el grácil carácter de su compostura, o no quería hacerlo, añadió unas cuantas palabras más, igual que si hubiera considerado que éste sería su deber al pensar en aquella escena por anticipado. Ya había formulado la pregunta que no le permitía en manera alguna echarse atrás, y lo que a continuación dijo vino a ser como si de nuevo avivara el fuego para asegurar la llama.

—Lo que acabo de decir no es para mí la expresión de repentinos sentimientos; en ciertos momentos me he preguntado si usted no lo veía venir. He avanzado en esta dirección desde que salimos de Fawns, y aquí he llegado a este punto.

Hablaba despacio, dando a Charlotte tiempo para pensar como él quería. Y

con más razón todavía había hablado despacio debido a que Charlotte le miraba fijamente, lo cual producía el efecto, agradándole sobremanera, de favorecer aún más el aspecto de Charlotte, consecuencia importante y, por el momento, dichosa. Charlotte no causaba la más leve impresión de estar sorprendida, sino que el señor Verver, al observarla, la advirtió embargada por una hermosa humildad, de modo que estaba dispuesto a darle cuanto tiempo quisiera.

Dijo:

—No debe usted creer que olvido que no soy joven.

—No, no es eso. La vieja soy yo. Usted es joven.

Ésta fue la primera respuesta de Charlotte, dada en el tono propio de haber esperado el tiempo preciso antes de contestar. Realmente, sus palabras no fueron exacto reflejo de la realidad, pero sí fueron amables, y esto era lo que el señor Verver deseaba principalmente. En las palabras siguientes, Charlotte se mantuvo fiel a la amabilidad sin alterar su voz clara y baja, ni su rostro de franca expresión:

—A mi parecer, estos días han sido verdaderamente dichosos. Difícilmente podría estar agradecida a estos días si, por haber sido como han sido, no nos hubieran llevado, más o menos, a la presente situación.

En cierta manera, el señor Verver tuvo la impresión de que Charlotte mediante estas palabras había avanzado un paso hacia su encuentro, pero que al mismo tiempo no se había movido. Sin embargo, por lo menos significaban, sin la menor duda, que Charlotte pensaba grave y razonablemente, y esto era lo que el señor Verver deseaba que hiciera. Si pensaba lo suficiente, sin duda llegaría a pensar de la manera que a él le convenía. Charlotte prosiguió:

—A mi juicio, es usted quien debe estar seguro de lo que dice.

—Estoy perfectamente seguro. En asuntos importantes, jamás hablo cuando no lo estoy. En consecuencia, si usted es capaz de enfrentarse con la unión de que le he hablado, no debe preocuparse en absoluto.

Una vez más, Charlotte guardó silencio, de manera que causaba la impresión de enfrentarse con aquella perspectiva, mientras a la luz de los faroles y del ocaso, y con la caricia del suave y leve húmedo viento del Sureste, fijaba la mirada sin disimulo en los ojos del señor Verver. Sin embargo, al cabo de otro minuto sólo había meditado hasta el punto de poder decir:

—No voy a pretender hacer creer que yo piense que el casarme no sea una cosa buena, buena para mí, quiero decir.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Sí, debido a que estoy terriblemente sola, sin familia. Me gustaría no andar tanto a la deriva. Me gustaría tener uh hogar. Me gustaría tener una vida propia. Me gustaría tener motivos para hacer una cosa en vez de hacer otra, sentirme obligada por algo que no fuera yo misma.

Con tal sinceridad que incluso parecía revelar dolor pero, al mismo tiempo, con tal lucidez que casi representaba sentido del humor, añadió:

—En realidad, y creo que usted lo sabe, quiero casarme… Bueno, es la condición…

En tono vago, el señor Verver preguntó:

—¿La condición?

—Quiero decir el estado. No me gusta mi estado. Ser una «señorita» es terrible, salvo para una dependienta de comercio. No quiero llegar a ser una horrible solterona inglesa.

—Comprendo, quiere que alguien cuide de usted. Pues bien, yo me encargaré de ello.

Sonriendo, Charlotte repuso:

—Pues sí, me atrevo a decir que se trata de eso. Ocurre que no veo por qué razón, a fin de conseguir esto a que me estoy refiriendo, es decir, escapar sencillamente de mi estado, necesito recurrir a algo tan importante.

—¿Algo tan importante como casarse conmigo, quiere decir?

La sonrisa de Charlotte expresaba auténtica franqueza cuando dijo:

—Con menos podría conseguir lo que deseo.

—¿Piensa que soy demasiado para usted?

—Sí, creo que es muchísimo.

Inmediatamente después, el señor Verver tuvo la impresión de que Charlotte se estuviera portando con él con suma dulzura, lo que le indujo a pensar que ya había avanzado un gran trecho en su camino. Pero, luego, de repente, le pareció que allí había algo que no armonizaba, una deficiencia quizá, algo que él no podía concretar, por lo que quedó desorientado sin saber cuál era la posición de los dos. En ese momento, en su conciencia apareció el hecho indiscutible de la disparidad entre uno y otro. Sí, él hubiera podido ser su padre. Entonces dijo:

—Desde luego, esto me perjudica. No soy la persona naturalmente idónea para emparejar con usted, no soy el ser ideal de su juventud y su belleza. Tengo ese inconveniente, además, de que usted siempre me ha visto, cosa natural, bajo otro punto de vista.

Pero Charlotte movió tan lentamente la cabeza que su contradicción fue suave, casi triste, en realidad por tener que ser tan completa; el señor Verver, antes de que Charlotte hablara, ya tuvo vaga conciencia de una objeción, en comparación con la cual la que él había formulado resultaba leve, por lo que la de ella tenía que ser extrañamente profunda. Ésta dijo:

—No me comprende. El problema está en todo lo que usted tiene que hacer. En eso pensaba.

Bueno, en ese caso, no había problema. El señor Verver dijo:

—Pues no siga pensando en eso. Sé perfectamente qué es lo que debo hacer.

Pero ella volvió a negar con un movimiento de cabeza:

—Dudo que lo sepa. Dudo incluso que pueda llegar a saberlo.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no, cuando la he conocido toda mi vida? El hecho de que sea viejo comporta por lo menos esta ventaja, la ventaja de conocerla de toda la vida.

Charlotte Stant preguntó:

—¿Cree que me ha «conocido»?

El señor Verver vaciló; el tono de la voz de Charlotte y la expresión de su rostro le habían inducido a dudar. Sin embargo, esto con todo lo demás, juntamente con su firme propósito, con el hecho consumado, con el hermoso resplandor rosado proyectado hacia adelante, en sus barcos, detrás de él, definitivamente ardiendo y resquebrajándose, esto le impulsaría con más fuerza que cualquier advertencia de Charlotte pudiera hacer para contenerle. Además, todo lo que ella era quedaba plenamente iluminado en beneficio del señor Verver por un rosado resplandor. No era un temerario, pero, por ser hombre de bien templado ánimo, no se asustaba fácilmente. Dijo:

—Si acepto lo que usted acaba de decir, ¿acaso no es ello la más poderosa razón que pueda tener para desear saber cómo es usted?

Charlotte, que le había estado mirando en todo momento, como si con ello quisiera manifestar su sinceridad, aunque al mismo tiempo y de extraña manera le pidiera también clemencia, ahora dijo:

—¿Cómo podrá decir que desea saber, cuando antes decía que ya lo sabía?

La frase fue ambigua, y la propia Charlotte vino a reconocerlo al añadir:

—Quiero decir que cuando se trata de saber, a veces se llega a saber cuando ya es demasiado tarde.

El señor Verver contestó con notable rapidez:

—Creo que el hecho de que usted diga estas cosas es causa de que me guste todavía más.

Después de una pausa, añadió:

—Del hecho de que usted me guste debiera usted misma sacar consecuencias provechosas.

—Ya lo hago. Las saco todas. Pero ¿está usted seguro de haber utilizado todos los restantes medios?

Realmente estas palabras dejaron al señor Verver con la mirada un tanto desorbitada:

—¿A qué otros medios se refiere?

—Usted tiene muchos más medios para ser amable que cualquier persona que yo haya conocido en mi vida.

—En ese caso, estime que pongo todos mis medios a su disposición.

Charlotte le miró largamente, como si con ello quisiera hacer lo preciso para que el señor Verver no pudiera decir que no le había dado tiempo o que Charlotte había retirado de su vista una sola pulgada de su apariencia. Ésta, por lo menos, estaba plenamente visible. La figura de Charlotte parecía representar un ser extrañamente consciente, lo cual afectaba al señor Verver, aunque en un sentido que difícilmente podía determinar, pero del que sí sabía que suscitaba en él, en líneas generales, el sentimiento de la admiración. El señor Verver dijo:

—Está usted dotada de una honradez absolutamente impecable.

—Ésta es la manera en que quiero comportarme.

Después de decir estas palabras, Charlotte añadió:

—No comprendo por qué encuentra usted a faltar algo. No comprendo por qué no es usted feliz tal como está.

Después de una pausa, prosiguió:

—No puedo preguntarme a mí misma, ni puedo preguntarle a usted, si realmente goza de tanta libertad como su universal generosidad induce a creer. ¿No deberíamos pensar un poco en los demás? ¿No deberíamos, por un deber de lealtad, o al menos de delicadeza, pensar en Maggie?

Después de estas palabras, con tensa dulzura, como si no quisiera causar la impresión de que estaba dándole lecciones de deber, explicó:

—Maggie lo es todo para usted, siempre lo ha sido. ¿Está seguro de que en su vida hay sitio para otra…?

—¿Para otra hija? ¿Es eso lo que quería decir?

Charlotte, al dejar inacabada la frase, por poco tiempo dejó la conversación interrumpida, ya que el señor Verver se apresuró a hacer la pregunta antes consignada. De todas maneras, no desconcertó a Charlotte Stant, quien replicó:

—Para otra mujer joven, de una edad muy parecida a la de Maggie, con quien ha tenido siempre una relación muy diferente a aquella que con ella tendría si usted y yo nos casáramos. Para otra compañera.

Casi con fiereza, el señor Verver preguntó:

—¿Es que un hombre no puede ser, en toda su vida, otra cosa que padre?

Pero sin darle tiempo para contestar prosiguió:

—Habla usted de cambios, pero esos cambios ya se han dado, y eso nadie lo sabe mejor que Maggie. Tiene plena conciencia del cambio que produjo con su matrimonio. Del cambio que ello comportó, en lo que a mí respecta, quiero decir. Piensa constantemente en ello. Este pensamiento no le permite vivir en paz ni un momento.

Después de una pausa, el señor Verver explicó:

—En consecuencia, lo que intento es poner en paz el espíritu de Maggie con usted. Solo no puedo hacerlo, pero con la ayuda de usted, sí. Usted puede conseguir que Maggie vuelva a ser feliz, en cuanto a mí se refiere.

Pensativa, Charlotte dijo:

—¿En cuanto a usted se refiere? Pero ¿qué puedo hacer yo, en cuanto a Maggie concierne?

—Bueno, si Maggie está tranquila respecto a mí, todo lo demás se dará por añadidura. El caso está en sus manos, Charlotte. Usted puede quitar de su cabeza la idea de que me ha abandonado.

Ciertamente se podría calificar de interés aquello con lo que el señor Verver había conseguido iluminar la cara de Charlotte, que resaltaba todavía más la honradez de la joven, pues tal interés se centraba ahora en enterarse de los distintos pasos por los que el señor Verver había llegado a convencerse. Charlotte preguntó:

—Si usted se ha sentido atraído por una persona como yo, ¿no revela eso que realmente se sentía abandonado?

—Bueno, estoy dispuesto a reconocerlo si al mismo tiempo se acepta que me siento consolado.

Charlotte preguntó:

—Pero ¿realmente se ha sentido así?

Él vaciló:

—¿Consolado?

—No, abandonado.

—No, no me he sentido abandonado. Pero eso es lo que Maggie piensa.

Con estas palabras vino a decir que bastaba con que Maggie tuviera ese pensamiento. Sin embargo, esta explicación de sus motivos le pareció en el mismo instante quizá un tanto débil, por lo que decidió matizarla un poco:

—Y caso de que esto sea lo que yo pienso, resulta que me gusta el resultado final de mi pensamiento.

—Es muy hermoso, es maravilloso, pero ¿no cabe la posibilidad de que no sea razón suficiente para contraer matrimonio conmigo?

—¿Y por qué no ha de ser suficiente, hija mía? ¿Acaso el pensamiento de un hombre no es lo que normalmente decide su matrimonio?

Al meditar estas palabras, Charlotte causó la impresión de que quizá la cuestión planteada era de excesiva magnitud o, por lo menos, una ampliación del asunto del que estaban tratando. Dijo:

—¿No depende mucho de la clase de matrimonio de que se trate?

Charlotte había dicho estas palabras para indicar que los pensamientos y las ideas acerca del matrimonio pueden variar, después de lo cual, sin embargo, y sin apenas hacer una pausa, abordó otra cuestión:

—¿No cree que me ha hablado de una manera que parece que yo tenga que considerar su oferta pensando en Maggie? De todas las maneras, no creo que ella se tranquilice al aceptar yo su propuesta, ni tampoco creo que necesite tranquilizarse.

—¿Cree usted que no significa nada el que Maggie se mostrara tan dispuesta a dejarnos solos?

¡No, no, al contrario, para Charlotte aquello tenía un gran significado!

—Maggie se mostró dispuesta porque tenía que estarlo. Desde el instante en que el Príncipe manifestó sus deseos de irse, lo único que Maggie podía hacer era acompañarle.

—Perfectamente, de modo y manera que, si usted acepta, Maggie podrá «acompañar al Príncipe» en el futuro siempre que quiera.

Charlotte meditó unos instantes como si analizara en interés de Maggie el privilegio anunciado por el señor Verver, y el análisis dio lugar a una modesta

concesión:

—¡Desde luego, ha trazado usted bien sus planes!

—Naturalmente, esto es exactamente lo que he hecho. Durante mucho tiempo, nada ha habido en la vida de Maggie que la haya hecho tan feliz como el que usted se quedara aquí conmigo.

—Debía quedarme con usted para que Maggie se fuera tranquila.

Adam Verver comentó con voz recia:

—Efectivamente, gracias a eso se ha ido tranquila. Y si lo pone en duda, lo único que tiene que hacer es preguntárselo.

Sorprendida, la muchacha dijo:

—¿Preguntárselo? ¿A Maggie?

—Exactamente. Y añada que se lo pregunta porque no cree lo que yo le digo.

Charlotte se resistió:

—¿Quiere decir que le escriba una carta preguntándoselo? —Ni más ni menos. Inmediatamente. Mañana mismo. Charlotte Stant dijo:

—No creo que pueda escribirle en ese sentido.

Divertida por la diferencia de matiz que expresaba con sus palabras, añadió:

—Cuando le escribo, le hablo del apetito del Principino y de las visitas del doctor Brady.

—Bueno, pues en ese caso pregúnteselo cara a cara. Iremos a París y allí nos reuniremos con ellos.

Al oír estas palabras, Charlotte se levantó con un movimiento que fue como un grito. Pero el sentido que expresó sin palabras quedó anulado mientras la muchacha estaba en pie con la vista fija en el señor Verver, que todavía seguía sentado, como si quisiera que esta posición le ayudara un poco a impulsar su petición hacia lo alto. Sin embargo, en estos instantes una nueva impresión dominaba el ánimo de Charlotte, quien cubrió amablemente al señor Verver con sus palabras:

—Realmente creo que le gusto.

Adam Verver repuso:

—Muchas gracias. ¿Formulará personalmente a Maggie la pregunta que le he dicho?

Charlotte volvió a vacilar:

—¿Quiere usted decir yendo los dos a París para reunirnos con ellos? —Sí, tan pronto como podamos regresar a Fawns. Y les esperaremos el tiempo que sea necesario hasta que se reúnan con nosotros.

—¿Les esperaremos en Fawns?

—En París. Será una estancia muy agradable.

—Me lleva usted a lugares muy agradables y me hace proposiciones maravillosas.

—Es usted quien da carácter agradable a los lugares. ¡Incluso Brighton!

Casi con ternura, Charlotte protestó:

—Y en estos momentos, ¿qué es lo que transformo en agradable?

—Me ha prometido lo que yo deseaba que me prometiera.

Poniéndose en pie, insistió:

—¿Acaso no me ha prometido comportarse de acuerdo con lo que Maggie le diga?

Pero Charlotte quería saber más:

—¿Quiere decir que Maggie me pedirá lo mismo que usted?

Estas palabras le dieron, como si se tratara de una transmisión de pensamiento, la impresión de que lo correcto era estar seguro. Pero ¿realmente estaba seguro? El señor Verver dijo:

—Maggie hablará con usted y hablará por mí.

Estas palabras, por fin, parecieron dejarla satisfecha:

—Muy bien. ¿Está de acuerdo en que no volvamos a tratar de este asunto hasta que Maggie haya hablado conmigo?

El señor Verver, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y los hombros expresivamente alzados, daba muestras de cierto desencanto. Sin embargo, poco tardó en recuperar totalmente su amabilidad, y su paciencia fue ejemplar. Sonriendo, dijo:

—Desde luego, le daré tiempo. Especialmente si tenemos en cuenta que será tiempo que usted pasará en mi compañía. Seguir juntos quizá le permita ver con claridad. Quiero decir, ver lo mucho que la necesito.

—Por el momento, ya veo claramente que usted se ha convencido de ello.

Dichas estas palabras, Charlotte tuvo que insistir en algo que ya había dicho anteriormente:

—Pero, por desdicha, no todo estriba en eso.

—En este caso, ¿cómo conseguirá usted que Maggie quede satisfecha?

Como si la palabra tuviera muy largo alcance, Charlotte repitió:

—¿Satisfecha?

Y en tono aún crítico, exclamó en un murmullo:

—¡Oh…!

Y los dos emprendieron el camino de regreso.

Capítulo XIII

Una semana después, hallándose ya en París, Adam Verver habló a Charlotte una vez más de aquella espera, aunque el ejercicio de la paciencia no fue doloroso para él. Había escrito a su hija, y no desde Brighton, sino inmediatamente después de haber regresado a Fawns, en donde sólo pasaron cuarenta y ocho horas, para emprender luego su viaje. La contestación de Maggie a la carta de su padre fue un telegrama remitido desde Roma que entregaron al señor Verver al mediodía de su cuarta jornada de estancia en París, telegrama que hizo llegar a Charlotte, quien se encontraba sentada en aquellos momentos en el salón del hotel, en donde habían acordado reunirse para ir a almorzar juntos. La carta que el señor Verver escribió en Fawns —carta de varias páginas, escrita con lúcida y casi triunfal intención de informar sin reserva alguna— no dio resultado cuando puso manos a la obra, y no sin cierta sorpresa por su parte; el documento era de fácil redacción, incluso teniendo en cuenta lo que, a este respecto, su clara conciencia de la importancia del texto le había inducido a suponer. Sin embargo, debido totalmente a razones que se hallaban latentes de forma natural en aquel acervo de percepciones, incorporó al mensaje una parte de la impaciencia que sentía. Por el momento, el principal resultado de la conversación antes reseñada había consistido en cierto cambio en la actitud del señor Verver en relación con su joven amiga, así como cierto cambio, igualmente perceptible, en la actitud de Charlotte con respecto a él. Y todo a pesar de que el señor Verver no había renovado su empeño de «hablar» con Charlotte, ni siquiera para decirle que había despachado su misiva a Roma. La delicadeza, una delicadeza todavía más hermosa, toda la delicadeza que Charlotte pudiera desear, imperaba en la relación entre los dos, por ser lógico que en su actual situación, Charlotte no tuviera mayores motivos de preocupación hasta el momento en que Maggie la hubiera tranquilizado.

Sin embargo, fue precisamente en París —ciudad que representó para ellos algo parecido a un Brighton multiplicado por mil— donde la delicadeza creó entre el señor Verver y su amiga la tensión, la sensación de expectativa, lo que él habría accedido a denominar provisional peculiaridad de sus presentes circunstancias. Estos elementos ejercían su propia acción, imponiendo y comportando, bajo un mismo título, buen número de abstenciones y precauciones, abundantes ansiedades y prevenciones, todo lo cual el señor Verver no habría sabido cómo expresar pero que, en todo momento, imponía a los dos una aceptación de su realidad presente. El señor Verver esperaba en compañía de Charlotte que otra persona viniera en su ayuda, a pesar de que, por lo que ya había ocurrido, los dos se hallaban en una situación que la capacidad de otra persona no podía atenuar ni agravar. Sobre esta base, los comunes convencionalismos —y esto era lo raro— merecían mayor atención, y se trataba precisamente de los convencionalismos que, antes de la conversación en el paseo de Brighton, el señor Verver había olvidado con gran placer por su parte. La explicación se hallaba, suponía el señor Verver —o así lo habría imaginado si no se hubiese sentido tan inquieto—, en que París, a su manera, emitía voces y advertencias más profundas, de modo que, si uno se descuidaba un poco, por todas partes se abrían trampas que la vista percibía cubiertas de flores, invitando a más y mayores descuidos. En el aire se insinuaban extrañas formas y cabía la posibilidad de que uno se uniera a ellas antes de que se diera cuenta. Como el señor Verver no quería unirse a ninguna forma, sino sólo revestirse de la de un caballero dispuesto a jugar con perfecta limpieza todos los juegos que en la vida tuviera que jugar, se descubrió a sí mismo al recibir el mensaje de Maggie, alborozándose, no sin cierta incongruencia. La comunicación que el señor Verver dirigió a su hija le había costado, en el momento de redactarla, el que su propia pluma le pinchara dolorosamente diversas partes de su persona —su personal pudor, la imagen que él tenía del estado de preparación en que su hija se encontraba para tan súbito cambio, y muchas otras—, y quizá por esto ansiaba que la demora se redujera y que se produjeran las rápidas transiciones que la inminente llegada de la pareja prometía. A fin de cuentas, cierto matiz ofensivo había en el hecho de que un hombre de su edad tuviera que estar pendiente de ajena aprobación. Desde luego, Maggie estaba tan lejos como Charlotte de desear que esta situación se produjera y, por su parte, Charlotte estaba tan lejos como Maggie de tratar a la ligera el valor real que el señor Verver tenía de sí mismo. En resumen, el generoso rigor de conciencia de su pobre hija tenía nervioso al señor Verver.

De todas maneras, estas vacilaciones espirituales del señor Verver iban emparejadas con la gran alegría que experimentó al avistar el final de aquella dura prueba que significaba el final del período en el que parecía aceptar que las dudas y los interrogantes eran pertinentes. Cuanto más pensaba en la

cuestión, más convencido estaba de que en verdad aquellas dudas e interrogantes solamente eran feos. Ahora estimaba que habría soportado mucho mejor que Charlotte le hubiera dicho con toda sencillez que él no le gustaba. Desde luego, no se habría alegrado, ni mucho menos, pero lo habría comprendido perfectamente y, a regañadientes, lo habría aceptado. Pero el señor Verver gustaba a Charlotte, ya que nada había dicho o hecho Charlotte que negara lo anterior, con lo cual el señor Verver se sentía inquieto no sólo en lo que le concernía a él mismo sino también en lo que afectaba a su joven amiga. Charlotte le miró fijamente en el momento en que le entregó el telegrama que había recibido; esta mirada, por el oscuro y tímido temor que el señor Verver imaginó había en ella, le proporcionó quizá el mejor momento de convencimiento de que, como hombre, realmente gustaba a la muchacha. Él nada dijo, por cuanto las palabras del telegrama expresaban más de lo que habría podido decir, y quedaron todavía mayormente realzadas cuando Charlotte, que se había levantado al ver que el señor Verver se le acercaba, las leyó en un murmullo:

—«Emprendemos viaje esta noche para aportaros todo nuestro amor, alegría y comprensión».

Allí estaban las palabras. ¿Qué más quería Charlotte? Sin embargo, al devolverle la hojita desplegada, no dijo que fueran suficientes, y al instante advirtió que el silencio de Charlotte probablemente no era ajeno al hecho de haber palidecido visiblemente. Sus ojos extremadamente bellos, como el señor Verver aseguraba que los había considerado siempre, resplandecían al mirarle con un color todavía más oscuro al contrastar con la palidez de la cara y, con ello, Charlotte había adoptado una vez más su evidente manera de someterse, gracias a una explícita honestidad y a su voluntad de tratar cara a cara con el señor Verver, al juicio que él se formara con toda libertad, incluso con rudeza, de la impresión que le causara a él. Tan pronto se dio cuenta de que la emoción era lo que la tenía reducida al silencio, advirtió también que estaba profundamente conmovido, pues ello demostraba que, a pesar de que Charlotte se había abstenido de manifestarlo, había aguardado albergando hermosas esperanzas. Quedaron así en silencio durante unos instantes, mientras el señor Verver se daba cuenta, por el signo antes dicho, de que ciertamente gustaba a Charlotte lo suficiente, gustábale lo bastante como para, a pesar de estar siempre presto a calificarse de viejo, hacerle experimentar una sensación de placer.

Este placer determinó que fuera el primero en hablar.

—¿Comienza a convencerse, aunque sólo sea un poco?

A pesar de todo, Charlotte aún tenía problemas en qué pensar:

—¿Lo ve? Hemos turbado su paz. ¿A santo de qué ponerse en marcha así,

tan precipitadamente?

Adam Verver dijo:

—Porque quieren felicitarnos, quieren contemplar nuestra dicha.

Charlotte volvió a meditar, en esta ocasión también y desde el punto de vista del señor Verver, del modo más evidente posible, y, por fin, Charlotte dijo:

—¿Hasta ese punto se han impresionado?

—¿Le parece demasiado?

Charlotte siguió pensando en voz alta:

—Tendrían que haberse quedado una semana más.

—Bueno, ¿y qué? ¿Acaso nuestra situación actual no merece este pequeño sacrificio? Tan pronto como usted lo desee iremos a Roma con ellos.

Estas palabras parecieron tener el efecto de frenar a la muchacha, tal como el señor Verver la había visto frenada anteriormente, y un poco inescrutable, por sus alusiones a lo que podrían hacer juntos en tal o cual ocasión. Charlotte dijo:

—¿Y quién se beneficia de este merecido pequeño sacrificio? Nosotros, naturalmente. Queremos verlos por nuestras propias razones. Esbozó una vaga sonrisa y añadió:

—Mejor dicho, por las razones de usted.

Valerosamente, el señor Verver declaró:

—¡Y usted también desea verlos, querida!

Después de unos instantes, Charlotte reconoció con harta espontaneidad:

—Es cierto, también yo quisiera verlos. Sin embargo, para nosotros algo depende de esta visita.

—Y tanto… Pero no es menos cierto que no se puede decir que para ellos no dependa nada de esta visita.

—¿Qué es lo que puede depender de esta visita para ellos, cuando es evidente que no quieren contrariarnos? Esto es lo que me pregunto. Comprendería que se apresuraran a venir con el fin de evitar nuestras posibles decisiones. Pero ese entusiasmo que tan poco puede esperar, esa intensa ansia, confieso que me intriga un poco.

Después de una pausa, Charlotte añadió:

—Quizá me considere suspicaz y poco considerada, pero estimo que el

Príncipe no puede desear venir tan pronto. El Príncipe ansiaba intensamente irse.

Después de pensar, el señor Verver observó:

—¿Acaso no se fue y no ha estado fuera?

—Sí, pero sólo el tiempo preciso para comenzar a disfrutar de su viaje. Además, puede muy bien darse el caso de que el Príncipe no coincida con el optimista parecer que nuestra situación merece a Maggie, según usted. Es muy posible que, hasta el momento, el Príncipe no haya considerado como una posibilidad normal y corriente el que usted diera a su esposa una flamante madrastra.

Al escuchar estas palabras, Adam Verver adoptó una expresión grave y dijo:

—En ese caso, mucho me temo que el Príncipe tendrá que aceptar de nosotros lo que su esposa acepte; y tendrá que aceptarlo si es que carece de la capacidad precisa para hallar otras razones, debido precisamente a que ella lo acepta.

Para terminar, añadió:

—Para él, con eso basta y sobra.

El tono en que el señor Verver había hablado indujo a Charlotte a mirarle directamente a los ojos, después de lo cual dijo en tono brusco:

—Déjeme verlo otra vez.

Y cogió la hoja doblada que había devuelto al señor Verver y que éste conservaba en la mano. Después de leer de nuevo el texto, dijo:

—¿No será para ellos una manera como cualquier otra de ganar tiempo?

Una vez más, el señor Verver se quedó mirándola en silencio pero, en el mismo instante, después de aquel encogerse de hombros y de aquella presión descendente en sus bolsillos, que Charlotte ya había provocado más de una vez en momentos de desconcierto, dio bruscamente media vuelta sobre sí mismo y se alejó de ella en silencio. En su leve desesperación, el señor Verver miró alrededor, cruzó el salón del hotel: con arcos en lo alto, vidrios esmerilados, protegido contra los ruidos estridentes, resguardado de las imágenes desagradables, caliente, con dorados, con cortinajes, casi íntegramente alfombrado, con árboles exóticos en macetas, con exóticas señoras en sillas, que titubeaban al hablar, que decían barbarismos como si tuvieran las alas plegadas o estuvieran aleteando muy levemente en la superior, la suprema, la inexorable envoltura del ambiente parisino, que semejaba un recinto de crítica importancia y gran capacidad, una sala de

espera odontológica, médica, quirúrgica, un escenario de ansiedad y deseo mezclados, de carácter preparatorio para los bárbaros allí reunidos para la necesaria amputación o extracción de las excrecencias y redundancias de la barbarie. El señor Verver llegó a la porte cochère, se aconsejó de nuevo con su habitual optimismo, que aquí, por ignoradas razones, quedó agudizado por el aire fresco inhalado, y regresó sonriente junto a Charlotte.

—¿Le parece a usted increíble que cuando un hombre esté tan enamorado como Americo todavía lo está, su más natural impulso sea sentir lo que su esposa siente, creer lo que ella cree, desear lo que ella desea, desde luego, siempre y cuando no haya una razón especial que lo impida?

Este modo de hablar fue eficaz. Charlotte reconoció prontamente esa natural posibilidad:

—Para mí nada es increíble respecto a personas inmensamente enamoradas.

—¿Acaso Americo no está inmensamente enamorado?

Charlotte dudó, pero sólo para hallar la correcta expresión del grado, aunque a fin de cuentas, adoptó la palabra del señor Verver:

—Inmensamente.

—¡Pues eso es todo!

Sin embargo, Charlotte esbozó de nuevo una sonrisa. No, todavía no estaba plenamente de acuerdo:

—No, no es todo.

—¿Qué más quiere?

—Es preciso que la esposa del Príncipe consiga hacerle creer realmente lo que ella realmente cree.

Después de estas palabras, Charlotte prosiguió con mayor lucidez lógica todavía:

—La realidad de lo que el Príncipe crea depende, en este caso, de la realidad de lo que Maggie crea. Por ejemplo, ahora el Príncipe quizá haya quedado convencido de que Maggie posiblemente desea abundar en el parecer de usted, sea cual fuere. Quizá el Príncipe recuerde que ésta ha sido siempre la actitud de Maggie.

A estas palabras Adam Verver repuso:

—Muy bien, ¿y qué hecho inducirá al Príncipe a tener cautela en semejante examen? ¿A qué catástrofe, que el Príncipe pueda recordar, ha llevado tal disposición de ánimo a Maggie?

—¡A ésta, precisamente!

Estas palabras hicieron de que, a la vista del señor Verver, Charlotte se alzara más erguida y diáfana que en cualquier momento anterior.

El señor Verver preguntó:

—¿Nuestro pequeño problema tal como se encuentra en la actualidad?

En realidad, el aspecto de Charlotte en estos instantes le produjo tal efecto que sólo pudo reaccionar con maravillosa dulzura. Entonces el señor Verver volvió a hablar:

—¿No cree que debiéramos esperar un poquito antes de calificar de catástrofe nuestra situación?

La respuesta de Charlotte a estas palabras fue precisamente esperar, pero no durante el largo período que las palabras del señor Verver implicaban. Sin embargo, cuando por fin habló, también lo hizo con dulzura:

—¿Y qué es lo que quiere usted esperar, mi querido amigo?

Esta pregunta quedó en el aire suspendida entre los dos, e intercambiaron una mirada que bien habría podido dar a cada uno de ellos la apariencia de buscar en el otro los síntomas de su clara ironía. Estos síntomas quedaron inmediatamente tan manifiestos en el rostro del señor Verver, que indujeron a Charlotte, como si estuviera avergonzada de haberlos producido de manera tan marcada, y también como si hubiera sido obligada, bajo presiones, a manifestar algo que había mantenido oculto hasta el momento, a saltar bruscamente al terreno de un puro y simple razonamiento.

—Usted no ha reparado en ello, pero yo no he podido dejar de darme cuenta de que, a pesar de lo que usted presume, de lo que nosotros presumimos si así lo prefiere, Maggie sólo le ha comunicado a usted con su telegrama su alegría. No me ha dirigido a mí expresión alguna de su rebosante gozo.

Charlotte no dejaba de tener razón; el señor Verver, perdida la mirada durante unos instantes, meditó aquellas palabras. Pero, al igual que antes, recurrió a su presencia de ánimo por no hablar ya de su amable sentido del humor.

—¡Se queja usted precisamente de lo que es más encantadoramente concluyente! Maggie ya nos trata como si fuéramos una sola persona.

Charlotte, a pesar de su lógica y de su lucidez, quedó afectada por la manera en que el señor Verver decía en ciertas ocasiones las cosas. Le miró con el intenso deseo de complacerle, y sus palabras expresaron lisa y llanamente sus sentimientos:

—Quiero que sepa que me gusta, me gusta mucho.

¿Y qué efecto podían producir estas palabras sino el de estimular el sentido del humor del señor Verver?

—Ahora comprendo lo que pasa, mi querida amiga. No estará usted tranquila hasta que haya oído lo que el Príncipe tenga que decir. Y aquel hombre feliz añadió:

—Me parece que mandaré en secreto un telegrama al Príncipe, con la contestación pagada, diciéndole que usted desea que le mande unas cuantas palabras.

Esto produjo el efecto de ensanchar más la sonrisa de Charlotte:

—¿Cuál es la respuesta que pagará, la del Príncipe o la mía?

—Desde luego, pagaré con sumo gusto la respuesta que usted desee mandar con todas las palabras que quiera.

Y, para que su generosidad no quedara limitada, el señor Verver añadió:

—Tampoco le pediré que me enseñe su mensaje.

Al parecer, Charlotte aceptó la oferta al pie de la letra, puesto que preguntó:

—¿Y tampoco me pedirá leer el telegrama del Príncipe?

—Tampoco. Podrá mantenerlo en secreto.

Sin embargo, al escuchar las palabras del señor Verver, como si en ellas hubiera insinuado que en aquella cuestión había un verdadero problema, Charlotte pareció considerar que, aunque sólo fuera por razones de buen gusto, la broma había llegado bastante lejos. Dijo:

—Carece de importancia. ¡A no ser que el Príncipe hable por sí mismo! De todas maneras, ¿cómo se le va a ocurrir hablar por sí mismo?

El señor Verver se mostró de acuerdo:

—Estoy convencido de que no lo hará. El Príncipe ignora que es usted morbosa.

Después de meditar brevemente, Charlotte manifestó su asenso:

—No, todavía no lo ha descubierto. Quizá algún día lo descubra, pero, por el momento, aún no ha reparado en ello. Entre tanto, prefiero considerarle inocente.

Con estas palabras la situación quedó aclarada, en opinión de Charlotte, y así hubiera seguido si ella no hubiera incurrido inmediatamente en una de sus

reacciones de inquietud:

—Sin embargo, Maggie sabe que soy morbosa y no puede beneficiarse del principio según el cual todos somos inocentes mientras no se demuestre lo contrario.

Por fin, un poco fatigado, Adam Verver observó:

—Bueno, me parece que también Maggie le dirá algo.

A consecuencia de las reiteradas alusiones, el señor Verver tenía ahora la clara impresión de que la omisión de Maggie realmente era sorprendente. A lo largo de toda su vida Maggie jamás había estado en un error durante más de tres minutos.

Un instante después, Charlotte advirtió de forma un tanto extraña:

—Bueno, la verdad es que no me considero con derecho a exigir que Maggie se dirija a mí.

Esta observación tuvo la virtud de reafirmar la impresión del señor Verver a la que acabamos de referirnos. Dijo:

—Me gustaría mucho que lo hiciera.

Ante estas palabras, Charlotte, como inducida por la manera constante en que el señor Verver —y más o menos en contra de sus propias afirmaciones— acababa por darle la razón, demostró que también ella podía siempre, y con no menos amabilidad, recorrer la mitad de la distancia que mediaba entre los dos:

—Solamente me he referido a la falta de una gentil consideración, esa gentil consideración que concurre en todo cuanto Maggie hace. No tengo derecho a ella, pero aceptando lo que usted ha dicho, en el sentido de que aún podemos esperarla, será conmovedora. Será muy hermosa.

Después de mirar el reloj, el señor Verver dijo:

—Vayamos a almorzar. Cuando regresemos, encontraremos aquí el mensaje que esperamos.

Charlotte, sonriente, mientras buscaba con la mirada la boa de plumas con la que había bajado de su aposento, advirtió:

—Y si no ha llegado, sólo se le podrá imputar al mensaje este levísimo defecto.

El señor Verver vio la boa de Charlotte en el brazo de la silla de donde ésta se había alzado al llegar él, la cogió y la levantó de manera que su encantadora suavidad le rozara la cara —se trataba de un maravilloso producto de París, comprado bajo su entendida mirada el día anterior—, y la mantuvo en esa posición unos instantes, antes de entregarla a Charlotte, a quien dijo:

—¿Me promete estar tranquila?

Mientras meditaba, Charlotte mantuvo la vista fija en el admirable regalo del señor Verver. Por fin dijo:

—Se lo prometo.

—¿En todo momento?

—En todo momento.

Para encontrar más justificada su petición, advirtió:

—Y debe usted recordar que, cuando Maggie le mande el telegrama, de una forma natural hablará más por cuenta de su marido de lo que lo hizo al mandármelo a mí.

Sólo unas cuantas palabras suscitaron dudas en Charlotte:

—¿De una forma natural?

—Desde luego. Nuestro matrimonio coloca al Príncipe, con respecto a usted, o a usted con respecto al Príncipe, en una relación nueva, en tanto que la relación del Príncipe conmigo queda igual. En consecuencia, nuestro matrimonio es motivo de que el Príncipe tenga más cosas que decirle a usted que a mí.

—¿Acerca de que este matrimonio me convertirá en su madrastra política o como quiera que sea que se llame?

Un tanto divertida, Charlotte meditó sus propias palabras, y añadió:

—Sí, es natural que un caballero tenga algo —que decir a una mujer joven a este respecto.

El señor Verver dijo:

—Bueno, Americo siempre sabe comportarse, según el caso, de la manera más divertida o de la manera más seria que quepa desear, y sea cual fuere el talante que adopte con respecto a usted al mandarle su mensaje, esa manera será rotunda en uno u otro sentido.

Y como quiera que la muchacha dirigió al señor Verver una de sus profundas, extrañas y, al mismo tiempo, tiernas miradas críticas, y se abstuvo de hacer comentario alguno, el señor Verver se sintió impulsado por una vaga ansiedad a formularle una pregunta:

—¿Verdad que el Príncipe es un hombre encantador?

Charlotte Stant repuso:

—Ciertamente encantador. Si no lo fuera, poco me importaría su

comportamiento.

En justa armonía, su amigo declaró:

—¡Y tampoco a mí!

—Pero es que a usted no le importa. No tiene por qué importarle. Bueno, quiero decir que no tiene por qué importarle como a mí me importa. Es el último grado de insensatez: preocuparse angustiosamente, hasta dar la última partícula, por lo que uno está obligado a dar.

Guardó silencio unos instantes y prosiguió:

—Si yo estuviera en su lugar, si en mi vida tuviera, en lo tocante a felicidad, poderío y paz, siquiera una pequeña parte de lo que usted tiene, sería preciso que ocurriera algo tremendamente importante para que llegara a preocuparme. Ocurriera lo que ocurriese en el mundo, por nada me preocuparía, salvo por aquello que afectara a mi suerte.

El señor Verver repuso:

—La comprendo muy bien, pero todo depende de lo que usted entienda por «suerte», por la suerte de cada cual. Y en estos momentos estoy hablando precisamente de mi suerte. Será todo lo sublime que usted quiera tan pronto como usted me haya colocado en mi sitio. Solamente cuando uno se encuentra en su sitio tiene todo eso a que usted se ha referido.

El señor Verver aclaró sus palabras:

—No son las cosas de que usted ha hablado las que le ponen a uno en su sitio, sino que es esa otra cosa que yo deseo lo que pone las otras en su sitio. Si usted me da lo que le pido, lo verá.

Charlotte cogió la boa y se la echó sobre los hombros y, mientras meditaba, apartó la mirada del señor Verver y la fijó en algo que había atraído su interés, a pesar de que a esa hora, hora de la dispersión suscitada por el almuerzo, el salón había quedado tan abandonado que estaba totalmente a su disposición, y en él hubiera podido hablar con absoluta libertad, incluso en el caso de ser propensos a conversar a gritos. Charlotte estaba ya dispuesta a salir en compañía del señor Verver, pero había reparado en la presencia de un jovenzuelo vestido de uniforme, emisario evidente de la oficina de Postes et Télégraphes, que, procedente de la calle, se había acercado a la pequeña fortaleza defendida por la concierge, a la que ofreció una misiva que había extraído de la pequeña cartera que llevaba colgada al hombro. La empleada, que había recibido al emisario en el vestíbulo, advirtió que, en el otro extremo del salón, Charlotte prestaba marcada atención a aquella visita, por lo que, segundos después, la empleada avanzó hacia nuestros amigos, con las cintas de la cofia al viento, y una sonrisa de notificación tan ancha como su delantal

blanco. Alzó la mano con la que sostenía el mensaje telegráfico y, en el momento de entregarlo, advirtió:

—Cette fois-ci, pour Madame!

Después de lo cual se retiró con idéntica afabilidad, dejando a Charlotte en posesión de lo entregado. La joven sostuvo unos momentos el telegrama en la mano sin abrirlo. Los ojos de Charlotte estaban ahora fijos en su compañero, quien, inmediatamente, recibió en tono triunfal el mensaje:

—¡Aquí está!

En silencio, Charlotte abrió el telegrama y, tal como hizo con el que anteriormente le entregara el señor Verver, estudió durante un minuto su contenido sin expresión en el rostro. El señor Verver la contempló en silencio, sin formularle pregunta alguna. Por fin, Charlotte alzó la vista y dijo:

—Le daré lo que me ha pedido.

La expresión del rostro de Charlotte era rara, pero ¿cuándo una mujer no ha tenido el derecho de ser rara en los momentos de su suprema entrega? El señor Verver aceptó la expresión de Charlotte con agradecido silencio y con una larga mirada, de manera que durante unos instantes nada más ocurrió entre los dos. Su comprensión quedó sellada, y el señor Verver casi tenía la impresión de que Charlotte le había puesto ya en su sitio. Pero también tenía la impresión de que Maggie había colocado a Charlotte en su sitio, de lo cual resultaba, como siempre, que ¿dónde estaría él si, a fin de cuentas, no hubiera intervenido Maggie? Ella les había unido, ella les había juntado con el bello sonido que produce un cierre de plata, y allí, con la visión de todo lo anterior llenándole los ojos, el señor Verver se encontraba ante Charlotte, quien le miraba con una expresión que la borrosa visión del señor Verver contribuía a hacer todavía más rara. Sin embargo, sonrió y dijo:

—¡Cuánto hace por mí esta hija mía!

Y en aquella misma situación, es decir, todavía con la visión borrosa, el señor Verver antes vio que oyó la contestación de Charlotte. Sostenía el papel totalmente desdoblado, pero tenía la vista fija en el señor Verver. Charlotte dijo:

—No es de Maggie. Es del Príncipe.

El señor Verver exclamó:

—¡Magnífico! ¡Es lo mejor que podía ocurrir!

—Es lo suficiente.

—Le agradezco que lo juzgue así. Es suficiente para resolver nuestro problema, pero no es suficiente, me parece a mí, para resolver nuestro

almuerzo, ¿verdad? Déjeunons.

Sin embargo, y a pesar de esta invitación, Charlotte siguió quieta, con el documento a la vista, desplegado. Charlotte preguntó:

—¿No quiere leerlo?

El señor Verver, después de pensar, dijo:

—Si el telegrama la ha dejado convencida, no quiero leerlo. No hace falta.

Como si quisiera cumplir con un deber de conciencia, Charlotte le dio otra oportunidad:

—Puede leerlo si quiere.

El señor Verver volvió a vacilar, pero lo hizo llevado por la amabilidad, no por un impulso curioso:

—¿Es divertido?

Por fin, Charlotte volvió a bajar la vista fijándose en el telegrama y, con un leve movimiento de contracción de los labios, repuso:

—No. Es grave.

—En ese caso no quiero leerlo.

Charlotte Stant dijo:

—Muy grave.

Alegremente, en el momento en que emprendían la marcha, el señor Verver observó:

—¿No le he dicho que el Príncipe es así?

Por toda contestación, la muchacha, antes de cogerle del brazo se guardó el telegrama, arrugado, en un bolsillo de la chaqueta.

Tercera Parte

Capítulo XIV

A mitad del camino ascendente por la «monumental» escalinata Charlotte se detuvo para esperar, al principio sola, que su compañero volviera a reunirse con ella, ya que había descendido hasta el final. Y allí estaba Charlotte con el fin, determinado por la recíproca amabilidad, de que su compañero, tan pronto cumpliera con el deber que le hizo bajar, supiera dónde encontrarla. Si bien

Charlotte era extremadamente visible, no se hallaba en condición de exhibirse, pero poco le habría importado que fuera éste el caso, pues a la sazón no cabía decir que ésta fuera la primera ocasión en que se enfrentaba a la sociedad con una conciencia materialmente enriquecida y con la confianza en sí misma espléndidamente reforzada. En el curso de los dos últimos años, Charlotte había sabido, mejor que en cualquier tiempo anterior, lo que significaba tener buen aspecto, es decir, tener tan buen aspecto como sabía, desde mucho tiempo antes, que podía llegar a tener dadas ciertas condiciones. En la velada a que nos referimos, velada de una gran fiesta oficial en el momento culminante de la temporada social londinense de primavera, tenía Charlotte la impresión, en sus nervios, en sus sentidos y en su imaginación, de que esas condiciones estaban profusamente presentes, por lo que quizá nunca había quedado su fe tan justificada como en aquel instante. En la ocasión en la que volvemos a ocuparnos de ella, al alzar la vista por casualidad a un nivel superior al que se encontraba, su mirada se encontró con los severos ojos del coronel Assingham, quien con los codos apoyados en la gran balaustrada de la galería que dominaba la escalinata, intercambió con ella inmediatamente uno de los más sencillos gestos de saludo. La sencillez de la atención del coronel Assingham fue considerada por Charlotte, a pesar de los muchos asuntos en que tenía que pensar, como una de las notas más calladas en aquel gran conjunto de altos sonidos; en realidad, bien cabe decir que Charlotte tuvo la impresión de haber pulsado con el dedo una cuerda o una tecla, creando durante unos segundos una detención de las vibraciones, un sordo sonido. La imagen del coronel Assingham indicaba que Fanny sin duda alguna estaría también presente, aun cuando Charlotte no había tenido la oportunidad de verla. Esto representaba el límite de lo que la imagen del coronel Assingham podía indicar.

Sin embargo, en el aire había más indicios, abundaban en él y muchos contribuían a constituir las condiciones que, para la joven, coronaban brillantemente el momento. En realidad, la propia Charlotte iba también coronada, y todo se conjuntaba, todo se fundía, en la luz, en el color y en el sonido, en los incomparables diamantes que tan felizmente lucía su cabeza, en las restantes joyas, en otras perfecciones de aspecto y disposición que daban a su personal presencia el carácter de un triunfo; todo se conjuntaba y se fundía en la demostrada teoría privada, según la cual lo único que Charlotte necesitaba era material con el que trabajar, y que no había material alguno, por precioso que fuera, que Charlotte no supiera comprender y utilizar, a todo lo cual debemos añadir, por último, el fácil dominio y el intenso goce de su crisis; como la flor de fuerte aroma de la dulzura total. Sí, ya que como crisis estaba la propia Charlotte presta a considerarla, y sin duda era esta presteza lo que contribuía a que hubiera alcanzado, mientras esperaba, la debida seguridad en sí misma, la debida indiferencia, la debida expresión y, sobre todo, como

ella misma estimaba, la debida visión de su oportunidad para alcanzar la felicidad, a no ser, claro está, que la oportunidad estuviera en la simple rareza de su magnitud y fuera la causa productora, la causa agente. Los ordenados y festivos invitados, con rumores y esplendores de telas, con vestidos de cola arrastrando, con brillos de estrellas y metálicos sonidos de espadas, y, a pesar de todo esto, muy imperfectamente articulada su vaga expresión oral; el doble caudal de los que iban y venían, discurriendo por el lugar en el que Charlotte se hallaba de pie, pasaba junto a ella, la rozaba, la obsequiaba con contemplación harto burda y de vez en cuando con una espasmódica frase, una mano ofrecida e, incluso, en algunos casos, con una detención no solicitada; pero Charlotte no se perdía ni un solo rostro aunque tampoco requería protecciones; le gustaba estar, sin la menor duda, en tanto pudiera, tal como estaba, un poco a merced de todos, al hallarse sin compañía pero, aun cuando ello significara cierta audacia, prescindiendo de las raras reflexiones de las aburridas y pulidas caras londinenses; sometida, eso sí, ya que de sumisión se trataba, a observaciones mucho más competentes por ella efectuadas. Charlotte albergaba la esperanza de que nadie se detuviera y se esforzaba en reservarse, pues tenía el propósito de señalar de particular manera la importancia de algo que acababa de ocurrir. Charlotte sabía cómo debía señalarlo, y lo que ahora estaba haciendo allí constituía ya el principio.

En consecuencia, cuando Charlotte vio desde el lugar en que se encontraba que el Príncipe regresaba, tuvo la impresión de que el lugar en su totalidad adquiría mayor altura y mayor anchura, y que quedaba más dispuesto para la celebración de grandes ocasiones, con su brillante cúpula más elevada, con sus ascensos y descensos más majestuosos, con sus altos mármoles más vivamente pulidos, con los numerosos personajes de la realeza, extranjera y nacional, más insólita, con su simbolismo de hospitalidad «estatal» no sólo realzado sino también más refinado. Ésta fue, sin duda, la gran consecuencia de una causa bastante sabida, y representó una considerable agitación interna nacida de la simple visión, aunque parezca sorprendente, de Americo entre la multitud; pero Charlotte tenía sus razones, y allí las mantenía; en realidad, llevaba sus razones tan responsable y abiertamente como su alta tiara, su cerrado abanico, su indiferente eminencia sin compañía; ese fue el momento en que Americo llegó junto a ella y Charlotte pudo cogerle del brazo, mostrarse situada en su nivel, que sintió supremamente justificado. Desde luego, Charlotte permitía que se vislumbrara levemente su actitud, pero pocas eran, y sólo las más evidentes, las razones que dejaban adivinar esta discriminación, favorable aun cuando se mostrara dispuesta a aceptar que recibía inspiración y apoyo en cantidad suficiente para casi cualquier cosa, del valor individual del yerno de su marido, procedente de su elegante e inconsciente manera en la multitudinaria suma social, de destacar sobre todos, de hacer caso omiso de todo, y de detenerse más que todos junto a ella. Parecía que con la separación,

incluso la de más corta duración, Charlotte casi se olvidara, o no pudiera creer, lo mucho que la visión de Americo la afectaba, por lo que la reaparición de éste tenía virtud propia, una especie de desproporcionada intensidad que parecía indicar una relación de Americo con ocultas fuerzas de renovación. ¿Qué hacía Americo, cuando estaba lejos de ella, para que al regresar siempre pareciera, como Charlotte decía, «más él»? Por encima de todo género de cabotinage, Americo casi parecía un actor que, en los momentos que median entre un mutis y una nueva entrada en escena, vuelve a su camerino y retoca ante el espejo su maquillaje, impulsado por su necesidad de producir los debidos efectos. Por ejemplo, el Príncipe era, por el momento, la persona con quien Charlotte más le gustaba estar y eso que sólo hacía diez minutos que se había separado de ella. Esta verdad revistió todavía mayor vigor para Charlotte cuando el Príncipe le manifestó sus reparos a volver de manera tan visible juntos a las estancias de la planta superior. Y aquel pobre hombre maravilloso no podía evitar que el trayecto de los dos fuera mucho más visible de lo que cualquiera de ellos pudiera desear; cuando Charlotte volvió a alzar la vista a la figura de Bob Assingham, todavía allí arriba en su galería, y todavía con la vista fija en ella, Charlotte tuvo conciencia de que a pesar de las interiores y constantes voces de aviso, le producía placer el testimonio que de su esplendor le daba la solitaria vigilancia del coronel Assingham.

En las grandes fiestas siempre estaba solo nuestro querido coronel; no eran éstas las ocasiones en las que recogía los frutos de la semilla sembrada en su casa, pero nadie había que fuera capaz de conceder a esta soledad menos importancia, ni de afrontarla con más indiferencia, y hasta tal punto era así que el comportamiento del coronel parecía más el de una persona harto presentable, encargada de la vigilancia policial del lugar o del buen funcionamiento de las luces eléctricas, que el de un invitado. Como veremos, para la señora Verver el coronel representaba, con la perfecta buena fe de su evidente inexpresividad, algo harto definido, pero la valentía de Charlotte no era tan insensata como para inducirle a notificar al coronel que el único truco de magia que el Príncipe había utilizado, había consistido, y de ello hacía pocos minutos, en acompañar a Maggie, que se había retirado de la escena, a su carruaje. De todas maneras, Charlotte, conocedora de la probable presencia de Fanny, quedó dividida durante un tiempo, por una parte, entre la sensación de que era un hecho que debía tenerse en cuenta y darle el debido tratamiento, lo cual la inducía en cierto grado a la prudencia, a la pusilanimidad de evitar el encuentro; por otra parte, una sensación harto diferente: una impaciencia que acabó por prevalecer, unas ansias de que se llegara a sospechar de ella, de ser sondeada, de ser verdaderamente acusada, para pasar de una vez el mal momento y poder demostrarse a sí misma, por no hablar ya de la señora Assingham, que podía quedar plenamente justificada; dicho en pocas palabras, que podía enfrentarse abiertamente con su problema. En realidad, para

Charlotte no se trataba de un problema, pero sentía en los huesos que Fanny lo trataría como tal, y ella estaba obligada, a causa de la más elemental decencia, a aceptar cuanto procediera de aquella amiga. Charlotte podía dar a los hechos, al manifestarlos, un tratamiento en el que concurrieran todo género de tiernas precauciones, de consideraciones agradecidas, de seguridades; aquellos hechos la obligaban, como también todo lo que la señora Assingham había hecho en beneficio suyo, a no desentenderse de ellos sin antes haberlos despojado de cuanto los envolvía y haberlos puesto de manifiesto.

Pero concurría la circunstancia de que esta noche, y Charlotte se daba cuenta claramente a medida que los minutos transcurrían, ejercía influencia en cuanto la rodeaba; exactamente no podría comportarse, y Charlotte sabía por qué, con la firmeza con que podía albergar esperanzas de comportarse en cualquier otro momento respecto al correcto tono y talante con el que debía desarrollar aquel proceso. Poco después, Charlotte dijo al Príncipe:

—Quédate conmigo; no permitas que nadie te aleje de mí sí, quiero que Fanny Assingham nos vea juntos y cuanto antes mejor.

Dijo estas palabras manteniendo la mano sobre el brazo de Americo, conservando de esta manera su atención para sí, entre los constantes motivos de dispersión, e induciendo al Príncipe a confesar que, por el momento, sólo la comprendía vagamente. Charlotte tuvo que explicarle que quería ver a Fanny Assingham, quien evidentemente tenía que estar allí, pues el coronel jamás se movía de su casa sin la compañía de su esposa; por otra parte, tan pronto llegaban los dos a casa ajena, el coronel jamás se ocupaba del sino de su esposa. Americo repuso, después de la explicación:

—¿Que nos vea juntos? ¿Y a santo de qué? ¿Es que no nos ha visto juntos muy a menudo?

Estas palabras obligaron a Charlotte a decir a Americo que aquello que había ocurrido en otro tiempo y de otra guisa, actualmente carecía de importancia, pero, de todas maneras, en esta ocasión sabía muy bien de qué se trataba. En tono de negligente consentimiento, el Príncipe observó:

—Eres rara, cara mia.

Pero fuera cual fuese la clase de rareza de Charlotte, el Príncipe procuraba evitar que, mientras caminaban, fuera abordada por alguien, incluso le advirtió de nuevo, como muy a menudo le había advertido, de lo mucho que ayudaba en semejantes situaciones la intrínseca rareza de las reuniones multitudinarias londinenses, reuniones que eran como un vago, lento y sin sentido ir y venir del oleaje, reuniones que giraban sobre sí mismas como si temieran la amenaza de una conversación suspendida sobre ellas y cuya caída, con los consecuentes y refrescantes remojones y salpicaduras, jamás se producía.

Desde luego, Charlotte era rara. Mientras los dos caminaban, la propia Charlotte lo reconoció. ¿Cómo no iba a ser rara, cuando la situación en que se encontraba presa, y en que Americo también se encontraba preso, llevaba la impronta de su rareza? Ella ya había aceptado, como hemos dicho, su sensación de que, temblando en el aire, se avecinaba una crisis que los afectaría a todos; cuando estos momentos no eran deprimentes, lo cual constituía la forma que principalmente habían adoptado para Charlotte, tenían la virtud de ser altamente estimulantes.

Más tarde, en un rincón al que la señora Assingham había llevado a Charlotte con cierta premura, al ver un sofá vacío, después de una sola y atenta detención, esta sensación de crisis quedó agudizada más que amortiguada. Fanny había escuchado las palabras de Charlotte: sí, estaba allí en compañía de Americo, pues Maggie, que había llegado con ellos, a los diez minutos cambió de parecer y se fue arrepentida de haber acudido.

Fanny Assingham preguntó:

—¿De modo que se ha quedado usted a solas con el Príncipe?

La contestación de Charlotte a estas palabras determinó que las dos mujeres, de acuerdo con los deseos de ésta, experimentaran la necesidad de cierto aislamiento, y que Fanny Assingham tomara posesión del sofá ya aludido. Estaban las dos juntas, solas, y —¡con cuánta claridad!— sola se había ido Maggie, pues su padre, como de costumbre, no había podido venir. «¿Como de costumbre?», pareció preguntarse la señora Assingham, quien manifestó que las renuencias del señor Verver no le habían llamado la atención hasta el presente. A estas palabras, Charlotte repuso que la resistencia de su esposo a efectuar salidas de carácter social había aumentado notablemente en los últimos tiempos; pero esta noche, reconoció Charlotte, había alegado que no se encontraba bien. Maggie mostró deseos de quedarse en casa en compañía de su padre. Sí, aquella noche el Príncipe y Maggie, después de cenar fuera de casa, habían regresado a Portland Place, y de allí habían partido para asistir a la fiesta en compañía de Charlotte. También era cierto que Maggie había acudido sólo para complacer a su padre, tras suplicar al Príncipe y a Charlotte que fueran sin ella, pero luego Maggie cedió, por el momento, ante las argumentaciones esgrimidas por su padre. Pero aquí, cuando después de la larga espera en el interior del carruaje por fin consiguieron entrar, aquí, decíamos, tan pronto ascendieron por la escalinata y se hallaron en las estancias, los remordimientos dominaron a Maggie, y se negó a prestar atención a ningún género de razonamientos, por lo que, a estas horas, como dijo Charlotte, los dos seguramente estarían celebrando una fiesta íntima en su casa. Pero Charlotte también dijo que esto le parecía perfecto, por cuanto nada había en el mundo que les gustara más a los dos que esos paréntesis de felicidad, esas pequeñas celebraciones, esas largas conversaciones con las

frases «mañana vendré a verte» y «no, no, seré yo quien vaya a verte a ti», fingidas reanudaciones de su vida anterior. En ciertos momentos, aquellos dos seres tan queridos parecían niños jugando al juego de las visitas, jugando al «Señor Thompson» y la «Señora Fane», cada uno de ellos albergando la esperanza de que el otro se quedaría a tomar el té. Charlotte estaba segura de que encontraría a Maggie en casa cuando regresara, palabras que fueron la contestación que la señora Verver dio, a modo de remate, a la pregunta con la que culminó el interrogatorio de haber dicho lo suficiente para dar mucho que pensar a la señora Assingham, cosa que le gustaba mucho más incluso de lo que anteriormente había imaginado. Charlotte, por su parte, tenía también mucho que pensar, pero ahora algo en la expresión de Fanny la inducía a creer que ella, Charlotte, tenía todavía más cosas en que pensar de lo que antes había imaginado.

—¿Ha dicho que su marido está enfermo? ¿Tan enfermo que juzgó que no podía acudir?

—No, querida, no creo que sea así. Si hubiera estado tan enfermo, yo no habría venido.

La señora Assingham preguntó:

—¿Y Maggie estaba preocupada?

—Se preocupa fácilmente, ya sabe. Maggie temía que se tratara de una gripe, enfermedad que, en diferentes ocasiones, aunque jamás con gravedad alguna, ha afectado a su padre.

—Pero ¿usted no teme que sea la gripe?

Charlotte quedó pensativa. Constantemente había considerado que consultar su caso con la persona con quien más a menudo había consultado sus dificultades más íntimas, antes representaría para ella una ayuda que un entorpecimiento más; en este sentido, la consulta venía a representar la única posibilidad que se le ofrecía, sin ocultar nada, incluso previendo un par de futuros problemas, tentadoramente abierta ante ella. Además, ¿acaso no era cierto que Fanny, en el fondo, casi esperaba y casi necesitaba que ocurrieran cosas? Y esto era así hasta el punto que Fanny quedaría defraudada si Charlotte, además de lo que a la propia Fanny se le hubiera ocurrido ya, no ponía algo entre los dientes de su constante rumiar inquieto, de aquel cultivo del temor del cual nuestra joven ya había tenido atisbos, de que quizá ya hubiera ido «demasiado lejos» en el cultivo de su irreprimible interés en las vidas ajenas. Pero Charlotte, juntando una cosa con otra, poco a poco se había dado cuenta de lo que en realidad había ocurrido recientemente, o sea, que los consortes Assingham vagando de un lado para otro, igual que todos los invitados, se habían encontrado en la galería por pura casualidad, lo cual

ocurrió después de que el coronel, desde su balaustrada, observara, bajo la propicia e intensa iluminación, la pública reunión de Charlotte con el Príncipe. La misma sequedad de este encuentro entre los dos consortes había tenido la virtud, como siempre ocurría, de hacer saltar la chispa de la curiosidad de la esposa, y el marido, conocedor como era de todo lo que en las cosas veía su mujer, le había arrojado, a modo de buen hueso que roer, cierta información acerca de la manera en que una de las jóvenes amigas de la señora Assingham trataba a uno de sus jóvenes amigos. El coronel sabía perfectamente —ésta era, por lo menos, la liberal presunción de Charlotte— que ella no «iba» con nadie, pero Charlotte también sabía que, habida cuenta de las circunstancias, sería inevitablemente sacrificada, de una forma u otra, en aras del mayor interés de las enjundiosas conversaciones de la inimitable pareja. Entretanto, el Príncipe también había sacrificado a Charlotte, bajo presiones, pues el Embajador se había acercado a él, portador de un mensaje de una persona allegada a la realeza, en presencia de la cual el Príncipe fue conducido; después de este hecho, Charlotte habló durante cinco minutos con Sir John Brinder, que formaba parte del grupo del Embajador y que, un tanto astutamente, se había quedado con ella. Entonces llegó Fanny, que al verlos se dirigió hacia ellos, al mismo tiempo que lo hacía otra persona a la que Charlotte no conocía, pero sí la señora Assingham y Sir John. Charlotte dejó en las competentes manos de su amiga la tarea de conseguir que los otros dos trabaran conversación inmediatamente, y de hallar la manera de hablar con ella en relativo aislamiento. Ésta era la breve historia del desarrollo de la sensación en su fuero interno, que ahora contribuía más y más rápidamente a que advirtiera que se le ofrecía una oportunidad de inapreciable valor, una oportunidad que quizá jamás volvería a ser tan propia para exponer tan vívidamente una idea. La idea de Charlotte estaba allí, ante ella: era aguda, brillante y verdadera, y, sobre todo, suya. Había llegado a ella por sí sola, nadie la había ayudado, ni siquiera Americo. Él menos que nadie, ya que con toda seguridad nada hubiera querido tener que ver con semejante idea. Expresarla ahora con la debida fuerza ante Fanny Assingham tendría la virtud de impulsar a Charlotte hacia la luz que había visto nacer con más eficacia que cualquier otro resorte que pudiera pulsar, en mucho tiempo. La dirección hacia la que Charlotte quería avanzar era la de su mayor libertad, libertad que era para ella lo más importante en el mundo. En consecuencia, la oportunidad de Charlotte pocos minutos después de que en el rostro de la señora Assingham se formara una expresión de casi imprudente interés había adquirido para Charlotte tan alto valor que bien podemos comparar a Fanny, entre nosotros, y mientras la intensidad no menguó, con la persona que sostiene en la mano un pequeño espejo, extendido el brazo al frente, y mira el reflejo de la cabeza un poco vuelta a un lado. Dicho en pocas palabras, jugando inteligentemente con el valor de esta oportunidad, Charlotte contestó a la última pregunta de Fanny

con las siguientes palabras:

—¿No recuerda lo que hace poco me dijo en ocasión de no sé qué? ¿Recuerda que me dijo que no temo a nada? En consecuencia, querida, ¡no me haga semejante pregunta!

La señora Assingham replicó:

—¿Puedo preguntarle en qué situación se encuentra actualmente con respecto a su pobre marido?

—Ciertamente, querida. Sin embargo, teniendo en consideración que me formula esta pregunta como si quizá yo no supiera qué pensar al efecto, creo que lo mejor que puedo hacer es lo preciso para que se dé cuenta de que sé perfectamente qué pensar.

La señora Assingham vaciló. Luego, parpadeando un poco, corrió el riesgo:

—¿Y no cree que, dándose el caso de que alguien tuviera que regresar al lado de su marido para ayudarle en un mal momento, la persona más indicada sería usted?

Bien, pues, podemos decir que la contestación de Charlotte a semejante pregunta quedó visiblemente conformada por el servicio a los más altos valores. Los más altos valores fueron el buen humor, la sinceridad, la claridad y, evidentemente, la pura verdad:

—Si pudiéramos ser perfectamente francas y amables la una para con la otra, creo que sería mejor para todos, ¿no cree? Y en el caso de que no podamos serlo, más valdrá que no hablemos, lo cual sería terrible, pues en realidad todavía no hemos comenzado a hablar. Puede usted preguntármelo todo, cualquier cosa y, quiero que lo sepa, no conseguirá alterarme.

Fanny Assingham rio y repuso:

—Mi querida Charlotte, tenga la absoluta seguridad de que no pretendo alterarla.

—Bueno, yo sólo quería decir, mi muy querida señora, que, aun cuando usted estimara imprescindible alterarme, no podría conseguirlo. Nadie puede alterarme, ya que es característica propia de mi situación, la cual no se debe a mis propios méritos, el que yo haya quedado fija, fija, exactamente fija, igual que un alfiler clavado hasta la cabeza en un acerico. Estoy situada, y no puedo imaginar a persona alguna más situada que yo. Estoy así.

Ciertamente, Fanny jamás había escuchado palabras en las que se pusiera tanto énfasis, y este énfasis produjo en la mirada de Fanny, a pesar de que tenía buenas razones para esforzarse en evitar que la traicionara, una especie

de ansiedad de comprensión. Dijo:

—Me atrevería a decir que la definición de la situación en que se encuentra, sea cual sea a juicio de usted, no constituye una respuesta a mi pregunta.

Tras de una pausa, añadió:

—Y confieso que, a mi parecer, sus palabras me dan mayor motivo para insistir en mi pregunta. Habla usted de ser «franca». Pues bien, ¿cómo puede usted dejar de serlo? Si Maggie se ha ido de aquí, debido a que estaba tan preocupada que no se sentía capaz de quedarse, dejando que su marido y usted se mostraran juntos aquí, sin ella, ¿acaso las razones de su preocupación no merecen mayor atención?

Charlotte replicó:

—Si no la merecen se debe a que, en cierta manera, salta a la vista. Para mí no son tales razones, y no lo eran cuando me doblegué a los deseos de Adam de que viniera aquí sin él. Y me doblegué a sus deseos de la misma manera que me doblego a todos sus deseos, siguiendo con ello una norma inquebrantable. Pero esto no altera, desde luego, el hecho de que fuera la hija de mi marido, y no yo, su esposa, quien estimara que, a fin de cuentas, podía ser ella quien se quedara con él, ella quien hiciera el sacrificio, sin olvidar, desde luego, que tiene un marido en quien pensar.

Dichas estas palabras, añadió lo que bien se puede considerar su fundamento:

—Sencillamente, debo enfrentarme con la verdad; la verdad radica en que Maggie, en líneas generales, piensa más en su padre que en su marido. Y mi situación es tal, ¿comprende usted?, que lo que acabo de decir es algo que debo tener en cuenta con carácter muy primordial.

La señora Assingham, exhalando un suspiro, jadeando un poco, aunque procurando ocultarlo, giró el cuerpo hacia un lado, en el sofá, como movida por un resorte situado en su interior:

—Si con estas palabras pretende usted insinuar que Maggie no adora al Príncipe…

—No digo que no le adora, sino que no piensa en él. Una cosa no comporta la otra, en todo caso. Ella le adora de la manera que he dicho. Y, a fin de cuentas, ¿qué razón puede haber para que el Príncipe y yo no nos «mostremos juntos», como usted ha dicho?

Sonriendo, Charlotte dio el siguiente remate a sus palabras:

—Ya nos habíamos mostrado juntos en otro tiempo.

La señora Assingham se limitó durante unos breves instantes a mirarla con fijeza. Luego, dijo con brusquedad:

—Debiera usted sentirse absolutamente feliz. Vive entre gente muy buena.

El efecto de estas palabras fue dejar parada a Charlotte. Sin embargo, en el mismo instante, su rostro se tornó bello, duro y levemente radiante. Charlotte dijo:

—¿Acaso se expresa con palabras un sentimiento tan fatuamente temerario? Esto es algo que debe ser manifestado prudentemente con respecto a una, por una persona tan bondadosa que acepte la responsabilidad de decirlo, y de manera que le dé a una la oportunidad de demostrar sus buenos modales, por el medio de no contradecir semejante afirmación. Puede tener usted la seguridad de que jamás sufrirá la desgracia, o lo que sea, de oír mis quejas.

—Ciertamente, querida, eso espero de todo corazón.

Y el espíritu de la mayor de las dos mujeres halló alivio en una carcajada más sonora de lo que sus deseos de reserva aconsejaban.

No prestó Charlotte atención alguna a la demostración de su amiga. Prosiguió:

—Debido a nuestra ausencia después de contraer matrimonio, y a haber estado alejados de ella principalmente durante los largos meses de nuestra estancia en América, Maggie todavía tiene atrasos, todavía tiene pérdidas que compensar, todavía necesita demostrar lo mucho que echó en falta a su padre durante su larga ausencia. Echó de menos su compañía; para Maggie, pase lo que pase, es absolutamente necesario gozar en gran medida de ella. En consecuencia, Maggie va acumulando, siempre que puede, períodos de compañía de su padre, un poco aquí, un poco allá, hasta llegar a gozar de ella en esa gran medida que antes he dicho. El hecho de que no vivamos bajo el mismo techo, hecho que, me apresuro a aclarar, sólo ofrece ventajas, es causa y razón de que Maggie vea a su padre más a menudo que cuando vivían juntos en una misma casa. Para tener la seguridad de ver a su padre, está siempre concertando citas con él y organizando encuentros, lo cual no tenía que hacer cuando vivían juntos.

Después de una pausa, prosiguió implacablemente:

—Pero a Maggie le gusta organizar, le gusta de manera muy especial, y la consecuencia de que tengamos hogares separados es, en realidad, el mayor contacto e intimidad entre ella y su padre. Por ejemplo, lo que ha ocurrido hoy ha sido prácticamente el resultado de una maquinación. Maggie prefiere tratar a su padre a solas. Y mi marido también prefiere tratar a solas a su hija. A eso me refería cuando dije anteriormente que estoy situada, fija. Y lo más

importante en la vida es, como dicen ellos, que cada cual sepa el lugar que le corresponde.

Charlotte coronó su argumentación diciendo:

—¿Y no le parece a usted que esto también sitúa y fija al Príncipe?

En ese momento Fanny Assingham tuvo la impresión de que le hubieran puesto delante un gran plato colmado de alimentos y la hubieran invitado a que su inteligencia se cebara en la ofrenda, pues muchas y muy fuertes fueron las palabras intencionadas en el notable parlamento de Charlotte. Pero Fanny Assingham también comprendió que abalanzarse libremente sobre el plato, gozar con libertad de él —además de que carecía del tiempo preciso para ello— podía producir el efecto de alejar la mano que se lo servía, alterar el orden y disposición de las cosas, y, dicho vulgarmente, armar un cisco. En consecuencia, después de pensarlo debidamente, Fanny cogió solamente una ciruela:

—¿Tan situada y fija queda usted que se ve obligada a tomar medidas?

—Debo tomarlas, ciertamente.

—¿Y el Príncipe también, si es que piensa como usted?

—Ni más ni menos, a mi parecer.

La señora Assingham preguntó:

—¿Y el Príncipe también toma medidas para cobrarse sus atrasos?

Esta pregunta había brotado espontáneamente de sus labios, fue como otra porción de comida de aquel gran plato, que la tentó irresistiblemente. En el mismo instante de pronunciar estas palabras tuvo la impresión de haber manifestado su pensamiento más claramente de lo que había querido, pero enseguida comprendió que debía seguir el camino iniciado con la mayor sencillez cualquiera que fuese el riesgo, y la mayor sencillez consistía en hablar con tranquila audacia:

—¿Cobrarse sus atrasos, quería decir, por el medio de visitarla a usted?

Sin embargo, Charlotte replicó, tal como su amiga diría, sin pestañear siquiera. Negó con un movimiento de cabeza, aunque con bella serenidad, y dijo tranquilamente:

—Nunca viene.

Fanny Assingham exclamó:

—¡Oh!

Con lo cual se sintió un poco estúpida. Charlotte dijo:

—Así es. A pesar de que podría hacerlo, de todos modos.

Fanny, todavía sumida en vaguedad, preguntó:

—¿«De todos modos»?

Pero en esta ocasión Charlotte no oyó la pregunta porque su mirada, vagando a lo lejos, había quedado fija. El Príncipe volvía a estar presente. El Embajador seguía al lado del Príncipe, y a ellos se unió un personaje vestido de uniforme, viejo hombrecillo, evidentemente del más alto rango militar, tachonado de cruces y medallas. Esto dio a Charlotte tiempo para proseguir:

—Hace tres meses que no viene. —A continuación, como si tuviera aún en el oído la última palabra de su amiga, dijo:

—Sí, «de todos modos» podría venir. Pero el Príncipe ha decidido hacer lo contrario. En la situación en que me encuentro también yo podría visitarle. Es absurdo que él y yo no podamos reunirnos.

Fanny Assingham observó:

—Se han reunido… esta noche.

—Efectivamente; por el momento, así es. Pero lo que quería decir es que, habida cuenta de la situación en que tanto él como yo nos encontramos, yo puedo visitarle.

Con casi escandalizada solemnidad, Fanny Assingham preguntó:

—¿Y lo hace?

El notar que la señora Assingham «se pasaba» en el tono de sus palabras indujo a Charlotte a querer darle una cierta gravedad a la situación, a infundirle ironía, a observar durante unos instantes un toque de alto el fuego. Después dijo:

—Lo he hecho. Pero esto carece de importancia, y he hablado de ello sólo para mostrarle los efectos que nuestra situación produce. Esencialmente, el Príncipe y yo nos hallamos en la misma situación. Ahora bien, su situación es asunto suyo; yo sólo quiero hablar de la mía.

La señora Assingham declaró:

—Su situación es perfecta, querida.

—No digo que no lo sea. En realidad, globalmente considerada, creo que lo es. Y, tal como le he dicho, no me quejo. Sin embargo, debo representar el papel que esta situación exige de mí.

Con un irreprimible estremecimiento, la señora Assingham preguntó:

—¿«Representar»?

—¿Acaso no es una representación aceptar la situación? Yo la acepto. ¿Qué menos puedo hacer?

—Quiero que se convenza, por lo menos, de que es usted una persona muy afortunada.

—¿A eso lo llama «por lo menos»? Desde el punto de vista de mi libertad, yo lo llamo «por lo más». En fin, poco importa la manera en que califiquemos mi situación.

Pero la impaciencia de la señora Assingham prevaleció sobre la disciplina de su mente:

—De todas maneras, no permite que su situación la induzca a pensar excesivamente en su libertad.

—Ignoro lo que significa para usted «excesivamente». Pienso en la libertad tal como yo la entiendo, ¿o acaso puedo pensar en ella de otra manera? Usted misma pensaría en su libertad si el coronel le diera la clase de libertad de que yo gozo. Y no tengo por qué decirle, ya que sus conocimientos en todas las materias son superiores a los míos, qué es lo que más importancia tiene en la libertad.

Después de una pausa, Charlotte prosiguió:

—Usted, en lo tocante a la libertad, sólo conoce personalmente el estado de no necesitarla ni echarla en falta. Su marido jamás la trata como a una mujer que para él tenga menos importancia que otra.

Jadeando ahora sin disimulos, Fanny dijo:

—¡No hable de otras mujeres! ¿Considera que el perfectamente natural interés del señor Verver por su hija…?

Charlotte terminó con gran presteza la frase iniciada por su amiga:

—¿… constituye el más grande afecto que es capaz de sentir? Pues sí, señora, sin la menor duda. Y así es, a pesar de que he hecho todo lo que he podido para inspirarle un mayor afecto. Lo he hecho todo, con ansia, con entusiasmo, y ésta ha sido mi tarea mes tras mes. Pero no lo he conseguido, y esta noche he tenido ocasión, una vez más, de darme cuenta de ello con toda claridad. He albergado vanas esperanzas, ya que, tal como le dije, en su momento fui advertida debidamente.

Y, como sea que Charlotte no vio en el rostro de su amiga rastros de guardar semejante recuerdo, le dijo:

—Mi marido me dijo que quería casarse conmigo porque yo podía ser útil a su hija.

Después de lo cual, esbozó una maravillosa sonrisa y concluyó:

—Y ya ve, lo soy.

Durante unos instantes poco faltó para que Fanny Assingham dijera que esto, precisamente, era lo que ella no alcanzaba a ver. Y a punto estuvo de añadir: «A mi juicio, no ha hecho usted absolutamente nada por que los proyectos del señor Verver se convirtieran en realidad, ya que ahora, según lo que usted dice, Maggie no piensa menos en él, sino que piensa más. ¿Cómo es posible, pues, que con tan gran remedio todavía quede en tan considerable medida el mal que se pretendía remediar?». Pero se calló a tiempo, porque tenía conciencia, sobre todo, de la existencia de realidades todavía más profundas que las que ella había osado temer, que allí había «más cosas» que las insinuadas en cuanto Charlotte había confesado —y debemos tener en cuenta que Fanny Assingham era una entendida en confesiones—, por lo que Fanny, al tener la impresión de no saber en qué punto debía poner freno a su tolerancia, y al tener la impresión de no saber en qué punto debía dejar de dar su activa aprobación y, sobre todo, al no saber en qué punto dar consejos sería un acto precipitado, decidió adoptar las sencillas apariencias de no medir ni pesar la actitud de su joven amiga. El único problema radicaba en que Fanny se dio cuenta inmediatamente de que se excedía en la adopción de dichas apariencias. Esto la había llevado a reaccionar con excesiva brusquedad y a prescindir de todo, diciendo:

—Con toda franqueza, ¡no entiendo nada de cuanto me ha dicho!

Charlotte reaccionó inmediatamente y se le sonrojó perceptiblemente la cara. Durante unos instantes tuvo la misma expresión que su amiga había adquirido, y pareció que en su interior se alzaran veinte protestas que cerraban el camino de comunicación con su amiga. Pero Charlotte tenía que hacer una selección, y su selección era siempre la más acertada posible. Ahora eligió certeramente, debido sobre todo a que su respuesta no fue de enojo, sino de tristeza:

—¿Me abandona usted?

—¿Abandonarla yo?

—¿Me abandona precisamente en el momento en que, a mi parecer, más merezco la lealtad de una amiga? Si lo hace, será usted injusta conmigo. Más aún, será cruel. No me parece digno de usted el que finja desear enojarse conmigo para, de esa manera, disimular su abandono.

Charlotte hablaba con la más noble moderación de tono, y la imagen de alta, pálida y luminosa desilusión que ahora ofrecía, como la de un ser paciente y desolado en su esplendor, producía una impresión tan firmemente impuesta que la propia Charlotte podía medirla en toda su intensidad, y gozar

de ella hasta la última gota, como suele decirse, con una perfección carente del más leve matiz vulgar de triunfo. Charlotte terminó su demostración, aunque sólo lo hizo en aras de la verdad:

—¿Y qué significa enojarse conmigo sino negarme el derecho a reconocer las condiciones anejas al trato que cerré?

En el momento en que apartaba la vista de Fanny Assingham y volvía la cabeza hacia un lado, concluyó:

—Da igual, porque puedo cumplirlas sola.

Charlotte había vuelto la cabeza para dar la bienvenida al Príncipe y al Embajador que, habiendo terminado su conversación con el Mariscal de Campo, estaban ahora allí y le habían dirigido ya una frase, de lo cual se dio cuenta; pero la frase en cuestión no consiguió atravesar la dorada aureola en la que el pensamiento de la joven estaba inmerso en aquellos momentos. Charlotte había demostrado lo que se había propuesto demostrar, lo había demostrado concienzudamente y de una vez para siempre, por lo que no tenía necesidad alguna de insistir; su triunfo quedaba reflejado en el rostro de los dos distinguidos caballeros que se encontraban ante ella, con su expresión de inconfundible admiración ante el aspecto excepcionalmente radiante de nuestra joven amiga. Al principio, Charlotte se limitó a contemplar ese reflejo sin fijarse en la forma mucho menos adecuada que este mismo reflejo podía adoptar en la cara de la pobre Fanny, la pobre Fanny que se había quedado en la situación de mirar el «tanteo» conseguido por Charlotte en aquel juego, «tanteo» que ésta había escrito en la pared con sólo unos cuantos trazos rápidos. Después Charlotte escuchó lo que el Embajador le decía, en francés, lo cual era, sin duda, repetición de lo que antes le había dicho:

—En très-haut lieu se ha expresado el deseo de su presencia, Madame; yo he asumido la responsabilidad, por no hablar ya del honor, en mi calidad de su más respetuoso amigo, de hacer lo preciso para abreviar tan augusta impaciencia.

Dicho en otras palabras: el más alto personaje que quepa imaginar, de acuerdo con la extraña fórmula empleada en las sociedades sujetas a los más altos personajes que quepa imaginar, había ordenado que «fueran a buscar» a Charlotte, quien con gran sorpresa exclamó:

—¿Y qué quiere de mí?

Mientras Charlotte decía estas palabras, cobraba conciencia de que el pasmo de Fanny había tenido ahora la ocasión de subir de punto en gran manera y, acto seguido, a los oídos de Charlotte llegaron las palabras del Príncipe, autoritarias e incluso dotadas de cierta perentoria sequedad:

—Debes ir inmediatamente. Te han convocado.

El Embajador, sirviéndose también de la autoridad, se las arregló para coger la mano de Charlotte, que pasó su brazo; en el momento de ponerse en marcha en compañía del Embajador, Charlotte se dio cuenta de que Americo se había vuelto hacia Fanny Assingham, aun cuando solamente para excusarla a ella. Las explicaciones que tuviera que dar a Charlotte se las daría Americo después, aun cuando seguramente ella habría ya comprendido por sí misma la situación. Sin embargo, ante Fanny, él se limitó a reír, con el evidente fin de expresar de esta manera a su infalible amiga que, en su caso, las explicaciones sobraban.

Capítulo XV

Sin embargo, debemos hacer constar que, en el mismo instante, el Príncipe tuvo ocasión de comprobar cuán poco fundada era su presunción, porque al hallarse a solas con él, la señora Assingham, incorruptible, le preguntó:

—¿Han mandado a buscar a Charlotte por medio de usted?

—No, mi querida amiga, ha sido por mediación del Embajador, como ha podido usted ver.

—Sí, pero al Embajador y a usted, durante el último cuarto de hora, se los puede considerar como una sola persona. Además, se trata del Embajador de su país.

Aquí también debemos advertir que cuanto más examinaba Fanny aquel asunto, más negro lo veía. Ahora dijo:

—Han relacionado a Charlotte con usted. La han tratado como si fuera un apéndice suyo.

Divertido, el Príncipe exclamó:

—¡Mi «apéndice»! ¡Oh, cara mia, qué manera de denominar a Charlotte! En realidad, se la ha tratado como mi ornamento y mi gloria. Charlotte, como suegra, constituye un caso tan notable que difícilmente puede usted, cara mia, encontrar motivos de reproche en lo sucedido.

—Pues a mi parecer, bastantes ornamentos tiene usted y bastantes glorias, sin necesidad de Charlotte.

Después de decir estas palabras, la señora Assingham observó:

—Y no es, ciertamente, su suegra. En estas materias un leve matiz

representa una diferencia enorme. No está en modo alguno emparentada con usted, y si Charlotte llega a ser conocida en las más altas esferas, debido a que va con usted…, entonces… entonces…

Tan intensa era la emoción que sentía que se le cortó el habla. El Príncipe con su buen humor preguntó:

—Entonces, ¿qué?

—Pues ¡que más valdría que no la conocieran!

Con acento todavía divertido, el joven Príncipe observó:

—Le aseguro que ni siquiera he mencionado su nombre. ¿Imagina usted que les he preguntado si querían conocerla? No creo preciso demostrarle que Charlotte habla con su sola presencia, sobre todo en ocasiones como la presente y con el aspecto que esta noche tiene. ¿Cómo es posible que pase inadvertida? ¿Cómo es posible que no tenga «éxito»?

Mientras Fanny Assingham observaba el rostro del Príncipe dejándole decir lo que quisiera, como si intentara ver cómo lo diría, añadió:

—Además, jamás debemos olvidar un hecho: Charlotte y yo tenemos los mismos vínculos. Es decir, habida cuenta de nuestros respectivos sposi, socialmente hablando no cabe decir que Charlotte y yo sólo seamos conocidos. Los dos viajamos en el mismo buque.

Dichas estas palabras, sonrió con un candor que matizó su énfasis. Fanny Assingham se sintió dominada por el talante especial del Príncipe, lo que la obligó a refugiarse por unos instantes en un rincón de su conciencia, en el que podía decirse a sí misma que se alegraba de no estar enamorada de semejante hombre. Al igual que le había ocurrido con Charlotte momentos antes, Fanny Assingham se sentía cohibida por la diferencia que mediaba entre lo que tenía que escuchar y lo que ella podía decir, entre lo que realmente sentía y lo que podía mencionar. Entonces dijo:

—Únicamente diré que me parece de gran importancia, ahora que están ustedes arraigados aquí, que Charlotte sea conocida en las presentaciones y en las recepciones sucesivas, de una manera concreta, como la esposa de su marido, y de ninguna manera ni, en el menor grado siquiera, por cualquier otra circunstancia. Por otra parte, ignoro lo que usted ha querido decir con lo del «mismo buque». Charlotte desde luego, se encuentra a bordo del buque del señor Verver.

—¿Y acaso no estoy yo también en el buque del señor Verver? Si no hubiera sido por el buque del señor Verver, ahora yo me encontraría…

El Príncipe interrumpió la frase para efectuar un rápido ademán con el que el dedo índice, en expresivo movimiento y expresiva dirección; señaló las más

hondas profundidades, tras lo cual continuó diciendo:

—Hundido, hundido, hundido.

Fanny sabía, desde luego, lo que el Príncipe quería decir. Se había amparado en la gran fortuna de su suegro, llevándose de ella una porción de ningún modo despreciable, con la que se rodeó de un elemento en el que podría flotar, pecuniariamente hablando, teniendo en consideración el fatal peso específico que el Príncipe originariamente tenía. Al recordarlo, acudieron a la memoria de Fanny otros hechos, como lo raro que es que algunas personas, reconociéndoles todos sus méritos, desde luego, sean debidamente cotizadas en el mercado de valores, como suele decirse, y lo extraño que resulta también, y quizá más en algunos casos, que por ignoradas razones no se dé importancia a la ausencia evidente en dichas personas de aquello en virtud de cuyos méritos se les fija el precio. Fanny opinaba para sí misma y pensaba que el placer que podía proporcionarle aquel concreto ejemplar no quedaba mermado por el hecho de que el personaje en cuestión se mostrase tan predispuesto a limitarse a flotar en virtud de los méritos de otros. Y ello era así debido, en parte, a que se trataba de una clase de placeres (realmente, el Príncipe los producía) que por su misma naturaleza no podían quedar mermados, cualquiera que fuese la prueba a que se los sometiera, y en parte también se debía a que el Príncipe, evidentemente, tenía en su conciencia una especie de satisfacción por los servicios prestados. El Príncipe resultaba muy agradable siempre, indudablemente, pero ella estaba convencida de que él deseaba comportarse con la elegancia suficiente como para que esta elegancia constituyera una compensación. Que el Príncipe hubiera puesto en práctica estos propósitos por el sistema de llevar la vida, respirar el aire y casi tener los pensamientos que más satisfacían a su esposa y a su padre era consolador para Fanny, de modo que hasta hacía muy poco lo percibía con tanta claridad que incluso se sintió impulsada más de una vez a manifestarle la dicha que le proporcionaba. Sí, el Príncipe tenía esto en su favor, frente a otras cosas en contra. Sin embargo, le molestaba, lo cual no dejaba de ser un tanto raro, que éste siguiera moviéndose y le demostrara que seguía moviéndose sobre el firme terreno de la verdad. Que reconociera sus obligaciones no dejaba de tener importancia, pero ella percibía una especie de temible insinuación en la comprensión que de la verdad él tenía. Y esta insinuación apareció ante Fanny incluso en las siguientes palabras del Príncipe, pese a la ligereza con que las pronunció:

—¿Verdad que casi parece que Charlotte y yo debamos agradecer a un benefactor común el que podamos tratarnos tan íntimamente?

Para la interlocutora del Príncipe el efecto de estas palabras quedó grabado por el siguiente razonamiento:

—Muchas veces tengo la impresión de que el señor Verver también es el suegro de Charlotte. Es como si él nos hubiera salvado a los dos, pues es un hecho real en la vida de Charlotte y en la mía o, por lo menos, en nuestro corazón, que en sí mismo ya constituye un vínculo.

Hizo una pausa y prosiguió:

—¿Recuerda aquel día en que Charlotte acudió a su casa, poco antes de mi boda? ¿Recuerda de cuán franca y divertida manera hablamos en presencia de la propia Charlotte de lo aconsejable que sería que hiciera un buen matrimonio?

A continuación, mientras en el rostro angustiado de su amiga, como había ocurrido hacía poco ante Charlotte, seguía ondeando la negra bandera del rechazo general, él dijo:

—Pues bien, fue entonces, a mi juicio, cuando comenzamos la tarea de colocarla en el lugar en que se encuentra. Teníamos toda la razón y ella también. Esto queda demostrado por su actual éxito. Recomendamos un buen matrimonio casi a cualquier precio, valga la expresión, y Charlotte, interpretando nuestras palabras al pie de la letra, consiguió el mejor matrimonio que podía conseguir. A mi parecer, difícilmente hubiera podido casarse mejor, siempre y cuando reconozcamos que Charlotte está obligada a tomar dicho matrimonio como es, con todas sus características. Si no reconocemos esto, el caso es diferente, desde luego. La compensación de Charlotte radica en cierta decente libertad con la cual se contenta, a mi juicio, sin pedir más. Usted quizá dirá que esto demuestra la bondad de Charlotte, pero yo le aseguro que no se envanece de contentarse con sólo esta libertad, sino que, al contrario, es muy humilde al respecto. Jamás reclama esta libertad y jamás la utiliza con retentissement, ni siquiera con el más leve retentissement. Goza de ella sin estridencias.

El Príncipe explicó estas palabras de modo no menos considerado y lúcido al añadir:

—El «buque» está casi siempre atracado en puerto o, si lo prefiere, anclado ante la costa. En lo que mí hace referencia, diré que de vez en cuando tengo que abandonar el buque para hacer un poco de ejercicio, y habrá usted podido darse cuenta, a poca atención que haya prestado al asunto, de que Charlotte no puede evitar de vez en cuando hacer otro tanto. En ocasiones, ni siquiera hace falta llegar a tierra, basta con saltar al agua y chapotear un poco. A que nos hayamos quedado aquí esta noche los dos juntos, al accidente que ha puesto a nuestros ilustres amigos sobre la pista de Charlotte, sí, porque reconozco que esto ha sido uno de los resultados prácticos de nuestra combinación, a todo eso puede usted calificarlo como uno de nuestros inofensivos chapuzones, saltando desde la cubierta del buque, que ni ella ni yo podemos evitar. Cuando

estos chapuzones se producen, ¿por qué no considerarlos inevitables, sobre todo si tenemos en cuenta que no arriesgamos la vida? No nos ahogaremos, no nos hundiremos. Por lo menos tengo esta seguridad en lo que a mí respecta. Tampoco podemos olvidar que la señora Verver, dicho sea en su honor, sabe nadar, por cierto.

El Príncipe pudo proseguir su parlamento sin dificultad, ya que Fanny Assingham no le interrumpió. Ahora Fanny se daba cuenta de que por nada del mundo interrumpiría al Príncipe. Su elocuencia tenía un valor inmenso; no había ni una sola gota de ella que Fanny, de una manera u otra, no atrapase en el momento mismo de saltar de la fuente y la embotellara a fin de guardarla para el futuro. El frasco de cristal de la más profunda atención de Fanny Assingham recibía aquella elocuencia allí, en la misma fuente, y Fanny ya imaginaba la manera en que, en el cómodo laboratorio de su meditación, la analizaría químicamente. Y más aún, había momentos en los que, al encontrarse las miradas de los dos interlocutores, Fanny percibía en el Príncipe algo inenarrable, algo extraño y sutil que discrepaba de sus palabras, que las traicionaba, algo reluciente y muy profundo que era como una llamada, una increíble llamada dirigida a su más refinada comprensión. ¿Qué podía ser aquello? ¿No se trataba acaso, aunque fuera burda esa manera de expresar algo tan oculto, de la quintaesencia de un guiño de connivencia, de la insinuación de la posibilidad de que algún día realmente trataran los dos aquel tema —en mejores condiciones, desde luego—, con lo que resultaría mucho más interesante? Si aquella lejana chispa roja, que a la imaginación de Fanny bien hubiera podido parecerle la linterna delantera de un tren que se acercaba a ella desde el otro extremo del túnel, desde el punto de vista de Fanny, no era un ignis fatuus, un mero fenómeno subjetivo, forzosamente tenía que ser el Príncipe quien la mantuviera allí invitando con ella a Fanny a comprender. Sin embargo, de momento, y de una forma inconfundible, se produjo el instante en que se dio al tema comentado un tratamiento real, auténtico. Este instante se produjo cuando el Príncipe, con el mismo perfecto dominio de su pensamiento, que ni siquiera él hubiera podido mejorar, procedió a coronar su bien lograda comparación con otro símil que en realidad fue la pincelada suprema, la pincelada que el cuadro había estado esperando hasta ese momento:

—Para que la señora Verver sea intensa y exclusivamente conocida por todos como la esposa de su marido, hace falta algo de lo que, como usted sabe, el matrimonio a que nos referimos carece. El señor Verver debiera hacer lo preciso para ser un poco más conocido o, por lo menos, visto en calidad de marido de su esposa. A estas alturas, probablemente habrá podido usted comprobar que el señor Verver tiene sus propios hábitos y costumbres, que pone en práctica día a día y, cada vez más, sus propias distinciones y discriminaciones, a lo que tiene perfecto derecho, desde luego. El señor Verver

es un padre tan perfecto y tan ideal y, debido precisamente a este mismo hecho, un padre político tan generoso, tan admirable y de tan fácil trato, que, a mi juicio, me comportaría de manera rastrera y baja si osara criticarle desde cualquier punto de vista. Sin embargo, ante usted puedo hacer cierta observación, ya que es usted inteligente y siempre comprende lo que intento decirle.

El Príncipe hizo una pausa, como si incluso esta única observación que acababa de anunciar fuera difícil de expresar si Fanny Assingham no le animaba a hacerla. Sin embargo, nada en el mundo hubiera podido inducir a Fanny a dar al Príncipe aquellos ánimos. Ahora tenía conciencia de que jamás en su vida había estado con el cuerpo tan quieto, ni con el ánimo tan tenso. Se sentía igual que el caballo del cuento, llevada una y otra vez al agua, por sus propias culpas, pero segura de que no podrían obligarla a beber. En otras palabras, invitada a comprender, Fanny contenía el aliento por temor a revelar que realmente comprendía, como era verdad, por la sencilla razón de que, por fin, tenía miedo a comprender. Al mismo tiempo, Fanny comprendía con toda claridad que ya sabía de antemano cuál era la observación del Príncipe; tenía la impresión de haber oído aquellas palabras antes de que sonaran, de haber saboreado, en fin, la amargura que producirían en su especial sensibilidad. Pero su interlocutor, impulsado por una necesidad interna, exclusivamente suya, no quedó amilanado por el silencio de Fanny:

—Lo que no comprendo es por qué, desde el punto de vista del señor Verver, es decir, habida cuenta de sus afortunadas circunstancias, se sintió impulsado en su día a contraer matrimonio.

Sí, esto era exactamente lo que Fanny Assingham sabía que iba a escuchar, y estas palabras tuvieron exactamente también la prevista virtud de hacerla desdichada por las razones que ahora latían en su corazón. Sin embargo, Fanny no estaba plenamente dispuesta a sufrir, como se dice estaban los mártires, no estaba dispuesta a sufrir, odiosa e irremediablemente allí, en aquel momento, en público, pero esto sólo podía lograrlo interrumpiendo la conversación con cualquier pretexto, darla por terminada e irse. Ahora Fanny deseaba volver a casa, de la misma manera que una o dos horas antes había deseado acudir allí. Quería dejar atrás el interrogante que se había formulado en su mente y a la pareja que de repente dicho interrogante había revestido de tan vívida forma, pero Fanny consideraba que era horroroso comportarse como si huyera desconcertada. Fanny se había dado cuenta de que la conversación constituía un peligro, el peligro de la luz que se colaba por las grietas de las frases, y el franco reconocimiento de que la existencia del peligro era peor que cualquier otra cosa. No, no era eso lo peor, sino que, mientras Fanny pensaba ya en la manera en que debía emprender la retirada, aún no había reconocido que quería emprenderla. La expresión del rostro de

Fanny revelaba traicioneramente su desdicha y, ante esto, Fanny no sabía qué hacer. El Príncipe dijo:

—Sin embargo, mucho me temo que, por razones ignoradas, la he dejado preocupada; le pido disculpas. Nuestras conversaciones siempre se han desarrollado a la perfección, y desde el principio fueron una gran ayuda para mí.

Este tono fue el más eficaz que podía emplearse para acelerar el colapso de Fanny; se dio cuenta de que había quedado a merced del Príncipe, y éste, al proseguir, demostró haberlo percibido claramente:

—De todas maneras, volveremos a conversar, y conversaremos mejor que nunca, ya que para mí es de suma importancia. ¿Recuerda lo que le dije un día, poco antes de mi matrimonio, con tanta claridad? ¿Recuerda que le dije que al verme obligado a moverme en tan distintas direcciones, entre tantas realidades nuevas, entre tantos misterios, circunstancias, expectativas y presunciones, todo absolutamente diferente a cuanto había conocido con anterioridad, me veía en el caso de recurrir a usted, como patrocinadora originaria, como hada madrina, que me sacara adelante?

Guardó silencio unos instantes, y añadió:

—Pues sigo considerándola igual.

Fanny se percató de que la pertinaz insistencia del Príncipe la había sacado del apuro en que se hallaba, lo cual le permitió por fin levantar la cabeza y hablar:

—Ya ha salido adelante, hace mucho tiempo que salió adelante. Y si no ha salido adelante, hubiese debido hacerlo.

—Si tenía que haber salido adelante, eso es ya una razón más para recurrir a su ayuda y que usted siga ayudándome, pues puedo asegurarle firmemente que no he salido adelante. Las nuevas realidades, y son muchísimas, siguen siendo nuevas para mí, y los misterios, las expectativas y las presunciones todavía contienen en cantidades inmensas un elemento que no he conseguido comprender. Como sea que, afortunadamente, hemos podido conversar de nuevo, debe usted permitirme que la visite lo antes posible, debe concederme una hora, una hora de su amabilidad y su bondad.

Al advertir que Fanny Assingham mantenía su reserva, el Príncipe añadió:

—Si se niega, estimaré que también niega, con indiferencia y frialdad, su propia responsabilidad.

Estas palabras demostraron, como si se tratara de un brusco golpe de mar, que la reserva de Fanny Assingham era un buque muy frágil:

—Niego que tenga responsabilidad alguna con respecto a usted. Si alguna vez la tuve, cumplí con ella.

En todos los momentos, el Príncipe había conseguido mantener una elegante sonrisa. Ahora Fanny había conseguido una vez más que le dirigiera una penetrante mirada. El Príncipe preguntó:

—¿Y para con quién confiesa usted tener responsabilidades? —¡Ah, mio caro, esto es asunto mío y sólo mío!

El Príncipe, sin dejar de mirarla con dureza, preguntó:

—¿Me abandona?

Esto era lo que Charlotte le había preguntado diez minutos antes, y el hecho de que el Príncipe se lo preguntara de forma casi idéntica estremeció a Fanny Assingham, que estuvo a punto de replicar: «¿Se ponen ustedes dos previamente de acuerdo acerca de lo que van a decirme?». Pero más tarde se alegró de haberse reprimido a tiempo, a pesar de que su contestación real no fue mucho mejor que la reprimida:

—Pienso que ignoro qué es lo que puedo hacer por usted.

—Debe acceder a recibirme, por lo menos.

—¡Por favor, deme tiempo para prepararme!

Ya pesar de que Fanny consiguió acompañar estas palabras con una carcajada, se vio obligada a volver la cara. Con anterioridad, en ningún momento había apartado la cara ante el Príncipe, y, para Fanny, fue lo mismo que si realmente le temiera.

Capítulo XVI

Más tarde, cuando el coche de alquiler del matrimonio pudo salir de la interminable fila de carruajes, entre la barahúnda que atormentaba la impaciencia de Fanny Assingham, ésta subió a bordo y penetró en la noche londinense, al lado de su marido, teniendo la sensación de entrar en una protectora oscuridad que le permitía envolverse en ella y respirar. Durante la media hora anterior Fanny había estado bajo una luz despiadada, hiriente y cegadora hasta sentirse obligada a bajar la vista, lo que le parecían pruebas demostrativas del error cometido. Su pensamiento más inmediato era que, en el pasado, realmente había actuado en beneficio de aquellas personas, con miras a un fin que ahora daba sus frutos, que bien podían constituir una formidable cosecha. Al principio Fanny se limitó a meditar en su rincón del

coche de alquiler. Era lo mismo que ocultar la cara anteriormente al descubierto, desamparadamente descubierta; era como ocultarla en las frescas aguas de la general indiferencia, de las calles desiertas, de las tiendas cerradas y de las casas a oscuras, que formaban un mundo piadosamente inconsciente y sin reproches, contempladas desde la ventana del coche de alquiler. A diferencia del mundo que acababa de abandonar, el que ahora contemplaba no se enteraría, ni tarde ni temprano, de lo que Fanny había hecho o, por lo menos, sólo se enteraría si la consecuencia final de los actos de Fanny fuera objeto de avasalladora publicidad. Sin embargo, durante unos instantes contempló tan intensamente esta última posibilidad, que enseguida la desdicha de su miedo produjo una reacción y, cuando, al doblar la esquina, el coche quedó bajo la luz de la linterna de un policía que proyectaba el inquisidor haz en la fachada de la casa situada en la acera de enfrente, Fanny se permitió un estremecimiento al verse de tal manera acusada, a pesar de que podía protestar con igual premura contra aquel puro y ciego terror. Sí, por el momento Fanny experimentaba terror, aunque fuera absurdo, terror del que necesitaba liberarse antes de hacer las investigaciones precisas para saber en qué terreno se hallaba. Percatarse de esa necesidad tuvo realmente la virtud de ayudarla muy pronto, pues al hacer un esfuerzo con el fin mencionado, Fanny pudo advertir que, por negras que parecieran sus perspectivas, no por ello le eran desconocidas. Fanny tenía un agudo sentido de la visión, pero, a pesar de ello, se amparaba en el consuelo de no estar segura de lo que veía. No saber lo que la vista vería si se fijaba en puntos un tanto alejados constituía una ayuda para no ver que no tenía las manos limpias. Como sea que Fanny se había hallado en la situación precisa para actuar como causa agente, ciertamente no debía contemplar con tanta vaguedad los efectos que ella misma había producido. Por otra parte, esto constituyó un paso más hacia la siguiente reflexión: cuando la relación personal con cierto asunto era tan indirecta que no cabía determinarla con precisión, siempre cabía decir que fue tan leve que difícilmente podía ser deplorable. Cuanto estaban cerca de Cadogan Place advirtió que no podía ser todo lo curiosa que deseaba, sin llegar antes a la conclusión de que era inocente de toda culpa. Pero había habido un momento, en el oscuro desierto de Eaton Square, en que Fanny rompió a hablar:

—Que se defiendan a sí mismos mucho más de lo que necesitan… Sí, sólo esto me preocupa. Sí, que tengan tanto que decir en su propia defensa.

Como solía hacer en estos casos, su marido encendió un cigarro, quedando tan absorto en esta tarea como Fanny en su agitación. Luego el coronel dijo:

—¿Quieres decir con esto que tú nada tienes que decir en tu defensa?

Al ver que su esposa no daba contestación a estas palabras, añadió:

—¿Qué diablos imaginabas que iba a ocurrir? El pobre hombre se

encuentra en una situación tal que no tiene absolutamente nada que hacer.

El silencio de Fanny Assingham pareció calificar de superficiales estas palabras, y sus pensamientos, como le ocurría siempre que se encontraba en compañía de su esposo, siguieron un curso independiente. Cuando estaban juntos él la inducía a hablar, pero lo hacía como si se tratase de otra persona, la cual, de hecho, la mayoría de las veces era ella misma. Sin embargo, hablaba consigo misma en presencia del coronel de un modo en que jamás hubiera podido hablar consigo sin la presencia de su esposo:

—Este hombre se ha comportado muy bien desde el principio. Siempre lo he estimado así. Maravillosamente. Y más de una vez se lo he dicho cuando se ha terciado la ocasión. En consecuencia, en consecuencia…

Pero su voz se extinguió mientras se sumía más y más en sus pensamientos. El coronel dijo:

—En consecuencia, ha adquirido el derecho, para cambiar un poco, de echar una cana al aire.

Siguiendo invariablemente el curso de sus pensamientos, Fanny Assingham dijo:

—Sin embargo, la cuestión no radica en que se porten maravillosamente cuando están separados, sino, al contrario, en que lo hagan también cuando están juntos, lo cual es harina de otro costal.

Sin gran interés, el coronel preguntó:

—¿Y qué crees tú que deben hacer cuando están juntos? Yo diría que cuanto menos hagan mejor, y ya me comprendes, supongo.

En esta ocasión la señora Assingham dio muestras de haber oído a su marido:

—Comprendo demasiado bien en qué piensas, pero yo no pienso en lo que tu insinúas.

Después de un breve silencio, completó su anterior respuesta:

—No creo, querido, que sea necesario tener pensamientos bajos y mezquinos con respecto a esta pareja. Son las últimas personas en el mundo capaces de portarse de la manera que sospechas.

El coronel advirtió:

—Con nadie soy bajo y mezquino, salvo con mi pródiga esposa. Me llevo bien con todos mis amigos, tal como yo los valoro; sin embargo, soy incapaz de aceptar el valor que tú les atribuyes. Y no hablemos ya de lo que ocurre cuando te dedicas a sumar valores…

Tras estas palabras, el coronel soltó una bocanada de humo, y su esposa observó:

—Mis sumas carecen de importancia cuando no eres tú quien tiene que pagar la factura.

Después de decir estas palabras, sus meditaciones volvieron a perderse por el aire:

—Lo más importante es que cuando vino a buscarla tan de repente no tenía miedo. Si hubiera estado atemorizado habría podido evitarlo. Y si yo hubiera visto que lo estaba, si yo no hubiera visto que no lo estaba…

Después de meditar, la señora Assingham concluyó:

—Entonces yo hubiera podido verlo. Lo habría visto. Nuevos pensamientos le indujeron a añadir:

—Y es verdad que para ella se trataba de una gran cosa, de una oportunidad que pocas veces se da en la vida, por lo que difícilmente podía dejar de aceptarla. Y me gustó que él no se lo impidiera llevado por su propio temor. Era maravilloso que se le deparara a ella tal oportunidad. El único problema que podía presentarse era que Charlotte se sintiera incapaz de afrontar la situación. Si ella no hubiera tenido confianza, habríamos podido hablar. Pero la tenía, y mucha, la tenía toda.

Pacientemente Bob Assingham preguntó:

—¿Es que le has preguntado hasta qué punto tenía confianza?

El coronel había formulado la pregunta con muy modestas esperanzas, como de costumbre, acerca de la contestación que obtendría, pero esta vez había tocado el más sensible resorte de reacción de su esposa:

—Jamás, jamás… No era el momento de «preguntar». Preguntar es sugerir, y no era el momento de sugerir. Allí una tenía que hacerse su propia idea de la forma más secreta posible y con los elementos de juicio que una tenía a su disposición. Y juzgo, tal como he dicho, que Charlotte estimaba que podía afrontar la situación. Sí, me causó la impresión en aquellos momentos de estar casi conmovedoramente agradecida, a pesar de lo orgullosa que es. Pero jamás le perdonaré haber olvidado a la persona a quien debe estar primordialmente agradecida.

—¿No será la señora Assingham, por casualidad?

Fanny nada dijo durante unos instantes, ya que, a fin de cuentas, había alternativas. Luego, declaró:

—Es Maggie, por supuesto. La pequeña y asombrosa Maggie.

Mientras con lúgubre expresión miraba hacia el exterior por la ventanilla del coche, el coronel Assingham preguntó:

—¿También Maggie es asombrosa?

La esposa del coronel, hecha un ovillo en el rincón del carruaje, proyectó hacia el exterior una mirada idéntica a la de su marido:

—Muy extraño me parecería que no comenzara a ver ahora en esa muchacha, a la que siempre hemos considerado como un ser insignificante y adorable, mucho más valor del que jamás llegué a pensar que tenía.

Resignado, el coronel comentó:

—Tratándose de ti, no me parece extraño:

Una vez más la señora Assingham hizo caso omiso de las palabras de su marido. Al cabo de un rato, rompió el silencio.

—En realidad, y ahora comienzo a darme cuenta de ello, Maggie es la gran salvación. Sí, lo veo. Ella será quien nos saque del atolladero. En realidad, no le quedará más remedio que hacerlo. Y podrá hacerlo.

Pincelada tras pincelada, la meditación de la señora Assingham terminó el cuadro, que produjo, en el particular sentido que su marido tenía del método, tales efectos que indujeron a éste a desahogarse de forma un tanto caprichosa, allí en su rincón, mediante una exclamación ahora frecuente en sus labios, que estaba encaminada a aliviar el agobio que solía experimentar principalmente en situaciones como la presente, exclamación cuyo origen había descubierto Fanny en los modales aborígenes, aunque siempre deliciosos, del señor Verver.

—¡Oh, Señor Dios, Señor Dios…!

La señora Assingham prosiguió:

—Desde luego, si es capaz, lo será de manera extraordinaria, y en eso precisamente pienso.

La señora Assingham guardó silencio, aunque sólo para añadir:

—Pero no estoy muy segura en lo tocante a la persona a quien, honradamente hablando, Charlotte debe más gratitud. Incluso pienso que quizá esta persona sea el menudo e increíble idealista que la hizo su esposa.

Rápidamente, el coronel comentó:

—Pues más vale que no lo pienses, querida. ¡Charlotte, esposa de un menudo e increíble idealista…!

Una vez más, sólo el cigarro del coronel Assingham pudo expresar el resto de la frase.

Con el recuerdo reavivado y con una plena visión del caso, Fanny observó:

—Sin embargo, a poco que se piense, ¿no causaba la impresión de que era esto lo que Charlotte estaba más o menos convencida que iba a ser?

Estas palabras fueron la causa de que el consorte de Fanny Assingham quedara verdaderamente un tanto pasmado:

—¿Qué dices? ¿Charlotte, una menuda e increíble idealista?

Con toda sencillez, ella prosiguió como si tal cosa:

—Y era sincera. Era inconfundiblemente sincera. El único problema radica en saber hasta qué punto sigue siéndolo todavía. Bob Assingham dijo:

—Pues, oye, ésta es otra de las preguntas que puedes formularle. Parece que todo tienes que hacerlo como si se tratara de un juego con un reglamento fijado de antemano, pero realmente no sé quién podrá sancionarte en el caso de que tú infrinjas las normas. ¿No será que puedes dar tres respuestas, a ver si aciertas una, como en las adivinanzas de Nochebuena?

El sarcasmo del coronel dejó impertérrita a su digna esposa, por lo que Bob Assingham añadió:

—¿Y cuánta sinceridad o qué cantidad de cualquier otra cosa necesitas en Charlotte para seguir dándole al asunto?

En tono un tanto siniestro, repuso:

—Proseguiré mientras quede una porción tan pequeña como una uña de tus dedos, aunque afortunadamente no nos encontramos aún en esa situación.

La señora Assingham hizo otra pausa, contemplando ahora la más amplia perspectiva en la que repentinamente las obligaciones de la señora Verver para con Maggie quedaban en gran manera ampliadas. Habló de nuevo:

—Incluso en el caso de que Charlotte nada debiera a los demás, por lo menos tendría la obligación de un comportamiento impecable para con el Príncipe.

Ahora Fanny se preguntó a sí misma.

—¿Qué ha hecho el Príncipe sino confiar generosamente en ella? ¿Qué hizo sino interpretar que, si Charlotte estaba dispuesta a aceptar se debía a que se sentía suficientemente fuerte? Indudablemente, esto impone a Charlotte el deber de tener la debida consideración con el Príncipe, de pagar la confianza en ella depositada, lo cual… Bueno, sí, lo cual… En fin, que si de ello no hace norma constante de su comportamiento, se portaría muy censurablemente. Con esto me refiero, desde luego, a la confianza de que Charlotte no se mezclaría en la vida del Príncipe como él expresó al guardar silencio en los momentos

críticos.

El coche de alquiler estaba ya muy cerca del hogar de los Assingham, y quizá por ello el coronel tuvo la sensación de dejar de hablar, lo que motivó que su meditación siguiente floreciera de un modo que casi sorprendió a su esposa. Los cónyuges estaban principalmente unidos por la paciencia del coronel, casi siempre a punto de agotarse y, debido a esto, la nota predominante en las frases del marido solía ser la de la benévola desesperación. A pesar de ello, en este momento, el coronel puso tasa a su desesperación hasta el punto de reconocer virtualmente que había seguido el razonamiento de su esposa:

—¿Gratitud al Príncipe por no haberle puesto la zancadilla? ¿Quieres decir que esto, debidamente interpretado, ha de ser precisamente lo que determine el camino que Charlotte deba seguir?

Fanny, aceptando esta tesis, dio énfasis al matiz expresado por su marido:

—Debidamente interpretado.

—Pero ¿no queda todo subordinado a lo que Charlotte estime debida interpretación?

—No. No depende de nada. Es así como el deber y la delicadeza sólo ofrecen un camino.

En reacción un tanto vulgar, Bob Assingham exclamó:

—¡Oh, la delicadeza!

—Me refiero a la delicadeza en su más elevada acepción, a la delicadeza moral. Charlotte es perfectamente capaz de darse cuenta de eso. La delicadeza moral le impone el deber de dejar al Príncipe en paz.

Con brusquedad, el coronel preguntó a su esposa:

—¿De modo que has llegado a convencerte de que toda la culpa recae en la pobre Charlotte, y que ella es la única que actúa?

Tanto si el coronel lo hizo con esa intención como si no, lo cierto es que la brusquedad de sus palabras tuvo la virtud de obligar a Fanny a volver la cara y mirar a su marido. Fue un golpe que le hizo perder el equilibrio, un golpe que la dejó de repente sin su recién adquirida seguridad. Fanny Assingham dijo:

—¿Es que no piensas lo mismo? ¿Realmente crees que hay algo entre los dos?

El movimiento efectuado por ella obligó a su marido, una vez más, a echarse hacia atrás. Aquel avance anterior le había hecho sentir la alta temperatura del tema abordado. El coronel dijo:

—Quizá lo único que Charlotte haga sea mostrar al Príncipe lo mucho que le deja en paz. Sí, mostrárselo todos los días.

—¿Y acaso fue eso lo que Charlotte mostró al Príncipe cuando le esperó en la escalinata de la manera que tú me has dicho? —¿En verdad te dije la manera como le esperó?

Evidentemente por falta de costumbre el coronel apenas podía reconocerse a sí mismo en aquella acusación.

—Sí, por una vez en la vida. En aquellas pocas palabras que intercambiamos, después de haberlos observado mientras subían la escalinata, algo me dijiste de lo que habías visto. No me dijiste gran cosa, claro está; eso jamás lo harías, aunque te fuera la vida en ello. Pero pude darme cuenta de que, por muy extraño que parezca, quedaste impresionado; en consecuencia, pensé que forzosamente tuvo que ocurrir algo extraordinario para que tú lo mencionaras.

Ahora Fanny Assingham lanzó un ataque frontal contra su marido, ante quien había esgrimido su demostrada percepción en aquel caso concreto, debido a que en su inseguridad necesitaba sacar el debido fruto de ella. Ahora se daba cuenta, incluso con más claridad que en el momento de los hechos, de que su marido había quedado impresionado por algo; sí, incluso él, pobre hombre, había quedado impresionado. Y para que esto ocurriera, para que pudiera impresionarle, era realmente preciso que fuese muy gordo. Fanny intentó acorralarle, atacarle hasta obligarle a rendirse, para que le dijera sencillamente la verdad, cuyo valor radicaría precisamente en la sencillez, verdad que una vez conseguida Fanny conservaría para ulterior referencia, sin perder ni un matiz de la misma. Fanny dijo:

—Vamos, vamos, querido, que algo pensabas. Después de haber visto lo que viste, no pudiste resistir la tentación de pensar un poco. Sólo te pido que me digas lo que pensaste. En esta ocasión, tus ideas valen tanto como las mías y, cuando hables, no podrás acusarme, como de costumbre, de ser sólo yo quien imagina cosas. Ahora sabes más que yo. Te encuentras en un punto más avanzado y yo sigo en el mismo punto. Pero me doy cuenta de cuál es el punto en que te encuentras, y mucho te agradeceré que me sitúes en él. Lo único que quiero es que me des una point de repère fuera de mí misma, y así podré meditar, meditar lo que tú me digas.

Mientras Fanny hablaba, el vehículo que los transportaba se detuvo ante la puerta de su casa; otro hecho valioso para Fanny fue el que su marido no se moviera, a pesar de hallarse sentado junto a la portezuela por la que debían bajar. Se hallaban a expensas de la ama de llaves, debido a que el servicio ya se había ido a dormir, así que como no les acompañaba ningún lacayo, el cochero aguardaba tranquilamente. De esta manera Bob Assingham esperó,

consciente de las razones que tenía, para dar contestación a la pregunta de su mujer por otro método que no fuera el que saltaba a la vista, o sea darle la espalda y bajar del coche. Bob Assingham no volvió la cara hacia el otro lado, se dedicó a mirar fijamente al frente mientras su esposa hallaba, en el hecho de que el coronel no se moviera, cuantas pruebas podía desear, es decir, cuantas pruebas demostrativas de lo que ella acababa de decir. A Fanny Assingham le constaba que el coronel jamás hacía caso de lo que ella decía, y el hecho de que ahora dejara escapar la oportunidad de demostrarlo era de suma elocuencia. Por fin, el coronel observó:

—Más vale dejar este asunto en manos de esos dos.

Fanny inquirió:

—¿«Dejar el asunto»?

—Dejémoslos en paz. Ya se las arreglarán.

—¿Quieres decir que ya se las arreglarán para hacer todo lo que quieran? ¡Lo has dicho! ¡Tú mismo lo has dicho!

Casi sibilinamente, el coronel dijo:

—Se las arreglarán a su manera.

Esto produjo sus efectos en Fanny, ya que, además de la luz que arrojó sobre el fenómeno de la endurecida conciencia de su marido, pudo percatarse de la gran verdad que había en la acusación concreta de la que antes había hecho objeto a su marido. La evocación de la escena era realmente maravillosa para Fanny, quien dijo:

—¿Se las arreglarán con gran astucia, verdad? ¿Esto es lo que piensas? ¿De manera que nadie se enterará? ¿Y que nosotros haremos cuanto de nosotros se espera si nos limitamos a protegerlos?

El coronel, sentado, inmóvil, declinó la invitación a expresar sus pensamientos. Las manifestaciones verbales se parecían mucho a las teorías, en el sentido de que uno siempre acababa extraviándose. El coronel sólo sabía lo que decía, y lo que sabía representaba la limitada vibración de la que su inveterada dureza era capaz. A pesar de todo, tenía que aclarar cuál era la posición que había adoptado en aquel asunto, a cuyo efecto esperó un poco más. Pero por fin lo hizo por tercera vez y con las mismas palabras:

—Se las arreglarán a su manera.

Acto seguido, bajó del coche.

Oh, sí, esto produjo sus efectos en la señora Assingham, quien, mientras el coronel subía los peldaños, se limitó a mirarle, quieta, y seguir mirándole mientras abría la puerta. El vestíbulo estaba iluminado; el coronel se quedó en

el marco de la puerta, mirando a su esposa; su alta y flaca figura recortada en negro, con el sombrero marcial, casi diabólicamente inclinado a un lado, como solía llevarlo, parecía prolongar el siniestro énfasis de sus anteriores palabras. Generalmente, en esta clase de regreso al hogar, el coronel solía ir en busca de su esposa después de haber preparado el acto de entrada, por lo que, con su actual actitud, parecía tener vergüenza de enfrentarse con ella a corta distancia. El coronel miraba a su cónyuge desde la puerta, mientras ésta, sentada, sopesaba las palabras de su marido y tenía la impresión de que el cuadro mental que de aquel problema se había formado quedaba bruscamente iluminado. ¿Qué era, si no, lo que sencillamente vio escrito en la cara del Príncipe, que se hallaba bajo sus palabras? ¿Acaso no se correspondía exactamente con la burlona imagen que tenía ahora ante la vista? ¿Acaso, dicho sea llanamente, no era la promesa de que ellos se las «arreglarían a su manera» lo que él había querido proponerle a Fanny, para que ella tuviera oportunidad de aceptarla? En cierta manera, el tono en que el coronel hablaba armonizaba con la expresión de Americo, aquella expresión que de una forma tan extraña había aparecido ante Fanny, mirándola por encima del hombro. Fanny no había sabido interpretarla en aquel momento, pero ¿acaso no la interpretaba ahora correctamente, mientras veía en ella la insinuación de que debía recibir una lección? No, no aceptaría esa clase de lecciones. Fanny Assingham, mientras oía que su marido le decía: «¿Se puede saber qué pasa?», decidió también tomarse el tiempo preciso para decidir que no se dejaría atemorizar. «¿Qué pasa?», pues sí, pasaba más de lo suficiente para que Fanny se sintiera un poco mareada. Sí, no era el Príncipe la persona a quien ella estaba dispuesta a considerar primordialmente veleidosa. La veleidad de Charlotte —quizá Fanny había llegado incluso a considerarla aceptable— sólo podía plantear, a lo sumo, problemas de fácil resolución. En consecuencia, si el Príncipe había llegado al punto que ahora suponía Fanny, el asunto tomaba un cariz muy diferente. No, ahora no cabía tomar partido por uno o por otro. Fanny se sentía impotente, hasta el punto de que el tiempo pasaba y pasaba sin que bajara del coche de alquiler, por lo que el coronel tuvo que acudir junto a ella y sacarla casi a rastras, después de lo cual, ya en la acera, bajo la luz de la farola, su silencio bien habría podido ser el signo de la existencia de algo grave; este silencio llegó a su culminación cuando su marido le ofreció el brazo; los dos subieron los peldaños sumisamente juntos, unidos, igual que un nuevo Darby y una nueva Joan que hubieran sufrido un contratiempo. Aquello casi parecía el regreso de un entierro, a no ser que se asemejara más al silencioso avance hacia un hogar enlutado. Sí, por cuanto ¿a qué regresaba Fanny a su casa, como no fuera a enterrar de la forma más decente posible su error?

Capítulo XVII

Al parecer, los dos miembros de la pareja podían gozar de extraordinaria libertad desde el instante en que comprendieron sus respectivas posiciones. Como es natural, desde un principio Charlotte se había esforzado grandemente en hacer comprender al Príncipe la necesidad de lo anterior. Charlotte había hallado frecuentes ocasiones de hablarle de esta necesidad, y con su resignación un tanto menguada o, por lo menos, con su ingenio estimulado, con inevitable ironía Charlotte había calificado de diferentes maneras el caso en que los dos se hallaban. Lo más maravilloso consistía en que el sentido de la decencia había estado siempre muy alerta en Charlotte al referirse al asunto. Momentos hubo en que hablaba de refugiarse los dos en lo que denominaba el más sencillo y vulgar tacto, como si este principio bastara para iluminar su camino. En otros momentos bien hubiese podido parecer, a juzgar por las palabras de Charlotte, que el rumbo que los dos debían seguir requería el más ansioso estudio y la más independiente, por no decir la más original, interpretación de los síntomas y de los signos. Ahora Charlotte hablaba como si el itinerario a seguir estuviera indicado en todas las encrucijadas con carteles de casi ridícula prominencia. Después hablaba como si la senda fuera oculta y sinuosa, entre zarzas y matojos. Incluso había ocasiones en las que se expresaba como si, al carecer la situación de los dos de precedentes, su cielo careciese de estrellas.

«¿Hacer?», dijo en cierta ocasión Charlotte haciéndose eco de la palabra pronunciada por el Príncipe, en una de las conversaciones que disimulada y brevemente sostenían al regresar Charlotte de su visita a América, inmediatamente después de su matrimonio, visita que ella consideraba como una excursión de la misma extraña naturaleza que aquella que también el Príncipe tuvo que efectuar. «¿Acaso la inmensa, la verdaderamente incomparable belleza de nuestra situación, no radica en que no tenemos nada que “hacer” en toda la vida? Nada, salvo lo usual, lo necesario, lo cotidiano, que consiste en comportarse de la forma menos insensata posible. Esto es todo, y lo dicho puede aplicarse a cualquier período. Ha habido mucho que “hacer”, sin duda habrá aún mucho más que “hacer”, pero todo lo que se deba hacer corre a cargo de ellos, por ser lo resultante de lo que nos han hecho a nosotros.» Y Charlotte indicó que la cuestión radicaba íntegramente en haber aceptado ellos dos las cosas tal como se las presentaron, y con la mayor discreción posible. Sin la menor duda, jamás había ocurrido nada tan raro a una pareja consciente, dotada de buenas intenciones y perfectamente pasiva. Nunca se había dictado contra víctimas como ellos tan extraordinario decreto como el que los obligaba, en contra de su voluntad, a sostener una relación de estrecha reciprocidad, que ellos habrían hecho lo que estaba en su mano para

evitar.

Charlotte recordaría, y no poco, aquella concreta mirada, largamente sostenida en silencio, que el Príncipe le dirigió cuando aludió a los primeros intentos de escapar a su destino. Recordaría también gozosamente la expresión muda que el tono de su voz hizo aparecer en los irresistibles ojos del Príncipe; Charlotte consideraba con orgullo y alegría que, en aquella ocasión, había conseguido ver que en la mirada no había dudas, ni interrogantes ni retos, ni nada de esta o parecida naturaleza. El Príncipe se hallaba lo bastante desprevenido como para dar muestras de cierta admiración, al pensar en lo mucho que los dos habían luchado en contra de su destino; Charlotte sabía muy bien, desde luego, en lo tocante a todo esto, qué era lo que se hallaba en el fondo del pensamiento del Príncipe, y cómo habrían sonado las palabras del Príncipe si, discretamente, no hubiera evitado pronunciarlas. Todos los hombres eran lo bastante brutos como para aprovechar, cuando se les ofrecían, estas ocasiones de protesta, pero el Príncipe se distinguía por ser uno de los pocos hombres capaces de contenerse, antes de dejarse llevar por sus impulsos. Evidentemente, ésta era la base de la delicadeza de un hombre. Si el amigo de Charlotte hubiera hablado más de la cuenta, habría dicho en su simplicidad: «¿Realmente hicimos todo lo preciso para evitarlo, cuando nos enfrentamos con esos notables matrimonios?». Desde luego, lo hubiera dicho con toda elegancia, utilizando el plural, aceptando la parte que en el caso le correspondía a modo de tributo a la memoria del telegrama que Charlotte había recibido de él en París, después de que el señor Verver le enviara a Roma la noticia de su compromiso matrimonial. Charlotte jamás había destruido este telegrama en el que el joven matrimonio aceptaba la propuesta que se les formulaba, aceptación en modo alguno forzada. Charlotte conservaba el telegrama en lugar seguro y muy a escondidas; de vez en cuando lo sacaba para volver a leerlo. En francés, el telegrama decía: «À la guerre comme à la guerre, debemos vivir tal como entendemos la vida, pero me encanta su valentía y casi me sorprendo de la mía». El mensaje en sí era ambiguo y Charlotte le había dado diversas interpretaciones. Podía muy bien significar que, incluso sin Charlotte, la carrera del Príncipe era un trayecto cuesta arriba para él, una constante lucha para mantener las apariencias, por lo que, si Charlotte y él volvían a vivir el uno cerca del otro, esto comportaría que el Príncipe tendría que vivir con más precauciones todavía. Pero, por otra parte, también podía significar que el Príncipe se consideraba notablemente feliz en su vivir y que, en consecuencia, y en la medida que Charlotte se considerase un peligro, debía considerar que el Príncipe se estaba preparado de antemano a este efecto, y que se hallaba seguro y en sazón. Sin embargo, cuando llegó a París en compañía de su esposa, Charlotte no le pidió explicación alguna, de la misma manera que él tampoco le preguntó si guardaba el telegrama. Todo parecía indicar que el Príncipe se encontraba muy

por encima de hacer semejante pregunta, de la misma manera que ella se juzgaba muy por encima de decir al Príncipe, sin que éste la invitara a ello, que al instante había ofrecido el telegrama al señor Verver con perfecta franqueza y honestidad y que, si le hubiera dicho tan sólo una palabra indicativa de su deseo de leerlo, Charlotte lo habría puesto en sus manos. En consecuencia, también se había abstenido de decir al Príncipe que estaba absolutamente convencida de que mostrar el telegrama al señor Verver habría producido, con toda probabilidad, e inmediatamente, el efecto de anular los proyectos matrimoniales, y que todo el futuro de Charlotte durante aquellos instantes había quedado pendiente de un hilo, el hilo de la delicadeza del señor Verver (así consideraba Charlotte que debía llamarse), y que la posición de Charlotte en lo tocante a responsabilidades era absolutamente inexpugnable.

Entretanto, para el Príncipe, el tiempo, en su medido fluir, había sido originariamente una gran ayuda; le había ayudado en el sentido de que no disponía del tiempo suficiente para cometer una insensatez. A pesar de ello, este accesorio elemento era el que ahora parecía aguardar al acecho con maravillosa paciencia. Al principio, el tiempo había engendrado principalmente separaciones, dilaciones e intervalos; pero después dejó de ser una ayuda de manera harto temible desde el momento en que comenzó a abundar más y más, hasta el punto de inducir al Príncipe a preguntarse qué podía hacer con él. El estado matrimonial exigía menos tiempo de lo que, en términos generales, había esperado; y, cosa más extraña todavía, menos tiempo del que él había esperado en un matrimonio como el suyo. Le constaba que había razones lógicas para explicarlo, una lógica que demostraba esta verdad hasta el punto de darle carácter evidente. De una forma clara, el señor Verver ayudaba al Príncipe, es decir, le ayudaba en su condición de casado, y le ayudaba tanto que esta ayuda tenía carácter decisivo. El grado en que el señor Verver le rendía este servicio era realmente notable, aunque ¿qué servicio suyo no había sido notable desde el día en que los dos se conocieron? El Príncipe vivía, el Príncipe había vivido durante los últimos cuatro o cinco años de los servicios que le prestaba el señor Verver, verdad tan evidente cuando el Príncipe consideraba estos servicios uno a uno por separado para valorarlos, como cuando los arrojaba todos juntos dentro de la general olla de su gratitud, para dejarlos que se cocieran poco a poco hasta dar un nutritivo caldo. El Príncipe era hombre especialmente dispuesto a emplear el método mencionado en segundo lugar, a pesar de lo cual, de vez en cuando, cogía un bocado aislado para saborearlo solo. En estas ocasiones, maravilloso parecía al Príncipe el sabor de aquella sabrosa golosina, gozada a costa del señor Verver, que de día en día gustaba más y más al Príncipe. Había sido preciso que transcurrieran meses y meses para que pudiera gozar plenamente de aquel bocado. Al principio, no pudo hallar el nombre adecuado a aquel motivo de su más profundo agradecimiento, y en el momento en que en su mente surgió el

nombre, nuestro joven amigo ya vivía con la paz y la tranquilidad que ello le garantizaba. Dicho en pocas palabras, el señor Verver había asumido la responsabilidad de las relaciones del Príncipe con Maggie, de la misma forma que había asumido la responsabilidad, y siempre la asumiría, de todo lo demás. El señor Verver le había exonerado de todo género de angustias y ansiedades en lo tocante a su vida matrimonial —así se lo había hecho— y asimismo en lo tocante a su cuenta bancaria. De la misma manera que el señor Verver cumplía con la función nombrada en segundo término por el medio de estar en comunicación con los banqueros, la primera nacía directamente del excelente entendimiento recíproco con su hija. Este entendimiento tenía, y ello era tan maravilloso como sumamente evidente, la misma profunda intimidad que el entendimiento comercial, ya que, a fin de cuentas, las asociaciones financieras se basaban, en el fondo, en la comunidad de intereses. Desde el punto de vista del Príncipe la armonía entre padre e hija se debía a la identidad de caracteres, lo cual, por fortuna, antes le divertía que le irritaba, cuando muy bien hubiera podido ocurrir lo contrario. Aquellas personas —y la libre asociación del Príncipe amontonaba sin orden ni concierto a capitalistas y banqueros, a hombres de negocios retirados, a ilustres coleccionistas, a suegros norteamericanos, a padres norteamericanos, a jóvenes hijas norteamericanas, a lindas esposas norteamericanas—, aquellas personas, decía, pertenecían al mismo amplio grupo de seres afortunados, por lo menos a la misma especie general, y tenían, generalmente hablando, los mismos instintos. Se juntaban, se comunicaban secretos, hablaban el mismo idioma y se hacían recíprocos favores. Y ya que hablamos de favores, en determinado momento el joven Príncipe advirtió que su relación con Maggie, según cabía ver, también había sido asumida por el señor Verver. Lo cual constituía, en realidad, el meollo del asunto. Se trataba de una situación «graciosa», aunque tan graciosa como afortunada. La vida matrimonial de la joven pareja quedaba en entredicho, pero, cosa sorprendente, tenían la solución allí mismo, ante ellos. El Príncipe nada tenía que objetar, ya que el señor Verver sólo procuraba y conseguía la mayor dicha de Maggie, y ésta tampoco tenía nada que objetar ya que el señor Verver, con su comportamiento, contribuía a la dicha de su marido.

Sin embargo, el hecho de que el tiempo, como hemos dicho, no siempre estuviera íntegramente a favor del Príncipe, quedó claramente de manifiesto un oscuro día en que, por unas extrañas aunque no sin precedente circunstancias, las reflexiones a las que acabamos de hacer referencia ofreciéronse al Príncipe a modo y manera de su principal recreo. Al parecer, estas reflexiones y sólo éstas habían recibido la misión de llenar las horas del Príncipe e incluso de llenar la gran casa cuadrada de Portland Place, en donde la escala de cualquiera de las más pequeñas salitas resultaba incluso excesiva para ellas. El Príncipe penetró en esta estancia para ver si por casualidad

encontraba allí a la Princesa tomando el té. Pero aun cuando el resplandeciente servicio del refrigerio se hallaba allí, junto a la chimenea, no cabía decir lo mismo de quien hubiera podido honrar la mesa, por lo que el Príncipe la esperó, si cabe llamar a eso espera, recorriendo una y otra vez el brillante suelo de la estancia. El Príncipe no hubiera podido hallar razón alguna que explicara por qué deseaba ver a la Princesa en aquel momento, y el hecho de que ella no viniera pasada media hora llegó a ser en realidad, con carácter plenamente positivo pero no por eso menos perverso, la circunstancia que mantuvo al Príncipe en el lugar en que se encontraba. Aquél, precisamente aquél, era el lugar en que podía pensar mejor, el lugar en que podía percibir mejor la nota destacada de la realidad. No cabe duda de que esta observación constituía en sí un pobre motivo de solaz en aquella pequeña y sórdida crisis. Pero el constante ir y venir del Príncipe y, de manera principal, sus reiteradas detenciones ante alguna de las altas ventanas de la estancia, dieron a cada uno de los minutos que discurrían, al cabo del tiempo, la calidad de acelerado latido del espíritu. Sin embargo, no cabe decir que estos latidos expresaran debidamente la impaciencia del deseo, en mayor medida que la aguda desilusión. La serie de minutos, conjuntamente considerada, quizá se parecía más que a cualquier otra cosa a esas sutiles oleadas de claridad por medio de las cuales, para el observador, el alba, por fin, temblando, se transformaba en rosado día. La iluminación afectaba en su totalidad a la mente, y las perspectivas que revelaba eran puramente la inmensidad del mundo del pensamiento. De todas maneras el mundo material era muy diferente. La tarde de marzo, contemplada desde la ventana, parecía haberse extraviado en el otoño, había llovido durante horas, y el calor de la lluvia, el color del aire y del barro, el color de las casas fronteras, el color de la vida en aquella broma tan triste, en aquella mascarada tan idiota, era de un castaño indeciblemente sucio. Para nuestro joven amigo ni siquiera al principio fue leve el interés que en él despertó el que un coche de alquiler de cuatro ruedas y de lento balanceo alterara, mientras él lo contemplaba, la dirección que seguía, apartándose torpemente de la zona central de la calzada, evidentemente a instancias de la persona que en su interior viajaba, y comenzara a dirigirse hacia la acera de la izquierda para detenerse, siguiendo ulteriores instrucciones, ante las ventanas de su casa. La persona que viajaba en el interior del vehículo, del que se apeó en grácil movimiento, resultó ser una señora que dejó el vehículo esperándola y que, sin guarecerse bajo el paraguas, cruzó rápidamente el húmedo trecho que la separaba de la casa. Cruzó deprisa y desapareció, pero el Príncipe, desde su alto puesto de observación, había tenido tiempo de reconocerla, y el acto del reconocimiento le dejó inmóvil durante unos minutos.

Charlotte Stant, viajera en un maltratado coche de alquiler y con impermeable, acudiendo a su lado a aquella hora en el momento culminante de su especial visión interior, constituyó una aparición con una carga de

coherencia tal que al Príncipe casi le pareció violenta. El efecto de que Charlotte acudiera a visitarle a él solo, tenía para el Príncipe, mientras esperaba inmóvil, una singular intensidad, pero después de que transcurrieran unos minutos, su certidumbre con referencia a lo anterior comenzó a menguar. Quizá Charlotte no había venido, quizá había venido sólo para ver a Maggie, quizá al enterarse en el vestíbulo de que la Princesa no había regresado, estaba dejando un mensaje, escribiendo unas palabras en una tarjeta. De todas maneras, pronto sabría la verdad; entretanto, dominándose, nada haría. La idea de no actuar adquirió bruscamente extraordinaria fuerza. Sin duda alguna Charlotte sabría que él se hallaba en casa, pero el Príncipe estaba dispuesto a que la visita que le hiciera fuese íntegramente por iniciativa de ella. Las razones que el Príncipe tenía para dejarla en plena libertad eran todavía más notables si tenemos en consideración que a pesar de no quebrantar su pasividad albergaba fervientes esperanzas. La armonía de la aparición de Charlotte en unas circunstancias superficiales que tan adversas le eran, constituía una armonía con unas circunstancias que no cabía calificar de superficiales, y la imaginación del Príncipe daba un valor extraordinario a la presencia de Charlotte. Además este valor adquiría extraña profundidad si se tenía en consideración el rigor de la actitud del Príncipe, así como el que, a pesar de haber aguzado el oído, no había percibido el sonido de la puerta de entrada al abrirse y cerrarse de nuevo, ni había visto a Charlotte regresar al coche de alquiler, y esa sensación llegó a su punto culminante cuando se dio cuenta, merced a sus agudizados sentidos, de que Charlotte había llegado, precedida por el mayordomo, después de subir la escalera, a la antesala de la estancia en que él se hallaba. Si algo hubiera podido aumentar todavía más esas sensaciones del Príncipe, ese algo fue la nueva pausa, ante la estancia, como si Charlotte hubiese dicho al criado: «Espere un momento». Sin embargo, cuando el criado dio entrada a Charlotte, y se acercó a la mesa de té para encender el hornillo de la tetera, y luego se dedicó lenta y metódicamente a atizar el fuego del hogar, Charlotte consiguió que su anfitrión no tuviera dificultad alguna en descender del punto en que su alta tensión le había situado, y recibirla provisionalmente haciendo referencia a Maggie. Mientras el mayordomo estuvo presente, Maggie fue la persona a quien Charlotte había venido a ver, y Maggie sería a quien —a pesar de la total indiferencia del doméstico referente a las posibles intenciones de la dama visitante— Charlotte, alegremente, junto al fuego, esperaría. Sin embargo, tan pronto como quedaron los dos solos, Charlotte ascendió, como el silbido y la roja luz del cohete, de las formalidades a los hechos, y dijo, sin ambages, allí, en pie ante el Príncipe:

—¿Qué más, querido, qué otra cosa podemos hacer, en este mundo?

Fue como si en aquel instante el Príncipe supiera la razón por la que durante horas había tenido las sensaciones que tuvo; fue como si se enterara,

en aquel instante, de cosas que ni justicia había sabido, mientras Charlotte esperaba ante la puerta de la salita, jadeante, con un jadeo que parecía producido por el ascenso de la escalera. Sin embargo, al mismo tiempo, sabía que Charlotte todavía sabía más que él en lo tocante a todos los signos y portentos que pudieran afectar a los dos; la visión que el Príncipe tenía de las alternativas —en realidad no sabía cómo llamarlas, aunque quizá fueran soluciones, satisfacciones…— quedó totalmente iluminada por la tangible verdad de la actitud de Charlotte junto al hogar, por la manera en que le miraba como si en el lugar en que se encontraba se hallara en una situación ventajosa conquistada para ella. Charlotte había puesto la mano derecha en la repisa de mármol y con la izquierda mantenía recogida la falda para tenerla apartada del fuego, en tanto que estaba con un pie adelantado hacia el fuego para que se secara el zapato. El Príncipe no hubiera podido decir qué concretos eslabones y puentes habían quedado restablecidos al cabo de pocos minutos, y así era porque no recordaba ocasión alguna, en Roma, de la que el actual cuadro fuera exacta copia. Es decir, no recordaba ninguna ocasión en la que Charlotte le hubiera visitado en una tarde lluviosa, mientras un embarrado coche de alquiler la esperaba. Hallábase, a pesar de haber dejado el impermeable en la planta baja, investida de la extraña elocuencia —de carácter claramente pintoresco, teniendo en cuenta todas las circunstancias anejas— conferida por un vestido harto discreto y un sombrerito negro, que parecían empeñados en resaltar el momento de la vida en que se encontraba, así como sus intenciones morales, las del sombrero y las del vestido, y también su irónica indiferencia reflejada en su bello rostro refrescado por la lluvia. Sin embargo, la noción del pasado renació en el Príncipe como en ningún momento anterior, de modo que el pasado coincidía con el futuro, se entrelazaba con él, ante su vista, como en un largo abrazo, prietos los brazos y unidos los labios, de modo que el presente era tan dominado y zarandeado que su pobre naturaleza quedaba casi sin la sustancia precisa, quedaba sin el preciso ahora, para que todo lo dicho fuera motivo de escándalo u ofensa.

Dicho en pocas palabras: lo que había ocurrido era que Charlotte y el Príncipe, por el solo giro de la muñeca del destino —«llevados», sin duda alguna, por pasos y por etapas que la observación consciente no había percibido—, habían quedado situados frente a frente en una libertad que participaba de una manera extraordinaria de la perfección ideal, por cuanto el mágico tejido se había formado, sin esfuerzos por su parte, casi sin el leve toque de su voluntad siquiera. Sobre todo en la presente ocasión, sonaba una vez más en el ámbito de su seguridad, como un eco lejano, aquella misma voz que el Príncipe había oído en vísperas de su matrimonio con una inquietud de muy diferente naturaleza. Vagamente, una y otra vez, él había tenido la impresión, a partir de aquel período, de oír la voz diciéndole la razón por la que sonaba tan reiteradamente, pero ahora la voz sonaba juntamente con una

música de amplia sonoridad que llenaba la estancia. La razón —en cuya compañía el Príncipe había vivido con harta intimidad durante un cuarto de hora— radicaba en que la realidad de la seguridad de los dos ofrecía ahora una especie de receptáculo sin precedentes, que se ensanchaba y se ensanchaba, aun cuando envolvía elásticamente aquella seguridad, la guardaba suavemente, como protegiéndola con montones de suave pluma. Aquella mañana en el parque, la duda y el peligro no habían fallado, aunque disimulando su presencia, en tanto que esta tarde la historia se reanudaba con una confianza claramente percibida. Para general tranquilidad de los dos, Charlotte era quien había acudido a fin de dar mayor claridad a aquella confianza. A pesar de que no fue ésta la tarea con la que Charlotte inició la entrevista, la confianza se formó avasalladoramente por sí misma. Se hallaba en el significado de la pregunta que había formulado al Príncipe en el instante en que quedaron solos, a pesar de que éste, como si no la hubiera comprendido, no le dio directa contestación; se hallaba en el significado de todo lo demás, hasta en la consciente rareza del negro sombrerito de Charlotte y la consciente humildad de su vestido. Estas excentricidades le ayudaron un poco a dejar sin respuesta la primera pregunta permitiéndole preguntarle qué le había ocurrido a su coche y por qué no lo utilizaba, haciendo el tiempo que hacía, a lo que ella repuso:

—Pues precisamente por eso, por el tiempo. Es una manía. Al no utilizarlo me siento igual que antes, igual que en aquellos tiempos en que podía hacer lo que quería.

Capítulo XVIII

Charlotte pronunció estas palabras de manera tan rotunda que el Príncipe percibió al instante la verdad que expresaban; a pesar de ello, se trataba de una verdad que no dejaba de intrigarle:

—¿Realmente hubo un tiempo en que te gustaba ir de un lado para otro con semejante tiempo?

Quieta allí, junto al fuego, Charlotte repuso:

—Ahora tengo la impresión de que en aquellos tiempos todo me gustaba. De todas maneras, me produce el goce de volver a experimentar los viejos sentimientos. Vuelven, sí, vuelven.

Charlotte hizo una pausa. Y prosiguió:

—Todo vuelve, y no hace falta que te lo diga porque también te consta.

El Príncipe estaba de pie cerca de Charlotte, con las manos en los bolsillos,

pero sin mirarla, fija la vista en la mesa de té. Riendo, replicó:

—Bueno, la verdad es que no soy tan valiente como tú. Además, tengo la impresión de que realmente me gusta utilizar carruajes.

Rápidamente, añadió:

—Pero dejemos eso, me parece que necesitas urgentemente un poco de té. Permite que te prepare una taza.

El Príncipe se ocupó de esta tarea, no sin que antes Charlotte se sentara en un silloncito bajo que el Príncipe había empujado hasta el lugar en que la muchacha se hallaba de pie. Mientras Charlotte hablaba, el Príncipe le fue sirviendo lo que le pedía. Iba de la mesa al lugar en que estaba Charlotte y viceversa. Luego, se sirvió él mismo una taza de té. Con el paso del tiempo la visita de Charlotte adquirió más y más la naturaleza de una señal de comunicación que ella, responsable y deliberadamente, había venido a dar con referencia a la clarificación de la situación en que los dos se hallaban. Pero, a pesar de esto, todas las manifestaciones se producían como si tuvieran lugar en una muy alta esfera de debate, en el fresco aire superior de las más sutiles distinciones, en la más profunda sinceridad, en la más amplia filosofa. Fueran cuales fueran los hechos alejados y relacionados entre sí, la cuestión consistía principalmente en que estos hechos fuesen contemplados por los dos de la misma manera, a lo cual contribuían en gran manera las presentes circunstancias. Charlotte dijo:

—No consiste en que no tengas mi valentía, sino en que no tienes mi imaginación, creo yo. A no ser que, a fin de cuentas, resulte que no tienes mi inteligencia. De todas maneras, esto no me causará miedo hasta que me des mayores pruebas de ello.

Y Charlotte volvió a hacer, aunque con más claridad, la misma afirmación que había hecho momentos antes:

—Además, sabías que hoy vendría. Si sabías esto, ya lo sabías todo.

Éstas fueron las palabras con que Charlotte prosiguió, y si el Príncipe no se dio por enterado ni siquiera entonces de la posición adoptada por Charlotte, ello quizá se debió a que le trataba de nuevo como si hubiera colocado al Príncipe aquella máscara de contemporizante amabilidad que éste se había puesto para que Charlotte no apartara de ella la vista, en aquella otra importante ocasión, y desde entonces Charlotte llevaba consigo la expresión de esa máscara como una preciosa medalla —y no bendecida por el Papa, precisamente— colgada del cuello. Tanto si era así como si no, Charlotte había venido por propia decisión, ninguno de los dos iba a mencionar aquella gran ocasión anterior. Charlotte dijo:

—Sobre todo he venido impulsada por un personal sentimiento de romanticismo.

—¿El romanticismo de tomar el té conmigo junto al fuego? Bueno, eso es algo que incluso mi inteligencia puede comprender.

—Hay más que eso. Tienes que pensar que si mi vivir es mejor que el tuyo, se debe a que soy más valiente que tú. Te aburres, y yo no. Después de unos instantes de silencio, repitió:

—Yo, no.

El Príncipe protestó:

—Aburrirse sin un momento de alivio es precisamente lo que requiere valentía.

—Pasiva, no activa. Si te interesa saberlo, te diré que mi diversión ha consistido en pasarme todo el día en el centro de la ciudad.

Como si saltara de un asunto a otro, Charlotte preguntó:

—¿Y tú, no has salido en todo el día?

Inmóvil, con las manos en los bolsillos, el Príncipe repuso:

—¿Y para qué iba a salir?

—Bueno… ¿Y para qué las personas que se encuentran en nuestro caso han de hacer algo, sea lo que sea? Eres maravilloso, eres completamente maravilloso, sabes vivir. Nosotros, todos los restantes seres humanos, no somos más que torpes brutos, comparados contigo. Siempre tenemos que estar haciendo una cosa u otra. Sin embargo, si hubieras salido de casa, quizá habrías perdido la ocasión de verme, lo cual, y tengo de ello la plena seguridad, aunque tú no lo confieses, era precisamente lo que no querías que ocurriera, y te habrías perdido, sobre todo, la satisfacción de que haya venido a felicitarte por tu vivir, aunque finjas indiferencia. Esto es, en realidad, lo que al fin puedo hacer. Tú no puedes saber siquiera a estas alturas, no, no puedes saberlo, cuál es el lugar en que te encuentras.

Guardó silencio en espera de que el Príncipe le dijera que sí que lo sabía o fingiera no saberlo. Pero él se limitó a inhalar aire larga y profundamente, de manera que la inhalación pareció un respingo de impaciencia. Con ello, el Príncipe alejó de sí el problema de determinar si sabía o no sabía el lugar en que se encontraba, con lo cual pareció dejar el terreno despejado para que la pregunta quedara centrada en su visitante, en Charlotte Verver, sentada allí ante el fuego. En consecuencia, mirándose los dos largamente durante un rato, causaron la impresión de tratar el problema en silencio, pero lo que consiguieron con ello al final del silencio fue haber ampliado el problema de

forma absolutamente desproporcionada. Esto quedó de relieve en las palabras que Charlotte dijo a continuación:

—Es todo tan extraordinario que no se puede expresar con palabras. Creo sinceramente que la relación entre nosotros dos es de tan extraña naturaleza que jamás hubo en el mundo dos personas con buenas intenciones que se vieran semejantemente ligadas. En consecuencia, ¿no crees que debiéramos aceptar la realidad tal como se nos ofrece?

Charlotte había formulado esta pregunta de un modo todavía más directo que la anterior, pero el Príncipe tampoco dio inmediata respuesta a esta segunda pregunta. Fijándose solamente en que ella había terminado de tomar el té, se hizo cargo de la taza de la muchacha, la devolvió a la mesa, y preguntó a Charlotte si quería algo más; ésta repuso:

—Nada más, gracias.

Entonces, el Príncipe regresó junto al fuego y devolvió a su debido lugar un leño desplazado, lo cual hizo mediante una leve patada que resultó casi excesivamente eficaz. Charlotte se había puesto de nuevo de pie, y repitió entonces las palabras que tan francamente había dicho al principio:

—¿Qué más, querido, qué otra cosa podemos hacer en este mundo?

Sin embargo, el Príncipe no prestó a las palabras de Charlotte en esta ocasión más atención que en la primera. Llevado por simple curiosidad, preguntó:

—¿Dónde has estado?

—En todos los sitios que se me han ocurrido, salvo a ver gente. No quería ver gente, necesitaba urgentemente pensar. Pero he regresado a casa tres veces para volver a salir. El cochero seguramente imagina que estoy loca. Ha sido muy divertido. Cuando el cochero y yo pasemos cuentas le deberé más dinero del que ha visto junto en toda la vida.

Después de una pausa, siguió:

—He estado en el Museo Británico, que, como ya sabes, me entusiasma. He estado en la Galería Nacional y he visitado diez o doce librerías de viejo, en donde he encontrado tesoros, y he almorzado, llevada por un perverso capricho, en una casa de comidas de Holborn. He tenido deseos de ir a la Torre, pero estaba demasiado lejos, o al menos así me lo ha dicho el cochero. También he tenido deseos de ir al parque zoológico, pero no lo he hecho por la lluvia. Esto también me lo ha hecho observar el cochero. Aunque no quieras creerlo, también he estado en San Pablo.

Por fin, Charlotte concluyó:

—Los días así son muy caros. Sí, porque además del gasto del coche de alquiler, he comprado qué sé yo cuántos libros.

Inmediatamente, Charlotte pasó a otro tema:

—No hago más que preguntarme cuánto tiempo hace que no los has visto.

Y, luego, de una forma que al Príncipe le pareció un tanto brusca, Charlotte aclaró:

—A Maggie y al niño, quiero decir. Sí, porque supongo que sabes que Maggie se ha llevado al niño.

—Sí, claro, lo sabía. Los he visto esta mañana.

—¿Y te han contado sus planes para hoy?

—Maggie me ha dicho que se llevaba al niño, como de costumbre, da nonno.

—¿Todo el día?

El Príncipe dudó, aunque lo hizo de modo que parecía que su actitud hubiera variado íntegramente.

—No me lo ha dicho, y yo no se lo he preguntado.

—Bueno, en ese caso forzosamente tuviste que verlos antes de las diez y media. Llegaron a Eaton Square antes de las once. Como sabes, Adam y yo no desayunamos en la mesa. Tomamos un té en nuestros respectivos dormitorios. Bueno, al menos eso es lo que yo hago. Luego, almorzamos temprano. Esta mañana he visto a mi marido a las once, estaba enseñando al niño un libro con ilustraciones. Maggie había estado con ellos, y luego los dejó juntos. Maggie se fue, llevándose el coche, para hacer algo que Adam tenía que hacer, pero que Maggie le ha ofrecido hacer por él.

En este punto, el Príncipe causó la impresión de sentir cierta curiosidad:

—¿Llevándose tu coche, quieres decir?

—No sé cuál. Carece de importancia.

Sonriendo, Charlotte advirtió:

—No se trata de una cuestión de coche más, coche menos. Y si te empeñas, te diré que tampoco es una cuestión de coche de alquiler o no. Me parece hermoso que no se trate de una cuestión de algo vulgar y horrendo.

Charlotte guardó silencio para dar ocasión al Príncipe de mostrarse de acuerdo, y aun cuando éste nada dijo, fue evidente que estaba totalmente de acuerdo. Charlotte añadió:

Y he salido. Necesitaba salir. Sí, tenía esta idea. Me parecía importante. Y ha sido importante, es importante. Ahora sé, cosa que antes no sabía, lo que sienten esos dos. De ninguna otra manera hubiera podido saberlo con seguridad.

El Príncipe observó:

—Se sienten confiados.

Era exactamente lo que iba a decir Charlotte, que ahora también lo dijo:

—Se sienten confiados.

Y Charlotte procedió lúcidamente a ilustrar esta afirmación refiriéndose a las tres diferentes ocasiones en que, en el curso de su alocada excursión, había regresado a la casa de Eaton Square llevada por la curiosidad e incluso por cierta ansia. Charlotte tenía llave de la puerta de entrada a la casa, que rara vez utilizaba. Esta llave la tenía en su poder porque irritaba a Adam, y ésta era una de las pocas cosas que le irritaban, encontrar todavía a los criados en pie e inhumanamente rígidos, cuando regresaban de alguna fiesta a altas horas de la noche.

—Por lo tanto, he podido entrar cada una de estas veces, dejando el coche de alquiler esperándome, y percatarme por mí misma, sin que ellos se enteraran, de que Maggie todavía estaba allí. He entrado y he salido sin que ellos ni siquiera lo sospecharan. ¿Y qué suponen que ha sido de una, cuando una se va? No me refiero al punto de vista sentimental o moral, ya que éste poco importa, sino al punto de vista físico y material, sólo en tanto que mujer que ha salido de casa, como a decente e inofensiva esposa, como la mejor madrastra que jamás haya habido en el mundo o, sencillamente, como la matresse de la maison que no carece totalmente de conciencia…

Hizo una pausa y concluyó:

—Incluso ellos, a su extraña manera, han de tener alguna idea al respecto.

El Príncipe dijo:

—Y tanto. Tienen una gran idea al respecto.

Nada le fue más fácil que ampararse en la cantidad. El Príncipe añadió:

—Nos tienen en un gran concepto. Especialmente a ti.

Sonriendo, Charlotte observó:

—No pongas toda la responsabilidad sobre mis espaldas.

Pero ahora el Príncipe ponía toda la responsabilidad en un lugar que Charlotte había preparado magníficamente al efecto:

—Todo radica en tu conocido carácter.

Sin dejar de sonreír, Charlotte dijo:

—Gracias por lo de «conocido».

—Todo radica en tu maravillosa inteligencia, en tu maravilloso encanto. Todo radica en los efectos que estas dos cualidades han producido en beneficio tuyo en el mundo de los dos. Para ellos tú eres todo un personaje. Y los personajes van y vienen.

Riendo en el ahora feliz ambiente que los dos habían creado, Charlotte dijo:

—No, querido, en este punto yerras del todo. Esto es, precisamente, lo que los personajes no pueden hacer, viven solemnemente y, siendo objeto de constantes consideraciones, no tienen llave de la puerta de entrada, sino que son anunciados con tambores y trompetas, y cuando salen con su humilde sombrerito, sólo consiguen con ello armar más ruido. En todo caso, caro mio, si aquí hay un personaje, este personaje eres tú.

Ahora fue él quien protestó:

—¡No, no, no estoy dispuesto a cargar con esta responsabilidad! De todas maneras, cuando regreses a casa, ¿dónde les dirás que has estado?

—Diré, lisa y llanamente, que he estado aquí.

—¿El día entero?

—Sí, el día entero. Acompañándote en tu soledad. ¿Cómo es posible que llegues a comprender algo, sin ver que esto precisamente es lo que por fuerza ha de gustarles que yo haga en beneficio tuyo? De la misma forma que tú, cómodamente, puedes hacer lo mismo en el mío. Lo que nosotros debemos hacer es tomarlos tales como son.

El Príncipe meditó estas palabras, a su inquieta manera, aun cuando sin apartar la mirada de Charlotte. Después de lo cual, con cierta incoherencia, aunque muy vehementemente, dijo:

—¿Y cómo puedo dejar de estimar, ante todo y sobre todo, lo mucho que quieren a mi chico?

Y después, levemente desconcertado al advertir que Charlotte nada tenía que comentar, lo cual el Príncipe percibió al instante, añadió:

—De la misma manera se hubieran portado con un hijo tuyo.

—¡Ojalá hubiera podido tenerlo! Había puesto todas mis esperanzas en ello, tenía fe en ello. Hubiera sido mucho mejor para todos. Hubiera representado probablemente una gran diferencia. También Adam, pobrecillo,

pensaba en esta posibilidad. Tengo la certeza de que ansiaba tener un hijo.

Charlotte había hecho estas afirmaciones una a una, separándolas, en tono grave, triste y responsable, como si tuviera el deber de hablar con toda claridad a su amigo. Hizo una breve pausa, luego habló como si quisiera de una vez para siempre dejar claramente sentada una realidad:

—Ahora tengo la absoluta seguridad de que jamás podré tener un hijo.

El Príncipe esperó unos instantes antes de preguntar:

—¿Jamás?

—Jamás.

La manera en que los dos trataban el tema no era solemne, pero sí dotada de cierta decencia, y quizá incluso con ansias de concreción. Charlotte añadió:

—Probablemente hubiera sido mejor para todos, pero así han ocurrido las cosas.

Después de una pausa, Charlotte concluyó:

—Con lo que nos hemos quedado más solos todavía.

El Príncipe meditó estas palabras y dijo:

—Tú eres quien se ha quedado sola.

—¡No vuelvas a ponerme en el centro de la situación! Tengo la seguridad de que Maggie se hubiera entregado a ese niño difícilmente con menos devoción que al tuyo.

Charlotte explicó las razones de esta afirmación:

—Hace falta algo más que un hijo mío, hace falta algo más que diez hijos míos, en el caso de que hubiera podido tenerlos, para que nuestros sposi se mantengan alejados el uno del otro.

Charlotte sonrió ante la exageración que su imagen significaba, pero como el Príncipe causó la impresión, a pesar de la sonrisa de su amiga, de dar gran importancia a sus palabras, ella volvió a hablar en tono notablemente grave:

—Por raro que parezca, estamos inmensamente solos.

El Príncipe había estado moviéndose, dando pasos de aquí para allá, con aire de vaguedad, las manos en los bolsillos, pero ahora quedó quieto frente a Charlotte. Y así escuchó estas últimas palabras, que le indujeron a echar un poco la cabeza hacia atrás, como si buscara en su mente, fijando la vista en el techo. Charlotte le preguntó:

—Y tú, ¿qué dirás que has hecho hoy?

Estas palabras sirvieron para devolver al Príncipe a la realidad presente y a la visita de Charlotte, quien aclaró su pregunta:

—Quiero decir cuando Maggie vuelva, porque supongo que tarde o temprano volverá. Y me parece que más vale que tú y yo digamos lo mismo. El Príncipe volvió a pensar y dijo:

—Bueno, tampoco puedo decir que he hecho lo que no he hecho.

—¿Y qué es lo que no has hecho?

La pregunta de Charlotte quedó vibrando en el aire, hallándose los dos cara a cara; el Príncipe leyó en sus ojos la intención de sus palabras. Ahora, el Príncipe dijo:

—Si no queremos portarnos de una manera absurda, debemos, por lo menos, hacer lo mismo tú y yo. Creo sinceramente que debemos actuar de mutuo acuerdo.

—¡Efectivamente, así es!

Las cejas y los hombros de Charlotte se alzaron alegremente, expresando así el alivio que nuestra joven amiga experimentó ante el cariz que la conversación había adquirido. Dijo:

—¡Esto es lo único que quiero en el mundo! Debemos actuar de mutuo acuerdo. ¡Bien sabe Dios que esto es lo que ellos hacen!

Evidentemente el Príncipe así lo entendía, y la situación de los dos podía basarse en el reconocimiento que el Príncipe había expresado. Pero también evidentemente, al mismo tiempo, vio que aquello que se le avecinaba era excesivo para él, por lo que bruscamente retrocedió a un terreno en el que Charlotte no le esperaba:

—La dificultad consiste, y siempre consistirá, en que no comprendo a Maggie y a su padre. Al principio no los comprendía, pero pensaba que llegaría a comprenderlos. Al menos albergaba esperanzas de ello, y en aquel entonces creía que Fanny Assingham me ayudaría.

Charlotte Verver exclamó:

—¡Fanny Assingham!

El tono en que Charlotte había pronunciado estas palabras indujo al Príncipe a dirigirle una penetrante mirada. El Príncipe dijo:

—Fanny haría cualquier cosa por nosotros.

Al principio Charlotte nada dijo, como si su silencio se debiera a que tenía demasiado que decir al respecto. Luego, con benevolencia, negó con la cabeza y dijo:

—Estamos fuera del alcance de Fanny.

El Príncipe meditó, con la intención de averiguar en qué punto estas palabras los situaban. Dijo:

—Bueno, pues haría cualquier cosa por ellos.

—También nosotros; en consecuencia, Fanny carece de importancia. Fanny ha quedado fuera de liza. No nos comprende.

Y Charlotte concluyó:

—Fanny Assingham no cuenta para nada.

El Príncipe volvió a vacilar antes de decir:

—Salvo para ocuparse de ellos.

Instantáneamente, Charlotte repuso:

—¿Es que eso no es asunto exclusivamente nuestro?

Había hablado como animada por una llama de orgullo en su privilegio y en su deber; ahora añadió:

—Creo que no necesitamos la ayuda de nadie.

Charlotte había hablado con una nobleza que en modo alguno quedaba mermada por haber surgido de tan extraña fuente, con una sinceridad visible incluso a través de los complicados giros por los que todos los esfuerzos encaminados a proteger al padre y a la hija debían proceder necesariamente de ellos dos. De todas maneras, las palabras de Charlotte causaron al Príncipe la impresión de que un resorte situado en su fuero interno, un débil resorte, hubiera sido quebrado. En todo momento esas cosas, el privilegio, el deber, la oportunidad, habían constituido la sustancia de la visión del Príncipe, habían representado la nota que el Príncipe se reservaba para demostrar a Charlotte que él, en la muy especial situación en que se encontraban, no carecía del sentido de la responsabilidad. Ahora, a fin de no quedar como un perfecto insensato, necesitaba ineludiblemente esgrimir un concepto concreto que justificara sus actos, y la luminosa idea que Charlotte acababa de manifestar era precisamente la expresión de este concepto. Charlotte se le había anticipado, aunque, como sea que la expresión empleada por ella nada dejaba que desear, en cuanto a la belleza de su forma, el Príncipe antes se sintió halagado que ofendido. Una gran luz apareció en su rostro mientras contemplaba a Charlotte, una luz de excitada percepción perteneciente íntegramente al Príncipe, luz en cuya gloria —ya que casi cabía calificarlo así— lo que el Príncipe dio a Charlotte tuvo tanto valor como lo que Charlotte había dado al Príncipe:

—Son extraordinariamente felices.

Y la medida que Charlotte dio a esta felicidad fue quizá excesiva:

—Beatíficamente.

El Príncipe prosiguió:

—Esto es lo más importante, por lo que, en realidad, poco importa que no los comprenda. Además, tú los comprendes. Por lo menos, los comprendes lo suficiente.

Después de unos instantes, Charlotte advirtió:

—Quizá comprenda a mi marido, pero no comprendo a tu esposa.

—De todas maneras, tú perteneces a su raza, más o menos. En términos generales, tienes las mismas tradiciones, la misma educación y estás hecha de la misma pasta moral. Tienes cosas en común con ellos. Pero yo, después de haberme esforzado en averiguar si tenía alguna de esas cosas en común, he advertido que no, y todos mis esfuerzos han resultado vanos, uno tras otro. No creo que tengamos nada en común digno de ser tenido en cuenta. Y no me queda más remedio que concluir que soy absolutamente diferente a ellos.

Charlotte hizo una importante afirmación:

—Pero no puedes decir lo mismo con respecto a mí.

—No lo sé, a fin de cuentas, no estamos casados. El matrimonio saca las diferencias a la superficie. Quizá si estuviéramos casados, descubrirías abismos de divergencia.

Sonriendo, Charlotte dijo:

—Pues si de estar casados depende, estoy a salvo como lo estás tú. Además, como tan a menudo hemos tenido ocasión de observar, e incluso de manifestar, Adam y Maggie son muy simples.

Meditó Charlotte unos instantes y añadió:

—Es dificultoso llegar a creer este hecho, pero tan pronto como ha quedado aceptado, facilita la actuación. En lo que a mí respecta, diré que he aceptado este hecho, por lo que no tengo miedo.

El Príncipe, dubitativo, preguntó:

—¿Miedo a qué?

—Bueno, pues, en términos generales, no tengo miedo de cometer un tremendo error, principalmente un error basado en la idea de que son diferentes.

Charlotte explicó sus palabras:

—Sí, debido a que esta idea induce a comportarse con excesiva ternura.

—Es cierto.

—Además, hay otra cosa. Soy incapaz de meterme dentro de la piel de Maggie, lo siento, pero no puedo. No es de mi medida, ni siquiera podría respirar en ella. Pero al mismo tiempo, albergo la certeza de que sería capaz de hacer cualquier cosa para proteger esta piel, incluso del más leve arañazo. A pesar de la ternura que Maggie me inspira, todavía es mayor la que siento por mi marido. ¡Es de una simplicidad tan dulce…!

El Príncipe ponderó un tanto la dulzura de la simplicidad del señor Verver, y dijo:

—Bueno, me parece que no puedo elegir entre Maggie y su padre. De noche, todos los gatos son pardos. Lo único que veo es que, por muchísimas razones, tenemos el deber de ocuparnos de ellos y, dicho sea en honor a la verdad, realmente lo hacemos. Para nosotros es un deber de conciencia ocuparnos de ellos…

Charlotte, dando la justa medida de la realidad, terminó la frase del Príncipe:

—Minuto a minuto, constantemente. Para esto debemos confiar el uno en el otro…

—Como confiamos en los santos que están en el cielo.

Pero después de decir estas palabras el Príncipe se apresuró a añadir:

—Lo cual, afortunadamente, podemos hacer.

Ante lo cual, y debido a la absoluta seguridad y compromiso que estas palabras conllevaban, las manos de cada uno de ellos buscaron instintivamente las del otro.

—Es maravilloso.

Con firmeza y gravedad, Charlotte apretaba las manos del Príncipe.

—Es maravilloso.

Durante un minuto estuvieron unidos, tan fuertemente cogidos y tan íntimamente enfrentados, como cualquier hora de su más fácil pasado los había contemplado. Al principio guardaron silencio, sólo mirándose, cogiéndose, encontrándose. Por fin, el Príncipe dijo:

—Es sagrado.

Y, en un susurro, Charlotte dijo:

—Es sagrado.

Juraron, ofrecieron y aceptaron y, en su intensidad, más y más estrechamente, se juntaron. De repente, a través de aquel prieto círculo, como por un angosto paso que lleva al mar situado más allá, todo se quebró, todo se derrumbó, todo cedió, todo se fundió, todo se mezcló. Sus labios buscaron sus labios; sus presiones, sus reacciones; sus reacciones, sus presiones, con una violencia que, con un suspiro, en el mismo instante, se transformó en el largo y profundo silencio con que apasionadamente sellaron su entrega.

Capítulo XIX

Tal como hemos visto, el Príncipe había sabido por Charlotte que ahora Fanny Assingham carecía de importancia; el propio Príncipe había concluido que el «ahora» estaba plenamente justificado, teniendo en consideración su más que justa apreciación de las diversas etapas anteriormente cubiertas; aun cuando el asentimiento del Príncipe fue tácito, su comportamiento se acordó tan perfectamente al asentimiento que, durante largos días, no hizo más que demorar la visita que había prometido efectuar a su vieja amiga en el curso de su diálogo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Sin embargo, y a pesar de todo, el Príncipe hubiera lamentado ver totalmente extinguida aquella teoría acerca de la relación que los unía en concepto, el uno, de fiel discípulo y, la otra, de amable maestra de la que desde el principio tantos frutos sacaron los dos. Sin duda alguna, el Príncipe fue quien mayormente fomentó la relación antes dicha, porque la necesidad de conocimiento superaba en mucho las modestas pretensiones al saber de Fanny Assingham, y el Príncipe había repetido una y otra vez a la señora Assingham que sin ella jamás hubiera llegado a encontrarse en el lugar en que se encontraba, ante lo cual Fanny Assingham había intentado en vano ocultar el placer que llegar a creerlo le causaría, incluso después de que la cuestión de determinar en qué lugar se encontraba el Príncipe hubiera llegado a ser más cerrada que abierta a las interpretaciones. En realidad, en tiempos anteriores a los de la celebración de la referida recepción oficial, jamás la situación del Príncipe había estado en entredicho, pero en dicha recepción el Príncipe tuvo por vez primera la impresión, que le dejó un tanto defraudado, de que la buena señora incurría en cierta deficiencia con respecto a algo que él tenía clara conciencia que había dado siempre por supuesto en ella. El Príncipe todavía hallaba un tanto difícil intentar decir en qué consistía esa deficiencia de la señora Assingham; si bien ella se «había hundido», como Charlotte afirmaba, los detalles del colapso carecían realmente de importancia. Todos esos colapsos venían siempre a consistir en lo mismo, en la falta de valentía, la falta de amistad o, sencillamente, la falta de tacto, aunque quizá cualquiera de estas deficiencias

quizá representara únicamente falta de ingenio y de inteligencia, lo cual era lo último que el Príncipe hubiera esperado en el caso de la señora Assingham; dicho de otra manera, significaría el triunfo de la estupidez. Charlotte había dicho que los dos estaban «fuera del alcance» de la señora Assingham, en tanto que el Príncipe siempre se había solazado en la creencia de que cierta capacidad para el fácil ejercicio de la imaginación, por parte de la señora Assingham, la mantendría siempre a su lado hasta el último instante. El Príncipe rehuía calificar la falta de fe de la señora Assingham, pero cuando meditaba a sus anchas sin ajenas imposiciones acerca de las personas que eran capaces de gozar realmente —o, al menos, con cierto refinamiento— de la pasión de la lealtad personal, estimaba que la actuación de la fantasía de dichas personas jamás era ni timorata ni escrupulosa. En caso necesario, la personal lealtad del Príncipe hubiera aceptado la personal aventura de la pobre mujer si la habría tenido. Y precisamente por eso, y en esta misma gradación, el Príncipe casi echaba en falta el consuelo de la actitud equivalente de Fanny Assingham. Y esto, a fin de cuentas, era lo que le ocurría con las personas a quienes su matrimonio le había vinculado. Sí, llegaba el momento en que uno se descubría a sí mismo en el trance de utilizar la imaginación principalmente para averiguar cómo se las arreglaba aquella gente para estimular tan poco la imaginación. Momentos había en que el Príncipe consideraba que no había nada merecedor, realmente merecedor, de sostener una relación personal con ellos, jamás se daba la encantadora predisposición a aceptar una confidencia profundamente manifestada. Empleando términos vulgares, habría dicho que con aquella gente, uno jamás tenía que mentir ni intrigar; empleando términos humorísticos, el Príncipe habría dicho que, con aquella gente a diferencia de lo que ocurría en más altas esferas, uno jamás tenía que acechar, daga en mano, o preparar insidiosamente la copa. Éstos eran los servicios que, de acuerdo con las románticas tradiciones, se consagraban al afecto en la misma medida que se consagraban al odio. Pero el Príncipe siempre podía divertirse —en la medida que significaba diversión— diciéndose que aquella gente era precisamente aquello a lo que él había dado la espalda de una vez para siempre.

Entretanto, Fanny era, al parecer, frecuente visitante de la casa de Eaton Square. Por lo menos esto era lo que al Príncipe le decía su visitante, a quien no cabía calificar de infrecuente, y menos aún a la hora del té, en la casa de Portland Place; aun cuando el Príncipe y su visitante poca necesidad tenían de hablar de Fanny, después de haber acordado que la habían dejado atrás. Al escenario de estas conversaciones y supresiones la señora Assingham ni siquiera se acercaba. La más reciente apreciación de su personal utilidad, efectuada por la señora Assingham, parecía indicar que su más urgente terreno de actuación se hallaba en la casa de Eaton Square. En realidad, la señora Assingham encontraba allí a todos salvo al Príncipe, que, ahora, casi siempre

se mantenía alejado de la casa en cuestión, o en todo caso, en las espaciadas ocasiones de sus visitas, jamás hallaba a la única persona de la que estaba un tanto distanciado. Todo lo anterior sería prodigioso si el Príncipe, con la ayuda de Charlotte, no se hubiera acostumbrado considerablemente a ello. En realidad hubiera sido indescriptiblemente notable el hecho de que por maravillosas causas que operaban en la superficie, por el momento nadie más, entre los que entraban en la combinación, parecía distanciado de nadie. Si bien es cierto que la señora Assingham se complacía en Maggie y sabía cómo tener acceso a ella, de la más fácil manera posible, tampoco cabe negar que Charlotte la preocupaba y, en gracia de los mismos razonamientos, sabía con toda probabilidad evitar la visión que alimentaba su desdicha. Desde luego, la desdicha también podía alimentarse al ver cuán ausente de su hogar Charlotte solía estar, aun cuando precisamente éste era el lugar en el que la mente ansiosa mejor podía estudiar el fenómeno del doméstico alejamiento de Charlotte. De todas maneras, Fanny, por sus propias razones, evitaba visitar la casa de Portland Place de manera harto notoria; a fin de cuentas, poca luz podía arrojar a la cuestión de si las apariciones de Charlotte allí eran frecuentes o no, de la misma forma que tampoco podía iluminar el problema de la presunta soledad que se estimaba (a este punto se llegó) rodeaba al cabeza de familia que allí vivía. Para cubrir todas las ambigüedades, para constituir la base de las diversas partes en que el día de la señora Verver se dividía, siempre se daba la circunstancia de que, en el punto al que todos habían llegado conjuntamente, la señora Verver era quien, con carácter definitivo y por general aclamación, se encargaba de las «relaciones sociales» de la familia, de las «relaciones sociales» literalmente hablando, de ambos hogares; de su talento para representarlos en el gran mundo y con gran estilo se habían acumulado las más vívidas pruebas. En ambos hogares, ya desde los primeros tiempos, había quedado bien sentado, con el mejor humor, que Charlotte constituía un «éxito social»; mejor dicho, constituía el «éxito social», en tanto que la Princesa, pese a ser dulce, pese a ser puntillosamente cumplidora de sus deberes, pese a ser encantadora, pese a ser realmente la personita más adorable del mundo, evidentemente no era el «éxito social», jamás llegaría a serlo; prácticamente, más valía que renunciara a ello, de manera que carecía de importancia que el motivo fuera que la Princesa estaba por encima, que estaba por debajo, que se encontraba excesivamente alejada del mundo social, que se perdía en él, que carecía de la preparación precisa o que no tenía la inclinación necesaria para ello. Baste decir que, fuese por afición, fuese por paciencia, esta actividad, considerada en general el acto de la representación en las grandes ocasiones y en el trato cotidiano, correspondía a Charlotte, quien gozaba de comprobada facilidad al efecto y, de manera no menos notoria, de una visión flexible y generosa de sus usos domésticos. A este respecto, Charlotte había llegado, lisa y llanamente, a hacer y a ser cuanto

quería sin que le pidieran cuentas; en consecuencia, había asumido, sin modificaciones y con el más alto sentido práctico, la carga de una lista de visitas, que Maggie había tolerado, en un principio, abandonada a sí misma y abandonada aún más al Principino, que crecía desaforadamente.

Dicho de otra manera, Charlotte no sólo se había subido alegremente en el tiovivo de la vida social londinense, sino que se había entregado noblemente al servicio de los otros tres, en vistas a su mayor comodidad, sostenida en su esfuerzo por su «faceta frívola», dicho en palabras que quizá sean un poco duras para expresar su agradable curiosidad innata. Había motivos de aburrimiento, momentos engorrosos en su activo quehacer, lagunas sociales, malos cuartos de hora que aparecían como piezas falsas de una moneda devaluada, a todo lo cual Charlotte, en principio, quitaba importancia de tal manera que parecía que su sensibilidad no hubiera reparado en ello. En ese aspecto, el Príncipe había reconocido los méritos de Charlotte poco después de que ésta regresara de su larga visita a América, después de su matrimonio, en donde fue, sin la menor duda, quien en todos los aspectos llevó sobre sus hombros la carga de la vida social con gracia maravillosa. Al lado de su marido, Charlotte se enfrentó alegremente con cuanto les salió al paso, y lo que les salió al paso fue, en ocasiones, de tal naturaleza que difícilmente se puede expresar con palabras: fue precisamente aquello que, estando en juego solamente sus personales intereses, había rehuido en el curso de la visita a América efectuada antes de su matrimonio. Los comentarios sobre el mundo norteamericano, la comparación de impresiones y aventuras se produjeron enseguida a modo de tema común de conversación para la señora Verver y su yerno, tan pronto como las dos parejas se reunieron. En resumen, ésta fue la razón por la que Charlotte pudo expresar tan pronto su punto de vista a su amigo, utilizando incluso expresiones que, según el Príncipe le dio a entender en aquel momento, le divertían en gran manera. Ella había preguntado:

—¿Acaso hay algo más sencillo que aceptarlo todo, cuando evidentemente forma parte del contrato?

Como sea que Charlotte jamás había ocultado al Príncipe «lo mucho» que su matrimonio le pareció desde un principio y «lo mucho» que realmente representaba ahora para ella, añadió:

—Mi matrimonio me ha dado tanto que yo no habría merecido ni ser tratada con benevolencia si hubiese demorado mi regreso de América. No incurrir en semejante demora y, por el contrario, dar todo lo que podía dar, es la causa y razón de mi decencia, mi honor y mi virtud. En consecuencia, estas últimas cosas, si es que te interesa saberlo, constituyen mi norma de vida y son, en términos absolutos, los pequeños dioses a los que rindo culto, las sagradas imágenes colgadas en la pared.

Y concluyó:

—Y, como sea que no soy idiota, verás como sé comportarme de acuerdo con todo lo dicho.

A partir de entonces el Príncipe pudo comprobar que se comportaba tal como había anunciado, cumpliendo, mes tras mes, día tras día, hora tras hora, los deberes propios de un oficio remunerado. Su perfecta y brillante eficiencia habían contribuido, sin duda alguna, constante e inmensamente, a la agradable comodidad en que su marido y su hija vivían arropados. En realidad, probablemente ella había conseguido más que esto, y les había proporcionado unas más bellas perspectivas, unas perspectivas más dulces, del posible alcance que podía llegar a tener dicha comodidad. El señor Verver y su hija la habían convertido, dicho sea burdamente, en su agente de relaciones públicas, y Charlotte había cumplido su misión con tal acierto que padre e hija, en justa consecuencia, se alejaron de dicho mundo mucho más de lo que al principio se habían propuesto. Además, por cumplir Charlotte con tal tarea, quedó exenta de otras de menor importancia y más humildes que, lógicamente, pasaron a ser de la competencia de Maggie, ya que por su carácter y naturaleza armonizaban mejor con ésta. De una manera natural, y por las mismas razones antes dichas, entre estas tareas de menor importancia se contaba la obligación, irrogada a la nombrada en segundo lugar, de reparar todo posible olvido de Charlotte en la casa de Eaton Square. Se trataba del trabajo hogareño, ciertamente, pero ése era el trabajo de Maggie. Teniendo en consideración al bueno de Americo, que estaba dotado de las mismas tendencias humanas de Charlotte y a quien la vida hogareña en cuestión difícilmente podía satisfacer, las tareas de Maggie serían, en cierta manera, la compensación de la sumamente encantadora función de Charlotte, desde el momento en que consiguiera que ésta lo reconociera en su justa medida.

Pues bien, el que por fin advirtiera que Charlotte le reconocía todos sus méritos fue una reflexión que, en los días de que nos ocupamos, complementó en el pecho del Príncipe aquellas otras, aquellas imágenes y barruntos nacidos en su ocio, aquellas búsquedas a tientas y aquellos hallazgos de su conciencia y de su experiencia, que hemos intentado exponer ordenadamente aquí. Dichas reflexiones acompañaban lo suficiente al Príncipe —y a este efecto debemos tener en cuenta la abundancia de recursos que nuestro joven tenía en semejante materia—, mientras examinaba hasta en sus últimos detalles el principio en cuya virtud debía evitar recurrir a Fanny en Cadogan Place y, asimismo, no cometer el error de frecuentar con una excesiva y marcada asiduidad la casa de Eaton Square. Cometer este último error equivaldría a perder la oportunidad de no aprovecharse al máximo de cualquier género de inocente teoría acerca de su manera de ser o de la manera de ser de Charlotte, dominante en dicha mansión. El que inocentes teorías pudieran dominar y realmente dominaran

allí era un hecho que el Príncipe había acabado por aceptar por las abundantes pruebas con carácter definitivo e irrevocable, y era cuestión de normal y común prudencia no desperdiciar ninguna impresión, incluso las adquiridas de propina. Frecuentar la casa de Eaton Square sería, dicho sea en pocas palabras, revelar que él carecía, a diferencia de su brillante amiga y parienta, de trabajo suficiente en el mundo. Y era precisamente por esta suficiencia por lo que el Príncipe y Charlotte conjuntamente gozaban lo que de modo tan extraño y afortunado, según los dos habían comentado, les abría todo género de posibilidades. Además, lo que daba todavía mayor solidez a la situación era que el «mundillo social», gracias a otra afortunada crueldad de la suerte de Charlotte y del Príncipe, abarcaba la casa de Portland Place, sin abarcar la de Eaton Square en una medida que se pudiera comparar a la de aquélla. Debemos añadir inmediatamente que esta última residencia, al mismo tiempo, de vez en cuando despertaba a las recepciones sociales y, desperezándose, mandaba unas cuantas docenas de invitaciones; uno de estos esporádicos vuelos sociales, ocurrido precisamente poco antes de la Pascua de Resurrección, produjo el efecto de alterar levemente la idea que nuestro joven amigo tenía de la medida de su margen de libertad. Maggie, con muy bien tino, sostenía que su padre debía ofrecer de vez en cuando una cena de verdadera altura, y el señor Verver, que seguía igual que siempre, dispuesto a hacer cuanto se esperara de él, consideraba, de acuerdo con su hija, que era su esposa quien debía organizar la cena. Charlotte, por su parte, estimaba que siempre gozaban de una libertad ideal, de lo cual constituía una prueba fehaciente el que todas aquellas personas a las que ellos temían haber prestado poca atención, hasta el punto de casi haber perdido su amistad, acudían a su casa, irradiando sonrisas, con sólo recibir una invitación casi a medias y a última hora. Americo estimaba que eran, francamente, ocasiones conmovedoras para él, que se distinguían en la gran bousculade de Londres por estar dotadas de una leve y serena gracia, de cierta amenidad y humanidad. Todos acudían presurosos, pero todos sucumbían a la suave influencia, y la brutalidad de la multitud, de la curiosidad sin ternura, pronto quedaba arrinconada al pie de la escalinata, juntamente con los abrigos y las capas. El agasajo ofrecido aquella noche, pocos días antes de la Pascua de Resurrección, en el que Maggie y el Príncipe estuvieron inevitablemente presentes en calidad de invitados, constituyó el cumplimiento de una obligación a la que no se hacía honor a menudo, y quizá por ello con más razón todavía tuvo aquella nota de optimismo casi digno de la Arcadia. Fue una cena con asistencia numerosa, brillante, aburrida, murmurante, de benévola apariencia y media edad, constituida en su mayor parte por matrimonios afables aunque de muy alto rango, de apellidos inmensamente prestigiosos, y de muy fácil ordenación jerárquica. Después de la cena, hubo un breve concierto, dado sin la opresión de un contingente de invitados que llegó más tarde, en cuya preparación, le

constaba al Príncipe, Maggie había tenido que aliviar su ansiedad consultando con el ingenio de Charlotte, y ambas se habían alegrado grandemente, y valga la expresión, de la solvencia del señor Verver.

Los Assingham no podían faltar, y allí estuvieron, aunque al pie de la escala social, y fue la esposa del coronel, a pesar de su humilde posición, la persona con la que el Príncipe, en su fuero interno, más ocupado estuvo, si exceptuamos a Charlotte. El Príncipe tuvo su atención fija en Charlotte debido, en primer lugar, a lo extremadamente bella que estaba y a lo mucho que destacaba en una reunión de miembros tan maduros y apacibles, de manera que semejaba la antorcha de la juventud viva y activa y el ejemplo de la gracia pasiva, y debido también, en segundo lugar, a que la fiesta, en la medida en que quedaba relacionada de manera más o menos destacada con una dueña de la casa, parecía relacionarse, de modo preferente y sin malas intenciones pero paradójicamente, con Maggie. El Príncipe no pudo dejar de advertir, tan pronto como cada cual quedó acomodado en el lugar que le correspondía, que también su esposa tenía perfectamente definida su pequeña personalidad, pero se preguntaba cómo aquella personalidad se las arreglaba para quedar tan visiblemente relegada —y a él le constaba que esto iba en contra de los deseos de Maggie— en vez de estar ella también pendiente del éxito e, incluso, de la dirección y de la responsabilidad de aquella fiesta. El Príncipe sabía cuáles eran los restantes rasgos que, en cualquier ocasión, y principalmente en la casa de Eaton Square, caracterizaban la apariencia de Maggie y cuál el parecido con su padre, en ocasiones muy vívido, como la intensificada fragancia de una flor, en el delicado calor de la celebración; su parecido, como el Príncipe descubrió, comunicándoselo a Maggie en Roma, en los primeros días de entusiasmo que siguieron a su compromiso matrimonial, a una menuda y joven bailarina en reposo, de muy leves movimientos, aunque casi siempre con un suave jadeo, e incluso un poco compungida, sentada en un banco; y por fin, su aproximación, ya que antes se trataba de analogía que de identidad, a las imágenes recibidas de una notable y neutral decencia que representaba, en el largo linaje del Príncipe, la normal calidad de esposa y madre. Si la matrona romana había sido, de manera suficiente, en primero y último lugar, el honor de dicho linaje, no cabía la menor duda de que Maggie, a los cincuenta años, se habría ensanchado y habría adquirido la precisa solidez para alcanzar tal dignidad, aun cuando quizá evocando un poco la imagen de una Cordelia en miniatura. Sin embargo, en su debido momento, cierta luz se hizo en la mente del Príncipe, y tuvo una conciencia más clara que en cualquier otro momento anterior de la vaga aunque no por ello menos exquisita participación de la señora Verver, como una insinuada o meramente ofrecida discreción de la indefinible e insondable relación de ésta con la escena ante la vista del Príncipe. La determinada condición de la señora Verver, su natural puesto y vecindad, su más intensa

presencia, su más tranquila sonrisa, su menor número de joyas, nada eran en comparación con la preocupación que ardía en Maggie, como una llamita que había prendido en cada una de sus mejillas un revelador, aunque en modo alguno desagradable, rubor. Aquella fiesta era la fiesta de su padre y el menor o mayor éxito de la fiesta era una cuestión que tenía tanta importancia para ella como para su padre, por lo que esta identificación había creado en Maggie una especie de visible inquietud, bajo cuya presión rebosaba filial reverencia, aunque con pocas expresiones, en los movimientos y en el tono, de naturaleza filial. Todo era inconfundible y, cuán bello podía ser, e incluso igualmente divertido, pero todo había tenido la virtud de dejar a los dos tan unidos, tan indivisos por el matrimonio de cada uno de ellos que la Princesa, il ny avait pas à dire, sentárase donde se sentara, sería siempre en aquella casa Maggie Verver. En la ocasión presente, el Príncipe quedó tan dominado por esta impresión que su natural secuela hubiera sido preguntarse si el señor Verver habría producido en anteriores ocasiones una impresión semejante, en el caso de haber ofrecido la fiesta solo con su hija.

Sin embargo, si esta consideración retroactiva se hubiera producido, habría quedado inmediatamente cortada, en los presentes momentos, por cuanto Americo reparó, con claridad no igualada en momento alguno, en que su padre político era el hombre que menos apariencias tenía a su disposición para los diferentes momentos. Era un hombre sencillo, era el arquetipo de la sencillez; nada más cabía decir de él en lo que se refiere a las apariencias, si es que cabía hablar de apariencias en su caso, cuestión que, habida cuenta de la debilidad de la tesis afirmativa, resultaba harto discutible. Divertía a nuestro joven amigo, quien, como se verá, dicha noche se solazaba de muy diversas maneras ocultas; le divertía, decíamos, darse cuenta de que todos los demás elementos de que el dueño de la casa estaba formado, tales como recursos, posesiones, servicios y generosidades aumentadas por leyendas sociales no dependían de una personal «ecuación» ni de un medio conmensurable, si es que queremos expresar el efecto de cantidad. Para aquella buena gente, la cantidad se hallaba en el aire en torno de ella, y la estimable calidad del señor Verver se hallaba así mismo, casi íntegramente, en este elemento. Era un hombre flaco y modesto, de frente despejada, y sus ojos, si bien miraban sin miedo, carecían de expresión de reto. No tenía los hombros anchos, su pecho no era abombado, ni su piel lozana, no cubría su cabeza y, a pesar de todo lo dicho, causaba la impresión, sentado allí, en el lugar que en la mesa correspondía al anfitrión, de un muchacho que tímidamente agasaja, por cierto rango que le ha sido impuesto, de modo que parecía que pudiera ser un poder entre diversos poderes, el representante de cierta fuerza o potencia, al igual que un rey niño es el representante de una dinastía. En esta visión generalizada, esta noche más intensa, pero siempre activa de su suegro, se había refugiado ahora Americo. El refugio, después de la reunión de los dos matrimonios en Inglaterra, se

había convertido en un sustitutivo de la comunidad, de hombre a hombre, que según los originarios cálculos de Americo bien hubiera sido posible, pero en realidad no había madurado ni florecido. Americo había cruzado su mirada con la de la decente pareja formada por padre e hija, primero en la mesa y luego en la sala de música, pero en aquellos ojos sólo leyó lo que había aprendido a leer durante los primeros meses de su matrimonio, durante aquel período de excesiva y ansiosa iniciación, o sea una especie de aprehensión sujeta a unas condiciones y términos fijos ya absolutos. Esta mirada directa reposaba tranquilamente, pero no se fijaba ni penetraba, y al Príncipe se le antojaba que era una mirada muy parecida a aquella que se dirige, con la debida atención, a la cifra de un cheque recibido en el curso de unas actividades comerciales, y que será ingresado, acto seguido, en la cuenta bancaria. La mirada se cercioraba de la cantidad, y de la misma manera aquella mirada se cercioraba de vez en cuando del valor que representaba el Príncipe. Así, en momentos más o menos reiterados y a plazos sucesivos, éste era remunerado perpetuamente. En cuanto al valor, él ya reposaba en el banco, aunque de forma cómodamente reiterada, constantemente garantizado y avalado. El resultado final consistía en que nuestro joven amigo no tenía el menor deseo de verse devaluado. A fin de cuentas, no había sido él quien había fijado el precio, ya que la idea de «cantidad» era del señor Verver. Ciertamente, todo debía mantenerse a la altura que correspondía a la cantidad señalada, cosa que el Príncipe jamás había percibido tan claramente como esta noche. Se habría sentido muy incómodo en el momento en que aquellas serenas miradas se posaban en él, si no se hubiera hallado en una situación tan firmemente asegurada por la fuerza de su acuerdo con Charlotte. Habría sido imposible que, de vez en cuando, su mirada no se cruzara con la de Charlotte. Era asimismo patente que Charlotte intercambiaba de vez en cuando miradas con su marido. El Príncipe percibía con todos sus sentidos que Charlotte recibía la misma clase de miradas que él. Estas miradas juntaban a Charlotte y al Príncipe, y les mantenían unidos, a pesar de las vanas apariencias de separación, y convertían a los otros rostros, al resto íntegro de la velada, a la gente, a las luces, a las flores, a las artificiales conversaciones, a la música exquisita, en un místico puente dorado entre los dos, un puente que se balanceaba con fuerza y que, a veces, producía vértigo, puente conducente a aquella intimidad cuya ley soberana sería la de atender al «cuidado», sería la de jamás olvidar temerariamente, la de jamás herir conscientemente.

Capítulo XX

Sin embargo, para nosotros, lo más interesante en el curso de estas horas es

la manera en que el Príncipe siguió experimentando otras sensaciones, y hasta poco después de la terminación de la velada en la casa de Eaton Square, cierto persistente regusto. Se trataba del tenaz sabor de una copa que le ofreció Fanny Assingham después de la cena, mientras el muy unido cuarteto mantenía a los demás invitados ordenadamente sentados en la sala de música, conmovidos, si se quiere, pero convenientemente quietos. La señora Assingham se las arregló, después de un par de interpretaciones, para manifestar a su amigo que estaba conmovida —por el genio de Brahms— hasta el punto de no poder aguantar más, por lo que, sin dar la impresión de que ello fuera deliberado, se alejó, como flotando en el aire, al lado de su joven amigo, hasta recorrer una distancia que les permitía conversar sin que pareciera un acto de desdén. Y fueron los veinte minutos en que el Príncipe gozó de la compañía de Fanny Assingham, durante el resto del concierto, bajo el dispar esplendor de la luz eléctrica, en una de las salas desiertas, y fue su conversación tan lograda y, como el Príncipe habría dicho, con tanto éxito en uno de los sofás, lo que esencialmente constituyó la base de la conciencia que el Príncipe tuvo de la ocasión que se avecinaba. Dicha ocasión, entonces mero tema de conversación, representaba la causa de que Fanny deseara intercambiar —en un tono leve, bajo el cual el fino oído del Príncipe percibió cierto nerviosismo— esas palabras a solas con él. Tan pronto estuvieron sentados juntos, Fanny abordó, encubierta pero perceptiblemente, el gran problema que dicha ocasión podría entrañar. El Príncipe se dio cuenta enseguida y de una forma tan brusca que casi requería ser explicada o justificada. Pero la brusquedad en sí constituyó su propia explicación y, a su vez, dio lugar a una situación un tanto embarazosa.

—Sabe usted que, a fin de cuentas, no van a Matcham; por lo tanto, si no van o, por lo menos, si Maggie no va, supongo que usted no irá solo.

Tal como decía, lo ocurrido allí había situado de pronto al Príncipe en Matcham, y era precisamente Matcham, durante los días de Pascua, el lugar en que, por raro que parezca, más convenía al Príncipe vivir aquellos días por el especial significado que ello comportaba, tema que había determinado en gran medida la conversación con Fanny Assingham. Digamos ante todo que el Príncipe había sido invitado a muchas mansiones rurales inglesas, que se había acostumbrado largo tiempo atrás a la vida inglesa y a actuar a la inglesa en la debida forma, y si bien no siempre gozaba con ello demasiado, sí gozaba por lo menos, y a juzgar por las apariencias, tanto como la buena gente que en la noche de los tiempos unánimemente se inventó aquella forma de vivir que todavía en el prolongado crepúsculo de su buena fe, unánimemente y un tanto automáticamente, seguía practicando; sin embargo, y a pesar de todo, el Príncipe se había limitado en el curso de las referidas estancias a poner en práctica el truco de vivir de cierta manera un tanto ajena a todo, con cierta vida interior divertidamente crítica, con la necesidad, pese a participar en todo, de

replegarse sobre sí mismo, de retroceder sigilosamente, alejándose otra vez y reuniéndose en la lejanía —valga la expresión— con aquella parte de su mente que no se encontraba en forma. Su cuerpo, con gran constancia, sí se hallaba en forma en las cacerías, montando a caballo, jugando al golf, caminando por las hermosas sendas diagonales que cruzaban los prados, doblando las esquinas de las mesas de billar; y en realidad, su cuerpo afrontaba en la medida suficiente los embates de las partidas de bridge, de los desayunos y los almuerzos, de los tés, de las cenas y de la nocturna culminación con el acompañamiento de la bottigliera, como decía el Príncipe, erizando la bandeja y, por fin, satisfacía, en el moderado control que a los labios, al gesto y al ingenio se pedía, casi todas las normales exigencias de conversación. En consecuencia, se daba cuenta de que, en semejantes ocasiones, cierta parte de su persona se hallaba ausente, porque era precisamente cuando se encontraba solo o cuando se encontraba con sus familiares —o cuando se encontraba a solas con la señora Verver—, cuando hablaba, escuchaba y sentía como un ser mucho más íntegro, más congruente.

En consecuencia, la «sociedad inglesa», como hubiera dicho el propio Príncipe, le dejaba partido en dos y al considerarse a sí mismo en relación con ella, a menudo se comparaba con un hombre poseedor de una brillante estrella, de una condecoración, de la distinción de ser miembro de tal o cual orden, de algo tan ornamental que, desde un punto de vista teórico, sin ello su identidad no era completa, pero que, al advertir que dicha distinción no era habitualmente compartida por el resto de los humanos, no le quedaba otro remedio que estar casi constantemente quitándose del pecho el objeto en cuestión y guardándoselo en el bolsillo, no sin cierta renuencia. La brillante estrella del Príncipe quizá no fuera otra cosa de más valor que su propia sutileza personal, pero fuera lo que fuese dicho objeto, ahora el Príncipe no hacía más que llevar las manos a él para ocultarlo, lo cual le representaba principalmente un inquieto juego de la memoria y un hermoso bordado del pensamiento. En la casa de Eaton Square, durante los minutos de conversación de que el Príncipe gozó con su vieja amiga ocurrió algo de cierta notable importancia. En la perspectiva que el Príncipe tenía actualmente ante sus ojos, advirtió con claridad meridiana que la señora Assingham le había ofrecido su primera pequeña mentira. Esto adquirió destacada importancia sin que él hubiera podido decir por qué. La señora Assingham jamás le había mentido antes, aunque quizá se debiera a que nunca se había visto obligada a hacerlo por razones intelectivas o morales. Tan pronto la señora Assingham le había planteado la cuestión de lo que el Príncipe debía o no debía hacer —con lo cual también se refería a lo que debía o no debía hacer Charlotte—, en el caso de que Maggie y el señor Verver no aceptaran la invitación que durante uno o dos días habían causado la impresión de aceptar resignadamente, tan pronto la señora Assingham hubo manifestado su curiosidad en lo tocante a la conducta

que la otra pareja, dejada en libertad de actuación, iba a seguir, dio vivas muestras de no causar la impresión de querer investigar de un modo excesivamente directo el vivir ajeno. Estas muestras radicaron en la solicitud que tres semanas antes ya había dado al Príncipe evidentes síntomas, lo que la había obligado, después de una breve meditación, a aducir una razón comprensible por su interés, en tanto que él, por su parte, pudo vislumbrar, no sin sentir cierta lástima, los esfuerzos de la pobre señora para hallar, buscándola a ciegas, dicha razón, sin encontrarla. No sin cierta lástima, se inventó una razón para que la señora Assingham la esgrimiera, ofreciéndola con una mirada que no tenía más importancia que la que hubiera tenido el hecho de coger del suelo una flor caída de las manos de la señora Assingham y devolvérsela:

—¿Me pregunta si quizá también yo dejaré de ir porque ello puede influir en la decisión que usted y el coronel tomen al respecto?

El Príncipe, mediante estas palabras, había llegado al punto de casi invitar a la señora Assingham a que diera respuesta afirmativa a su pregunta, a pesar de que él tenía la impresión, a juzgar por las noticias que Charlotte le había dado, de que no se había pensado en los Assingham a la hora de formar el numeroso grupo de invitados a Matcham. Después de esto, lo maravilloso fue que aquel activo matrimonio consiguió quedar inscrito en la dorada lista, esfuerzo de una naturaleza tal que el Príncipe, dicho sea en honor de Fanny, jamás había visto realizar a ésta. Este párrafo del capítulo en cuestión demostraba, a fin de cuentas, los éxitos que Fanny habría podido alcanzar si se lo hubiera propuesto.

El Príncipe, tan pronto comenzó a actuar de la manera que le aconsejaban los términos en que se desarrollaban las relaciones entre las casas de Portland Place y de Eaton Square, tan pronto comenzó a gozar de la espléndida hospitalidad de Matcham, descubrió que todo, de acuerdo con su interpretación y en beneficio de su comodidad, se desarrollaba a la perfección, y más aún si tenemos en cuenta que la señora Verver se hallaba presente y a su disposición, a fin de intercambiar ideas e impresiones. La gran mansión rebosaba de invitados, rebosaba posibilidades de nuevas combinaciones, del rápido juego de posibles estrechamientos de lazos y, naturalmente, no había nada que valiera más la pena cultivar que el que el Príncipe aprovechara aquella oportunidad para conversar con su amiga, encontrándose los dos seguros y alejados de sus respectivos sposi. Se daba cierta feliz audacia en el hecho de que los dos se mezclaran, cada uno sin compañía, en el mismo grupo; había en ello un matiz excéntrico de amistosa libertad que hallaba tan fácil asiento en la imaginación de los cónyuges que se habían quedado en casa. Los dos corrían el evidente riesgo de que se considerara divertido el que fueran juntos de semejante manera, aunque, por otra parte, tal consideración

quedaba atenuada por el hecho de que, en la alta condición de Charlotte y del Príncipe y, asimismo, las laxas tradiciones que eran casi invitaciones a las libertades imperantes en aquella casa, no había comportamiento individual alguno, por muy marcadamente libre que fuera, que mereciera una calificación superior a la de divertido. Nuestros dos amigos se percataron de ello, como antes se habían percatado de las ventajas que ofrecía una sociedad tal que sólo tenía en cuenta su propia sensibilidad, dirigiendo la vista, como en realidad hacía, por encima del hombro a todos los que pertenecieran a inferior clase y que, además, esgrimía esta sensibilidad como si se tratara del más fácil, más amistoso y menos formalista elemento participante en la general alianza. Lo que cualquiera «pensara» de cualquier otro —y sobre todo de cualquier otro con cualquier otro— era un asunto que motivaba una tan insólita y torpe formulación, que el hecho de juzgar, sosteniendo el espíritu de balanza, habría sido estimado como cosa propia de parientes pobres, de igual limpio linaje, pero despectivamente tratados, a pesar de ser obedientes, bien educados y dotados de tacto, aun cuando con aspecto un tanto sórdido, debido sin duda a que sus posibilidades de cambiarse de ropa eran muy limitadas, para cuya tácita y abstemia presencia, jamás puesta de relieve ni tan siquiera por un gemido de la enmohecida maquinaria de dichos parientes, bastaba disponer un dormitorio en la buhardilla y darles un plato de segunda mesa, tratamiento que era el decente y usual. En aquel ambiente ligero resultaba divertido que el Príncipe volviera a estar presente, aunque sólo en representación de la Princesa, que una vez más, y desgraciadamente, no había podido abandonar su hogar; y el que la señora Verver, de manera igualmente normal, figurara como encarnada y bellamente excusatoria disculpa de la ausencia de su marido, todo él afabilidad y humildad allí, entre sus tesoros, que según la leyenda que corría no podía soportar, por sus exigentes criterios, la irritación y la depresión que las visitas multitudinarias, incluso cuando tenían lugar en casas de gran pompa, solían producirle. Nada había que objetar a la notoria y activa armonía en el trato entre el inteligente yerno y la encantadora madrastra, siempre y cuando esta relación se mantuviera en el justo punto entre lo suficiente y lo excesivo.

Teniendo en cuenta la noble belleza de la casa, con el generoso humor del soleado, borrascoso y sensual abril inglés, todo él jadeos y resoplidos de impaciencia, o incluso pataleando y llorando en ciertos momentos, como un Hércules de corta edad que se resiste a que le vistan, teniendo en cuenta además la osadía de la juventud y de la belleza, la insolencia de la opulencia y los apetitos, tan difundidos entre los invitados, parecía que los pobres Assingham, en su relativamente marcada madurez y su relativamente menguado esplendor, eran los únicos que llegaban a semejar una falsa nota en el concierto; el movimiento del aire era tal que en cierta medida mareaba levemente, de modo y manera que, desde el punto de vista de la exhibición

casi grotesca, la situación del Príncipe parecía una compleja broma pesada, organizada a su costa. Todas las voces en la gran mansión esplendorosa constituían una llamada al ingenio e impunidad del placer, todos los ecos eran un desafío a las dificultades, a las dudas o al peligro, todos los aspectos del cuadro generalmente considerado eran una ardiente invitación a lo inmediato con mucho más porvenir; a su vez esto representaba la otra cara del encanto. Sí, el mundo constituido de esta manera estaba gobernado por un encanto, el encanto de la sonrisa de los dioses y del favor de los altos poderes; la única aceptación hermosa, la única aceptación valerosa y, de hecho, la única aceptación inteligente era tener la fe puesta en sus garantías y el optimismo depositado en sus posibilidades. Lo que aquel mundo exigía —y a eso quedaba todo reducido— era sobre todo valentía y buen humor; el valor en su carácter de seguridad general, es decir, en su carácter de amparo, en el peor de los casos, jamás le había parecido al Príncipe tan convincente, ni siquiera en los más libres momentos de su antigua vida romana. En esa antigua vida romana, había habido ciertamente más poesía pero, ahora, al recordarla, le causaba la impresión de flotar en el aire contra simples horizontes iridiscentes; le parecía vaga, sin asiento, endeble y con grandes e imprevisibles lagunas de languidez. En el momento presente, en lo que ahora se extendía a su alrededor, el Príncipe sentía los pies asentados en terreno sólido, sentía las trompetas en el oído, y una bolsa insondable de sólidos y relucientes soberanos ingleses —cosa que tenía mucha más importancia— en la mano. En consecuencia, la valentía y el buen humor dominaban los días, aun cuando, dicho entre nosotros, quizá sea más oportuno advertir que, en el caso de Americo, el más profundo efecto de aquella evidente libertad quizá fuera una extraña irritación. Americo comparaba los resultados de su lúcida percepción con el extraordinario sustituto de la percepción que informaba a su esposa, en el fuero interno de aquella su tan satisfecha consideración de la conducta y rumbo del Príncipe, de aquel estado de ánimo que era, en realidad, un sucedáneo de la tranquilidad de conciencia cultivado ingeniosamente en beneficio de su esposo, que asimismo era una perversa presión inocentemente cultivada con insistencia. Y esa maravillosa paradoja llegaba a ser algunas veces tan intensa que el Príncipe prefería dejarla íntegramente oculta en su interior. Esto no quiere decir que en Matcham se permitiera que ocurrieran hechos notables, hechos monstruosos, hechos que por sí mismos llamaran la atención, ya que sólo se daban momentos de vez en cuando en que el ambiente del día se le hacía claramente patente al Príncipe, de modo que riendo se decía: «¿Qué pensarían si lo vieran?». Se refería, naturalmente, a Maggie y a su padre, melancólicamente pensativos, en la medida en que se permitían estarlo, en la monótona casa de Eaton Square; pero, al mismo tiempo, en la creencia de que sabían a la perfección cuál era la clase de vida que sus experimentados cónyuges llevaban. A la luz de lo que hemos dicho, bien

podemos concluir que Maggie y su padre nada sabían digno de consideración, absolutamente nada, ni de buena fe, ni cínicamente. Y quizá llegaran a ser un poco menos pesados si reconocieran de una vez para siempre, con paz y tranquilidad, que el conocimiento no era una de sus necesidades y que, en realidad, eran constitucionalmente incapaces de él. Aquel par de benditos eran como niños buenos, hijos de niños buenos, de manera que el Principino, por no pertenecer íntegramente a aquel linaje, bien podía adquirir en la imaginación el carácter del más maduro talento del terceto.

La dificultad radicaba, en lo que hacía referencia al efecto que en los nervios producía el trato cotidiano sobre todo con Maggie, en que su imaginación jamás quedaba alterada por la percepción de una anomalía. En realidad, la gran anomalía hubiera sido para Maggie que su marido e incluso la esposa de su padre resultaran, a la larga, haber sido cortados por el mismo patrón como lo habían sido los Verver desde largo tiempo atrás. Si uno estaba cortado por dicho patrón, nada tenía que hacer en Matcham, según las particulares condiciones —condiciones de conformidad con los principios rectores de Eaton Square— a las que de manera tan absurda uno se había doblegado. En el fondo de esa reiterada inquietud que experimentaba nuestro joven amigo, que hemos de contentarnos con denominar irritación, decíamos que de esa falsedad de su posición brillaba la roja chispa de su inextinguible idea de un modo de vivir más alto y más valeroso. Había situaciones ridículas, pero que uno no podía evitar, como, por ejemplo, cuando la esposa de uno decidía, de la forma más normal y sencilla, ponerle al otro en una situación ridícula. Sin embargo, precisamente aquí se daba la diferencia, por lo que Maggie había tenido que inventarse un método extremadamente insólito, aunque a pesar de todo se trataba de un método al que el Príncipe no podía doblegarse sin incurrir en una actitud absurda. El que a uno le empujaran sistemáticamente a tratar con otra mujer, mujer que le gustaba a uno en gran manera, y que le empujaran a ello de forma que la teoría de la relación parecía proclamar que uno era idiota o que estaba incapacitado constituía una situación en la que la propia dignidad dependía del tratamiento que uno diera a tal situación. En realidad, lo que resultaba grotesco en grado sumo era la esencial oposición de las teorías, por lo que parecía que un galantuomo —en el sentido en que el Príncipe constitucionalmente entendía la calidad de galantuomo— no pudiera hacer otra cosa que ruborizarse por ir a menudo en compañía de una persona como la señora Verver, en un estado de inocencia infantil, en el estado en que se encontraban nuestros primeros padres antes de la caída. Esta grotesca teoría, como él la hubiera llamado, quizá era tan extraña que no podía ser violentamente rechazada, y el Príncipe, como hombre de mundo, hacía piadosa justicia a la teoría en cuestión, pero a pesar de esto, y sin la menor duda, había una manera de manifestar, tanto él como su compañera, la conmiseración que la teoría les inspiraba. Los pertinentes comentarios sólo

podían tener carácter privado, aunque también podían ser, por lo menos, vivaces; tanto Charlotte como el Príncipe eran afortunadamente capaces de hacer otros matizados comentarios. ¿Y acaso ese acuerdo entre los dos no era, literalmente, la única manera de no ser desconsiderados? Realmente, parecía que la medida necesaria para la protección del peligro viniera dada por la formación, entre los dos, durante su propicia visita a Matcham, de una exquisita sensación de complicidad.

Capítulo XXI

En consecuencia, el Príncipe se halló en el trance de decir alegremente y nada menos que a Fanny Assingham, con ocasión de contemplar los dos muy preocupados la situación que se daba en la casa de Eaton Square, situación que jamás hubiera podido darse en la casa de Portland Place:

—¿Qué les hubiera parecido a nuestros cari sposi lo que pasa aquí? Realmente, ¿qué les hubiera parecido?

Y estas confidenciales palabras hubieran sido temerarias si el Príncipe no estuviera ya, incluso para sí mismo, sorprendentemente acostumbrado a pensar que su amiga era persona en la que el elemento de protesta había quedado, en los últimos tiempos, inconfundiblemente acallado. Desde luego, el Príncipe se expuso a que la señora Assingham replicara: «Si tan mala opinión les hubiera merecido, ¿cómo es posible que tan buena le merezca a usted?». Pero estas palabras hubieran tenido, en el mejor de los casos, muy poca lógica y, por otra parte, la señora Assingham parecía dispuesta a comportarse de acuerdo con la confianza y la alegría del Príncipe. Éste también tenía su propia opinión —por lo menos opinión parcial— acerca de la fuente interior de la relativa humildad actual de la señora Assingham, que estaba en consonancia con el retraimiento en que él la había visto incurrir después de la última cena ofrecida por el señor Verver. Sin emplear diplomáticas argucias, sin hacer el menor esfuerzo para dominarla, ni sobornarla para que adoptara una actitud que de ninguna utilidad le sería, si tal actitud careciera de sinceridad, el Príncipe se daba cuenta de que podía contener e impulsar a la señora Assingham por el medio de apiadarse felizmente, y de modo instintivo, de su apenas perceptible depresión. Gracias solamente a lo que intuía que ella sentía, a lo que el Príncipe percibía que ocurría bajo las aguas cristalinas y en aquel complejo cuadro, la amistad del Príncipe compensaba encantadoramente, hora tras hora, las penalidades, dicho sea en burdas palabras, consecuentes al error cometido por la señora Assingham. A fin de cuentas, su error sólo había consistido en pretender causar al Príncipe la impresión de ser una mujer recta. Se había prestado a ser

—como ella misma se había apresurado a proclamarse, en el curso de la primera media hora de conversación, durante el té— la única vieja gruñona del grupo. La escala de todo era allí muy diferente a todos los valores menores de la señora Assingham, a sus raras gracias, a su pequeña autoridad local, a su humor y a su repertorio de vestidos, con todo lo cual le bastaba en cualquier otro lugar, entre sus bons amis, amigos que eran suyos, de la bondadosa Fanny Assingham; todos estos valores, decíamos, y otros, ahora se habían convertido en nada. Cinco minutos habían bastado para que se produjera la fatal caída de Fanny Assingham. En Cadogan Place, Fanny Assingham siempre podía ser, en el peor de los casos, pintoresca: siempre hablaba de sí misma calificándose de mujer de Sloane Street, en tanto que en Matcham sólo podía ser horrenda. Para ella, el desastre total habría podido nacer de su verdaderamente refinado sentido de la amistad. Para demostrar al Príncipe que en realidad no le estaba vigilando —los motivos para vigilarle habrían sido terriblemente graves—, le había seguido a Matcham en busca del placer, y precisamente por esto podía hacer hincapié en su indiferencia. El Príncipe se dio cuenta de cuán noble era su comportamiento al tomarse semejante molestia, por lo que ningún hombre bueno podía permitirse hacer a Fanny Assingham el más leve matiz de censura. En consecuencia, cuando ella le dijo que le constaba que era una vieja gruñona y que incluso la doncella, cuando la atendía odiosamente, le echaba en cara, día y noche, lo muy vieja y gruñona que era, diciéndolo con descaro en la mirada y en las palabras, el Príncipe no le dijo: «¿Ve lo que ha conseguido? ¿No se da cuenta de que la culpa es suya y sólo suya?». No, el Príncipe se comportó de manera totalmente distinta, porque, siendo hombre eminentemente distinguido —la propia Fanny Assingham le había dicho que jamás le había visto tan universalmente distinguido—, distinguía ahora a Fanny, la distinguía en su oscuridad o, lo que era todavía peor, en su carácter objetivamente absurdo, y la investía del valor absoluto de que estaba dotada, la rodeaba de toda la importancia del ingenio que le era propio. El que el ingenio, en contraposición a la estatura y a la calidad de la piel, a la habilidad en el juego del bridge, y al prestigio de las perlas, pudiera tener importancia, aunque sólo de manera muy vaga, se percibía en Matcham. En consecuencia, la amabilidad del Príncipe para con Fanny —ésta calificaba de amable su comportamiento y, a pesar de sólo calificarlo así, poco faltaba para que a Fanny se le saltaran las lágrimas— tenía la grandeza de una diferencia no sólo general, sino también especial.

A modo de comentario de todo lo anterior, el Príncipe dijo a la señora Verver:

—Fanny comprende todo lo que necesita comprender. Le ha costado bastante tiempo, pero al fin lo ha conseguido. Comprende que todo lo que nosotros deseamos es darles la vida que prefieren, rodearles de paz y de tranquilidad, y, sobre todo, de esa seguridad que lleva a la paz y a la

tranquilidad. Desde luego, Fanny no puede decirnos que no nos queda más remedio, por lo que a ella se refiere, que sacar el mejor partido posible de las circunstancias en que nos encontramos. No puede decir, lisa y llanamente: «No penséis en mí, también yo debo sacar el mejor partido de mis circunstancias, arregláoslas como podáis, y vivid como debéis». No, esto no me lo dice, aunque yo tampoco le pido que me lo diga. Pero su tono y su comportamiento significan que confía en que nosotros atendamos a nuestro vivir con la misma atención, la misma habilidad y el mismo tierno cuidado con que ella atiende al suyo.

Después de una pausa, el Príncipe concluyó:

—En consecuencia, creo que podemos decir que Fanny, a fin de cuentas, ha adoptado la postura más correcta.

Pero Charlotte no hizo nada para sustentar la confianza del Príncipe en sus propias palabras, y no dijo lo que podían decir de Fanny. Ya pesar de que el Príncipe había adoptado de nuevo un tono de lucidez, Charlotte no se molestó en poner de relieve la importancia, o lo que fuese, de la lección del Príncipe, y en dos o tres ocasiones le dejó que sacara por sí mismo las consecuencias de sus propias palabras, y solamente en vísperas de su partida de Matcham Charlotte le dio, de una vez para siempre, una respuesta clara y directa. Habían sabido hallar un minuto para hablar a solas en la gran sala durante la media hora anterior a la cena, porque siendo como era ésta la mejor oportunidad que tenían, ya lo habían conseguido un par de veces, esperando pacientemente a que el último ocioso subiera a sus habitaciones para vestirse con la rapidez precisa y así ser ellos los primeros en aparecer, un poco más tarde, dispuestos para el ágape. Por esto el salón estaba desierto, ya que aún no había llegado el ejército de criadas con la finalidad de palmotear almohadones y volverlos a colocar en el debido orden; y había allí un lugar, junto al fuego de la chimenea, en un extremo, en donde con un poco de arte podían simular un encuentro sin premeditación. Sobre todo, porque allí y durante unos instantes robados, podían respirar tan cerca el uno del otro, que el espacio que mediaba casi era nulo y la intensidad de la unión, así como la cautela, se transformaban en un eficaz sustitutivo del contacto. Gozaban los dos de prolongados instantes que eran como visiones de dicha y, rozándose el uno al otro, creían hacerse largas caricias. En realidad, estos momentos tenían la virtud de transformar sus palabras, y principalmente las referidas a otras personas, en algo indigno de ellos, por lo que el tono de nuestra joven dama, incluso ahora, tenía cierta sequedad:

—Me parece muy bien que Fanny confíe en nosotros. Sin embargo, ¿qué otra cosa puede hacer?

—Bueno, pues lo que hace la gente cuando no deposita su confianza.

Espera, espera a que alguien no le merezca confianza.

—¿Alguien? ¿Quién, por ejemplo?

—Pues, por ejemplo, yo.

—¿Te afectaría?

El Príncipe emitió un lento suspiro que expresaba sorpresa, y preguntó:

—¿A ti, no?

Charlotte repuso:

—¿Que Fanny te demostrara que…? No. Lo único que creo que llegaría a importarme sería lo que tú, por muy confiado, permitieras que Fanny adivinara.

A estas palabras, y después de una pausa, Charlotte añadió las siguientes:

—Sabes muy bien que puedes permitir que Fanny se dé cuenta de que tienes miedo.

El Príncipe replicó:

—Sólo tengo miedo de ti, un poco y en ciertos momentos. Pero no permitiré que Fanny se dé cuenta.

Sin embargo, quedó de manifiesto que tanto los límites como la vastedad de la señora Assingham carecían de verdadera importancia para Charlotte, quien expresó la idea anterior de una manera que hasta el presente no había expresado:

—¿Qué diablos puede hacer esa mujer para perjudicarnos? No puede decir ni media palabra. Está en un estado de impotencia, no puede hablar. Si hablara, ella sería la primera perjudicada.

Como sea que el Príncipe no pareció seguir con presteza la argumentación de Charlotte, ésta añadió:

—Todo recae en ella. Ella fue quien lo inició todo; sí, todo desde un principio. Ella fue quien te presentó a Maggie. Ella fue quien concertó tu matrimonio.

En este punto el Príncipe causó la impresión de meditar un momento y, tras un instante de demora, y con una sonrisa suave pero profunda, salió con lo siguiente:

—Bueno, ¿acaso no puede decirse que Fanny Assingham, en gran medida, no hizo también tu matrimonio? Ésta fue su idea, y creo yo que la adoptó a modo de compensación.

Charlotte dudó, pero repuso con harta rapidez:

—No creo que hubiera nada que compensar. Todo ocurrió como debía ocurrir, y conste que no hablo de los problemas ni de las posibles obligaciones que Fanny hubiera podido tener conmigo o contigo. Sólo hablo de la manera en que siempre y en cada momento tomó la vida de esos dos en sus manos, y de la manera en que este hecho la tiene atada actualmente. Fanny no puede decir: «Es un tanto embarazoso decíroslo, queridos, pero la verdad es que cometí un frívolo error».

El Príncipe aceptó estas palabras con serenidad, mirándola largamente y, luego, dijo:

—Máxime si tenemos en cuenta que Fanny no cometió un error, sino que estuvo siempre en lo cierto.

Luego remató sus palabras con las siguientes:

—Todo es como debe ser, y así seguirá siendo.

—Precisamente eso es lo que he dicho.

Pero él expuso su pensamiento para conseguir con ello una más profunda satisfacción, llegando incluso a una cierta lucidez:

—Nosotros somos felices y ellos son felices. ¿Qué más se puede pedir? ¿Qué más puede desear Fanny?

A estas palabras Charlotte objetó:

—Querido, no soy yo quien dice que Fanny pueda desear más. Yo sólo digo que Fanny ha quedado fijada, que debe quedarse exactamente en el lugar en que los méritos de sus propios actos la han situado. Tú eres quien parece preocupado por la posibilidad de que Fanny adopte una peligrosa alternativa, que haga cualquier cosa, ante cuya eventualidad debemos estar preparados.

Y Charlotte, mientras razonaba con tanta coherencia, esbozaba una fría y extraña sonrisa. Prosiguió:

—Estamos preparados, preparados para cualquier cosa, preparados para todo. Fanny debe aceptarnos tal como somos, tal como estamos. Está condenada a ser consecuente, está sentenciada, pobrecilla, a la pena de afable optimismo. Sin embargo, y afortunadamente para ella, ésta es su manera de ser. Nació para tranquilizar y suavizar.

La señora Verver rio con benevolencia y remató sus palabras con las siguientes:

—¡En consecuencia, se le ha deparado la mejor oportunidad de su vida! El Príncipe observó:

—¿Lo que significa que sus actuales manifestaciones quizá no sean sinceras? ¿Que quizá sólo sean una máscara hecha de dudas y temores? ¿Que su única finalidad sea la de ganar tiempo?

Al formular estas preguntas el Príncipe causó la impresión de creer que pudieran presentarse nuevas preocupaciones, cosa que impacientó levemente a Charlotte, quien dijo:

—Hablas de estos temas como si fueran asunto de nuestra competencia. Por el contrario, yo creo que nada tengo que ver con las dudas y temores de Fanny, ni con sus ideas y sentimientos, sean cuales fueren. Eso es asunto suyo y a ella atañe solucionarlo. Para mí, basta y sobra con que Fanny tema mucho más por sí misma, por lo que vea y diga, de lo que nosotros debemos temer, incluso en el caso de que fuéramos idiotas y cobardes, cosa que no somos.

El rostro de Charlotte, al decir estas palabras —mitigando la leve dureza que quizá hubiera habido en ellas—, se iluminó, se suavizó, resplandeció. Su rostro reflejó, como jamás lo había hecho, la felicidad de la suerte de los dos. Durante unos instantes su rostro tuvo la misma expresión que si realmente hubiera pronunciado cierta palabra prohibida, hasta tal punto está dotada la cara de una reacción más sutil que la lengua, capaz de revelar el sentimiento de dicha determinada por una sensación. Cabe la posibilidad de que Charlotte advirtiera enseguida que su amigo se estremecía de antemano a causa del empleo de la palabra que ya estaba en los labios de Charlotte, porque no cabía la menor duda de que, para el Príncipe, aún había cosas que podía apreciar, formas de ventura que podía amar, sin que le gustara en la debida proporción el nombre que tuvieran. Sin embargo, en el caso de que Charlotte hubiera tenido plena conciencia de lo anterior, ¿qué otro vocablo habría podido aplicar a la más fuerte y sencilla de sus ideas, salvo el que le cuadraba exactamente? Por esto lo empleó, aunque al mismo tiempo su instinto le indujo a rendir tributo al buen gusto del que hasta el presente no se habían apartado ni un ápice.

—Si la palabra no fuera tan vulgar, diría que estamos total e irremediablemente seguros. Perdona que emplee este término, pero es el que refleja la realidad. Estamos seguros porque ellos lo están. Y ellos lo están porque no pueden dejar de estarlo, ya que, habiendo intervenido Fanny en su beneficio al principio, ahora sería incapaz de tolerarse a sí misma si no siguiera haciendo lo preciso para que sigan estándolo.

Sonriendo, Charlotte terminó:

—Ésta es la razón por la que Fanny está inevitablemente de nuestra parte. Esencialmente, formamos una unidad con ella.

El Príncipe permitió francamente que las palabras de Charlotte le

convencieran en todos sus aspectos:

—Sí, lo comprendo. Esencialmente formamos un todo con ella.

Charlotte se encogió de hombros en grácil movimiento:

—Cosa volete?

El efecto de lo anterior, de una manera bella y noble, fue más que romano.

Charlotte añadió:

—Sin duda alguna, somos un caso.

Mirándola, el Príncipe dijo:

—Sí, somos un caso. Y pocos habrá habido como el nuestro.

Sonriendo, ella repuso:

—Y quizá nunca, nunca más se dé otro igual. Confieso que me gusta pensar que así sea. Nuestro caso es único.

—Somos un caso único, con casi toda probabilidad, speriamo.

A cuyas palabras, y como si se tratara de no expresadas reflexiones, el Príncipe añadió:

—¡Pobre Fanny!

Pero Charlotte había mirado el reloj, sintió un sobresalto e hizo un ademán de advertencia. Ahora se alejó grácilmente, camino de sus habitaciones vestirse para la cena, mientras el Príncipe contemplaba cómo recorría el trayecto hasta el pie de la escalinata. Y la contempló hasta el momento en que después de volverse para dirigirle una rápida mirada, una mirada sencilla, desapareció. Pero algo sintió cuando contemplaba a Charlotte que motivó que renovara la fuerza que le había inducido a pronunciar su última exclamación, que ahora lanzó al aire en forma de suspiro: «¡Pobre, pobre Fanny!».

Sin embargo, a la mañana del día siguiente se vería que el Príncipe, actuando de acuerdo con sus palabras y al disgregarse el grupo de invitados a Matcham para regresar a sus respectivos lugares de origen, fue capaz de enfrentarse al aspecto social de la «repatriación» con la debida serenidad. Por ciertas razones, él no podía efectuar el viaje de regreso a la ciudad en compañía de los Assingham y, por las mismas razones, tampoco podía volver a la ciudad en el curso de las últimas veinticuatro horas, salvo en las condiciones que había estado meditando, en privado e incluso cabe decir que profundamente. El resultado de estas meditaciones ya había adquirido un gran valor para él, según creía muy convencido por el tono adecuado que adoptó para declinar la propuesta de su vieja amiga, formulada en términos igualmente corteses y meditados, de que el Príncipe y Charlotte podían, sin

dificultad alguna, tomar el mismo tren y ocupar el mismo compartimento que el coronel y su esposa. La participación de tal idea a la señora Verver había sido, precisamente, una faceta más de la cortesía de la señora Assingham, y nada hubiera podido revelar mejor el sentido que ésta tenía de los matices sociales como su comprensión de que el caballero de Portland Place y la dama de Eaton Square podían ahora confesar la simultaneidad de sus movimientos sin incurrir en la más leve indiscreción. En el curso de los últimos cuatro días, la señora Assingham no había efectuado propuesta directa alguna al personaje últimamente mentado, pero el Príncipe fue testigo, por pura coincidencia, de las nuevas tentativas y de los esfuerzos por parte de la señora Assingham, en el momento en que los reunidos se disponían a separarse en la última noche de su estancia en Matcham. En ese momento cumbre, se habían producido las habituales conversaciones acerca de horas y combinaciones y, en medio de ellas, la pobre Fanny abordó afablemente a la señora Verver, a quien dijo:

—Usted y el Príncipe, querida…

Y lo dijo sin pestañear. Fanny daba por supuesto que aquellos dos se irían públicamente juntos. A continuación manifestó que Bob y ella estaban dispuestos, en aras de la amistad, a tomar cualquier tren, con el fin de viajar junto al Príncipe y Charlotte.

—Realmente, en esta ocasión me he quedado con la impresión de no haberla visto apenas.

Estas palabras añadieron gracia a la franqueza con que nuestra querida Fanny abordó a Charlotte. Pero, por otra parte, éste fue precisamente el momento en que nuestro joven amigo supo emplear con sumo tacto el secreto del tono justo para hacer lo que prefería. En el curso de la velada dicha preferencia no perdió ocasión de apremiar al Príncipe con mudas insistencias y, prácticamente sin palabras, dicha preferencia quedó perceptiblemente identificada con la de Charlotte. Ésta habló en todo momento dirigiéndose a su vieja y común amiga, contestando sus preguntas, pero no por ello dejó de comunicarse con el Príncipe, con tanta claridad como si agitara un pañuelo blanco asomada a una ventana.

—Me parece terriblemente amable por su parte, querida. Hacer el viaje juntos seria delicioso. Pero no debe preocuparse por nosotros. Sigan ustedes sus planes. Americo y yo hemos decidido irnos después del almuerzo.

Americo, con el áureo sonido de estas palabras aún en el oído, volvió inmediatamente la cabeza hacia otro lado a fin de evitar tener que entrar inmediatamente en liza, y también impulsado por la emoción maravillosa de haber podido comprobar hasta qué punto la intuición puede ser certera, cuando está dotada de las alas de una pasión compartida. Charlotte había esgrimido la misma alegación que el Príncipe tenía preparada en vistas a aquella

circunstancia, y lo había hecho con naturalidad, como consecuencia de la cada vez más profunda y jamás expresada necesidad que cada uno de los dos tenía del otro en lo tocante a la alegación, sin que hubiera mediado palabra alguna entre los dos. Bien sabía Dios que el Príncipe no necesitaba que Charlotte le revelara aquella verdad, porque tenía plena conciencia de sus deseos, pero la lección que recibió consistió en el directo y claro tono de justificación, que, en puridad, no estaba obligada a dar, y en la manera verdaderamente superior en que las mujeres como Charlotte se expresan y se distinguen. Había contestado lo justo a la señora Assingham, no había estropeado el efecto esgrimiendo una razón que excediera ni siquiera un ápice en lo suficiente y, sobre todo, había compuesto una imagen, objeto de la tensa aunque disimulada atención del Príncipe, que resplandecía como un espejo al sol. En aquellos momentos, a su juicio, la medida de todo se hallaba en aquella imagen, principalmente la medida del pensamiento que se había estado desarrollando hasta convertirse en una verdadera obsesión, y que había comenzado a latir con una fuerza jamás igualada, bajo la alegría de que Charlotte, gracias a una perfecta sincronía de la imaginación, sentía lo mismo. En estos momentos sintió casi un cargo de conciencia ante la percepción de una verdad más sublime a cuyo fuego también Charlotte se había calentado; ahora la verdad consistía en que la ocasión que se les había ofrecido en el curso de los últimos días difícilmente podía ofrecerles una mayor belleza, salvo si mediara cierta especie de mezquindad por parte de los dos. Aquella verdad también les había dicho, sin voz perceptible a los sentidos, que entrañaba un significado, un significado que la perfecta compenetración de los dos había absorbido, igual que los labios sedientos del caminante que ha recorrido un largo trayecto sobre la arena y vislumbra a lo lejos las agrupadas palmeras, al fin en la prometida fuente del desierto. Día tras día habían gozado de la belleza, y en los labios del espíritu había quedado cierto gusto de su persistente sabor. Sin embargo, la reacción de los dos había sido inferior a su buena fortuna. Mediante un acto valeroso y libre, la manera en que dicha reacción podía elevarse a la altura de su fortuna era el problema con el que el Príncipe, antes y ahora, había estado preocupado, y en cuya exploración, como la del verde bosque moteado por el sol —el bosque del romance—, el espíritu había llegado súbitamente a un punto en el que se divisaba unas perspectiva abierta y despejada, en cuyo punto había coincidido con el de Charlotte. A partir de ese instante quedaron los dos en aquel punto, cogidos de la mano y tan unidos que, cinco minutos más tarde, se vio en el trance de emplear exactamente el mismo tono que Charlotte había empleado para decir a la señora Assingham que también él lamentaba no poder hacer, en lo tocante al regreso a Londres, lo que bien hubiera podido hacerse.

De repente, esta actitud llegó a ser la más fácil del mundo; además, esta sensación parecía equivaler a algo maravilloso que consistía en que el Príncipe

pudiera sentirse, a partir de aquel momento y para siempre jamás, y en todas las facetas, total y cómodamente a sus anchas ante Fanny Assingham. En realidad, llegó más lejos que Charlotte, ya que atribuyó a ésta la causa de su impedimento. Charlotte, para complacer a la dueña de la casa, se quedaría a almorzar en ella y, en consecuencia, el Príncipe debía quedarse a fin de poder acompañarla a casa, como la urbanidad aconseja. El estimaba que tenía el deber de devolver a Charlotte, sana y salva, a la casa de Eaton Square. A pesar de que lamentaba tener que declinar la oferta de la señora Assingham, cumpliría sin enojo su obligación, por lo que, además del placer que ello en sí mismo comportaba, sus escrúpulos serían motivo de satisfacción tanto para el señor Verver como para Maggie. El Príncipe incluso pudo hilvanar el razonamiento, que confidencialmente comunicó a la señora Assingham, según el cual el señor Verver y Maggie jamás llegarían a comprender del todo lo muy a conciencia que el Príncipe cumplió lo que ahora parecía haber llegado a ser el primero de sus deberes domésticos y, en consecuencia, estimaba constantemente que en modo alguno debía cejar en sus esfuerzos, a fin de que el señor Verver y Maggie llegaran a darse cuenta de ello. A lo cual el Príncipe añadió, con idéntica lucidez, que llegarían a tiempo para la cena, y si no añadió a modo de culminación de sus palabras que sería «maravilloso» que Fanny, al llegar, hallara un momento para ir a Eaton Square y comunicar que Charlotte y él se hallaban airosamente en camino, no fue porque no sintiera el impulso de solicitar tan amable acto. Su seguridad interior, su plan general, tenían en ciertos momentos, y en cuanto a Fanny Assingham hacía referencia, sus lagunas, y nada le hubiera desagradado tanto, a pesar de lo mucho que ello le tentaba, como que la señora Assingham sospechara que se daba en él un elemento de «descaro». Contrariamente, y eso era muy importante, el Príncipe cultivaba desinteresadamente en todo momento un comportamiento considerado y delicado. Fue para él una larga lección ésa de olvidar, en el trato con la gente de raza inglesa, todas las pequeñas supersticiones anejas a la amistad. La propia señora Assingham fue la primera en decir que «daría el parte» puntualmente. En realidad, la señora Assingham se comportó maravillosamente, habiendo llegado a esa cumbre maravillosa en el breve intervalo que medió entre su propuesta a Charlotte y la presente conversación con el Príncipe. Evidentemente, la señora Assingham había aprovechado aquellos cinco minutos para retirarse, en medio de las conversaciones y el bullicio, a su particular tienda de campaña y meditar allí, lo cual demostraba, entre otras muchas cosas, la fuerte impresión que Charlotte le había causado. Y salió de la tienda nuevamente provista de armamento; sin embargo, ¿quién podía decir si la manera en que ahora la señora Assingham trataba al Príncipe era la propia del fragor de la batalla o si equivalía al blanco ondear de la bandera de tregua? De todas maneras, la conversación fue breve, y la generosidad de la oferta de la señora Assingham fue mayor de lo estrictamente

necesario:

—Iré a casa de nuestros amigos antes del almuerzo. Y les diré la hora de su llegada.

—Se lo agradezco infinitamente. Dígales que estamos bien. Sonriendo, ella respondió:

—Sí, les diré que están ustedes bien. Realmente, más no se puede pedir. —Efectivamente.

Pero el Príncipe meditó los posibles significados de las palabras de su amiga y añadió:

—Bueno, a mi parecer, tampoco puede usted decir menos. Riendo, Fanny exclamó:

—¡Y no diré menos!

Después Fanny Assingham dejó al Príncipe. Pero al día siguiente por la mañana, tras el desayuno, ambos volvieron a la carga, y no menos valerosamente, por cierto, mientras los carruajes iban y venían, y se intercambiaban despedidas. En aquellos momentos la señora Assingham se encontraba ya en disposición de modificar lo dicho la noche anterior:

—Me parece que mandaré a casa a la doncella, desde Euston, y yo iré directamente a Eaton Square. Así es que pueden estar tranquilos.

A lo que él repuso:

—Realmente estamos muy tranquilos. De todas maneras, no olvide decirles que los dos llegaremos con muy buenos ánimos.

—Con buenos ánimos, muy bien. ¿Charlotte llegará con tiempo para cenar?

—Sí. Creo que es muy improbable que pasemos otra noche fuera de nuestras respectivas casas.

—Bien, en este caso sólo me queda desearles que tengan un día agradable.

Riendo, cuando se disponían a separarse ya, el Príncipe repuso:

—¡Haremos cuanto podamos para que lo sea!

Después de lo cual, y en su debido momento, anunciaron la llegada del coche de los Assingham, y éstos se fueron.

Capítulo XXII

El Príncipe tuvo la impresión de que las perspectivas habían quedado todavía más despejadas. De manera que la media hora que estuvo paseando por la terraza y fumando —el día era espléndido— fue rebosante de plenitud. No cabía la menor duda de que eran muchos los elementos que contribuían a que aquel momento fuera esplendoroso, pero lo que destacaba con luz propia, de modo que parecía que el lugar y el momento fueran un gran cuadro pintado por un genio ofrecido al Príncipe como principal pieza de su colección, barnizado y enmarcado, listo para ser colgado, lo que más resaltaba, para causar mayor deleite, era el dominio absoluto, bello y sin amenazas que el Príncipe tenía de la situación. El reto de la pobre Fanny Assingham carecía de toda importancia. Una de las cosas en que el Príncipe pensó mientras tenía los brazos apoyados en la vieja balaustrada de mármol —tan parecida a otras que había conocido en la Italia de todavía más nobles terrazas— era que Fanny Assingham había sido puesta en su debido lugar, para bien de todos, ella incluida, y que ahora, bamboleándose camino de Londres con este contentamiento, se había convertido en una imagen ajena a la escena. También pensó, ya que su imaginación desarrollaba, por muy buenas razones, una actividad sin precedentes, que, a fin de cuentas, en su trato con las mujeres antes había ganado que perdido. Y constaba, de forma más y más clara en aquellos místicos libros que se llevan en relación con esta clase de comercio, lo cual hacen incluso los hombres de más desordenados hábitos, un balance a su favor, balance favorable que el Príncipe podía dar, por supuesto, en términos generales. ¿Qué hacían, en estos precisos instantes, aquellas maravillosas criaturas, sino forjar combinaciones y conspirar en su beneficio? Sí, así era, desde la propia Maggie, la más maravillosa de todas ellas, hasta la dueña de la casa en que ahora se hallaba el Príncipe, en cuya cabeza se había formado inevitablemente la idea de que Charlotte se quedara por razones que sólo a la dueña de la casa competían, y que había dicho llevada por la benevolencia de su espíritu que a santo de qué el yerno del marido de Charlotte tenía que irse apresuradamente, a no ser que estuviera obligado a ello por plausibles razones, en vez de esperar en compañía de Charlotte. De esta manera, dijo lady Castledean, el Príncipe podría por lo menos hacer lo preciso para que nada ocurriese a Charlotte ni en su casa ni durante los avatares del viaje a Londres; además, si el Príncipe y Charlotte abusaban un poco de la licencia concedida, el hecho de hacerlo juntos les sería de gran ayuda. De esta manera, cuando llegaran a casa, cada uno de ellos podría cómodamente echar las culpas al otro. Además, tanto lady Castledean como Maggie, tanto Charlotte como Fanny Assingham, actuaban en su beneficio sin que se lo solicitaran, sin ejercer presión alguna sobre ellas, sólo en virtud de una vaga noción —definida y consciente sólo, a lo sumo, en Charlotte— de que el Príncipe, en cuanto a manera de ser, en cuanto a carácter, en cuanto a caballero, no era inferior a su notable fortuna.

Pero el Príncipe no sólo tenía ante sí todo lo anterior, sino muchas otras cosas, cosas que se mezclaban hasta el punto de que casi se confundían, para mayor satisfacción de su sentido de la belleza. Las perspectivas eran amplias en todos los órdenes —y las torres de tres catedrales, en tres distintos condados, según le habían dicho, resplandecían como plata mate, con tono de idéntica riqueza—, ¿y acaso no era cierto que el Príncipe se daba más clara cuenta debido precisamente a que lady Castledean había retenido en su casa a un hombre que le interesaba, y que esto constituía una dulce nota de clarificación de los aconteceres del día? Gracias a este detalle, todo encajaba armónicamente. El Príncipe se sentía tan divertido mientras esperaba, ocioso, que en todo momento mantuvo una meditativa sonrisa. Lady Castledean había retenido a Charlotte porque deseaba retener también al señor Blint, y no podía retenerlo, a pesar de que él se mostraba harto predispuesto a complacer a lady Castledean, sin cubrir las apariencias con una más amplia capa. Castledean se había ido a Londres, dejando la casa entera a disposición de su esposa, quien tuvo el capricho de pasar una tranquila mañana en compañía del señor Blint, hombre joven —decididamente más joven que Su Señoría—, pulido, cortés y bien dotado, deliciosamente hábil en los juegos y en el canto (incluso jugaba al bridge, en cuanto a cantar, igual cantaba las canciones cómicas inglesas que las trágicas francesas); y la presencia de una pareja amiga, si la elección se efectuaba con buen tino, en realidad significaría ausencia, allanaría todas las posibles dificultades. El Príncipe consideraba, con buen humor, que la señora de la casa había quedado bien al elegirle, y ello no perdió su placentero carácter ni siquiera al darse cuenta de que en el transcurso de su vida en Inglaterra había tenido ocasión de meditar más de una vez que, a fin de cuentas, se le hacía reparar que, en cuanto extraño, en cuanto extranjero, e incluso en cuanto simple representante de su esposa y de su suegro, tenía tan poca importancia en el desarrollo de los acontecimientos, que a veces le asignaban funciones un tanto triviales. Ningún otro invitado hubiera podido complacer tan fácilmente a la señora de la casa. Reclamados por asuntos de diversa índole, y en los trenes de primera hora, se fueron todos los hombres activos, suave y fácilmente activos; cada uno de ellos era una bien lubrificada pieza del gran engranaje social, político y administrativo. Y, con carácter primordial, fue reclamado el propio Castledean, que era, aunque parezca incongruente habida cuenta de su manera de ser y características, pieza de muy notable importancia. Pero el Príncipe, si algún asunto tenía no era de esta naturaleza, sino de la propia de haber quedado reducido al no muy glorioso papel de sustituto.

Sin embargo, en el estado de ánimo en que el Príncipe se encontraba en aquellos momentos, esa idea de haber quedado «reducido» en nada mermaba la medida de su actual dicha. En ciertos momentos, dicha idea le recordaba la tan conocida realidad de sus sacrificios, sacrificios que llegaban incluso a la

renuncia, para mayor comodidad de su esposa, de la situación que verdaderamente le correspondía en el mundo social, lo que traía en consecuencia, y en último término, que el Príncipe se hallara muy a menudo entre personas inferiores a él, y esto suponía una merma de su valor. Pero, a pesar de que todo lo anterior constituía una realidad harto patente, él estaba dotado de un espíritu que le permitía reírse de todo desde la graciosa ambigüedad de las relaciones entre los ingleses, hasta el hecho de tener en su mente y en su propósito algo hermoso e independiente, algo armonioso y totalmente suyo. El Príncipe no podía tomar seriamente al señor Blint, porque éste era todavía más ajeno a aquel grupo social de lo que lo era un príncipe romano capaz de actuar en pasiva complicidad. Sin embargo, tampoco podía imaginar de qué manera lady Castledean tomaba al señor Blint, porque este asunto se hallaba para él en las insondables profundidades de los equívocos ingleses. Como suele decirse, conocía «bien» a los ingleses, había convivido con ellos, había pasado días en sus casas, había cenado, cazado y hecho muchas otras cosas con ellos, pero el número de interrogantes que sobre los ingleses tenía el Príncipe antes había aumentado que menguado, por lo que para él las enseñanzas de la experiencia quedaban reducidas a impresiones subsidiarias. Lo único que él sabía con certeza acerca de los ingleses era que les situations nettes no les gustaban. Por nada del mundo estaban dispuestos a aceptarlas. El genio nacional inglés, el éxito nacional inglés, siempre había consistido en evitar dichas situaciones en todo momento. Con complacencia, los ingleses estimaban que este peculiar talento era lo que ellos denominaban su maravillosa capacidad de transigir, cuya influencia impregnaba de tal manera el lugar en que ahora se encontraba nuestro héroe que parecía, de una manera más clara, que la tierra y el aire, la luz y el color, los campos, las colinas y el cielo, los pueblos de los condados azul verdoso y las frías catedrales, debieran el especial matiz de su tono a dicha capacidad. Realmente, hallándose uno en presencia de aquel cuadro, era preciso reconocer que el talento inglés había triunfado, y que a él se debía la bien asentada solidez, la riqueza de tono de niebla marina en la que los pueblos de brillantes oropeles, pueblos que se consideraba envidiosos, siempre habían refrescado la vista. Pero, también al mismo tiempo, era la causa de que, en ciertos momentos, por muy familiarizado que uno estuviera con aquella realidad, quedara intrigado por la presencia del elemento de podredumbre en medio de aquel frescor, de frescor en la podredumbre, de inocencia en la culpa, de culpa en la inocencia. Había otras terrazas de mármol desde las que se divisaban más purpúreas perspectivas en las que el Príncipe hubiera sabido qué pensar y, en consecuencia, hubiera podido gozar por lo menos del leve placer intelectual de una consciente relación entre las apariencias y lo que significaban. Cierto era que, en las actuales circunstancias, una mentalidad inquisitiva era más vivamente estimulada; pero, por desdicha, las mentalidades de esta naturaleza

habían reconocido que el resultado de su atención e ingenio muy a menudo consistía sencillamente en toparse con un muro, en hallarse ante una laguna o en acabar en un estado de definitiva desorientación. Además, lo cual era de suma importancia, para él nada tenía interés, en lo tocante a la relación entre el escenario que le rodeaba y su propia conciencia, salvo los hechos que más directamente le afectaban.

Los ensoñados proyectos que lady Castledean había forjado para aquella mañana con respecto al señor Blint, después de que todas las grandes amistades hubieran regresado, evidentemente habían llegado ya al punto de interpretar al piano, juntamente con dicho señor, en una de las numerosas estancias pequeñas destinadas a usos menos multitudinarios que las grandes. Los deseos de lady Castledean se habían convertido en realidad, y las deseadas circunstancias se habían producido. Esto indujo al Príncipe a preguntarse dónde estaría Charlotte, ya que no creía que fuera un discordante tercer elemento, lo cual hubiera equivalido a aceptar el papel de simple espectadora, en el dúo formado por lady Castledean y el señor Blint. El resultado de todo lo anterior para el Príncipe, tanto en los aspectos menos alentadores como en los más, fue que el exquisito día se abrió como una gran flor fragante que él podía coger cuando quisiera. Pero quería ofrecer a Charlotte aquella flor y, mientras paseaba por la terraza, desde la que se veían dos fachadas de la casa, alzó la vista a las ventanas abiertas a la mañana de abril, y se preguntó cuál de ellas sería la del aposento de su amiga. Poco tardó en llegar el momento en que este interrogante quedara despejado, ya que la vio aparecer en lo alto, como llamada por el sonido de sus pasos en las losas de la terraza. Charlotte se había apoyado en el alféizar para mirar abajo, y allí quedó unos instantes observándole sonriente. Éste inmediatamente reparó en que Charlotte iba con sombrero y chaqueta, lo cual indicaba que no se disponía a reunirse, bellamente descubierta la cabeza y con sombrilla, allí, en el lugar en que el Príncipe se hallaba, sino que estaba dispuesta a que dieran un paso que les llevaría mucho más lejos. Desde la noche anterior, el Príncipe había pensado intensamente en este paso, aunque no había meditado los detalles, levemente dificultosos, que comportaba. No había tenido la oportunidad de hacerle una propuesta definitiva, pero ahora el rostro de Charlotte le hizo comprender que ella había intuido la propuesta que él no había podido hacerle. Tenían esa clase de impulsos idénticos. Repetidas veces los habían tenido con anterioridad. Y si esas coincidencias siempre infalibles, en modo alguno preparadas de antemano, daban la medida en que dos personas eran, como se dice vulgarmente, la una para la otra, jamás había habido unión en el mundo que hubiera quedado tan endulzada como aquélla por su perfección. Pero lo que en realidad ocurría más a menudo era que la clarividencia de Charlotte llegaba más lejos que la del Príncipe. Los dos eran conscientes de la misma necesidad en el mismo momento, pero, por norma general, ella veía con más claridad la

manera de satisfacerla. Algo en la larga mirada que ahora le dirigía Charlotte desde la antigua ventana gris, algo en la inclinación del sombrero, en el color del pañuelo que llevaba al cuello, algo en la prolongada quietud de su sonrisa, repentinamente iluminó y puso de relieve en la mente del Príncipe toda la riqueza que suponía poder contar con ella. Tenía el Príncipe la mano dispuesta para coger aquella riqueza en la flor abierta del día, pero ¿qué significaba el esplendente instante sino que Charlotte ya tenía en justa respuesta la mano inteligentemente adelantada? De modo que, en aquellos instantes, entre los dos se cruzó el conocimiento de que su copa rebosaba y, sin que sus ojos dejaran de mirarla, llevándola firme y equilibradamente con las manos, comenzaron a beber, y al catarla la alabaron. Sin embargo, pocos instantes después, el Príncipe rompía el silencio:

—Sólo falta la luna, una mandolina y un poco de peligro para que esto sea una serenata.

Desde lo alto, Charlotte repuso:

—¡Contentémonos con esto!

Después de decir estas palabras, separó un blanco capullo de rosa de la parte frontal de su vestido, y lo arrojó al Príncipe.

El Príncipe lo cogió al vuelo, y volvió a mirarla después de que ésta le hubiera contemplado mientras se ponía el capullo en el ojal. En italiano, en voz baja e intensa, el Príncipe dijo:

—¡Baja, corriendo!

En voz clara y leve, ella repuso:

—¡Voy, voy!

Y, al instante, dejó al Príncipe esperándola.

Éste volvió a pasear por la terraza, con detenimiento, y su mirada reposaba allá a lo lejos, como ya había hecho a menudo, en la altiva tonalidad oscura de acuarela de la más distante ciudad catedralicia. Aquel lugar, con su gran iglesia y su fácil acceso, con las torres que indicaban su situación, con su carga de historia inglesa, con sus atractivas características, con su reconocido interés, aquel lugar le había repetido su nombre durante la mitad de la noche anterior, y su nombre se había transformado en otro, en un nombre que podía pronunciarse y que estaba revestido de decencia, por el supremo sentido de comprensión de las cosas que ahora latía en el Príncipe. No había hecho más que repetirse: «Gloucester, Gloucester, Gloucester», igual que si el más penetrante significado recibido en los años inmediatos anteriores quedara intensamente expresado por aquel nombre. Este significado era, en realidad, que la situación del Príncipe seguía siendo en gran manera coherente consigo

misma, y que ellos dos, Charlotte y él, se hallaban juntos en el esplendor de esta verdad. Todas las circunstancias presentes se aunaban para proclamarlo, y los labios de la mañana se lo decían lanzándoles el aliento al rostro. El Príncipe sabía por qué, desde el principio de su matrimonio, había buscado con tanta paciencia aquella congruencia, sabía por qué había renunciado a tanto y se había aburrido tanto, sabía por qué había buscado, sobre la base de todos los convencionalismos, sobre la base de haberse vendido, en cierto sentido, una situation nette. Todo lo había hecho a fin de que su libertad, ¿de qué otra manera cabía llamarla?, fuera perfecta en los presentes momentos, redondeada y esplendente, como una perla. No había luchado y de nada se había apoderado, sólo tomaba lo que le ofrecían y la perla, con su exquisita calidad y rareza, había caído en la palma de su mano. Y allí estaba precisamente la perla encarnada. Su tamaño y su valor fueron en aumento al aparecer la señora Verver en el quicio de una de las puertas pequeñas. Avanzó en silencio hacia el Príncipe, mientras éste iba a su encuentro. La gran escala de la fachada de la mansión de Matcham multiplicó, en la dorada mañana, los instantes de su encuentro y la sucesión de sus sensaciones. Cuando Charlotte estaba ya muy cerca, el Príncipe, le dijo:

—Gloucester, Gloucester, Gloucester. ¡Mira, allá!

Charlotte sabía exactamente hacia dónde debía mirar:

—Sí, es una de las ciudades más bonitas. Creo que hay claustros, o torres, o algo parecido.

Y sus ojos, a pesar de que sus labios sonreían, tenían una expresión casi grave cuando volvieron a mirar al Príncipe. Terminó su frase:

—O la tumba del rey.

El Príncipe dijo:

—Tenemos que ver a ese viejo rey, tenemos que visitar la catedral, tenemos que conocer la ciudad entera.

Como remate a sus palabras, exclamó:

—¡Si pudiéramos aprovechar plenamente esta oportunidad!

Y, después, mientras volvía a clavar la vista en los ojos de Charlotte, en busca de todo lo que pudiera ofrecerle, el Príncipe dijo:

—Parece que el día sea una gran copa dorada que debamos apurar juntos.

—Me parece igual, porque siempre me induces a sentir lo que tú sientes, de manera que sé lo que sientes a leguas de distancia.

Después de estas palabras, Charlotte preguntó:

—Y ya que hablamos de copas doradas, ¿te acuerdas de aquella tan hermosa, real, que te ofrecí hace tanto tiempo y que no quisiste aceptar?

Para avivar la memoria del Príncipe, Charlotte añadió enseguida:

—Fue poco antes de tu matrimonio. Era una copa de cristal dorado que vimos en una tiendecilla de Bloomsbury.

—¡Ah, sí, ciertamente!

Pero hubo en su tono cierta nota de sorpresa, y tuvo que hacer un leve esfuerzo para acordarse. Ahora dijo:

—Aquel objeto siniestro con grieta que intentaste endilgarme, y aquel pequeño judío estafador que entendía el italiano y que se puso de tu parte. Sin embargo, inmediatamente añadió, con una sonrisa:

—Y tengo la impresión de que ahora nos hallamos en una ocasión que, en cuanto a ocasión, también está agrietada.

Hablaban en voz un tanto baja, por cuanto se hallaban dominados, aunque a cierta distancia, por filas y filas de ventanas, y este tono de voz causaba a cada uno de los dos la sensación de absorber algo lenta y profundamente. Charlotte dijo:

—¿No crees que piensas demasiado en «grietas» y que les tienes demasiado miedo? Yo me arriesgo a las grietas, y a menudo me he acordado de aquella copa y de aquel pillo judío, y me he preguntado si la habrá vendido. Aquel hombre me impresionó en gran manera.

—Bueno, también tú le causaste a él una gran impresión, y me atrevería a decir que, si vuelves a su tienda, podrás comprobar que todavía guarda para ti semejante tesoro.

Guardó silencio unos instantes y añadió:

—Y, por lo que a las grietas se refiere, arriésgate a ellas todo lo que quieras, pero lo que no debes hacer es arriesgarte a ellas por mí.

El Príncipe había hablado con toda la alegría de su serenidad que, ahora, estaba sólo muy levemente temblorosa. Añadió:

—Como muy bien sabes, me guío por mis supersticiones. Y ésta es la razón por la que sé la suerte que hoy nos aguarda. Hoy todos los augurios nos son favorables.

Apoyada en la balaustrada, de cara a la amplia perspectiva, Charlotte guardó silencio unos instantes y, poco después, el Príncipe advirtió que tenía los ojos cerrados. Charlotte dijo:

—Yo sólo me guío por una cosa.

La mano de la joven reposaba sobre la piedra calentada por el sol y, como sea que se hallaban de espaldas a la casa, el Príncipe cubrió con su mano la de Charlotte, quien dijo:

—Me guío por ti. Me guío por ti.

Los dos guardaron silencio unos instantes, hasta que el Príncipe habló de nuevo acompañando sus palabras con un ademán que les dio énfasis:

—Bueno, ahora lo que realmente hace falta es que nos guiemos por mi reloj.

Miró la hora y añadió:

—Ya son las once, si nos quedamos a almorzar aquí, perderemos la tarde.

Al oír estas palabras, Charlotte abrió los ojos desmesuradamente.

—No hay la menor necesidad de que nos quedemos a almorzar. ¿No ves que ya estoy dispuesta para que nos vayamos?

Sí, ya se había dado cuenta pero necesitaba que Charlotte le dijera más:

—¿Quieres decir que ya has dispuesto…?

—Esto es muy fácil. Mi doncella se va con mi equipaje. Dile a tu ayuda de cámara que se lleve el tuyo, y que los dos se vayan juntos.

—¿Quieres decir que podemos irnos inmediatamente?

Por fin, Charlotte le dio la explicación completa:

—Uno de los coches de que ayer hablé seguramente habrá llegado y estará esperándonos.

Sonriendo, añadió:

—Si tus supersticiones nos favorecen, mis disposiciones también. Y las unas refuerzan a las otras.

El Príncipe inquirió:

—En este caso, ¿habías pensado ya en ir a Gloucester?

Charlotte pareció dudar, pero sólo fue efecto de su peculiar modo de expresión, y dijo:

—Pensé que tú pensarías en ir. Afortunadamente tenemos esa clase de coincidencias. Con ellas puedes alimentar tus supersticiones, si quieres. Me gusta que sea Gloucester el lugar al que vamos. «Glo’ster, Glo’ster», como tú pronuncias, de manera que parece una palabra de una vieja canción.

Charlotte añadió:

—Sin embargo, estoy segura de que Glo’ster, Glo’ster será una ciudad encantadora, allí podremos almorzar, después de habernos desembarazado de la servidumbre y del equipaje. Tendremos a nuestra disposición tres o cuatro horas por lo menos.

Para terminar, dijo:

—Desde allí, podemos mandar un telegrama.

Pronunció estas palabras lisa y llanamente, como si la idea se le hubiera ocurrido en aquel mismo instante, por lo que el Príncipe hizo su siguiente pregunta con la misma cautela:

—En ese caso, ¡lady Castledean…!

—Ni siquiera sueña en que nos quedemos a almorzar.

El Príncipe aceptó la contestación, pero no por ello dejó de pensar; por fin preguntó:

—¿En qué sueña, pues?

—En el señor Blint, la pobrecilla sólo sueña en el señor Blint.

La sonrisa que Charlotte le dirigió fue de gran franqueza:

—¿Es que tengo que decirte con toda claridad que lady Castledean no quiere que nos quedemos? Pidió que nos quedáramos únicamente para que los otros invitados vieran que no se quedaba sola con el señor Blint. Ahora ya hemos cumplido nuestra misión, los invitados se han ido, lady Castledean está perfectamente enterada.

Como en un vago eco, el Príncipe dijo:

—¿«Enterada»?

—Está enterada de que nos gustan las catedrales, que inevitablemente nos detendremos para verlas, que si es preciso nos desviaremos de nuestro camino, siempre que tengamos la oportunidad, y que esto es lo que nuestras respectivas familias esperan que hagamos, y quedarán defraudadas si no lo hacemos.

La señora Verver concluyó:

—Esto, en calidad de forestieri es lo que nos atrae, aun cuando la atracción que sentimos sea más general y más fuerte.

El Príncipe siguió mirándola con fijeza cuando le preguntó a continuación:

—¿Y sabes cuál es el tren…?

—Con toda exactitud. Paddinton, llegada a las 6.50. Con ello tenemos océanos de tiempo a nuestra disposición, y podremos cenar a la hora de

costumbre en casa. Como sea que Maggie se encontrará, como dos y dos son cuatro, en Eaton Square, tengo el gran honor de invitarte a cenar.

Durante un rato, el Príncipe siguió mirándola fijamente. Transcurrió un minuto antes de que volviera a hablar.

—Muchas gracias, acepto con sumo placer la invitación.

Y, al momento, preguntó:

—¿Y el tren para Gloucester?

—Un tren de cercanías. Sale a las 11.22 con varias paradas en el trayecto, pero lo recorre en menos de una hora, no sé exactamente cuánto menos. En consecuencia, tenemos tiempo, aunque tampoco podemos perderlo más.

El Príncipe se irguió como impulsado por sus palabras y volvió a consultar el reloj mientras los dos se dirigían a la puerta por la que Charlotte había salido. Pero él también tuvo que hacer preguntas y altos en el trayecto, todo ello para mayor encanto y mayor misterio:

—¿Y miraste la guía de ferrocarriles, sin que yo nada te dijera?

Riendo, repuso:

—¡Oh, querido! He tenido ocasión de verte consultar una guía de ferrocarriles. Para hacerlo bien, hace falta tener sangre anglosajona.

—¿«Sangre»? ¡Tú tienes la sangre de todas las razas!

Estaban detenidos, el uno frente al otro. Él exclamó:

—¡Eres terrible!

La joven pensó que el Príncipe podía expresarlo del modo que le diera la gana, y dijo:

—También sé la posada a la que iremos.

—¿A cuál?

—Hay dos. Ya lo verás. Espero haber elegido la adecuada.

Sonriendo, Charlotte añadió:

—Y creo que me acuerdo de la tumba.

—¡Ah, la tumba!

Pero al Príncipe cualquier tumba le parecía bien. Dijo:

—Sin embargo, ahora pienso que después de haber estado preparando con tanto cuidado este proyecto, para proponértelo, resulta que tú lo has ejecutado sin que yo te haya dicho nada.

—Es posible que quisieras ofrecérmelo; ahora bien, ¿cómo te explicas que no hayas podido ocultármelo?

—No lo sé. ¿Y cómo me las arreglaré para ocultarte algo el día que lo desee?

—Bueno, con referencia a las cosas que no quiera saber, te prometo que me portaré como una estúpida.

Cuando llegaron a la puerta, Charlotte se detuvo para decir:

—Durante estos días, durante todo el día de ayer, anoche, esta mañana, lo he deseado todo.

Bien, nada había que objetar.

—Lo tendrás todo.

Capítulo XXIII

Fanny Assingham, al llegar a la ciudad, puso en práctica su segunda idea; a este fin, mandó al coronel a su club para que desayunara allí y despachó a la criada, en coche de alquiler, con los diversos efectos del matrimonio, rumbo a Cadogan Place. El resultado de lo anterior fue, para los dos cónyuges, un estado de ocupación tan ininterrumpida que el día transcurrió sin que prácticamente hubiera habido contacto entre los dos. Cenaron juntos, por cierto, pero fue precisamente durante el trayecto hacia el lugar en que cenaron y el trayecto de regreso a su casa, cuando menos hablaron, tanto la una como el otro. Fanny estaba absorta en sus propios pensamientos, que la aislaban de lo que la rodeaba mucho más que la capa amarillo limón con la que protegía sus hombros desnudos, y su marido, enfrentado a aquel silencio, se mostraba menos dispuesto de lo usual en él, cuando se hallaba en aquel brete, a iniciar el fuego, según serían sus palabras. Por aquel entonces los silencios entre los dos eran, por lo general, más largos, y la transición del silencio a la conversación, más brusca. A una charla se lanzaron, a modo de culminación del día, hacia la medianoche. La señora Assingham, de nuevo en su hogar, lo que le producía cierta sensación de fatiga, ascendió hasta la primera planta, donde se dejó caer, como agobiada, en una gran silla dorada, veneciana, situada en la salita ante el salón, silla que convirtió, gracias a la preocupación de expresión de su cara, en una especie de trono de meditación. Por su aspecto oriental, según su libre interpretación del orientalismo, la señora Assingham recordaba un poco a la inmemorial esfinge presta al fin a romper a hablar. El coronel, a su lado, algo tenía de viejo peregrino del desierto acampado al pie de un monumento aunque, poco después, en una operación de reconocimiento, penetró en el

salón, en donde inspeccionó las ventanas y las fallebas de las ventanas, recorriendo con la vista el lugar con aire de ser, en una sola pieza, amo de la casa y administrador, comandante y contribuyente. Luego regresó al lado de su esposa, ante la cual quedó en pie esperando por el momento. Pero la señora Assingham también decidió esperar, limitándose a alzar la vista y con faz inescrutable mirar a su marido. En estas maniobras de menor envergadura y en esta consciente paciencia había algo parecido a una tregua en la vieja costumbre de mantener conversaciones divergentes, de comunicarse con interpretaciones erróneas de tiempos. Ahora parecía que el placer de estas conversaciones, tan familiar a los cónyuges, pudiera llevarlos a una situación claramente peligrosa; pero también se percibía en el aire, de modo sensible pero incoherente, que por el momento ninguna situación llegaría a poder ser vulgarmente calificada de peligrosa.

En realidad, incluso cabía la posibilidad de que en el rostro de la señora Assingham hubiera una expresión de sutil percepción de una más fina sensibilidad que ella había conseguido que se formara en su marido, una sensibilidad con respecto a la situación en que ella se encontraba, que, por raro que parezca, se disponía a rechazar. Pero se trataba de una flor sobre la que sólo muy levemente se podría respirar y esto fue, a fin de cuentas, lo que la señora Assingham hizo. Le constaba que no tenía necesidad alguna de decir que había dedicado toda la tarde a sus amigos de Eaton Square, y que hacerlo no hubiera sido más que volcar precipitadamente las impresiones recogidas, en grandes cantidades y puestas en grandes cestos, como las púrpuras uvas de Matcham en tiempo de vendimia. Mientras, el proceso de selección de estas impresiones se estaba desarrollando ahora de manera inconfundible y, por parte del coronel, era objeto de unas abstenciones y unas discreciones que casi llegaban a solemnidades; solemnidades, por otra parte, que a nada comprometían al coronel como no fuera a confesarse a sí mismo que tenía clara conciencia de navegar en aguas profundas, y su respetuosa actitud ante este hecho había consistido en no perder de vista a su mujer sin decir ni media palabra. Ni siquiera un instante, durante la aventura de su mujer, había el coronel abandonado la ribera del místico lago, sino que, al contrario, se había colocado en un lugar en que pudiera recibir las señales de su mujer en caso de que ésta le necesitara. La necesidad de ella podía producirse en el caso de que el casco de su embarcación se rajara, en cuyo momento, el deber inmediato del coronel hubiera sido arrojarse al agua, de una manera u otra. Evidentemente, la actual actitud del coronel consistía en contemplar a su mujer allí, en medio de las oscuras aguas, y en preguntarse si acaso aquella muda mirada que le dirigía significaba que el casco se estaba rajando realmente. El coronel se hallaba tan presto al socorro que parecía que su espíritu se hubiera ya despojado de la chaqueta y del chaleco. Sin embargo, antes de que el coronel se arrojara a las aguas, es decir, antes de que formulara una pregunta, advirtió,

no sin alivio, que su cónyuge se dirigía hacia la orilla. Vio cómo Fanny Assingham remaba constantemente, siempre un poquito más cerca, y, por fin, oyó el topetazo de la barca contra la orilla. Fue un sonido claramente perceptible; ahora la señora Assingham desembarcó:

—Estábamos todos equivocados. No hay nada.

—¿Nada?

Al pronunciar esta palabra, la actitud del coronel fue la misma que si ofreciera la mano a su mujer para ayudarla a subir la cuesta de la orilla.

—Nada entre Charlotte Verver y el Príncipe. Al principio estaba inquieta, pero ya me he tranquilizado. En realidad me había equivocado de medio a medio. Nada hay.

Bob Assingham observó:

—Yo creía que precisamente esto era lo que siempre decías insistentemente. Desde el principio, diste por supuesto la rectitud de los dos.

—No, nunca he dado nada por supuesto, salvo mi predisposición a preocuparme.

Gravemente, sin moverse de la silla, Fanny Assingham prosiguió:

—Hasta ahora no había tenido la oportunidad de ver y juzgar. Y vi, he visto. Y, ahora, sé.

Con más énfasis aún, repitió la palabra allí, en su trono de infalibilidad, lo que le obligó a levantar más la cabeza.

—Sé.

El coronel aceptó esta manifestación, al principio, en silencio; pero, luego, preguntó:

—¿Quieres decir que te lo han dicho ellos?

—No. Jamás he querido decir algo tan absurdo. En primer lugar, no se lo he preguntado. En segundo lugar, su palabra en esta materia carece de importancia.

Al escuchar estas palabras, el extrañado coronel observó:

—Bueno, a nosotros nos lo dirían.

Durante unos instantes se reflejó en el rostro de Fanny la exasperación que le producían las bruscas salidas del coronel, pasando siempre por encima de los más bellos parterres de Fanny. Pero, a pesar de todo, estimó que debía atemperar su ironía, por lo que se limitó a decir:

—En este caso, cuando te lo digan, espero que tengas la amabilidad de comunicármelo.

El coronel levantó la barbilla y con el dorso de la mano se acarició el pelo que en ella crecía, mientras miraba fijamente de soslayo a su mujer, y decía:

—Yo no he dicho que forzosamente tengan que decirme todo lo que hacen.

—Pase lo que pase, forzosamente tendrán que mantener la boca cerrada, espero. Ahora sólo hablo de ellos gracias a lo que he podido observar. Con esto me basta. No necesito más.

Después de unos instantes de silencio, Fanny Assingham declaró:

—Y son maravillosos.

En este punto, el coronel se mostró de acuerdo:

—Ciertamente, a mi parecer lo son.

—Pues más te lo parecerían si más supieras. Pero no sabes porque no ves. Su situación es demasiado extraordinaria.

Esto último, a juzgar por el tono de las palabras de la señora Assingham, era lo que el coronel no veía, pero se mostró dispuesto a intentarlo:

—¿«Demasiado»?

—Demasiado extraordinaria para que pueda creerse, quería decir. Sí, cuando uno no ve. Pero precisamente esto, en cierta manera, es lo que los salva. Lo toman seriamente.

El coronel seguía, a su aire, el raciocinio de su mujer:

—¿Su situación?

—La parte increíble de su situación. La convierten en verosímil.

—¿Quieres decir verosímil para ti?

Fanny Assingham volvió a mirarle en silencio durante un rato. Por fin, dijo:

—Creen en sí mismos. Aceptan la realidad tal como es. Y esto los salva.

—Pero si la realidad tal como es constituye precisamente su oportunidad para…

—Constituye su oportunidad para lo que te dije la primera vez que vino Charlotte. Es su oportunidad para la idea que yo entonces estaba tan segura de que Charlotte tenía.

El coronel efectuó un visible esfuerzo para recordar:

—¡Bueno! ¡Tu idea en diferentes momentos acerca de las ideas de ellos!

Esta oscura procesión apareció ante el coronel y, a pesar de que éste puso a contribución su mejor voluntad, tuvo que limitarse a contemplarla. El coronel dijo:

—¿Estás hablando ahora de algo que pueda representar para ti una cómoda base en la que quedar asentada?

Una vez más, durante unos instantes ella se limitó a mirar furiosamente a su marido. Dijo:

—He vuelto a mis antiguas creencias, y al hacerlo…

Calló. El coronel preguntó:

—¿Qué?

—He visto que estaba en lo cierto. Sí, porque te aseguro que me había alejado mucho de ellas. Ahora he vuelto al redil y espero quedarme en él.

Tras breve meditación, Fanny Assingham declaró:

—Son magníficos.

—¿El Príncipe y Charlotte?

—El Príncipe y Charlotte. Precisamente por esto destacan.

Fanny Assingham explicó mejor sus palabras:

—Y lo magnífico es que tienen miedo de sí mismos, quiero decir miedo por los otros.

Después de hacer un esfuerzo para seguir el pensamiento de su cónyuge, el coronel preguntó:

—¿Miedo por el señor Verver y Maggie? ¿Miedo de qué?

—De ellos mismos.

Intrigado, volvió a preguntar:

—¿De ellos mismos? ¿Del señor Verver y de Maggie?

La señora Assingham no perdió la paciencia ni la lucidez:

—Sí, y también de semejante ceguera. Aunque principalmente de su propio peligro.

El coronel meditó. Luego, inquirió:

—¿Y el peligro es la ceguera?

—El peligro está en su situación. A estas alturas, no hace falta que te diga

todos los elementos que concurren en su situación. Afortunadamente y para su consuelo, entre los muchos elementos que se dan en su situación no se cuenta la ceguera. Quiero decir la ceguera de ellos.

Acto seguido, la señora Assingham aclaró:

—La ceguera se da, primordialmente, en su marido.

El coronel quedó un tanto parado. Pero éste era un asunto que quería aclarar:

—¿El marido de quién?

—El señor Verver. La ceguera afecta primordialmente al señor Verver. Sí, y esto lo saben, lo ven. Pero también afecta a la esposa.

Mientras Fanny Assingham seguía mirando al coronel con sombría mirada que mal se compadecía con el relativo oportunismo de sus aseveraciones, éste preguntó:

—¿Qué esposa?

Y, como fuera que seguía en silencio, hosca la mirada, el coronel insistió:

—¿La del Príncipe?

Como si hablase para sí misma, la señora Assingham dijo:

—La de Maggie, la de la mismísima Maggie.

El coronel, intrigado, preguntó:

—¿Tan ciega consideras a Maggie?

—El problema no consiste en lo que yo considere. El problema consiste en la convicción que guía al Príncipe y a Charlotte, quienes tienen mejores oportunidades que yo para juzgar.

El coronel volvió a dudar:

—¿Estás segura de que tienen mejores oportunidades de juzgar?

La señora Assingham preguntó:

—¿Y qué es su extraordinaria situación, su extraordinaria relación, sino una oportunidad?

—Querida, esta oportunidad, la de su extraordinaria relación y situación, la tienes tú tanto como ellos.

A cuyas palabras, replicó ella con cierta vivacidad:

—Con la diferencia, querido, de que ni la relación ni la situación son asunto mío, dicho sea sin ganas de ofenderte. Veo el buque en el que van

embarcados, pero, a Dios gracias, yo no estoy a bordo.

Después de un silencio, la señora Assingham añadió:

—Sin embargo, hoy, en Eaton Square, hoy he visto.

—¿Qué has visto?

La señora Assingham siguió con su reticencia:

—Muchas cosas. Más cosas de las que jamás había visto. Ha sido, y que Dios me perdone, como si viera por ellos, quiero decir por los otros. Ha sido como si hubiera ocurrido algo, algo que no sé lo que es, salvo que es como un efecto de esos días pasados con ellos en aquella casa que, o bien ha iluminado la realidad, o bien ha agudizado mi vista.

Los ojos de la pobre señora estaban fijos en su marido y en ellos había un brillo que no era el de una más intensa penetración, sino el de determinado portento que, en diversas ocasiones, el coronel había tenido ocasión de advertir. Evidentemente, la señora Assingham deseaba infundir seguridad a su esposo, pero, para que así ocurriera, era preciso al parecer que dos grandes, sinceras y brillantes lágrimas se formaran lentamente en sus lacrimales. Estas lágrimas produjeron, de inmediato y como de costumbre, un efecto directo en el coronel: advirtió claramente que su esposa tenía que infundirle seguridad por medio de hacerle pensar exactamente lo mismo que pensaba ella. El coronel estaba plenamente dispuesto a aceptar el pensamiento de su esposa y a regirse por él, tan pronto como su esposa lo manifestara. El problema radicaba en que la expresión del pensamiento de su mujer exigía infinidad de giros, vueltas y revueltas. Por ejemplo, la sinuosidad quedó de relieve cuando la señora Assingham procedió a explicar lo que había ocurrido aquella tarde:

—Ha sido como si supiera mejor que nunca lo que les hace…

Al advertir que el pensamiento paralizaba su lengua, el coronel la apremió:

—¿Lo que les hace qué?

—Lo que les hace, al Príncipe y a Charlotte, tomarlo todo tal como lo toman. Saber cómo tomarlo ya es asunto difícil en sí, y es preciso reconocer que han estado mucho tiempo esforzándose en ver.

Después de una pausa, la señora Assingham prosiguió diciendo:

—Y, tal como he dicho, hoy ha ocurrido algo que ha sido como si me dieran un tremendo empujón y, de pronto, viera a través de sus ojos.

Después de decirlo y como si quisiera sacudirse del cuerpo su maleficio, se puso bruscamente en pie. Pero quedó allí, envuelta en la penumbra, mientras el coronel, con su aspecto de ser «todo un tipo», alto, seco y austero, al que cierta evocación de la blancura de las nieves inaccesibles, allí, en la corbata, la

pechera de la camisa y el chaleco, daba acentos de dureza, esperaba, esperaba lo que su mujer pudiera hacer; de manera que a hora tan tardía y en la casa silenciosa, bien hubieran podido ser dos extraños aventureros mundanos que, para aliviar la dura tensión de sus espíritus, se habían reunido en un extraño rincón para hacerse siniestras confidencias de medianoche. La atención de Fanny Assingham se centraba mecánicamente en los objetos de adorno dispuestos con excesiva prodigalidad en las paredes, objetos que, al reconocerlos en aquellos momentos, habían perdido la capacidad de suscitar tanto su cariño como su compunción. Fanny Assingham dijo:

—Puedo imaginar la manera en que todo se desarrolla. Sí, es fácil comprenderlo.

Pero, al momento, exclamó:

—¡Sin embargo, no quiero extraviarme! ¡No, no quiero extraviarme!

—¿Quieres decir que quieres evitar los errores?

No, no. No quería decir eso, ni mucho menos. La señora Assingham sabía muy bien lo que quería decir:

—Nunca cometo errores. Pero perpetro delitos con el pensamiento. Y siguió hablando con suma intensidad:

—Soy un ser temible. Momentos hay en que me parece que nada me importa todo lo que he hecho, o lo que pienso o imagino o temo o acepto, momentos hay en que pienso que volvería a hacerlo, en que pienso que soy capaz de hacer cosas.

En la natural frialdad del debate, el coronel exclamó:

—¡Oh!

—Sí, en el caso de que tú me hubieras impulsado a volver a ser como era antes por naturaleza. Afortunadamente, jamás lo has hecho. Lo has hecho todo, has hecho todo lo demás; pero esto no, esto no lo has hecho.

La señora Assingham guardó silencio. A continuación, declaró:

—Pero lo que verdaderamente no quiero es instigarlos ni protegerlos.

El coronel meditó estas palabras y dijo:

—¿Y de qué vas a protegerlos? Según tus muy sólidas y actuales creencias, no han hecho nada que los ponga en peligro.

Realmente, en esta ocasión el coronel casi consiguió que su cónyuge se tambaleara. La señora Assingham repuso:

—Bueno, pues de un súbito sobresalto. Quiero decir de la alarma de lo que

Maggie pueda pensar.

—Bueno, pero si toda tu idea consiste en que Maggie no piensa…

Una vez más, Fanny Assingham esperó un poco antes de contestar:

—Esto no es toda mi idea. Nada hay que sea toda mi idea. Sí, porque, como te he dicho, hoy he percibido que es mucho lo que hay en el ambiente.

Secamente, el coronel dijo:

—Ah, bueno, en el ambiente.

—Lo que hay en el ambiente siempre acaba materializándose, ¿o no?

Luego, prosiguió:

—Y Maggie es una personita dotada de gran curiosidad. Como sea que esta tarde estaba yo «lanzada» a ver más de lo que había visto en cualquier otro momento, pues bien, también he visto algo con mayor claridad que nunca, debido a cierta razón.

—¿A cierta razón? ¿Qué razón?

Como sea que su esposa nada respondió, por el momento el coronel insistió:

—¿Has advertido algún síntoma en Maggie? ¿La has visto diferente en un sentido u otro?

—Maggie es siempre tan diferente de las restantes personas que hay en el mundo que es difícil saber cuándo es diferente a sí misma.

Después de un brevísimo silencio, la señora Assingham dijo:

—Pero me ha inducido a pensar en ella de manera diferente. Me ha acompañado en coche.

—¿Aquí?

—Primero a Portland Place, donde ha dejado a su padre; sí, porque de vez en cuando lo deja. Por eso he podido estar con ella un poco más. Pero Maggie ha dicho que el coche la esperase y después de tomar el té en su casa, me ha traído aquí. Lo ha hecho con el mismo propósito. Luego se ha ido a su casa a pesar de que yo le he transmitido un mensaje del Príncipe donde le indicaba que actuara de otra manera. El Príncipe y Charlotte seguramente han llegado ya, si es que han llegado, con la idea de ir juntos a Eaton Square y, allí, tener a Maggie sentada en la mesa durante la cena. Maggie tiene allá todo cuanto necesita. Tiene ropa.

El coronel lo ignoraba, pero sólo indirectamente lo dio a entender:

—¿Tiene una muda?

—Veinte mudas, y vestidos. Y todo lo que quieras. En realidad, Maggie se viste pensando tanto en su padre como en su marido y en ella misma. Conserva sus habitaciones en casa de su padre casi igual que cuando era soltera, de la misma manera que el chico tiene su cuarto de jugar, su segundo cuarto de jugar, en el que te aseguro que la señora Noble, cuando acompaña al muchacho, se siente totalmente a sus anchas. La señora Noble ocupa allí tanto espacio y se siente si bien que si Charlotte quisiera invitar a una o dos amigas a pasar unos días con ella, en su propia casa, y valga la expresión, casi no podría aposentarlas.

Aquél era un cuadro que el coronel, anfitrión ahorrativo, comprendía bastante bien:

—¿Tanto espacio ocupan Maggie y el niño?

—Tanto.

El coronel dio su opinión:

—Es un poco extraño, realmente.

La calificación del coronel agradó a su cónyuge:

—Es lo que yo digo. No diré que sea algo más que extraño. Pero es extraño, muy extraño.

Al cabo de unos instantes, el coronel ya había analizado las palabras de su esposa:

—¿«Más»? ¿Qué más podría ser?

—Pues podría significar que Maggie no es feliz, y que se consuela de su desdicha a su manera.

La señora Assingham, que lo había meditado todo, prosiguió:

—Sí, porque si Maggie fuera desdichada, tengo la seguridad de que ésta sería la solución que adoptaría. Pero ¿cómo va a ser desdichada, cuando, como también estoy convencida, es el centro de todo, y adora a su marido tanto o más que antes?

Estas palabras indujeron al coronel a meditar largamente. Por fin, preguntó:

—Entonces, si Maggie es tan feliz como dices, ¿qué diablos pasa? Al oírle su esposa casi se abalanza sobre él:

—En ese caso, ¿piensas que Maggie es desdichada y lo oculta?

El coronel levantó los brazos en actitud de rendición, diciendo:

—Querida, te los dejo a todos a tu disposición. No tengo nada más que decir.

—Esto no es muy amable por tu parte que digamos.

La señora Assingham había hablado ahora, como si el coronel acostumbrara a ser amable. Ella insistió:

—Has reconocido que era «extraño».

Y estas palabras tuvieron la virtud de que el coronel, por el momento, volviera a centrar su atención en un punto antes debatido:

—¿Se ha quejado Charlotte de no tener habitaciones para sus amigas?

—Que yo sepa, jamás. No, Charlotte no suele adoptar actitudes de esa clase. Y además, ¿a quién se puede quejar?

—¿No estás tú siempre a su disposición para eso?

Como si se tratara de un capítulo cerrado, exclamó, sorprendida:

—¡Oh, «yo»!

Luego, dijo:

—Para ser justa con Charlotte debo decir que de día en día me parece más y más extraordinaria.

La reiteración de esta última palabra provocó que en el rostro del coronel apareciera una expresión de matiz más profundo:

—Si todos y cada uno de ellos son tan extraordinarios, ¿no crees que lo mejor es lavarse las manos de sus asuntos y mantenerse al margen?

El rostro de la señora Assingham reaccionó ante esta pregunta como si sólo fuera el último resto de un tono anteriormente empleado y que ahora resultara improcedente debido a la gravedad que la situación había alcanzado. Su dura mirada revelaba el estado de sus nervios de manera que el coronel, siempre alerta, decidió retroceder a terrenos más seguros. Antes había hablado en este tono de hombre normal y corriente, pero ahora tenía que hacer algo más de lo que hacen los hombres normales y corrientes. El coronel dijo:

—¿Es que Charlotte no tiene a su marido…?

—¿Para quejarse? Prefiere morir a hacer semejante cosa.

—¡Oh…!

Ante la visión de tan extremas soluciones, la cara de Bob Assingham se alargó dócilmente:

—¿Y no tiene al Príncipe?

—¿Para esa clase de asuntos? El Príncipe no cuenta para eso.

—Pues yo pensaba que la causa y motivo de su agitación radicaba en que ésta es precisamente la función del Príncipe.

La señora Assingham tenía ya dispuesta su matizada defensa ante esta argumentación:

—No cuenta en absoluto como persona a la que dirigir quejas. El motivo de mi excitación consiste precisamente en que Charlotte bajo ningún pretexto será causa de aburrimiento del Príncipe. ¡Es incapaz!

Al imaginar la superioridad de la señora Verver, superioridad que le impedía cometer semejante error, la señora Assingham, con su expresión característica, levantó bruscamente la cabeza, a modo de tributo a la general discreción de aquella señora en toda circunstancia, tributo que el referido personaje sin duda alguna había recibido personalmente más de una vez. El coronel, después de emitir un bajo sonido parecido al de hacer gárgaras, dijo:

—¡Sólo Maggie aburre al Príncipe!

Pero su esposa también estaba preparada para eso:

—¡No, no sólo Maggie! Hay mucha gente en Londres, y no debemos sorprendernos, que aburre al Príncipe.

—En este caso resulta que Maggie sólo es la más pesada entre todos los que le aburren.

Pero el coronel inmediatamente renunció a contestar esta pregunta, debido a que le vino a las mientes otra pregunta cuya semilla había sembrado su cónyuge poco antes:

—Acabas de decir que el Príncipe seguramente habría regresado ya, en compañía de Charlotte, «caso de que hayan regresado». ¿Realmente consideras posible que no hayan regresado?

Expresó su interés de manera que no puso de manifiesto que, a su parecer, la señora Assingham tenía cierta responsabilidad en lo que pudiera ocurrir. Pero ella no estaba dispuesta evidentemente a asumir tal responsabilidad:

—Creo que nada hay que no sean capaces de hacer actualmente… en su intensa buena fe.

Bob repitió estas últimas palabras como un eco, aunque en un tono extrañamente crítico:

—¿Buena fe?

—En su falsa posición. Viene a ser lo mismo.

El tono firme y decidido con que la señora Assingham pronunciara estas palabras tuvo la virtud de superar la superficial falta de lógica de las mismas. Luego añadió:

—Según mi interpretación de su manera de ser, cabe muy bien la posibilidad de que no hayan regresado, para demostrar cómo son.

El coronel dio visibles muestras de preguntarse cuál era la interpretación que su cónyuge daba a la manera de ser de aquellos dos. Preguntó:

—¿Quieres decir que a lo mejor se han largado juntos a cualquier sitio?

—Quizá se hayan quedado en Matcham hasta mañana. Quizá hayan enviado, por separado, un telegrama a sus respectivos hogares, telegrama que habrá llegado después de que Maggie y yo nos separásemos…

Fanny Assingham meditó y dijo:

—Quizá… ¡Sólo Dios sabe lo que pueden haber hecho!

De repente prosiguió, con más emoción, emoción que expresó en un gimiente tono de desdicha mal reprimida, sometida a la presión de un resorte del panorama que divisaba Fanny:

Y sea lo que sea lo que hayan hecho, jamás lo sabré. Jamás, jamás… porque no quiero saberlo, y porque nada me inducirá a saberlo. En consecuencia, que hagan lo que quieran. Sin embargo, ¡yo me he preocupado por todos ellos!

Expresó estas últimas palabras con otro irremediable estremecimiento, y al momento brotaron de sus ojos las lágrimas, aun cuando al producirse el llanto se apartó de su marido, para que no fuera testigo. Penetró en el salón en penumbra, en el que el coronel, en el curso de su inspección llevada a efecto poco antes, había descorrido un poco la cortina, por lo que entraba por la ventana algo de luz de los faroles callejeros. Fanny Assingham se acercó a esa ventana y en ella apoyó la frente, mientras el coronel, con la cara larga, la observaba dubitativo. Quizá se preguntara qué había hecho realmente su esposa y hasta qué punto podía haberse comprometido en los asuntos de aquella gente sin que él lo supiera ni pudiera imaginarlo. Pero el hecho de oírla llorar, en contra de su voluntad, y verla intentar dominar el llanto fue, de repente, demasiado para él. En otras ocasiones había visto a su mujer en el trance de no reprimir en modo alguno las lágrimas y ello había afectado muchísimo menos al coronel. Se acercó a su esposa, y le rodeó el cuerpo con el brazo, atrajo su cabeza sobre su pecho y ella, entrecortado el aliento, la dejó reposar unos instantes, con una paciencia que ahora produciría el efecto de serenarla. Sin embargo, y aunque sea raro, el efecto de esta crisis no fue dar término al coloquio con la natural consecuencia de mandarlos a los dos a la

cama, sino que, contrariamente, el asunto que los había tenido ocupados hasta el momento quedó más al descubierto por la brusca manifestación que Fanny Assingham hizo de sus sentimientos, es decir, habían dado un gran paso adelante, habiendo penetrado, y valga la expresión, sin decirse más palabras, en la zona de lo que les interesaba, cerrando la puerta después de entrar y quedando los dos más claramente cara a cara con el problema. Permanecieron los dos durante unos minutos contemplando el problema a través de la oscura ventana que se abría al mundo de las humanas desdichas en general, cuya vaga luz jugueteaba aquí y allá, sobre dorados, cristales y colores, sobre los floridos adornos perceptibles en la penumbra del salón de Fanny Assingham. Y el encanto que hubo entre los dos pasó con el gemido de dolor de Fanny, con su estallido de llanto, con la desorientación de Bob Assingham, con su amabilidad y su consuelo, con los momentos de silencio de ambos; silencio que bien hubiera podido representar el hundimiento de uno y otra juntos, cogidos de la mano y durante cierto tiempo, en el místico lago en el que al principio, tal como hemos dicho, el coronel había visto a su esposa remando sola, de cuya belleza ahora podían hablar mejor que antes debido a que el motivo, por fin y de una vez para siempre, había quedado definido. ¿Y cuál era el motivo, que Fanny había revelado a las claras, sino que era preciso salvar a Charlotte y al Príncipe, en la medida en que hablar coherentemente de ellos pudiera salvarlos? Realmente, de una manera y otra quedaron salvados en la preocupada mente de la señora Assingham, ya que así es la mente de las mujeres. El coronel comunicó a su cónyuge, por el medio de no denegarle su ternura, que había comprendido en medida suficiente la insinuación, y que no necesitaba más que dicha sugerencia. Esto quedó muy claramente establecido, incluso cuando el coronel volvió a abordar el tema suscitado por su esposa cuando ella le habló de su reciente entrevista con Maggie:

—Bueno, la verdad es que no sé qué deduces de ello o por qué has de deducir algo.

El coronel pronunció estas palabras como si estuviera en plena posesión de lo que los dos habían extraído de las profundidades.

Capítulo XXIV

Estas palabras motivaron que la señora Assingham contestara:

—Sólo puedo decir que en la cara de Maggie, en su voz y en todo su comportamiento había algo que me afectó como jamás Maggie me había afectado, y fue debido precisamente, y sobre todo, a que me di cuenta de que Maggie hacía todo lo que podía, y todo lo que la pobrecilla puede es mucho,

para portarse de manera tranquila y natural. Cuando una ve a gente que siempre es natural hacer pálidos, patéticos y titubeantes esfuerzos para portarse con naturalidad, entonces es cuando una comprende que algo pasa. No puedo describir la impresión que he recibido. También tú la hubieras recibido. Y lo único que puede representar un problema para Maggie es esto. Yal decir «esto» quiero decir que Maggie comienza a dudar.

Guardó silencio y, después, concluyó:

—Comienza a dudar por primera vez de su maravilloso buen juicio, pobrecilla, y de su pequeño y maravilloso mundo.

La visión de Fanny era impresionante; el coronel, como si también él se sintiera conmovido, decidió efectuar otra salida en misión de exploración:

—¡Duda de la felicidad! ¡Duda de la amistad! ¡Pobre! ¡Será muy duro para ella!

El coronel concluyó:

—Pero recurrirá a Charlotte.

La señora Assingham, todavía sombríamente meditativa, negó con un movimiento de cabeza la afirmación de su marido:

—No recurrirá a nadie. No hará ninguna de esas cosas que cualquier otra persona haría. Cargará con todo ella sola.

—¿Quieres decir que se atribuirá la culpa de todo?

—Sí, siempre y cuando encuentre los medios para hacerlo.

El coronel, cumpliendo cortésmente con su deber, declaró:

—En este caso, Maggie es una personita con gran entereza.

—De una manera u otra, tendrás ocasión de comprobar hasta qué punto lo es.

De repente, Fanny habló con creciente entusiasmo, de modo que se volvió hacia el coronel como si se diera inmediata cuenta de su sorpresa:

—¡Y me redimirá!

—¿Que te redimirá, dices?

Ahora, Fanny habló en tonos todavía más exaltados:

—¡Sí, a mí! Soy la peor. Yo lo hice todo. Lo reconozco y lo acepto. Pero Maggie no me echará la culpa, Maggie no me atribuirá nada. En consecuencia, a ella recurriré, y ella me levantará.

Hablaba casi igual que si lo hiciera sin pensar, de manera que la brusca

vivacidad de sus palabras había dejado suspenso al coronel. Siguió:

—Maggie llevará sobre sus hombros el peso de todos nosotros.

A pesar de todo todavía había interrogantes en las palabras del coronel, cuando dijo:

—¿Quieres decir que no se quejará? Me parece maravilloso por su parte.

A continuación, y mirando no sin ternura a su esposa, preguntó:

—En este caso, ¿dónde están las dificultades?

Con el mismo profundo énfasis, Fanny declaró:

—¡Es que no las hay!

El coronel, habiendo perdido de nuevo toda lógica, miró largamente a su esposa antes de exclamar:

—¡Claro, quieres decir que no hay dificultades en lo que a nosotros se refiere!

La señora Assingham sostuvo durante un minuto la mirada de su marido, como si le reprochara un poco haberse excedido en su egoísmo o, de todos modos, en su preocupación por el superficial prestigio de los dos. Luego pareció que estimara que, a fin de cuentas, su superficial prestigio era lo que más importancia tenía y, con gran dignidad, dijo:

—No, si sabemos mantener la cabeza debidamente alta.

Por su manera de hablar, parecía querer decir que debían comenzar en aquel mismo instante a mantener la cabeza alta. Pero este comportamiento debía tener su base debidamente declarada:

—¿Recuerdas lo que dijiste aquella noche en que realmente me sentí preocupada por primera vez? ¿Después de la recepción en el Ministerio de Asuntos Exteriores? ¿En el coche, al regresar a casa?

Sí, el coronel lo recordaba:

—¿Que les dejáramos que se las arreglaran solos?

—Exactamente. En realidad, viniste a decir: «Puedes tener la seguridad de que gracias a su ingenio mantendrán las debidas apariencias». Pues en ello he depositado mi confianza. He dejado que se las arreglen solos.

El coronel, dubitativo, preguntó:

—¿Y ahora crees que no saben hacerlo?

—Les he dejado, pero ahora veo el modo en que los he dejado y el lugar en que les he dejado. Sin saberlo, los he dejado en todo momento a disposición de

ella.

—¿De la Princesa?

Pensativa, la señora Assingham prosiguió, no sin contestar a su marido:

—Esto es lo que quería decir. Esto es lo que me ha ocurrido en mi entrevista de hoy con ella. Me he dado cuenta de que esto es lo que he estado haciendo.

—Ya veo.

—No tenía por qué atormentarme. Maggie se ha hecho cargo de ellos.

Ante estas palabras, el coronel declaró que sí, que lo «veía», sin embargo causaba la impresión de estar muy mal de la vista. Preguntó:

—Pero ¿qué le ha ocurrido a ella con el paso del tiempo? ¿Qué es lo que le ha abierto los ojos?

—Jamás tuvo los ojos cerrados. Le echa de menos a él.

—¿Y por qué no le ha echado de menos antes?

Pues sí, dando frente a su marido, allí, entre las domésticas penumbras y destellos, Fanny consiguió hallar la explicación:

—Le echaba de menos, pero no quería enterarse. Tenía sus razones, pero quería estar ciega. Ahora, por fin, la situación se ha aclarado. Ahora, lo sabe. Ha sido revelador.

La señora Assingham coronó sus palabras con la siguiente afirmación:

—Y también para mí ha sido revelador.

Su marido la había escuchado atentamente; por el momento, el efecto de su atención sólo fue, de nuevo, una muy vaga comprensión; el refugio de esta vaguedad fue un suspiro y una exclamación:

—¡Pobrecita…!

—¡No, no la compadezcas!

Estas palabras tuvieron la virtud de sacarle un poco de su desorientación. Preguntó:

—¿No podemos apiadarnos de ella?

Ahora no, por lo menos aún no. Es pronto todavía, a no ser que sea demasiado tarde.

La señora Assingham meditó y dijo:

—Esto depende, y en su debido momento lo veremos. Bien hubiéramos

podido apiadarnos de ella anteriormente, a pesar de que de nada le hubiera servido; sí, hubiéramos podido comenzar a apiadarnos de ella hace ya tiempo. Sin embargo, ahora ha comenzado a vivir. Tal como yo lo veo, tal como yo lo veo…

Pero la visión de la señora Assingham se perdió en la lejanía.

—¡Tal como tú lo ves, a la Princesa no le gustará que nos apiademos de ella!

—Lo que yo veo es que vivirá. Veo que triunfará.

Había pronunciado estas palabras con tan brusco tono profético, que tuvieron la virtud de alegrar a su marido, quien dijo:

—¡Pues en ese caso debemos ayudarla!

—No, no podemos ni siquiera acercarnos a ella. Debemos dejarlos a todos en paz. Debemos mantener las manos quietas y caminar de puntillas. Debemos limitarnos a ver y esperar. Entretanto, debemos capear el temporal como mejor podamos. Éste es el lugar en que nos encontramos. Nos lo hemos ganado. Somos espectadores.

Poniéndose a pasear por la estancia, como si hubiera entrado en comunicación con oscuros pensamientos, guardó silencio, hasta que su marido le preguntó:

—¿Espectadores de qué?

—Pues de algo que posiblemente será hermoso. Hermoso, si es que ocurre.

La señora Assingham se detuvo ante su marido, y éste le preguntó:

—¿Quieres decir que recuperará al Príncipe?

Realizando un rápido movimiento de impaciencia, levantó la mano. Parecía que la pregunta del coronel fuera incluso sórdida:

—No se trata de un asunto de recuperación. No será una cuestión de vulgar lucha. Para «recuperar» al Príncipe es preciso que lo haya perdido y, para perderlo, es preciso que antes lo haya tenido.

Fanny comentó sus propias palabras con un negativo movimiento de cabeza, y dijo:

—Cuando digo que Maggie estaba despertando quiero decir que despertaba a la verdad de que en realidad no ha tenido jamás al Príncipe. Jamás.

El pobre coronel exclamó jadeante:

—¡Oh, Dios!

Su esposa repitió:

—¡Jamás!

Y prosiguió, sin piedad:

—¿Recuerdas lo que dije, a su debido momento, hace ya tanto tiempo, aquella noche, poco antes de que se casaran, el día que Charlotte apareció tan de repente?

Mucho tememos que la sonrisa con la que el coronel recibió esta pregunta no fue, precisamente, firme. Observó:

—¿Y qué no has dicho, querida, a su debido momento?

—Muchas cosas, sin duda, que en más de una ocasión quizá hayan sido la verdad. Sin embargo, jamás he vuelto a decir lo que te dije aquella noche, en el sentido de que Maggie era la última persona en el mundo a la que se podía informar de una cosa mala. Parecía que su imaginación estuviera totalmente cerrada a la maldad, y su percepción sellada ante ella.

Calló unos instantes y luego añadió:

—Y ahora es lo que forzosamente ocurrirá. Su percepción tendrá que abrirse.

El coronel hizo un movimiento afirmativo con la cabeza:

—Comprendo. Se abrirá al mal.

El coronel volvió a afirmar con la cabeza, casi alegremente, igual que si quisiera tener la fiesta en paz con un niño, y dijo:

—Se abrirá a la percepción de lo malo, malo, muy malo.

Pero el espíritu de su cónyuge, después de sus esfuerzos para remontar el vuelo hasta grandes alturas, supo mantenerse en lo alto:

—A lo que se llama el Mal, con eme mayúscula, por primera vez en su vida. Al conocimiento del mal, al descubrimiento del mal, a la cruda presencia del mal.

Para no quedar corta, dio la más amplia medida del mal:

—A la cruel y pasmosa herida del mal, a la cotidiana sensación del helado aliento del mal…

En este punto, reparó en un límite.

—A no ser… a no ser… que, a pesar del largo camino recorrido, se detenga y no recorra más, y se quede sencillamente en el umbral de la sospecha y del temor. En fin, ya veremos si esta dosis de alarma resulta

suficiente.

El coronel arguyó:

—¿Suficiente para qué, querida, como no sea para dejarla con el corazón roto?

La extraña respuesta de la señora Assingham fue:

—¡Suficiente para darle una buena sacudida! Quiero decir la sacudida que necesita. Y esta sacudida no va a partirle el corazón.

Acto seguido, la señora Assingham explicó:

—Esta sacudida… bueno, pues sí, esta sacudida la obligará, por una vez en la vida, a comprender un par de verdades.

Él preguntó:

—Pero ¿no es una verdadera lástima que estas verdades sean precisamente las más desagradables para ella?

—¿«Desagradables»? Forzosamente han de ser desagradables si queremos que se entere del lugar en que se encuentra. Han de ser desagradables, a fin de que yerga un poco la espalda. Han de ser desagradables para que la induzcan a tomar la decisión de vivir.

Bob Assingham estaba ahora junto a la ventana, mientras su cónyuge paseaba lentamente por la estancia. El coronel había encendido un cigarrillo con el fin de poder conservar la paciencia hasta el final, y causaba la impresión de «cronometrar» vagamente a su esposa, mientras ésta iba y venía. Al mismo tiempo se sentía obligado a rendir tributo a la lucidez que su esposa había alcanzado en los últimos instantes, y fue sin duda para expresar la capacidad docente que en ella reconocía por lo que permitió que sus ojos se alzaran, como impulsados por la fuerza de sus sentimientos, y que su vista vagara por la penumbra de la parte alta de la estancia. El coronel había pensado el comentario que las palabras de su esposa lógicamente comportaban:

—Sí, sí, la decisión de vivir, por el bien de su hijo.

—¡Qué hijo, ni qué niño muerto!

Jamás se sintió tan chasqueado como en el momento en que su esposa se detuvo para aclarar de semejante manera sus ideas. Fanny Assingham prosiguió:

—¡Para vivir, pobre muchacha, para el bien de su padre, que es harina de otro costal!

Y la grácil y adornada persona de la señora Assingham irradió, al decir

estas palabras, la luz de la verdad que había comenzado a resplandecer después de tanta búsqueda. Aseguró:

—¡Cualquier imbécil puede cuidar del niño! Maggie tendrá un motivo más original, y veremos qué efectos le causa. Tendrá que salvarle a él.

—¿A él?

—Sí, tendrá que evitar que su padre llegue a saber lo que ella sabe. Y esto… esto…

Calló. Parecía verlo allí, ante ella, y también bajo la mismísima mirada de su marido. Siguió:

—Esto no será coser y cantar, ni mucho menos.

Después de lo cual, como si hubiera llegado a la más alta cima posible, Fanny Assingham dio por terminada la conversación:

—¡Buenas noches!

Sin embargo, algo hubo en el comportamiento de Fanny Assingham o, por lo menos, en el efecto que esta suprema manifestación produjo que tuvo la virtud de atraer de golpe al coronel al lado de su esposa, por lo que, después de que ésta le hubiera dado la espalda para cruzar la salita ante el salón y llegar a la escalera, el coronel la alcanzó y le habló en tono excitado, antes de que pisara el primer peldaño:

—¡Oye, esto será realmente divertido!

Fanny Assingham volvióse hacia su marido y, quieta al pie de la escalera, dijo:

—¿Divertido?

—Bueno, quiero decir que tendrá su encanto.

—¿Encanto?

En cierta medida, la ley que regía el comportamiento de aquellos dos imponía que Fanny se portara trágicamente, cuando el coronel estaba de buen humor. Éste dijo:

—Quiero decir que será hermoso. Bueno, tú misma has dicho que sería hermoso.

Después de una brevísima pausa el coronel prosiguió, llevado por el ímpetu de esta idea, como si con ella hubieran quedado aclaradas divergencias que hasta el momento habían sido un tanto oscuras:

—Ocurre que no comprendo cómo es posible que la preocupación que su padre inspira en Maggie, preocupación que la ha llevado a tales extremos que

me ha inducido a calificarla de «extraña», no haya sido la causa, al mismo tiempo, de que ella no se diera cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Exactamente! Ésta es la pregunta que me he estado formulando en todo momento.

La señora Assingham dijo estas palabras con la vista fija en la alfombra, pero la alzó para decir a su marido con suma franqueza:

—Y es una pregunta propia de un imbécil.

—¿Un imbécil?

—Es una pregunta que hubiera formulado esa imbécil que he sido, en tantos aspectos, y tan a menudo, en los últimos tiempos. Tú tienes disculpa, puesto que la formulas ahora. Pero hoy puedo decir que he tenido delante de mis narices constantemente la contestación a esta pregunta.

—¿Y cuál es?

—Pues la contestación se encuentra en la mucha preocupación que siente por su padre, en la pasión que pone en su piedad filial esa valerosa muchachita.

La señora Assingham aclaró sus propias palabras:

—Así ha sido, y reconozco que es todo lo «extraño» que quepa imaginar. Ahora bien, también es cierto que el principio de esta preocupación también fue «extraño». Fue «extraño» desde el momento en que nuestro querido amigo contrajo matrimonio para tranquilizar la conciencia de su hija y, entonces, en perversa paradoja, resultó que el matrimonio de nuestro amigo produjo unos efectos exactamente contrarios a los deseados.

Sin embargo, ante la renovada visión de esta fatalidad, sólo pudo encoger los hombros con expresión desesperada.

Comprensivo, el coronel musitó:

—Ya veo. Fue un principio «extraño».

Pero las palabras del coronel tuvieron la virtud de inducir a su esposa a considerar que su posición era intolerable. Levantó los brazos y declaró:

—¡Sí, así me encuentro yo ahora! Yo estuve detrás de todo. No sé qué me poseyó, pero lo cierto es que empujé a nuestro amigo a contraer matrimonio, planeé su matrimonio…

Pero al momento recuperaba el dominio de sí misma, diciendo:

—Bueno, sí. En realidad sé lo que me poseyó. Sí, ¿acaso el pobre hombre no estaba constantemente acosado por ansiosas mujeres y, de manera

absolutamente patética, no pedía protección y, acaso, no le expresaba a una, con verdadero encanto, lo mucho que necesitaba y deseaba esa protección?

Con perfecta lógica, continuó:

—Maggie, con una nueva vida propia no podía, en el futuro, entregarse a hacer en beneficio de su padre todo lo que había hecho en el pasado, ni protegerle, ni tenerle a salvo de esas mujeres, conteniéndolas. Yo lo percibía, gracias a mi gran afecto y comprensión.

Todo volvió felizmente a su memoria por centésima vez, aun cuando en parte oscurecido por la ansiedad y la compunción:

—Y una se portó, sin la menor duda, como una insensata entrometida, sí porque una siempre es entrometida al pensar que comprende la vida de los demás mucho mejor de lo que ellos mismo la comprenden.

La señora Assingham meditó. Y, luego, insistió:

—Pero la excusa que una tiene, en el presente caso, es que esa gente no veía por sí misma, realmente no veía nada. Y, con lástima, me percaté de que esa gente estaba estropeando lamentablemente el maravilloso material que tenía a su disposición, que lo desperdiciaba, lo dejaba escapar de sus manos. Esa gente no sabía vivir y, como es natural, una no podía, caso de que les quisiera un poco, ser testigo de lo anterior y quedarse con los brazos cruzados.

Y la pobre mujer, coincidiendo en estos instantes en una comunión con la inteligencia de su marido más íntima que en cualquier otro momento, a su parecer, le traspasó toda la carga que llevaba en la conciencia:

—Tarde o temprano siempre pago las consecuencias del innecesario y condenable interés social que siento por los demás. Y, desde luego, únicamente me faltaba fijar mi interés en Charlotte; Charlotte estaba aquí presente en la linde de nuestras vidas, adentrándose en ellas, revoloteando, a veces bella y misteriosamente, y su vida estaba a punto de desperdiciarse y malograrse, de la misma manera que para la sociedad el señor Verver y Maggie también se malograban. Y comencé a pensar durante mis horas de insomnio que Charlotte era la persona que podía tener a raya a aquellas ansiosas mujeres, sin ser ella ansiosa a la vulgar manera de las otras, y que este servicio de Charlotte al señor Verver sería la dulce tarea de su futuro. Algo había, desde luego, que habría podido detenerme.

Casi gimiendo, aclaró:

—¡Ya sabes a qué me refiero, sí, lo sabes porque lo veo reflejado en tu cara! Pero lo único que puedo decir es que este algo no me detuvo. En gran parte la razón por la que no me contuve, tan pronto me hube enamorado de la bella simetría de mis planes, fue que tenía la seguridad de que Maggie

aceptaría a Charlotte, en tanto yo no sabía qué otra mujer, qué otra clase de mujer, podría aceptar Maggie. Veo, veo…

La señora Assingham hizo una pausa, durante la cual no dejó de sostener la atenta mirada de su marido a la escucha, y la fiebre de la rememoración había subido tanto, al compás de su relato, que se veía a las claras el deseo de que él debía acogerla a su lado, aun cuando con un aliento que la refrescara un poco. El coronel Assingham dijo:

—Lo comprendo perfectamente, querida.

Sin embargo, estas palabras la dejaron tan sombría como antes.

—Como es natural veo, querido, lo que comprendes. Sí, ya que, una vez más, se manifiesta claramente en tus ojos. Ves que yo vi que Maggie, en su insuperable ignorancia, aceptaría a Charlotte.

La tristeza de su sordidez se apoderó de nuevo de ella, quien siguió diciendo:

—Sí, querido, no hace falta que me digas que aquel conocimiento fue la razón de que yo hiciera lo que hice. Cuando tú me dices esto, ¿qué puedo hacer para tolerarlo?

En inefable movimiento, meneó la cabeza para añadir:

—Estoy hundida, hundida, hundida.

Pero rápidamente matizó estas palabras:

—Pero hay una cosa, una cosa pequeña, que puede contribuir a salvar mi vida.

Hizo esperar un instante al coronel, y dijo:

—Fácilmente, y quizá con toda certidumbre, hubieran podido portarse peor.

El coronel, después de pensar, preguntó:

—¿Peor que Charlotte?

La señora Assingham gritó:

—¡Ah, no me digas que no pudo haber cosa peor! Hubieran podido portarse de muchas maneras en su situación. A su manera, Charlotte es extraordinaria.

El coronel se mostró de acuerdo casi simultáneamente:

—Extraordinaria.

Fanny Assingham afirmó:

—Mantiene las apariencias.

Dubitativo, el coronel preguntó:

—¿Con el Príncipe?

—Para el Príncipe. Y con los otros. Con el señor Verver las mantiene maravillosamente. Pero, sobre todo, con Maggie.

Dispuesta a ser justa con todo, decidió serlo asimismo con las apariencias, y advirtió:

—Y las apariencias representan dos tercios del comportamiento. Imagínalo que hubiera ocurrido si el señor Verver se hubiera casado con una mujer que hubiera hecho trizas las apariencias.

El coronel se horrorizó:

—¡Ah, querida, no quiero ni pensarlo!

A pesar de ello, la señora Assingham prosiguió:

—Imagina lo que hubiera pasado si el señor Verver se hubiera casado con una mujer que hubiera interesado de veras al Príncipe.

—¿Quieres decir que Charlotte no le interesa al Príncipe?

Éste era otro punto de vista que bien merecía atención, y el coronel, evidentemente, deseaba que su mujer se diera cuenta de la necesidad de hacer un esfuerzo para aclararlo. El coronel mantenía la vista fija en su cónyuge, quien dejó pasar unos momentos antes de contestar:

—¡No!

—En ese caso, ¿qué juego se traen esos dos?

De nuevo ella guardó silencio, por lo que el coronel, con las manos en los bolsillos, tuvo oportunidad de arriesgarse allí en pie ante ella, en tono tranquilizador, a formular otra pregunta:

—Y estas «apariencias» de las que has hablado, que son las dos terceras partes del comportamiento, ¿impedirán a Charlotte ahora, según tu hipótesis, regresar a casa en compañía del Príncipe hasta mañana por la mañana?

—Sí, en absoluto. Sus apariencias.

—¿Sus, de quién?

—Las de Maggie y el señor Verver, esas apariencias que ellos imponen a Charlotte y el Príncipe.

La señora Assingham explicó:

—Esas apariencias que tan paradójicamente, como he dicho, han

conseguido imponerse como correctas.

El coronel meditó, pero en esta ocasión la meditación sólo le sirvió para volver a caer en un estado de confusión:

—Esa paradoja de la que tú hablas, querida, es precisamente lo que no comprendo. La actual situación no se ha producido de la noche a la mañana, así tal como aparecen las setas. Sea cual fuere la situación en que se encuentran, esta situación es consecuencia de sus actos. ¿O acaso son otras impotentes víctimas más del destino?

Pues sí, por fin, Fanny tuvo la valentía de decirlo:

—Sí, lo son. Ser tan abyectamente inocente es ser víctima del destino.

—¿Y Charlotte y el Príncipe son abyectamente inocentes?

Fanny volvió a pensar un poco antes de contestar; cuando lo hizo, se puso plenamente a la altura de las circunstancias.

—Sí. Mejor dicho, lo eran y, a su manera, tanto como los otros. En el ánimo de todos dominaban las buenas intenciones. El Príncipe y Charlotte eran hermosos. Yen esto deposité mi fe. Verdaderamente lo eran, y no me cabe la menor duda.

Fanny Assingham añadió:

—De lo contrario, yo hubiera sido perversa. Y no lo he sido. Sólo he sido tonta de remate.

El coronel preguntó:

—En este caso, nuestra confusión ¿qué los obligó a ser?

—Pues los llevó a tener excesiva consideración para con cada uno de los otros. Y a este error puedes darle el nombre que quieras, pero de todos modos éste es su caso.

Con gravedad, aclaró:

—Es un ejemplo de aquello a lo que conduce estar dotado de exceso, un verdadero exceso, de encanto.

Hallar la ilación de esta afirmación requería cierto esfuerzo, pero el coronel hizo cuanto pudo:

—Sí, de acuerdo, pero ¿para con quién?, ¿no crees que todo depende de esto? ¿Para con quién el Príncipe y Charlotte han sido excesivamente encantadores?

—En primer lugar, evidentemente, cada uno para con el otro. Y, luego, los dos juntos para con Maggie.

Intrigado, el coronel repitió:

—¿Para con Maggie?

Ahora, la señora Assingham habló con cristalina claridad:

—Para con Maggie. Al aceptar de una forma tan inocente, tan inocente, los dos, la inocente idea de Maggie al pensar que todavía tenía a su padre firmemente incorporado a su vida.

—Pero ¿no se considera, de acuerdo con las normales y corrientes reglas de humanidad, y si uno no se ha peleado con él, y si uno tiene los medios precisos para ello, y él por su parte no se emborracha ni arma broncas, no se considera, pues, que uno está obligado a tener acogido junto a sí a un padre viejo?

—Ciertamente, siempre y cuando no concurran razones específicas para no hacerlo. Sí, ya que la posibilidad de que haya otras razones que no consistan en emborracharse es exactamente lo que debemos tener en consideración. Y, ante todo, hay que tener en cuenta que el señor Verver no es viejo.

El coronel hizo un alto el fuego. Pero, al final, volvió a la carga:

—En este caso, ¿por qué diablos el pobre hombre se porta como si lo fuese?

Fanny tardó un poco en hallar respuesta a esta pregunta. Pero la halló:

—¿Y cómo sabes tú cómo se porta?

—Oye, querida, ¡que todos vemos cómo se porta Charlotte!

Una vez más, la señora Assingham se tambaleó. Pero de nuevo recuperó el equilibrio:

—¿Acaso lo único que intento dejar sentado no es que el señor Verver se comporta de una manera encantadora para con Charlotte?

—¿No crees que eso depende mucho de lo que Charlotte entienda por «manera encantadora»?

La señora Assingham consideró la pregunta como si se tratara de una ligereza impertinente; luego, con un movimiento de cabeza rebosante de dignidad, decidió olvidarse de ella y dijo:

—El realmente joven es el señor Verver; la realmente vieja es Charlotte. Además, esto no altera lo que estaba diciendo.

El coronel, dando justo trato a su cónyuge, dijo:

—Estabas diciendo que todos son inocentes.

—Lo eran. Al principio, todos era inocentes de una forma extraordinaria. Y esto es lo que quiero decir cuando me refiero a su incapacidad para ver que cuanto más daban por supuesto que podían vivir unidos, en realidad más separados vivían. Y repito que creo con sinceridad que el Príncipe y Charlotte decidieron honradamente, al principio, que les salvaría el afecto que sentían por el señor Verver, afecto que era serio, como merecía ser.

Inclinándose ante el razonamiento de su esposa, el coronel dijo:

—Comprendo. Y le salvaría a él.

—Es exactamente lo mismo.

—Y salvaría a Maggie.

En este punto, la señora Assingham no se mostró de acuerdo:

—Eso ya es un poco diferente. Sí, porque Maggie es quien más ha hecho.

Después de meditar, el coronel preguntó:

—¿A qué le llamas más?

—A lo que hizo al principio. Ella fue quien comenzó el círculo vicioso. Sí. Aunque levantes las cejas por el hecho de que haya asociado a Maggie con el vicio, eso precisamente es lo que hizo. Su recíproca consideración, vista globalmente, es lo que ha creado este abismo sin fondo; si realmente han quedado confusas relaciones entre ellos, se debe a que, a su manera, han sido increíblemente buenos.

Con una triste sonrisa, el coronel reconoció:

—¡Sí, a su manera!

—Que era, sobre todo, a la manera de Maggie.

Ahora las dialécticas punzadas que su marido le dirigía importaban un pimiento a la señora Assingham, quien prosiguió:

—En primer lugar, Maggie tenía que compensar a su padre por haberle dejado solo al estar tan intensamente unida en matrimonio como ella, la pobrecilla, imaginaba. Luego, tuvo que compensar a su marido por pasar tanto tiempo en compañía de su padre, a fin de que la reparación ofrecida a éste fuera perfecta; de lo contrario, ese tiempo hubiera podido pasarlo con su marido. Y su manera de hacerlo consistió precisamente en permitir al Príncipe el uso, el goce, o como quieras llamarlo, de Charlotte para alegrar su vida a plazos, y valga la expresión, en la misma medida en que el Príncipe la echara de menos a ella, a Maggie, dedicada al bienestar de su padre.

La señora Assingham, después de pensar un poco, siguió explicando:

—Sin embargo, en la misma medida en que para este propósito Maggie apartaba del lado del señor Verver a su joven madre política, estimaba que debía ofrecer una compensación. Como comprenderás fácilmente, esto echó sobre los hombros de Maggie una nueva obligación para con su padre, obligación creada y agravada por el desdichado, aunque heroico, sentido de justicia de Maggie. Ésta comenzó por intentar demostrar a su padre que su matrimonio jamás podría llegar a convertirse en un pretexto para abandonarle o para olvidarse de él, cualesquiera que fueran las tentaciones que le ofreciera su dicha con el Príncipe. A su vez, esto comportaba el que Maggie quisiera demostrar a su esposo que ella reconocía que aquel deseo, el deseo de seguir siendo intensamente la hija apasionada que siempre había sido, comportaba el que se apartara del Príncipe por el momento y en cierta medida, valga la expresión.

Hizo un largo paréntesis y luego prosiguió:

—Estoy plenamente de acuerdo en que una persona sólo puede tener una pasión, y me refiero a una pasión tierna al mismo tiempo. Pero esto no es aplicable a nuestros afectos primarios e instintivos, a la «voz de la sangre», como, por ejemplo, el amor hacia el padre o hacia un hermano. Estos afectos pueden ser intensos sin que impidan otras intensidades, tal como reconocerás, querido, si recuerdas que seguí adorando tout bêtemene a mi madre, a quien tú no adorabas en modo alguno, hasta muchos años después de que comenzara a adorarte a ti.

La señora Assingham volvió ahora al asunto principal:

—Pues bien, Maggie se encuentra en la misma situación en que yo me encontraba, con la añadidura de unas complicaciones de las que yo, a Dios gracias, estaba exenta, pero con el agravante de no tener conocimiento de lo que son las complicaciones que yo ya tenía desde un principio, por razones obvias. De todas maneras, el caso es que Maggie, antes de darse cuenta, había conseguido con sus pequeños escrúpulos y sus pequeñas clarividencias, que en realidad eran maravillosamente ciegas, unir a los otros dos de una manera que ni su más grosero comportamiento lo hubiera conseguido. Ahora Maggie sabe que algo ha ocurrido, aunque hasta el momento ignora qué. La pobre chiquilla no ha hecho más que incrementar más y más la dosis de su remedio, de algo que ha estimado ansiosa pero confusamente como el comportamiento necesario, y ha incrementado su remedio, ha incrementado su comportamiento, averiguando por sí misma desde el principio qué remedio y comportamiento habría sido preciso modificar en gran manera. La única modificación de Maggie ha consistido en evitar que su padre se pregunte si acaso todo lo que hay en su vida en común ha de redundar siempre en bien de todos. Ahora está más obligada que en cualquier momento anterior a evitar que su padre tenga conciencia de que en la situación de todos (una situación

un poco peculiar, a poco que se fije en ello) hay algo incómodo o desagradable y, mucho menos, moralmente reprobable. Ella tiene que estar día tras día, mes tras mes, retocando constantemente la situación a fin de que parezca natural y normal a su padre. De modo y manera, y que Dios me perdone semejante comparación, que es como una vieja que se pinta y que cada día tiene que pintarse más y llevar la pintura con más audacia, incluso con más descaro, a medida que envejece.

Fanny quedó unos instantes en embelesado silencio ante la imagen que se le había ocurrido. Dijo:

—Me gusta la idea de una Maggie audaz y descarada, de una Maggie aprendiendo a serlo para dorar la píldora. Podría aprender a serlo; creo que aprenderá a serlo, consumada y diabólicamente, con aquel sagrado fin. Sí, en el momento en que el pobre hombre comience a ver, lo verá todo rojo…

Luego guardó silencio para contemplar la imagen por ella forjada. Incluso Bob comprendió esta imagen. Ahora éste preguntó:

—¿Y en ese momento comenzará el jaleo?

Como Fanny le dirigió una dura mirada, modificó su pregunta:

—¿Quieres decir que, si ocurre lo que has dicho, nuestra encantadora muchachita quedará perdida?

Fanny guardó silencio unos instantes más antes de contestar:

—Tal como te he dicho anteriormente, Maggie no quedará perdida si su padre se salva. Para ella, esto será suficiente salvación. El coronel lo comprendió:

—En ese caso, es una heroína.

—Ciertamente toda una heroína.

Pero la señora Assingham añadió:

—Sin embargo, es la inocencia de él lo que los salvará.

El cónyuge de la señora Assingham volvió a centrar su atención en la inocencia del señor Verver, y dijo:

—¡Qué extraño es todo!

—¡Claro que es extraño! Es terriblemente extraño que el carácter tremendamente extraño de estos dos, extraño a nuestra antigua y querida manera de ser extraños, con lo cual no me refiero a lo extraños que podamos ser tú y yo, sino a lo extraños que son mis queridos compatriotas, de quienes tan deplorablemente me he diferenciado por denegación, fuera precisamente lo que llamara la atención y despertara mi interés por ellos.

Fanny Assingham, no sin pesar, añadió:

—Desde luego, llegarán a parecerme todavía más extraños antes de que hayan acabado conmigo.

Sí, cabía muy bien esta posibilidad, pero no era esto lo que principalmente preocupaba al coronel:

—¿Y sigues creyendo en la inocencia del señor Verver, después de dos años con Charlotte?

Mirando fijamente a su marido, Fanny Assingham repuso:

—Pero es que el punto más importante radica en que el señor Verver no ha tenido dos años con Charlotte, es decir lo que pudiéramos llamar dos años no compartidos.

—¿De la misma manera que Maggie, según tu teoría, no ha tenido cuatro años «sin compartir» con el Príncipe?

Sin esperar contestación a su pregunta, el coronel concluyó:

—Hace falta considerar todo lo que Maggie no ha tenido para comprender esa inocencia que tanto nos admira.

La señora Assingham pasó por alto cuantos matices irónicos pudiera haber en las palabras de su marido, y dijo:

—Hace falta tener en consideración muchas cosas para explicar cómo es Maggie. De todas maneras, lo que queda claro, a pesar de que parezca raro, es que todo lo que ha hecho en beneficio de su padre ha sido eficaz, hasta el momento, en medida suficiente. Ha conseguido, y consigue, que su padre tolere y acepte la rareza de su relación, como si formara parte integrante del juego. Detrás de Maggie, protegido y entretenido, valga la expresión, exquisitamente engañado (y a ello también contribuye el Principino, fuente de deleites para él) ha permitido, con notable serenidad y sin grandes riesgos, que las circunstancias de su vida pasen por aquellas que de forma tan sublime había proyectado. Pero el señor Verver no las había proyectado con detalles de la misma manera que tampoco yo lo había hecho, y que el Señor tenga piedad de mí, y resulta que la rareza radica precisamente en los detalles. Los detalles eran para él aquello por lo que debía casarse con Charlotte.

Y limpiamente, concluyó:

—Y ambas ayudan.

—¿«Ambas»?

—Quiero decir que si bien es cierto que Maggie, siempre en la brecha, le induce a creer que todo es bellamente armónico, tampoco cabe negar que a

Charlotte no le corresponde menos mérito. Grande es el mérito que a Charlotte le corresponde.

Como remate de sus palabras, declaró:

—Charlotte trabaja como una mula.

Sí, allí estaba todo. Y el coronel miró a su cónyuge por encima de aquel todo, y le preguntó:

—¿Y el Príncipe trabaja como qué?

Mirando a su marido, repuso:

—¡Como un Príncipe!

Después de decir estas palabras, dio bruscamente por terminada la conversación y, disponiéndose a iniciar el ascenso de la escalera, volvió su muy adornada espalda a su marido, espalda en cuyos más extraños lugares, dominando las complejidades de su general aspecto, el rubí y el granate, la turquesa y el topacio brillaban como modestos símbolos del ingenio que había cosido las diversas piezas de satén de la argumentación de la señora Assingham.

El coronel la contemplaba como si le hubiera dejado apabullado por la impresión del dominio que tenía del tema tratado. Sí, el verdadero resultado final del drama que se había desarrollado entre los dos consistía en que, en cuanto hacía referencia a los puntos delicados de la vida —vida que para el coronel se había encogido notablemente—, tenía la esposa más clarividente que cupiera imaginar. Fija la vista en la espalda de su esposa en mayestática retirada, apagó la pequeña luz eléctrica que había presidido la conversación. Acto seguido, subió la escalera lo más cerca que pudo de su esposa, es decir, lo más cerca que le permitía la volandera cola de la ambarina capa de la señora Assingham, comprendiendo que la claridad que ambos habían conquistado era un alivio incluso para ella también y que, por fin, la sensación de amplitud que daba en su exposición la sostenía y la mantenía a flote.

Sin embargo, cuando llegaron al descansillo del piso superior, en donde la señora Assingham ya había conseguido que se encendiera una luz al pulsar un botón metálico, el coronel descubrió que su esposa todavía había contribuido más a avivar en él el germen de la curiosidad que a extinguirlo. La retuvo unos instantes más. Sí, porque había visto otra ciruela en el pastel:

—¿Qué quisiste decir hace poco cuando aseguraste que el Príncipe no siente interés por Charlotte?

—¿Que el Príncipe no siente «realmente» interés por Charlotte?

La señora Assingham recordó; después, con harta benevolencia, explicó:

—Quiero decir que los hombres no sienten verdadero interés cuando todo les resulta excesivamente fácil. De nueve casos entre diez, éste es el tratamiento que recibe la mujer que lo arriesga todo.

Después de dar esta explicación, añadió:

—Hace poco me has preguntado como qué trabaja el Príncipe, cuando en realidad tendrías que haberme preguntado como qué juega el Príncipe.

Sí, el coronel lo adivinó:

—¿Como un Príncipe?

Con mucho sentimiento, la señora Assingham dijo:

—Como un Príncipe. Es un Príncipe. Lo es profundamente. Y, en su caso, esto me parece hermoso. Es las altas esferas hay muchos menos príncipes de lo que se pretende; esto es lo que mayor valor le da. Quizá sea uno de los últimos príncipes, el último príncipe entre los príncipes de verdad. Por eso tenemos que aceptarle. Tenemos que aceptarle en toda su integridad, tal como es.

El coronel, después de pensar, preguntó:

—¿Y hasta qué punto le acepta Charlotte, caso de que le acepte?

Esta pregunta la dejó muda durante un rato y, mientras guardaba silencio, mirando fijamente a su marido, le agarró del brazo, en cuya carne él sintió la respuesta con claridad suficiente. De esta manera y un poco separada de él le transmitió la más firme, la más larga y profunda comunicación que jamás hubiera recibido de ella.

—A pesar de todo nada ocurrirá. Nada ha ocurrido. Y nada está ocurriendo.

Un tanto defraudado, el coronel dijo:

—Comprendo. A nosotros.

—A nosotros. ¿A quién si no?

Y el coronel se daba plenamente cuenta de lo mucho que su esposa deseaba que la comprendiera.

Ella dijo:

—No sabemos nada, ¡absolutamente nada!

Era un pacto que el coronel debía firmar. En consecuencia, escribió su nombre:

—No sabemos nada, ¡absolutamente nada!

Era como el santo y seña de los centinelas en la noche. En el mismo tono Fanny Assingham añadió:

—Somos inocentes como recién nacidos.

El coronel preguntó:

—¿Y por qué no decir que somos tan inocentes como ellos?

—Por la mejor de las razones, a saber, que nosotros lo somos mucho más. —¿Y cómo es posible?

—¿Que ellos lo sean menos? Facilísimo. Nosotros podemos ser cualquier cosa.

—¿Absolutos idiotas?

En un susurro Fanny repuso:

—Absolutos idiotas. Y no sabes tú qué descanso representará para nosotros.

Bueno, la verdad es que en estas palabras el coronel halló motivos de meditación:

—Pero ¿no se darán cuenta de que no lo somos? Fanny apenas vaciló antes de contestar:

—Charlotte y el Príncipe creen realmente que lo somos, con lo cual ya tenemos mucho ganado. El señor Verver cree en nuestra inteligencia, pero él no cuenta.

—¿Y Maggie? ¿No está al tanto?

—¿De que vemos un poco más allá de nuestras narices?

Sí, Fanny Assingham tardó un poco más en contestar a su pregunta:

—Cabe la posibilidad de que lo intuya, pero, si así es, no dará muestras de ello, de lo cual se sigue lo mismo.

Bob Assingham enarcó las cejas y preguntó:

—¿Quieres decir que de ello se sigue que tampoco podemos ayudarla? —Precisamente ésta es la manera en que la ayudaremos.

—¿Portándonos como si fuéramos tontos?

Fanny levantó las manos y exclamó:

—Lo único que Maggie quiere es parecer todavía más tonta. Por lo tanto, ¡no hay problema!

Fanny Assingham dio por terminado el asunto, contando ya con la

conformidad de su marido. Sin embargo, algo la retuvo allí. Este algo se había incorporado a su campo de visión como una nueva oleada de claridad. Dijo:

—Ahora lo veo. Quiero decir que ahora veo lo que me has preguntado, o sea, cómo he podido darme cuenta hoy, en Eaton Square, de que Maggie había despertado.

Realmente parecía que Fanny estuviera viéndolo. Ahora Fanny dijo:

—Lo he comprendido al verlos juntos.

—¿Al ver a Maggie con su padre?

El coronel había perdido de nuevo el hilo. Advirtió:

—Pero los has visto juntos con anterioridad muchas veces.

—Sí, aunque jamás con mi actual visión. Además nunca habían estado sometidos, hasta el presente, a esta prueba, a la prueba de una tan larga ausencia de los otros dos, de los otros dos juntos.

—Posiblemente es verdad. Ahora bien, si Maggie y el señor Verver insistieron…

—Si insistieron, ¿a santo de qué tenemos que considerarlo una prueba? Pues por la sencilla razón de que se ha convertido en una prueba sin que ellos lo quisieran. Lo tenían todo en la palma de la mano, y en la palma de la mano se les ha estropeado.

El coronel dijo:

—El asunto se ha agriado, ¿no es eso?

—La palabra que has empleado me parece horrible. Digamos que ha «cambiado».

Fanny meditó unos instantes y añadió:

—Quizá Maggie quiso comprobar hasta qué punto puede tolerar. Ahora lo ha visto. Ocurre que ella ha sido la única que ha insistido, quiero decir que ha insistido en que los otros dos efectuaran esa visita. Sí, porque su padre en nada insiste. Y Maggie le observa.

El marido de Fanny Assingham pareció quedar impresionado por estas palabras:

—¿Le observa?

—Le observa a fin de ver el primer leve síntoma. Quiero decir el primer síntoma indicativo de que se da cuenta. Y tal como te he dicho, este síntoma no se da. Pero ahí está Maggie, esperándolo. Y he percibido la manera en que observa. Sí, la he pillado con las manos en la masa, valga la expresión. No ha

podido evitar que yo lo percibiera, a pesar de haber abandonado adrede su puesto de observación, y me ha acompañado a casa para arrojarme tierra a los ojos. Y la he recibido toda. La tierra, quiero decir. Y gracias a eso, he visto.

Con aire de suprema clarividencia, Fanny cogió la manecilla de la puerta de su dormitorio. Dijo:

—Afortunadamente, también he podido ver que Maggie ha triunfado. Él, su padre, no ha dado el más leve síntoma.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Y no lo dará. Buenas noches.

Ya estas palabras, Fanny añadió:

—Antes morirá ella, Maggie.

****

LIBRO SEGUNDO

LA PRINCESA

Cuarta parte

Capítulo XXV

Pasaron muchos días antes de que la Princesa comenzara a aceptar la idea de haber hecho algo que no siempre hacía; en realidad, de haber prestado oídos a una voz interior que le hablaba en un nuevo tono. Sin embargo, estas insistentes demoras de la reflexión eran fruto de reconocimientos y sensaciones ya existentes, sobre todo de la que ella había alterado, en un momento determinado, y con un solo toque de la mano; aquella situación que durante tanto tiempo le había parecido prácticamente invariable. Esta situación había ocupado, durante meses y meses, el mismísimo centro del jardín de su vida, pero se había levantado allí como una alta y extraña torre de marfil, o quizá como una maravillosamente bella, aunque exótica, pagoda, como una estructura recubierta de dura y reluciente porcelana, pintada y adornada, con salientes aleros y campanillas de plata que tintineaban cuando las agitaban ocasionales brisas. Había paseado alrededor de aquella estructura. Esto era lo que a la Princesa le parecía. Había desarrollado su existencia en el espacio que le habían dejado a su disposición para circular, un espacio que a veces le parecía anchuroso y otras, estrecho. Alzando la vista constantemente a la bella

estructura tan alta y tan amplia, no conseguía averiguar, por el momento, por qué punto podría entrar en ella caso de desearlo. Pero se daba la extraña circunstancia de que la Princesa no lo había deseado hasta entonces; además, aun cuando su vista parecía distinguir lugares interiores, especialmente en la parte alta de la torre, que forzosamente debían tener la función de aberturas y miradores, no veía puerta alguna que diera acceso a la torre desde el cómodo nivel de su jardín. La gran superficie adornada había sido siempre e invariablemente impenetrable e inexcrutable. Sin embargo, actualmente en sus meditaciones Maggie tenía la impresión de que había dejado de limitarse a dar vuelta alrededor de la torre y a fijarse en sus alturas, que había dejado de mirar y maravillarse de una forma muy vaga e inevitable. Se había sorprendido a sí misma en el acto de detenerse, luego en el de quedarse largo rato detenida y, por fin, en el de acercarse llegando a un punto de cercanía sin precedentes. Aquella estructura bien hubiera podido ser, por la prohibición que se imponía de acercarse a ella, una mezquita con la que ningún infiel podía tomarse libertades, y el edificio estaba rodeado de un aire tal que sugería a la mente la imagen de descalzarse antes de entrar, incluso de pagar con la propia vida el delito de ser hallado en su interior en calidad de intruso. Desde luego, Maggie no había llegado al concepto de pagar con la propia vida un acto suyo, cualquiera que fuese. Sin embargo, se había comportado de manera que era exactamente igual que si hubiese sometido a prueba uno de los raros paneles de porcelana, golpeándolo una o dos veces. Sí, lo cierto es que Maggie había golpeado con la mano aquella estructura, pero ignoraba si lo había hecho para que le dieran entrada. Había aplicado la mano a un punto fresco y suave y había esperado a ver qué ocurría. Algo había ocurrido realmente. Fue como si, después del contacto, tras una breve espera, hubiera llegado a sus oídos un sonido procedente del interior, un sonido suficientemente indicativo de que había sido oída su llamada.

Sin embargo, si esta imagen puede muy bien representar que nuestra joven amiga tenía conciencia de que se había producido recientemente, hacía pocos días, un cambio en su vida, también debemos observar, al mismo tiempo, que Maggie buscaba y hallaba en cierta medida en la renovada circulación, como la hemos denominado, un alivio en la sensación de la que quizá tuviera que responder de algo hecho por ella. La pagoda, en el florido jardín de Maggie, representaba el apaño —¿y de qué otra manera podemos llamarlo?— por el que ella había podido, de forma tan sorprendente, contraer matrimonio sin romper con su pasado, como ella decía. Se había entregado a su marido sin el más leve matiz de reserva, sin una sola condición y, a pesar de ello, en ningún momento se había apartado siquiera un centímetro de su padre. Había gozado de la gran dicha de ver cómo los dos hombres se encariñaban noblemente el uno con el otro: en su matrimonio no hubo nada que tanta felicidad le proporcionara como el hecho de haber dado un nuevo amigo al mayor y más

solitario de los dos. Además, lo que mayormente había enriquecido el éxito logrado era que el matrimonio de su padre no había rendido menores beneficios que el suyo propio. El hecho de que el padre hubiera dado aquel gran paso, con la misma libertad que su hija, no había supuesto que ésta quedara relegada en absoluto. Que fuera notable el hecho de que los dos hubieran podido al mismo tiempo estar tan separados y tan juntos constituía un hecho que jamás, ni siquiera al inicio, le pareció dudoso a Maggie. En realidad, desde el principio y en todo momento, y en igual medida para cada uno de los dos, había que considerarlo como una consecuencia de su inspiración y recíproco apoyo. Muchas eran las cosas de las que Maggie y su padre no estaban enamorados, como las ráfagas de brillantez, de audacia, de originalidad, cosas que, por lo menos en cuanto hacía referencia a aquel buen hombre y a su hija, no se ajustaban, ni mucho menos, a su manera de ser; pero les gustaba pensar que habían dado a su vivir esa insólita amplitud y forma liberal que muchas familias, muchas parejas y, sobre todo, muchas parejas de parejas, no habían podido alcanzar. Esta verdad había sido puesta claramente de manifiesto ante ellos por el luminoso testimonio de la envidia plenamente explícita de la mayoría de sus amigos, quienes habían manifestado una y otra vez que forzosamente tenían que ser, a juzgar por su manera de vivir, y a fin de poder tratarse en semejantes términos, personas dotadas de la más alta bondad, quedando incluidos en el elogio, naturalmente, Charlotte y Americo. Les complacía —¿y cómo no iba a ser así?— advertir que de ellos emanaba tal esplendor. Esto le había gustado al padre de Maggie y a ésta, personas ambas dotadas de un carácter tan poco dado a las presunciones que apenas habrían estado seguras de su triunfo si no hubieran visto aquel agradable reflejo del mismo. De esta manera su felicidad había fructificado, de esta manera la torre de marfil, visible y admirable desde todos los puntos de vista del campo social, sin duda alguna, se había levantado planta tras planta. La presente renuencia de Maggie a preguntarse, con la debida claridad, por qué motivo la contemplación de la torre había dejado de proporcionarle placer representaba, por lo tanto, una laguna en aquella ideal congruencia de la que dependía su bienestar moral en casi todo momento. Para ser congruente ella siempre había sabido recortar, más o menos, su propia actuación.

Al darse cuenta de que por primera vez se movía en las oscuras sombras de una posición falsa, Maggie concluyó que o no hubiera debido dejar de sentirse bien centrada —es decir, confiada—, o hubiera debido reconocer que estaba equivocada, a pesar de lo cual se limitó, durante un tiempo, a dar a los problemas que consigo tenía el tratamiento de comportarse como el perro spaniel de sedosa capa que sale corriendo del estanque y se sacude el agua de las orejas. Las sacudidas de la cabeza de Maggie, reiteradas una y otra vez, eran en gran medida de esta naturaleza; pero el spaniel con la salvedad del rudo equivalente de su ladrido, no tiene el recurso de musitar para sí, como

Maggie hacía, que en realidad nada le había ocurrido. No, no había caído, no había padecido accidente alguno, no se había mojado. Esto era, por lo menos, de lo que presumía hasta el momento en que comenzó a preguntarse si acaso no habría cogido frío, se hubiera mojado o no. De todas maneras, no podía recordar período alguno de su vida en que se hubiera sentido tan excitada. Desde luego, tampoco podía recordar período alguno —lo cual era punto de especial importancia— que le impusiera la necesidad de ocultar la excitación. El nacimiento de esta nueva excitación se transformó en un importante pasatiempo, al parecer de Maggie, debido precisamente al ingenio que era preciso poner a contribución para mantener oculto a la vista aquello que había nacido. El ejercicio de este ingenio era privado y absorbente. Si se me permite multiplicar mis metáforas, compararía a Maggie con la atemorizada pero amante madre joven de un hijo ilegítimo. La idea que la poseía sería, de acuerdo con nuestra analogía, la prueba de la malandanza; pero, al mismo tiempo, sólo otro síntoma de una relación constante, que para ella significaba más que cualquier otra cosa en el mundo. Maggie había vivido los años suficientes para averiguar por sí misma que toda pasión profundamente arraigada causa dolores al mismo tiempo que placeres, y que gracias a esas penas y ansiedades tenemos más profunda conciencia de tal pasión. Jamás había dudado de la fuerza de los sentimientos que la unían a su marido, pero el llegar bruscamente a tener conciencia de que estos sentimientos habían comenzado a vibrar con tal violencia que producían tensión bien podía significar, a fin de cuentas, que ella, al igual que millares de mujeres, gozaba plenamente del privilegio de la pasión. ¿Y por qué no iba a ser legítimamente así, cuando, después de meditarlo, no veía razón alguna que lo impidiera? La mejor razón que podría impedirlo sería la posibilidad de una consecuencia desagradable o perjudicial para los demás, principalmente para los que jamás la habían molestado con el egoísmo de sus pasiones. Pero debidamente evitado este peligro, gozar plenamente de la propia pasión sólo comportaba, en la misma medida, el uso de la propia discreción, o el saber interpretar debidamente el papel que a una le correspondía. De una manera al principio oscura, pero que se hizo poco a poco más y más clara, la Princesa advirtió que llevaba mucho tiempo sin ejercer debidamente su discreción. El caso en que se encontraba ahora se parecía a lo que le ocurría con el baile, que otrora tanto le había gustado. Radicaba el problema en recordar unos pasos que sólo vagamente guardaba en la mente, pues había dejado de asistir a los bailes. Ahora volvería a asistir a ellos. Éste parecía ser el remedio, en expresión libre aunque un tanto burda. De los profundos receptáculos en que los había guardado, Maggie sacaría los adornos congruentes con las grandes ocasiones, de los que de ningún modo tenía escasa provisión. Fácilmente podemos imaginarla en esta ocupación, en momentos de paz y soledad, en visitas subrepticias y a la vacilante luz de una vela, hundiendo la mano en su rica

colección, viendo una vez más cómo relucían sus joyas tímida pero inconfundiblemente. En realidad, ésta puede ser muy bien la fiel imagen de la parcialmente ahogada agitación de Maggie, de la distracción que halló en referir su crisis, hasta cierto punto eficazmente, para satisfacer sus necesidades en la mayor medida posible.

Sin embargo, debemos añadir que Maggie se hubiera encontrado en un apuro, si hubiera tenido que determinar, especialmente al principio, a qué orden pertenecía en justicia el paso que dio la tarde en que su marido regresó de Matcham con Charlotte: si pertenecía al orden de propio dominio o al de una expresión más amplia. Sí, fue claramente un paso por parte de Maggie el decidirse a hacer algo, allí y en aquel momento, que pareciera insólito a Americo, a pesar de que el quebrantamiento de las costumbres establecidas había consistido tan sólo en hacer lo preciso para que Americo no la encontrara, como sin duda esperaba, en Eaton Square. Aunque al Príncipe le pareciera raro, tuvo que regresar a su casa, y allí recibir la impresión de que Maggie le esperaba, un tanto quisquillosa, o por lo menos impaciente y libremente. Se trataba de pequeñas variaciones y leves maniobras que, como hemos dicho, ella efectuaba con infinita sensación de intencionalidad. El que esperase junto al fuego del hogar el regreso de su marido después de una ausencia, superficialmente hubiera podido parecer el acto más natural del mundo, y además el único que su marido podía esperar lógicamente. Por las circunstancias que rodearon dicho acto, éste era normal y corriente: sin embargo, en realidad tuvo en todos sus aspectos, ante la activa fantasía de Maggie, el carácter de representar que había hecho cuanto se había propuesto. Había puesto su pensamiento a prueba y el resultado fue que estaba dotado de filo. Ésta era la realidad ante la que se hallaba, a saber: que ya no jugaba con herramientas inútiles y sin filo, sino con herramientas cortantes. Diez veces al día aparecía ante su vista el destello de una hoja desnuda, y ante esta visión Maggie tenía que cerrar casi siempre los ojos, y casi siempre sentía el impulso de engañarse a sí misma mediante el movimiento y el sonido. Sencillamente se había limitado, cierto miércoles, a trasladarse a Portland Place en vez de quedarse en Eaton Square; de antemano —como ella se repetía una y otra vez — no parecía que un hecho tan normal y corriente fuera a trastornar el curso de la historia. Sin embargo, esto era lo que había ocurrido. A Maggie se le quedó profundamente grabado en la mente, en el transcurso de una hora, que entre todo lo que había hecho nada contaría tanto en el futuro todavía indeterminado como el acto antes referido; ni siquiera, quizá, lo que había hecho en la vieja y dorada Roma al acceder a la petición de matrimonio hecha por Americo. Sin embargo, mediante su postura agazapada, la postura propia de una tímida tigresa, no había pretendido nada temerariamente definitivo, nada torpemente fundamental, por lo que le daba diversas denominaciones, calificando su actitud de grotesca o envidiosa, reduciendo en la medida de lo

posible la portée de lo que de ella se siguió.

Maggie solamente había querido acercarse, acercarse a algo que no podía, que no quería definir ni siquiera a solas consigo misma, y el grado del acercamiento conseguido resultaba incalculable en cuanto a avance. Actualmente multiplicaba los disimulos y las distracciones, fueran cuales fueren los efectos que se produjeran en ella, pero no conseguía evitar volver a vivir, en cualquier instante que quisiera —sí, ella podía determinar estos instantes a voluntad, fijarlos en el tiempo deseado—, la novedad de la relación a que dio lugar el proporcionar a su marido la primera sorpresa con la que le había obsequiado. Poco había sido, pero se había debido íntegramente a Maggie; la escena entera estaba allí como un gran cuadro colgado en la pared de su cotidiano vivir, con el que ésta podía hacer lo que quisiera.

El recuerdo era una sucesión de momentos que todavía podían contemplarse, casi de la misma manera que se recuerdan los diferentes hechos llevados a cabo en una obra representada en un escenario, una escena representada de tal manera que causa gran impresión a quien se halla en uno de los palcos. Algunos de estos momentos destacaban sobre los demás; éstos eran los que mayormente sentía Maggie, los que podía contar como las firmes perlas de un collar, y pertenecían de manera principal al período que precedió a la cena, cena que aquella noche había sido muy tarde, pasadas las nueve, debido a la demora con que llegó Americo. Eran partes de la experiencia vivida por Maggie —aunque esta experiencia estaba compuesta de muchas otras— entre las cuales su sensibilidad podía seguir efectuando matizadas discriminaciones. Debemos decir que, ante las escenas subsiguientes, la llama del recuerdo se convirtió en un resplandor que los igualaba a todos, como la lámpara de una capilla lateral cargada de incienso. De todas maneras el gran momento del consciente revivir en la memoria era, sin la menor duda, el primero: el extraño y medido silencio que Maggie había estimado en aquellos instantes, totalmente ajeno a sus propias intenciones —¿durante cuánto tiempo?, ¿es que nunca llegaría a poder determinar cuánto duró?—, pero que no podía romper aunque lo quisiera. Maggie se encontraba en la sala más pequeña, aquella en la que siempre solía aposentarse; al regresar a su casa para quedarse en ella, había decidido premeditadamente vestirse para la cena. Maravillaba pensar en las muchas cosas que había calculado con respecto a este pequeño incidente, y éste era asunto cuya importancia sólo podía calibrarse de forma aproximada. Americo llegaría tarde, muy tarde; y ésta era la única certidumbre con que podía contar. También cabía la posibilidad de que considerase mejor quedarse allí, incluso después de saber que ella se había ido, si Americo iba en compañía de Charlotte directamente a Eaton Square. Maggie no le había dejado recado alguno, en previsión de tal posibilidad. Esto representaba otro matiz en su decisión, aun cuando su efecto quizá consistiera en retrasar todavía más la llegada de Americo. Quizá él supusiera que su

esposa había cenado ya o que se quedara en Eaton Square por lo mucho que tenía que contar, con el solo fin de ser amable con el padre de Maggie. En este aspecto, Maggie había visto a Americo llegar, en su amabilidad, a puntos más extremos que el referido, y más de una vez y a este mismo fin había llegado a la oportunidad de vestirse para la cena.

Maggie había evitado ahora semejante sacrificio; durante el tiempo de que dispuso se había arreglado hasta que logró tener un aspecto increíblemente lozano e indudablemente elegante, lo cual aumentó, mientras esperaba y esperaba, aquella tensión de su espíritu que luego manifestó esperando como al acecho. Maggie hizo cuanto pudo por sí sola y con gran intensidad para evitar que se le notara, si bien fue incapaz de seguir leyendo la pálida novela en que estaba enfrascada —¡esto, par example, era superior a sus fuerzas!—, sí pudo, por lo menos, estar sentada junto a la lámpara con el libro en las manos; estar sentada y ataviada con su último vestido, que llevaba por vez primera, como en una eclosión a su alrededor, rígido y grandioso, quizá demasiado rígido y demasiado grandioso para llevarlo en circunstancias familiares y domésticas, aunque destacando en esta ocasión, que a pesar de todo osaba esperar Maggie por sus indudables méritos intrínsecos. Consultó reiteradas veces el reloj, pero se negó a sí misma el débil lujo de pasear de arriba abajo, a pesar de que le constaba que hacerlo allí sobre el reluciente suelo le haría sentirse todavía más bellamente ataviada, gracias al rumor y a la «caída» de la tela. Lo malo consistía en que esto contribuiría a que se sintiera todavía más nerviosa: exactamente lo que no deseaba. Las únicas gotas de ansiedad que se derramaron fue cuando permitió que su pensamiento y su vista se fijaran en la parte frontal de su vestido, con complacencia y a modo de refugio o de distracción, cuando ella podía contemplarlo durante el tiempo suficiente para preguntarse si realmente le hubiera satisfecho a Charlotte. En lo tocante a su atuendo, Maggie siempre había sido un tanto timorata y vacilante. En el curso del año último, sobre todo, Maggie había vivido, en lo referente a ropas, influida por el posible e inexcrutable parecer de Charlotte. Sus vestidos eran sencillamente los más encantadores y sugestivos que mujer alguna hubiera llevado jamás. Se daba una especie de poética justicia o justo resarcimiento en el hecho de que Charlotte pudiera ejercer libremente su talento en este terreno, gracias a la omnipotencia de que gozaba. En este asunto, Maggie se sentía constante e íntimamente «dividida»; por una parte, consciente de la imposibilidad de copiar a su amiga; por otra, consciente de la imposibilidad de sondearla por su cuenta hasta las últimas profundidades. Sí, ésa era una de aquellas cosas que Maggie moriría sin saber. Sí, Maggie moriría sin saber, incluso después de haber comentado cuanto se pudiera comentar, lo que Charlotte pensaba realmente del aspecto que presentaba su hijastra, ataviada con los supuestamente ingeniosos resultados de sus personales experimentos. Charlotte siempre había sido muy amable en lo tocante a las

audacias de vestimenta de su hijastra y, en beneficio de ésta, las comentaba en los mejores términos posibles; pero en el fondo del pensamiento de Maggie siempre había llameado esporádicamente la sospecha de que las palabras eran sólo amabilidades y no juicios animados por una franqueza absoluta, sino sólo relativa. ¿No sería que Charlotte, dotada de tan perfecta visión crítica, había considerado a Maggie como caso sin remedio, sin remedio de acuerdo con un criterio serio y, en consecuencia, se había inventado, para aplicárselo a ella, un criterio diferente e inferior, de acuerdo con el cual pacientemente la tranquilizaba y toleraba, ya que esto era lo único que cabía hacer? ¿No sería que Charlotte, dicho sea con otras palabras, había aceptado con secreta desesperación, quizá con irritación, que Maggie era un ser ridículo? Por tanto, lo mejor que ésta podía hacer era preguntarse, de vez en cuando, si le cabía la posibilidad de sorprender a Charlotte mediante algo que estuviera menos alejado de la verdad. De este tenor era lo que Maggie se preguntaba, mientras los ausentes seguían demorándose, con referencia a las apariencias que se había propuesto revestir. Pero el único resultado que Maggie conseguía, una y otra vez, se perdía en el denso aire que había comenzado a cubrir más y más las preguntas sin respuestas ante las que nuestra joven amiga se hallaba. Estaban allí esas cuestiones y formaban algo parecido a un formidable montón de objetos mezclados, que aún no habían sido clasificados, todos metidos en un cuarto, cuarto ante el cual ahora había pasado una y otra vez al recorrer el pasillo de su vida. Siempre que podía pasaba ante aquel cuarto sin abrir la puerta. De vez en cuando daba vueltas a la llave de la puerta, la abría y arrojaba al cuarto un nuevo objeto. De esta manera iba limpiando de obstáculos su camino. Estos obstáculos aumentaban la confusa mezcolanza, de manera que parecía que hallaran su debido lugar en el montón gracias a cierto instinto de afinidad. En resumen, aquellos objetos sabían adónde ir a parar. Ahora, gracias a un acto mental, cuando Maggie abría la puerta del cuarto, lo hacía prácticamente con cierto sentido del método y de la experiencia. Lo que jamás llegaría a saber acerca del pensamiento de Charlotte lo había arrojado al interior del cuarto en cuestión. Sí, no se encontraría solo, tendría compañía, y Maggie podía quedarse allí de pie el tiempo suficiente para ver cómo lo arrojado iba a parar al rincón que le correspondía. Su visión de todo ello, además, la hubiera obligado a quedarse con la vista fija en el caso de que su atención hubiera gozado de mayor libertad en aquella masa de objetos inútiles, congruentes e incongruentes, que esperaban ulteriores adiciones. En realidad, la visión de aquello le indujo a emitir un vago suspiro y a dar media vuelta sobre sí misma, actitud que quedó determinada por la definitiva y brusca extinción del escenario interior por el exterior. Una puerta muy diferente se había abierto, y allí estaba su marido.

Más tarde, Maggie pensó que eso había sido lo más extraño que ella podía consentir. Esencialmente había sido la causa del brusco giro que tomó su vida.

Su marido había regresado, la había seguido desde la otra casa visiblemente dubitativo; sí, esto estuvo escrito en su cara durante los primeros instantes. Estuvo escrito sólo durante los primeros segundos y desapareció rápidamente tan pronto como comenzaron a hablar. Pero mientras duró estuvo escrito con grandes letras, y aunque Maggie no sabía de cierto lo que esperaba de su esposo, estimó que no había esperado que se diera el más leve matiz de embarazo. La causa de dicho embarazo —y lo denominó así para tener la seguridad de que calificaba la situación de la manera más grave posible—, la causa de aquella expresión concreta era el perceptible deseo del Príncipe de saber cómo encontraría a la Princesa. Y ¿por qué ocurrió al principio? Esta pregunta acudió después reiteradas veces a su mente. La pregunta pendía en el aire como si fuera la clave de todo. Pero, en el momento de los hechos y con la intuición de esta pregunta en la mente, Maggie tuvo la avasalladora impresión de que era un ser importante, de que debía atacar inmediatamente a su marido, y que esto entrañaba una clase de violencia muy superior a cuanto había previsto de antemano. En realidad, en aquel momento no estaba ausente de la mente de Maggie la posibilidad de que su marido se portara como un abyecto tonto, por lo menos durante unos instantes. Durante diez segundos tuvo miedo de que la situación tomara este cariz, hasta tal punto la incertidumbre en el rostro del Príncipe había pasado inmediatamente a ser incertidumbre en el ambiente. Unas pocas palabras en tono de impaciencia, pronunciadas en voz apenas un poco más alta de lo normal, un estallido como: «¿Se puede saber qué pretendes, qué pretendes?», cualquier nota de este tenor hubiera bastado para que Maggie agachara la cabeza, y era tanto más notable cuanto que jamás había pretendido engañarla, bien lo sabía Dios. Por parte de Maggie, era tan rara aquella pequeña alteración de la costumbre o aquella infracción de las presuposiciones del Príncipe, que la menor duda, antes de que pudiera disiparse el más leve asomo de la misma, ya había producido el efecto propio de una complicación. Para el Príncipe significaba una diferencia que Maggie no podía medir el que ella le hubiera recibido en casa a solas, en vez de recibirle en otra parte y con otra gente. En el fondo, a la mente de Maggie acudía una y otra vez el pensamiento de que la inexpresividad de que el Príncipe dio muestras, antes de que pudiera ver, forzosamente tenía un significado a poco que Maggie se fijara, y quizá un valor histórico que rebasaba la importancia de las expresiones momentáneas generales. Como es natural, en ese momento ella no tenía a su alcance la noción de qué era lo que el Príncipe deseaba ver. De noción a su alcance, por no hablar ya de corazón palpitante, bastaba con que el Príncipe viera, con que viera a su esposa en el salón de su propia casa a la hora en que era más pertinente que estuviese allí.

Era cierto que el Príncipe no la había interpelado en tono de reto. Maggie creía ahora que su esposo había tenido la impresión de que algo insólitamente preparado y marcado había en su actitud y atuendo durante los instantes en

que avanzó sonriendo hacia ella, y de esta manera, sin la más leve vacilación, la tomó en sus brazos. Las dudas sólo existieron al principio; ahora Maggie se daba cuenta de que el Príncipe las había superado sin su ayuda. No, ella no le había ayudado. Y así era: por una parte, Maggie no podía determinar a qué se debían aquellas dudas; por otra —principalmente teniendo en cuenta que el Príncipe no se lo había preguntado—, tampoco podía explicar las razones por las que estaba agitada. Esto lo había sabido perfectamente y en todo momento; lo había sabido con renovada intensidad en presencia del Príncipe, y si éste le hubiera formulado una pregunta, con ello habría oprimido en Maggie el resorte de la temeridad. Y era raro que lo más natural fuese que lo que Maggie dijera al Príncipe revistiera esa apariencia de temeridad, pero ella tenía más clara conciencia que en cualquier momento anterior de que, cualquiera que fuera la apariencia de lo que dijera, todo terminaría afectando más o menos directamente a su padre, cuya vida se desarrollaba ahora tan serenamente, de acuerdo con lo aceptado, que todo género de alteración de la conciencia de su padre, incluso en el posible sentido de animar su vivir, haría vacilar el precioso equilibrio en que vivían. Esto era lo que había en el fondo del pensamiento de Maggie; que su equilibrio lo era todo; sabía también que este equilibrio era precario, y que cualquier cosa, por leve que fuera, podía alterarlo. Era el equilibrio o, en todo caso, el temor consciente que Maggie sentía de que se alterara, lo que hizo que el corazón se le subiera a la garganta; el mismo temor se hallaba, por ambas partes, en la silenciosa mirada que Americo y ella intercambiaron. El feliz equilibrio que exigían estas consideraciones era, según confesaron ellos mismos, asunto delicado. Pero el hecho de que su marido también tuviera el hábito de la ansiedad y de la cautela general sólo sirvió, a fin de cuentas, para unirlos más. En consecuencia, habría sido muy hermoso que Maggie hubiera hablado en nombre del equilibrio y en nombre de la alegría que le producía que Americo y ella albergaran tan parecidos sentimientos al respecto, permitiendo expresar la verdad acerca del tema de su propio comportamiento, acerca del tema de la conducta un poco mezquina que, por el momento, constituía un pálido ejemplo de excentricidad.

«¿Por qué, por qué me he empeñado en que esta noche no cenemos juntos? Bueno, pues porque durante todo el día he estado deseando tanto estar a solas contigo que no podía resistir más, y porque no parecía que hubiera grandes razones que impidieran el que lo intentara. Esto es lo que pensé, a pesar de que al principio parezca raro, si tenemos en cuenta todas las cosas que hemos conseguido mediante nuestra maravillosa manera de tratarnos con tolerancia el uno al otro. Durante estos últimos días me has causado una impresión que no sé cómo expresar, una impresión de estar más ausente que en cualquier otra ocasión, tan ausente que no podíamos seguir adelante los dos juntos. No hay nada que objetar, me doy perfecta cuenta de cuán hermoso es así, globalmente considerado. Pero siempre llega el día en que algo se quiebra, en que la copa,

llena hasta el borde, comienza a rebosar. Esto es lo que ha ocurrido con la necesidad que tengo de ti, durante todo el día la copa ha estado tan llena que no podía aguantarla. Por esto te lo cuento todo ahora, y lo hago porque eres la razón de mi vida. A fin de cuentas, no hace falta que te diga que estoy tan enamorada de ti como el primer día, con la salvedad de que hay ciertas horas —que sé cuando se acercan porque casi me atemorizan— en las que veo que lo estoy todavía más. Llegan por sí solas, y siempre llegan… A fin de cuentas, a fin de cuentas…» Palabras como éstas fueron las que no sonaron, sin embargo parecía que el sonido no emitido hubiera quedado ahogado en sus propias vibraciones. Las manifestaciones se habrían hundido por su propio peso si el Príncipe hubiera permitido que se produjeran. En pocos segundos, ya antes de que llegara tan extremada situación, él había comprendido lo que necesitaba comprender, es decir, que su esposa estaba dando testimonio de que le adoraba, de que le echaba en falta y de que le deseaba. «A fin de cuentas, a fin de cuentas», como Maggie había dicho, ella estaba en lo cierto. Y a esto era a lo que él tenía que responder desde el momento en que, tal como hemos dicho, el Príncipe vio; lo que el Príncipe tenía que considerar era la realidad más pertinente. El Príncipe la abrazó prieta y largamente, expresando de esta manera su reunión personal, siendo ésta, evidentemente, una de las maneras de hacerlo. Emitió un rumor hondo y vago y frotó su mejilla tiernamente contra el rostro de su esposa, contra el lado de la cara de Maggie contrario al que oprimía contra su pecho. Con carácter no menos evidente, ésta era una manera de conseguir lo anterior; y había muchas otras maneras, dicho en pocas palabras, a disposición de la reconquistada tranquilidad del Príncipe, maneras que dieron lugar al buen humor con el que Maggie pensó después en el infinito tacto de su esposo. Esto se debió, sin duda alguna, a que el concepto del tacto apareció claramente al cabo de un cuarto de hora en que el Príncipe habló generosamente y Maggie preguntó con afabilidad. Le contó cómo había pasado el día, le habló de la feliz idea de desviarse en el camino de regreso juntamente con Charlotte, le explicó la aventura en busca de catedrales y cómo, a fin de cuentas, resultó un asunto más complicado de lo que habían creído en un principio. De todas maneras la última conclusión de todo lo anterior fue que estaba fatigado, muy fatigado, y que quería tomar un baño y vestirse para la cena, a cuyo fin esperaba que Maggie le excusara, aunque durante el más breve tiempo posible. Luego ella recordaría algo que había ocurrido entre los dos en ese momento, recordaría que él, al llegar a la puerta, se había vuelto para mirarla un instante, antes de desaparecer, y recordaría la expresión de su cara cuando, primero dubitativamente y luego muy decidida, le preguntó si no podía subir con él para ayudarle. Quizá el Príncipe también había dudado unos momentos, pero por fin declinó la oferta, y ella conservaría en la memoria la sonrisa con que él había acompañado sus palabras manifestando la opinión de que, si subía, no cenarían hasta las diez, y de que

solo se las arreglaría mejor y más deprisa. Tal como he dicho, Maggie recordó esas cosas que intervinieron en sus posteriores sensaciones, jugando como las luces juegan en una impresión general. Pero no por ello tuvo carácter borroso lo que ocurrió a continuación. Uno de los hechos que ocurrieron después, el primero precisamente, fue el tiempo, nada breve, de acuerdo con la apreciación posterior y más analítica de Maggie, que duró la segunda espera de la reaparición del Príncipe. Era cierto que si Maggie hubiera subido con él, incluso animada por la mejor voluntad, habría sido un estorbo, ya que, en realidad, casi siempre la gente se las apaña mejor para ir de prisa sola que acompañada. De todas maneras, difícilmente habría demorado más al Príncipe con su presencia de lo que él, a juicio de Maggie, se demoró. Debemos añadir, sin embargo, que ahora en el estado mental de esta personita tan dada a pensar no se daba la simple rudeza de la impaciencia. Algo había ocurrido rápidamente, gracias a la feliz visión del Príncipe y gracias a que ella dejó de temer haberle enojado por obligarle a tanto ir y venir. Para el espíritu de Maggie, la desaparición de lo temible siempre comportaba, al principio, la positiva aparición de lo dulce. Hacía tiempo que nada había sido para Maggie tan dulce como la importancia que sus presentes emociones dieron de repente a su sentido de la posesión.

Capítulo XXVI

Americo volvía a estar lejos de ella. Maggie volvía a estar sola, allí sentada o bien paseando por el cuarto, ya que la presencia de Americo en la casa había sido la causa de que ella dejara de abstenerse de hacer esto último. Sin embargo, y a pesar de todo, el momento rebosaba todavía de los efectos de la cercanía de Americo; sobre todo, los efectos, extraños en una intimidad tan arraigada, de una casi renovada visión del aspecto del Príncipe. Sólo hacía cinco días que Maggie le había visto por última vez, y éste parecía seguir allí, de pie ante ella, como si acabara de llegar de un lejano país, de un largo viaje, de pasar muchos peligros y fatigas. Esta inagotable variedad de la atracción de Americo ¿qué significaba sino que por fortuna estaba casada, dicho sea con toda sencillez, con una persona absolutamente deslumbrante? Se trataba de algo viejo, muy viejo, pero la verdad resplandecía ante Maggie como la belleza de un cuadro de familia, del armonioso retrato de un antepasado que, después de largo tiempo, Maggie hubiera contemplado, casi sorprendida. La deslumbrante persona se encontraba en el piso superior y ella, en el piso inferior; además se daban otros hechos anejos a la selección y a la decisión que esta imagen creada por la propia Maggie exigía, y también anejos a la constante atención que el equilibrio familiar requería. De todas maneras,

Maggie jamás se había sentido tan absorbida por su matrimonio, tan abyectamente consciente de que había alguien que era el señor de su destino. Americo podía hacer lo que quisiera con ella, como en realidad lo estaba haciendo. «Lo que quisiera», lo que realmente quisiera, aun cuando esta última concreción quizá escapase, en el esplendor de la alta armonía, al análisis y a las menciones nominales. A Maggie le bastaba con reconocer que, fuera lo que fuese lo que el Príncipe deseara, lo conseguiría con absoluta certeza. Por el momento, Maggie sabía sin lugar a dudas y con la más plena sumisión que el Príncipe podía provocar en ella, con apenas una insinuación, estremecimientos de sublime ternura. Si él había regresado fatigado, fatigado después de las actividades desarrolladas en un día tan duro, era preciso tener en cuenta que dichos esfuerzos fueron hechos en beneficio del señor Verver y su hija. Maggie se había quedado en casa de su padre, los dos juntos, en paz, con el Principino, con las complicaciones de la vida fuera de su vista, con los latosos alejados, con la amplia tranquilidad hogareña intacta, gracias a que los otros dos defendían su territorio y desafiaban los temporales. Americo jamás se quejaba y era preciso reconocer que Charlotte tampoco, pero esta noche Maggie tenía la impresión de darse cuenta de las actividades de representación social de Charlotte y Americo, como ellos las concebían; eran de una concepción que superaba todos los conceptos que Maggie pudiera tener al respecto, y tal como tan concienzudamente las llevaban a cabo comportaba vivir en constante tensión. Recordó la vieja frase de Fanny Assingham, la frase en que esta amiga dijo que Maggie y su padre no vivían, y que no sabía qué hacer ni qué se podía hacer en su beneficio. Juntamente con esta frase, a su memoria llegó, como un eco, el recuerdo de la larga conversación que había sostenido con su padre un día de septiembre bajo las copas de los árboles en Fawns, durante la cual le repitió la frase de Fanny.

Aquella ocasión representó quizá para ellos dos —como ya a menudo había pensado Maggie— el primer paso de una existencia más inteligentemente ordenada. Había sido una hora con una serie de causas y efectos encadenados y perfectamente definida y notable. Eran muchas las cosas, y la primera de ellas el matrimonio de su padre, que a juicio de Maggie se habían seguido de la visita de Charlotte a Fawns, visita que había sido consecuencia de la memorable conversación. Pero lo que quizá más destacaba a la luz de estas concatenaciones era que, desde todos los puntos de vista, parecía que Charlotte hubiera sido llamada en su ayuda, puesto que los dos habían prestado oídos a quien les dijo que si el carruaje familiar se bamboleaba y se atascaba se debía a que faltaba un complemento a sus ruedas. Sí, aquel carruaje parecía tener sólo tres ruedas, por lo que necesitaba otra ¿y qué había hecho Charlotte desde el primer momento en aquella casa, sino comportarse suave y bellamente como una cuarta rueda? Inmediatamente, nada había quedado tan de manifiesto como la mayor gracia de los

movimientos del vehículo. Completando su propia imagen, Maggie se daba cuenta ahora con claridad suprema de que a partir de entonces había quedado liberada de todo el peso y tensión que aquel vehículo otrora proyectara en ella. En la medida en que era una de las cuatro ruedas, lo único que tenía que hacer era mantenerse en su sitio, pues otros hacían el trabajo que a ella correspondía, por lo que no sentía peso alguno; tampoco podía decir que fuera un esfuerzo excesivo saber cuándo tenía que girar. Maggie quedó largo rato inmóvil ante el fuego; durante este tiempo pareció que examinara con intensidad la proyección de su propia imagen, y que incluso tuviera conciencia de que había tomado una forma fantásticamente absurda. Parecía que contemplara el paso del carruaje familiar y advirtiera que Americo y Charlotte lo arrastraban, en tanto que su padre y ella ni siquiera lo empujaban. En realidad, su padre y ella iban juntos dentro del carruaje meciendo al Principino, y sosteniéndolo junto a las ventanillas para que viera el paisaje y para que le vieran en el interior, como a un verdadero príncipe heredero de una familia real. El esfuerzo lo hacían íntegramente los otros dos. Esta imagen constituía para ella un reiterado reto, y una y otra vez se detuvo ante el fuego. Después de esto, al igual que la persona que de repente queda bajo una fuerte luz, Maggie se ponía de nuevo en movimiento. Por fin, se había visto a sí misma en la imagen que ahora estudiaba en trance de apearse bruscamente del carruaje. En este momento, y ante la sorpresa de dicha visión, se le dilataron los ojos, y el corazón le dio un vuelco. Contemplaba a la persona que bajaba del carruaje como si fuera otra distinta a ella y esperaba expectante lo que a continuación ocurriría. Aquella persona había tomado una decisión, lo cual se debía a que un impulso que se había estado forjando durante largo tiempo había sido sometido a una presión más recia y súbita. Pero ¿cómo se aplicaría aquella decisión?, ¿qué haría, concretamente, aquella figura de la imagen? Impulsada por estos interrogantes, miró a su alrededor desde el centro de la estancia, como si aquel lugar, exactamente aquél, fuera el terreno de lo que la preocupaba. Cuando la puerta volvió a abrirse, Maggie advirtió, abstracción hecha del suceso en sí, que se le deparaba una primera oportunidad. Su marido había reaparecido, estaba ante ella reposado, casi radiante, impartiéndole confianza. Vestido, acicalado, fragante, dispuesto sobre todo a iniciar la cena. El Príncipe sonrió a Maggie como si con ello diera por terminada la preocupación por su demora. Parecía que la primera oportunidad de ella dependiera de las apariencias de Americo, y ahora comprobaba que estas apariencias eran buenas. Durante unos instantes todavía hubo un poco de desorientación, pero se disipó más rápidamente que en la primera entrada de Americo, porque ahora ya tenía a Maggie en sus brazos.

Después, durante horas y horas, Maggie tuvo la impresión de haber sido elevada, de estar flotando llevada por una cálida corriente en cuyas aguas se habían hundido bloques de cemento que quedaban fuera de la vista. Esto se

debía, una vez más, a que Maggie tenía confianza en sí misma y, como ella creía, a que sabía lo que debía hacer. Durante todo el día siguiente, y al otro también, tuvo la impresión de saberlo. Tenía un proyecto y se gozaba en él, y había concebido el proyecto a la luz que bruscamente iluminó sus inquietas meditaciones, marcando así el punto de desenlace de aquellos desvelos. El proyecto se le ocurrió como consecuencia de un interrogante: «¿Y si resulta que los he abandonado? ¿Y si resulta que he aceptado de manera excesivamente pasiva la extraña forma de nuestro vivir?». Maggie iniciaría un proceso concebido por ella que la haría comportarse de manera diferente en su trato con Charlotte y Americo, un proceso totalmente independiente de cualquier otro que pudieran seguir aquellos dos. Bastó con que esta solución se le ocurriera, para que gracias a su sencillez quedara impresionada, encantada; era de una sencillez ventajosa, pero que en su ceguera no había percibido durante largo tiempo; entretanto, las ventajas que ofrecía habían comenzado a quedar demostradas por el éxito que con ella estaba alcanzando. Le había bastado con actuar un poco para comprobar que inmediatamente conseguía resultados. Esta conciencia de los resultados logrados ante su esposo constituyó la ola que la elevó y que la sostuvo en alto. Él había «ido a su encuentro», como se dijo a sí misma, y lo había hecho con generosidad y alegría, principalmente al regresar dispuesto para la cena; Maggie lo guardó en su pecho como la demostración de que los dos habían escapado de algo un tanto indefinido, pero que evidentemente no era tan bueno como la realidad en que se hallaban. Entonces, en aquel instante, su proyecto comenzó a dar resultados. En el momento en que Americo reapareció esplendente, Maggie se hallaba en trance de cosechar su proyecto del mismísimo corazón de su ansiedad, de arrancarlo del jardín del pensamiento, cual si se tratara de una flor plenamente abierta que pudiera ofrecerle en aquel instante. Sí, se trataba de la flor de la participación y, como tal, allí y entonces, la ofreció a Americo poniendo inmediatamente en práctica la idea, tan innecesaria y oscuramente velada, de compartir con él los goces, las experiencias y los intereses, y de compartirlos asimismo con Charlotte.

Durante la cena, Maggie se interesó ávidamente por todos los detalles de la reciente aventura de su marido y su madrastra, dándole a entender, sin reserva alguna, que deseaba que se lo contara todo, y haciendo de Charlotte, en especial, objeto de interminables preguntas: sobre los juicios que Charlotte había formulado de Matcham, el aspecto externo de Charlotte, sus éxitos, los efectos notables producidos por ella, sus ropas inimitablemente lucidas, su inteligencia tan elegantemente esgrimida, su utilidad social tan brillantemente ejercida. Además Maggie, en su interrogatorio, se mostró principalmente identificada con la feliz idea de ir a visitar catedrales, alegrándose en gran manera de que se les hubiera ocurrido, y de cuyos placenteros resultados, incluso hasta del plato de buey frío y del pan con queso, del extraño mal olor y

del sucio mantel de la posada, Americo la informó con buen humor. El Príncipe la miró desde el otro lado de la mesa más de una vez, como si hubiera quedado conmovido por la humildad con que eran bien recibidas estas impresiones de segunda mano, esas diversiones y esas amplias libertades que solamente eran ajenas, como si percibiera en esta bienvenida una calidad exquisita, y, al final, mientras se encontraban solos, antes de que Maggie llamara a un criado, Americo había vuelto a condonar la pequeña irregularidad, si así cabía llamarla, a que Maggie se había aventurado. Se habían levantado de la mesa al mismo tiempo para subir al piso superior; por fin, Americo había hablado de algunas personas de las que estuvieron presentes; las últimas de las que habló fueron lady Castledean y el señor Blint, y después Maggie volvió a abordar el tema del «tipo» de Gloucester. Esto provocó, en el momento en que Americo daba la vuelta a la mesa para ponerse a su lado, que le dirigiera otra de sus amables y penetrantes miradas, una de aquellas miradas encandiladas, pero al mismo tiempo en modo alguno invisiblemente intrigadas, con las que había ya expresado la impresión que le causaba la encantadora gracia de la curiosidad de Maggie. Pareció que fuera a decir, de un momento a otro: «No hace falta, querida, que finjas con tanto entusiasmo, no creo que sea necesario que muestres tanto interés». Fue como si estuviera de pie ante ella, con su fácil comprensión, con un íntimo poder de tranquilización, y con estas palabras en sus labios. La contestación de Maggie hubiera sido inmediata, diciéndole que no fingía. Maggie miraba, alzada la vista, a Americo, que le tenía la mano cogida, y en su mirada había la perseverancia, la verdadera insistencia, aneja a su proyecto. Maggie quería que su esposo comprendiera desde aquel mismo instante que ella iba a estar de nuevo con él, totalmente con ellos, juntos, como indudablemente no lo había estado desde los «extraños» cambios —sólo de esta manera cabía calificarlos— que cada uno de ellos, en beneficio de los demás, había efectuado con excesiva facilidad y presteza. Habían dado por supuesto, pero quizá en exceso, que su vida en común exigía una «forma» especial, a lo cual nada había que objetar siempre y cuando la forma se mantuviera únicamente ante el mundo exterior y no constituyera más que la linda costra de un pastel helado, o algo parecido, que nadie duda en romper con la cucharilla para poder comer el pastel. Para comenzar, Maggie se había permitido observar lo anterior, y quería que Americo comprendiera que su proyecto abarcaba también a Charlotte, de modo que si él hubiera expresado realmente aquella aceptación que Maggie pensaba que estaba a punto de manifestar —la aceptación de la valerosa idea concebida por ella— se hubiera sentido dotada de una facilidad de palabra rayana en la elocuencia.

Sin embargo, mientras esperaba lo anterior, Maggie se dio cuenta de que se hallaba ante un proceso que se desarrollaba en el pensamiento de Americo más profundo de lo que la ocasión globalmente considerada exigía, un proceso de

sopesar algo, de considerar, de decidir, de prescindir. Americo había adivinado que Maggie tenía una idea, y que su comportamiento era consecuencia de esta idea, pero se daba la rara circunstancia de que este conocimiento era precisamente lo que refrenaba sus palabras. Maggie lo comprendió porque él la miraba ahora todavía con más fijeza de lo que lo había hecho anteriormente, lo cual casi motivó, faltando poquísimo para que así fuera, que dudara de si Americo habría comprendido correctamente la idea que ella albergaba. Hemos empleado el término «casi», debido a que Americo tenía en las suyas las manos de Maggie, y estaba inclinado hacia ella dulcemente como si quisiera ver o comprender más, o quizá como si quisiera entregarse más; Maggie no comprendía con certeza, y esto le producía sencillamente el efecto de dejarla en poder de Americo, como ella diría. Renunció, se olvidó de su idea, se olvidó de todo, únicamente se dio cuenta de que él volvía a tomarla en sus brazos. Hasta después, Maggie no analizó lo acontecido, no se dio cuenta de que para Americo aquella actuación sustituía las palabras que no había pronunciado, y que al parecer surtía mejores efectos que cuantas palabras pronunciara, que, en todo momento, en realidad producía mejores efectos que ninguna otra cosa. Después, de una forma inevitable Maggie comprendió que aceptar el comportamiento de su esposo y su reacción equivalía a aceptar virtualmente la presunción, así expresada por él, de que nada había que aquella demostración no previera y no solucionara, y que además el resorte que había actuado en el interior de Maggie bien podía ser, más que cualquier otra cosa, el impulso que legítimamente provocaba la demostración. Fuera lo que fuese, era la tercera vez, desde su regreso, que Americo la apretaba contra su pecho; ahora, manteniéndola a su lado, salió del comedor y ambos penetraron en la antesala, la cruzaron y juntos iniciaron el lento regreso a sus habitaciones en el piso superior. Americo había estado en lo cierto en lo tocante a la oportunidad de su ternura y al grado de sensibilidad de Maggie, pero incluso mientras se daba cuenta de que esta verdad barría todas las demás, ella experimentaba una especie de terror ante la debilidad que en ella provocaba. Comprendía también que tenía el deber de actuar, y que esta actuación requería que no fuese débil, sino, al contrario, bastante fuerte. Sin embargo, durante muchas horas siguió en estado de debilidad, si es que debilidad se le podía llamar, aun cuando manteniendo firmemente la fe en la teoría de su éxito; a fin de cuentas, su agitada iniciativa había sido inconfundiblemente aceptada.

Sin embargo, Maggie tardó poco en darse cuenta de que con esta actuación no se había ocupado de Charlotte, a quien siempre sería preciso no dejar de lado; de todas maneras, Charlotte, por mucho que aprobara sus iniciativas, las aceptaría forzosamente siempre, en el mejor de los casos, de una manera más o menos diferente. Maggie calculó este hecho inevitable, calculó las diferentes actitudes que Charlotte podía adoptar, al día siguiente de volver de Matcham, al abordarla mostrando el mismo interés por oír su relato sobre lo ocurrido.

Maggie quería que Charlotte le contara la historia entera, como antes había querido que lo hiciera su marido, y en Eaton Square, adonde fue casi ostentosamente sin el Príncipe, a este fin y sólo a este fin, indujo con urgencia a Charlotte a tratar el tema reiteradamente, ya en presencia del marido de Charlotte, ya durante diversos momentos de conversación a solas con ella. De una forma instintiva, Maggie presupuso que el interés mostrado por su padre, cuando estuvo presente, por los amenos ecos de la visita a Matcham no era menor que el suyo propio, aunque haciendo gracia de cuanto la esposa de su padre le hubiera dicho ya a éste en las charlas que los dos hubieran podido sostener desde la noche anterior. Llevada por el deseo de poner en práctica su proyecto, Maggie se reunió con ellos después del almuerzo, en el momento en que todavía no habían abandonado la estancia en que solían desayunarse, escenario también de su comida del mediodía; en presencia de su padre habló de la posibilidad de haberse perdido algo del relato de la visita por su tardanza en reunirse con Charlotte, y expresó la esperanza de que quizá hubiera todavía alguna anécdota que ignorase. Charlotte iba ya vestida para salir de casa y, a juzgar por las apariencias, su marido estaba dispuesto a no salir. El señor Verver se había levantado de la mesa, y se sentó cerca del fuego con dos o tres diarios matutinos y el resto de la segunda y tercera entrega del correo en una mesita, en donde según pudo comprobar Maggie con una sola mirada, había más abundancia de la usual de circulares, catálogos, anuncios de ventas, sobres y grafías extranjeros que eran tan inconfundibles como las ropas extranjeras. Charlotte, junto a la ventana, miraba la calle lateral que desembocaba en la plaza, y causaba la impresión de haber estado esperando la llegada de Maggie antes de irse. A la luz extraña y colorista, como la de un cuadro, que determinaba las impresiones que Maggie recibía, los objetos adquirían apariencias que hasta el momento no habían revestido plenamente. Esto era consecuencia de su reavivada sensibilidad. Ella sabía que de nuevo se encontraba ante un problema que se hallaba en la necesidad de una solución, en cuya búsqueda debía trabajar intensamente. Esta conciencia, nacida recientemente en ella, quedaba anulada algunas veces como había ocurrido en la noche anterior, pero se había reavivado rápidamente en cuanto salió de su casa, y después de cruzar a pie media ciudad —había venido caminando desde Portland Place— se dio cuenta de que tal conciencia no había perdido fuerza, ni mucho menos.

La conciencia exhaló el aliento en forma de suspiro débil, inaudible, que era el tributo que Maggie rendía allí de pie, antes de hablar, a unas realidades que se percibían a través de la dorada niebla que ya había comenzado a disiparse. Durante unos momentos, las circunstancias en que Maggie se hallaba habían sido vencidas, y mucho, por la dorada niebla, a pesar de que ésta se había debilitado; pero ahora aquellas circunstancias volvían a estar allí claramente definidas; durante el cuarto de hora siguiente, tuvo la impresión de

poder contarlas una a una con los dedos. Sobre todas ellas destacaba claramente el renovado testimonio de muchas aceptaciones de su padre, aceptaciones que Maggie durante largo tiempo había considerado de la misma naturaleza que las suyas; pero ahora, de forma indubitable, presentaban el problema de tener que ser tratadas por separado. Por el momento las aceptaciones de su padre todavía no le parecían extraordinarias, y esto era la causa de que las amontonara junto a las suyas propias, ya que la calificación que a estas últimas había dado Maggie no había comenzado a cambiar hasta hacía muy poco. Sin embargo, Maggie se dio cuenta inmediatamente de que no podía expresar el nuevo juicio que sus aprobaciones le merecían sin suscitar de alguna manera la atención de su padre, sin provocar quizá su sorpresa e imponer con ello un cambio en la situación que con él compartía. Las imágenes concretas le recordaron en tono de advertencia lo anterior, y durante unos instantes el rostro de Charlotte, mirándola de frente, le causó la impresión de que buscara su propio rostro para hallar en él la expresión de aquel recuerdo y advertencias. No por ello Maggie había besado a su madrastra con menos presteza, y luego se había inclinado sobre su padre, por la espalda, ofreciéndole la mejilla, pequeños y amables formulismos que acompañaban el trámite fácil de relevo de guardia, dicho sea con las palabras que Charlotte empleaba a menudo, siempre alegremente, como término de comparación de aquel proceso de sustitución. En consecuencia, Maggie representaba el papel de centinela entrante, y la costumbre había suavizado de tal manera este relevo, que la compañera de armas de Maggie hubiera podido irse, en esta ocasión, después de aceptar la contraseña, sin incurrir en una conversación irrelevante y, en sentido estricto, poco militar. Sin embargo, no fue esto lo que ocurrió. De la misma manera que nuestra joven amiga se sintió elevada y flotando sobre su primer impulso de romper mediante un solo golpe el hechizo, sólo tardó un segundo en dar la nota, fuera cual fuese el riesgo, que había estado ensayando en su casa. Había ensayado aquella nota la noche anterior durante la cena ante Americo, y sabía todavía mejor la manera en que tenía que comenzar su actuación para con la señora Verver, ayudando en gran manera a Maggie el poder comenzar a hablar diciendo que el Príncipe había avivado antes su curiosidad que la había satisfecho. Franca y alegremente había acudido para preguntar, para preguntar lo que habían conseguido aquellos dos en su insólitamente prolongada campaña. Maggie reconoció que había sonsacado a su marido cuanto había podido, pero los maridos no son las personas que mejor suelen contestar preguntas de esta clase. Americo sólo había conseguido acrecentar la curiosidad de Maggie, por esto había ido a primera hora a fin de perderse lo menos posible del relato que Charlotte hiciera. Maggie dijo:

—Papá, las esposas siempre informan mucho mejor que los maridos.

Dirigiéndose a Charlotte, añadió:

—Sin embargo, reconozco que los padres no son mucho mejores que los maridos a este respecto.

Sonriendo, dijo:

—Jamás me dice más de la décima parte de lo que tú le cuentas. En consecuencia, espero que aún no se lo hayas contado todo; si es así, seguramente me habré perdido lo mejor.

Maggie siguió hablando, siguió y se sintió arrastrada a hacerlo. Tenía la impresión de ser como una actriz que ha estudiado y ensayado su papel, pero que en escena, ante las candilejas, comienza de repente a improvisar, a decir frases que no están en el texto de la obra. Era precisamente la impresión que el escenario y las candilejas le causaban lo que la mantenía en vilo, lo que la hacía elevarse más; lo era también la sensación de actuación que toda plataforma lógicamente comporta, actuación que en su caso era la primera de su vida, o mejor dicho, si contamos la de la noche anterior, la segunda. Durante tres o cuatro días, esta plataforma siguió estando perceptiblemente bajo los pies de Maggie, quien en todo momento gozó de la inspiración para improvisar en forma harto notable y heroica. La preparación y la práctica no habían sido totalmente suficientes, por lo que el papel de Maggie, al ampliarse más y más, la obligaba a inventarse de un momento a otro lo que debía decir y lo que debía hacer. En su arte, Maggie sólo disponía de una norma: no rebasar sus propios límites y no perder la cabeza. Al cabo de una semana podría ver ciertamente a qué punto había llegado. En su excitación se decía que lo que se proponía era sencillísimo. Se trataba de imponer un cambio, golpe a golpe, sin permitir que ninguno de los tres, y menos su padre, llegara a sospechar siquiera la existencia de la mano que efectuaba el cambio. Si entraban en sospechas, preguntarían cuál era la razón de aquel intento de cambio, y la humillante verdad era que Maggie no tenía razón alguna que ofrecer, es decir, no tenía una razón que pudiera calificar de razonable. Instintivamente, estimaba con nobleza que durante toda su vida, al lado de su padre, y siguiendo su ejemplo, sólo había esgrimido motivos razonables, y le avergonzaría en grado sumo esgrimir ante su propio padre motivos que fueran inferiores sustituciones de aquellos otras. Mientras no se hallara en situación de alegar claramente que sentía celos, no se hallaría en situación de alegar honestamente que se sentía insatisfecha. Esta condición sería necesaria concomitancia de la primera, y sin el apoyo de ésta la otra se derrumbaría forzosamente. Por fortuna, así había quedado planteado el juego para Maggie. Podía esgrimir una carta, sólo una, y esgrimir la que implicaba dar fin al juego. Tenía la impresión de ser la pareja de su padre en aquel juego y de estar sentada a la mesita rectangular de verde tapete, entre los altos candelabros de plata vieja y las bien ordenadas fichas. Maggie recordaba constantemente que formular una pregunta, suscitar una duda, comentar de cualquier forma la

manera de jugar los otros jugadores significaría romper el hechizo. Sí, hechizo tenía que llamarlo, pues hechizo era lo que mantenía a su compañero tan constantemente ocupado, tan perpetuamente saciado, tan satisfecho en todo. En el caso de Maggie, decir algo equivalía a tener que decir que sentía celos. En las horas en que estaba sola, contemplaba con mirada vaga, largamente, semejante imposibilidad.

Al término de la semana, de aquella semana que había comenzado tan de mañana en Eaton Square entre su padre y Charlotte, la sensación que Maggie tenía de ser maravillosamente tratada había llegado a tener más fuerza que cualquier otra. Y debo añadir, además, que se descubrió a sí misma en trance de preguntarse qué otra sensación podía ser más avasalladora que la que sentía. Maggie sabía muy bien que la reacción de Charlotte a la prueba de estar más en su compañía debía dar al experimento la marca del triunfo; si el triunfo causaba la impresión de ser una ganancia inferior a su imagen originaria, precisamente por ello entrañaba cierta analogía con el regusto que en nuestra joven amiga dejaron las manifestaciones provocadas en Americo. En realidad, Maggie conservó más de un regusto, y si antes he hablado de las impresiones que recibió cuando de tan insidiosa forma bajó a la palestra, clara nota debo dar de lo que percibió durante aquellos momentos de la inmediata incertidumbre de Charlotte. Maggie había dado muestras, sin la menor duda, ya que no podía dejar de darla, de que había llegado animada por una idea, exactamente igual que la noche anterior había esperado a su marido, animada por un sentimiento. Esta analogía entre las dos situaciones mantendría en su mente el recuerdo del parecido existente en las expresiones de los dos rostros, de cuyos extremos lo único que Maggie podía dar por seguro era que había producido los mismos efectos en los dos o, mejor dicho, en la sensibilidad de cada uno, tan maravillosamente cubierta. El mero hecho de efectuar esta comparación significaba para Maggie recordarla una y otra vez, meditar acerca de ella, extraer las últimas gotas de significado; en resumen, jugar con ella nerviosa, vaga e incesantemente, como hubiera podido jugar con un medallón con sendos retratos en una y otra cara que llevara suspendido del cuello mediante una cadenilla de oro de tan firme delicadeza que no hubiera esfuerzo que pudiera romperla. Los retratos en miniatura se hallaban espalda contra espalda, pero Maggie los veía siempre de frente, y cuando pasaba la vista del uno al otro, veía en los ojos de Charlotte el destello momentáneo: «¿Qué desea Maggie, en realidad?», que había aparecido y desaparecido ante ella en los ojos del Príncipe. Y también veía la otra luz, la luz que se transformó en un resplandor, tanto en Portland Place como en Eaton Square, tan pronto reveló que no quería causar daño, es decir, que no quería causar a Charlotte daño mayor que el de hacerle comprender que deseaba salir con ella. Maggie había estado presente en este proceso de una forma tan personal como hubiera podido estar presente en cualquier acto doméstico, como el de colgar

un nuevo cuadro o probar al Principino sus primeros pantalones.

De esta manera Maggie siguió presente durante toda la semana, ya que la señora Verver le dio sistemáticamente y encantadoramente la bienvenida. Charlotte parecía haber esperado aquella insinuación por parte de Maggie. ¿Y qué fue, a fin de cuentas, sino una insinuación la que vio en el curso de la tranquila pero imborrable conversación en el comedor del desayuno, que Charlotte aceptaba? Y además, no la había aceptado con resignación o con matices de reserva, por amables que fueran; la había aceptado con avidez, con gratitud, con una graciosa gentileza que sustituía las explicaciones. La generosidad de este acuerdo hubiera podido hacer parecer muy bien que se daba cuenta de la situación, como si la Princesa hubiera quedado calificada de mujer mudable y, en consecuencia, sometida únicamente a las normas de un tacto que aceptaba estos caprichos como ley. En realidad, el capricho dominante consistía en que la llegada de una de las dos señoras a un sitio, fuera el que fuese, era el infalible anuncio de la llegada de la otra hasta que el acuerdo dejara de estar vigente. En ricos colores quedó expresado en la esplendente faz de este período que la señora Verver únicamente deseaba saber, en todas las ocasiones, qué se deseaba de ella, y estaba siempre dispuesta a recibir instrucciones, a fin de mejorarlas si ello era posible. Nuestras dos jóvenes amigas volvieron a ser, mientras duró este período, las compañeras que fueron en otros tiempos, las compañeras de los tiempos de las prolongadas visitas de Charlotte a Maggie, la amiga colmada de riquezas que tanto la admiraba, las compañeras de los tiempos en que la igualdad de condiciones era, para las dos, resultado de la innata ignorancia de Maggie, en lo tocante a sus ventajas. Los elementos anteriores volvieron a cobrar vida; volvieron a cobrar vida la frecuencia, la intimidad, el énfasis de las expresiones concomitantes, la apreciación, el cariño, la confianza, el insólito encanto que a cada una de las dos producía esta activa contribución a la felicidad de la otra, todo ello mejorado —mejorado o matizado, ¿quién sabe? — por una nueva nota de diplomacia, casi de ansiedad, de intensidad en la observación, que se advertía levemente en el caso de Charlotte, en la cuestión de llamada y respuesta, en la cuestión de hacer lo posible para que la Princesa quedara libre de preocupaciones y satisfecha, que parecía un intento de volver a jugar con más refinamiento a la disparidad de la relación. En pocas palabras, el comportamiento de Charlotte tenía momentos en que florecía en excesos de amable cortesía, en actos de paso a segundo término en presencia de otra gente, en súbitos formalismos de menor importancia encaminados a sugerir y a reconocer, que bien hubieran podido ser fruto de su sentido del deber de «no perder de vista» las diferencias y distinciones sociales. Maggie se daba cuenta de esto con más claridad en los momentos en que quedaba a solas con ella y en los que la inveterada costumbre de su amiga de no pasar jamás antes que ella por una puerta, de no sentarse jamás si ella no estaba sentada, de no hablar

hasta el momento en que parecía concederle licencia, de no olvidar, dejándose llevar por un exceso de familiaridad, que Maggie era mujer dotada de sensibilidad además de ser importante, producía el efecto de arrojar sobre sus relaciones una especie de argentino tejido de decoro. Se extendía sobre sus cabezas como un protocolario dosel, como el recuerdo de que, a pesar de que la dama de compañía tenía el carácter de favorita reconocida que estaba segura en su posición, era como una pequeña reina y era perfectamente capaz de recordarlo, con la más leve advertencia.

Otra de las realidades que eran anejas a este éxito febril consistía en la creencia de que en otro terreno las cosas quedaban también facilitadas. La presteza de Charlotte en complacer a Maggie había tenido, en cierto sentido y quizá de manera levemente excesiva, el carácter de una intervención, y había comenzado a reabsorber a Maggie en el preciso momento en que el marido de ésta le daba muestras de que para estar íntegramente presente, valga la expresión, sólo necesitaba que le insinuasen claramente que así se deseaba. Maggie le había oído hablar de esa «clara insinuación» en los momentos en que Americo se divertía examinando los giros y los modismos de la lengua inglesa, en las notables exhibiciones de su capacidad de asimilación, capacidad digna de más altos empeños y mejores causas. El Príncipe, en el momento oportuno, había aceptado las insinuaciones de Maggie de una manera que, en los primeros momentos del resplandor del alivio, había inducido a Charlotte a creer que el breve intervalo que había aguardado había sido en realidad prolongado. Sin embargo, inmediatamente después, se produjo un reajuste superficial de las relaciones en el que Maggie quedaba una vez más un poco sacrificada. Ésta se había dicho: «Debo hacerlo todo sin que papá vea lo que hago, por lo menos hasta el momento en que ya lo haya hecho». Pero ignoraba, y siguió ignorándolo durante los días siguientes, qué iba a hacer con el fin de desorientar o cegar a aquel partícipe de su vivir. Lo que en realidad no tardó en ocurrir, como tuvo que reconocer, fue que, si bien es cierto que su madrastra había tomado posesión de ella noblemente y que por tanto la había arrancado virtualmente del lado de su marido, tampoco cabía negar, por otra parte, que ello había comportado tras un breve período momentos encantadores de estancia en la casa de Eaton Square. Cuando Maggie iba a casa de su padre y de Charlotte, después de cualquier feliz demostración efectuada ante la sociedad en la que al parecer vivían de que no había razón alguna que abonara el que su íntima amistad no fuera pública y merecedora de aplauso, casi siempre se encontraba con que Americo o había acudido para conversar con su suegro antes de la llegada de las dos señoras, o hacía unas demostraciones junto a su suegro de la fácil armonía que reinaba en la vida familiar, equivalentes en su significado a las salidas que Maggie hacía en compañía de Charlotte. Esta concreta impresión era la causa de que en el interior de Maggie todo se fundiera y quedara reducido a trizas, es decir, todo

lo que tendía a poner en entredicho la perfección del común vivir de los cuatro. Cierto es que este particular cariz de la situación los dividía de nuevo, los volvía a separar en parejas y grupos, exactamente como si el sentido del equilibrio fuese lo que tuviera más capacidad de persistencia entre ellos, exactamente como si el propio Americo también pensara y vigilara dicho equilibrio sin cesar. Pero, en compensación, Americo conseguía que el padre de Maggie no echara en falta a ésta, y difícilmente hubiera podido rendir mejor servicio a todos ellos. Dicho en pocas palabras: Americo actuaba siguiendo una consigna, consigna de la que se había enterado mediante la observación.

Al Príncipe le había bastado con percibir un matiz de cambio en el comportamiento de Maggie. Y su instinto, en lo tocante a las relaciones entre seres humanos, instinto que era el más exquisito que quepa concebir, le indujo inmediatamente a adaptarse y a tomar en sus manos el timón del cambio. Maggie volvía a darse cuenta de lo que significaba estar casada con un hombre que era un caballero en grado sublime, por lo que, a pesar de no desear verter todas las delicadezas de su relación con Americo en la vulgaridad de una conversación, una y otra vez se hallaba a sí misma en Portland Place en trance de decir: «Si no te amara por ti mismo, ¿sabes?, te amaría por él». Después de decir Maggie frases como ésta, el Príncipe la miraba de la misma manera que la miraba Charlotte en Eaton Square cuando Maggie le recordaba la bondad del Príncipe, a través de la niebla de una casi pensativa sonrisa que estimaba que la prodigalidad de Maggie, pese a ser inofensiva, era una característica que debía tenerse en cuenta. Sometida a esta presión, Charlotte quizá se hallara al borde de decir: «Mi querida Maggie, es que la gente buena es así siempre, por lo que no debes sorprenderte. Todos nosotros somos buenos, ¿por qué no vamos a serlo? Si no lo hubiéramos sido no habríamos llegado tan lejos, porque estimo que hemos llegado muy lejos realmente. ¿Por qué has de portarte como si tú no fueras un perfecto encanto, capaz del más dulce comportamiento? Como si en realidad no hubieras crecido en ese ambiente, ese ambiente formado por tanta bondad que yo tuve ocasión de advertir, incluso en los viejos tiempos, tan pronto te traté de cerca, y que ahora me habéis permitido entre todos hacer mío». La señora Verver bien habría podido hacer otra aseveración encantadoramente natural en ella, como esposa agradecida e irreprochable. «También podría recordarte cuán maravilloso es que a tu marido, siempre que tiene oportunidad para ello, nada le parece mejor que estar en compañía del mío. Sé lo mucho que vale mi marido, querida, y comprendo perfectamente que su trato merece ser cultivado, y que su compañía es un placer.» Observaciones tan felizmente provocadas en Charlotte como las consignadas habían estado en el aire pero, tal como hemos visto, también estaba en el aire para nuestras jóvenes amigas, a modo de emanación surgida del mismo origen, una destilada diferencia cuyo esencial

principio imponía reprimir las objeciones y las contradicciones. Esta impresión siempre reaparecía en determinados momentos, hasta el punto de parecer que tenía sus horas fijas de hacerlo. Y quizá ello nos interese por cuanto provocó en Maggie una última reflexión, una reflexión por la que apareció ante ella una luz, como una gran flor que se hubiera abierto en el curso de una noche. Tan pronto como esta luz se hubo extendido un poco, iluminó con sorprendente claridad ciertas zonas e indujo a Maggie a preguntarse bruscamente por qué hubo cierta oscuridad allí aunque sólo fuera durante tres días. Decididamente, la perfección de su éxito era como una extraña playa a la que silenciosamente había sido remolcada, y en la que, sobresaltada, se echó a temblar ante la idea de que el buque que la había llevado hubiérase hecho de nuevo a la mar, dejándola allí sola. La palabra para expresarlo, la palabra que había encendido la luz era tratamiento, le estaban haciendo objeto de un tratamiento; procedían ante ella y también ante su padre, de acuerdo con un plan que era la justa réplica al suyo propio. Y no seguían la consigna dada por ella —y esto era lo que ponía alerta a Maggie—, sino que seguían la consigna que se daban el uno al otro, y lo hacían como de común acuerdo, con una exacta coincidencia de ideas de forma que, cuando Maggie comenzó a fijar su atención en ello, le pareció tener ante ella la consigna de los dos como recordándole igualdad en el comportamiento, la expresión y el tono. Tenían una misma visión de la situación de Maggie, así como de los posibles juicios que de esta situación pudiera ella adoptar; una visión determinada por el cambio de actitud que los dos, siempre muy sutilmente, tuvieron que notar por fuerza en ella cuando regresaron de Matcham. En este pequeño, pero en modo alguno disimulado cambio, tuvieron que ver un mudo comentario, aun cuando ignoraban sobre qué. Arqueándose sobre la cabeza de la Princesa como una bóveda audaz, estaba ahora el convencimiento de que difícilmente la comunicación entre los dos a este respecto pudo dejar de ser inmediata.

Como hemos dicho, la nueva percepción estaba erizada para Maggie de extrañas sugerencias, al mismo tiempo que nacían y se extinguían interrogantes sin respuesta, como, por ejemplo, por qué motivo semejante prontitud en la armonía tenía que ser importante. Cuando Maggie comenzaba a reconstruir todo lo ocurrido, parte por parte, el proceso adquiría viveza, de manera que parecía que ella se hubiera entregado a recoger menudos y destellantes diamantes en el polvo barrido en su ordenada casa. En este empeño siguió inclinada sobre el cubo que contenía lo barrido, buscando incluso hasta en los últimos restos de su inocente interés. Fue entonces cuando la desechada imagen de Americo, parado en la puerta del salottino, mientras le miraban los ojos de Maggie, sentada en la silla ante la puerta, fue entonces, decíamos, cuando este pequeño e inmenso recuerdo ejerció todo su poder. Y ya que de puertas tratamos, diremos que Maggie advirtió después que había

cerrado la puerta. Tal como hemos visto, Maggie la cerró conscientemente, quedando dentro ella sola, animada por su sensibilidad, en compañía del pensamiento sobre la reaparición de su esposo y de la plenitud de su presencia. A fin de cuentas, el testimonio prestado por esta realidad superó todos los demás en aquellos momentos, incluso mientras Maggie miraba, ya que la cálida y líquida oleada se había adentrado gran trecho en la playa. Luego, Maggie había vivido durante no sabía cuántas horas bajo un vertiginoso y ardiente encanto, realmente en submarinas profundidades, en donde todo le llegaba a través de muros de esmeralda y de madreperla, aunque sacó la cabeza a la superficie para respirar cuando volvió a ver a Charlotte, cara a cara, a la mañana siguiente en Eaton Square. Entre tanto, como era evidente, la anterior impresión, la primera impresión había quedado en ella fija, como el criado que espía al otro lado de la puerta cerrada, como un testigo dispuesto en el momento oportuno a ampararse en el más leve pretexto para volver a entrar. Y parecía que este testigo hubiera encontrado tal pretexto en la necesidad que tenía Maggie de comparar, de comparar los evidentes elementos comunes en la forma en que su marido y su madrastra la «trataban» ahora. De todas maneras, con o sin este testigo, la comparación la condujo a notar la intensidad de las ansiosas intenciones que operaban, y que tan armoniosamente operaban, entre su marido y su madrastra. En la medianoche de estas comparaciones percibió la promesa del alba.

Se trataba de un premeditado plan de los dos para no herirla a ella, un plan que les permitía comportarse con gran nobleza, un plan al que por algún medio convincente cada uno de ellos había inducido al otro a operar; en consecuencia, esto demostraba que Maggie había sido objeto de detenido estudio. Después de haber percibido la nota de alarma, rápida, ansiosa y preocupadamente, antes de que sin saberlo pudieran herirla, los dos se comunicaron mediante señales de una casa a la otra la inteligente idea, la idea de la que se había beneficiado durante estos días, la idea de la propia Maggie. Los dos, animados por un mismo propósito, habían cobijado a la Princesa bajo su armazón, y a esto se debía el que sobre su cabeza se arqueara ahora una pesada bóveda. Y allí estaba ahora aposentada en la sólida cámara de su impotencia, como inmersa en un baño de benevolencia arteramente preparado para ella, del que apenas podía sacar la cabeza estirando el cuello para mirar. Nada había que objetar a los baños de benevolencia, sin embargo, salvo cuando uno es un enfermo de determinada clase; a un excéntrico nervioso o a un niño abandonado no se suele sumergirlos en baño alguno a no ser que lo pidan. Y Maggie no lo había pedido. Había agitado sus débiles alas como queriendo expresar su deseo de volar, y no para pedir una jaula todavía más dorada o más terrones de azúcar. A fin de cuentas, Maggie no se había quejado ni siquiera con una sílaba. Por lo tanto, ¿cuál era la herida que había mostrado temor de que le infligieran? ¿Qué herida había recibido realmente que

motivara que no intercambiara una palabra con ellos? Si Maggie hubiera gemido o hecho pucheros, hubieran tenido un motivo. Pero así la ahorcaran —Maggie empleaba expresiones fuertes cuando conversaba consigo misma—, su comportamiento no sería absolutamente dulce y aquiescente desde el principio al final. En consecuencia todo tenía que deberse, a fin de cuentas, al procedimiento de los otros dos, que operaban con toda claridad con precaución en la política a seguir. La habían metido en el baño y la necesidad de ser consecuentes consigo mismos —de ser consecuentes el uno con el otro— exigía que la mantuvieran allí.

Hallándose en esta situación, Maggie no podía inmiscuirse en la política de los dos, que era una política acordada y establecida. Sus pensamientos referentes a este tema llegaron a adquirir gran intensidad. Es cierto que el pensamiento de Maggie tenía sus altibajos, pero esto sólo servía para que diera después un mayor paso al frente. Conoció a fondo aquel asunto cuando llegó a la conclusión de que su marido y la aliada de su marido estaban directamente interesados en privarla de libertad de movimientos. Política o no política, los dos eran quienes se habían organizado. Y era preciso mantener a Maggie en una situación que no le permitiera desorganizarlos. Todo encajaba maravillosamente tan pronto como Maggie pudo atribuir a los otros dos un motivo. A pesar de que, a estas alturas, a ella misma le había comenzado a parecer extraño que, hasta el momento, no hubiera podido imaginar que los dos estuvieran animados por un ideal tan diferente al suyo propio. Desde luego, estaban organizados, los cuatro estaban organizados; sin embargo, ¿cuál había sido la base de su vivir, sino la de estar todos organizados? Sí, Americo y Charlotte se habían organizado conjuntamente, pero ella, Maggie, estaba organizada aparte. El pleno sentido de todo lo anterior acudió velozmente a su pensamiento de una manera muy diferente a la de aquella que la arrastró diez días atrás. Y como sea que su padre no parecía apercibirse de la mano vagamente crispada con la que ella había intentado apoyarse al recibir la primera y fuerte impresión, ahora se sentía muy sola.

Capítulo XXVII

Había un proyecto ya antiguo —nacido aproximadamente en las anteriores Navidades— según el cual padre e hija tenían que «hacer algo» divertido los dos juntos; los dos ya lo habían hablado en diversas ocasiones, lo habían alimentado y lo habían puesto en pie, teóricamente, aunque sin permitirse en verdad poner los pies en el suelo. Lo sumo que habían hecho sobre este proyecto fue dar unos cuantos pasos sobre la alfombra de la sala de estar, con gran vigilancia por parte de los dos, sosteniéndolo y protegiéndolo con

grandes prevenciones para evitar accidentes y frustraciones. Americo y Charlotte habían asistido siempre a estos ensayos siguiendo el experimento con simpatía y alegría, y jamás aplaudieron con más entusiasmo, como Maggie ahora advirtió, que cuando el proyecto, en pañales todavía, pataleó más alocadamente, pataleó ante todos, pasando el Canal y cruzando medio Continente, pasando luego los Pirineos y, por fin, pronunciando con toda inocencia, casi en un vagido, un sonoro nombre español. En la actualidad, Maggie se preguntaba si realmente su padre y ella creían que deseaban, a fin de correr esta aventura, arrancar unos momentos para sí mismos, o si cualquiera de los dos, en un momento determinado, había considerado que el proyecto significaba realmente la posibilidad no sólo de exhibirlo como un juguete a los otros dos, sino también de irse los dos juntos, sin marido y sin mujer, para echar otra ojeada, «antes de morir», a los cuadros de Madrid, y demorarse un poco más para prestar atención a tres o cuatro posibles adquisiciones, confidencialmente ofrecidas, de rarezas primorosas de las que había tenido noticia fidedigna, que habían sido profusamente fotografiadas, y aún esperaban pacientemente su sigilosa llegada a recónditos lugares de cuya situación no se había dado la clave. Esta visión con la que habían jugueteado durante los más crepusculares días en Eaton Square se había proyectado a dedicar un período de tres o cuatro semanas de primavera a la aventura, tres o cuatro semanas vividas de acuerdo con el espíritu que animaba su vida regularizada, en la medida que esta vida regularizada persistía, pletórica de compartidas mañanas, tardes y noches, de compartidos paseos a pie y en coche, de visitas para «ver» en antiguos lugares, animados por vagas ilusiones, una vida pletórica de manera principal de aquella comprada libertad social, de la sensación de comodidad y crédito anejos a su casa que esencialmente tenía la perfección propia de algo por lo que se ha pagado el precio, pero que «resultaba», globalmente considerado, tan barato que parecía que no costara nada al padre ni a la hija. En la actualidad, Maggie se preguntaba si había sido sincera en lo tocante a aquel viaje, se preguntaba si hubiera sido fiel al proyecto, incluso en el caso de que nada hubiera ocurrido.

El que Maggie ahora considerase imposible seguir fiel al plan quizá nos dé la medida de su convicción de que había ocurrido cuanto podía ocurrir. Se había producido un cambio en su relación con cada uno de sus familiares, y este cambio la había obligado a decirse a sí misma que comportarse como antes lo hacía significaba comportarse, con respecto a Americo y Charlotte, con la más redomada hipocresía. En estos días Maggie estimaba que efectuar con su padre un viaje por países extranjeros equivaldría, sobre todo, tanto por su parte como por la de su padre, a una última expresión de excesiva confianza, ya que el encanto de la idea había partido en realidad de tan sublime concepto. Día tras día, demoraba el momento de «hablar» con su padre y daba a este término muchos significados. Además, se sentía dominada

por la extraña aprensión de que fuera su padre quien rompiera el silencio. Maggie le daba tiempo, le dio tiempo durante varios días, le dio tiempo aquella mañana, aquel mediodía, aquella noche, y a la siguiente y a la siguiente y a la siguiente, e incluso llegó a pensar que si su padre seguía sin referirse al proyecto sería prueba concluyente de que también él se sentía inquieto. De todo ello quizá resultara que se habían dedicado, con gran éxito, a arrojarse tierra a los ojos los unos a los otros, y al final resultaría que todos tendrían que volver la cabeza, debido a que la plateada niebla que los protegía hubiera comenzado a disiparse. Por fin, a últimos de abril, Maggie decidió que si su padre nada decía en el curso de las próximas veinticuatro horas, debería considerar que esto significaba que estaban «perdidos», dicho sea en el particular léxico de Maggie, ya que muy poca sinceridad podía haber en fingir interés por efectuar un viaje a España cuando ya se aproximaba el verano, un verano que prometía ser caluroso. Semejante propuesta en labios de su padre, semejante desorbitado optimismo, representaría su manera de ser consecuente consigo mismo, por cuanto el hecho de que en realidad no deseara moverse, o que su desplazamiento se limitara, en el peor de los casos, a regresar a Fawns, sólo podía significar que su padre no era feliz. Maggie, de todas maneras, averiguó lo que su padre quería y lo que no quería, y lo hizo en el momento preciso para que ello infundiera nueva claridad a su mente. Maggie había cenado con su esposo en la casa de Eaton Square, con motivo de recibir en ella el señor y la señora Verver a lord y lady Castledean. La conveniencia de un acto de este género había sido considerada durante varios días por nuestro grupo, y la cuestión quedó reducida a determinar cuál de los dos hogares debía entrar en liza en primer lugar. El problema quedó fácilmente resuelto, como quedaban todos aquellos que en cierta medida afectaran a Americo y a Charlotte. La iniciativa correspondía evidentemente a la señora Verver, que había ido a Matcham, en tanto que Maggie no había ido, y la velada de Eaton Square bien podía considerarse como una demostración personal por cuanto la cena se había planeado con criterios de «intimidad». Además de los anfitriones de Matcham, sólo seis invitados más formaban el grupo, y cada una de estas personas tenía para Maggie el interés propio de una celebración habida en las celebraciones pascuales en aquella casa legendaria. El recuerdo común de una ocasión que había dejado una imborrable e inefable estela de encanto, ese aire de afectuoso comentario, menos reprimido en los demás que en Americo y Charlotte, les daba una indescifrable camaradería contra la cual la imaginación de nuestra joven amiga se estrellaba como una menuda ola impotente.

Y esto no significaba que Maggie deseara haber participado en la tan recordada fiesta ni ser partícipe de sus secretos, porque tales secretos nada le importaban; en la actualidad, únicamente y de manera absoluta, le preocupaban sus propios secretos. Ocurría sencillamente que Maggie se había dado cuenta, de repente, de la información que necesitaba para sus propios

fines, y de la mucha información que podía sonsacar a aquella gente, de una manera u otra, por lo que de repente sintió el deseo de dominar y utilizar a aquella gente, incluso hasta el punto de desafiar, de explotar directamente, posiblemente de gozar, bajo la protección de una perversa hipocresía, del perceptible elemento de curiosidad con que la miraban. Tan pronto como Maggie tuvo conciencia del aleteo de esta última impresión —la irresistible percepción de que ella representaba algo en la extraña experiencia de ellos, de la misma manera que ellos representaban algo para la suya—, su consciente propósito de no dejarlos escapar dejó de conocer límites. Tan pronto como comenzó aquella noche, Maggie siguió adelante y avanzó como había sentido que avanzaba tres semanas antes, aquella mañana en que la visión de su padre y de su esposa, esperándola juntos en el comedor del desayuno, había sido tan decisiva. En esta otra escena, lady Castledean fue quien tuvo el poder de decidir, fue quien encendió la luz, quien prendió el fuego, quien activó los nervios. Lady Castledean no le gustaba a Maggie, según le constaba, a pesar de todas las razones que hubiera en contra, a pesar de los más grandes diamantes en el cabello dorado, a pesar de las más largas pestañas sombreando los más lindos y falsos ojos, a pesar del más antiguo encaje sobre el más violeta terciopelo, a pesar de las más correctas maneras sobre las más erróneas presunciones. Su presunción consistía en tener, en todos los momentos de su vida, todas las ventajas, lo cual la hacía suavemente bella y casi generosa, por lo que no distinguía los menudos ojos protuberantes de los insectos sociales menores, a menudo tan bien dotados, de las otras decorativas protuberancias que cabía ver en sus cuerpos y en sus alas. A Maggie le habían gustado, en Londres y en todo el mundo, las personas que se consideraban con derecho a temer, con derecho incluso a juzgar; tener que reconocer, en aquel caso concreto, la ausencia de todo género de lógica consecuencia tenía la virtud de darle fiebre. En realidad, todo consistía únicamente en que una encantadora e inteligente mujer la miraba con curiosidad, con curiosidad como esposa de Americo; además esta curiosidad estaba animada por un espíritu de amabilidad y de espontaneidad casi sorprendente.

El punto de vista, este punto de vista, era lo que Maggie percibía en la libre contemplación de los ocho. Había en Americo algo que debía explicarse, y Maggie era pasada de mano en mano tierna y hábilmente, como una muñeca vestida correctamente, sostenida por su parte media, prietamente rellena, para que diera una explicación. Oprimiéndole el estómago cabía la posibilidad de que la diera, y parecía que de ella se esperara que, en rara imitación de la naturaleza, dijera: «Oh, sí, aquí estoy y siempre he estado aquí; también soy, a mi manera, un pequeño hecho real; en principio cuesto mucho dinero, es decir, mis aderezos cuestan a mi padre mucho dinero; por otra parte, impongo a mi marido trabajos encaminados a mi educación que no se pueden pagar con dinero». Maggie podía dar a aquella gente una réplica de esta manera, y

tradujo sus ideas en actos después de la cena, antes de que se dispersaran, comprometiéndolos a todos, sin convencionalismos, casi violentamente, a que fueran a cenar a su casa de Portland Place, comprometiéndoles a los mismos que allí estaban, si es que no les molestaba ser los mismos, que era lo que ella quería. Sí, Maggie avanzaba, seguía adelante, y de ello se dio cuenta una vez más. Era algo parecido a haber estornudado diez veces seguidas o a haberse puesto a cantar de repente una canción cómica. Había rupturas en la ilación y habría obstáculos en el proceso. Maggie no veía con claridad qué podía hacer aquella gente en su beneficio, ni la manera en que debía tratarla, pero ya andaba bailando de un lado para otro, bajo la apariencia de un correcto proceder, animada por el pensamiento de que algo había comenzado, tanto le gustaba darse cuenta de que ella era el punto de convergencia de curiosidades. A fin de cuentas, tampoco comportaba que la curiosidad de aquella gente significara gran cosa, la curiosidad de aquellos seis acorralados, a quienes Maggie consideraba, con lúcida consideración, que aún se hallaba en disposición de conducir como si se tratara de un rebaño de corderos. La intensidad de la conciencia de Maggie, su penetrante sabor, derivada de que ella había conseguido atraer, capturar, cual aquella gente decía, la atención de Americo y de Charlotte, a ninguno de los cuales Maggie había mirado siquiera en ningún momento. En realidad, Maggie había mezclado a éstos con los otros seis. Con el paso del tiempo Americo y Charlotte perdieron el contacto con su función; dicho en pocas palabras: impresionados y sorprendidos, abandonaron sus puestos. En el fondo de su ser, Maggie se decía: «¡Han quedado paralizados, paralizados!». Hasta este punto ayudaba a dar coherencia a las percepciones de Maggie el hecho de que ambos estuviesen desorientados.

Con ello vemos que la apariencia, en el caso de Maggie, no guardaba la debida proporción con las causas. Pero, de una manera esporádica, ella pensaba que si conseguía captar correctamente las apariencias, si conseguía situarlas en el lugar que les correspondía, las razones agazapadas detrás de ellas, las razones inciertas a la vista, debido a su naturaleza cambiante, quizá quedaran de relieve. Y no consistía todo en que el Príncipe y la señora Verver se maravillaran al ver que Maggie se comportaba cortésmente con sus amigos, sino en todo lo contrario, en que no era cortés su comportamiento, ya que se había apartado de la costumbre de ser delicada en la propuesta, propuesta efectuada mediante la sugerencia del condicional «si», mediante la aceptada vaguedad que habría permitido a aquella gente frustrar sus propósitos caso de que hubieran querido. La razón de su plan, la fuente de aquella violencia que estaba plenamente dispuesta a desatar, consistía en que era aquella gente ante la que Maggie se había comportado antes con cierta timidez, pero ante la que ahora, de pronto, hablaba con sinceridad. Sin embargo, debemos añadir que más tarde, cuando Maggie hubo recorrido con rapidez el camino que tenía que recorrer, con paso agitado pero decidido, dejó de tener importancia el que

aquella gente fuera la misma o no. Entre tanto, la concreta impresión que los invitados le produjeron aquella noche le había rendido el servicio, al parecer, de romper el hielo precisamente en el punto en que más grosor tenía. De una forma todavía más imprevista aquel servicio había beneficiado igualmente a su padre, puesto que tan pronto como se fueron todos hizo con exactitud lo que ella esperaba de él y ya había perdido las esperanzas de que lo hiciera; pero lo hizo como lo hacía todo, con una sencillez que daba el carácter de inútil a todo intento de sondearle más profundamente, de hacerle hablar más, de indagar, como él decía, lo que había «detrás» de sus palabras. Lo dijo sin ambages dando a sus palabras un tono bella y valerosamente irrelevante, atenuado solamente por la consideración de que más les valía no romper el momento de encanto:

—Creo que más vale que no vayamos, ¿no te parece, Maggie?, precisamente ahora que tan bien estamos aquí.

Esto fue todo, sin que las palabras entrañasen ulteriores consecuencias, pero para Maggie el asunto quedó concluido de una vez para siempre, y también quedó concluido para Americo y Charlotte, en quienes el efecto fue inmediato, prodigioso, como secretamente y casi con el aliento cortado percibió Maggie. Para ella, ahora todo encajaba tan bien con todo lo demás y podía darse cuenta de que el efecto había sido prodigioso, incluso observando la política de no mirar siquiera a los otros dos. Y así transcurrieron cinco maravillosos minutos durante los cuales Americo y Charlotte se agigantaron a uno y otro lado de Maggie, hasta adquirir un tamaño superior al de cualquier pensamiento, al de cualquier peligro, al de cualquier seguridad. Así discurrió un período que fue vertiginoso para ella, durante el cual no prestó atención a ninguno de los dos, igual que si no estuvieran presentes en la estancia.

Nunca, nunca los había tratado Maggie de aquella manera, ni siquiera unos momentos antes, cuando aplicó su arte al grupo de Matcham, pues su actual comportamiento significaba una exclusión todavía más intensa; en el aire pesaba el silencio mientras Maggie hablaba con su padre, como si él fuera la única persona a quien tenía en consideración. El señor Verver había dado a Maggie la nota de una manera pasmosa al aludir a lo bien que estaba —refiriéndose al éxito de la cena—, que podía considerarse como un soborno que los inducía a renunciar, de manera que parecía que los dos hablaran al impulso del egoísmo, pensando en la ocasión de repetir la cena. Por esto, en un acto de energía sin precedentes, Maggie se arrojó en brazos de su padre y con absoluta firmeza sostuvo la mirada de los ojos del señor Verver mientras se decía a sí misma: «¿Qué quiere decir con estas palabras? Ésta es la cuestión: ¿qué pretende?», al tiempo que sonreía, hablaba e inauguraba su nuevo sistema, pero sin dejar de estudiar una vez más todos los síntomas que presentaba su padre, aquellos síntomas que la reciente ansiedad le había hecho

familiares, y contando los pasmosos minutos, con referencia a los otros dos. Los otros dos, al parecer de Maggie, se agigantaban con su silencio. Luego, se dio cuenta de que no alcanzó a medir la duración de aquel silencio, pero duró y duró —tanto que hasta habría podido calificarse, en otras circunstancias, de silencio embarazoso— como si la propia Maggie estuviera tirando de él. Sin embargo, diez minutos más tarde, en el coche que los llevaría a casa, al que su marido se había dirigido sin entretenerse tan pronto les anunciaron que se hallaba en la puerta, Maggie aumentó aquella tensión hasta el punto de casi producir una ruptura. El Príncipe, dirigiéndose a la puerta, no permitió a Maggie que se quedara charlando el tiempo que solía al término de las veladas como aquélla. Ésta, atenta a todo, consideró que era un indicio de los impacientes deseos del Príncipe de modificar el extraño efecto de no haber aplaudido instantáneamente —y de no haberlo hecho tampoco Charlotte— la solución de la cuestión debatida ante ellos, o mejor dicho, resuelta ante ellos. El Príncipe había tenido tiempo de darse cuenta de la impresión que posiblemente produjo en Maggie que el hecho de que él la apremiara virtualmente a dirigirse al coche estaba relacionado con su impresión de que ahora tenía que actuar en un terreno diferente y nuevo. Si Maggie hubiera adoptado una actitud un poco ambigua ante el Príncipe, esto le habría atormentado, pero el Príncipe ya había hallado algo que suavizar y corregir, algo que Maggie astutamente intuía. En realidad, estaba preparada para ello, y cuando se sentó en el coche, quedó pasmada de lo muy preparada que estaba.

Dándose cuenta de la magnífica coherencia de su pensamiento, dijo:

—Tenía la seguridad de que mi padre haría esto en caso de que yo le dejara decidir por sí mismo. Le he dejado decidir, y mira el resultado. Le desagrada viajar, prefiere estar con nosotros. Ves los efectos, pero quizá no veas la causa. Aunque creo que la causa es maravillosa.

Su marido, después de sentarse junto a ella, nada dijo y nada hizo durante un tiempo, mientras Maggie se mantenía en guardia. A ella le causaba la impresión de que pensara, esperara, decidiera. Y como Maggie suponía, antes de hablar, el Príncipe actuó. Puso el brazo alrededor del cuerpo de Maggie y la atrajo hacia él.

El Príncipe se entregó a la prueba, se entregó al largo y firme abrazo con un solo brazo, a la infinita presión del cuerpo entero de Maggie contra el suyo, así lo aconsejaban y prescribían circunstancias como la presente. En consecuencia, sintiéndose exquisitamente solicitada y sintiéndolo, de manera profundamente íntima, como no podía por menos, Maggie dijo lo que deseaba y se proponía decir; teniendo la impresión, más fuerte que cualquier otra, de que debía comportarse con sentido de la responsabilidad, fuera lo que fuese lo que el Príncipe hiciera. Sí, Maggie se encontraba en poder del Príncipe, pero también se encontraba bajo su consciente responsabilidad, y lo extraordinario

era que entre las dos fuerzas, la segunda se convertía ahora en la más potente. Entre tanto, él demoraba dar contestación a las palabras de su esposa, pero al fin lo hizo en cierta manera:

—¿La causa de que tu padre haya decidido no ir de viaje?

—Sí, y de que yo deseara que lo decidiera por sí mismo sin que yo insistiera en ningún sentido.

En su estado de tensión Maggie hizo otra pausa, lo que le produjo la impresión de que ejercía una resistencia inmensa. Fue muy rara y totalmente nueva esta sensación que Maggie tuvo de poseer de manera casi milagrosa una ventaja que, de forma absoluta, podía conservar o abandonar allí en aquel instante, en el coche, mientras avanzaban. Aquello era raro, indeciblemente raro, tal era la claridad con la que Maggie veía que si renunciaba a aquella ventaja, renunciaría asimismo a todo para siempre. Y lo que el poder de su marido significaba, como Maggie sentía en el tuétano de los huesos, era que ella debía renunciar. Precisamente a este fin el Príncipe había recurrido a su infalible remedio mágico. El Príncipe sabía cómo recurrir a él. En ocasiones así, como Maggie había tenido ocasión de comprobar en los últimos tiempos, el Príncipe sabía ser un amante generoso en grado sumo; precisamente, era ésta una de las facetas de su carácter que Maggie jamás dejaba de estimar como una parte de su gracia generosa y noble, de su talento para ejercer el encanto, para la conversación, para la expresión, para la vida. A Maggie le habría bastado cierto movimiento para apoyar la cabeza en su hombro y darle a entender que abandonaba toda resistencia. Mientras avanzaban, todos los latidos de su conciencia le inducían a hacerlo, es decir, todos los latidos salvo uno: el de su más profunda necesidad de saber dónde se hallaba «en realidad». En consecuencia, cuando la Princesa expresó su pensamiento todavía conservaba la cabeza y tenía la intención de seguir conservándola, a pesar de que también miraba a través de la ventanilla del coche, con ojos a los que habían acudido las lágrimas de las penas sufridas, lágrimas quizá felizmente invisibles a la escasa luz de la noche. Maggie estaba haciendo un esfuerzo que le producía un dolor horrible, y como sea que no podía llorar claramente, sus ojos se ahogaban en el silencio. De todas maneras, consiguió con su mirada, a través de la plaza que se abría junto a ella, a través del grisáceo panorama de la noche londinense, la hazaña de no perder de vista aquello que quería conseguir y sus labios la ayudaron y protegieron, al ser capaces de hablar alegremente:

—Es para no alejarme de ti, querido. Por eso mi padre renunciaría a cualquier cosa.

Ella guardó silencio unos instantes y, con la vista fija en el exterior, añadió:

—De la misma forma que iría a cualquier sitio si tú fueras con él, quiero

decir los dos solos.

Antes de dar respuesta a estas palabras, Americo dejó pasar unos instantes:

—¡Gran persona! ¿Quieres que le proponga una cosa?

—Si te sientes con ánimos para soportarlo…

El Príncipe preguntó:

—¿Y dejaros solas a Charlotte y a ti?

—¿Por qué no?

Después de decir estas palabras, Maggie tuvo que guardar unos momentos de silencio, pero cuando habló lo hizo con voz clara:

—¿Por qué no puede ser Charlotte uno de mis motivos? ¿Por qué el que no me guste apartarme de ella no puede ser una de mis razones? Siempre ha sido tan buena, tan perfecta para conmigo… Pero jamás lo ha sido de una forma tan maravillosa como ahora. Últimamente hemos estado más juntas pensando casi únicamente la una en la otra, igual que en los viejos tiempos.

Con acento de consumación, ya que Maggie consideraba que se trataba de un hecho consumado, prosiguió:

—Parecía que nos hubiéramos estado echando en falta la una a la otra, que nos hubiéramos distanciado un poco, a pesar de llevar vidas tan paralelas.

Después de una breve pausa, se apresuró a añadir:

—Pero los buenos momentos siempre llegan por sí mismos, lo único que hay que hacer es esperarlos. Bueno, esto has podido verlo por ti mismo gracias a la manera en que has tratado siempre a mi padre; has podido sentirlo por ti mismo, a tu manera bella, hermosa; has podido percibir todos los matices, toda la brisa cambiante, sin que haya sido necesario decirte nada, ni impelerte a nada; lo has percibido gracias a tu ternura, gracias a tus buenos sentimientos. Desde luego, en todo momento te has dado cuenta de que los dos, él y yo, valorábamos en todo lo que vale cuanto tú hacías, cuanto hacías para que no se sintiera demasiado solo, en tanto que yo, por mi parte, tampoco me he olvidado de él.

Después de unos instantes, Maggie prosiguió:

—Esto es algo que jamás podré agradecerte en la debida medida. De entre todo lo que has hecho en beneficio mío, esto es lo mejor.

Maggie prosiguió relatando como si lo hiciera por simple placer de relatar las formas que la liberalidad del Príncipe había adoptado, incluso a sabiendas de que el Príncipe lo sabía forzosamente, lo cual formaba parte también de su fácil percepción:

—Esos días en que llevabas al niño a casa de papá, y en que luego ibas siempre a buscarlo… No podías ingeniarte nada que pudiera gustar más a mi padre. Además, como sabes muy bien, siempre le has gustado a papá, y tú siempre, con gran elegancia, le has inducido a creer a él que te gusta a ti. Durante estas últimas semanas te has comportado como si desearas recordárselo de nuevo con el fin de complacerle.

Y Maggie concluyó:

—Y todo se debe a ti. Has producido tus efectos, entre ellos el de que mi padre no desee apartarse de ti, ni siquiera durante uno o dos meses. No quiere preocuparte, ni quiere aburrirte. Creo que esto, como muy bien te consta, jamás lo ha hecho. Y si me das el tiempo preciso, ya me encargaré, como siempre me he encargado, de que jamás llegue a hacerlo.

Maggie había dicho lo que pensaba matizando las palabras, expresándose bien, y lo hizo sin dificultad, porque todas y cada una de sus palabras reflejaban una larga evolución de los sentimientos, por cuanto era lo que plenamente sentía. Maggie había pintado el cuadro y había obligado al Príncipe a comprenderlo, lo había colgado ante su vista, recordándole felizmente que el Príncipe había llegado cierto día con el apoyo del Principino al punto de proponer, en Eaton Square, ir al parque zoológico para llevar con él, impelido por tan placentera inspiración, tanto al mayor como al menor de sus compañeros, diciendo al segundo de ellos que iban a presentar al abuelito, un abuelito nervioso y un tanto propicio a estropear la diversión, a los leones y a los tigres que se hallaban allí más o menos en libertad. De esta manera, Maggie dejó caer gota a gota en el silencio de su marido la verdad acerca de su bondadoso carácter y sus buenos modales, y fue precisamente esta demostración de las virtudes del Príncipe lo que aumentó la extrañeza, incluso para la propia Maggie, de que no cediera ante el Príncipe. Era solamente la cuestión del acto más trivial de rendición, de la vibración de un nervio, del movimiento de un músculo, pero este acto adquirió importancia para los dos debido a que ella no hacía nada salvo hablar en aquel mismo tono que de una manera natural tendría que haberla arrastrado a la ternura. Maggie se percataba más y más, y cada minuto que pasaba se lo demostraba, de que el Príncipe con sólo un toque correcto podía hacer que ella dejara de estar en guardia, con sólo un toque correcto que se hallaba a millones de millas de distancia de la actual anomalía, tan insatisfactoria, y que consistiría en que el Príncipe con benévola clarividencia le dijera una definitiva y feliz informalidad. «Vente conmigo a cualquier sitio. Tú. Ven conmigo y no necesitaremos pensar en nada ni en nadie. Ni siquiera será preciso que hablemos.» Palabras tan breves como éstas habrían bastado para satisfacer a Maggie, para quebrantar totalmente su resistencia. Pero éstas eran las únicas palabras que podían servir a este fin. Maggie las esperaba, y hubo un instante supremo en que, por las pruebas del

resto de la persona del Príncipe, tuvo la impresión de sentirlas en el corazón y en los labios de su marido, pero las palabras no sonaron, y como sea que esto le indujo a esperar más, también la indujo a estar más en guardia. A su vez, esto hizo ver a Maggie que también el Príncipe esperaba y estaba en guardia, así como lo mucho que él había esperado algo que ahora sabía que no iba a llegar. No, no llegaría si el Príncipe no correspondía a Maggie, si se limitaba a decir palabras erróneas, en vez de decir las palabras debidas. Si él pudiera decir lo que debía decir, todo llegaría; y ahora, el que todo cristalizara para la recuperación de su felicidad al impulso de un solo toque del Príncipe pendía de un delgado hilo. Sin embargo, esta posibilidad pareció brillar para Maggie durante cincuenta segundos y luego se enfrió; al hundirse, alejándose de ella, sintió el escalofrío de la realidad, y estando casi oprimida contra el corazón de su esposo y sintiendo su aliento en la mejilla, volvió a tener conciencia del sutil rigor de su actitud, un rigor muy superior al de su natural manera de ser. Por fin, los dos tuvieron silencios que casi fueron rudas expresiones de su recíproca resistencia, silencios que persistieron a través de los notables intentos del Príncipe de tratar aquella recordación, a la que Maggie se había entregado, del papel que el Príncipe había interpretado últimamente, de comprender toda la dulzura de las palabras que Maggie le había dirigido, como si fuera una manera de hacerle el amor. Para ella no era esto, ni mucho menos. ¡Si de hacer el amor al Príncipe se hubiese tratado, Maggie podría hacerlo mucho mejor! Ahora se le ocurrió decir, con referencia a aquello de que había estado hablando:

—Desde luego, si se trata de ir a algún sitio, mi padre iría con mucho gusto y con entusiasmo si tú le acompañaras. Estoy convencida de que le gustaría tenerte solo para él durante un tiempo.

Al cabo de un rato, el Príncipe preguntó, sondeando a Maggie:

—¿Crees que tiene la intención de proponerme algo?

—No, no… Como has tenido sobradas ocasiones de comprobar, nunca pide nada. Pero creo que si se lo propusieras tú, «raudo como el rayo», como tú dices, aceptaría.

A Maggie le constaba que sus palabras tenían un claro matiz de imposición de condiciones, e incluso mientras hablaba se preguntó si no sería causa de que el Príncipe apartara el brazo con que la tenía enlazada. El que no la soltara la indujo a suponer que le había obligado de repente a pensar todavía con más intensidad, a pensar con la atención tan concentrada que no podía hacer otra cosa. Y en el mismo instante, el Príncipe se comportó exactamente como si estuviera pensando muy concentrado. Adoptó una actitud incongruente que causó una impresión superficial; fue como un salto que le apartó del tono de gravedad con el que los dos habían hablado, y que le reveló a ella que su

esposo tenía necesidad de ganar tiempo. Maggie advirtió que él se daba cuenta de que se hallaba en una posición débil, y que la advertencia que le había dirigido había llegado al Príncipe y también a Charlotte de modo excesivamente brusco. Maggie volvió a comprender que, ante su advertencia, los dos se veían obligados a modificar su comportamiento, aun cuando, para efectuar esta modificación de la manera que deseaban, necesitaban un período más o menos largo de recobrada independencia. Por el momento Americo se veía obligado a actuar de una manera que no le gustaba, y parecía que Maggie observara sin disimulo los esfuerzos de su marido. El Príncipe dijo:

—¿Qué crees que hará este año tu padre? ¿Irá a Fawns por Pascua de Pentecostés para quedarse a pasar la temporada?

Maggie habló con acento meditativo:

—Imagino que hará lo que considere que es más agradable para ti. Desde luego, también debemos tener en cuenta a Charlotte. Aunque el hecho de que vayan temprano a Fawns no significa que tú y yo estemos obligados a ir también.

Como un eco, Americo repitió:

—¡No significa que tú y yo estemos obligados a ir también!

—Podemos hacer lo que queramos. En realidad, no nos necesitan, por fortuna son perfectamente felices los dos juntos.

El Príncipe repuso:

—La verdad es que tu padre nunca es tan feliz como cuando tú estás junto a él para gozarte con su dicha.

Maggie observó:

—Ciertamente, puedo gozar con la dicha de mi padre, pero la verdad es que yo no soy la causa de tal dicha.

Su marido declaró:

—Tú eres la causa de la mayor parte de las cosas que son buenas para nosotros.

Pero Maggie recibió en silencio este tributo y, al instante, el Príncipe prosiguió:

—Si la señora Verver tiene atrasos de tiempo contigo, como tú dices, difícilmente podrá pagártelos ni tú podrás cobrarlos, si nosotros, si tú y yo, nos alejamos de ella.

Maggie murmuró:

—Comprendo lo que quieres decir.

El Príncipe dejó que Maggie meditara sus palabras, después de lo cual preguntó:

—¿Crees que podemos, así, de repente, proponer un viaje a tu padre?

Maggie dudó, pero al fin expresó el fruto de sus reflexiones:

—Tendría la ventaja de que, por fin, Charlotte podría estar conmigo, quiero decir que podría estar más tiempo conmigo. Y también debemos tener en cuenta que no considero correcto elegir precisamente esta temporada para irme, ya que con ello causaría la impresión de carecer de conciencia, de carecer de gratitud, de no corresponder debidamente; en resumen, de querer desprenderme de Charlotte. Y creo que, al contrario, debo dar muy claras muestras de corresponder a Charlotte quedándome sola con ella durante un mes.

—¿Quieres quedarte sola con ella durante un mes? —Creo que sería maravilloso.

Alegremente, Maggie añadió:

—¡Incluso podríamos ir las dos solas a Fawns!

El Príncipe preguntó:

—¿Tan feliz serías sin mí?

—Sí, querido, siempre y cuando tú fueras feliz en compañía de papá. Esto me dejaría tranquila. Entretanto, yo iría a vivir a casa de Charlotte o Charlotte podría venir a vivir a Portland Place.

Con alegre vaguedad, el Príncipe exclamó:

—¡Ajá!

Maggie prosiguió:

—Tendría la impresión de que de esta manera pondríamos de relieve la misma clase de afecto.

Pensando en voz alta, el Príncipe preguntó:

—¿Quién? ¿Charlotte y yo?

Maggie volvió a dudar.

—Tú y yo, querido.

El Príncipe comprendió rápidamente a Maggie, ahora:

—Claro, claro… ¿Y qué razón crees que puedo dar, a tu padre, quiero decir?

—¿Para proponerle hacer un viaje? Pues la más sencilla, si es que en conciencia puedes. El deseo de serle agradable. Con ésta basta.

Algo hubo en esta contestación que indujo a su marido a reflexionar. Preguntó:

—¿«En conciencia»? ¿Ya santo de qué no he de hacerlo en conciencia?

A continuación el Príncipe arguyó:

—Según lo que tú has dicho, mi propuesta no será sorpresa alguna para él. Y creo que, en el peor de los casos, tu padre me tiene conceptuado como la última persona en el mundo con deseos de hacer algo que pueda causarle un gran perjuicio.

Una vez más Maggie percibió aquella observación, la de la consciente necesidad de no causar daño o perjuicio. De nuevo Maggie se preguntó por qué adoptaban aquel punto de vista de cautela, cuando su padre se había quejado tan poco como ella, o quizá menos. Hallándose los dos juntos gozando de tan perfecta tranquilidad, ¿qué podía ser lo que en ellos sugiriese la necesidad de no causar daño? En su fuero interno Maggie examinó esta actitud, en los otros dos, y la vio vívida y concreta, directamente propagada por su marido a Charlotte. Sin embargo, antes de que tuviera plena conciencia de lo anterior, repitió en la intensidad de su pensamiento las últimas palabras de Americo:

—Eres la última persona en el mundo con deseos de hacer algo que pueda causarle un perjuicio.

Maggie oyó sus propias palabras, oyó el tono de sus palabras después de haberlas pronunciado, y con tanta mayor claridad lo oyó, porque en seguida sintió la mirada de su marido en su cara, muy cerca, tan cerca que no podía verle. El Príncipe la miraba debido a que había quedado impresionado. La miraba fijamente, a pesar de que cuando por fin habló, sus palabras no fueron evasivas:

—Creo que en esta materia estamos de acuerdo; tú misma has dicho que estimas que me preocupo notablemente de que tu padre viva de la manera más cómoda y placentera posible. En este caso, tu padre podría demostrar que tiene conciencia de ello siendo él quien me proponga el viaje. Maggie preguntó inmediatamente:

—¿Y te irías con él?

El Príncipe guardó silencio, aunque sólo un instante:

—Per Dio!

También Maggie hizo una pausa, pero la rompió con una intensa sonrisa,

ya que se palpaba la alegría en el aire:

—Has podido decir esto con toda tranquilidad porque sabes muy bien que la propuesta es de una naturaleza tal que impide que mi padre te la haga.

Más tarde, Maggie no hubiera sido capaz de decir, y en realidad ni siquiera a sí misma podía explicárselo, en virtud de qué transición, en virtud de qué cambio marcadamente brusco en su relación personal, su conversación terminó con una especie de tregua tácitamente establecida, aunque casi confesada, entre los dos. Lo advirtió por el tono en que Americo repitió:

—¿«Con tranquilidad»?

—Con tranquilidad respecto al riesgo de estar obligado a convivir con mi padre, si el caso se diera, durante un período excesivamente largo. Mi padre es una persona que se da perfecta cuenta de que esto puede constituir un riesgo para ti. En consecuencia, no te hará semejante propuesta. Su modestia se lo impide.

Ahora se miraban a los ojos cada uno en un rincón del coche. El Príncipe, sonriendo, exclamó:

—¡Oh, vuestra célebre modestia! ¿De modo que si no insisto…? —Seguiremos sencillamente tal como estamos.

El Príncipe observó:

—Bueno, a fin de cuentas, estamos muy bien.

Pero el Príncipe no dijo estas palabras con la expresión que hubieran tenido en el caso de que su mudo cambio, el del intento de captura y de la conseguida fuga, no hubiese tenido lugar. Sin embargo, como Maggie no dijo nada para contradecir la afirmación del Príncipe, éste tuvo la oportunidad de concebir otra idea:

—Realmente no sé si sería conveniente. Que me entrometiera, quiero decir.

—¿Que te entrometieras?

—Entre tu padre y su esposa. De todos modos, ha de haber una manera para conseguir que sea Charlotte quien se lo proponga.

Maggie quedó pensativa, por lo que el Príncipe aclaró:

—Podemos sugerirle a Charlotte que sugiera a tu padre que me permita llevarlo de viaje.

Maggie exclamó:

—¡Oh!

—En ese caso, si tu padre pregunta a Charlotte por qué tan de repente

pretendo hacerle semejante propuesta, ésta podrá explicarle la razón.

El coche se había detenido; el lacayo, que se había apeado, llamó a la puerta de la casa. Maggie preguntó:

—¿Y tú crees que ésta sería una manera bonita de hacerlo?

—Efectivamente. El que nosotros convenciéramos a Charlotte sería en sí convincente.

Mientras el lacayo regresaba junto al coche para abrir la puerta, Maggie dijo:

—Comprendo.

A pesar de sentirse un poco desconcertada, repitió:

—Comprendo.

En realidad, lo que de repente había comprendido era que su madrastra posiblemente daría a entender que ella, Maggie, estaba ante todo preocupada por la propuesta, y esto le trajo a la memoria la necesidad de evitar que su padre creyera que estaba preocupada por algo, por poco que fuera. Al instante se apeaba del coche con una leve sensación de derrota. Su marido, con el fin de ayudarla a bajar, se había apeado antes, pero ahora, después de haberse adelantado un poco, la esperaba en el borde de la baja terraza, subido a un peldaño que se hallaba ante la puerta abierta; a uno y otro lado aguardaban sendos domésticos. Maggie tuvo la súbita sensación de llevar una vida tremendamente ordenada e invariable, y algo había en el rostro de Americo, mientras su mirada volvía a encontrarse con la de Maggie a la mortecina luz de la lámpara, que era como un consciente recordatorio de aquella clase de vida. Hacía pocos instantes que Americo había contestado claramente a Maggie y, al parecer, nada más podía decir. Era casi igual que si hubiera proyectado ser él quien dijera la última palabra y Maggie le contemplara gozando por haberla dicho. De la forma más extraña que quepa imaginar, era casi lo mismo que si su esposo le hubiera devuelto la pelota, por haber producido Maggie una nueva inquietud, un nuevo dolor, por la manera en que se había alejado de él durante el viaje en coche.

Capítulo XXVIII

La nueva inquietud de Maggie bien hubiera podido desvanecerse con el paso del tiempo, habida cuenta de que ella no tuvo conciencia en el transcurso de los días siguientes de nuevos síntomas que sustentaran esa inquietud. Sin embargo, quedó impresionada, desde otro punto de vista, por un incremento de

las manifestaciones de la diferencia cuya explicación le obsesionaba. Al cabo de una semana se había dado cuenta de que si había quedado afectada en cierta manera, no menos lo había quedado su padre porque el marido de Maggie y su propia esposa se cernían alrededor de ellos, de modo que de repente el grupo formado por los cuatro había comenzado una vida en común como jamás habían llevado, debido a esa misma razón casi cómica y en tanto las alegres apariencias durasen. Bien podía deberse a causas accidentales y a meras coincidencias, y al menos eso fue lo que Maggie se dijo al principio. Pero a la superficie habían aflorado abundantes oportunidades que aumentaban las apariencias del común vivir, agradables pretextos, ciertamente agradables, tan agradables como Americo podía conseguir que fueran, para llevar a efecto conjuntos empeños, para emprender aventuras compartidas, para que siempre resultara, de forma harto divertida, que los cuatro deseaban hacer lo mismo, al mismo tiempo y de la misma manera. Hasta cierto punto, parecía un tanto raro lo anterior, habida cuenta de que tan pocos eran los deseos que durante largo tiempo padre e hija habían manifestado. Sin embargo, parecía aceptablemente natural que Americo y Charlotte buscaran alivio si al fin se sentían un poco fatigados de su recíproca compañía, no descendiendo al bajo nivel de sus respectivos cónyuges, sino arrastrando a éstos a la clase de vida que ellos dos llevaban constantemente. Después de la cena celebrada en Eaton Square en honor de lady Castledean, Maggie se había dicho a sí misma: «Estamos en el tren, de repente nos hemos despertado en el tren y avanzamos a toda velocidad, igual que si nos hubieran metido en el vagón mientras dormíamos; como dos cajas selladas y marcadas». Y bien hubiera podido añadir: «Quería ponerme en marcha, ciertamente estoy en marcha, avanzo sin problemas, sí, porque estos dos lo hacen todo en nuestro beneficio, es maravilloso comprobar su comprensión, y lo bien que consiguen lo que se proponen». Sí, esto era lo que ante todo y sobre todo Maggie tenía que reconocer. Parecía tan fácil para los cuatro formar ahora un cuarteto como fácil había parecido antes y durante tan largo tiempo formar dos parejas, siendo, lo primero, un descubrimiento absurdamente tardío. El único punto en que el éxito parecía quedar un tanto en entredicho día tras día estaba representado por el irresistible impulso que Maggie sentía a agarrarse a su padre, cuando el tren daba una sacudida de vez en cuando. Entonces, y ello no podía negarse, la mirada del señor Verver y la de Maggie se encontraban, de manera que efectuaban un acto de positiva violencia contra los otros, contra aquel espíritu de unión o, por lo menos, contra el logro del cambio que la propia Maggie se había propuesto conseguir.

El grado máximo en el cambio se alcanzó sin duda alguna el día en que el grupo de invitados de Matcham cenó en la casa de Portland Place. Éste fue el día en que quizá más de veras Maggie llegó a su máxima gloria social, en el sentido de que aquélla resultó ser su ocasión, una ocasión personalmente suya, en la que todos se unieron generosamente, en que todos se rindieron,

conspirando para convertirla en la heroína de la velada. Incluso parecía que el padre de Maggie, hombre que siempre había tenido más iniciativas en calidad de invitado que de anfitrión, hubiera formado parte también de aquella conspiración. Esta impresión no quedaba atenuada por la presencia de los Assingham, quienes ahora también se hallaban plenamente afectados, después de un breve período de calma chicha, por el viento que impulsaba a todos los demás, quienes daban a nuestra joven amiga, por lo menos en cuanto a Fanny hacía referencia, la sensación de estar animados por la intención de darle alientos y aplaudirla. Fanny, que no había asistido a la cena anterior debido a cierta preferencia observada y manifestada por Charlotte, hizo acto de presencia a ésta, ataviada con un nuevo vestido de terciopelo de color naranja adornado con gran profusión de turquesas, y además, dotada de una confianza en sí misma que era cuanto diferente podía ser de aquel excesivo apocamiento con que se comportó en Matcham, según dedujo la dueña de la casa. Maggie no era indiferente a la oportunidad que se le ofrecía de deshacer aquel entuerto y nivelar la balanza por lo que, en la presente ocasión, parecía tener unos deseos generales de rectificar. Maggie quería comprobar por sí misma que en la alta esfera de Portland Place, casa ajena desde todos los puntos de vista a celos de jurisdicciones, su amiga podía sentirse tan «buena» como la que más; podía incluso, en ciertos momentos, casi causar la impresión de erigirse en la dirigente, en lo tocante a reconocimiento y celebración, en la medida en que la velada podía conducir a intensificar el esplendor de la joven Princesa. La señora Assingham causó a Maggie la impresión de darle constantemente la oportunidad de conseguirlo, y en parte se debió a la inteligente ayuda de Fanny el que saliera a relucir y quedara resaltada la pequeña Princesa que en Maggie había. Ella no hubiera podido decir concretamente cómo ocurrió, pero lo cierto fue que se sintió, por vez primera en su carrera social, dando la justa medida de la noción pública y popular que de persona de tal calidad se tiene, tal como esta noción se le imputaba por los cuatro costados; y en tanto se comportaba como tal Princesa, se preguntaba por qué extraña mezcla de elementos aquella noción popular podía expresarse en el comportamiento de personajes de tan supuesta grandeza como los Castledean y otros de semejante rango. Fanny Assingham causaba, en realidad, la impresión de actuar allí como uno de esos ayudantes apostados junto a la pista del circo, que cumplen la función de estimular, para que mantenga la misma velocidad en su paso, al reluciente animal que da vueltas y vueltas y sobre cuya grupa la señora de corta y estrellada falda brillantemente piruetea y adopta posturas. Todo esto era indudable. Maggie había olvidado, había declinado, ser la Princesita en cualquiera de los ambientes a ella abiertos, pero ahora que la mano colectiva se le ofrecía con tanto entusiasmo a fin de salir a la luz, como a la modesta mente de Maggie parecía, a pesar incluso de aquella exhibición de medias de color rosa y de aquella abreviación de enaguas, se sorprendía, alzadas las

cejas, al darse cuenta de cuál era el aspecto en que se había equivocado. Maggie había invitado, para que acudieran a horas posteriores, después de la cena, a un segundo contingente que formaba la lista entera de sus amistades londinenses, lo cual era propio de una princesa para quien el arte principesco no tiene secretos. Esto era lo que estaba aprendiendo: a comportarse de manera sencilla y natural de acuerdo con la personalidad que se le atribuía, que se le presuponía, que se le imponía; y aun cuando se daban latentes consideraciones que en cierta manera obstaculizaban el desarrollo de la lección, aquella noche Maggie ensayó a más no poder la interpretación de su papel, y en ningún momento lo hizo con más éxito como en aquel en que, con gran agudeza, lo interpretó de manera especial para lady Castledean, quien quedó reducida, por fin, a un estado de pasividad sin precedentes. El ser testigo de tan alto resultado sonrojó de responsable gozo a la señora Assingham, quien contemplaba a su joven amiga con ojos esplendentes, realmente febriles, como si Maggie, de una manera maravillosa, súbita y extremadamente sutil, se hubiera convertido en fuente de socorro de la propia Fanny, se hubiera transformado en noble y divina fuente de recompensa. La intensidad del sabor de este manifiesto fenómeno era tal que, por medio de cierto proceso, y a través de unas conexiones que tampoco cabe determinar concretamente, Maggie también producía sus efectos en Americo y en Charlotte, ofreciendo el único inconveniente, del que ella se percataba gracias a su constante observación y reflexión, de afectar quizá todavía mayormente a su padre.

Esto constituía en verdad un peligro que durante largo tiempo tuvo momentos de extraño encanto, momentos que fueron precisamente aquellos en que el sentido de la cautela quedó tan abandonado en Maggie que sintió que la comunicación con su padre era más íntima que cualquier otra. De manera que resultaba imposible que no se transmitiera, entre Maggie y su padre, el mensaje de que algo singular ocurría. Esto era lo que ésta se decía una y otra vez, por lo que en aquella situación concurría de manera perceptible un elemento de consuelo, juntamente al de posible peligro, y Maggie imaginaba que aquella pareja que formaba con su padre avanzaba a tientas, con los labios cerrados, aun cuando dirigiéndose recíprocas miradas que jamás habían sido tan tiernas, en busca de cierta libertad, de cierta ficción, de cierta imaginaria valentía, que les permitiera hablar sin riesgos nacidos de la situación en sí misma. Y llegaría el momento, momento que al fin llegó, con un efecto tan penetrante como el del sonido que resultaba de oprimir un botón eléctrico, en que Maggie colegiría el menos halagüeño de los significados en la agitación que había provocado. La interpretación meramente superficial de su caso y del de su padre hubiera consistido en afirmar que, después de haber sido, en cuanto a familia, durante largo tiempo y sin interrupciones deliciosamente felices, todavía les faltaba descubrir una nueva felicidad, una felicidad para la

cual, afortunadamente, el apetito de su padre y el de la propia Maggie seguía siendo agudo y con capacidad de agradecimiento. Este vivo desarrollo de las relaciones entre los dos era lo que de vez en cuando provocaba en el señor Verver la aparición de aquel instinto que le inducía a aferrarse a algo, que ya hemos tenido ocasión de advertir, que bien hubiera podido quedar expresado en estas posibles palabras del señor Verver a su hija, en el caso de que no fuera ésta quien rompiera el silencio: «Todo es muy agradable, ¿verdad? Pero, a fin de cuentas, ¿dónde estamos? ¿Viajando en globo por los aires? ¿0 en las profundidades de la tierra, en los relumbrantes túneles de una mina de oro?». El equilibrio, esa preciosa condición, se mantenía a pesar de la reorganización, se había procedido a una nueva distribución de los diferentes pesos, pero el equilibrio se mantenía y triunfaba, lo cual constituía la razón por la que Maggie no podía, ante su compañero en aquella aventura, poner a prueba su experimento. Había equilibrio, y esto era lo que Maggie tenía que aceptar, sin intentar averiguar, so pretexto alguno, por encubierto que fuera el método, lo que su padre pensaba.

Y así vemos que Maggie tenía momentos en que se sentía supremamente unida a su padre por el rigor de su ley común, y cuando pensaba que el deseo de su padre, por evitarle todo género de padecimientos, era lo que mayor importancia tenía para él, así como el hecho de que los dos parecían no tener nada que hablar en lo referente a «interioridades», tenía la impresión de que su padre estuviera envuelto en una clase de dulzura que, a modo de consagración, no se daba ni siquiera en la atracción que su marido ejercía en ella. Sin embargo, quedó impotente, quedó todavía más incapaz de hablar cuando se produjo la interrupción, en el momento en que estaba plenamente preparada para decir a su padre: «Sí, a juzgar por todas las apariencias, éste es el mejor momento de que hasta el presente hemos gozado, pero ¿no ves, de todas maneras, lo mucho que estos dos deben trabajar conjuntamente para que este momento sea como es?, ¿no ves que mi éxito, mi éxito en la modificación de nuestra bella armonía, a fin de darle una nueva base, es un éxito de ellos, un éxito de su inteligencia, de su amabilidad, de su capacidad de mantenerse serenos, en resumen, de su total dominio sobre nuestras vidas?». Pero ¿cómo podía Maggie decir lo anterior sin decir al mismo tiempo mucho más? ¿Cómo podía decirlo sin decir también: «Harás todo lo que queramos salvo una cosa, salvo prescribirnos un comportamiento que produzca el efecto de separarlos a ellos dos?». ¿Cómo podía siquiera imaginar que era capaz de murmurar estas palabras, sin poner en labios de su padre unas palabras que la hubieran estremecido y acobardado? «¿Que se separen, querida? ¿Quieres que se separen? En ese caso, ¿quieres también que tú y yo nos separemos? Sí, porque ¿cómo puede tener lugar la primera separación sin la segunda?» Ésta era la pregunta que Maggie había oído formular a su padre en la esfera del espíritu, pregunta que llevaba una temible secuela de preguntas conexas y derivadas sin

responder. La separación de Maggie y su padre era perfectamente lógica, aunque sólo fuera por la más poderosa entre todas las razones. Y la razón más poderosa, realmente la más poderosa, era que ninguno de los dos podía seguir permitiendo que la esposa del padre y el marido de la hija continuaran imponiéndoles una tan compacta formación. ¿Yen caso de que aceptaran esta situación con carácter prácticamente definitivo y actuaran basándose en ella como si estuviesen divididos, acaso sombríos fantasmas del pasado ahogado, fantasmas de uno y de otro, no mostrarían en el vacío del abismo sus pálidos e inquietantes rostros o alzarían en toda ocasión sus manos en ademán de exculpación y denuncia?

Entretanto, y meditando cuanto procede, Maggie se dijo a sí misma que en la reparación y en la calma podía haber una traición más profunda todavía. Ella volvería a sentirse sola, como sola se había sentido en los momentos de alta tensión ante su marido al regresar de la velada con los Castledean en la casa de Eaton Square. Aquella velada la había dejado muy alarmada, pero luego vino un momento de calma porque la alarma no había sido aún confirmada. Inevitablemente llegó el momento en que Maggie supo con estremecimiento qué era lo que había temido y por qué. Este momento tardó un mes en llegar, pero cuando llegó supo plenamente lo que representaba, por cuanto le reveló con claridad lo que Americo había querido decir al aludir al uso concreto que podía hacer de Charlotte en vista a su ratificada armonía y bienestar. Ahora Maggie, cuanto más pensaba en el tono que su esposo había empleado para expresar el disfrute de aquel recurso por parte de los dos, más claramente comprendía que era fruto de un arte conscientemente elaborado de tratarla a ella. En aquellos momentos, Americo había pensado muchas cosas, incluso había tenido conciencia, y no poca, de desear y, en consecuencia, de necesitar saber qué haría Maggie en un caso determinado. El caso determinado consistía en que ella se sintiera amenazada hasta cierto punto, y en la suficiente medida para que fuera consciente de ello y, por muy horrible que fuera, imputarle a Americo una intención que hubiera quedado expresada mediante semejante palabra. Hablar de la posibilidad de hacer intervenir a Charlotte en un asunto que en aquel momento parecía ser exclusivamente privativo de Americo y Maggie, el que algo tan familiar y tan sencillo le causara la impresión de llevar en sí el germen de una amenaza, constituía para Maggie una cosa rara que con carácter temporal carecía de base, constituía la aventura de que su viva imaginación posiblemente se hubiera extraviado. Sin duda, ésta era precisamente la razón por la que había aprendido a esperar mientras pasaban las semanas con un notable o, mejor dicho, realmente excesivo disimulo de serenidad recuperada. A la equívoca relación del Príncipe no le siguió ninguna más, y esto exigía el ejercicio de la paciencia. De todas maneras, Maggie forzosamente tuvo que reconocer, con el paso del tiempo, que la indirecta del Príncipe había quedado clara en grado más que

suficiente para que la aprensión experimentada por ella en el primer momento quedara justificada. La consecuencia de esto, a su vez, fue un renovado dolor al recordar la maña de que Americo había hecho gala. ¿Qué gravedad no podía llegar a tener el que Americo hubiera sido hábil en su trato con ella considerando que jamás ni en ningún momento le había impuesto siquiera la más leve carga en lo tocante a tolerarla, de hacerle dudar de ella, de temerla; en resumen, de tener que hacer cálculos sobre su comportamiento? La habilidad de su esposo había consistido sencillamente en hablar de utilizar a Charlotte, como si ésta perteneciera a los dos por igual; el triunfo de Americo, en esta ocasión, radicó precisamente en la sencillez. Maggie no podía decir la verdad —y esto lo sabía muy bien Americo—: «Tú utilizas a Charlotte y yo también la utilizo, pero la utilizamos de manera diferente y por separado. A nadie utilizamos conjuntamente sino a nosotros mismos, ¿o es que no lo ves? Con esto quiero decir que en los casos en que tenemos los mismos intereses, yo puedo servirte noble y exquisitamente en todo, y tú puedes por igual servirme noble y exquisitamente a mí. La única persona que cualquiera de nosotros dos necesita es el otro, por lo tanto ¿a santo de qué has de meter en un caso como éste, como si fuera cosa normal y corriente, a Charlotte?».

Maggie no podía discutir con Americo debido a que ello hubiera representado —y al pensarlo quedó paralizada— dar la nota. Sus palabras hubieran significado al instante una manifestación de celos, y los ecos y repercusiones hubieran llegado a su padre como si fueran el grito que taladra el silencio de un pacífico sueño. Durante muchos días fue para Maggie tan difícil gozar de veinte minutos de paz y tranquilidad en compañía de su padre como fácil había sido antes. En los viejos tiempos —tan largo parecía el tiempo transcurrido— se había dado en los largos diálogos con su padre cierto carácter inevitable, una especie de domesticada belleza en la previsión de cuanto les rodeaba. Pero en la actualidad Charlotte se encontraba siempre en Eaton Square cuando Americo la llevaba allí, y la llevaba constantemente. Y el Príncipe estaba presente siempre que Charlotte traía a su marido a Portland Place, adonde lo llevaba con mucha frecuencia. Las contadas ocasiones, los minutos en que por casualidad quedaban los dos mano a mano, poca importancia tenían para ellos, por cuanto el ritmo de aquel conversar mantenido a lo largo de toda la vida excluía todo género de tratamiento a la ligera como oportunidad para hablar de asuntos profundos. Jamás habían aprovechado un ocasional cuarto de hora para charlar acerca de cosas fundamentales, sino que, al contrario, se movían despacio en amplias y tranquilas estancias y eran capaces de guardar silencio en cualquier instante, lo que les producía un placer superior al de la expresión apresurada. Ciertamente, habían llegado al punto en que la recíproca atracción que sentían se medía, en cuanto a viveza, precisamente mediante esta economía de los sonidos. Desde luego, cabía la posibilidad de que se hablaran el uno al otro, mientras hablaban

con sus cónyuges, pero éstos tenían medio más directo de saber cómo iban las relaciones entre ellos dos, en lo tocante a la presente fase. Éstas eran algunas de las razones por las que Maggie sospechaba que cuestiones fundamentales, como las he llamado, estaban emergiendo a la superficie gracias a un nuevo movimiento, y así lo sospechó una mañana de finales de mayo en que su padre se presentó solo en la casa de Portland Place. El señor Verver tenía su pretexto, y Maggie así lo comprendió. Dos días antes, el Principino había mostrado síntomas, afortunadamente no fueron persistentes, de un resfriado con fiebre, por lo que evidentemente quedó confinado en su hogar. Esto era motivo, y muy fundado, para pedir puntual información, pero no lo era, como rápidamente Maggie concluyó, para que su padre se las hubiera arreglado para prescindir de manera tan notoria —habida cuenta de la forma en que su vivir había quedado últimamente organizado— de la compañía de su esposa. Y ocurrió que a Maggie le faltaba, en aquellos momentos, su marido, y pronto veremos que dichos momentos tuvieron un especial significado, cuando haga constar que recordando que el Príncipe se había asomado a la estancia para anunciar que salía de casa, la Princesa se preguntó con vaga ilusión si acaso sus respectivos sposi no iban a reunirse franca y abiertamente; incluso tuvo esperanzas de que, por el momento, ambos se sintieran dispuestos a tal reunión. Era extraña aquella necesidad que a veces sentía de pensar que sus respectivos cónyuges no daban excesiva importancia al repudio de la costumbre general que, hasta hacía pocas semanas, había tenido su apoyo y sustento, por una tan consignada corrección. Sin embargo, no se trataba de repudios, ninguno de ellos había llegado a estos extremos, ¿acaso en esos precisos instantes no daba Maggie directo testimonio en contra de los repudios con su propio comportamiento? De manera que cuando ella estuviera dispuesta a confesar que temía quedarse a solas con su padre, que temía lo que su padre pudiera decirle en semejante ocasión —en un lento y doloroso proceder que la aterraba—, llegaría el momento en que Americo y Charlotte manifestaran su desagrado al dar a entender que comprendían la situación.

Aquella mañana Maggie tenía la maravillosa impresión tanto de temer determinadas preguntas formuladas por su padre, como de ser capaz de poner freno, e incluso de eliminar gracias a su clara manera de recibirla, toda inquieta consideración imaginaria que su padre tuviera en lo tocante a la importancia de aquel temor. El día, soleado y tibio, llevaba ya el aliento de verano, por lo que, para empezar, les indujo a hablar de Fawns, de la manera en que Fawns les invitaba a ir allá. Pero Maggie se daba cuenta al considerarlo junto con su padre, que la amable invitación tanto afectaba a una pareja como a la otra, y su engañosa sonrisa casi llegó a ser convulsa. Así era, realmente constituía cierta especie de alivio el darse cuenta de ello: Maggie ya engañaba a su padre, llevada por una absoluta necesidad, como nunca, nunca, lo había hecho en su vida; le engañaba íntegramente en la medida que había decidido

hacerlo. En la gran estancia de suave esplendor, en la que el señor Verver, renunciando a sentarse por razones de su incumbencia, paseaba del mismo modo que Americo solía; la necesidad oprimía a Maggie con la misma fuerza que lo hacía el encanto del antiguo goce del trato mutuo, tan sinceramente ejercido de nuevo, de la clara llaneza de su recíproca ternura, íntegramente destinada a la familia, como si fuera el resultado de una larga sucesión de sofás forrados de ricas tapicerías suavemente gastadas, en los que la teoría del contento del señor Verver se había aposentado gracias a los muchos ratos al lado de Maggie. En aquel preciso instante, Maggie supo, lo supo por adelantado y con más claridad de lo que jamás hubiera podido llegar a saberlo, que ni siquiera por un solo segundo debía cejar en su noble empeño de demostrar que carecía de problemas. De repente, Maggie lo vio todo bajo este prisma, advirtiendo las relaciones del mismo con buen número de remotas realidades; por ejemplo, se dio cuenta de que se comportaba de modo que redundaba en su propio beneficio cuando propuso salir de casa, en el ejercicio de su libertad y en homenaje a la estación del año, para dar un paseo por Regent's Park. Este lugar se hallaba cerca, un poco más arriba de Portland Place, y el Principino, muy mejorado por fortuna, ya se había dirigido allá, en digna y competente compañía, consideraciones que para Maggie tuvieron carácter defensivo, y todas ellas llegaron a ser en su mente parte de la tarea de cultivar la continuidad.

Después de haber dejado a su padre con el fin de ponerse algo para salir de casa, Maggie recordó desde el piso superior a su padre esperándola abajo, solo en la casa desierta, y este recuerdo trajo consigo, breve pero penetrantemente, una de aquellas bruscas interrupciones de coherencia en ella: el roce de una huera meditación ante el espejo, que casi la dejó paralizada, como le ocurría a menudo. Dicho en otras palabras, le trajo la vívida imagen del cambio que el matrimonio de su padre había producido. En aquellos instantes, el cambio concreto parecía consistir, ante todo y sobre todo, en la pérdida de la antigua libertad de su padre y de ella, el no haber tenido jamás que pensar, más que en todo lo que afectaba a los dos conjuntamente, en ninguna otra persona, ni en otras cosas, pudiendo preocuparse solamente de ellos dos. Este cambio no había resultado del matrimonio de Maggie, ya que su matrimonio jamás los había inducido a ninguno de los dos a pensar que debían comportarse con diplomacia, que debían tener en consideración otra presencia, ni siquiera la del marido de Maggie. Mientras la vana meditación proseguía, Maggie se preguntó: «¿Por qué se casó? ¿Por qué?». Luego pensó una vez más que difícilmente pudo haber algo más hermoso que la manera en que hasta el momento en que Charlotte quedó tan íntimamente incorporada a su vivir Americo había sabido mantenerse al margen. Lo que Maggie seguía debiendo a Americo por semejante actitud volvió a presentarse ante su vista como una larga columna de cifras o quizá, incluso, si así cabe decirlo, como un castillo

de naipes. El maravilloso acto de su padre fue lo que derribó el castillo de naipes, lo que hizo que la suma de estas cifras diera un resultado erróneo. Inevitablemente acudió veloz a su mente la confusa y avasalladora oleada de sus razonamientos: «¿Por qué lo hizo, por qué?». Gimiente, se dijo: «Lo hizo por mí, por mí; lo hizo precisamente para que nuestra libertad —lo que para el pobrecillo solamente significaba mi libertad— se ampliara en vez de menguar; lo hizo, como inspirado, para liberarme en la medida de lo posible de las preocupaciones que él pudiera ocasionarme». Y allí, en el piso superior, Maggie todavía tuvo tiempo, a pesar de la prisa, como reiteradas veces también lo había tenido con anterioridad, para permitir que los interrogantes anejos a estos pensamientos desfilaran ante ella por el solo hecho de hacerla parpadear, sobre todo el interrogante de saber si acaso podría hallar la solución a su comportamiento, de acuerdo con las intenciones que animaron a su padre, para así obligarse a que su «preocupación» por él no fuera en aumento, como éste se había propuesto. De esta manera Maggie tuvo de nuevo la impresión de que todo el peso de la responsabilidad de aquel caso recaía otra vez sobre sus hombros, con lo que quedó enfrentada, sin lugar a dudas, con la principal causa de su atormentado ánimo. Todo tenía su origen en su incapacidad para no preocuparse de lo que le ocurriera a su padre, de haber sido incapaz de dejar, sin sentir angustia, que su padre siguiera su camino, corriera sus propios riesgos, llevara su propia vida. Maggie había convertido la angustia en su pequeño y estúpido ídolo, y ahora, de una forma absoluta, mientras se atravesaba el sombrero con una larga aguja, no sin cierta perversidad, dijo en tono rayano en la irritación a su doncella, que era nueva y a quien en los últimos días había llegado a considerar abismal, que no la necesitaba e intentó centrar su atención en la posibilidad de llegar a un entendimiento con su padre.

¡Sí, sí…! Parecía próxima semejante posibilidad. También esta impresión dominó a Maggie en el momento en que ya estaba dispuesta para salir. Toda la vibración, toda la emoción del momento nacía precisamente por haber regresado su padre y ella dulcemente a las circunstancias de los tiempos de más sencillo vivir, al extraño parecido que se daba entre los sentimientos de ahora y los de los innumerables momentos anteriores ya tan lejanos. Maggie se había arreglado deprisa, a pesar de los avances de aquella marea que a veces la dejaba con el aliento cortado; pero una vez más tuvo que hacer una pausa en lo alto de la escalinata antes de iniciar el descenso para ir al encuentro de su padre; durante esta pausa se preguntó si era imaginable que, desde un punto de vista absolutamente práctico, sacrificara pura y simplemente a su padre. Maggie no entró en los detalles de lo que representaba sacrificar a su padre, no tenía necesidad alguna de ello debido a la claridad con que sabía que su padre la esperaba, que le encontraría paseando en la sala de estar, en el cálido y fragante ambiente a cuya calidad contribuían las ventanas abiertas y la abundancia de flores; le encontraría paseando

lentamente, con vaga expresión, muy frágil y juvenil el aspecto y, superficialmente manejable, casi tanto como si fuera su hijo, dicho sea permitiéndonos una leve libertad, y al mismo tiempo su padre; y, sobre todo, revistiendo las apariencias propias de haber llegado quizá a la casa con el propósito de ser él quien le dijera a Maggie, quien le dijera: «Sacrifícame, querida hija; sacrifícame, sacrifícame». Si Maggie realmente lo quisiera, si insistiera en ello, podría oír a su padre diciéndolo, con palabras que parecían como un balido con plena conciencia y con deseos de complacerla, como un precioso, inmaculado y excepcional e inteligente cordero. Sin embargo, el efecto positivo que esta imagen tuvo en ella fue el de sacudírsela de encima en el mismo instante en que comenzó el descenso de la escalinata; después de haberse reunido con él, después de haber renovado el vínculo del trato, Maggie conocería plenamente el dolor de pensar que la imposibilidad en que se hallaba estaba constituida por la clara conciencia y la lúcida intención de su padre. Esto fue lo que sintió mientras le sonreía una vez más de manera hipócrita, mientras se calzaba los claros y frescos guantes e interrumpía este proceso para dar a la corbata de su padre un toque de presión que la dejaba en postura levemente más elegante, y para resarcirle de la oculta locura en que había incurrido, frotaba la nariz contra su mejilla, siguiendo sus tradiciones del más franco abandono. Desde el instante en que Maggie pudiera declarar a su padre culpable de tener aquellas intenciones, todos los problemas quedarían cerrados, inabordables, y ella tendría que redoblar su hipocresía. Maggie le besó, le arregló el nudo de la corbata y le dijo frases casuales, le guio en el camino de salida de la casa, cogiéndole del brazo, no para que su padre la llevara, sino para llevarle ella a él, haciéndolo con la misma íntima presión que siempre había ejercido siendo niña para indicar lo inseparable que de ella era una muñeca. Y lo hizo para tener la seguridad de que su padre no pudiera siquiera soñar la existencia de los problemas que ante sí tenían.

Capítulo XXIX

Nada hubo que indicara que los esfuerzos de Maggie fueran insuficientes hasta el momento en que se adentraron en el parque, y el señor Verver sorprendió a su hija, contra toda previsión, renunciando a poner en práctica una búsqueda seria del Principino. Se manifestó en el modo en que al poco se sentaron los dos al sol; en la manera en que el señor Verver se dejó caer con Maggie en las sillas que encontraron; en que su padre esperó un poco, luego de estar los dos aposentados, como si por fin Maggie pudiera hablar más concretamente como solían hacer los dos. Esto sólo sirvió para que Maggie percibiera con mayor agudeza todavía que las concreciones, cualquiera que

fuera la dirección que tomaran, le estaban absolutamente prohibidas, que servirse de ellas sería para todos lo mismo que liberar de la correa a un perro ansioso de seguir un rastro. Las concreciones llegarían a donde el perro llegara, y revelarían la verdad sin que Maggie supiera exactamente cómo —¡Maggie estaba convencida de enfrentarse con la verdad!—, una verdad a la que ni siquiera indirectamente podía apuntar. De todas maneras, éste era el modo en que su apasionada prudencia se enfrentaba con el peligro, es decir, viendo síntomas y revelaciones en todo aquello en que fijaba la atención; sin embargo, estaba obligada, mientras veía el peligro, a dar evidentes muestras de que seguía impertérrita. Mientras estaban sentados, momentos hubo en que el señor Verver causaba la impresión de observar a Maggie como manteniéndose a la defensiva, entregado como estaba a pensar en algo nuevo que hiciera vacilar a su hija. Hubo pausas durante las cuales, Maggie, con su afecto tan dulce y sereno como la luz del sol, parecía empeñada en un juego absorbente, sobre una mesa, para ganar dinero, exigiendo a su padre que la distrajera lo menos posible. Luego, se sintió realmente orgullosa del gran estilo con que había sabido comportarse, en el aspecto que acabamos de decir. Más tarde, finalizada aquella salida, cuando ya habían vuelto sobre sus pasos para encontrarse con Charlotte y Americo que les esperaban en casa, Maggie pudo decirse a sí misma que de veras había sabido poner sus planes en práctica, aunque al mismo tiempo se imponía la difícil tarea de conseguir que la relación con su padre en todo momento no fuera de altura inferior a la de aquella otra ocasión, que pendía allá, en el pasado, como un cuadro enmarcado en un museo, y que era un hito en la historia de su antigua fortuna. Era aquella en que una tarde de verano, sentados el uno al lado del otro bajo las copas de los árboles en el parque de Fawns igual que ahora, habían permitido que su feliz confianza los arrullara con su más áureo susurro. En la actualidad, cabía la posibilidad de que se abriese a los pies de Maggie una trampa por el solo hecho de hacer referencia a pasar de nuevo una temporada en Fawns, por lo que no fue ella la primera en abordar el tema, a pesar de que su padre le causaba la impresión de guardar silencio al respecto para ver cuáles era las intenciones de su hija. En secreto, se decía: «¿Tal como ahora estamos, realmente podemos volver allá? ¿Realmente podré yo sola afrontar esa clase de vida, enfrentarme con ese intenso esfuerzo de mantener las apariencias indefinidamente de manera casi imposible, como nuestras circunstancias en el campo, tal como las hemos conformado y aceptado, comportan?». Maggie había quedado totalmente desorientada con esas dudas interiores, como después recordaría tan a menudo, pero también recordaría que su padre fue quien rompió el hielo, quizá sin causar la impresión de estar muy convencido, de manera muy parecida a aquella otra en que lo había hecho en la casa de Eaton Square, después de la cena ofrecida en honor de los Castledean.

La mente de Maggie había efectuado un largo viaje, se había adentrado

profundamente en la visión de lo que podría significar un verano en Fawns, con Americo y Charlotte todavía más destacadamente presentes bajo los más altos cielos de aquel lugar. ¿No sería que su padre, en realidad, no hablaba seriamente cuando decía de pasar el verano en Fawns, de la misma manera que tampoco le escuchaba seriamente? De todas maneras, el señor Verver salió del atolladero gracias a una transición que difícilmente hubiera podido evitar, lo cual significó que Maggie abandonara aquel viaje imaginario a que estaba entregada, abandono que se debió a que su padre comenzara a imitar —como jamás lo había hecho— el antiguo tono áureo. Por fin, fue el señor Verver quien le planteó la cuestión de si era realmente una gran idea —grande de verdad— salir de Inglaterra con cualquier pretexto, y pasar varias semanas en el extranjero en compañía del Príncipe. Entonces fue cuando Maggie se dio cuenta de que la «amenaza» formulada por su marido seguía todavía vigente, porque ella se encontraba ahora cara a cara con sus efectos. Sí, esta amenaza ocupó el resto del paseo de Maggie y su padre, los acompañó en el trayecto, y entró con ellos en la casa, además de hacer imposible ahora fingir, no recordar que la finalidad de la salida había sido reunirse con el Principino. La impresión inequívoca de Maggie fue que las palabras de su padre, pasados cinco minutos, indujeron a los dos a renovar el propósito inicial, a modo de refugio, y fueron la causa después de que se alegraran de que la compañía del muchacho, que consiguieron a su debido tiempo y de la que gozaron con el matiz impuesto a su alboroto por la institutriz, persona que esperaba que se le diera un trato considerado y que constituyera una capa que cubriese toda posible tensión. Sí, todo había quedado reducido a que el buen señor Verver había hablado con el fin de sondear a Maggie, de la misma manera que Charlotte ya había hablado con él animada por este igualmente bello propósito. La Princesa lo comprendió al instante en todos sus detalles. Y oyó a su padre y a su esposa tratar del singular caso. «El Príncipe me dice que Maggie proyecta que hagas un viaje al extranjero con él, y como él siempre está dispuesto a cumplir sus deseos me ha indicado que hable contigo por estimar que ésta es la manera más fácil para conseguir tu consentimiento. Como puedes ver, esto lo hago porque como sabes también yo estoy siempre dispuesta a que dichos deseos se hagan realidad. Te hablo de este asunto, sí, pero en esta ocasión reconozco que no comprendo del todo qué es lo que Maggie pretende. ¿Por qué precisamente ahora, de repente, quiere que los dos os vayáis juntos, y quedarse a solas conmigo? Reconozco que es halagador para mí, pero tú eres quien debe decidir de acuerdo con tus deseos. Evidentemente, el Príncipe está dispuesto a acceder a los deseos de Maggie, pero tú eres quien debe hablar con él y decidir. En realidad tendrías que hablar con ella.» Palabras más o menos parecidas a éstas fueron las que Maggie oyó en su imaginación, y su padre, después de haber esperado a que le hablara directamente, la había invitado a hacerlo.

Tal como Maggie se repitió in mente durante el resto del día, esto era precisamente lo que habían intentado mientras estaban sentados en las sillas del parque, y esto era lo que habían hecho, en la medida en que podían conversar francamente. Por lo menos, esta medida había quedado determinada, en el sentido de que cada uno de ellos estaba dispuesto a luchar hasta el último instante contra todo género de auténticas ansiedades para protegerse, para desvanecerlas. Al instante había confesado con su engañosa sonrisa, sin un solo pestañeo, mientras miraba a su padre a los ojos con igual dulzura que éste la miraba a los suyos, que se le había ocurrido que quizá los dos, el padre y su yerno, gustaran de hacer este viaje juntos, porque los dos llevaban largo tiempo viviendo de manera excesivamente casera. Maggie se expresó casi en términos picarescos, llevada por la inspiración de esta oportunidad, insinuando que un par de hombres jóvenes y con buen ánimo, al abandonar su confinamiento y emprender un camino cogidos del brazo, podían muy bien percibir agradables sensaciones en unas formas que, de momento, les parecerían nuevas por lo menos. Durante cincuenta segundos Maggie se sintió horriblemente vulgar a los ojos de su padre, en los que tenía fija su mirada dulce y falsa, aunque sin que le importara, por estimar que mucha suerte tendría si conseguía sus propósitos sin padecer algo peor que ser vulgar.

Maggie había dicho:

—Y he pensado que esto gustaría más a Americo que hacer el viaje solo.

—¿Quieres decir que no irá de viaje si no va conmigo?

Estas palabras la indujeron a pensar, y jamás en su vida había pensado tan deprisa y con tanta aplicación como ahora. Si contestaba afirmativamente a las palabras de su padre, su marido, puesto en semejante brete, podía muy bien desmentirla, con lo que ¿acaso lo anterior no produciría el efecto de intrigar a su padre, de inducirle quizá a preguntarle directamente por qué razón obraba ella de esta manera? Desde luego, Maggie no podía permitirse que se sospechara de ella, ni siquiera por un instante, ni que ejercía presión alguna, y esto la obligó a preguntar, por toda respuesta:

—¿No crees que esto es precisamente lo que tienes que averiguar hablando con él?

—Efectivamente, siempre y cuando me haga la propuesta. Pero todavía no lo ha hecho.

Una vez más, ella se dio cuenta de que estaba en una falsa situación:

—Bueno, quizá no se atreva.

—¿Tan segura estás de que desea viajar conmigo?

—Creo que piensa que te gustaría.

—Pues sí, claro…

Pero el señor Verver apartó la mirada, y Maggie contuvo el aliento en espera de que su padre preguntara si quería que él lo propusiera directamente a Americo, o le preguntara si iba a sentirse muy desilusionada en el caso de que decidiera olvidar el asunto. Lo que la tranquilizó fue que su padre no hizo ni lo uno ni lo otro, con lo cual se mantuvo apartado del riesgo anejo de intentar sonsacarle los motivos que la animaban. Además, por otra parte, para mitigar esta impresión, y con el fin de llenar aquel vacío tan grande creado tan discretamente por su abstención, el señor Verver dio a su hija una razón que explicaba su comportamiento, evitándole con ello el esfuerzo de preguntarle si, a su juicio, Charlotte no aprobaría su proyecto. El señor Verver había cargado con la responsabilidad de todo, y esto era lo que tranquilizaba a Maggie. Muy poco más tuvo que esperar para comprender cómo su padre asumía todas aquellas responsabilidades. Lo que él expresó fue sus pocos deseos de poner tiempo y espacio, en tan grande escala, entre él y su esposa. No, su vida con Charlotte no era desdichada, ni mucho menos, hasta el punto de inducirle a insinuar que necesitaba el alivio de una separación temporal, y Maggie recordaría que su padre la había sonreído paternalmente mirándola a través de las lentes de sus gafas que, en cierto modo, parecían protegerla, para subrayar el significado de sus palabras. En consecuencia, a no ser que fuera el Príncipe quien necesitara aquel alivio… A cuya observación, Maggie repuso:

—No, no creo que éste sea el caso de Americo. Nuestra vida en común se desarrolla a la perfección.

—Bueno, pues no hay problema.

Maggie asintió una vez más, con sublime aceptación:

—No hay problema.

Alegremente, su padre observó:

—Mi vida con Charlotte también se desarrolla a la perfección.

Después, el señor Verver causó la impresión de guardar silencio con el fin de ganar tiempo; y, por fin, en tono leve y feliz, añadió:

—¡Y esto es lo menos que puedo decir! ¡Ciertamente, lo menos!

Y habló como si pudiera decirlo mucho mejor sin el menor esfuerzo, como si el buen humor bastara en la presente ocasión para tener la satisfacción de expresar mucho menos de lo que la realidad merecía. De esta manera puso el asunto ya de manera plenamente consciente, ya con total inconsciencia, en manos de Charlotte. El caso fue que se hizo mayormente opresiva la convicción que Maggie tenía de los proyectos de Charlotte. Había hecho lo que quería hacer la esposa de su padre, que era exactamente lo que Americo la

había obligado a hacer a ella. Charlotte había conseguido que la prueba que había deseado hacer resultara prácticamente imposible y, por el contrario, Charlotte había puesto en práctica su propia prueba. Era como si ésta hubiera sabido que su hijastra tendría miedo a que se la invitara a decir, mediante las preguntas menos intencionadas, por qué razón consideraba que era deseable un cambio. Para nuestra joven amiga también era lo mismo; resultaba todavía más prodigioso que si su padre hubiera sido capaz de hacer cálculos armónicos con lo anterior, hubiera sido capaz de concluir que era importante no pedirle a ella que le dijera cuáles eran sus problemas. Si no fuera así, ¿por qué no se lo había preguntado al deparársele semejante ocasión? Sí, aquello era fruto de un cálculo premeditado. Ahí se encontraba la razón. El señor Verver estaba aterrado de la pregunta que la suya propia hubiera podido provocar: «Ya que abordas este asunto, ¿cuáles son, papá, tus problemas?». Pocos segundos después, cuando el señor Verver complementó el sentido de su última frase mediante una o dos leves observaciones encaminadas a alejar el fantasma de lo anómalo en su vivir, en ese momento crítico Maggie no hubiera debido contestar la pregunta:

—¿No crees que nuestra vida parece estar dominada por algo parecido a un hechizo? ¿Y que parece que en los últimos tiempos este hechizo haya quedado renovado, haya despertado de un letargo? Quizá se trate de cierta prosperidad perversa y egoísta, como si nos hubiéramos apoderado de todo, como si todo lo tuviéramos ordenadamente en nuestro poder, hasta el último objeto bello para la última vitrina en el último rincón de mi colección. Quizá esto sea la causa de que nos hayamos vuelto un tanto perezosos, un poco lánguidos, como un grupo de dioses que no se ocupan de la humanidad.

Rápidamente, inducida por la leve lindeza de estas palabras, Maggie repuso:

—¿Consideras que somos retraídos? ¿Crees que no nos ocupamos de la humanidad, viviendo como vivimos en la concentración humana más grande del mundo y yendo constantemente de un lado para otro, siempre perseguidos y siempre persiguiendo?

Estas palabras le hicieron pensar al señor Verver un poco más de lo que su hija había pretendido; pero, como ella misma hubiera dicho, la respuesta fue sonriente:

—Bueno, pues no lo sé. En realidad, lo que tú dices sólo diversión nos proporciona.

—Ciertamente. Sólo diversión.

—Todo lo hacemos de una manera muy hermosa.

Maggie no hubiera negado esto siquiera por un instante:

—Todo lo hacemos de una manera muy hermosa. Comprendo lo que quieres decir.

El señor Verver prosiguió:

—Y con ello también quiero decir que no tenemos, en la medida suficiente, idea de lo que son dificultades.

—¿En la medida suficiente? ¿Suficiente para qué?

—Suficiente para no ser egoístas.

—Jamás te he considerado egoísta.

Maggie consiguió decir estas palabras sin que su voz tuviera tono de compunción.

—No digo que yo sea egoísta, ni que lo seas tú, o Americo, o Charlotte. Pero, conjuntamente considerados, somos egoístas, actuamos como un grupo egoísta. Como habrás podido observar, siempre queremos una misma cosa, y esto nos une, nos ata los unos a los otros.

Hizo una pausa, y añadió:

—Nos necesitamos los unos a los otros; pero, en cada ocasión, cada uno necesita al otro para cada uno. Esto es lo que he calificado de feliz hechizo; pero, al mismo tiempo, quizá sea también una inmoralidad.

En tono divertido, como un eco, Maggie repitió:

—¿Una «inmoralidad»?

—Somos tremendamente morales, con respecto a nosotros mismos, es decir, cada cual para el otro, y no voy a fingir que sé con exactitud a costa de quién tú y yo, por ejemplo, somos felices. Sin embargo, me atrevería a decir que, a fin de cuentas, hay un leve matiz agobiante, un poco extraño, en esa conciencia de la comodidad y los privilegios de que gozamos, en términos generales. A no ser, claro está, que lo que acabo de decir sólo se me pueda aplicar a mí. De todas maneras, esto era lo que quería decir, o sea, que vivimos de una manera que «reblandece», igual que si fuéramos individuos con coleta, recostados en divanes dedicados a fumar opio y tener visiones. «Levantémonos y actuemos», ¿no es eso lo que dice Longfellow? Éstas son las palabras que a veces suenan en mis oídos, produciéndome un efecto parecido al de la entrada de la policía en el fumadero de opio, para sacudirnos hasta sacarnos del sopor. Pero, al mismo tiempo, lo hermoso de nuestra forma de vivir es que realmente actuamos. Sí, a fin de cuentas estamos haciendo lo que nos propusimos. Estamos en trance de lograr, de lograr nuestra vida, de lograr nuestras oportunidades, o lo que sea, tal como lo entendemos o lo sentimos al principio. Lo hemos logrado ¿y qué más podemos hacer?

De ahí, el señor Verver concluyó:

—Para mí significa mucho el haber hecho tan feliz a Charlotte, haber conseguido que esté tan absolutamente satisfecha. Tú has dejado de preocuparme desde hace mucho tiempo; quiero decir que sabía sobradamente que eras feliz, por lo que jamás tuve que ocultarte que mi mayor empeño, desde que supe que eras feliz, ha sido conseguir lo mismo de manera casi inevitable, lo cual redunda asimismo en beneficio tuyo. Y si hemos logrado nuestra vida, nuestra idea, como antes he dicho, si ahora puedo estar sentado aquí y decir que he contribuido a ello, no cabe afirmar que el hecho de conseguir que Charlotte viva tan felizmente haya coadyuvado poco en ello. Esto ha tenido efectos benéficos en todo momento, esto ha sido la mayor voluta de humo azul, o del color que sea, del opio. ¿No te das cuenta del marasmo en que hubiéramos caído si Charlotte no hubiera venido y no hubiera encajado en nuestro vivir, tal como lo ha hecho?

Para rematar sus palabras, miró a Maggie como si fuera a decirle algo en que ésta realmente no había pensado:

—En ese caso, hija mía, estoy convencido de que tú hubieras sido quien más lo hubiera odiado.

Intrigada, Maggie preguntó:

—¿Odiado qué?

—Hubieras odiado que, a pesar de nuestras tremendas buenas intenciones, no hubiésemos conseguido nuestros propósitos. Y me atrevo a decir que yo lo hubiera sentido más por ti que por mí.

—Esto me parece natural, puesto que por mí lo hiciste. El señor Verver dudó unos instantes, y dijo:

—Pero no te lo dije.

—Bueno, poco tardó en decírmelo la propia Charlotte.

El padre de Maggie observó:

—Tampoco a ella se lo dije.

Maggie, inmediatamente, le preguntó:

—¿Estás realmente seguro?

—Me gusta pensar que quedé totalmente prendado de ella, y que tenía todas las razones para estarlo, y en la gran suerte que tuve al poder contar con esta base. Y dije a Charlotte todas las buenas cualidades que a mi juicio tenía.

—El hecho de que Charlotte fuera capaz de una tan perfecta comprensión era una de sus cualidades.

—Sí, lo comprendió todo.

—Todo, y principalmente tus motivos. El hecho de que me lo dijera me demostró su comprensión.

Ahora volvían a estar frente a frente, y Maggie vio que el color del rostro de su padre se avivaba. Fue como si el señor Verver viera en los ojos de Maggie las imágenes concretas, la escena de la conversación de su hija con Charlotte, de la que ahora el señor Verver oía hablar por primera vez, y con respecto a la cual, por razones naturales, hubiera debido interrogar más a fondo a Maggie. El que el señor Verver no lo hiciera no hacía más que revelar la complicación de sus temores. Por fin, el señor Verver dijo:

—Lo que realmente le gusta a Charlotte es el éxito habido.

—¿El éxito de tu matrimonio?

—Sí, bueno, de mi idea, considerada globalmente. El modo en que he quedado justificado. Ésta es, realmente, la satisfacción que le doy. Aunque, desde luego, si el matrimonio hubiera fracasado, jamás hubiera cabido atribuir culpa alguna a Charlotte.

Sin embargo, como si realmente no mereciera la pena hablar de esto, el señor Verver calló. Y el hilo de sus pensamientos quedó roto. Ahora, preguntó:

—Bueno, ¿y consideras que puedes arriesgarte a ir a Fawns?

—¿Lo consideras un riesgo?

—Bueno, desde un punto de vista moral, desde aquel punto de vista de que antes te he hablado, desde el punto de vista de hundirnos más en la inactividad. No sé por qué, cuando estamos allá, nuestro egoísmo parece que crece.

Maggie permitió que su padre gozara de la diversión que le proporcionaba el que ella no hiciera comentario a esta última observación y, sencillamente, preguntó:

—¿Está Charlotte realmente dispuesta a ir?

El señor Verver, sintiéndose ahora más a sus anchas, repuso:

—Bueno, siempre y cuando tú, yo y Americo queramos ir. Cuando se acosa a Charlotte con preguntas, siempre se descubre que lo único que quiere saber es cuáles son nuestros deseos. ¡Para esto la tenemos!

Y después de intercambiar estas frases, a pesar de cierto extraño efecto que produjeron en la mayor o menor tranquilidad en que habían conseguido hallarse, abandonaron el tema. Lo abandonaron hasta el momento en que Maggie observó que era maravilloso que su madrastra estuviera dispuesta,

antes de que la temporada social de la primavera terminara, a sustituir tan intensa vida social por tan relativa soledad. A estas palabras el señor Verver repuso:

—Creo que esto se debe a que ella estima que, en esta ocasión, tendremos en casa, en el campo, a más invitados de los que hasta ahora hemos tenido. ¿Recuerdas que al principio invitamos a Charlotte debido, precisamente, a nuestros invitados?

—Sí, para que animase un poco nuestro vivir.

Maggie había recordado aquellos tiempos, y la luz de la antigua franqueza entre ella y su padre, alumbrándola desde tan lejos, pareció revelar algunas cosas de una manera tan extraña que la nitidez de la visión le obligó a ponerse bruscamente en pie. Dijo:

—Bueno, en Fawns, con un poco de «vida», se estará bien.

El señor Verver no se había movido de su asiento; Maggie dirigía la vista por encima de su cabeza, y el cuadro que se le ofrecía quedaba densamente poblado. La vibración era la propia de una de aquellas sacudidas del místico tren en el que Maggie viajaba con su padre; pero, en esta ocasión, tuvo que recuperar el equilibrio y asentar bien los pies en el suelo antes de mirar a su padre a los ojos. Midió en toda su extensión la diferencia que mediaba entre ir a Fawns porque cada uno de ellos sabía que los otros deseaban ir, y emparejar a su padre y a su marido para que efectuaran un viaje, lo cual nadie sabía que alguien quisiera. «Más gente» en Fawns daría lugar al desarrollo de la clase de actividad a que su marido y su madrastra se dedicaban. En realidad, a su padre y a ella no les quedaba más remedio que aceptar buen número de visitantes. Ahora nadie intentaría casar a su padre. Lo que él acababa de decir era una directa petición de arreglar de esta manera las cosas y ¿qué era esta petición sino un acto de sumisión a Charlotte? Sentado, el señor Verver se había percatado de la mirada de su hija; pero en el mismo instante el señor Verver también se había levantado, y este hecho recordó al uno y al otro que habían ido allá para reunirse con el niño. Efectuada la reunión con el Principino y su acompañante, los cuatro se dirigieron a casa caminando más despacio, todavía más vago el pensamiento, vaguedad que permitió a Maggie abordar de nuevo durante un instante el tema que le preocupaba:

—Si tenemos invitados en la casa de campo, como tú has dicho, ¿sabes a quién me haría ilusión, principalmente, invitar? Te vas a reír. A los Castledean.

—Comprendo. ¿Pero por qué has dicho que iba a reírme?

—Bueno, es que incluso a mí me da risa. Lady Castledean no me gusta; sin embargo, me gusta verla. Lo cual, como dice Americo, es raro.

El señor Verver le preguntó:

—¿Y no te parece bella esa señora?

—Sí, pero no se trata de eso.

—¿De qué se trata, pues?

—Sencillamente, se trata de tenerla allí ante nosotros. Es como si lady Castledean tuviera un valor, como si pudiera rendir algo. Desde luego, no sé qué es lo que puede rendir, además esta señora me irrita un poco. Reconozco que realmente no sé a qué se debe lo que he dicho, pero creo que si la vemos a menudo llegaré a saberlo.

Mientras seguían avanzando el señor Verver preguntó:

—¿Y lo consideras muy importante?

Maggie dudó, y en vez de contestar preguntó:

—¿Tanto te gusta esa señora?

El señor Verver también esperó un poco antes de contestar, hasta que por fin adivinó el sentido de la pregunta de su hija y repuso:

—Pues sí, me gusta.

Maggie lo aceptó considerándolo el primer caso entre cuantos podía recordar en que una persona determinada no causaba la misma impresión a su padre que a ella. Lo cual quizá pudiera atribuirse a una ficción del señor Verver. Pero Maggie ya se había comprometido mucho con sus palabras, y para aumentar todavía más la impresión de ligereza que había causado, añadió que, a pesar de que no constituían una novedad, ni mucho menos, también deseaba la presencia, en Fawns, de los Assingham. Con estas palabras todo quedó sobre una base independiente de las explicaciones; sin embargo, al mismo tiempo resultaba extraordinario advertir lo mucho que, una vez en el campo, en compañía de los otros, iba a necesitar a la buena de Fanny tal como decían al hablar en familia. Era rarísimo, pero parecía que la señora Assingham pudiera, en cierta manera, atenuar la intensidad de la conciencia que Maggie tenía de Charlotte. Parecía que ésta y Fanny se compensaran recíprocamente, cada cual con su peso, de acuerdo con sus ideas acerca del equilibrio. Sería lo mismo que poner a su amiga en su propio platillo de la balanza, en aquel platillo en que se encontraban su padre y ella. Americo y Charlotte estarían en otro platillo. De manera que el peso de los tres se conservaría al mismo nivel que el otro platillo. Mientras Maggie esbozaba estas imágenes en su mente, recibió de repente la ayuda de su padre:

—¡Y tanto que sí! ¡Tenemos que invitar a los Assingham!

—Los tendremos en casa igual que los teníamos antes durante una

temporada larga, en las mismas condiciones que antes, como «clientes habituales», como solía decir Fanny. Si es que aceptan.

—Como clientes habituales, sí, en las mismas condiciones que antes, esto es lo que también me gustaría a mí.

Después de decir estas palabras, añadió:

—Y me parece que aceptarán.

En el tono en que el señor Verver pronunció estas palabras, Maggie vio diversos significados. El principal consistía en que el señor Verver estimaba que iba a necesitar a los Assingham tanto como la propia Maggie. Preconocer que las nuevas condiciones eran diferentes a las antiguas ¿qué era sino confesar prácticamente que algo había ocurrido, y advertir que la señora Assingham, interesada en la situación que ella había contribuido a crear, prestaría en la misma medida atención a su desarrollo y variaciones? Equivalía a una insinuación efectuada por el señor Verver, en un momento en que se hallaba desprevenido, de que le gustaría tener a alguien a quien recurrir. Maggie había querido sondear disimuladamente a su padre; pero éste ahora había revelado claramente sus sentimientos y si Maggie, incluso al principio, había necesitado más elementos que la tranquilizaran, ahora los tenía sobrados. Mientras iban de regreso a casa, el señor Verver llevaba de la mano a su nieto y ellos seguían su paso, balanceando el brazo del niño sin que le diera la lata, como nunca hacía con su encrespamiento, igual que un pequeño y gordo puerco espín, con estridentes signos de interrogación; de modo que, mientras avanzaban, Maggie volvió a preguntarse si el equilibrio no hubiera sido más real y, sobre todo, no hubiera exigido tan insólitos estudios, si el destino hubiera decretado que Charlotte diera un Principino al señor Verver. Maggie había vuelto a cogerse del otro brazo de su padre, aunque en esta ocasión le arrastraba camino de vuelta, suave e irremediablemente, hacia aquello de lo que habían intentado alejarse durante una hora, de la misma manera que el señor Verver arrastraba conscientemente al niño, y de la misma manera que la altiva señorita Bogle, a la izquierda de Maggie, representante de los deberes del hogar, la arrastraba a ella. Los deberes del hogar quedaron de manifiesto cuando la casa de Portland Place reapareció ante su vista incluso desde lejos. Americo y Charlotte habían regresado a casa —mejor dicho, Americo había regresado, y Charlotte había salido de la suya— y los dos se encontraban juntos en el balcón, Americo con la cabeza descubierta, Charlotte sin la chaqueta, la capa o lo que fuera, aunque coronada por un brillante y audaz sombrero, acorde con el tibio día, que Maggie inmediatamente descubrió que era nuevo, insuperablemente original, lucido, en generosa armonía por vez primera. Y todo era para contemplar el regreso de los ausentes y estar allí para hacerse cargo de ellos con la mayor prontitud posible. Estaban los dos alegres y divertidos en la placentera mañana, se inclinaron

sobre la baranda para gritar desde arriba su bienvenida, iluminando la fachada de la gran casa negruzca con una expresión que quebró la monotonía, que casi hubiera podido escandalizar la decencia de Portland Place. El grupo que se hallaba abajo, en la calle, alzó la vista como si la dirigiera a seres apostados en las almenas de un castillo, e incluso la señorita Bogle, que iba con la cabeza sumamente erguida, quedó con el aliento un tanto cortado como si verdaderamente tuviera ante la vista a seres superiores. Difícilmente pudo haber bocas más abiertas desde aquellas rondallas que en la Nochebuena tan lamentablemente cantaban por calderilla, cuando Americo, insaciable en cuanto hiciera referencia a las costumbres inglesas, salió de casa exclamando por lo bajo una «Santissima Vergine!» para maravillarse ante los depositarios de semejante tradición y comprar su indulgencia. El respingo particular de Maggie fue de nuevo inevitable al pensar en la tarea que aquella pareja podía llevar a cabo.

Capítulo XXX

Durante varias semanas Maggie no había vuelto a tener ante sí y de manera tan eficaz la presencia de Fanny Assingham como aquella tarde en que esta dama regresó de su estancia en Matcham durante las fiestas de Pentecostés, pero el paréntesis quedó cerrado tan pronto el día de la migración a Fawns —el más o menos simultáneo traslado de ambos hogares allá— comenzó a ser objeto de conversación. Maggie se dio cuenta inmediatamente de que la renovación de las antiguas condiciones de que había hablado con su padre, con una vieja amiga, representaba para su espíritu la única manifestación que no la ponía excesivamente en evidencia ni la traicionaba. Ni siquiera su padre, quien siempre había «creído», como él decía, en su antigua aliada, llegaría forzosamente a sospechar que Maggie invocaba la ayuda de Fanny en vista a determinadas pesquisas, y menos aún sería así en el caso de que Fanny se comportara como fácilmente era capaz de comportarse. El concepto que tenía de la capacidad de Fanny podría alterarla si le fuera revelado de repente, y debemos decir que la señora Assingham estaba destinada a alterarse en breve, a raíz de una revelación de esta naturaleza, a pesar de ser relativamente lejana. Concretamente, la idea de nuestra joven amiga consistía en que su seguridad, su salvación de que de ella sospechara que sospechaba se encontraría en la capacidad que su amiga tenía para encubrir, para proteger y, dado el caso, incluso para representarla ostentosamente, es decir, para representar la relación que tenía con aquella forma de vida que todos llevaban ahora. Sin duda alguna, esto sería mucho decir, como reza la frase popular, pero la señora Assingham existía básicamente o cabía la posibilidad de hacer lo preciso para

que primordialmente existiera para el particular beneficio de Maggie, y esto era una de las más hermosas flores que había obtenido de entre las sugerencias sembradas en ocasión del agasajo ofrecido en Portland Place al grupo de invitados a Matcham. En aquella velada la señora Assingham, reaccionando contra el hundimiento de su espíritu, había rebosado valentía y comprensión, y de una forma absoluta, quizá temeraria en cuanto a ella concernía, había revelado sus profundas y tenebrosas preocupaciones, impresión que ahora, por ser demasiado tarde, la señora Assingham ya no podía borrar. Con maravilloso aire de reconocer todas estas verdades, ahora la Princesa volvió a abordar a la señora Assingham, aunque dando muestras al principio de tener los debidos escrúpulos de decir a Fanny qué era concretamente lo que de ella esperaba, pero sin avergonzarse en modo alguno, como de expresa manera declaró, de la perceptible intuición que Fanny tuvo de los extraños servicios que quizá Maggie le pidiera. Realmente, desde el principio Maggie dijo a Fanny palabras extraordinarias: «Usted puede ayudarme, querida; nadie más puede hacerlo». «Le doy mi palabra de que casi deseo que le ocurra algo malo, que pierda la salud, que pierda su fortuna o que pierda su reputación (y perdóneme por ello, querida), a fin de poder estar en su compañía todo lo que deseo que usted lo esté en la mía, sin provocar comentarios como no sea el de que esa clase de bondades son muy propias de mí». Todos nosotros tenemos nuestra propia manera de compensar nuestra falta de egoísmo, y Maggie carecía de todo género de egoísmo en lo que hacía referencia a su marido y a su padre, sólo un egoísmo débil y vacilante en lo que tocara a su madrastra. En esta concreta crisis era perfectamente capaz de contemplar sin pestañear cómo la vida personal y la libertad de la señora Assingham eran sacrificadas.

La actitud que estos deseos provocaban en Maggie consistía en sacar provecho de las actuales agitaciones y preocupaciones de su víctima. En realidad, estimaba que este personaje está dispuesto a cualquier cosa, quizá sin hacer efusivas protestas de lealtad, aunque sí buscando, con una inquietud peculiarmente suya, saber qué era lo que Maggie quería. A la larga —aunque no fue tan a la larga como eso—, no hubo dificultad alguna en hacérselo saber. Fue como si, de una manera clara, Maggie hubiera dado a entender a la señora Assingham que la consideraba culpable de algo, que le atribuía una responsabilidad, aun cuando, al principio, Maggie no puso los puntos sobre las íes, ni ató todos los cabos, sino que la trató sin insistencia, antes bien con suave confianza, como si la señora Assingham estuviera allí para ver, para saber, para aconsejar, para ayudar. Evidentemente, ante Maggie se había formado, por sí misma, la teoría de que nuestra buena mujer había intervenido, desde el principio, en el destino de ellos cuatro, de tal modo que no había giro alguno en sus recíprocas relaciones y negocios cuyo origen no pudiera hallarse, en cierta medida, en el afectuoso y propio interés de la señora Assingham por ellos. Sobre la base de este afectuoso interés de la buena

señora, nuestra joven amiga levantaba ahora un edificio sin dejar de observar a Fanny, de manera muy parecida a aquella en que un niño listo, e incluso travieso, jugando sentado en el suelo, amontona piezas de madera, hábil y pasmosamente, sin dejar de observar la cara de una persona mayor que le vigila disimuladamente. Cuando las piezas de madera cayeran, se comportarían como es propio de la naturaleza de las piezas de madera; sin embargo, llegaría antes el momento en que se alzarían hasta un punto tan elevado que la estructura forzosamente tendría que llamar la atención y ser admirada. Entretanto, en el comportamiento de entrega sin reservas adoptado por la señora Assingham no se advertían indicios de análisis que separara y revelara aspectos concretos. El gesto de ansiosa atención de su rostro iba totalmente dirigido a la vívida felicidad de su joven amiga, y revelaba que la señora Assingham daba por supuesto que recientemente y por vagas causas dicha felicidad había aumentado. La Princesa ahora avanzaba, avanzaba y avanzaba más que antes; la señora Assingham estaba plenamente dispuesta a manifestar que se daba plena cuenta de los avances de la Princesa, que siempre había sabido que tarde o temprano avanzaría y toda invitación a participar en tal avance forzosamente tenía que contener, en mayor o menor medida, una nota de triunfo. Sin duda alguna había cierta inexpresividad en la sumisión de la señora Assingham, y también cierta prodigalidad en su general alegría, siendo ésta más notable cuando las dos volvían a reunirse después de breves separaciones; en estas reuniones, durante los primeros momentos de efusión, Maggie a veces recordaba otras expresiones en otras caras, sobre todo dos imborrables expresiones: la de la luz que había alterado la cara de su marido al tener la fuerte impresión —por fin Maggie había llegado a emplear el término «fuerte impresión» al hablar de ello— de verla, cual ella estaba, al regresar el Príncipe de Matcham y de Gloucester, y la expresión intrigada en la bella, inquieta y audaz mirada de Charlotte cuando, a la mañana siguiente en Eaton Square, esta vieja amiga había dado la espalda a la ventana para comenzar a entendérselas con ella.

Si Maggie hubiera osado pensar de tan ruda manera, hubiera dicho que Fanny le tenía miedo; Fanny temía que dijera o hiciera algo, tal como durante breves segundos había temido Americo y Charlotte, lo cual venía a ser un elemento expresivo común a los tres. Sin embargo, la diferencia consistía en que esta expresión, en el caso de la buena señora, tenía la rareza de renovarse constantemente, en tanto que en los otros dos no se había repetido ni una sola vez. Otras expresiones habían aparecido como luces radiantes y fijas en los otros dos, expresiones que alcanzaron un punto culminante hacía muy poco tiempo; aquella mañana en que la pareja apareció en el balcón de la casa para averiguar desde lo alto lo que su padre y ella habían estado haciendo, momento en que la general e interesante belleza y brillantez de la pareja armonizaba con el inicio del verano, había parecido irradiar calor, bienvenida

y la promesa de protección. De consuno habían decidido no hacer nada que pudiera alarmar a Maggie; y ahora, dotados de experiencia y práctica, lo hacían de una manera tal que ya no temían que su comportamiento los traicionara. Contrariamente, la señora Assingham, no menos indiferente a lo ocurrido, tenía menos seguridad por tener menos dominio de sí misma. En consecuencia, la estridencia de la alegría de dicha señora, los intentos de sondeo en el pretendidamente agradable ambiente que precedía a su indagación, como la patrulla de exploradores o lo que sean precede al grueso de la fuerzas, todo esto, fue la causa de que a los labios de nuestra joven amiga acudiera, al cabo de un par de semanas, diez o doce veces una frase de reto que tuvo la astucia de guardar para la ocasión propicia, pero que el haberla dicho le hubiera causado un alivio del que se sentía no poco necesitada. «Tiene usted tanto temor a que pueda formularle quejas que no hace más que lanzar todas las campanas al vuelo para que ahoguen mi voz; pero no grite, querida amiga, antes de que la hayan herido; sobre todo, pregúntese a sí misma si cree que soy lo bastante perversa para quejarme. Incluso dejando que su imaginación se desborde, ¿de qué puede usted soñar que soy capaz de quejarme?» Sin embargo, la Princesa consiguió por el momento no pronunciar palabras como éstas, y lo consiguió gracias a preguntarse si la ambigüedad con que su amiga la trataba no sería ahora muy parecida a la ambigüedad con que ella trataba a su padre. Maggie también se preguntaba si le gustaría que su padre le diera aquel tratamiento que ella, día tras día, había conseguido no dar a la señora Assingham, lo que la inducía a tratar a esta amiga con la misma amabilidad que el señor Verver, aquel bendito, tan benévolo como inexcusable, trataba a su hija. De todas maneras, Maggie había con seguido sonsacarle a la señora Assingham una promesa con respecto al tiempo que pasarían en Fawns, siempre y cuando el coronel cumpliera su palabra, y a este respecto nada le iluminó tanto ni nada le inspiró un interés más íntimo como advertir que su interlocutora se abstenía de manifestar que era preciso tener en cuenta lo que Charlotte opinaba de tan larga estancia en Fawns, incluso tratándose de aliados tales como los Assingham.

Fanny evitaba hacer semejante manifestación de una forma tan evidente para la Princesa, y tan consciente en la propia Fanny, que parecía hallarse en trance de retroceder ante un abismo en el que temiera precipitarse, lo que era una verdad que también contribuía a que nuestra joven amiga tuviera siempre presente el peligro de poner de manifiesto los sutiles procesos de que se servía. El hecho de que Charlotte comenzara a emplear un criterio restrictivo en lo tocante a los Assingham —cosa que por muchas y buenas razones que saltaban a la vista jamás había hecho con anterioridad— tenía el más alto valor para Maggie, valor que quedaba incrementado por el silencio flagrante con que la propia Fanny lo rodeaba. Y lo que expresaba, de manera sumamente excitante, la cuantía de este valor era precisamente la circunstancia de que

Maggie quedaba en un estado de oposición con respecto a su madrastra —en el caso de que Maggie tuviera que defender la propuesta de una larga estancia de sus amigos— mucho más activo de lo que jamás había estado, aun cuando ello supusiera otorgar a la señora Verver una magnífica oportunidad para pedir explicaciones a su marido. Desde el momento en que Maggie quedara claramente situada en la oposición, no habría modo de saber hasta qué punto se multiplicarían las oportunidades de Charlotte. Obsesivamente se preguntaba qué haría su padre si su esposa, por una parte, comenzaba a presionarle para que llamara al orden a su hija, en tanto que, por otra parte, la fuerza de una vieja costumbre —para no decir más— le predisponía, con no menos razón, a tener fe en su hija. Además Maggie estaba aprisionada en el círculo formado por las razones que no podía dar, por lo menos a su padre. La mansión en el campo era de su padre y, en consecuencia, de Charlotte, y sólo era de Maggie y de Americo en la medida en que el dueño y la dueña la ponían generosamente a su disposición. Maggie se daba cuenta de que la generosidad de su padre carecía de límites, pero éste no podía ser el caso de Charlotte, para quien jamás sería decente, dicho sea teniéndolo todo en cuenta, reducir a tener que luchar por sus preferencias. Había momentos en que la Princesa no se sentía sin armas con que luchar, siempre y cuando la lucha se desarrollara sin espectadores.

Sin embargo, no podía utilizar esta ventaja, aunque fuera triste tener que reconocerlo. Su única arma consistía en que se daba cuenta de que si Charlotte no «quería» a los Assingham, sería por algún motivo razonable. En todo momento Maggie tenía a su disposición un medio con el que contestar a cualquier queja formulada por Charlotte, que a ella le trasladara su padre. A la posible pregunta de: «¿Cuáles son tus razones, querida?», Maggie podía lúcidamente contestar: «¿Y cuáles son las tuyas, querido papá? ¿No crees que vale la pena saberlas? ¿No será que por muy fundados motivos las razones de Charlotte se limitan a que le desagrada la presencia y, en consecuencia, la observación de personas que quizá saben de ella cosas que no le conviene que sepan?». En simple lógica, Maggie podía esgrimir esta repelente carta, y le constaba debido a que, a estas alturas, y gracias a los rápidos procesos lógicos que ahora seguía, conocía íntimamente todos los manoseados naipes que tenía a su disposición. Pero Maggie sólo podía jugar esta carta pagando el prohibitivo precio de sacrificar a su padre, un precio tan prohibitivo que incluso comportaba el horror de averiguar si su padre estaba dispuesto a ser sacrificado. Lo que Maggie tuviera que hacer tendría que hacerlo sin mezclar a su padre. Y nada había que tuviera menos en común con este escrúpulo como la despiadada utilización de su conformidad siempre beneficiosa, con que el espíritu de Maggie tan audazmente se gozaba. A este respecto, la Princesa no se veía objetivamente a sí misma, y sólo veía a los demás, ya que de lo contrario hubiera quedado impresionada, e incluso un tanto divertida, por su

tranquila adopción de tan pesado comportamiento. Si Maggie podía enfrentarse con la embarazosa situación de la persistente presencia de sus amigos en Fawns, a pesar de Charlotte, en parte se debía a que de ellos esperaba que le inspirasen una valentía que aumentara la suya propia. En resumen, sus amigos no sólo debían hallar por sí mismos la aprobación y la audacia, sino que también debían encontrarlas para proporcionárselas a Maggie. Y tuvo la impresión de que nos les daba el tiempo suficiente para ello aquella tarde, en la casa de Portland Place, en que espetó a la señora Assingham la siguiente incongruencia, que sólo superficialmente lo era:

—¿Se puede saber qué clase de horror hay entre esos dos? ¿Qué supone usted, qué sabe?

Si Maggie se hubiera guiado por las caras, la súbita palidez que adquirió la de su visitante la hubiera llevado muy lejos. Fanny Assingham palideció, pero hubo algo en este cambio, en la expresión que con él apareció en sus ojos, que tuvo la virtud de reafirmar la convicción que ella ya tenía en lo tocante a lo que su amiga había estado esperando. Lo había visto venir, lo había visto venir desde lejos; ahora que por fin había llegado, tan pronto pasara la primera convulsión, y pasaría pronto sin la menor duda, se hallarían las dos en una situación más real. Había llegado y estaba allí, porque habían compartido las dos solas el almuerzo dominical; estaba allí, por raro que parezca, por el mal tiempo, la fría y perversa lluvia de junio que había estropeado el día; estaba allí a consecuencia de la suma total de aquellas perplejidades y duplicidades, entre las que nuestra joven amiga había avanzado últimamente; estaba allí porque Americo y Charlotte habían ido de nuevo, juntos y solos, a pasar el fin de semana en casa de unos amigos, visita que Maggie, con intención infernal, había promovido sólo para ver si, en esta ocasión, también eran capaces de hacerla; estaba allí porque Maggie había atraído a Fanny a su lado, después de evitar que efectuara una visita que evidentemente le hubiera gustado efectuar, y le había obligado a ir a almorzar a su casa, estúpida, vacía y aburridamente; todo ello animada por la intención de celebrar que el Príncipe y la señora Verver le hubieran conferido el poder de describirlos tal como realmente eran. A decir verdad, Maggie sintió bruscamente la necesidad, antes que nada, de determinar cómo eran; por otra parte, antes de que su invitada diera contestación a su pregunta, todo en aquel momento y lugar, todo en todas las circunstancias le pareció que proclamara a gritos cómo eran. La mirada de ignorancia de su invitada, sobre todo, fue lo primero que lo proclamó:

—¿Entre los dos? ¿Qué quiere decir?

—Algo que no debiera haber, algo que no hubiera debido haber durante todo ese tiempo. ¿Cree que hay algo? ¿Qué piensa?

Evidentemente, y para empezar, lo que Fanny pensaba era que su joven

amiga la había dejado sin resuello; pero, a pesar de todo, la miró directamente a los ojos con gran fijeza:

—¿Habla basándose en una sospecha concebida por usted?

—Hablo basándome en una tortura. Perdone que se lo diga. He estado pensando durante meses y meses, y a nadie he podido recurrir para que me ayude a aclarar mis ideas, y he podido guiarme sólo por mis impresiones.

La señora Assingham dijo:

—Ha estado pensando durante meses y meses. Sí, pero, mi querida Maggie, ¿en qué ha estado pensando?

—Pues en cosas horrorosas, cual la pequeña bestia que quizá sea. Quizá no haya nada, nada malo y horroroso, nada que ocultar.

El color había comenzado a volver a la cara de la mayor de las dos mujeres. Ahora ya pudo enfrentarse, aun cuando efectuando un visible esfuerzo, no tan desconcertadamente con la pregunta que Maggie le había formulado:

—¿Imagina, hija mía, que los dos desdichados están enamorados? ¿Es esto lo que piensa?

Maggie la miró en silencio durante un rato antes de decir:

—Ayúdeme a descubrir qué es lo que imagino. Yo no lo sé. Sólo sé que vivo en una constante angustia. ¿No padece angustias usted? ¿Comprende lo que intento decir? Dígame la verdad, que esto, de una manera u otra, me ayudará.

La expresión de Fanny se había revestido de peculiar gravedad, de una plenitud que parecía infundirle esplendor:

—¿No quedará todo reducido a que siente celos de Charlotte? —¿Quiere decir eso que odio a Charlotte?

Maggie pensó, después de decir estas palabras, y añadió:

—No. Por papá.

La señora Assingham observó:

—Claro, es lo que cabía suponer. Pero yo le preguntaba si siente celos de ella por su marido, el Príncipe.

—Pues, bueno, quizá todo quede reducido a esto. Si soy desdichada es que estoy celosa. Quizá sea la misma cosa. Por lo menos, ante usted esta palabra no me da miedo. Sí, estoy celosa, vivo atormentada, y más atormentada todavía porque estoy indefensa. Cuando estoy atormentada e indefensa, me

meto un pañuelo en la boca y lo conservo en la boca la mayor parte de la noche y del día. Por lo menos ante usted me he sacado el pañuelo de la boca, y aquí me tiene chillando.

Hizo una pausa, y terminó su parlamento diciendo:

—Están fuera y no pueden oírme, y por una milagrosa circunstancia no almuerzo con mi padre. Vivo constantemente rodeada de milagrosas circunstancias, aunque reconozco que la mitad de ellas son obra mía. Camino de puntillas, presto atención a todos los sonidos, mido mi aliento y, al mismo tiempo, procuro en todo momento causar la impresión de ser suave como antiguo satén de color rosa. ¿Ha pensado alguna vez que me hallara en este caso?

Su amiga sintió evidentemente la necesidad de expresarse con claridad:

—¿Celosa, desdichada y atormentada?

Y la señora Assingham, después de una pausa, prosiguió:

—No. Pero al mismo tiempo debo confesar, aunque quizá se ría de mí por ello, que jamás he estado tan tremendamente segura de saber cómo es usted. Ahí está usted ante mí, como he dicho, tan joven, tan profunda… Jamás hubiera imaginado que llevara una existencia envenenada, y como sea que usted desea saber si yo estimo si hay o no hay razón para ello, le diré que no tengo el menor inconveniente en hablar con usted aquí y ahora. No, nada me parecería más gratuito.

Después de estas palabras, las dos quedaron frente a frente durante un rato. Luego, Maggie se levantó con brusquedad, mientras su amiga seguía mayestáticamente sentada; después de pasear de arriba abajo llevada por la intensidad de sus sentimientos, ahora se detuvo para recibir la luz que había invocado. En estos momentos dicha luz se había acumulado de considerable manera alrededor de la amplia presencia de la señora Assingham, constituyendo incluso, según percibió nuestra joven amiga, un medio en el cual podía al fin respirar hondamente. Maggie preguntó:

—¿Durante estos meses, principalmente durante las últimas semanas, le he causado la impresión de estar serena, natural y desenvuelta?

Esta pregunta requería, de manera que difícilmente podemos calificar de imperceptible, una respuesta de cierta extensión:

—Jamás me ha causado la impresión, desde el primer instante en que la vi, de otra cosa que no fuera, muy a su manera, absoluta bondad, dulzura y belleza.

Casi en tono de caricia, la señora Assingham repitió:

—Como he dicho, muy a su manera, una manera que es suya y de nadie más. En usted no he pensado más que como en un ser ajeno a cuanto es feo, tan ignorante de cuanto es falsedad, crueldad o vulgaridad, que jamás podrá ser rozada ni jamás usted lo rozará. Nunca la he relacionado con esa clase de realidades. Y he tenido tiempo suficiente para ello, en el caso de que esas realidades parecieran hallarse junto a usted, pero no lo están. Y si esto es lo que usted quería saber, así se lo digo.

—¿Consideraba que vivía satisfecha porque me creía estúpida?

En el curso de su contestación, la señora Assingham mantuvo una espontánea sonrisa, quizá levemente disimulada por un grácil y menudo fruncir el ceño:

—Si la hubiera creído estúpida, no la hubiera considerado interesante; si no la hubiera considerado interesante, no me hubiera dado cuenta de si «sabía», como he dicho, cómo era usted, o no. Y siempre me he dado perfecta cuenta de que usted esconde, en algún lugar de su personalidad, no poco carácter.

Sonriendo, Fanny añadió:

—En realidad, todo el carácter que puede caber en una persona de su capacidad.

A continuación, Fanny explicó:

—Pero ocurría que como usted jamás atrajo la atención de los demás hacia su carácter, no tuve la ocasión de calibrarlo debidamente; además y sobre todo difícilmente hubiera podido determinar con exactitud en qué lugar llevaba el carácter o lo escondía. Sencillamente hubiera dicho que lo llevaba debajo, como aquella crucecita de plata que en cierta ocasión me mostró, con la bendición del Santo Padre, que siempre lleva oculta sobre la piel.

Dispuesta a ejercer el privilegio del ingenio, Fanny prosiguió:

—Sí, he podido echar una ojeada a esta reliquia, pero esa pequeña, preciosa y recóndita manera suya de ser, personal y áurea, que ha recibido la bendición de un poder que, creo, es superior incluso al Papa, ésa nunca ha accedido a mostrármela. Y mucho dudo que haya accedido a mostrarla a persona alguna. En términos generales, se ha comportado usted con excesiva modestia.

En sus esfuerzos para seguir el pensamiento de Fanny Assingham, Maggie casi consiguió que se le formara una rayita en la frente. Ahora, dijo:

—¿Y considera que hoy me comporto con modestia, mientras estoy aquí, chillando ante usted?

—¡Oh, sus gritos, lo reconozco, son cosa nueva! Tendré que averiguar en qué lugar encajan. Sin embargo, el problema estriba en determinar con qué los voy a encajar.

Acto seguido, la señora Assingham preguntó:

—¿Ha querido usted decir que estas dos personas van a estar desde ayer hasta mañana en un lugar en el que pueden, más o menos irresponsablemente, reunirse? ¿Cree que están solos en dicho lugar, habiéndolo previsto de antemano?

Había hablado con el tono de pintar las cosas en los más tenebrosos colores posibles. Esperó en vano que Maggie contestara, y volvió a preguntar:

—Pero ¿no es más cierto que, en esta ocasión, después de que usted volviera a decir, a última hora, que no quería ir, ellos se mostraron remisos?

—Sí, es cierto, preferían no ir. Pero yo quería que fueran.

—En este caso, hija mía, ¿dónde está el problema?

—Quería ver si iban. Y, además, estaban obligados a ir. No les quedaba otro remedio.

La señora Assingham preguntó, intrigada:

—¿Debido a que usted y su padre decidieron no ir?

—No, no quería decir que tuvieran que ir en atención a los anfitriones, sino en atención a papá y a mí. Sí, porque ahora se han dado cuenta. Fanny tartajeó:

—¿Que se han «dado cuenta»?

—De que desde hace ya algún tiempo me fijo más. Me fijo en las cosas raras que hay en nuestra forma de vivir.

Maggie vio que su amiga estuvo, por un instante, a punto de preguntar le qué eran aquellas «cosas raras», pero enseguida la señora Assingham desechó tan ambigua pregunta para escoger otra que consideraba mucho mejor.

—¿Y por eso lo hizo? No ir, quiero decir.

—Sí, lo hice por eso. Para que quedaran solos los dos. Sí, porque de día en día muestran menos deseos, o se atreven a mostrar menos deseos, de estar solos. Desde hace mucho tiempo, lo disponen todo de manera que algunas veces tengan forzosamente que estar solos los dos.

Después, como sea que la señora Assingham, como cegada por la lucidez de estas palabras, se quedara callada, Maggie preguntó:

—¿Sigue creyendo que soy modesta?

Sin embargo, si se le daba tiempo, Fanny siempre podía pensar cualquier respuesta brillante susceptible de ser calificada de congruente, y así dijo:

—Creo que está usted equivocada. Ésta, querida, es mi respuesta a su pregunta. Su pregunta exige la respuesta más clara de que sea capaz. Nada malo veo y de nadie sospecho.

Como remate, añadió:

—Y me apena profundamente que otra sea su actitud.

Esto motivó que Maggie le dirigiera otra profunda mirada y le preguntara:

—¿Nunca ha imaginado nada?

—¡No lo permita el Señor! Y conste que le estoy hablando en mi calidad de mujer imaginativa. No hay ni un solo momento en mi vida en que no esté imaginando algo, y a esto se debe precisamente el que haya podido calibrar la sinceridad con que su marido, a quien usted supone torpemente dedicado a su madrastra, es devoto, tiernamente devoto, de su admirable y adorable esposa.

La señora Assingham hizo una larga pausa para que su joven amiga se empapara bien de lo anterior, pero Maggie no dio síntomas de hacerlo. Entonces la pobre mujer coronó lamentablemente sus esfuerzos:

—¡Sería incapaz de tocarle un pelo!

Al oír esto, en el rostro de Maggie se formó la más extraña expresión, aunque con la intención de esbozar una sonrisa:

—¡Bueno…!

Pero su invitada ya había dicho:

—Y estoy absolutamente segura de que Charlotte también.

Estas palabras tuvieron la virtud de dejarla con la extraña expresión fija en la cara, allí de pie. Y la Princesa dijo:

—No, Charlotte también sería incapaz. Y ésta es precisamente la razón por la que hoy han tenido que ir allá juntos. Tuvieron miedo de no hacerlo, miedo a que el hecho de no ir ellos me preocupara, me alterase, me pesara de una forma u otra. Y, como sea que yo insistí en que debían ir, en que no podíamos declinar todos nosotros la invitación, a pesar de que papá y Charlotte realmente no la habían aceptado, al insistir yo tuvieron que ceder a su temor de que dar muestras de miedo a ir solos allá representara para ellos el mayor peligro, peligro que consistía, como usted puede fácilmente comprender, en que yo me sintiera traicionada. A los dos les consta que para ellos lo menos peligroso es seguir haciendo todas las cosas que yo he dado muestras de aceptar, y con respecto a las cuales no he dado indicios, en momento alguno,

de no aceptar. Todo lo que les ha ocurrido a los dos les ha ocurrido de una manera extraordinaria, sin que yo haya revelado mi verdadero estado de ánimo, siquiera mediante un sonido, mediante un gesto; por tanto todo es cuan maravilloso quepa imaginar. De todas maneras, los dos avanzan por entre los peligros a que me he referido, entre el peligro de hacer demasiado y el de haber perdido la seguridad en sí mismos, el valor, o como quiera llamarlo, para hacer lo suficiente.

En este momento, el tono de las palabras de Maggie había adquirido un extraño matiz que no armonizaba con su sonrisa, lo cual quedó todavía más patente cuando concluyó:

—¡Y de esta manera consigo que hagan lo que yo quiero!

Estas palabras impresionaron a la señora Assingham, quien se levantó con una lentitud tal que, desde el inicio hasta el término del movimiento, reveló lo mucho que se había ampliado su comprensión del asunto. La señora Assingham dijo:

—Hija mía, es usted pasmosa.

—¿Pasmosa?

—Es usted terrible.

Meditativa, Maggie negó con la cabeza:

—No, no soy terrible, y usted tampoco piensa que lo soy. Sin duda alguna le causo la impresión de ser sorprendente, pero sorprendente por mi mansedumbre. ¿No lo ve? Soy mansa. Lo tolero todo.

La señora Assingham canturreó:

—Oh, tolerar, tolerar…

La Princesa dijo:

—Por amor.

Fanny dudó:

—¿A su padre?

Maggie repitió:

—Por amor.

Su amiga seguía intrigada:

—¿A su marido?

Una vez más, Maggie dijo:

—Por amor.

Durante unos instantes pareció que el tajante cariz de las palabras de Maggie hubiera sido la causa de que su amiga se encontrara en el caso de elegir entre dos o tres alternativas muy diferentes entre sí. Sin embargo, la contestación de la señora Assingham —tanto si era mucha como si era poca la libertad de elección— constituyó un triunfo:

—¿Acaso hablando con ese amor que la anima se ha propuesto convencerme de que está usted en la creencia de que su marido y la esposa de su padre son verdaderamente amantes el uno del otro?

Como la Princesa no contestó, por el momento, la señora Assingham dijo:

—¿A semejante alegación la llama usted «mansa»?

—Es que no pretendo comportarme con mansedumbre ante usted. Pero ya le he dicho, y usted ha tenido ocasiones sobradas de verlo, con cuánta mansedumbre me he portado con ellos.

La señora Assingham se encorajinó con más brillantez aún:

—¿De mansedumbre califica el obligarlos a hacer por medio del terror, como usted ha dicho, lo que usted quiere?

—Bueno, es que no sentirían terror si nada tuvieran que ocultar. La miró de frente y con gran fijeza le dijo:

—¿Se da usted cuenta, mi muy querida amiga, de lo que acaba de decir?

—Pues he dicho que estoy desorientada y atormentada, y que no tengo a nadie con quien hablar, salvo a usted. He pensado, y en realidad he llegado a convencerme de ello: que usted comprende hasta qué punto es verdad lo que acabo de decirle. Por eso pensé que haría causa común conmigo.

—¿Causa común en qué? ¿En acusar a dos personas, amigas desde hace largo tiempo, a las que siempre he admirado inmensamente y a las que quiero, y contras las cuales no tengo fundamento para formular siquiera la sombra de una sospecha?

Maggie miró a Fanny Assingham con los ojos muy abiertos y dijo:

—Preferiría que me acusara a mí a que los acusara a ellos. Acúseme, acúseme a mí si encuentra la manera de hacerlo.

Había hablado exactamente como si sus palabras fueran reflejo de un debate que en su fuero interno hubiera sostenido consigo misma. Siguió:

—Si en conciencia puede acusarme, si en conciencia puede vilipendiarme, si en conciencia puede considerarme una pequeña cerda animada por malas pasiones…

Con aspecto de ponderar la cuestión, la señora Assingham dijo:

—¿Sí, qué?

Y guardó enfático silencio. Maggie prosiguió:

—En ese caso, creo que quedaré salvada.

Su amiga sopesó estas palabras durante un rato, mientras meditativa levantaba los ojos, realmente trascendentes, dirigiendo la mirada por encima de la cabeza de Maggie. Por fin, dijo:

—Dice que no tiene a nadie con quien hablar, y afirma que ha ocultado sus sentimientos de manera que jamás se ha traicionado, como usted ha venido a decir. Ahora bien, ¿nunca ha pensado que habiendo llegado a este punto de agitación, no sólo es su derecho sino también su ineludible deber hablar con su marido?

Maggie dijo:

—Ya lo he hecho.

La señora Assingham desorbitó los ojos:

—Ah, en ese caso no es verdad que no haya mostrado síntoma alguno. Después de un silencio, Maggie observó:

—No le he creado problemas, no he hecho una escena, no he adoptado una posición determinada, nada le he reprochado, de nada le he acusado. Ahora usted me dirá que esta forma de actuar es, en cierta manera, perversa.

Como si no pudiera evitarlo, Fanny dejó escapar:

—¡Oh!

—Pero, aunque parezca raro, estoy segura de que mi marido no me considera perversa. Creo que, en el fondo, y esto es lo más raro, me tiene lástima. Sí creo que en el fondo, se apiada de mí.

Su amiga le preguntó:

—¿Por el estado de ánimo en que usted se ha dejado hundir?

—Por no ser feliz cuando tanto tengo al alcance de la mano para serlo. Rápidamente, la señora Assingham observó:

—Lo tiene todo.

Pero después de decir estas palabras, Fanny Assingham guardó unos instantes de silencio, como si no osara continuar; pero al fin, dijo:

—De todas maneras, no comprendo cómo es posible que si usted no ha hecho nada…

La impaciencia de Maggie la interrumpió:

—No he hecho absolutamente nada.

—Bueno, pues en ese caso…

Al cabo de un rato, Maggie dijo:

—Bueno, mi marido sabe lo que he hecho.

Fue por esto que la señora Assingham guardó un silencio no menos prolongado que el guardado antes por Maggie, del que fueron causas coadyuvantes el tono empleado por ésta, su exquisita expresión y aquel silencio que, por su misma duración, tuvo inevitablemente cierto matiz de aceptación de una verdad. Luego, preguntó:

—¿Y qué ha hecho él?

Maggie también tardó en contestar:

—Se portó con esplendidez.

—¿Esplendidez? Entonces, ¿qué más quiere?

Maggie exclamó:

—¡Lo que ya sabe! ¡No tener miedo!

Una vez más, la señora Assingham se vio obligada a hacer un alto el fuego:

—¿No tener miedo a hablar?

—No tener miedo a no hablar.

Después de meditar un poco más, la señora Assingham preguntó:

—¿Ni siquiera con Charlotte puede hablar?

Al oír estas palabras, Maggie le dirigió una mirada y dio media vuelta sobre sí misma, en movimiento de reprimida desesperación, lo que motivó que la señora Assingham se contuviera, limitándose a contemplar con pena y lástima, cómo Maggie se acercaba a la ventana y dirigía la vista al monótono espectáculo de la calle. Casi parecía que se hubiera visto obligada a renunciar, al no hallar inteligente comprensión en su amiga —el último desengaño que tenía—, al perder la esperanza de aquel concreto consuelo que había buscado. Sin embargo, en el mismo momento Fanny volvió a adoptar el tono que le parecía entrañar más promesas de no obligarla a renuncia alguna:

—Lo comprendo, lo comprendo; en este caso concreto debería tener en consideración demasiadas cosas.

Estas palabras motivaron que la Princesa diera otra media vuelta sobre sí misma como si acabara de oír la nota de comprensión en que más deseaba ampararse. La señora Assingham añadió:

—No tenga miedo.

Maggie quedó quieta y en silencio, y poco después pudo expresar lo que sentía:

—Muchas gracias.

Su consejera, al oírla, se sintió estimulada en gran manera:

—Lo que usted sospecha implica la existencia de una intriga llevaba a cabo día tras día, en un ambiente de total confianza y simpatía, no sólo ante su vista sino también ante la vista de su padre. Y esto es algo que no puedo creer, ni siquiera por un instante.

—¡Naturalmente! Esto es exactamente lo que quería que me dijera.

En un susurro, la señora Assingham dijo:

—Pues ya se lo he dicho.

Maggie insistió:

—¿Nunca ha pensado que fuera posible? Muy alta la cabeza, Fanny contestó:

—Jamás, ni por un instante.

Maggie aceptó esa respuesta, pero quería más seguridades:

—Perdone que sea tan insoportable, pero ¿me lo asegura por lo más sagrado?

La señora Assingham miró a Maggie directamente a los ojos:

—Querida, le doy mi palabra de mujer honrada. La Princesa dijo:

—Gracias.

Quedaron las dos en silencio por un momento, luego Fanny preguntó:

—¿Y usted cree que es verdad?

—Yo la creo a usted.

—Bueno, pues como tengo fe en ellos, viene a ser lo mismo.

Ante esta conclusión, Maggie volvió a meditar, pero por fin aceptó la idea:

—Sí, lo mismo.

Fanny Assingham, en tono más alegre, le preguntó:

—En ese caso, ¿ya no se siente desdichada?

—Creo, sin duda, que no me sentiré desdichada durante mucho tiempo. Pero ahora fue la señora Assingham quien pidió más:

—¿La he convencido de que es imposible?

Al decir estas palabras, la señora Assingham había abierto los brazos a Maggie, quien, después de un momento de duda, se arrojó a ellos, emitiendo un sonido un tanto extraño para ser un suspiro de alivio. Enfáticamente, más que enfáticamente, Maggie repuso:

—Imposible, imposible.

Pero en el mismo instante rompía a llorar ante aquella imposibilidad, y pocos instantes después, mientras los dos se abrazaban, la imposibilidad era causa de que las lágrimas saltaran en llanto audible, comprensivo y perverso, de los ojos de la señora Assingham.

Capítulo XXXI

El acuerdo al que, al parecer, se llegó fue que el coronel y su esposa llegarían a medidos de julio para iniciar la «larga visita» a Fawns. Maggie consiguió que su padre insistiera cordialmente así como que la pareja de Eaton Square dieran allí la bienvenida, antes de que julio llegara a su mitad, y menos de una semana después de su llegada, a la pareja de Portland Place. «Así les daremos tiempo para respirar un poco», había observado Fanny haciendo referencia al proyecto con una alegría que entrañaba indiferencia a todo género de críticas y observando a cada uno de los miembros del grupo por separado; Fanny al poner de relieve con un énfasis que rozaba el amable cinismo, la confianza y franqueza con que su marido y ella se comportaban, levantaba sus ánimos y se protegía. Al parecer de Fanny, el papel que mejor podía interpretar era el de comportarse como si se sintiera fuertemente impresionada, como siempre se sentía en cuanto hacía relación con el asunto que nos ocupa, por la reconocida rudeza de su avidez y por la manera en que la hospitalidad de los Verver satisfacía sus necesidades y era fuente de comodidad para ella, habida cuenta de que el coronel siempre la había tenido privada de un rústico retiro, de un frondoso paraje, de una base fija en donde pasar la estación seca ya en puertas. En su hogar, Fanny había explicado y vuelto a explicar reiteradamente las características de su dilema, las dificultades que entrañaba el hallarse en la posición en que ella se hallaba o, como ahora decía, en que ellos dos se hallaban. En Cadogan Place, cuando los dos cónyuges no podían hacer otra cosa, hablaban de la maravillosa pequeña Maggie y del encanto, del siniestro encanto de tener que contener el aliento cuando la contemplaban: tema éste que la trascendental conversación de medianoche, en la que hemos estado presentes, no agotó ni mucho menos. El tema reaparecía irremediablemente en todos los momentos en que los

cónyuges se quedaban solos. Entre los dos lo habían planteado, y el tema crecía y crecía, un día tras otro, de manera que el sentido de la responsabilidad del matrimonio casi quedó ahogado por el de la fascinación. En momentos como éstos, la señora Assingham declaraba que, con tal de beneficiar a aquel ser tan admirable y tan joven —por el que, como también declaró, había quedado totalmente conquistada—, estaba dispuesta a pasar, para el resto del mundo, incluso para el mismísimo Príncipe, objeto también absurdo, de su continua y explícitamente desvergonzada admiración, por ser una mujer vulgar, sin delicadeza y pestilente, que en el abandono propio de la vejez revelaba su verdadero carácter. Tal como hemos visto, toda situación garantizadamente embrollada merecía, gracias a la presión ejercida por la señora Assingham, la manifiesta atención del coronel; pero en el caso concreto que nos ocupa, este fenómeno, como la esposa del coronel le manifestaba saber perfectamente, no se debía a que el coronel se apiadara de ella o estuviera preocupado porque su esposa se hubiera dejado arrastrar hasta semejantes terrenos, sino a que tan pronto el coronel abría los ojos no podía evitar que su mirada se fijara complacida y casi inteligentemente en la Princesa. Sin embargo, si el coronel se había enamorado de la Princesa, tanto mejor para todos, ya que eso los ayudaría a no retroceder ante lo que tendrían que hacer en su defensa. La señora Assingham siempre sacaba a colación lo que acabamos de decir, cuando al coronel le daba por quejarse. En ningún momento de embeleso, a que el comportamiento real de Maggie daba lugar, la señora Assingham permitía que el coronel se olvidara de la necesidad en que los dos se verían:

—Como te he dicho una y otra vez, tendremos que mentir por ella; sí, tendremos que mentir hasta quedar con la cara congestionada.

—¿Mentir «por» ella?

El coronel en estas ocasiones, como si ante sí tuviera una confusa visión de la antigua caballerosidad revistiendo nuevas formas, se perdía a menudo en evidentes vacíos de lucidez.

—Tendremos que mentirle a ella, mentirle de arriba abajo, o por fuera y por dentro, que viene a ser lo mismo. Lo cual será exactamente lo mismo que mentir a los demás, mentir al Príncipe en lo tocante a la fe que se tiene en él, mentir a Charlotte en lo tocante a la fe que se tiene en ella, mentir al señor Verver, al buen señor Verver, en lo tocante a la fe que se tiene en todos. Sí, tenemos tela para rato, y la mayor mentira será fingir que nos gusta estar allí para semejante propósito. Nos repele de una forma indecible. Ante esta perspectiva me siento más inclinada a comportarme cobardemente y olvidarme del asunto, a dejar en actitud egoísta y pusilánime que todos se hundan, ante la perspectiva del cumplimiento de cualquiera de los deberes sociales y humanitarios que en mi vida me han obligado a comportarme

decentemente.

Después de una pausa, Fanny Assingham añadió:

—En cuanto a ti, después de haberte dado yo una perfecta oportunidad para enamorarte de Maggie, sin duda alguna gozarás de la compensación de estar cerca de ella.

Ante palabras como éstas, el coronel siempre podía preguntar, con aire notablemente impertérrito:

—¿Y qué me dices de la compensación que para ti significa estar cerca del Príncipe, de quien estás manifiesta, cuando no exasperadamente enamorada, y de cuyo enamoramiento, del que prefiero no hablar por la bondadosa debilidad con que lo contemplo, pintas siempre un cuadro tan lindo?

En realidad, la señora Assingham siempre podía evocar contemplativamente el cuadro en cuestión. Dijo:

—¿No ves que me tropezaré con la dificultad de tener que destrozar el afecto en que el Príncipe me tiene, llevada por mi lealtad a Maggie?

—¿Eres incluso capaz de calificar de «lealtad a Maggie» una operación de encubrimiento del delito cometido por el Príncipe?

—Bueno, habría mucho que hablar del delito ése. Para nosotros es más interesante que cualquier otro delito. Sí, por lo menos tiene esa ventaja. Pero, desde luego, califico de lealtad a Maggie todo lo que proyecto hacer. Ser leal a Maggie es, principalmente, ayudarla ante su padre, que es lo que Maggie más desea y más necesita.

El coronel, en casos como el presente, ya había recibido abundantes lecciones, pero al parecer siempre necesitaba más:

—¿Ayudarla «ante» su padre?

—Ayudarla contra su padre. Contra eso acerca de lo cual ya hemos hablado tanto; contra el hecho de tener que reconocer, ellos dos, que él tiene dudas. Éste es el punto en que más claro es mi deber: ayudar a Maggie, ayudarla hasta el fin.

Una exaltación momentánea siempre iluminaba las referencias de la señora Assingham a dicha claridad, sin embargo, al mismo tiempo, rara vez dejaba de matizar su visión del asunto:

—Cuando digo que mi obligación es clara quiero decir que es absoluta; sí, porque la manera de hacerlo día tras día, contra viento y marea, puedes estar seguro que es harina de otro costal. Sin embargo, y afortunadamente, en cierto aspecto siempre seré fuerte. Puedo contar con ella.

El coronel, al llegar la conversación a este punto, como impulsado por un insidioso sentimiento de excitación, rara vez dejaba de preguntar, como si quisiera estimular a su esposa:

—¿Puedes contar con ella en el sentido de que no se dará cuenta de que mientes?

—En el sentido de serme fiel, sea lo que fuere aquello de lo que se dé cuenta. Si yo soy fiel a ella —es decir, si soy fiel a mi pobre y agresiva manera, teniendo siempre en cuenta el bienestar de todos—, ella me será fiel hasta la muerte. No me traicionará. Y conste que puede hacerlo fácilmente.

Ésa era, por lo general, la peligrosa curva en el camino que seguía la conversación entre los dos; pero, en cada viaje, Bob Assingham entraba en ella como si fuera la primera vez:

—¿«Fácilmente»?

—Puede hacer trizas mi honor ante su padre. Puede decirle que yo estaba al tanto, cuando su padre se casó —al igual que lo estaba cuando ella se casó—, de las relaciones que anteriormente habían existido entre su esposa y su marido.

—¿Y cómo puede hacer esto, si hasta el presente y según tus propias manifestaciones, Maggie no sabe que lo sabías?

Ésta era una pregunta cuya respuesta siempre soslayaba de tal manera que la reiterada práctica le había dado casi innegable grandeza, ya que reaccionaba como si con la pregunta la invitaran a decir que era éste exactamente el asunto en que se proponía mentir mejor. Pero, con gran lucidez, dijo otra cosa totalmente diferente, que incluso parecía constituir un triunfo sobre la rudeza de los hombres.

Y la pobre señora añadió:

—Les basta con ponerse de acuerdo; en cuanto a mí respecta, les basta con sentir unánimemente, sentir con amargura, que han sido objeto de una maquinación, que han sido engañados, que han sufrido perjuicios; les basta con acusarme a mí, cada uno ante el otro, del delito de ser falsaria e infame, para que quede irremediablemente perdida. Desde luego, la engañada he sido yo, y sigo siéndolo; además, engañada por el Príncipe y por Charlotte, pero éstos no están obligados a reconocerlo con respecto a mí, ni están obligados a reconocer nada con respecto a nadie. Estarán en su pleno derecho si nos califican a todos juntos de pandilla de conspiradores crueles y falsarios; si saben encontrar los hechos pertinentes en que apoyarse, pueden desembarazarse de nosotros de una vez para siempre.

Estas palabras siempre tenían la virtud de expresar la situación con tan

siniestros matices que el solo hecho de repetirlas bastaba para inducirla a contemplar con ardiente mirada las distintas partes de la historia, de manera que veía al mismo tiempo su fea coherencia y su brillo pasajero. La señora Assingham siempre experimentaba placer al hacer presente a su marido el peligro en que se hallaba al conseguir que adquiriese aspecto de realidad, y al ver que su marido casi palidecía cuando sus miradas se encontraban ante la posibilidad de quedar en tan comprometida situación y tan desprestigiados los dos. Lo más bonito era que, en armonía con una de las marfileñas notas de la parte izquierda del teclado, el coronel se expresaba con breve sequedad de hombre bueno, estúpido e intranquilo:

—En lo que a ti respecta, ¿con qué fin se puede decir que conspiraste?

—Pues con el evidente fin de proporcionar al Príncipe una esposa a costa de Maggie. Después, con el de proporcionar a Charlotte un marido a costa del señor Verver.

—Comprendo; es decir, con el fin de prestar amistosos servicios que, según parece, han dado lugar a complicaciones. Pero, como tú no tuviste la intención de crear todas estas complicaciones, ¿a santo de qué no ibas a prestar estos servicios?

A la señora Assingham le parecía extraordinario que su marido, si se le daba tiempo, siempre hablaba en defensa de ella mejor de lo que ella misma podía hacerlo cuando se hallaba en una situación como ésta contemplada en sus más sombríos tonos. Sin embargo, la señora Assingham, a pesar de estar preocupada, nunca dejaba de exprimir más jugo a la conversación para divertirse más.

—¿Acaso la finalidad por la que me entrometí, en el caso de que pueda demostrarse que me porté como una entrometida, no puede ser objeto de comentario por parte del señor Verver y de Maggie? ¿Acaso, a la luz de su interpretación, no pueden estimar que actué impelida por el deseo de favorecer a los otros dos más que al padre y a la hija, que a fin de cuentas se considerarían víctimas?

Decididamente, a la señora Assingham le gustaba dar vueltas y más vueltas a aquel asunto. Siguió:

—Pueden estimar también que actué, ante todo, con el deseo de rendir un servicio al Príncipe, un servicio a cualquier precio, consistente en «colocarle» bien colocado; en otras palabras, en poner a su alcance el dinero que necesitaba. ¿Acaso el asunto no puede parecer un equívoco y siniestro trato entre nosotros, algo absolutamente sórdido y louche?

Infaliblemente, estas palabras fueron causa de que el pobre coronel repitiera, con un eco:

—«Louche», querida…

—¿Acaso no lo has dicho tú mismo? ¿Acaso no has sido tú quien ha señalado esta posibilidad?

En estos momentos, solía hacer referencia a los aciertos de su marido de manera que a éste le gustara recordarlos. El coronel dijo:

—¿Cuándo he hablado de que siempre estuviste encaprichada de…?

—Encaprichada precisamente del hombre a quien iba a ayudar a situarse tan cómodamente. Fue un capricho maternal, como probablemente consideraría cualquier mirada sin prejuicios; aunque, desde luego, no estamos tratando de miradas sin prejuicios. Estamos hablando de gente buena e inocente profundamente preocupada por un horrendo descubrimiento, que llega mucho más lejos, en su calificación, de lo nefasto, como casi siempre hace esta clase de gente, no aquella que ha estado bien despierta desde un principio. Y lo que yo iba a obtener de ese amigo mío, en la opinión de dicha gente, a cambio de lo que yo hubiera podido ser capaz de hacer, hubiese sido una clase de valor, que mejor que nadie yo hubiese astutamente sopesado.

Y la señora Assingham siempre se extraviaba con gran facilidad en su ansioso deseo de llenar el lienzo en que pintaba su cuadro.

—Se hubiera visto, se hubiera oído hablar de ello, como el caso de la mujer a quien un hombre no quiere, o de la mujer de quien un hombre está cansado, o de la mujer que carece de utilidad para un hombre, salvo esta utilidad; una mujer que es capaz en su enamoramiento, en su pasión, de favorecer los intereses de dicho hombre ante otras mujeres con el fin de no perderle de vista, de no perder el contacto con él, de no romper todo trato con él. Cela s’est vu, querido, y cosas más raras aún como no tengo necesidad de decírtelo a ti, precisamente.

Y concluyó:

—Ya ves, pues, que ésta es una concepción muy posible de la manera de comportarse de tu dulce esposa, como antes he dicho, pues no hay imaginación más viva, tan pronto se despierta, que la de los corderos realmente agitados. Los leones no son nada comparados con ellos: los leones son refinados, son blasés, y se han acostumbrado desde un principio a la caza y el merodeo. Reconocerás que tenemos no poco en qué pensar. Sin embargo, y por fortuna, cuento con el alivio de lo que pienso.

A estas alturas, el coronel tenía clara conciencia de lo que su esposa, a fin de cuentas, pensaba; pero, por otra parte, al coronel tampoco le faltaban ganas de divertirse. Para un espectador de estas conversaciones entre los cónyuges, el coronel bien hubiera podido parecerse, y no poco, al niño sin malicia que

escucha su cuento favorito por vigésima vez, y goza de él precisamente porque sabe lo que ocurrirá a continuación. El coronel añadió:

—Lo que desde luego les intrigará, si es que tienen menos imaginación que la que tú les atribuyes, es determinar qué beneficio sacaste de favorecer el matrimonio de la señora Verver. No estabas ni tanto así enamorada de ella.

La señora Assingham, en este punto, siempre decía:

—Bueno, mi intervención en este asunto siempre queda justificada por mis deseos de serle agradable a él.

—¿Al señor Verver?

—Al Príncipe. Sí, para evitar, como el Príncipe estaba en peligro de llegar a ver, que Charlotte se casara con un hombre con el que el Príncipe no pudiera establecer y mantener una relación tan íntima como la que tiene con su suegro. Puse a Charlotte en las inmediaciones del Príncipe, la puse a su alcance como jamás hubiera podido estar si hubiera seguido soltera o si se hubiera casado con un hombre diferente.

—¿La pusiste en tan dulce situación para que fuera la amante del Príncipe?

—La puse en tan dulce situación para que fuera la amante del Príncipe.

Había hablado con grandeza. Estas palabras siempre le producían efecto de grandeza a la señora Assingham y también, de manera harto visible, a su marido. La señora Assingham añadió:

—En este caso, teniendo en cuenta sus especiales circunstancias, las facilidades eran ideales.

—Contando incluso la facilidad de que todo te importaba tan poco, desde tu personal punto de vista, le proporcionaste al Príncipe la ocasión de gozar de dos bellas mujeres.

—Contando incluso ésta, esta monstruosidad de mi locura. Pero no, no fueron «dos» hermosas mujeres. Fue una hermosa mujer y una hermosa fortuna. Esto es a lo que un ser puramente virtuoso se expone cuando permite que su virtud, cuando permite que su comprensión, cuando permite que su desinterés, cuando permite que su exquisito sentido del vivir del prójimo, le lleven demasiado lejos. Voilà.

—Comprendo. Y ésta es la razón por la que los Verver te tienen atrapada. —Es la razón por la que los Verver me tienen atrapada. O dicho en otras palabras, ésta es la razón por la que podrían hacer grandes alardes entre sí de tenerme atrapada si Maggie no fuera absolutamente divina.

—¿Maggie te deja en libertad?

El coronel nunca dejaba de insistir, hasta el final, en todos los detalles, por lo que estaba siempre tan versado en lo tocante a lo que su esposa pensaba, a fin de cuentas. La señora Assingham dijo:

—Maggie me deja en libertad. Por eso, ahora, horrorizada y contrita ante lo que hice, puedo ayudarla a salir del atolladero. Y el señor Verver también me deja en libertad.

—En ese caso, ¿crees que está al tanto de lo que ocurre?

Esta pregunta del coronel siempre la inducía a hacer una pausa rebosante de significado, a sumergirse profundamente en sus pensamientos, y a decir:

—Creo que el señor Verver me dejaría en libertad si estuviera al tanto de lo ocurrido, a fin de que yo pudiera ayudarle a salir del atolladero. 0, mejor dicho, a fin de que pudiera ayudar a Maggie. Esto sería su motivo, ésta sería su condición para perdonarme, de la misma forma que para ella, en realidad, el motivo y condiciones consisten en que actúe con el fin de evitar sufrimientos a su padre. Sin embargo, quien me preocupa de forma directa es Maggie. Y te aseguro que, pase lo que pase, el señor Verver jamás me dirá ni media palabra, jamás me dirigirá siquiera una mirada. En consecuencia, de ello se deduce que probablemente y por pelos me libraré del castigo anejo a mis delitos.

—Querrás decir que te librarás de que se te considere responsable.

—Me libraré de que se me considere responsable. Mi ventaja consistirá en que Maggie es una carta invencible en esta baraja.

—Una carta que, como tú dices, te será fiel.

—Me será fiel a mí, será fiel a nuestro acuerdo; sí, ya que nuestro acuerdo está firmado y sellado.

Pensar de nuevo en lo mismo equivalía siempre para la señora Assingham a exaltarse de nuevo:

—Es un pacto noble, un pacto excelso. Lo ha jurado solemnemente.

—Pero ¿lo ha expresado con palabras?

—¡Y tanto que sí! Con palabras, puesto que se trata de un asunto de palabras. Ella mantendrá su mentira mientras yo mantenga la mía.

—¿Ya qué llamas «su» mentira?

—A la ficción de que cree en mí, que cree que los otros dos son inocentes.

—¿Realmente cree que son culpables? ¿Ha llegado a estar convencida de esto, sin tener pruebas?

Éste era siempre el momento en que Fanny Assingham vacilaba más; pero

también conseguía siempre aclarar suficientemente el asunto de acuerdo con su manera de pensar y acompañando sus palabras con un profundo suspiro:

—No se trata de una cuestión de creencia o de pruebas, ausentes o presentes; para ella se trata, con carácter inevitable, de una cuestión de percepción natural o de sensación invencible. Sabe de una manera irresistible que hay algo entre los dos. Pero no ha «llegado», como tú dices, a esa conclusión. Esto es exactamente lo que Maggie no ha hecho, lo que, perseverante e intensamente, se niega a hacer. Se contiene y se contiene para no llegar. Se mantiene en alta mar lejos de la costa rocosa, y lo que más desea es que yo me mantenga, juntamente con ella, a distancia segura, en tanto que yo, en defensa de mi propia piel, no pido otra cosa que mantenerme alejada.

Después de estas palabras Fanny Assingham aclaraba el asunto, de una vez para siempre, al coronel:

—Lejos de desear pruebas, pruebas que sólo puede obtener haciendo causa común conmigo, lo que Maggie desea es contrapruebas contra sí misma, a cuyo efecto ha recurrido a mí para formularme la extraordinaria petición de ponerme en contra de ella. A poco que se piense, es realmente magnífico el espíritu que anima su petición. Basta con que yo encubra con la audacia suficiente a los otros, revoloteando a su alrededor y por encima de ellos, feliz como un pajarito, para que ella, por su parte, haga lo que pueda. En pocas palabras, si consigo que ellos estén tranquilos, conseguiré que Maggie pueda ganar tiempo para que su padre no comience a pensar y de esta manera podrá superar la situación. Si yo me encargo concretamente de Charlotte, ella se encargará del Príncipe. Es hermoso y maravilloso, es realmente patético y exquisito, advertir lo mucho que estima que el tiempo pueda beneficiarla.

—¿Ya qué le llama «tiempo», la pobrecilla?

—Bueno, pues a este verano en Fawns, para empezar. De momento, Maggie puede vivir al día, pero ha llegado a comprender, por sí misma y sin ayuda de nadie, creo yo, que el peligro que Fawns entraña en sí mismo, superficialmente considerado, puede prácticamente representar una mayor protección. Allí, los amantes, caso que sean amantes, tendrán que andar con tiento. Y se darán cuenta, a no ser que hayan llegado ya demasiado lejos.

—¿Y no han llegado demasiado lejos?

De manera inevitable, la pobre mujer tenía sus dudas ante esta pregunta, pero daba su respuesta del mismo modo que, para efectuar la compra de un artículo indispensable, dejaría su último chelín sobre el mostrador:

—No.

Esta contestación siempre hacía sonreír a su marido, quien le preguntaba:

—¿Es eso una mentira?

—¿Imaginas que vale la pena mentirte a ti?

Luego, Fanny Assingham añadía:

—Si para mí no fuera la verdad, no hubiese aceptado ir a Fawns. Puedo, creo, conseguir que los desdichados estén tranquilos.

—¿Y en el peor de los casos?

—¡No me hables del «peor de los casos»! En el mejor de los casos, puedo mantenerlos tranquilos, pura y simplemente por el mero hecho de que tú y yo estemos allí, y esto es lo que pienso. Al paso de las semanas, lo conseguiremos. Ya lo verás.

El coronel estaba plenamente dispuesto a verlo; pero, naturalmente, necesitaba precaverse:

—¿Y si no lo conseguimos?

—¡Otra vez hablas del peor de los casos!

Bueno, quizá fuera así, pero ¿qué hacían los dos cónyuges el día entero, durante aquella crisis, sino hablar?

—Y los otros ¿qué?

—¿Los otros?

—¿Quién los mantendrá tranquilos? Si tu pareja ha tenido cierta vida en común, difícilmente habrá podido tenerla con total ausencia de testigos, sin que ciertas personas, por pocas que sean, sepan algo, tengan alguna idea de lo ocurrido. Los dos habrán tenido que reunirse en secreto, habrán utilizado protecciones, habrán tenido que organizarse y, si no se han reunido, si no se han organizado y si no se han puesto en evidencia en un lugar u otro, ¿a santo de qué nos dedicamos a pensar tanto? En consecuencia, si hay pruebas en algún lugar de Londres…

—¿Forzosamente habrá personas que tengan esas pruebas?

Después de formular esta pregunta, Fanny Assingham recordaba:

—¡Ah, el mundo no se reduce a Londres!

Y meditativa, añadió:

—Algunas pruebas forzosamente han de relacionarlos; quiero decir que habrían de relacionarlos con otros lugares, con quién sabe qué extrañas aventuras, oportunidades y disimulos. Pero las pruebas que hubieran podido existir, con toda seguridad, fueron enterradas al instante. Saben cómo hacerlo y ¡muy bien que lo saben! De todas maneras, nada llegará a conocimiento de

Maggie.

—¿Debido a qué, según crees, todos los que tienen algo que contar han sido sobornados de una manera u otra?

Y el coronel, de manera inveterada, antes de que su mujer pudiera contestar, gozaba extraordinariamente en formular la siguiente pregunta:

—¿Y qué habrá podido sobornar a lady Castledean?

Fanny Assingham contestó con presteza:

—La conciencia de que no puede arrojar piedras contra tejado ajeno. Bastante trabajo tiene con proteger su propio tejado. Precisamente, esto fue lo que hizo la última mañana en Matcham cuando todos nos fuimos: pidió al Príncipe y a Charlotte que se quedaran. Lady Castledean los ayudó con el único fin de que ellos la ayudaran a ella, a no ser que hubiera sido el Príncipe quien hubiese llegado a un acuerdo al respecto, con el ridículo señor Blint. En consecuencia, los dos pasaron el día juntos, quedaron con el día justificado y a su disposición, y bajo la mirada de lady Castledean, por lo menos hasta el momento en que volvimos a poder seguirles la pista, que fue por la noche.

Al recordar este histórico hecho, la señora Assingham volvió a sentirse propensa a la meditación, y acabó añadiendo virtuosamente:

—Y esto es todo lo que sabemos, a Dios gracias.

La gratitud del coronel no era tan ferviente:

—¿Y qué hicieron esos dos desde el momento en que quedaron libres hasta que, según me has dicho, fue cuando avanzada la noche regresaron a sus respectivos hogares?

—¡Esto es asunto que no te concierne!

—No he dicho que sea asunto que me concierna; además, estoy convencido de que se trata de un asunto suyo y muy suyo, por cierto. Sin embargo, en Inglaterra siempre es posible seguir la pista de la gente cuando es necesario seguir pistas. Tarde o temprano siempre ocurre algo; tarde o temprano siempre hay alguien que rompe el sagrado silencio. Los asesinatos salen a la superficie.

—Los asesinatos, sí. Pero esto no es un asesinato. ¡Quizá sea todo lo contrario!

Después de unos instantes de silencio, Fanny Assingham añadió:

—Aunque estoy convencida de que lo que realmente te divertiría sería el asesinato.

El coronel no dio muestras de haber oído esta observación; después de una

larga y meditativa chupada de pipa, trató otro tema cuya incongruencia jamás había bastado para quitarle el vicio de abordarlo:

—Lo que no alcanzo a comprender, por mucho que lo intente, es la idea que te has formado del viejales.

—¿Del inconcebiblemente extraño marido de Charlotte? No me he formado idea alguna.

—Perdón, perdón, querida; pero acabas de demostrar lo contrario. Jamás hablas de él sin calificarle de inconcebiblemente extraño.

Fanny Assingham confesaba:

—Es que lo es. Lo cual significa, en la medida que sé, que es inconcebiblemente grande. Pero esto no es una idea. Esto sólo expresa la necesidad que tengo, por debilidad, de sentir que el marido de Charlotte está fuera de mi alcance, lo cual tampoco es una idea. Y, como muy bien sabes, es capaz de comportarse como un estúpido.

—Precisamente a eso iba.

La señora Assingham prosiguió del siguiente modo:

—Por otra parte, también es capaz de comportarse de manera sublime, más sublime todavía que su propia hija. Quizá ya se haya portado de manera sublime. Aunque nunca lo sabremos.

Y el tono con que la señora Assingham pronunciaba estas palabras quizá tuviera cierto matiz de contemplar con amargura la única excepción a la que ella no daba una bienvenida entusiasta. Comentó:

—De esto no me cabe la menor duda.

Estás palabras produjeron en el coronel cierta sensación de privación:

—Ya, ya…

—E incluso dudo que llegue a saberlo el Príncipe.

En resumen, parecía que todos padecían aquella privación. Prosiguió:

—Vivirán engañados, confusos, atormentados, pero no lo sabrán. Aunque se junten para llegar a averiguarlo, no lo conseguirán.

Y Fanny Assingham decretó:

—Éste será su castigo.

Llegados a tan avanzado punto, la señora Assingham terminaba con el mismo latiguillo:

—Y también probablemente será el mío si salgo librada con tan poco. A su

marido le gustaba preguntar:

—¿Y cuál será el mío?

—Ninguno. No eres digno de castigo alguno. El castigo de uno consiste en lo que uno siente; lo que dé eficacia a nuestro castigo será lo que sintamos.

Resplandecía al emplear aquel «nuestro», y el resplandor se transformaba en llamas cuando emitía la siguiente profecía:

—Maggie será quien lo inflija.

—¿Maggie?

—Ella sabrá todo con respecto a su padre. Hecha una pausa, repitió:

—Todo.

La señora Assingham, ante esta visión, como llevada por el presentimiento de una extraña desesperación, abandonó el tema con las siguientes palabras:

—Pero nunca nos lo dirá.

Capítulo XXXII

Si Maggie no hubiera decidido decir jamás con tanta firmeza a su buena amiga o a cualquier otra persona más de lo que se proponía acerca de su padre, quizá no hubiera incurrido en semejante exceso durante la semana que pasó en Londres en compañía de su marido, después de que los otros se hubieran trasladado a Fawns para pasar allí el verano. Todo se debió al raro matiz de extrañeza impuesto al simple hecho de su breve separación por las obligaciones anejas al curso de su vivir. Es cierto que Maggie, en esta sazón, estaba ya acostumbrada a enfrentarse con elementos extraños, pero perdía instantáneamente incluso aquella paz que había conseguido formarse con dificultades cuando quedaba dominada por la sensación de que su impenetrable padre quizá estuviera a solas con ellos. Maggie consideraba que su padre estaba a solas con ellos cuando pensaba que estaba a solas con Charlotte, y era así, por raro que parezca, incluso aunque Maggie se fijaba en la capacidad que la esposa de su padre tenía para mantener, e incluso mejorar, unas apariencias de suma felicidad. Charlotte lo había conseguido, aunque ante dificultades inconmensurablemente menores, durante los meses de su nupcial ausencia de Inglaterra, período que precedió a la maravillosa reunión de las dos parejas, en beneficio del mayor ejercicio de todas las virtudes de cada cual, lo que ahora daba frutos tan dignos de atención, al menos para la hijastra de la señora Verver. Era el presente y breve paréntesis, en una

situación o posiblemente en una relación tan alterada, y el nuevo planteamiento de su problema lo que pondría a prueba el arte de Charlotte. La Princesa podía consolarse reiteradamente al recordar que la relación «real» entre su padre y su esposa era algo de lo que no sabía nada en absoluto y que, en sentido estricto, no se trataba de un asunto de su incumbencia; pero, a pesar de ello, no conseguía conservar su tranquilidad —como ella decía—, ante la proyectada imagen del aparentemente feliz aislamiento de aquella pareja. No había nada que hubiera podido participar menos en la naturaleza de paz y tranquilidad, como cierto extraño deseo que de vez en cuando se alzaba repentinamente ante ella; un deseo que usurpaba perversamente el lugar de otro mucho más natural. ¡Ojalá Charlotte, en su actuación, hubiera sido peor! Ésta era la idea que Maggie invocaba, en lugar de que Charlotte fuera mejor, lo cual resultaba más deseable. Y así era, aun cuando fuera extremadamente raro experimentar deseos de ese jaez, porque Maggie creía que quizá no se preocuparía tanto si no tuviera la certeza de que su madrastra, bajo las copas de los hermosos árboles y entre los tan queridos jardines antiguos, prodigaba cincuenta clases de confianza y por lo menos veinte de amabilidad. La amabilidad y la confianza formaban parte del correcto trato que una mujer encantadora debe dar a su esposo, pero el sutil tejido de seguridad, tramado por las manos de aquella señora y arrojado por ella sobre su marido a modo de leve y envolvente velo, formaba precisamente una transparencia a través de la cual Maggie sentía constantemente la mirada de su padre fija en ella. La mirada de su padre le llegaba todavía más derecha desde lejos, y esta mirada le revelaba a su padre en un estado todavía más consciente, a lo lejos, solo, con la sospechada y percibida elaboración del proceso encaminado a no alarmarle, a no dañarle. Durante semanas y semanas, y sin pestañear, Maggie había medido la extensión de tan piadoso esfuerzo; pero el éxito completo conseguido por ella en lo tocante a no revelar ni un solo indicio —sí, Maggie se reconocía este mérito— sería un logro inútil si la señora Verver cometía ante su marido los mismos errores que había cometido ante la hija de su marido; tantos errores y empleados de modo tan excesivamente brusco y tan excesivamente incoherente, que no podían corregir otro conjunto de errores. De todas maneras, si la actuación de la pobre mujer hubiera sido peor, ¿quién hubiera podido afirmar con certeza que su marido hubiese estado mejor?

Una se movía a tientas y en silencio por entre estos interrogantes; la Princesa ni siquiera sabía con certeza si su Americo, ahora solo con ella en la ciudad, había adoptado el medio áureo de la galantería sin precauciones que según los cálculos del propio Príncipe acabaría por desalojar las críticas íntimas de la última rama en que hubieran podido posarse. Respecto a lo anterior, la verdad era que Maggie padecía terrores de diferentes clases; momentos había en que estimaba que aquellos días no eran más que una prolongada repetición del viaje nocturno, efectuado semanas atrás, desde la

otra casa a la propia. Durante ese viaje el Príncipe había intentado someterla a su encanto mediante su soberano poderío personal, para que se derrumbara de tal manera que la llevara a repudiar el comportamiento consecuente. Debemos decir que Maggie jamás estaba a solas con el Príncipe sin verse obligada a preguntarse, tarde o temprano, si su consecuencia no había desaparecido ya; pero, al mismo tiempo, siempre y cuando Maggie ni siquiera insinuara una acusación, conservaba un resto de apariencias que la defendían de un ataque. Un ataque, lo que se dice un verdadero ataque, efectuado por el Príncipe tal como lo llevaría a efecto, era lo que Maggie más temía; sobre todo, porque no estaba segura, si se daba el caso, de que no se precipitaría en una sima de debilidad que revelara al Príncipe un camino más corto para dominarla, camino que podría volver a seguir. En consecuencia, como sea que Maggie no había dado al Príncipe todavía, ni siquiera por un instante, el pretexto de fingir que había perdido la fe o que su felicidad había quedado menoscabada, le concedió, en buena lógica, una inmensa ventaja en lo referente a las esperas y a las tensiones de todo género. Por el momento, Maggie deseaba que el Príncipe no tuviera que «compensarla» de nada. ¿Quién podía decir a lo que una «compensación» podía conducir?, ¿en qué ceguera de consentimiento, de ficción o de destrucción podía sumirla? Maggie todavía amaba al Príncipe de tan irremediable manera que no osaba abrir la puerta, ni entornarla siquiera, a la posibilidad de que la tratara como si cualquiera de los dos hubiera dado un trato indebido al otro. Algo o alguien —¿y quién de ellos?, ¿quién entre todos ellos?— tendría que ser inevitablemente sacrificado al impulso del momentáneo soplo del egoísmo. Sin embargo, lo que Maggie necesitaba era saber adónde iba. Este conocimiento constituía, al mismo tiempo una fascinación y un temor; precisamente, parte de la rareza de la encrucijada en que se hallaba radicaba en el temor que Maggie tenía de que el Príncipe le hiciera una confesión de carácter meramente general que se mezclaba con la absoluta necesidad que tenía de perdonarle, de darle seguridades, de corresponder a sus deseos en unos aspectos de los que tenía cabal medida. Para hacer esto era preciso saber con toda claridad con qué fin lo hacía, pero actuar conociendo los fines que perseguía representaba llegar al horror de saber lo que realmente habían sido los otros actos. El Príncipe bien podía decirle tan sólo lo que él quisiera, sólo aquello que la impresionara por el atractivo del Príncipe y por el resultado de la directa atracción de cualquier gracia esgrimida por él sería la inevitable sumisión de Maggie a sus condiciones. En consecuencia, toda su temporal seguridad, todo su éxito día a día, radicaba en conseguir que el Príncipe no se diera cuenta de lo anterior; que no lo adivinara siquiera, dependiendo de los medios que Maggie pusiera a contribución para evitarlo; los medios que pusiera a contribución literalmente hora tras hora durante aquellos días de no tan interrumpido trato. De un momento a otro, Maggie temía que su esposo diera muestras de haber decidido

dar un salto en el vacío. «Sí, realmente ha ocurrido lo que piensas: me he apartado del recto camino, me consideré libre, me he entregado a otra medida, con más amplia generosidad, porque pensé que eras diferente, diferente a lo que ahora veo que eres. Pero todo se ha debido únicamente a no saber; y, por otra parte, debes reconocer que no me has dado razones suficientes; razones suficientes, quiero decir, para evitar mi error; un error, lo confieso, por el que gustosamente hago penitencia, y error que tú puedes ayudarme de manera maravillosa a superar.»

Esto era lo que, mientras se examinaba a sí misma, creía que el Príncipe podía llegar a decir; mientras llegaba a su término otro día, otra secuencia, en otro momento, hallándose los dos juntos, sin que el Príncipe lo dijera, Maggie se sentía absorbida por él incluso hasta un punto situado más allá de la entrega total. Maggie conservaba la serenidad por una razón, por una causa, y el esfuerzo de conseguir esta distanciada situación juntamente con el esfuerzo de quitarle importancia los encerraba a los dos dentro del aro de acero de una intimidad comparada con la cual la pasión ingenua no era más que el soplo de una leve brisa. El mayor peligro para Maggie, o por lo menos su más importante motivo de preocupación, radicaba en el obsesivo pensamiento según el cual, si su esposo llegaba realmente a sospechar, el resultado de la atención que prestara a ella no podría dejar de ser un aumento de la importancia que se le atribuía. Al tomar la medida del obligado alcance de su propia hipocresía con el Príncipe, como antes la había tomado con su padre, Maggie se daba cuenta de que su hipocresía tenía que llegar incluso al intento de demostrar que, a pesar de todo, ella no era importante. Un solo toque del Príncipe —si llegara, ¡qué claramente Maggie lo vería llegar!—, el simple roce de su mano, el roce de sus labios, el roce de su aliento, inspirado por el descubrimiento de lo que a Maggie interesaba y no por la piedad suscitada por su virtual melancolía, bastaría para que quedara atada de pies y manos a disposición del Príncipe. En consecuencia, para ser libre, para ser libre y actuar de una manera que no fuera abyecta en beneficio de su padre, debía ocultar al Príncipe la eficacia, como la de un minúsculo insecto empujando un grano de arena, que por sí misma había conseguido tener. Maggie podía disimular tal eficacia gracias a las apariencias de su comportamiento, pero no podía disimular indefinidamente; en realidad, uno de los extraordinarios resultados de aquella semana que pasaron en constante compañía erizada de nuevos síntomas, fue el que Maggie invocara en su mente a sus habituales compañeros, y calculara cuál sería la clase de alivio que comportaría reunirse con ellos. Casi minuto a minuto, estaba aprendiendo a ser maestra en los detalles; cuando se daba la suficiente intimidad, conseguía notables efectos aunque es preciso tener en cuenta que actuaba ante un adversario que era maestro en matices, el cual descubriría la naturaleza de la lucha que libraban si Maggie no tomaba las debidas precauciones. En realidad, apercibir al Príncipe,

o la posibilidad de advertir que él se apercibía a sí mismo, en calidad de adversario, en un asunto de tal sutileza —dicho en pocas palabras, verle en el acto de rechazar una calificación que le colocase en situación de oposición— significaba que Maggie quedara reducida a ahogar visiblemente su grito de alarma. Si el Príncipe intuía que los dos estaban librando a su oculta manera una importante lucha y que era Maggie quien constantemente y en su supuesta estupidez daba importancia a la lucha y mantenía su importancia; si realmente ocurría esto antes de abandonar Londres, Maggie perdería rotundamente la batalla.

La posible tregua que Fawns quizá representara para ella tenía su origen en que la observación del Príncipe quedaría allí, en parte, inevitablemente desviada. Y así sería, incluso en el caso de que sólo se tuviera en cuenta que la notable influencia de la placidez del padre de Maggie probablemente reclamaría gran parte de la atención del Príncipe. Además, allí estaba Charlotte siempre dispuesta a distraerle. De todas maneras, y sin la menor duda, Charlotte le ayudaría a analizar, del derecho y del revés, cuanto resultara sintomático, pero Maggie advertía que este hecho quizá pudiera contribuir, en cierta medida, a proteger su secreto. Se concibe, incluso, que la Princesa se apercibiera del resplandor de una comodidad que iría en aumento con los naturales efectos que en el espíritu del Príncipe, en sus nervios, en su más íntima capacidad de irritarse, tendrían algunas de las facetas y habilidades, las más livianas gracias, de la perfecta competencia de la señora Verver. A fin de cuentas, se decía Maggie a sí misma, lo que tenga mayor importancia será la renovación del privilegio del Príncipe de observar cómo aquella señora la observaba a ella. Sin embargo, teniendo en consideración la mezcolanza de elementos y factores que se daban en el Príncipe, ¿hasta cuándo sería capaz de contenerse gozando en calidad de simple espectador del hecho mencionado? Maggie ya había sacado la conclusión de que él, cuando se hallaba en presencia de Charlotte, se plegaba al arte sutil de la señora Verver en lo tocante a montar guardia. ¿No se cansaría, dicho sea sin cargar las tintas, de ver a Charlotte siempre ojo avizor, erguida y elegante, con su sombrilla de ribete de encaje, plegada o al hombro, ir de un lado para otro, en dirección al rosado Este o al Oeste? Maggie había llegado verdaderamente muy lejos en la contemplación de esta concreta reacción; no cabe decir que fuera incapaz de serenarse mediante el reproche de estar anticipando unos hechos que quizá no ocurrieran. Maggie tenía que estar segura de muchas cosas, antes de atribuir una expresión de cansancio a Americo y unas lógicas razones de tal cansancio.

Uno de los disimulados recursos que Maggie empleaba para hacer frente a la tensión imperante consistía en mezclar a la señora Assingham, de la manera más natural posible, con las ondulaciones del vivir aparente de los dos; hacer lo preciso para que dicha señora les acompañara por la tarde cuando los dos salían en coche, o cuando iban a ver cosas y objetos, ya que ver cosas y

objetos se había convertido en algo tan característico de su vivir que parecía que fueran miembros de una familia dedicados a inaugurar tómbolas benéficas. En las últimas horas del día cabía hacer otras combinaciones, como, por ejemplo, recabar la presencia de la señora Assingham o la del coronel para ir a la ópera, cantara quien cantase, o sentir repentinos ataques de curiosidad por el arte dramático británico. Los buenos amigos de Cadogan Place siempre accedían sin protesta alguna a cenar con ellos e ir después a cuantos lugares públicos la Princesa tenía la audacia de preferir. Debemos decir que Maggie, en estas ocasiones, gozaba de sus sensaciones como si las hallara a su paso, nerviosa y distanciadamente; como si fueran florecillas silvestres de su oscuro bosque, por lo que podía sonreír ante ellas con la desahogada apariencia ante sus amigos y sobre todo ante su marido de quien va frívola y animosamente de excursión. Maggie experimentaba también intensos y sofocados momentos de excitación, que casi eran como inspiraciones; de manera principal tenía la extraña sensación, y a veces verdaderamente divertida, de utilizar a su amiga al máximo, con el correspondiente lujo de no tener que darle explicaciones. No, nunca, nunca más tendría Maggie que volver a dar explicaciones a Fanny Assingham; la pobre mujer, por su parte, tenía que llevar la carga, y quizá tuviera que llevarla hasta el fin de sus días, del privilegio de su penetrante ingenio. Maggie confiaba plenamente en ella, y la buena señora apreciaba en todo su valor esta confianza. Ahora, cada día más magnífica en su intachable egoísmo, Maggie no le preguntaba nada, con lo que le daba a entender la grandeza de la oportunidad que le deparaba. A ella no le importaban nada las aficiones de los Assingham, no quería saber nada de las cenas a que estaban ya comprometidos, pues esto sólo eran «detalles», y Maggie podía pensar sin pestañear siquiera en todas las modificaciones y en todas las rupturas a que el servicio a ella condenaba a los Assingham. Además, todo armonizaba a la perfección; en estos días, la Princesa, dura como un menudo y cortante diamante a pesar de su enfebrecido estado, daba muestras incluso del esplendor de poseer conscientemente capacidad creadora y constructiva. Le bastaba con ingeniárselas para presentarse ella y para presentar a su marido, con cierto aire de suficiencia para que pareciera natural que fueran a todas partes en compañía de su cortesano y de su cortesana. ¿Qué otra cosa, sino exactamente esto, había hecho Charlotte con ella durante tantas semanas de la temporada social anterior? Y Maggie había asumido la función y había desempeñado el oficio, en la mayor medida posible, de estas compañías subordinadas que flotan alrededor de los grandes.

De esta manera se sentó el precedente, y el grupo quedó normalmente constituido. Entre tanto, la señora Assingham, ya en la mesa, ya en la escalinata, ya en el palco de la ópera, podía mirar a Americo —con su característica insistencia, principalmente cuando de hombres se trataba—, de la manera que quisiera. Y no era esto precisamente lo que Maggie temía.

Fanny Assingham podía advertir a Americo, podía formularle reproches, podía tranquilizarle, podía cortejarle amorosamente; en realidad resultaba imposible no hacerlo, ya que incluso se le permitía esto sencillamente en cuanto era asunto entre ellos si así contribuía al impecable comportamiento por ella garantizado. En realidad Maggie sólo quiso hacer comprender a Fanny que reconocía la eficacia de su ayuda cuando una noche le habló de un proyecto de poca monta que había forjado en su fuero interno, y que deseaba poner en práctica a la mañana del día siguiente: el proyecto se basaba en el intenso e irresistible propósito de visitar al señor Crichton en el Museo. Como la señora Assingham fácilmente recordaba, el señor Crichton era el funcionario público más competente y más amable que cupiera imaginar, a quien todos conocían y que a todos conocía, aquel que desde el principio, y principalmente al principio, se había prestado a ser gratuitamente y sólo por amor al arte y a la historia una de las más seguras fuentes de luz en el aventurado camino del señor Verver. Custodio de los más ricos departamentos de la gran colección nacional de objetos preciosos, sentía sincero aprecio por aquel coleccionista privado y le estimulaba a avanzar en su camino, incluso cuando se veía condenado a estar presente en el momento en que el coleccionista privado capturaba trofeos que la nación había sacrificado a la codicia parlamentaria. El señor Crichton extremaba su amabilidad hasta el punto de decir que, como Londres, dominado por gentes de escasa visión, forzosamente tenía que perder sus mejores y más insólitas oportunidades, «casi» le consolaba en gran manera ver cómo aquellas causas perdidas emprendían una tras otra, invariablemente, con el tintineante sonido de sus campanillas de plata, el camino hacia el fabuloso y ya renombrado acervo situado más allá del Mississippi. Los «casi» del señor Crichton tenían un encanto irresistible, principalmente después de que el señor Verver y su hija tuvieron la seguridad —o casi, otra vez— de gozar del monopolio de ellos; sobre esta base de envidia trocada en simpatía, gracias a un más íntimo conocimiento del padre y de la hija, el señor Crichton había aprendido en ambos hogares, aunque de modo principal en el de Eaton Square, a cumplir la función de personaje comprensivo y estimulante a un tiempo. Fue a invitación del señor Crichton, como Fanny muy bien recordaba, cuando Maggie, cierto día tiempo atrás, acompañada precisamente por la propia Fanny y para mayor gloria del apellido que ostentaba, había visitado uno de los más amplios altares de aquel supremo templo de exposición, estancia de estanterías repletas de viejos libros italianos encuadernados en oro y en marfil y oro, consagrados a la crónica del linaje del Príncipe. Fue una impresión penetrante e imborrable, a pesar de lo cual Maggie suspiró muy lindamente, lamentando que la inspección hubiera tenido que ser forzosamente tan superficial. Cualquier otro día Maggie volvería allá para sumergirse más profundamente, para quedarse largo rato para catar y catar. A pesar de estas palabras, sin embargo, la señora Assingham no podía recordar haber tenido

indicios de que la visita se repitiera. Durante largo tiempo en su feliz vivir, Maggie había dado primacía a otras ocasiones sobre aquella segunda ocasión y todas dieron testimonio, en su medida, de la excelencia de la sangre de su marido, de sus ricos componentes y de sus muchas y notables referencias; después, sin duda, el encantador fervor, en virtud de posteriores razones, se extravió por otros vericuetos y se debilitó.

Sin embargo, ahora parecía que una conversación con el señor Crichton había insuflado aliento vivificante en aquella debilitación; Maggie habló de su propósito, en concepto de idea exclusivamente suya, a cuyo éxito se proponía dedicar una mañana. Las visitas de graciosas damas, bajo la protección del señor Crichton, iluminaban con luz rosada, para aquel ser enamorado de las flores y libador de mieles de la gran colmena de Bloomsbury, sus atestados pasillos y sus celdas; a pesar de que el señor Crichton no sabía de cierto, a juzgar por el modo en que Maggie le formuló su petición, cuál sería el objeto que había vuelto a suscitar las ansias de su amiga, nada le fue más fácil que abrir a Maggie el camino de la urbanidad que presidía sus actos. Como Maggie dijo a la señora Assingham, quedó claramente establecido que ella renunciaría a la presencia de su marido. Más tarde Fanny recordaría que al principio había considerado que esta decisión constituía una de las más sutiles notas de distanciamiento de su joven amiga, e imaginó que debía ir allá sola por el matiz de ironía que en aquellos días de ambigüedades la presencia de su marido pudiera parecer conferir prácticamente a todos los atributos del transmitido significado de su persona. Luego, en el mismo instante, Fanny estimó con claridad que tan elaborada libertad era virtualmente la quintaesencia de la reflexión, el impulso para conmemorar de nuevo cuanto todavía quedaba de orgullo y de esperanza, con lo que la sensación de ambigüedad que Fanny experimentaba se desvaneció felizmente y felicitó a su amiga por tener algo tan exquisito que hacer y estar de tan buen humor para hacerlo. Llegado el momento, y después de que pasara, quedó confirmado el optimismo de Fanny, y por la noche supo que la hora pasada entre las luces con pantalla, las crónicas y las ilustraciones, los pergaminos y los retratos, los volúmenes con blasones y los comentarios en murmullos, había sido para la Princesa fuente de inspiración y de ampliación de conocimientos. Pocos días antes, Maggie había dicho a la señora Assingham, muy dulcemente pero al mismo tiempo con gran firmeza: «Invítenos a cenar, por favor, el próximo viernes; e invite también a quien quiera o a quien pueda, sea quien fuere». El matrimonio de Cadogan Place se había plegado a esta orden con docilidad sin indignación por lo que el mandato comportaba.

Maggie lo consideraba como una manera de ocupar una noche y, al parecer de su amiga, infundió carácter a la ocasión al calificarla, más o menos explícitamente, de nueva y extraña. Los buenos cónyuges Assingham gozaban de las otras dos mesas en una escala tan desproporcionada con respecto a las

solicitudes de gozar de la suya, que resultaba fácil estimar divertido ver cómo daban de comer en casa, cómo se enfrentaban con el problema de ofrecer una cena. Resumiendo, digamos que Maggie cenó con ellos y llegó a conseguir que su marido lo aparentara de una manera muy parecida a la de una pareja de jóvenes soberanos, animados por el juguetón humor de los tiempos dorados de las monarquías, que se invitan a sí mismos en casa de una pareja de súbditos fieles. Maggie dio muestras de interés por el modo de vivir hogareño de los Assingham, y se comportó con una inquisitiva ternura que tuvo por objeto los aspectos económicos de la vida de los anfitriones; de este modo la dueña de la casa lo explicó todo de una manera que no dejaba de ser natural, como ella misma hubiera dicho: el tono general y la libertad de que Maggie daba ejemplo, atribuyéndolo a los renovados efectos, de una de las lecciones aprendidas por la mañana en el altar del pasado. ¿No sería que un par de anécdotas contadas a Maggie le habían recordado que para las princesas de su linaje había más de una manera de llegar a ser heroína? Aquella noche Maggie sorprendió a todos por su pródiga afabilidad. Sin duda alguna, no llegó a ser bulliciosa; pero, si bien la señora Assingham en calidad de crítico benévolo jamás había puesto en duda que los modales de Maggie eran gráciles, también es cierto que nunca la había visto poner a contribución tanto sus dotes para revestir las apariencias de lo que quizá pudiera llamarse su recia personalidad. Aquello era como una melodía a cuyo compás el corazón de Fanny podía latir en secreto. Su invitada era feliz, feliz a consecuencia de algo que había ocurrido, y hacía lo preciso para que el Príncipe no dejara de percibir ni siquiera una vibración de sus risas, aunque no siempre permitiéndole calificarlas de risas totalmente ajenas a la insensatez. La insensatez, en público, si rebasaba cierto punto, era algo que el Príncipe difícilmente toleraría que se atribuyera a su esposa; por tanto ante la amiga del Príncipe y de la Princesa se abrió la posibilidad de que se produjera después una escena entre ambos en el trayecto de regreso en el coche; una escena en casa basada en unas preguntas levemente sarcásticas, en la invitación a inmediatas explicaciones; una escena que, según fuera la interpretación que a su papel diera Maggie, podía o no podía precipitar acontecimientos. Por el momento, lo que daba a estas apariencias su carácter intrigante era el misterio —incluso para el propio Americo— sobre el incidente o la influencia que, de modo tan peculiar, había sido causa de ellas.

Sin embargo, la señora de Cadogan Place se enteraría de más cosas al cabo de tres días; estas cosas se le revelarían la víspera de la partida de Londres de su joven confidente. El esperado traslado a Fawns debía tener lugar en la mañana del día siguiente; de antemano sabía la señora Assingham que aquella noche el grupo formado por los cuatro cenaría en la Embajada norteamericana juntamente con un mayor contingente, por lo que no dejó de experimentar cierta sorpresa al recibir un telegrama, enviado por Maggie, que constaba

expedido a las seis de la tarde, en el que le pedía fuera inmediatamente a su casa: «Por favor, venga ahora mismo; vestida para la cena, si es necesario, así tendremos más tiempo; hemos pedido un coche que la devolverá a su casa». La señora Assingham, después de rápida aunque quizá no lúcida deliberación, se vistió y a las siete se encontraba en la casa de Portland Place en donde su amiga, que le dijeron que se hallaba «arriba» vistiéndose, la recibió al instante.

La pobre Fanny comprendió inmediatamente, como luego manifestaría al coronel, que su tan tímida crisis se había producido ya, que su momento insoportable estaba allí ante ella como por efectos de haber accionado un resorte. Su momento insoportable era aquel en que saldría a relucir que de tiempo atrás sabía muchas más cosas de las que había dicho; y en su aprensión había imaginado, e incluso había procurado prepararse al efecto, que reconocería la proximidad de su hecatombe por medio de una sensación muy parecida a la que se tiene cuando una ventana se abre de par en par de golpe durante una noche de máximo viento y mínima temperatura. De nada le serviría haber estado tanto tiempo agazapada junto al fuego del hogar. Los vidrios quedarían todos rotos y el aire helado llenaría la estancia. Si bien el aire en la habitación de Maggie todavía no había llegado a la temperatura polar que Fanny temía cuando subió, también es cierto que allí dominaba una atmósfera que las dos juntas jamás habían respirado. Fanny advirtió que la Princesa ya estaba totalmente vestida; este asunto ya había sido despachado, y daba mayor importancia al hecho de que la Princesa aguardara la llegada de la señora Assingham, en cumplimiento de su ruego, e indicaba que el terreno estaba despejado, valga la expresión, permitiendo entrar en acción inmediatamente. La doncella ya había dejado a la Princesa; ésta, en la amplia y clara estancia en donde todo era admirable, sin nada fuera de lugar, presentaba por primera vez en su vida un aspecto de excesiva vistosidad en su atavío. ¿Se debía a que se había puesto demasiadas cosas?, ¿a que iba recargada de joyas, pues principalmente llevaba más de las habituales y más grandes en la cabeza? La señora Assingham contestó a esta pregunta atribuyendo esta apariencia en gran parte a la intensa mancha roja, roja como un rubí monstruoso, que ardía en cada una de las mejillas de la Princesa. Estos dos aspectos en el semblante de Maggie enseguida iluminaron a la señora Assingham, quien concluyó que no cabía imaginar nada más patético que aquel refugio y disfraz que la agitación de Maggie había solicitado instintivamente a las artes indumentarias, multiplicadas hasta la prodigalidad, casi hasta la incoherencia. Evidentemente, había actuado en cumplimiento de una idea, la de no traicionarse mediante el descuidado desaliño en que jamás había incurrido; ahora estaba allí rodeada de unos muebles y en un ambiente que, como siempre, daba testimonio de sus perfectos y detallados procesos personales. Siempre le había sido propio el que en todas las ocasiones la encontraran preparada, sin cabos sueltos, sin detalles reveladores, sin

elementos superfluos no eliminados, lo que sugería a la mente un ambiente barrido y pulido, espléndido en términos generales, aun cuando, precisamente por ello, más o menos atestado y adornado, que reflejaba su pequeña pasión por el orden y la simetría, por tener los objetos con su dorso arrimado a la pared, y que indicaba la probable afinidad de Maggie, por su sangre norteamericana, con abuelas de Nueva Inglaterra entregadas siempre a quitar el polvo y a sacar brillo.

Si las habitaciones de Maggie tenían aspecto «principesco», a la luz de la última hora de la tarde, también Maggie causaba la impresión de haber sido transportada allí debidamente preparada, ataviada y adornada, como una sagrada imagen en una procesión, y dejada allí exactamente con el fin de demostrar la manera en que sabía comportarse en momentos de tensión. Su amiga experimentaba los mismos sentimientos —¿cómo podía dejar de ser así?— que siente el sacerdote verdaderamente piadoso cuando mira, antes de acercarse al altar para la celebración, a su Virgen milagrosa. Semejante ocasión es siempre grave, dotada de toda la gravedad de lo que el sacerdote ansíe ver, pero la gravedad en aquella noche sería sumamente insólita, y lo que el sacerdote ansiara ver dependería de lo que estuviera dispuesto a dar.

Capítulo XXXIII

—Ha ocurrido algo muy extraño que creo debe usted saber.

Maggie pronunció estas palabras sin énfasis, pero de una manera que permitió a su amiga calibrar de nuevo la capacidad de atracción de Maggie. Había llegado a un acuerdo definitivo: todo lo que Fanny supiera quedaría amparado por su fe. Y Fanny supo, al término de cinco minutos, en qué consistía lo extraordinario últimamente ocurrido y la manera en que todo había sucedido a resultas de aquella hora pasada en el Museo bajo los auspicios del señor Crichton. Llevado por su característica amabilidad, el señor Crichton había mostrado deseos, después de la maravillosa exhibición, después de haber ofrecido la ocasión de almorzar en las habitaciones adyacentes, de acompañar a Maggie para dejarla en casa; insistió al reparar, al acompañarla hasta el pie de la escalinata, en que Maggie había despedido su coche, cosa que hizo con el concreto fin de gozar de la inocente diversión de recorrer el trayecto sola. De antemano había sabido Maggie que, a consecuencia de aquella hora en el Museo, se encontraría en un exaltado estado de ánimo, bajo cuya influencia un paseo a pie por las calles de Londres sería exactamente lo que mejor le sentaría, un paseo sin rumbo, con total independencia, impresionada, excitada, satisfecha, sin nada en qué pensar, sin nadie con quien hablar, con tantos

escaparates como quisiera para mirar, afición humilde que cabía suponer era propia de su carácter, y que en los últimos tiempos, por muchas razones, no había podido satisfacer. Maggie se había despedido, no sin antes expresar su agradecimiento. Conocía bien su camino, y albergaba la tímida esperanza de no seguirlo con excesiva rectitud. Vagar sin rumbo era lo que realmente le gustaría. En consecuencia, evitando Oxford Street, y cultivando la sensación de hallarse en lugares desconocidos, había terminado consiguiendo aquello que vagamente su fantasía le había propuesto, y que era encontrar tres o cuatro tiendas: la de un librero de viejo, la de un vendedor de grabados antiguos y un par de comercios con oscuras antigüedades en el escaparate, que se diferenciaban de las restantes tiendas como, por ejemplo, de las de Sloane Street, huero despliegue que había dejado de atraer a Maggie. Además, en su mente había quedado una alusión efectuada por Charlotte pocos meses atrás, semilla sembrada en su imaginación bajo la forma de casual conversación referente a la existencia, en Bloomsbury, de «divertidas y fascinantes tiendecillas», en las que incluso cabía efectuar imprevistos hallazgos. Esta ocasión de romántica oportunidad quizá fuera el más fuerte, el más vivo síntoma, de la impresión que en Maggie causaba siempre —impresión que retenía y alimentaba durante largo tiempo—, cualquier observación de Charlotte por muy a la ligera que la hiciera. En aquellos instantes, sin saber por qué, se sintió mucho más tranquila de lo que en cualquier otro momento había estado en el curso de los meses precedentes. Ignoraba la razón, pero su visita al Museo, de una forma extraña, le había causado este efecto. Parecía que le hubiese producido muchas, nobles y hermosas ideas percibidas no sólo con referencia a su hijo, sino también con referencia a su propio padre, sin ver luego cómo se transformaban en vanidad y dudas, o quizá incluso en algo todavía peor.

Fijos y brillantes los ojos, Maggie dijo:

—Volví a creer en él igual que antes, y me di cuenta de que creía en él. Mientras caminaba por las calles me daba cuenta de ello y el estar allí sola, sin tener que indagar y vigilar por el momento, sino, al contrario, sin pensar en nada, me causaba una sensación de paz y me levantaba los ánimos.

Para que todo saliera a pedir de boca, Maggie se acordó del cumpleaños de su padre, y con este motivo buscó algo que ofrecerle. Conservaría el regalo en Fawns, como había hecho en anteriores ocasiones, ya que él celebraba su aniversario el día veintiuno del mes, por lo que quizá no tuviera otra oportunidad de comprarle algo. Desde luego, era preciso tener en cuenta la imposibilidad de encontrar una cosa que fuera medianamente «buena» y que su padre no hubiera visto ya, tiempo atrás, en sus búsquedas, por no hablar de algo que fuera casi «bueno». Sin embargo, esto era ya sabido y hubiera sido imposible gozar del placer de regalarle algo si no hubiera sido por su amable

doctrina según la cual todo regalo personal, toda ofrenda amistosa era, forzosamente y por implacable ley natural, una aberración; y cuanto más aberrante fuera el objeto más revelaba, y por más revelarlo más se apreciaba, el afecto con que era ofrecido. La deficiencia del arte revelaba la sinceridad del amor, la vulgaridad del linaje simbolizaba el refinamiento de la simpatía; en realidad, los más feos objetos eran, por lo general, los más gallardos y tiernos recuerdos; éstos se guardaban en vitrinas separadas, dignas sin duda alguna del hogar, aunque no dignas del templo, vitrinas dedicadas no a los dioses de claro rostro, sino a los de contorsionado gesto. Como es natural, en el curso de los últimos años Maggie había contribuido en gran medida a llenar estos receptáculos con objetos que la representaban; a Maggie todavía le gustaba aplastar la nariz contra los gruesos y cerrados vidrios, y encontrar siempre en su debido lugar todos aquellos regalos que en los sucesivos aniversarios de su padre se esforzó en creer que éste fingiría, al ver el objeto, quedar sorprendido o por lo menos experimentar curiosidad. Ahora estaba dispuesta a volver a intentarlo. Los dos, con el placer que la ficción de Maggie producía a su padre, y con el placer que la de éste producía en ella, con el divertido espectáculo del sacrificio de los buenos modales domésticos, jugaban felizmente a este juego. Con este fin, y mientras regresaba a pie a su casa, Maggie curioseó en todas partes, con desilusión entre los viejos libros y los viejos grabados, entre los que nada encontró que sirviera a sus propósitos; pero se dio una extraña ingenuidad en otra tiendecilla, la de un menudo anticuario extranjero, raro hombrecillo que le había mostrado buen número de objetos; por fin, algo que la sorprendió por su rareza, y que, al considerar que, en comparación con anteriores y aventuradas compras, cumpliría extraordinariamente su función, Maggie compró, compró, por cierto, ya que todo hay que decirlo, a no menguado precio.

Maggie dijo:

—Pero ahora resulta que no puedo regalárselo a papá. Ha ocurrido algo que lo impide de forma absoluta. Comprar este objeto ha sido al principio sólo una satisfacción ahora, al verlo ante mí me doy cuenta de que por nada del mundo me conformaría con no haberlo encontrado.

Desde el momento en que su amiga entró, Maggie había hablado con notable sentido, incluso con una leve vacilación en la voz que ponía de relieve su calma; pero contenía el aliento a breves intervalos, como si quisiera hablar con deliberación y demostrar que no jadeaba, todo lo cual hizo comprender a Fanny la profundidad de la conmoción que sentía. Entretanto, la referencia que hizo en sus pensamientos acerca de su padre sobre la oportunidad de encontrar algo que le regocijara, sobre la fortaleza de que éste daba muestra en el duro trance de recibir regalos, todo ello tuvo, y debemos decirlo, mucha menos insistencia y amplitud en los labios de quien hablaba que intensidad en la

reacción de quien escuchaba, plena de comprensión del recuerdo y simpatía de antiguas y divertidas observaciones, en quien escuchaba. La cariñosa fantasía de ésta completó el cuadro. De todas maneras, Maggie se había alzado en armas, sabía lo que hacía y ya había trazado su plan de acción, un plan encaminado a que no se notara cambio alguno todavía, de acuerdo con el cual asistiría a aquella cena, pero no con los ojos enrojecidos ni con el rostro convulso, no con aspecto desaliñado y sin detalle alguno que pudiera suscitar curiosidad. Sin embargo, a fin de dar apoyo a sus esfuerzos para no derrumbarse, deseaba, necesitaba saber algo. Con el siniestro zig-zag del rayo, sin el acompañamiento de truenos ante su vista, la señora Assingham supo que estaba obligada, fuera cual fuese el riesgo y a toda costa, a suministrar a Maggie un conocimiento muy necesario. Los instintos de nuestra amiga unánimemente le decían que debía abstenerse, y hasta saber qué terreno pisaba, no daría ni un paso para acercarse a Maggie mientras no pudiera darlo inteligentemente, y a pesar de que resultara embarazoso tener que estar allí en suspenso, pálida y desorientada, diciendo simplezas y vaguedades, no dejaba de constituir una fuerte ayuda el hecho de que la señora Assingham todavía no podía imaginar siquiera adónde conduciría tan temible principio. Sin embargo, la señora Assingham, al cabo de unos segundos de reflexión, se agarró a la referencia que Maggie había hecho sobre la pérdida de la seguridad en sí misma:

—¿Quiere decir que el lunes, cuando cenó en nuestra casa, estaba tranquila?

Maggie repuso:

—Fui muy feliz aquella noche.

—Sí, a nuestro parecer, estuvo alegre y brillante.

A pesar de que estas palabras le parecieron un tanto flojas, Fanny Assingham prosiguió:

—Nos alegró mucho verla feliz.

Durante unos instantes, Maggie se limitó a mirar a la señora Assingham; por fin, preguntó:

—¿Me porté bien?

—Claro que sí, querida, se portó bien.

—Pues me atrevería a decir que fue un comportamiento natural, a pesar de que en mi vida he estado más equivocada, ya que entretanto esto se estaba cociendo.

La señora Assingham advirtió que ahora la vista de la Princesa se había fijado en un objeto que estaba sobre la repisa del hogar; un objeto, entre tantos

objetos preciosos, en el que la visitante de la Princesa no había reparado, ya que los Verver estuvieran donde estuviesen, siempre gozaban adornando con incomparables piezas las repisas de sus hogares. La señora Assingham dijo:

—¿Se refiere a esa copa dorada?

—Me refiero a esa copa dorada.

Aquel objeto que Fanny advirtió ahora que contemplaba por vez primera era un amplio cuenco de oro llamativamente amarillo y, al parecer, viejo, sobre un corto vástago que terminaba formando un amplio pie; cuenco que ocupaba el centro de la repisa de la cual, para que destacara, se habían quitado los restantes objetos, echándose principalmente en falta el reloj Luis XVI que acompañaba a los candelabros. Ahora este trofeo emitía un tictac sobre el mármol de una cómoda que armonizaba perfectamente con él, tanto por su estilo como por su esplendor. La señora Assingham estimó que el cuenco era un objeto precioso, pero no se trataba, evidentemente, de su valor intrínseco, por lo que la señora Assingham se abstuvo de abordar este tema, y se limitó a contemplar la copa desde lejos. Dijo:

—Pero ¿qué tiene que ver…?

—Lo tiene que ver todo. Ahora lo verá.

Después de decir estas palabras, Maggie volvió a mirarla en silencio con los ojos extrañamente dilatados. Luego, dijo:

—La conocía antes. La conocía incluso antes de que yo le conociera a él.

Mientras Fanny buscaba en vano los eslabones que echaba en falta en aquella concatenación, sólo pudo repetir igual que el eco.

—¿«Él» conocía…?

—Americo conocía a Charlotte mucho más de lo que yo jamás hubiera podido imaginar.

En este instante Fanny tuvo la impresión de que podía contestar con igual mirada que la de Maggie, y dijo:

—Pero usted siempre ha sabido que se conocían.

La Princesa respondió:

—Sí, pero no podía comprenderlo. No sabía lo bastante. ¿Comprende lo que quiero decir?

La señora Assingham se preguntó hasta qué punto estaba ella enterada de la realidad de este asunto y se dio cuenta, casi al cabo de un minuto, de lo muy suavemente que Maggie había hablado. Al notar que Maggie no la retaba con ira, que no había en sus palabras el ardor del alma engañada, sino tan sólo una

libre exposición de su total pasada ignorancia, que permitía incluso la burla, en el caso de que la suscitara, la mayor de las dos mujeres experimentó, al principio, una extraña y apenas verosímil sensación de alivio, y extrajo, como si se tratara del cálido aroma veraniego de una flor, la dulce certidumbre de que, hiciera lo que hiciera, no tendría que afrontar juicio alguno. No, no sería juzgada, salvo por ella misma, lo cual era asunto tristemente suyo. Lo cierto es, sin embargo, que al momento Fanny Assingham se ruborizó por su inicial cobardía, puesto que sólo había pensado en sí misma, en «salir del trance», sin pararse siquiera a considerar, sin percatarse con dolor que estaba en presencia de una petición de ayuda, que todo era una petición de ayuda en un reconocido estado de suma necesidad.

—Hija mía, en términos generales, sí. Aunque no… no, en relación con lo que me ha estado diciendo.

La Princesa dijo:

—Eran íntimos, ¿comprende? Íntimos.

Fanny siguió mirándola, leyendo en sus ojos excitados aquella historia perteneciente a tiempos pasados, que resultaba oscura y débil a pesar del angustiado énfasis de la Princesa. La señora Assingham dijo:

—Bueno, también hay que tener en cuenta lo que se entiende por…

—¿Lo que se entiende por intimidad? Sé muy bien ahora lo que entiendo por intimidad. Eran tan íntimos que no pueden decírmelo.

Fue una respuesta clara, pero no lo bastante clara como para hacer vacilar a su vieja amiga:

—¿Acaso quiere usted decir que sólo a mí podrían decírmelo?

Fanny había hablado después de dejar pasar unos instantes en silencio. Ahora volvió a mirar el nuevo objeto en la repisa del hogar, maravillándose incluso mientras la contemplación de la copa dorada la aliviaba de las lagunas que había en su información. Dijo:

—Querida, en lo tocante a ciertos asuntos, mi ignorancia es perfecta.

—Iban juntos a todas partes. Se sabe que iban juntos. Y no sólo antes, sino también después.

—¿Después?

—No sólo antes de que nos casáramos, sino después de que nos prometiéramos en matrimonio.

Con valerosa seguridad, agarrándose aliviada a algo que era evidentemente nuevo para ella, Fanny Assingham repuso:

—¡De esto nada sé!

Maggie prosiguió:

—Y esta copa, aunque parezca raro, tan raro que ahora resulte casi increíble, constituye la prueba de lo que he dicho. Estuvieron siempre juntos, hasta la víspera de nuestro matrimonio. ¿No recuerda que Charlotte regresó de América sin previo aviso, poco antes de que me casara?

Para la señora Assingham esta pregunta tenía —tanto si de ello era plenamente consciente como si no— los más extraños matices del atractivo de la sencillez:

—Desde luego, recuerdo muy bien que Charlotte vino de América, que estuvo viviendo en nuestra casa, y también recuerdo la opinión que su regreso nos mereció.

En todo momento, la mirada de Maggie seguía siendo fija y penetrante; por un instante causó la impresión de tener una pequeña explosión, de dar el pequeño golpe de preguntar cuál era aquella «opinión» a la que Fanny Assingham se había referido. Durante unos instantes, Fanny quedó alerta, en espera de que surgiera la llamarada de aquel pequeño estallido, pero pronto vio que la amenaza desaparecía; vio con toda claridad que la Princesa, a pesar de su dolor, se negaba por extraño y apasionado pacto a aprovechar la oportunidad de darle la puñalada del reproche, oportunidad que se había presentado por sí misma. Fanny vio a la Princesa —o pensó que la veía— como si examinara la oportunidad para cortar tajantemente el trato con ella, como si considerara atentamente aquella oportunidad y, luego, pasara de largo; y al percatarse de semejante hecho, quedó muda por la admiración que sintió hacia aquel lúcido y enaltecido espíritu, que no había desdicha que pudiera confundir, ni descubrimiento —que, aunque de forma oscura, de un descubrimiento se trataba— que pudiera menguar su entereza. Estos breves segundos transcurrieron deprisa, pero duraron lo suficiente para renovar en nuestra amiga la sensación de lo muy extraordinario que era su empeño, la función que de nuevo recaía sobre ella, y de nuevo tuvo el sentido de la responsabilidad. Le habían recordado las condiciones por las que había quedado libre de obligaciones y su liberación había quedado debidamente indicada al recordar su relación con la antigua reaparición de Charlotte; en el fondo de la impresión experimentada por Fanny Assingham resplandecía, de una manera que le estimulaba en gran manera, su constante comprensión, clara desde el primer momento, de la nobleza de los motivos de su amiga. Era como un nuevo sacrificio para emprender una mayor conquista, que podría expresarse con las siguientes palabras: «Sáqueme de este trance ahora, hágalo ante lo que ocurre y a pesar de lo que ocurre; luego le concederé una libertad de cuya amplitud ni siquiera vale la pena hablar». El incremento del temor de

Maggie —o llamémosle, si parece, del conocimiento de Maggie— ocupó inmediatamente en su espíritu el lugar que le correspondía en cuanto a un mayor temor por su padre, y el efecto que esto le produjo fue que transformó en pasión las razones que tenía para transformar la protección de su padre, o dicho en otras palabras, su ignorancia en la ley que había de regir su comportamiento y en la clave de las soluciones que adoptara. Maggie oprimía contra sí, en su inconfundible horror, estas razones y estas formas con la misma fuerza que un jinete que monta un caballo de saltos oprime la silla con las rodillas; Maggie hubiera podido declarar muy bien a su invitada que estaba convencida de que permanecería en la silla, siempre y cuando dichas razones y formas sólo cumplieran esta función. Fanny, que todavía ignoraba qué era aquello con lo que se había tropezado, en su fuero interno ansiaba saber las causas que turbaban el espíritu de Maggie y, de esta manera, sin decir palabra, sólo por medio de sus ojos apiadados, expresó la exhortación a que siguiera adelante con una linterna para disipar las tinieblas e indicar el tránsito inadvertido que se desviara y, al llegar a la encrucijada, buscar los motivos de alarma. En consecuencia, Maggie repuso inmediatamente:

—Pasaron horas juntos, pasaron toda una mañana juntos, por lo menos, de lo cual he podido tener la certeza ahora, a pesar de que ni siquiera pude soñarlo en aquel entonces. Esta copa se ha convertido en testigo, por el más maravilloso de los azares. Ésta es la razón por la que, desde que la copa llegó a esta casa, la he tenido aquí para que mi marido la viera; la he puesto en un lugar en el que pueda verla casi inmediatamente, caso de que venga a esta habitación.

Maggie hizo una pausa y prosiguió:

—Quiero que la copa reciba a mi marido, y que mi marido reciba a la copa; quiero estar presente en ese encuentro. Pero esto no ha ocurrido todavía, a pesar de que en los últimos tiempos mi marido ha venido a menudo a mis habitaciones; sí, especialmente en los últimos tiempos. Pero hoy no ha venido aún.

Maggie hablaba de manera que su voluntariamente impuesta serenidad iba en constante aumento, hablaba con una coherencia laboriosamente conseguida que la ayudaba, evidentemente, a medir sus palabras y a refrenar su comportamiento. Los hechos que ahora invocaba constituían para ella una ayuda y, en consecuencia, eran fuente de una formidable armonía y, al mismo tiempo, eran una guía de sus pasos:

—Parece exactamente que Americo haya tenido una intuición, que algo le haya advertido que no le convenía venir aquí o que algo le haya inquietado. Como es natural, no sabe con exactitud lo ocurrido, pero intuye con su maravillosa inteligencia que algo hay, y prefiere demorar el momento de

enfrentarse con ello. Llevado por un vago temor, se mantiene alejado de estas habitaciones.

—Pero ¿está en casa?

—No lo sé. Hoy, excepcionalmente, no le he visto desde antes del almuerzo.

Recordando lo ocurrido, la Princesa explicó sin necesidad de que Fanny Assingham se lo pidiera:

—Me ha hablado de una votación en un club; una votación de gran importancia que atañe a cierta persona, a un amigo suyo, creo, que está destacando mucho, pero que ahora se encuentra en peligro. Para ayudar a este amigo, ha pensado que lo más conveniente sería almorzar en el club. Ya ve lo que es capaz de hacer por sus amigos.

Al decir estas palabras, esbozó una sonrisa que conmovió el corazón de su amiga. Luego añadió:

—En muchos aspectos, es el hombre más amable del mundo. Pero lo que acabo de contarle ocurrió hace ya horas.

La señora Assingham se sumió en sus pensamientos. «De lo cual se deduce que es mayor el peligro de que el Príncipe regrese y me encuentre aquí. De todos modos la verdad es que ignoro qué es lo que tú, Maggie, consideras que has demostrado, y tampoco sé la relación que guarda con ese objeto que tan acusador estimas». Los ojos de Fanny Assingham se fijaron en aquella extraña adquisición; luego Fanny apartó la vista, volvió a fijarla en el objeto y volvió a apartarla. Aquel objeto era inescrutable en su un tanto estúpida elegancia y, sin embargo, desde el instante en que se le había definido de esta manera, dominaba el escenario vívida y definitivamente. Ahora Fanny no podía hacer caso omiso de aquel objeto en la misma medida que tampoco hubiera podido ignorar la presencia de un árbol de Navidad iluminado. En vano Fanny Assingham buscó nerviosamente en su memoria un vago recuerdo del objeto en cuestión. En el mismo instante que este intento daba resultado nulo, comprendió con toda notable claridad, a pesar de que no las compartía en absoluto, las místicas aprensiones de la Princesa. La copa dorada, después de haber sido debidamente contemplada, adquirió visos de consciente perversidad y, de todas maneras, en cuanto a «documento», era fea, a pesar de tener cierta gracia decorativa. Fanny dijo:

—Si el Príncipe me encuentra aquí, en presencia de este objeto, puede ser más flagrantemente desagradable para todos nosotros de lo que usted desea, o de lo que es preciso para que constituya una ayuda para nosotros. Por otra parte, necesito cierto tiempo para llegar a comprender el significado de este objeto.

A estas palabras, Maggie repuso:

—No se preocupe que no corre usted peligro alguno. Le puedo asegurar que el Príncipe no vendrá, y que sólo le veré cuando baje para subir al coche, ya que entonces le encontraré esperándome.

Fanny Assingham comprendió lo que la Princesa quería decir, y mucho más. Entonces, dijo:

—En este caso, ¿resulta que tendremos que compartir juntos la cena en la embajada o, por lo menos, ustedes dos tendrán que hacerlo con esta nueva complicación todavía no explicada pesando sobre su espíritu, y tendrán que mirarse, manteniendo en la cara una expresión con la que finja en tan desagradable momento ignorarlo todo?

Maggie miró a Fanny con una expresión en su rostro que hubiera podido ser la que estaba preparando para las horas venideras, y dijo:

—¿«Todavía no explicada», querida? Todo lo contrario, explicada, plena, intensa y admirablemente explicada, sin necesidad de añadir nada más. Realmente, no quiero saber nada más. Con lo que sé tengo más que suficiente para pensar y actuar.

La señora Assingham siguió allí, sumida en su relativa ignorancia, dándose cuenta de que realmente le faltaban muchos eslabones, aunque el más aceptable efecto radicaba singularmente en un frío temor a acercarse a la verdad. Fanny dijo:

—¿Y cuándo regresen a casa? Quiero decir que él subirá aquí con usted y entonces la verá.

Después de escuchar estas palabras, Maggie dio visibles muestras de sopesar; luego efectuó un lento y extrañísimo movimiento negativo con la cabeza y dijo:

—No lo sé. Quizá Americo jamás la vea, si es que la copa se queda aquí esperándole. Quizá mi marido jamás vuelva a entrar en esta estancia.

Las dudas de Fanny fueron ahora profundas:

—¿Jamás? ¡Oh…!

Serenamente, Maggie repuso:

—Sí, puede ser. ¿Cómo voy a saberlo? ¡Con esto aquí!

Al decir estas palabras, Maggie volvió a mirar el acusador objeto, y Fanny Assingham quedó maravillada de lo mucho que tan breves palabras expresaban ante ella la situación de la Princesa. Fanny dijo:

—¿Se propone no decirle nada?

Maggie esperó un poco y preguntó:

—¿No decirle?

—¿No decirle que tiene esta copa, ni hablarle de lo que representa, según usted?

—Creo que no le diré nada si él no me dice nada. De todas maneras, el hecho de que se mantenga alejado de aquí ¿qué es sino algo equivalente a hablar? Realmente mi esposo no puede decir más.

Maggie hizo una pausa; en tono diferente, en uno de los tonos que ya había impresionado profundamente a su amiga, añadió:

—No soy yo quien debe hablar. A mí me toca escuchar.

La señora Assingham sacó una conclusión:

—En ese caso, ¿todo depende de este objeto del que usted tiene razones para considerar que constituye una prueba?

—Creo que puedo decir que soy yo quien depende del objeto. Ahora bien, no puedo estimar que no signifique nada.

Al escuchar estas palabras, la señora Assingham se acercó a la copa sobre la repisa del hogar, haciéndolo además animada por el deseo de que no comportara acercarse también al parecer de la Princesa. Miró el precioso objeto —si era precioso—, y se descubrió a sí misma contemplándolo como si en un oscuro empeño intentara arrancarle su secreto para no tener que padecer la imposición del parecer de Maggie. Se trataba de un objeto recio, rico y firme, con su profunda concavidad. Prescindiendo de la tortura que el objeto representaba, hubiera sido para Fanny, por su amor a la abundancia de amarillo, un envidiable ornamento, una posesión realmente deseable. Fanny no tocó la copa; pero al cabo de un rato, cuando dio media vuelta y se alejó de ella, lo hizo como si la razón de tal actitud fuera un extraño y repentino miedo de hacerlo. Dijo:

—En este caso, ¿todo depende de esa copa? Quiero decir ¿que su futuro depende de la copa? Por lo menos, así me ha parecido entenderlo. Maggie repuso:

—Lo importante es que este objeto me ha puesto, de tan milagrosa manera, en el camino de llegar a saber hasta qué punto llegaron los dos al principio. Si tanto hubo entre ellos dos anteriormente, a juzgar por las apariencias, difícilmente puede no haber mucho más ahora.

Maggie prosiguió, siguiendo su camino firmemente, paso a paso:

—Si semejantes cosas mediaban ya entre ellos en aquel tiempo, esto basta para disipar toda posible duda acerca de lo que puede haber ocurrido entre

ellos desde entonces. Si anteriormente nada hubiera habido, ahora cabría la posibilidad de alguna explicación. Pero ahora hay demasiado que explicar. Y me refiero a explicaciones que les eximan de culpa.

Fanny Assingham estaba allí para dar explicaciones y de ello tenía plena conciencia, por lo menos hasta el presente así había sido. Sin embargo, a la luz de la argumentación de Maggie, lo que era preciso exculpar, incluso teniendo en cuenta la vaguedad que Maggie empleaba, parecía de más envergadura que en cualquier otro momento. Además, prescindiendo de la vaguedad o de la exactitud de ella, el efecto que producía cada minuto que Fanny Assingham pasaba en aquel lugar era ponerla más y más cerca de lo que Maggie veía. La propia Maggie veía la verdad, y esto bastaba, mientras las dos estaban juntas, para que ella también entrara en relación con esa verdad. El modo en que la Princesa se enfrentaba con aquella verdad estaba dotado de tal fuerza que los detalles de lo que conociera o no conociera carecían de importancia. En realidad, la necesidad que de preguntar detalles tenía Maggie le causaba algo parecido a una pasajera vergüenza. Al cabo de un rato, la señora Assingham dijo:

—No intentará negar las impresiones que en mí produjeron los diferentes momentos a que usted se refiere, de la misma manera que no puedo olvidar las dificultades y, como en todo momento me pareció, los peligros que todo tipo de actuación que decidiera llevar a cabo para mí comportaba. Me esforcé, me esforcé seriamente, en actuar en beneficio de todos.

La señora Assingham guardó silencio unos instantes y luego prosiguió, mientras al oír el sonido de sus propias palabras, cierta valentía y también cierta débilmente cálida convicción volvían a su ánimo:

—Y quiero que sepa que creo que todo esto es lo que resultará que hice.

Estas palabras dieron lugar a un intervalo en el que el diálogo de las dos, si bien acelerado y ya más profundo, sólo tuvo lugar mediante el silencio de un mirar fijo y denso, todo lo cual quedó virtualmente ratificado cuando Maggie dijo:

—Tengo la seguridad de que actuó con la intención de beneficiarnos a todos.

Fanny volvió a guardar un minuto de silencio, y dijo:

—Jamás pensé, querida, que no fuera usted un ángel.

¡De poca ayuda le fueron estas palabras! La Princesa dijo:

—Aquello duró hasta las mismísimas vísperas, ¿comprende?, hasta dos y tres días antes de nuestra boda. ¿Se da cuenta?

Y al terminar de hablar, esbozó una extraña sonrisa.

—Sí, esto ocurrió mientras ella vivía en mi casa, como he dicho. Pero yo lo ignoraba. Quiero decir que no sabía nada en concreto.

Fanny Assingham se dio cuenta de que su argumentación era un tanto débil, pero tenía aún que esgrimir su verdadero razonamiento, a lo que procedió inmediatamente:

—Lo que quiero decir es que no sé ahora en lo que se refiere a conocer detalles, nada que no supiera entonces. Ésta es la situación en que me encuentro.

Sin embargo, vaciló un poco y aclaró:

—Quiero decir la situación en que me encontraba.

Maggie preguntó:

—Pero ¿el lugar en que se encuentra y el lugar en que se encontraba no viene a ser el mismo, a fin de cuentas?

Las palabras de la mayor de las mujeres habían causado a Maggie la impresión de haberse pronunciado en un tono ahora inoportuno, propio del reciente acuerdo basado en las apariencias según el cual nada había que pudiera probarse, del mismo modo que nada había que pudiera desmentirse con seguridad. Pero ahora la situación había variado debido a que había aparecido lo definitivo, fuera lo que fuese, y le permitía a Maggie adoptar una posición firme. Y notablemente firme se mostró Maggie cuando dijo:

—¡Duró en todo momento mientras Americo se disponía a casarse conmigo!

Los ojos de Maggie volvieron a fijarse en aquella evidente prueba:

—¡Y esto lo demuestra! ¡Esto lo demuestra!

Pero ahora Maggie fijó la vista en su interlocutora, y dijo:

—¡Y seguía durando cuando papá se casó con ella!

La señora Assingham se defendió lo mejor que pudo:

—Puede usted estar segura de que los dos se casaron animados por las más notables intenciones.

—¡Papá sí, sin la menor duda!

Al volver a tener conciencia de ello, Maggie se sintió arrastrada por el oleaje de sus sentimientos:

—¡Hacernos semejante jugada! ¡Hacérnosla a nosotros, hacerla entre nosotros! ¡Día tras día! ¡Y en pago de, en pago de…! ¡Hacerle esto a él! ¡A él!

Dubitativa, Fanny preguntó:

—¿Quiere decir con esto que sufre por él?

La Princesa, después de dirigir una mirada a Fanny, dio media vuelta y comenzó a pasear por la estancia, lo cual produjo el efecto de que la pregunta de la señora Assingham hubiera sido una impertinencia. Fanny Assingham prosiguió:

—Se lo pregunto porque estimo que todo, todo eso de que estamos hablando, puede ser para él, mejor dicho, podemos conseguir que sea para él totalmente inexistente.

En el mismo instante Maggie daba media vuelta, se enfrentaba con ella y decía como si no hubiera oído sus palabras:

—¡Papá lo hizo por mí, todo lo hizo por mí y sólo por mí!

La señora Assingham, con indudable rapidez, levantó la cabeza. Antes de hablar vaciló un poco:

—¡Bueno…!

Sólo fue una palabra intencionada, pero Maggie, al cabo de un instante, dio muestras de haber comprendido su alcance:

—¿Cree que ésta es la razón? ¿Cree que esto es una razón?

Sin embargo, Fanny al principio, dándose cuenta de que en estas palabras de la Princesa se contenía la respuesta a su observación, no dijo todo lo que quería decir y, por el momento, dijo otra cosa:

—Su padre lo hizo por usted; en gran medida, al menos, lo hizo por usted. Y también fue por usted por quien yo hice, en menor medida e interesadamente, todo lo que pude.

La señora Assingham hizo una pausa y prosiguió:

—Ciertamente algo pude hacer. Estimaba que veía lo que le beneficiaba a usted, de la misma manera que su padre también lo veía. Y estimaba que también veía lo que beneficiaba a Charlotte. Tengo fe en ella.

Maggie exclamó:

—¡También yo tengo fe en ella!

La señora Assingham volvió a esperar antes de responder. Pero en esta ocasión siguió adelante en su camino:

—Y Charlotte tiene fe en sí misma.

Maggie murmuró:

—¿Qué?

Algo exquisito, levemente entusiasta en su espontánea sencillez, pareció empujar a la señora Assingham a avanzar más:

—Y el Príncipe tenía fe. Su fe era auténtica. De la misma manera que también tenía fe en sí mismo.

Maggie se esforzó durante un minuto en intentar comprender a su amiga; por fin, preguntó:

—¿Que el Príncipe tenía fe en sí mismo?

—¡De la misma forma que yo tenía fe en él! ¡Fe absoluta, Maggie! Y añadió a estas palabras:

—Y todavía tengo fe en él a pesar de todo.

Palabras que matizó con las siguientes:

—Quiero decir que creo en él.

Maggie aceptó esta manifestación. Después volvió a quedar inquieta, como flotando. Cuando este estado de ánimo llegó a su término, preguntó:

—¿Y todavía tiene fe en Charlotte?

La señora Assingham tuvo una vacilación que ahora creía poder permitirse, y dijo:

—Hablaremos de Charlotte cualquier otro día. De todas maneras, en aquel entonces, los dos se creían a salvo de todo peligro.

—En ese caso, ¿por qué me ocultaron esas cosas, todas las cosas que yo podía saber?

La señora Assingham la miró con suma dulzura, y le preguntó:

—¿Y por qué se las oculté yo misma?

—¡Usted no estaba obligada a decírmelas!

Al escuchar estas palabras, la pobre mujer exclamó:

—¡Queridísima Maggie, es usted divina!

La Princesa prosiguió:

—¡Y pretendían quererme! ¡Y pretendían quererle a él!

—¿Y puede decirme, por favor, qué no pretendía yo?

—Por lo menos no pretendía que yo le importaba tanto como Americo y como Charlotte. Los dos eran mucho más interesantes, lo que me parece perfectamente natural.

Y remató estas palabras con la siguiente pregunta:

—¿Cómo no iba a gustarle Americo?

La señora Assingham se rindió:

—Efectivamente, ¿cómo no iba a gustarme?

Después, con noble libertad, la señora Assingham recorrió el resto de su camino:

—¿Y cómo no va a gustarme?

Esto motivó que Maggie, dilatados los ojos, fijara de nuevo la vista en la señora Assingham:

—Comprendo… comprendo. Me parece muy hermoso que sea capaz de experimentar estos sentimientos.

Después de una pausa, Maggie añadió:

—¿Y, desde luego, también deseaba ayudar a Charlotte?

Fanny pensó un poco, y repuso:

—Sí, deseaba ayudar a Charlotte. Pero también deseaba ayudarla a usted, no desenterrando un pasado sobre el que se habían acumulado tantos hechos que yo consideraba profundamente enterrados.

Y declaró, en modo alguno cicatera:

—Deseaba, como sigo deseando, ayudar a todos.

Estas palabras pusieron una vez más a Maggie en movimiento, movimiento que cesó dando, con ello, súbito énfasis a sus palabras:

—En este caso, si todo comenzó tan bien, ¿la culpa es en gran parte mía?

Fanny Assingham contestó lo mejor que pudo:

—Sólo se la puede acusar de ser excesivamente buena, de haber pensado excesivamente…

Pero la Princesa ya había dado su interpretación a estas palabras:

—¡Sí, he pensado demasiado!

Y Maggie causó la impresión de que fuera a continuar exponiendo en toda su extensión este error en el que había incurrido. En realidad, gracias a esta orientación de su pensamiento, lo vio todo con claridad en un instante:

—¡He pensado demasiado en él!

La señora Assingham pudo ahora percibir perfectamente la visión que Maggie tenía de su padre, por lo que la contempló animada de renovada

curiosidad. En este sentido, podía mentir sin riesgo alguno. Fue como si hubiera ampliado un poco aquella rendija por la que recibía la luz. Ahora dijo:

—¡Su padre tenía fe, una fe muy hermosa, en Charlotte!

—Sí, y yo fui quien le indujo a tener fe en ella. En aquel entonces no quería que llegara a tener tanta fe en ella, porque no tenía idea de lo que se avecinaba. ¡Pero yo fue quien le induje a tener fe!

La señora Assingham insistió:

—¡Y qué fe tan hermosa!

Sin embargo, Maggie ahora contemplaba aquel asunto según su propia visión, con lo cual adquiría unos visos muy diferentes.

—Y fue él quien consiguió que ella creyera que era perfectamente posible.

La señora Assingham, dubitativa, preguntó:

—¿Fue el Príncipe quien lo consiguió?

Maggie la miró con fijeza. Se había referido a su padre. Pero las palabras de Fanny le hicieron abrir los ojos:

—Los dos lo consiguieron. Si no hubieran intervenido los dos, Charlotte no lo hubiera estimado posible.

—Sin embargo, la buena fe de Americo era perfecta.

Después de esta declaración, la señora Assingham añadió:

—Y además, de nada se podía acusar a su padre.

Esta declaración dejó a Maggie parada durante unos instantes, después de los cuales dijo:

—De nada, salvo quizá de estar al tanto de que ella lo sabía.

—¿«Sabía»?

—Que él lo hacía por mí en gran parte.

De repente Maggie preguntó a su amiga:

—¿Hasta qué punto cree que estaba al tanto de que ella lo sabía?

—¡Ah…! ¿Quién puede decir lo que pasa entre dos personas que sostienen una relación de esta naturaleza? Lo único de lo que estoy segura es que fue generoso.

Esbozó una concluyente sonrisa, y remató sus palabras con las siguientes:

—Sin duda alguna, sabía cuanto le convenía saber.

—Y cuanto a ella le convenía que supiera.

Ahora Fanny declaró:

—Efectivamente, cuanto a ella le convenía que supiera. De todas maneras, lo importante es que, fuera lo que fuese lo que supiera, con ello siempre demostró su buena fe.

Maggie siguió mirándola en silencio y ella ecuánimemente esperó la próxima reacción de la Princesa.

—Lo importante, en este caso, ¿no será que la buena fe de mi padre seguramente consistió en tener fe en que Charlotte mostraría en mi bienestar casi tanto interés como él mismo?

—Su padre reconoció y aceptó la larga amistad entre ustedes dos. Pero no basó en ella egoísmo alguno.

Después de una consideración todavía más profunda, Maggie aclaró:

—Efectivamente, excluyó el egoísmo de Charlotte casi en la misma medida que excluyó el suyo.

—Opino igual.

—Muy bien, si mi padre carecía de egoísmo, posiblemente invitó a Charlotte, o esperó de ella que tuviera tan poco egoísmo como él. Y ella bien pudo haberse dado cuenta desde entonces.

Con expresión de no haber comprendido nada, la señora Assingham preguntó:

—¿«Desde entonces»?

—Y él quizás haya comprendido que ella se ha dado cuenta.

Maggie explicó estas palabras:

—Que Charlotte se ha dado cuenta, después de su matrimonio, de lo mucho que él le pedía, o sea de que le pedía más de lo que ella creía al principio. Y mi padre quizá, por fin, se haya percatado de lo mucho que sus exigencias a la larga la han afectado.

—Muchas son las cosas que su padre puede haber hecho, pero hay una que ciertamente no ha hecho. Jamás habrá insinuado siquiera que esperaba que Charlotte diera la cuarta parte de lo que ésta suponía que él iba a dar.

—A menudo me he preguntado qué era, en realidad, lo que Charlotte suponía. Ésta es una de las cosas que nunca me ha dicho.

—En este caso, como también es una de las cosas que nunca me ha dicho, probablemente jamás llegaremos a saberlo, y podemos considerar que es

asunto que no nos concierne. Son muchas las cosas que nunca sabremos.

Maggie reflexionó largamente y dijo:

—Nunca.

Su amiga prosiguió:

—Hay otras cosas que están ahí, ante nuestra vista y, sea cual fuere la dificultad con que nos tropecemos, son suficientes ahora para nosotros. Su padre se ha portado de manera extraordinaria.

Durante unos instantes pareció que Maggie anduviera un tanto perdida, como a tientas, entre sus pensamientos; pero se apresuró a adherirse a la manifestación de la señora Assingham:

—Extraordinaria.

Fanny Assingham dijo:

—Magnífica.

Maggie también se aferró a esto:

—Magnífica.

—Hará cuanto sea preciso hacer. La tarea que asumió en beneficio de usted la proseguirá hasta el final. No la emprendió con la intención de interrumpirla. ¿En qué ocasión ha fracasado su padre siendo, como es, sereno, paciente y exquisito? En toda su vida, jamás aceptó el fracaso, y no lo hará en esta ocasión.

—¡Ah, en esta ocasión…!

Maggie se había expresado con voz llorosa reveladora de que, repentinamente, volvía a recordar lo ocurrido. Añadió:

—En realidad, entre una cosa y otra, ni siquiera sé si mi padre está al tanto de lo que ocurre, pero tampoco sé si realmente no lo está.

—Si no lo sabe, tanto mejor, y más vale no decírselo.

—¿Quiere decir que debemos prescindir de él?

Fanny Assingham precisó:

—De ella. Dejar que sea él quien se encargue de ella.

Maggie le dirigió una tenebrosa mirada, y dijo:

—¿Quiere usted decir que debemos dejarle en manos de su esposa, después de lo ocurrido?

—Después de todo. ¿Acaso no están ahora íntimamente unidos?

—¿«Íntimamente»? ¿Cómo voy a saberlo?

Pero Fanny siguió en la brecha:

—¿Acaso usted y su marido no lo están, a pesar de todo?

Los ojos de Maggie se dilataron todavía más, aunque pareciera imposible:

—¡Esto habría que verlo!

—Si no lo están, ¿qué se ha hecho de su fe?

—¿En mi marido?

La señora Assingham dudó, aunque sólo por un instante, y dijo:

—En su padre, que viene a ser lo mismo. Todo se basa en esto.

—¿En su ignorancia?

Fanny también paró este golpe:

—En cuanto pueda ofrecerle. Acéptelo.

Maggie la miró pasmada:

—¿Que lo acepte?

La señora Assingham alzó la cabeza:

—Y muéstrese agradecida.

Después de decir estas palabras, guardó silencio, dejando que la Princesa le mirase. Luego le dijo:

—¿Es que no lo ve?

Por fin Maggie repuso:

—Sí lo veo.

—Pues asunto terminado.

Pero Maggie dio media vuelta sobre sí misma y se acercó a la ventana como si quisiera ocultar algo que expresaba su cara. Quedó allí con la vista en la calle, mientras la señora Assingham volvía a centrar su atención en el objeto que tantas complicaciones había causado; allí estaba en la repisa de la chimenea, y ante él experimentaba contradictorios sentimientos, extrañamente intensos, cosa rara incluso teniendo en cuenta su manera de ser, su renovada curiosidad y su renovada protesta. Se acercó al objeto, lo examinó una vez más, y cedió a la tentación de tocarlo con las manos. Las puso en él, lo levantó y quedó sorprendida de lo que pesaba. Rara vez había tenido en las manos un objeto de oro tan sólido. La impresión que le causó la indujo a expresarse con más franqueza, diciéndole a Maggie:

—La verdad es que no creo en este objeto.

Maggie dio media vuelta, la miró y dijo:

—¿Que no cree en él? Creerá cuando le cuente la verdad.

—No me cuente nada. No quiero saberlo.

La señora Assingham sostenía la copa en la mano de manera que suscitó la atención de Maggie, quien se percató de la excitada intriga con que miraba la copa. Esto tuvo la virtud, aunque fuera extraño, de revelarle a Maggie que Fanny Assingham, llevada por la libertad que se había concedido, había adquirido expresión intencionada, y esta expresión patente en sus ojos quedó acentuada cuando Maggie le dirigió una frase de advertencia:

—El objeto es valioso, pero tiene una tara. Según me han dicho está agrietado.

—¿Agrietado? ¿El oro?

—No es oro.

Dichas estas palabras Maggie sonrió, lo cual no dejó de ser extraño, y añadió:

—En esto radica todo.

—¿Qué es, pues?

—Vidrio y, además, agrietado bajo la capa dorada.

—¿Vidrio? ¿Con lo que pesa?

—Bueno, en realidad es cristal, y en otros tiempos fue un objeto muy valioso. ¿Qué le parece?

Maggie se había alejado de la ventana, de una de las tres ventanas por las que se veía desde la amplia estancia, situada en un ventajoso punto de la parte trasera de la casa, el cielo de poniente, y por las que penetraba la luz de la atardecida. La señora Assingham, en posesión de la copa y sabiendo que tenía una tara, se acercaba a otra ventana para aprovechar la luz que menguaba lentamente. Toqueteaba la singular pieza, la sopesaba, la miraba por todos los lados; teniendo conciencia cada vez más clara de un irresistible impulso nacido en su interior, preguntó:

—¿Una grieta? En ese caso, su idea también tiene una grieta.

Maggie, que ahora se encontraba un tanto alejada de la señora Assingham, esperó un poco antes de contestar.

—Si esa idea a que se acaba de referir es el conocimiento de que…

Pero, Fanny, con decisión, la interrumpió:

—Sólo hay un conocimiento que nos concierna, sólo hay un hecho que nos importe.

—¿Cuál?

—El hecho de que su marido jamás, jamás, jamás…

Pero la misma gravedad de esta afirmación la indujo a interrumpir la frase mientras dirigía la vista a su amiga, un tanto alejada de ella. Maggie dijo:

—¿Jamás qué?

—Jamás ha sentido por usted un interés tan grande como el que ahora siente. Ni siquiera la mitad. ¿Es que no se da cuenta?

Maggie, después de pensar, repuso:

—Bueno, creo que ya le he dicho qué es lo que me induce a pensar lo que pienso. Precisamente es el hecho de que mi marido haya olvidado hoy incluso sus modales, que se haya mantenido lejos de mí, que no haya venido.

Maggie movió la cabeza como si se negara a aceptar que le dorasen la píldora, y añadió:

—Y se debe a este objeto.

—¡Muy bien! Pues si a ese objeto se debe…

Y Fanny Assingham, que había estado lanzando miradas a su alrededor, y había sentido con toda claridad una inspiración, levantó la copa con las dos manos, la levantó por encima de su cabeza, y bajo la copa dorada, solemnemente, sonrió a la Princesa para indicarle cuáles eran sus intenciones. Durante unos instantes, dueña de su pensamiento y de sus actos, Fanny sostuvo el precioso recipiente; a continuación, después de haber medido el espacio en que el brillante suelo estaba despejado, allí a sus pies, junto a la ventana, arrojó decididamente la copa al suelo, en donde Fanny tuvo la agradable emoción de verla rota después de la violencia del choque. El esfuerzo había sonrojado a Fanny, de la misma manera que la emoción del espectáculo había ruborizado a Maggie; estos intensos reflejos en sus rostros fueron la comunicación que hubo entre las dos durante un minuto o más. Después la señora Assingham dijo:

—Fuera cual fuese el significado que le diera, y conste que ahora no quiero saberlo, ha dejado de existir.

—¿Y se puede saber, querida, qué significado tenía?

Esta voz, como surgida al impulso de un resorte, se oyó como si fuera el primer efecto de las palabras pronunciadas por Fanny. Se estrelló contra la

absorción de las dos mujeres, con una sequedad casi igual a la del cristal al chocar y romperse, ya que el Príncipe había abierto la puerta sin que ellas se dieran cuenta. Además, al parecer, el Príncipe había tenido tiempo de ver el final del acto de Fanny Assingham. La mirada del Príncipe, a través del ancho espacio que le permitía una visión sin obstáculos, se había fijado en los relucientes pedazos desparramados a los pies de la señora. Él había dirigido la pregunta a su esposa, pero inmediatamente después de formularla trasladó su mirada a los ojos de la visitante, cuya mirada penetrante, a su vez, sostuvo la del Príncipe de una manera que ninguno de los dos había sido capaz de hacer, desde aquella hora que el Príncipe pasó en la casa de Cadogan Place, poco antes de su matrimonio, en la tarde de la reaparición de Charlotte. De nuevo algo volvía a ser posible para aquellos dos comunicantes en la intensidad de la presión ejercida recíprocamente, algo que reanudaba la pasada historia, y que bien podía ser una redención de las promesas intercambiadas en aquel entonces. El rápido intercambio de reprimida petición y encubierta respuesta duró lo bastante como para producir más de un resultado, duró lo bastante como para que la señora Assingham tomara debida medida de la hazaña de rápido autodescubrimiento; en consecuencia, posiblemente de reconocimiento todavía más inmediato, acompañando la visión de Americo así como su valoración de la prueba a la que la señora Assingham había dado —tan admirablemente, como pensó mientras miraba al Príncipe— aquel inspirado tratamiento. Miraba y miraba al Príncipe, y eran muchas las cosas que quería decir allí mismo. Pero Maggie también miraba y, además, miraba a los dos, por lo que para la mayor de las dos mujeres aquellas cosas quedaron con notable rapidez reducidas a una. Fanny Assingham no contestó a la pregunta del Príncipe demasiado tarde, ya que aún estaba flotando en el aire. La señora Assingham, disponiéndose a irse, dejando la copa dorada rota en pedazos en el suelo, se limitó a remitir al Príncipe a su esposa. Los vería después. Pronto volverían a reunirse y, entre tanto, en lo referente al significado de las palabras de Maggie —dijo la señora Assingham, al girar sobre sí misma, junto a la puerta—, la propia Maggie, sin duda alguna, estaba ahora preparada para revelárselo al Príncipe.

Capítulo XXXIV

Sin embargo Maggie, a solas con su marido, nada dijo por el momento. Lo único que sentía en aquellos instantes era el fuerte y penetrante deseo de no volver a ver su rostro hasta haber tenido tiempo de componer su expresión. Maggie lo había visto durante el tiempo suficiente para aclarar las ideas y determinar lo que haría a continuación, lo había visto en la mirada de sorpresa

que siguió a su entrada. En aquel instante, supo cuán experta había llegado a ser en juzgar con rapidez aquella expresión, que recordaba indeleble a efectos de referencia, y que había iluminado con súbita luz su alma turbada la noche en que el Príncipe regresó tarde de su visita a Matcham. La expresión del rostro del Príncipe, en aquella ocasión, a pesar de lo breves que fueron los instantes que duró, le dio la medida de las posibilidades de su expresión y quizá una de las más importantes le quedó patente el tiempo preciso para ser reconocida, antes de que se retirara la señora Assingham. Lo que Maggie había reconocido en la expresión de su esposo era el conocimiento de éste: el resultado de haber sido obligado por el impulso del comportamiento de su visitante, así como por el eco todavía no extinguido de sus palabras, a tener en cuenta los flagrantes indicios del accidente, o incidente, del que de modo imprevisto había sido testigo. Nada extraño hubo en que no estimara que los hechos presenciados estaban representados por los tres fragmentos de un objeto evidentemente valioso que estaban en el suelo y que, incluso mediando la anchura de la estancia, el distanciamiento que de ellos había mantenido el Príncipe le recordaban, de manera inconfundible aunque confusa, algo conocido, una imagen no olvidada. Fue una fuerte impresión, fue un dolor, como si la violencia de Fanny hubiera sido violencia redoblada y de efectos superiores a la intención con que se ejerció, una violencia que atraía la sangre caliente de la misma manera que la atrae un golpe en la boca. A Maggie le constaba, en el momento en que apartó la vista de la cara de su marido, que ella no deseaba que él experimentara aquel dolor. Lo que quería era su propia y sencilla certidumbre, y no aquella roja marca de condena llameando en la belleza de su esposo. Lo que más le hubiera gustado, sería poder ir con los ojos vendados. Y si ahora se tratara de tener que decir lo que Maggie tuviera que decir, y de escuchar lo que el Príncipe dijera, cuanta más fuera la oscuridad que envolviera lo uno y lo otro, mejor.

En silencio, Maggie se acercó al lugar en que su amiga —jamás tan visiblemente amiga suya, en su intención, como en aquel momento— había dado muestras de tan pasmosa energía, y allí, bajo la mirada de Americo, recogió los relucientes fragmentos. Deslumbrantemente ataviada y enjoyada, con el rumor de suntuosos tejidos, en humilde actitud rindió prestamente tributo al orden, aunque se dio cuenta de que sólo podía coger dos fragmentos a la vez. Llevó los dos fragmentos a la repisa de la chimenea, al sitio visible en que había estado la copa antes de que Fanny la cogiera; después de dejarlos cuidadosamente allí, volvió al lugar del estropicio para coger el que quedaba, o sea el sólido pie separado del cuerpo. Con este fragmento en la mano, regresó junto a la repisa, colocándolo cuidadosamente en el centro, dedicándose luego, durante algún tiempo, a intentar encajar los otros fragmentos entre sí. La grieta anteriormente existente había sido la causa de que el filo de los fragmentos fuera tan limpio y cortante que si hubieran

podido mantenerlos unidos, la copa, contemplada a unos pasos de distancia, hubiera parecido íntegra. Pero, como es natural, nada había para mantener unidos los fragmentos, salvo las manos de Maggie, y durante los breves momentos que cumplieron tal cometido, no le quedó más remedio que dejar las dos porciones, casi iguales, de la copa al lado del pie, con lo que quedaron ante la vista de su marido. Maggie había actuado en silencio, como si con sus actos quisiera causar una determinada impresión, pero le pareció que esta impresión buscada tardaba en producirse mucho más de lo que jamás había tardado a consecuencia de un acto tan breve. Americo también se abstuvo de hablar, pero su silencio quedaba cubierto con la pátina de la advertencia que sin duda Maggie deseaba que su marido diera por recibida. Parecía que la manera de actuar de Maggie a él le hiciera guardar silencio mientras la observaba. El Príncipe no podía albergar duda alguna al respecto. Maggie lo sabía y su copa quebrada constituía la prueba de que lo sabía, pero no deseaba que su esposo malgastara palabras. Americo forzosamente tendría que pensar, y Maggie lo sabía, y lo único que quería por el momento era que estuviera al tanto. Maggie había estimado que su marido había estado preocupado durante todo el día o, por lo menos, oscura e instintivamente angustiado, por lo que Maggie había comunicado a Fanny Assingham, pero se había equivocado en lo tocante a la angustia de Americo. Su temor, como síntoma patente de mantenerse alejado, había resultado, a fin de cuentas, mayor que el temor que sentía por acudir a su lado. Y había acudido, incluso a riesgo de aportar consigo el miedo, ¿y qué más necesitaba ahora Maggie además de la sensación, que se formó en el transcurso de los primeros minutos, de que realmente Americo había traído consigo el miedo, por mucho que se hubiera preparado contra el riesgo de que una palabra torpe le traicionara, y de que el miedo se hallaba ahora preso entre los dos, y de que los diversos movimientos latían envueltos por el miedo, tal como el pulso late bajo la yema del pulgar del médico?

En resumen, la sensación que Maggie experimentaba en presencia de su esposo consistía en que, a diferencia de la copa que se había roto, su razón no se había quebrado; la razón por la que había tomado una decisión, la razón por la que había llamado a su amiga, la razón por la que había dispuesto así la habitación para que su marido la viera de aquella manera; y se trataba de una sola razón que ejercía sobre ella el enérgico dominio de su menuda persona; en cambio las consecuencias del acto de Fanny, y de la visión que de este acto tuvo el Príncipe no le afectaban a ella de forma absoluta y directa sino a Americo, el cual debía comprender y aceptar. De ahí que Maggie deseara dejar pasar el tiempo para que lo utilizara Americo; durante un largo período, durante horas y horas, le parecía haber vivido una eternidad, y en la eternidad seguiría viviendo. Maggie quería decir a Americo: «Tómate tiempo, tómate tiempo, toma cuanto tiempo necesites, haz lo preciso para sufrir lo menos

posible o para quedar lo menos deformado y desfigurado que quepa. Pero debes saber que lo sé, y decídete, sobre esta base, como más te convenga. Espera —poco tendrás que esperar— hasta el momento en que de nuevo puedas consultar con Charlotte, y así decidirás mucho mejor, y será más fácil para nosotros dos. Sobre todo no me mostréis, hasta que lo hayáis dominado a la perfección, el terrible daño, las devastaciones de la desorientación y la vergüenza causadas por mis actos, en vuestra personal serenidad, en vuestra incomparable superioridad». Cuando Maggie hubo situado de nuevo, ordenadamente, sus pequeños objetos en la repisa de la chimenea, le faltó muy poco para volverse hacia su esposo y formularle esta petición. Pero comprendía con toda lucidez, en todo instante, que la ocasión de hacerlo estaba pasando, que cenaban fuera de casa, que él aún no se había vestido para la cena, y que ella, a pesar de haberse ya vestido, con toda probabilidad tenía la cara tan horriblemente roja, y la agitación la había dejado tan desarreglada en tantos aspectos, que teniendo en cuenta a la gente que encontrarían en la cena del embajador, y los posibles comentarios, necesitaba retocar sus apariencias externas ante el espejo.

Entretanto, Americo pudo evidentemente sacar el máximo provecho de aquella invitación a esperar que Maggie le había formulado, expresada indirectamente por la patente solemnidad con que se encargó de recoger los pedazos de la copa, es decir, a esperar hasta que ella hablara como la señora Assingham había prometido que hablaría. Sin embargo, esta demora puso a prueba la presencia de ánimo de Maggie, aunque no fue esta tensión lo que la llevó a hablar. Por mucho que momentáneamente mantuviera la mirada apartada de su marido, no pudo evitar tener creciente e irreprimible conciencia de la tensión que la mente de su marido experimentaba. Incluso hubo unos instantes, cuando estuvo vuelta de espaldas a él, en los que una vez más sintió la extrañeza de su deseo de evitarle el mal trago, una extrañeza que ya había rozado cincuenta veces a Maggie en lo más hondo de su preocupación, como el ala de un pájaro que ciegamente se sitúa por un instante sobre el brocal de un pozo, y oscurece con su pasajero movimiento el disco del cielo. Era extraordinaria la calidad de esa percepción de la ofensa de que había sido objeto, causa de que su total impresión antes se reblandeciera que se endureciera; y tanto más extraordinaria era cuanto más tenía que reconocerla, pues el sentirse por fin segura, el saberse conocedora de todo, el tener todas las abominaciones tan claramente ante la vista, de manera que nada más cabía añadir, venía a representar que por el mero hecho de estar con él allí, en silencio, Maggie sentía en su interior el brusco antagonismo entre el convencimiento y la actuación. Habían comenzado a estar allí sorprendentemente en comunicación. Es decir, el convencimiento no se había movido ni media pulgada y había asentado más y más firmemente sus pies en el suelo, pero la actuación había comenzado a flotar en el aire, como si fuera

una forma más grande aunque más ligera, más manejable, excitada por su misma capacidad de alejarse del suelo.

La actuación sería libre, sería independiente, y emprendería —¿realmente?— una superior y prodigiosa aventura por su cuenta. Lo que podía condenar la actuación —y valga la expresión— a la responsabilidad de la libertad —y esto se insinuaba, incluso ahora, en la mente de Maggie— era la posibilidad, creciente a medida que los instantes transcurrían, de que su marido sintiera en aquel asunto, globalmente considerado, una nueva necesidad de ella, una necesidad que verdaderamente iba naciendo al paso de los segundos. A Maggie le pareció realmente tan nuevo que comprendió que Americo no tendría nada con que compararla, y de una forma absoluta, por esta circunstancia, la necesitaría por vez primera en el curso de toda su recíproca relación. No, Americo se había servido de ella, incluso había gozado en exceso de ella, pero no había habido un precedente de necesidad probada por su parte, que Maggie tan rápidamente aprehendía ahora. Además, la inmensa ventaja de esta concreta clave consistía en que ahora Maggie no tendría que disponer, alterar, falsear nada, únicamente debía ser constantemente sencilla y directa. Muy concentrada la atención, se preguntó, mientras daba aún la espalda a Americo, cuál sería el método ideal. Se le ocurrió al instante el que, volviéndose hacia él, puso en práctica:

—Fanny Assingham la rompió, pues sabía que tenía una grieta y que podía romperla empleando al efecto la fuerza precisa. Cuando se lo dije, Fanny pensó que esto era lo mejor que podía hacerse con la copa. Bueno, esto lo pensó ella, aunque no era ésta mi idea, pero lo hizo antes de que yo pudiera darme cuenta.

Maggie añadió:

—Yo, al contrario, la había puesto aquí, en sitio destacado, para que la vieras.

Él estaba de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón, fija la vista en los trozos sobre la repisa de la chimenea; Maggie ya podía sentirse aliviada al ver que Americo aceptaba la oportunidad que ella le ofrecía de ponderar los efectos de la violencia de su amiga, de modo que cada segundo de reflexión y de demora tenía la ventaja, desde el punto de vista de su esposo, de contar el doble para él. En su fuero interno y con suma intensidad ella había comprendido que vislumbrando aquella preciosa verdad le ayudaría a Americo, le ayudaría a ayudarse a sí mismo, con lo que le ayudaría a que él la ayudara a ella. ¿Acaso no había penetrado ya lo suficientemente en el laberinto de su esposo, en su compañía? ¿Acaso no estaba en trance de colocarse allí en su beneficio, en su mismísimo centro, en su cogollo, desde donde con claro sentido de la orientación, y mediante un instinto

exclusivamente propio, podría guiarle con seguridad para salir de allí? De esta manera, sin duda, ofrecía a Americo una clase de ayuda que no hubiera sido posible imaginar de antemano, y que además exigía —¡por cierto!— un detenido examen antes de que se pudiera creer en tal ayuda, y de que se pudiera declarar que en ella no había traición. Tenía la impresión de contemplarlo mientras la oía decir lo siguiente, aunque las palabras que pronunció fueron muy distintas: «Sí, contempla, contempla la verdad que aún queda en esta prueba rota, como los todavía más notables indicios de que no soy tan tonta como tú imaginabas. Contempla la posibilidad de que, habida cuenta de que soy diferente, quizás haya todavía en nuestra situación algo que puedas conseguir, si es que eres capaz de colaborar conmigo para conseguirlo. Desde luego, considera, como debes considerar, la cuestión de aquello a lo que tendrás que renunciar, considera el precio que tendrás que pagar, y con quién tendrás que pagarlo, para poder gozar de alguna ventaja; de todas maneras, ten en cuenta que hay algo para ti si no pierdes ciegamente la oportunidad de lograrlo». Americo no se acercó a los acusadores pedazos de la copa, pero los contemplaba desde el lugar en que se había quedado de pie, poco después de entrar, con una expresión de reconocimiento y con una intensidad sólo muy escasamente inferior a la que hubiera sido preciso disimular, todo lo cual venía a ser para ella un proceso discernible. Entretanto, las palabras pronunciadas por Maggie fueron notablemente diferentes de las que hubiera podido insertar entre las líneas de las que ya había dicho:

—Es la copa dorada que viste en la tiendecilla del anticuario de Bloomsbury hace ya tiempo cuanto fuiste con Charlotte y pasaste sin que yo lo supiera aquellas horas con ella uno o dos días antes de nuestro matrimonio. A los dos os mostraron la copa dorada, pero tú no la quisiste, la dejaste para mí; y la encontré por extraordinaria casualidad, debido a que entré en la misma tienda el lunes pasado al regresar a pie a casa, paseando sin rumbo para comprar alguna pequeña antigualla que regalar a papá en el día de su cumpleaños, después de haber visitado el Museo en donde había quedado citada con el señor Crichton, tal como te dije. Me mostraron la copa, quedé impresionada por ella y la adquirí, sin saber nada a la sazón. Lo que ahora sé lo supe luego, lo he sabido esta tarde, hace dos horas; como es natural me causó una fuerte impresión. Y aquí la tienes, la tienes en tres fragmentos. Puedes tocarlos, no temas, si quieres tener la seguridad de que realmente es el objeto que visteis Charlotte y tú juntos. El hecho de que se haya partido constituye una diferencia nefasta para su belleza, para su valor artístico, pero para nada más. Su otro valor sigue exactamente igual; con ello quiero decir el valor de haber revelado una verdad tan grande referente a ti. En consecuencia, muy poco me importa ahora el destino de estos fragmentos, aunque quizá tú, después de pensar en ello, les encuentres buen uso.

Maggie remató estas palabras con las siguientes:

—En este caso, sin dificultad podemos llevarnos los pedazos a Fawns.

Para Maggie fue maravilloso advertir, una vez recorrido este desfiladero, que realmente ya había conseguido algo que comenzaba a salir de aquel estrecho ámbito y tenía ante sí un panorama no tan cerrado. Es decir, había hecho en beneficio de Americo lo que sus intuiciones le habían invitado a hacer; había sentado una base que no era meramente momentánea en la que su esposo podía reunirse con ella. Cuando por fin él la miró después de volver un poco la cabeza a un lado, fue esto lo último que destelló en su mirada; pero a pesar de todo fue visible su preocupación casi como un interrogante en sus ojos, por lo que, antes de que Americo hablara, hubo entre los dos una especie de comunicación moral sin precedentes, presidida por la superior lucidez de Maggie. Sin embargo, no se puede decir que, cuando por fin habló, el tenor de sus palabras no resultara realmente portentoso:

—¿Y qué tiene que ver Fanny en todo esto?

Poco faltó para que Maggie, en su reprimido dolor, esbozara una sonrisa. La pregunta le causó la impresión de que dejaba íntegramente el asunto en sus manos. Y esto le permitió expresarse de forma más directa todavía:

—Pues Fanny tiene que ver con esto porque inmediatamente le pedí que viniera y Fanny vino inmediatamente. Era la primera persona a quien yo quería ver, porque sabía que ella lo sabía. Quiero decir que sabía más acerca de lo que yo me había enterado, de lo que yo podría llegar a saber por mí misma. Por mí misma había averiguado cuanto había podido; sí, esto es algo que también he querido hacer, pero a pesar de todo no he llegado muy lejos; Fanny me ha sido realmente de gran ayuda, pero no de tanta como ella hubiese querido; no me ha supuesto tanta ayuda, a pesar de su bondad, como ella hubiera querido. Fanny ha hecho cuanto ha podido en tu beneficio, nunca lo olvides, y ha conseguido que yo avance inconmensurablemente más de lo que hubiera avanzado sola. Fanny ha ganado tiempo en mi beneficio, y este tiempo, estos tres meses, ¿no lo ves?, lo ha sido todo.

Maggie había dicho intencionadamente «¿no lo ves?», pero al instante pudo comprobar que estas palabras habían producido el efecto deseado, por cuanto el Príncipe preguntó:

—¿«Estos tres meses»?

—A contar desde la noche en que tan tardíamente regresaste de Matcham. A contar desde las horas que pasaste con Charlotte en Gloucester con tu visita a la catedral, que no olvidaste contarme con gran detalle. Sí, entonces fue cuando comencé a estar segura. Anteriormente tenía dudas.

Después de una pausa, aclaró:

—Segura de que tenías tú, de que habías tenido durante largo tiempo, dos relaciones con Charlotte.

Americo la miró un tanto desorientado, intentando comprender:

—¿«Dos»…?

Algo hubo en el tono con que pronunció esta palabra que le dio un sentido o una ambigüedad casi de estupidez, con lo que Maggie se dio cuenta, con fulminante rapidez, de que la ineludible falta de felicidad, parte ridícula incluso en un hombre sumamente inteligente, quizá constituyera en consecuencia, la esencia de la pena correspondiente a su comportamiento. Maggie dijo:

—¡Hubieras podido tener cincuenta, hubieras podido tener cincuenta veces la misma relación con ella! Hablo del número de clases de relaciones, número que importa muy poco, dado que no hubo una sola clase, como mi padre y yo suponíamos.

Guardó silencio unos instantes y prosiguió:

—Una clase estaba ahí ante nosotros, la dimos por sabida, tal como pudiste comprobar, y la aceptamos. Jamás pensamos que hubiera otra escondida. Pero después de la noche a que me he referido, me di cuenta de que había algo más. Como he dicho, anteriormente tenía mis ideas al respecto, lo cual tú ni siquiera llegaste a soñar. Pero, a partir del momento al que me refiero, tuve más en qué pensar, y vosotros dos, tú y ella, tuvisteis vaga e inquieta conciencia del cambio. Sin embargo, ha sido durante las últimas horas cuando he podido ver con mayor claridad la situación en que nos encontramos. He comunicado mis dudas a Fanny Assingham, y he querido que supiera mi certeza, a la que he llegado, y quiero que lo sepas, sin que Fanny haya contribuido en nada.

A continuación observó:

—Fanny Assingham te defiende.

Americo le había prestado toda su atención, y teniendo una vez más la impresión de que su marido esperaba de ella que le diera tiempo, tiempo y solo tiempo, podía con relativa facilidad imaginar, no sin cierta extrañeza, que le gustaba que hablara, le gustaba incluso a costa de perderlo todo, de perder cuanto no fuera tiempo. Él guardó silencio durante un minuto, como si esperase cosas peores todavía, como si quisiera que Maggie le dijera cuanto tuviera que decir, le dijera hechos concretos, le dijera realidad que cupiera expresar con más precisión, a fin de que también él, como era su derecho, supiera cuál era la situación en que se hallaba. Lo que más le agitaba mientras seguía en el rostro de Maggie el claro curso de su parlamento, forzosamente tuvo que ser el impulso de referirse, como si lo tomara en sus manos, a algo

que Maggie había puesto ante él pero que él todavía temía tocar directamente. Americo quería aclararlo, pero no podía tocarlo por razones que ya había averiguado, y la molestia que esta privación le causaba la veía Maggie como un ansia en los ojos de su esposo, revelada con el destello de la fiebre, del escalofrío difícilmente tolerable, propio del reconocimiento concreto. Tenía el temor de que Maggie hablara, más o menos, en representación de su padre también, y sus ojos parecían empeñados en el intento de hipnotizarla a fin de que le diera la respuesta a la pregunta que tenía en la mente sin necesidad de formularla. «¿Tenía tu padre también tus ideas, y tiene ahora, juntamente contigo, más cosas en las que pensar?» Éstas eran las palabras que no debía pronunciar, y que Maggie, ciertamente, no le facilitaría la tarea de callar. Con la más penetrante emoción ella se daba cuenta de que ahora lo tenía rígido y atado, y conscientemente se proponía seguir teniéndolo en tal estado aunque se percataba de la dolorosa lástima que ello le inspiraba. Resultaba imposible mencionar a su padre dentro de aquel sentimiento de ansiedad, de compunción, sin que equivaliera a delatar a Charlotte.

De una forma perceptible, palpable, visible, Americo se abstenía, se apartaba como si se tratara de un abismo súbitamente percibido, pero que había mediado entre los dos, juntamente con muchas otras cosas no calculadas. Y esta historia de su confianza se alzaba ante Maggie. Habían construido sólidamente, habían elevado a gran altura —basándose en las apariencias— su convicción de que, gracias a las muchas virtudes innatas que adornaban a Maggie, ésta consideraría, siempre noblemente y hasta el final, que estaba por encima de dichas apariencias. De todas maneras, Americo experimentaba la sensación de tener que evitar determinada fealdad, de estar obligado a tener en cuenta una concreta dificultad, para lo cual se encontraba tan poco preparado como si él hubiera sido, igual que su esposa, una persona lamentablemente sencilla. Sin embargo, y a pesar de ser lamentablemente sencilla, Maggie comprendía además, por sí misma, que fuera lo que fuese lo que él tuviera que aceptar de ella —por ser mujer dotada de bella libertad—, jamás podría, a cualquier propósito útil a sus fines, mencionar a Charlotte. En su calidad de esposa del suegro de Americo la señora Verver se alzaba allí entre los dos, por el momento revestida de augusta y prohibitiva forma, de manera que protegerla, defenderla, dar explicaciones acerca de ella equivalía, por lo menos, a ponerla en tela de juicio, lo cual representaría, al mismo tiempo, poner en tela de juicio a su marido. Ésta era precisamente la puerta que Maggie no le abriría, por lo que al pensar en todo lo anterior se preguntó si su marido, de tal manera advertido y acosado, quizá no se retorcía de dolor. En el caso de dar respuesta afirmativa a semejante hipótesis, hay que decir que Americo se retorció de dolor unos cuantos segundos después: éste fue el tiempo que tardó en determinar lo que podía, y lo que no podía hacer.

—Al parecer, sacas inmensas conclusiones de realidades muy pequeñas.

¿En justicia no consideras que atacas, triunfas o como quieras llamarlo, quizá con excesiva facilidad, a pesar de que confieso paladinamente que recuerdo tu copa rota? Ahora confieso con franqueza la realidad de aquella ocasión, así como no haber deseado hablarte de ella entonces. Acordamos pasar dos o tres horas juntos, y ello realmente ocurrió en vísperas de tu casamiento, como tú dices. Pero en realidad ocurrió también en vísperas de mi casamiento, lo cual es lo que más importa. En tan tardío momento me pidieron hallara para ti un modesto regalo de bodas; me propusieron una búsqueda, la búsqueda de algo digno para ti, y posiblemente me propusieron también esta búsqueda desde otros puntos de vista, desde los cuales yo podía ser de utilidad. Como es natural, era preciso mantenerlo en secreto ante ti, debido a que lo hacíamos por ti. Salimos juntos y buscamos, fuimos de un lado para otro, como a la sazón dijimos, anduvimos de caza. Entonces, libremente lo reconozco, encontramos esta copa de cristal, de la cual puedo decir bajo palabra de honor que es una lástima a mi juicio que haya recibido semejante trato en manos de Fanny Assingham, por buenos que fueran sus motivos.

Americo había hablado manteniendo las manos en los bolsillos. Una vez más fijó la vista, aunque ahora con mayor complacencia, en los restos del precioso recipiente, y Maggie pudo percibir cómo exhalaba un largo y profundo suspiro de relativo alivio en la conquistada serenidad gracias a su explicación. Después de todo lo ocurrido, y bajo su influjo, representaba en cierta manera un consuelo para él hablar al fin con su esposa y daba la impresión de estar empeñado en demostrarse a sí mismo que realmente podía hacerlo.

—Descubrimos una tiendecilla en Bloomsbury. Creo que todavía podría llegar a ella. Recuerdo que el tendero comprendía el italiano. Ansiaba desprenderse de esa copa. Pero no creí en ella y no la compramos.

Maggie había escuchado con un interés que revestía todas las apariencias del candor. Dijo:

—La dejasteis para mí. ¿Y qué comprasteis?

Americo la miró. Primero como si intentara recordar; luego, como si se hubiera esforzado en olvidar.

—Nada, me parece, en aquella tienda.

—Pero ¿qué comprasteis en otra tienda, en cualquier sitio? ¿Qué regalo de bodas me ofrecisteis, pues éste era vuestro propósito y finalidad?

El Príncipe siguió meditando, muy noblemente, como si se interrogara a sí mismo al respecto. Dijo:

—¿Nada te regalamos?

Maggie esperó un poco. Ahora llevaba ya algún tiempo manteniendo la vista fija en Americo; pero, al escuchar estas palabras, apartó la vista de su marido, y fue a fijarla en los pedazos que reposaban en la repisa de la chimenea.

—Sí, a fin de cuentas resulta que vosotros dos me habéis proporcionado esa copa. La iba a encontrar personalmente hace pocos días por maravillosa casualidad, la iba a encontrar en la misma tienda y me la iba a ofrecer con insistencia el mismo hombrecillo que, como tú dices, entiende el italiano. Y debes saber «que creí en ella», seguramente creí en ella de una manera instintiva, por cuanto me la quedé tan pronto como la vi.

Hizo una pausa y añadió:

—Aun cuando ignoraba, a la sazón, lo que adquiría, juntamente con la copa.

De manera visible y durante un instante, el Príncipe tuvo la deferencia de esforzarse en imaginar a qué se refería su esposa con las palabras anteriores y, después dijo:

—Estoy de acuerdo contigo en que la coincidencia es extraordinaria, una de esas casualidades que ocurren principalmente en las novelas y en las obras de teatro. Pero permíteme que te diga que no veo la importancia o la relación…

—¿De haber yo efectuado la compra que tú no hiciste?

Maggie había interpretado enseguida la intención del Príncipe; pero al mismo tiempo, con la vista fija en él, se había sumido en sus propios pensamientos, a los que seguía fiel, dijera lo que dijese su marido. Ahora, dijo:

—Lo raro, en este caso, estriba en lo que iba a llegar a representar esa tiendecilla, después de cuatro años, ya que casualidades como ésta no ocurren fácilmente en Londres.

Lúcidamente, añadió:

—Lo raro, en este caso, estriba en lo que iba a llegar a representar para mí el objeto comprado tan pronto lo tuviera en casa, valor que iba a nacer del hecho maravilloso de haber encontrado a una persona tan amiga.

Su marido, evidentemente, no podía considerar que tal hecho fuera maravilloso, lo que le indujo a preguntar:

—¿«Persona tan amiga»?

—Como el hombrecillo de la tienda. Él hizo en beneficio mío mucho más de lo que él mismo podía suponer. Estoy en deuda con él. Se interesó por mí y, al hacerlo, se acordó de tu visita a su tienda, te recordó, y me habló de ti.

Estas palabras suscitaron en el Príncipe el siguiente comentario acompañado de una escéptica sonrisa:

—Querida, si tan extraordinarios hechos se producen porque la gente se interesa por ti…

Ella le interrumpió, preguntando:

—En este caso, ¿mi vida ha de ser muy agitada? Bueno, le gusté; quiero decir que le gusté de manera muy especial. Solamente esto puede explicar que volviera a saber de ese hombre.

Después de una pausa, prosiguió:

—En realidad, hoy mismo me ha confirmado que ésta es la explicación de su comportamiento.

El Príncipe preguntó:

—¿Hoy?

Pero Maggie estaba singularmente dotada —luego se dijo a sí mismo que era como un don maravilloso que se le hubiera conferido— para guiarse por sus luces, para seguir su camino, para mantenerse dentro de su propio orden:

—Desperté su simpatía, eso es todo. Pero el milagro ha consistido en que ese hombre pudiera ofrecerme una simpatía que me fuera útil a mí.

La Princesa, después de una breve pausa, prosiguió:

—Ahí está la rareza de mi suerte; en que tuviera el impulso, en mi ignorancia, de ir precisamente a la tienda de ese hombre.

El Príncipe percibía con tanta claridad que Maggie seguía sólo el curso de sus pensamientos, que tenía la impresión de que lo único que él podía hacer, en el mejor de los casos, era mantenerse al margen y contemplar su paso. El Príncipe únicamente pudo hacer una vaga manifestación que fue como un ademán sin significado:

—No quisiera hablar mal de tus amigos y, además, todo ocurrió hace mucho tiempo. Por otra parte, en ningún momento he tenido razones para recordar el lance. Sin embargo, recuerdo que ese hombre me causó la impresión de ser un mal bicho.

Ella movió lentamente la cabeza en gesto negativo, como si, después de pensarlo, dijera que no, que no era éste el caso. Replicó:

—Para mí es un hombre amable, pues nada tenía que ganar con su actitud. En realidad, sólo podía perder. Ha venido para decirme que me ha pedido un precio excesivamente alto, un precio superior al valor real del objeto comprado. A este efecto, concurría una especial razón a la que no había hecho

referencia, razón que le había inducido a meditar y a arrepentirse. Me escribió pidiéndome permiso para volver a verme, y me escribió en tales términos que le he recibido aquí esta tarde.

El Príncipe miró a su alrededor y preguntó:

—¿Aquí?

Abajo, en la salita roja. Y ese hombre, mientras esperaba, ha contemplado las escasas fotografías que hay allí y ha reconocido a dos personas. A pesar de que ocurrió hace ya tiempo, recordó la visita que le hicieron una dama y un caballero; esto le trajo a la mente otros recuerdos, lo cual ha representado para mí una revelación, puesto que ese hombre lo ha recordado todo y me lo ha contado todo. Como puedes ver, también tú le impresionaste. Pero ese hombre, a diferencia de ti, ha vuelto a pensar en aquella visita, la ha recordado. Me ha dicho que queríais haceros un regalo el uno al otro, y que este deseo no llegó a convertirse en realidad. La señora quedó prendada de la copa, pero tú tenías tus razones para negarte a recibir de ella semejante objeto, y estabas en lo cierto. Ahora el hombrecillo se ha dado cuenta, con más claridad que en cualquier momento anterior, de lo muy certera que fue tu decisión, y de lo bien que supiste adivinar que la copa tenía una grieta y de que podía romperse con gran facilidad. Yo la compré para regalarla, y el vendedor lo sabía. Eso fue lo que llegó a preocuparle, especialmente teniendo en cuenta el precio que yo había pagado.

Su relato quedó interrumpido durante un instante, pues lo iba desarrollando a leves oleadas de energía, que sucediéndose nacían y morían, lo que dio al Príncipe la oportunidad de hablar antes de que ella renovara esa fuerza. Pero la pregunta que el Príncipe formuló fue rara:

—¿Y puede saberse qué precio pagaste?

Maggie tardó un poco en contestar:

—Alto, ciertamente, habida cuenta de estos pedazos. Ahora, al contemplarlos, me doy cuenta de que me da vergüenza decirlo.

El Príncipe volvió a contemplar la copa rota, como si ya se hubiera acostumbrado al espectáculo:

—Pero ¿te devolverá el dinero, por lo menos?

—No quiero que me lo devuelva, tengo la impresión de que es un dinero bien empleado.

Dichas estas palabras, y antes de que el Príncipe pudiera comentarlas, Maggie alteró bruscamente el rumbo de sus pensamientos:

—Lo más importante, respecto al día del que hablamos, a mi parecer, es el

hecho realmente notable de que a la sazón no recibiera yo regalo alguno. Si ésta era vuestra intención, no se siguió de ella ningún resultado.

Con expresión vaga y grave, como si estuviera preocupado por lo sucedido, el Príncipe preguntó:

—¿Nada, absolutamente nada recibiste?

—Nada, salvo la disculpa de estar con las manos y los bolsillos vacíos, disculpa que me ofreció con toda franqueza, de manera simpática y conmovedora… ¡Como si a mí me importara o no recibir el regalo!

Americo escuchó estas palabras con interés, sin dar muestras de confusión:

—¡Desde luego, no te importaba!

Evidentemente, a medida que Maggie proseguía, él iba sacando mayor partido de la embarazosa situación de tener que estar callado, como si procurara expresar que necesitaba sufrir que Maggie le impusiera silencio, antes de salir juntos y mostrarse en sociedad, aunque durante un tiempo, no más prolongado que el que convenía al que normalmente se podía dedicar a un parlamento en un momento inoportuno, Americo consultó el reloj. En ningún momento se había olvidado del compromiso que tenían que cumplir. Dijo:

—En realidad, aún no he podido averiguar qué me reprochas.

—¿En todo lo que te he dicho? Pues de todo. Haberme engañado tan certeramente durante tan largo tiempo. El propósito de encontrar algo que ofrecerme, a pesar del encanto que hubiera podido tener, nada tuvo que ver entonces con el hecho de que pasarais toda una mañana juntos. Lo que realmente tuvo que ver fue que teníais que hacerlo. No podíais dejar de hacerlo desde el instante en que volvisteis a encontraros cara a cara. Y la razón radicaba en lo mucho que había habido entre vosotros dos antes…, antes de que yo me interpusiera.

Durante los últimos instantes, Americo había estado paseando por la estancia, mientras Maggie le seguía con la mirada; pero al oír estas palabras, como si quisiera reprimir todo indicio de impaciencia, volvió a quedarse quieto, y dijo:

—En momento alguno has sido tan sagrada para mí como entonces, a no ser ahora.

Pudo advertir que la seguridad con que su esposo había pronunciado estas palabras tuvo la virtud de inducirle a alzar la cabeza y, fijando la mirada en los ojos de ella, hizo esta declaración de tal manera que ella sintió momentáneamente como si algo frío e inimaginable le llegara como un soplo, desde lejos, procedente del extraño razonamiento de Americo. Pero, incluso dominada por esta sensación, tampoco se inmutó:

—Lo que siempre he sabido más claramente es que jamás ninguno de los dos habéis querido ofendernos. Siempre habéis deseado intensamente evitarlo, y las precauciones que os habéis visto obligados a adoptar durante largo tiempo siempre me han impresionado en gran manera.

Hizo una pausa, y añadió:

—Ésta, creo yo, ha sido la manera más eficaz de llegar a saberlo.

Después de unos instantes, el Príncipe preguntó:

—¿A saberlo?

—A saberlo. A saber que erais amigos más antiguos y más íntimos de lo que yo podía racionalmente suponer cuando nos casamos. A saber que existían realidades que nunca se me comunicaron, lo cual daba significado, poco a poco, a otras cosas que tenía ante la vista.

—¿Y si las hubieras sabido, habrían afectado en algo nuestro matrimonio?

Después de pensar, la Princesa repuso:

—Puedo asegurarte que en nuestro caso, no.

Y mientras el Príncipe la miraba con una fija ansiedad que no podía atemperar, Maggie dijo:

—El problema es mucho más amplio. Puedes imaginarte la profundidad que toma para mí por el hecho de saberlo.

Esto era lo que producía efectos en el Príncipe, esta reiteración del conocimiento de Maggie con respecto a la validez de los diversos aspectos de la cuestión, de lo que el Príncipe no podía en aquel momento intentar evadirse en modo alguno. Lo que representaba para él la afirmación de Maggie, tal como la formulaba, no podía evitar ponerlo de manifiesto, aunque sólo fuera a modo de consecuencia que el significado de la palabra, del repetido «ahora sé», «sé», producía en sus nervios. Maggie era capaz de compadecerse de su nerviosismo, en una ocasión como la presente, en que necesitaba tener pleno dominio de los nervios para cenar fuera de casa. En circunstancias solemnes, no sin cierto sentido de la responsabilidad, no estaba dispuesta a permitir que se le impidiera servirse, sacando el máximo provecho, de tan preciosa oportunidad para expresarse de modo sumamente claro. Maggie dijo:

—Debes recordar que no te he obligado a escuchar lo que te estoy diciendo, y esta escena probablemente no se habría producido si no hubieras venido aquí.

El Príncipe observó:

—Lo más probable es que viniera, creo yo.

—No pensaba que lo hicieras esta noche. —¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Porque tus probables ocupaciones son muchas y de muy diferentes clases.

Estas palabras recordaron a la Princesa lo que había dicho hacía poco a Fanny Assingham, por lo que añadió:

—Eres muy hondo, muy profundo.

A pesar del dominio que sobre su expresión tenía el Príncipe, estas palabras fueron causa de una rápida sucesión de gestos, con cierto matiz de muecas, que pusieron de relieve, como nada podía hacerlo, la raza a que Americo pertenecía:

—Eres tú, cara, la profunda, la honda.

Al cabo de unos instantes, Maggie aceptó esta calificación que le había dado su marido. Por fin, se daba cuenta de que era verdad. Dijo:

—En ese caso, necesitaré toda mi profundidad.

En ese instante el Príncipe preguntó:

—¿Y qué habrías hecho si yo no hubiera venido?

—No lo sé.

Después de dudar unos instantes, Maggie preguntó:

—¿Y tú qué habrías hecho?

—¿Yo? La pregunta carece de importancia. Todo dependería de ti. Yo hubiera seguido portándome como siempre. ¿Hubieras hablado mañana?

—Creo que hubiera esperado.

—¿A qué?

—A ver por mí misma el cambio que en mí producía. Quiero decir el cambio que en mí producía estar, por fin, en posesión de un conocimiento real.

—¡Oh!

—De todas maneras, lo único importante para mí ahora es ver el cambio que produce en ti. Desde el momento en que has entrado, lo único importante para mí ha sido que tú lo supieras.

Y Maggie tuvo que volver a decirlo, tuvo que obligar de nuevo al Príncipe:

—Que supieras que he dejado…

Hizo una pausa que tuvo el efecto de obligarle a apremiarla:

—¿Qué has dejado…?

—De estar, como estaba, en la ignorancia. He dejado de no saber.

Al cabo de unos instantes, estas palabras volvieron a producir el efecto de alertar al Príncipe, pero lo singular del caso fue que él parecía desear que su esposa le dijera algo más de este tenor. Volvió a dudar, pero, por fin, manifestó ese extraño impulso:

—¿Hay alguien más que haya llegado a semejante conocimiento?

Esto era cuanto él podía aproximarse a mencionar al señor Verver.

Maggie le mantuvo a distancia:

—¿Alguien más?

—Quiero decir alguien que no sea Fanny Assingham.

—Creo que a estas alturas habrás tenido ocasiones sobradas de enterarte; realmente, ignoro por qué me lo preguntas.

Un instante después, y Maggie pudo percatarse de ello, el Príncipe comprendió lo que había querido decir, y que, por extraño que parezca, le hizo comprender a Maggie que Charlotte, sabía tan poco como el Príncipe había sabido. Bajo esta luz, la visión se acrecentó resplandeciente durante unos segundos, la visión de los otros dos juntos, solos, en Fawns, en donde Charlotte tenía que avanzar a tientas, sin saber, siempre sin saber. Al mismo tiempo, el cuadro adquirió todo su esencial color, el de conocer y comparar los principios y los motivos de su padre con los suyos propios. Su padre era «hondo», «profundo», como Americo decía, y se esforzaba en que ni siquiera una vibración del aire quieto alcanzara a su hija, de la misma manera que ésta había merecido dicha calificación gracias a haber convertido y a proponerse seguir convirtiendo sus desvelos en pro de la serenidad de su padre o, por lo menos, de la firme apariencia de su dignidad toda ella de maravilloso esmalte, en ley suprema de su comportamiento. Y más extraño que cuanto hasta el momento había sucedido fue el que ahora su marido causara la impresión de hablar animado por el deseo de ayudarla en este empeño:

—Sólo sé lo que me has dicho.

—Te he dicho cuanto quería decirte. ¡Descubre el resto!

—¿Que lo descubra?

Después de decir estas palabras, el Príncipe esperó. Maggie guardó silencio, de pie ante él. Sólo fue un momento el que necesitó para proseguir. Aparecía profundidad tras profundidad de la situación en que se hallaba, y se hundía en su interior mientras se enfrentaba con el rostro del Príncipe, aunque una vez más estas profundidades la elevaban en vez de hundirla. Tenía las plantas de los pies asentadas en un lugar firme en todo momento, y era su

marido quien, de una forma absoluta, se hallaba perdido en el mar. Ella mantenía las plantas asentadas. Las oprimía contra lo que tenían debajo. Se acercó al cordón de la campanilla que pendía junto al hogar, y tiró de él de manera que el Príncipe sólo pudiera creer que llamaba a la doncella. Este acto lo detuvo todo por el momento. Con ello le indicaba que debía ir a vestirse para la cena. Pero Maggie tuvo que insistir:

—¡Descubre el resto por ti mismo!

Quinta parte

Capítulo XXXV

Una vez que se constituyó el grupito de Fawns —que requirió unos diez días para que el proceso quedara terminado íntegramente— de una forma natural Maggie se sintió dotada de un dominio todavía mayor sobre cuanto había sucedido últimamente en Londres. Recordó una frase usual en aquella Norteamérica de la que ya llevaba años alejada. Según dicha frase, ella estaba viviendo el momento cumbre de su vida, y lo sabía gracias al constante latir de esa sensación de dominio que era tan violenta que casi no se podía aceptar, ni casi se podía ocultar. Era como si hubiera salido, ésta era la sensación generalmente dominante, como si hubiera salido de un oscuro túnel, de un espeso bosque, o sencillamente de una estancia de aire húmedo, y a pesar de ello hubiera podido seguir adelante con aire fresco en los pulmones. Era como si, por fin, pudiera cosechar el fruto de su paciencia. 0 había sido más paciente de lo que había creído mientras lo era, o lo había sido durante más tiempo del que había imaginado, y el cambio comportaba una alteración tan grande de la visión, como si hubiera movido en una pulgada el ajuste de un telescopio. En realidad, el telescopio de Maggie había ganado mucho en alcance; pero al mismo tiempo el peligro de Maggie consistía en quedar expuesta a la observación ajena, por el uso más fascinante y, en consecuencia, más imprudente, de su artilugio óptico. La norma que aplicaba constantemente radicaba en no servirse en público del telescopio en ningún caso. Sin embargo, las dificultades del disimulo no habían disminuido, en tanto que su necesidad se había duplicado. La charlatanería de que se había servido en el trato con su padre había sido tarea relativamente sencilla, cuando la utilizaba en base a una simple duda. Pero ahora el terreno en el que debía operar era mucho más amplio, y tenía la sensación de ser algo así como una joven actriz que, después de habérsele encomendado un papel de escasa importancia en una obra, y de dominar con ansioso esfuerzo todas las frases, se encuentra de repente elevada

al rango de primera actriz y tiene que estar en escena en los cinco actos de la obra.

Aquella noche, en Londres, Maggie había sacado ante su marido gran partido de su «saber», pero ahora le constaba que esto, desde el instante en que no le quedaba más remedio que disimularlo, incrementaba su responsabilidad, responsabilidad que nacía de estar en posesión de algo de gran valor y extremadamente perecedero. En este aspecto, nadie podía ayudarla, ni siquiera Fanny Assingham, porque la presencia de esta buena amiga había llegado a representar inevitablemente, después del momento culminante de su última conversación con ella en la casa de Portland Place, sólo una parte de la función muy simplificada. Fanny era útil en mil ocasiones, pero a partir de entonces su utilidad sólo podía consistir en no tocar de modo harto ostentoso, por lo menos ante Maggie, aspecto alguno del tema que habían abordado. Fanny estaba allí presente como una persona extremadamente valiosa, pero su valor consistía solamente en negarlo todo de forma tajante. Era exactamente, para todas las partes interesadas, el emblema de su beatitud sin tacha, y la pobrecilla tenía que representar este papel notablemente arduo lo mejor que podía. En privado podía dejar de interpretarlo, caso de que fuera necesario, ante Americo y ante Charlotte, aunque ante el dueño de la casa, desde luego que no, ni siquiera por un instante. Este abandono de la interpretación del papel que le correspondía era problema que sólo a ella afectaba, y del que, por el momento, Maggie podía prescindir. Entretanto, debemos decir que Fanny trataba a su joven amiga de suerte que en manera alguna le revelaba las antedichas vacilaciones; desde el momento en que Fanny se apeó ante la puerta de la casa, en compañía del coronel, todo se desarrolló armoniosamente, como si se tratara de la interpretación de un concierto. A fin de cuentas, ¿qué había hecho aquella tarde, en Londres, sino unir a marido y mujer mucho más de lo que, al parecer, habían estado unidos en cualquier otro momento anterior? En consecuencia, ¿podía Fanny cometer indiscreción mayor que la de discrepar de las grandiosas apariencias de su triunfo? Hacerlo equivaldría a poner en tela de juicio su benemérita obra. Por lo tanto, sólo veía armonía a su alrededor y sólo difundía paz, una paz pródiga, expresiva, agresiva, nada incongruente con la inquebrantable calma que imperaba en la casa; en resumen, una especie de pax Britannica con casco y tridente en ristre.

Debemos añadir que, al paso de los días, esta paz se había convertido en una paz muy animada y poblada, gracias a la presencia de unos invitados en los que la habilidad de Maggie para mantener las apariencias, aprendida largo tiempo atrás, encontraba sus mejores instrumentos. No pasaba desapercibido, sino al contrario, saltaba a la vista que el recurso a estos instrumentos, precisamente ahora, parecía satisfacer en grado sumo las necesidades de todos, como si todos, por la multiplicación de seres humanos en el escenario, por la creación y confusión de falsos aconteceres, albergaran la esperanza de que

todos los demás no se fijaran en ellos. En realidad, se había llegado al punto de que el pecho colectivo de los presentes jadeara esperanzado al conocer que habían desembarcado en cercanas playas, para estar en tierra un breve período de tiempo, la señora Rance y las Lutche, quienes seguían unidas y al mismo tiempo divididas, en vista a la conquista; por fin, se dio el raro caso de que el parecer del grupo se mostró favorable a albergar la idea de que la presencia de dichas señoras diera lugar, en breve, a pasar un fin de semana con ellas. A Maggie esto le dio la medida del camino que todos juntos habían recorrido desde aquella inolvidable tarde de un año no muy lejano, desde aquel decisorio domingo de septiembre en que, sentada junto a su padre en el parque, como si recordaran el momento culminante de su antiguo modo de vida y de sus antiguos peligros, propuso al señor Verver llamar a Charlotte, llamarla como se llama al especialista para que acuda junto al inválido en silla de ruedas. ¿No era signo un tanto portentoso el que estuvieran dispuestos a someterse a la observación, como si les distrajera de las otrora despreciadas Kitty y Dotty? En realidad, lo que acabamos de decir ya había tenido lugar en el caso de la invitación cursada por Maggie a los Castledean y a otros asistentes a la histórica reunión de Matcham, invitaciones que formuló antes de abandonar Londres, animada en todo momento por una idea, ya que a partir de ahora jamás iba a tratar a aquella gente sin una idea concreta, y el estimulante elemento de la relación con esta gente adquiría más importancia en el trato sucesivo. La llama con que esta idea daba renovado calor a esos determinados días, el modo en que cual antorcha iluminaba cualquier cosa, todo lo que pudiera ocurrir como culminación de las celebraciones nacidas de las tradiciones así revitalizadas, justificaba el motivo privado de Maggie y consagraba de nuevo su diplomacia. Con la ayuda de estas personas, ya había conseguido producir parte del efecto que buscaba, el efecto de «servir» para todo aquello para lo que sus amigos servían, y el de no pedir a ninguno de ellos renunciar a alguien o a algo por ella. Y, dicho sea francamente, en esto se daba una penetrante agudeza que le gustaba, ya que ella daba prestancia a la verdad que deseaba ilustrar, la verdad consistente en que la apariencia de su reciente vida, estrechamente adornada con la flor de un empeño entusiasta, dotada de todas las formas de lo terso y de lo indubitado, no mostraba síntomas en parte alguna de quedar alterada. Era como si, sometidos bajo su presión, ninguno de los miembros participantes pudiera liberarse de lo que bien cabe denominar complicidad de los otros; era, dicho sea en pocas palabras, como si Maggie viera a Americo y a Charlotte obligados, por el temor de traicionarse, a observar una especie de vaga coherencia en lo tocante al «grupo» de lady Castledean, en tanto que los miembros de este grupo, por idénticas razones, quedaban obligados a ratificar manifestaciones cuyo sentido y alcance no acertaban a comprender debidamente, y les dejaban, a pesar de su hereditario optimismo, un tanto desorientados e incluso atemorizados.

Sin embargo, en Fawns, los miembros de este grupo contribuían a la animación y a la algazara, e interpretaban su papel durante una crisis que debían presentir vagamente en los largos corredores de la vieja mansión, como si se tratase del tradicional fantasma de la casa en las horas nocturnas, más bien que como la amenaza surgida a la luz del día de personas ajenas al grupo claramente apercibidas, esas personas que había peligro de encontrar en el salón y de tener sentadas al lado de la mesa. Además, si la Princesa no hubiera gozado con su secreta utilización de tan compleja máquina de disimulos, no por ello habría dejado de sentir cierta satisfacción al observar las ventajas que de dicha maquinaria sacaba ahora la maltratada filosofía de Fanny Assingham. La relación de esta buena amiga con tal maquinaria creaba una situación de revanche, como la propia señora Assingham daba a entender paladinamente, por el escaso lustre del que su persona gozó en Matcham, en donde no se hallaba tan familiarizada con las formas de comportamiento como los demás invitados. Por el contrario, como Maggie pudo advertir, la señora Assingham, en Fawns, por el medio de internarse en la selva sin senderos, se encontraba mucho más a sus anchas que los demás. En la venganza de la señora Assingham se daba la doble magnanimidad de indicar a todos los demás cuál era el tono justo, algo parecido a una tutela maravillosamente irresistible, consciente y casi compasiva. Constantemente daba a entender con aire de triunfo que aquélla era una casa en la que rebosaban valores a cuyo servicio podían ponerse algunos de los restantes invitados, y que estaba divertidamente dispuesta a compartir con algunos de ellos momentáneamente obnubilados, vagamente desconcertados, que habían perdido el rumbo que les era propio. Bien pudo deberse, en parte, al efecto de ese sentido especial de comunidad con su vieja amiga el que una noche Maggie se sintiera inducida a reanudar con ella el abandonado modo de referencia directa. Se habían quedado las dos en la planta baja hasta hora avanzada. Las otras mujeres se habían ido, solas o emparejadas, ascendiendo la «grandiosa» escalinata que permitía que los ascensos y descensos fueran agradablemente observados desde el igualmente grandioso salón. Los hombres, evidentemente, se habían dirigido a fumar a otra estancia destinada a tal efecto. Pero la Princesa, hallándose en situación de poder observar el insólito panorama antes mencionado, se había demorado para gozar de él. Entonces advirtió que la señora Assingham se rezagaba un poco como si quisiera apreciar debidamente el goce de que aquélla disfrutaba; de esta manera, las dos quedaron mirándose, separadas por el amplio y desierto espacio, hasta que la mayor de las dos mujeres, ahora vagamente expresiva y como si tanteara el terreno, se acercó un poco a la otra. Fue como preguntar si podía ser de alguna utilidad, y esta pregunta quedó contestada por la inmediata sensación de hallarse, al estar más cerca, como se había hallado en la casa de Portland Place, obedeciendo a la perentoria convocatoria de Maggie. La comprensión entre las dos se reanudó en estos nuevos momentos

fortuitamente conseguidos, en el mismo punto en que quedó interrumpida en la otra ocasión.

—Él nunca le ha dicho a Charlotte que yo lo sé. De esto, por lo menos, estoy segura.

La señora Assingham abrió desmesuradamente los ojos. La Princesa prosiguió:

—Cuando llegamos aquí, me hallaba yo a oscuras en este punto, sin saber lo que Americo había estado haciendo o proponiéndose hacer, sin saber lo que había pasado entre ellos dos. Pero al cabo de uno o dos días comencé a vislumbrar la verdad, y esta noche, por muchas razones, demasiadas para decirlas, lo he sabido con seguridad; sí, todo ha quedado explicado. Nada se han dicho. Esto es lo que ha ocurrido.

Con energía, la Princesa repitió:

—¡Ha quedado explicado, explicado, explicado!

Hablaba en un tono que su interlocutora calificaría después, ante el coronel, aunque parezca raro, de sumamente serena excitación. La Princesa regresó junto al hogar en donde, en honor de la humedad del día y frescor de la noche, los leños apilados se habían transformado en llamas, reduciéndose luego a cenizas. Y la evidente importancia de lo que había comunicado a Fanny Assingham fue motivo de que ésta guardara silencio. Este notable hecho explicaba realmente mucho más de lo que la señora Assingham, a pesar de tener clara conciencia de haberse quedado con la boca abierta, llevada por su buena voluntad, podía tomar de una sola vez. Sin embargo, la Princesa, en su confianza y benevolencia, rápidamente colmó la laguna:

—No quiere que sepa que lo sé, y evidentemente está dispuesto a que no lo sepa. Sí, ha tomado una decisión. No le dirá nada. En consecuencia, como ella es incapaz de llegar a saberlo por sí misma, no puede tener idea de lo mucho que en realidad sé. Cree y, en la medida de su propio convencimiento, sabe que nada sé. Esto, en cierto aspecto, me parece de inmensa ayuda para mí.

La señora Assingham, sin comprenderlo todavía totalmente, murmuró en tono de celebración:

—¡Inmensa, querida!

Y luego preguntó:

—¿Y él calla a propósito?

Los ojos de Maggie se iluminaron como si vieran verdades situadas muy lejos, en puntos a los que su vista jamás llegaría. Dijo:

—A propósito. Ahora jamás se lo dirá.

Fanny quedó maravillada. Miró a su alrededor. Admiraba en gran manera a su joven amiga, en quien la averiguación de la conducta del Príncipe estaba animada por heroica lucidez. Allí estaba Maggie, vestida de uniforme, de pie, como el menudo y erecto comandante de las fuerzas que asedian una plaza, al que un nervioso capitán acaba de darle noticias, sumamente importantes para él, de la aparición de banderías y disensiones en la plaza sitiada. Fanny dijo:

—En consecuencia, ¿no tiene problemas?

—Esto sería mucho decir. Pero tengo la impresión, que antes no tenía, de saber dónde estoy en este caso.

Fanny meditó generosamente. Había un punto que había quedado un tanto vago:

—¿Y se lo ha dicho él? ¿Su propio marido se lo ha dicho a usted?

—¿A mí?

—Sí, lo que quiero decir es si le ha contado esto que usted me dice. ¿No ha hablado usted basándose en lo que él le ha dicho?

Siguió mirándola fijamente y contestó:

—¡Dios mío, no! ¿Imagina que le he pedido que me lo dijera?

—¿No?

Fanny esbozó una sonrisa y añadió:

—Suponía que era esto lo que usted quería decir. Entonces, ¿qué le ha…?

—¿Qué le he pedido? Nada.

Esto fue causa de que Fanny, a su vez, quedara con la mirada fija en la Princesa:

—En este caso, la noche de la cena en la embajada, ¿no pasó nada entre ustedes dos?

—Al contrario, pasó todo.

—¿Todo?

—Todo. Le dije lo que sabía, y le dije la manera en que había llegado a saberlo.

Después de esperar unos instantes, la señora Assingham observó:

—¿Y esto fue todo?

—¿Le parece poco?

No sin severidad, la señora Assingham observó:

—A usted corresponde juzgar si fue poco o mucho.

—Pues ya lo he juzgado. Lo juzgué. Hice lo preciso para que mi marido comprendiera, y luego le dejé en paz.

Intrigada, la señora Assingham preguntó:

—¿Y no le dio explicaciones?

Maggie echó la cabeza atrás como si esa idea la horrorizara:

—¿Explicaciones? ¡No, a Dios gracias! Y al instante añadió:

—Y yo tampoco.

La evidencia del orgullo que había en estas palabras difundió una luz leve y fría, aunque desde unas cumbres en cuya base se hallaba Fanny Assingham jadeando. Fanny preguntó:

—Y su marido, ¿ni niega ni confiesa?

—Hace algo que es mil veces mejor. No habla del asunto. Se comporta de un modo que es muy suyo. Se comporta como ahora comprendo tenía la seguridad de que se comportaría. Me deja en paz.

—En ese caso, ¿cómo sabe, como usted dice, «dónde está» usted?

—Precisamente por eso. Le hice saber la diferencia que se había producido, la diferencia producida por mí por no haber sido yo tan estúpida como para no llegar a conocerlo aunque con la ayuda, lo reconozco, de una maravillosa coincidencia. Mi marido tenía que ver que he cambiado con respecto a él, que soy muy diferente de la idea que él ha tenido de mí durante tanto tiempo. Todo consistió en que se diera cuenta del cambio, y ahora veo que se está dando cuenta.

Fanny siguió esta explicación lo mejor que pudo, y preguntó:

—¿Y su marido lo da a entender dejándola en paz, como usted dice? Maggie miró fijamente a Fanny largo rato, y dijo:

—Y dejándola en paz a ella.

La señora Assingham se esforzó en comprender, un tanto frenada por un pensamiento que era lo más próximo que podía tener, en aquel cuadro excesivamente grande, a una inspiración:

—¿Y Charlotte también le deja en paz a él?

—Bueno, esto es otro asunto que prácticamente casi en nada me concierne. Sin embargo, me atrevería a decir que no.

La mirada de Maggie se hizo más distante para poder ver con mayor

precisión la imagen evocada por la pregunta. Entonces dijo:

—En realidad, no creo que pueda dejarle en paz. Pero para mí lo importante es que mi marido comprende.

Fanny Assingham, serenada, dijo:

—Sí… ¿comprende?

—Comprende lo que quiero. Quiero una felicidad en la que no haya siquiera un orificio en el que pueda meter la punta de un dedo.

—Una superficie brillante y perfecta, al menos para empezar. Sí, comprendo.

—La copa dorada, tal como hubiera debido ser.

Y Maggie contempló, meditativa, la oscura imagen evocada. Dijo:

—La copa conteniendo toda la felicidad. La copa sin la grieta.

También para la señora Assingham esta imagen tenía fuerza; el precioso objeto volvió a quedar esplendente ante su vista, esplendente, reconstruido, aceptable, digno de ser ofrecido. Pero ¿no faltaba allí algo? La señora Assingham preguntó:

—Pero ¿si él la deja en paz y usted le deja…?

—¿Quiere decir que eso nos delatará? ¿Que los demás se darán cuenta? Bueno, tenemos esperanzas de que no sea así, procuramos que no ocurra, andamos con mucho tiento. Sólo nosotros sabemos lo que ocurre entre nosotros. Nosotros y usted. Y desde el momento en que usted llegó a esta casa, ¿no ha quedado impresionada por lo bien que representamos nuestra comedia?

La amiga de Maggie, dubitativa, preguntó:

—¿Ante su padre?

Esta pregunta la hizo vacilar. No quería hablar de su padre. Dijo:

—Ante todos. Ante ella… ahora que usted comprende.

Estas palabras volvieron a dejar desorientada a la pobre Fanny, que replicó:

—Ante Charlotte, sí. Teniendo en consideración la importancia que el asunto tiene para usted, teniendo en cuenta el plan trazado; esto, precisamente esto, es lo que les mantiene unidos.

Exultante de admiración, la señora Assingham exclamó:

—¡Es usted un ser incomparable, es realmente extraordinaria!

Recibió agradecida estos elogios, aunque no sin algunas reservas:

—No, no soy extraordinaria; pero soy, ante todo, serena.

—Bueno, pues precisamente esto es lo extraordinario. «Serena» es mucho más de lo que yo pueda llegar a ser jamás.

Después de decir estas palabras, la señora Assingham meditó sin rebozo alguno:

—Usted ha dicho que yo «comprendo», pero hay una cosa que no comprendo.

Tras unos minutos de silencio, durante los cuales Maggie esperó, la señora Assingham prosiguió:

—A fin de cuentas, ¿cómo es posible que Charlotte no haya presionado al Príncipe, no le haya atacado sobre este asunto? ¿Cómo es posible que no le haya preguntado; quiero decir que no le haya preguntado, haciéndole dar su palabra de honor, si usted sabe?

—¿Cómo es posible que «no»?

Después de decir estas palabras, la Princesa afirmó lisa y llanamente:

—Desde luego, forzosamente ha tenido que preguntárselo.

—¿Entonces…?

—Entonces, ¿cree usted que él se lo ha dicho? Lo que yo quería decir es que mi marido jamás hará semejante cosa, sino todo lo contrario.

—¿Ni aun en el caso de que Charlotte le pida directamente que le diga la verdad?

—Ni siquiera así.

—¿Ni siquiera apelando a su honor?

—Ni siquiera apelando a su honor. Ésta es precisamente mi afirmación básica.

Pero insistió desafiante:

—¿Ni aun pidiéndole que le diga la verdad a ella?

—No se la dirá a ella ni a nadie.

A la señora Assingham se le iluminó el rostro. Dijo:

—En ese caso, ¿su marido habrá mentido sencilla y constantemente?

—Habrá mentido sencilla y constantemente.

La señora Assingham volvió a quedar impresionada. Sin embargo, en el mismo instante, en impulsivo movimiento se arrojó sobre Maggie,

abrazándola por el cuello, y en tono exaltado exclamó:

—¡Oh, si supiera cuánto me ayuda!

Maggie había querido que Fanny Assingham comprendiera, en la medida de lo posible; pero poco tardó en advertir cuán corta era esa medida, a poco que se pensara en ello, por misteriosas razones que Maggie prefería no indagar. Esta incapacidad de comprensión de la señora Assingham no era sorprendente si tenemos en cuenta que la propia Princesa sólo ahora podía envanecerse de haber llegado al fondo del asunto. Maggie vivía en un estado de conciencia que sólo parcialmente podía revelar a su buena amiga; además, la inspección que la propia Maggie efectuaba de su estado de conciencia, en toda su extensión aún no había terminado. Sin embargo, estos recovecos de su imaginación habían sido anteriormente más oscuros de lo que lo eran ahora. Ella los había contemplado, en la víspera de su salida de Londres, casi sin ver nada en ellos. En el curso de aquellas horas y, a decir verdad, de los días siguientes, poco había visto que no fuera la rareza de una relación cuya nota principal —tanto si llegaba a ser prolongada como si no— consistía en la carencia de resultados «íntimos» surgidos de la crisis cara a cara, aunque brevemente, en la mañana del día siguiente al de la escena en su aposento, pero con la extraña consecuencia de dejar el problema enteramente en manos de su marido. El Príncipe había recibido la crisis de manos de su esposa como si ésta le hubiera entregado un manojo de llaves o una lista de diligencias, prestando atención a las instrucciones de su esposa, pero limitándose a ponerlo cuidadosamente a buen recaudo en el bolsillo. Con el paso de los días las instrucciones recibidas en nada modificaron el comportamiento del Príncipe en su hablar y en sus silencios, y no dieron ningún fruto en lo referente a sus actos. El Príncipe había aceptado de su esposa, inmediatamente antes de ir a vestirse para la cena, todo lo que ésta quiso darle; luego, a la mañana siguiente, le había pedido más, como si durante la noche Maggie hubiera repuesto existencias; pero en esta ocasión el Príncipe actuó con perfecto dominio de cierto aire de extraordinaria imparcialidad y discreción; un aire que venía a representar algo parecido a un recurso ante la superioridad; un aire que si la Princesa se hubiera rebajado a calificar de vulgar, lo habría hecho llamándolo «frío», de la misma manera que el propio Príncipe lo habría calificado, en cualquier otra persona, de «descarado», con ciertas sugerencias de que la Princesa debía confiar en él, en aquel asunto concreto, ya que no confiaba en todo lo demás. Para la Princesa, las palabras y los silencios de su marido, en aquel momento de tensión, no tuvieron un significado diferente del que habían tenido en las semanas precedentes. Sin embargo, si la mente de la Princesa no hubiera rechazado de forma absoluta la posibilidad de que su esposo albergara intenciones de ofenderla, hubiera interpretado que los imperturbables modales de su marido y la perfección con que parecía haber recobrado el aplomo revelaban una de esas intenciones altamente

impertinentes por cuyo medio los grandes de esta tierra, les grands seigneurs, las personas de la clase y del tipo de su marido, siempre saben restablecer el orden alterado.

Tuvo Maggie la gran fortuna de adquirir la seguridad de que semejante impertinencia no se contaba entre las artes en que el Príncipe se proponía confiar, ya que si no había dado contestación a nada, nada había negado, nada había explicado y de nada se había excusado, y había conseguido comunicar de algún modo a Maggie que no se debía a haber decidido que el problema carecía de importancia. En ambas ocasiones el Príncipe había dado muestras de consideración en el modo en que escuchó a su esposa, a pesar de que al mismo tiempo se había comportado con extremada reserva; aunque también debemos recordar que esta reserva estuvo matizada en la segunda y más breve conversación sostenida en Portland Place, ya al final, por el hecho en que Maggie imaginó que el Príncipe se disponía a proponerle una solución transaccional momentánea. Fue solamente algo que había en el fondo de la mirada que el Príncipe le dirigió, y allí vio ésta con más claridad, a medida que sostenía la mirada, la tácita propuesta de un acuerdo a efectos prácticos. «Déjame mi reserva, no me la discutas, es lo único que me queda, ¿o es que no te das cuenta?, si me concedes quedarme a solas con mi reserva durante el tiempo que estime preciso, te prometo darte algo amparado por dicha reserva, algo que todavía no sé qué es, a cambio de tu paciencia.» Dio media vuelta, alejándose del Príncipe, mientras estas palabras no pronunciadas sonaban en sus oídos; Maggie tuvo que imaginar que había oído en su espíritu semejantes palabras, tuvo que volverlas a escuchar, evocándolas, a fin de explicarse la paciencia que había tenido al tolerar que Americo no las dijera. El Príncipe ni siquiera había pretendido por un instante dar respuesta a la pregunta implícita en la manifestación de ignorancia formulada por Maggie con respecto al momento en que, en el período anterior a su matrimonio, había comenzado la intimidad con Charlotte. Teniendo en cuenta que se trataba de una ignorancia que Charlotte y el Príncipe habían estado personalmente interesados en mantener —hasta el punto de proteger con consumada habilidad, durante años, sus recíprocos intereses al respecto—; teniendo en cuenta que se trataba de una condición impuesta a Maggie, el que dicha intimidad hubiera cesado por el momento era el primer punto de la defensa del Príncipe. Sin embargo, sólo había dedicado a este aspecto su más larga mirada de consideración a tener en cuenta. Había rendido fríamente este tributo a la cuestión, y Maggie hubiera quedado realmente pasmada si ahora no tuviera otros puntos en que apoyarse, al ver su actual capacidad de enfrentarse con este capítulo de la historia en el que no hubiera sido capaz de sumergirse sin sentir escalofríos una semana atrás. Al paso en que ahora se desarrollaba su vida, Maggie se acostumbraba de hora en hora a estas ampliaciones del panorama que ante ella tenía, y cuando se preguntaba a sí misma, en Fawns, a qué observación formulada por

ella en Londres, el Príncipe había opuesto una afirmación, poco le faltaba para transformar en su imaginación a la joven y tensa esposa de los momentos aludidos, en la jadeante bailarina que interpreta una difícil danza y que, ante las candilejas de un teatro vacío, ha dedicado una pirueta a un espectador adormilado en un palco.

La mejor manera que Maggie tenía de comprender el éxito alcanzado por Americo en no comprometerse consistía en recordar las preguntas que éste le había hecho en la única ocasión en que volvieron a abordar el tema, cosa que él había provocado explícitamente a fin de formularlas. Consiguió que Maggie volviera a explicarle el tan notable incidente de su conversación con el pequeño tendero de Bloomsbury. No es de sorprender que el Príncipe necesitara que se le narrara esta anécdota de forma un poco más directa, y la actitud que él adoptó marcó el momento en que más se acercó a la postura de quien formula un interrogatorio. La mayor dificultad respecto al hombrecillo de la tienda radicó en los motivos que le animaron: en primer lugar su motivo para escribir, animado por el espíritu de la retractación, a una señora con la que había cerrado un trato sumamente favorable para él, y luego el motivo de ir a verla porque sus disculpas tuvieron un carácter más personal. Maggie estimó que la explicación que dio al Príncipe era un tanto débil, pero así fueron los hechos, y no podía tergiversarlos. Al quedarse solo después de la transacción, con el conocimiento de que la señora que le había visitado tenía intención de regalar a su padre, en ocasión de su cumpleaños —Maggie confesó al Príncipe que había conversado con el hombrecillo casi como si fuera un amigo—, el vendedor de la copa dorada actuó llevado por un escrúpulo insólito en todo género de vendedores y casi sin precedentes en los aprovechados hijos de Israel. Al hombrecillo de la tienda de Bloomsbury no le había gustado lo que había hecho, y sobre todo haberlo hecho tan provechosamente. Al pensar en la buena fe y encantadora presencia de la compradora, en comparación con la tara de la compra que hacía, que la convertía verdaderamente en cuanto a obsequio a un padre amado, en objeto de siniestro significado y maléficos efectos, el vendedor experimentó remordimientos de conciencia, sintió supersticiosos sentimientos y obedeció a un impulso harto notable, teniendo en cuenta su mentalidad comercial, tanto más notable si aclaramos que jamás le había atormentado en otros casos. Maggie reconoció la rareza de esta aventura y la relató lisa y llanamente sin darle interpretaciones. Por otra parte, no se dio cuenta de que si esta aventura no hubiera afectado tan de cerca a Americo, éste la habría considerado tan sólo materia de divertida reflexión. El Príncipe emitió un extraño sonido, entre carcajada y aullido, cuando ella le dijo con evidente retintín: «Ciertamente el vendedor me dijo que la razón por la que había venido a verme radicaba en que me había tomado simpatía». Sin embargo, la Princesa albergada dudas acerca de si esta brusca declaración del comerciante había sido motivada por

las familiaridades que ella le había ofrecido o por su tolerancia de las que había tenido que padecer. Que la otra parte contratante en dicho trato había ansiado volverla a ver, y que evidentemente se había aprovechado del pretexto que se le ofrecía, también lo expresó francamente al Príncipe, indicando que se había percatado de ello inmediatamente, pero que no le dio ningún chasco al vendedor, ni se escandalizó, sino que por el contrario su actitud fue positivamente agradecida y satisfecha. Con toda seriedad, el vendedor manifestó sus deseos de devolverle parte del precio pagado, pero que declinó sinceramente la oferta. Acto seguido el vendedor expresó sus esperanzas de que la Princesa, de todas maneras, no le hubiera dado todavía a la copa de cristal el noble destino que tan amable y afortunadamente le había comunicado. La copa no era objeto adecuado para obsequiar a una persona amada, ya que difícilmente podía desear ofrecerle un regalo propicio a traer mala suerte. Esto era lo que el vendedor había pensado, y después de pensarlo no halló descanso, y estimaba que ahora se sentía mucho mejor por habérselo revelado a Maggie. El haberla inducido a actuar sumida en la ignorancia tenía avergonzado al vendedor, y si ella, dama magnánima, le perdonaba todas las libertades que se había tomado, bien podía dar a la copa dorada cualquier destino, menos uno.

Después de esto fue cuando ocurrió el más extraordinario de todos los incidentes, al indicar el vendedor dos fotografías, observando que se trataba de personas a las que conocía; pero lo que resultaba aún más raro era que las había conocido años atrás, precisamente en relación con el mismo objeto motivo de su visita. En aquella ocasión, la señora había tenido el capricho de ofrendar la copa al caballero, y el caballero, intuyendo la verdad y eludiendo los propósitos de la dama de forma muy inteligente, declaró que por nada del mundo aceptaría un objeto tan sospechoso. A continuación, durante su visita a Maggie, el hombrecillo declaró que no hubiera tenido el menor inconveniente en vender el objeto a aquellos dos. De todas maneras, el hombrecillo jamás olvidó lo que los dos dijeron, ni su cara, ni la general impresión que le causaron, y si Maggie quería ahora realmente saber qué era lo que de manera especial le había inducido a actuar así, le diría que había sido la idea de que ésta compraba en la ignorancia un objeto que rechazaron por malo otras personas. Otro punto importante consistía en que el vendedor quedó inmensamente impresionado por el hecho de que Maggie, después de tanto tiempo, resultaba ser amiga de aquella pareja. Para el vendedor, los dos habían desaparecido, y nada más supo de ellos. El vendedor se ruborizó, quedando con la cara muy roja, al reconocer a las dos personas, al darse cuenta de su responsabilidad, y declaró que aquella coincidencia a la fuerza debía guardar, de modo misterioso, cierta relación con el impulso que le había llevado allí. Maggie, mientras su marido se hallaba de pie ante ella, no ocultó la fuerte impresión tan brusca y violentamente recibida. Incluso mientras recibía

plenamente tal impresión, hizo cuanto pudo para no delatar sus sentimientos, aunque no sabía, no podía saber lo que en su agitación había inducido a su informador a pensar. Pudo pensar cualquier cosa, pues transcurrieron tres o cuatro minutos durante los cuales, mientras le formulaba pregunta tras pregunta, muy poco le había importado lo que aquél pensara. El hombrecillo había hablado de cuanto recordaba con la extensión que ella pudiera desear; había hablado, con deleite, de los vínculos que parecían unir a aquellos otros visitantes, y también de su convencimiento respecto a la naturaleza y al grado de su intimidad, que, a pesar de las precauciones que adoptaron, no pudieron ocultarle. El hombrecillo había observado, había juzgado y había recordado, llegando a la seguridad de que se trataba de grandes personajes, pero no le habían «gustado» tanto como la Signara Principessa. Ciertamente —y Maggie no fue ambigua en esta declaración— el vendedor anotó su nombre y sus señas, con la finalidad de enviarle la copa y la cuenta. Pero, con respecto a los otros dos, el vendedor se quedó sólo con interrogantes y con la seguridad de que jamás volverían a su tienda. Respecto al tiempo en que tuvo lugar la visita de los otros dos, el vendedor lo podía determinar con toda seguridad, debido a una importante transacción anotada en sus libros de contabilidad, que tuvo lugar pocas horas después de dicha visita. En resumen, el vendedor se fue evidentemente satisfecho de haber podido resarcir a Maggie de no haberse portado con absoluta franqueza en aquel pequeño negocio, resarcimiento que consistió en poderle prestar, de tan imprevista manera, el servicio de su información. Además, la satisfacción del hombrecillo también tenía su fuente en el personal interés que la amabilidad, la cortesía, la gracia, el encanto, y la sencilla humanidad y familiaridad de Maggie le había inspirado y en cuanto Americo quisiera imaginar. Todo lo cual mientras Maggie lo repasaba en su pensamiento una y otra vez —teniendo en cuenta la temeridad aneja al dolor y a la pasión del momento, así como el relato sencillo y directo, como tuvo que efectuarlo—, consideraba que bien podía constituir un notable acervo de interrogantes para el Príncipe.

Entretanto, después de que se hubieran ido los Castledean, que habían sido invitados para que coincidieran con ellos, y antes de que la señora Rance y las Lutche hubieran llegado, transcurrieron tres o cuatro días durante los cuales Maggie llegaría a saber hasta qué punto tenía necesidad de ser impenetrable, y entonces fue cuando sintió toda la fuerza y se arrojó sobre toda la ayuda de la verdad que había confiado unas cuantas noches antes a Fanny Assingham. Maggie lo sabía de antemano y se lo había dicho a sí misma cuando la casa estaba llena: Charlotte albergaba designios con respecto a ella, designios cuya naturaleza sólo Charlotte sabía, y esperaba la oportunidad más favorable cuando estuvieron menos acompañados. Este conocimiento había sido la mismísima base del deseo de Maggie de multiplicar los espectadores a su alrededor. En la vida de la Princesa había momentos de planeada demora, de

evasión menos disimulada que estudiada, durante los cuales meditaba con ansiedad las diferentes maneras —había dos o tres a lo sumo— en que su joven madrastra podía abordarla en caso necesario. El hecho de que Americo no hubiera comunicado a Charlotte las conversaciones habidas con su esposa daba, a juicio de ésta, un nuevo aspecto a las percepciones y condición de Charlotte, un aspecto con el cual por curiosidad y, en ciertos momentos, por incongruente que parezca, por compasión, ahora Maggie tenía que contar. Se preguntaba en su fuero interno —sí, era capaz de esto— qué pretendía el Príncipe al mantener a la partícipe de su culpa en la ignorancia de un tema que tan de cerca la afectaba, es decir, qué pretendía con respecto a ese inconfundiblemente engañado personaje. Podía imaginar lo que el Príncipe pretendía con respecto a ella misma, lo cual podía ser cualquier cosa imaginable, desde cuestiones de mera «forma», a cuestiones de sinceridad, cuestiones de piedad o cuestiones de prudencia. Por ejemplo, lo más probable es que el Príncipe hubiera pretendido primordialmente evitar todo signo de haberse producido un cambio en la relación entre las dos mujeres, que su suegro pudiera percibir e interpretar. Sin embargo, habida cuenta de su intimidad con Charlotte, tenía a su disposición, para evitar este peligro, otros medios más lógicos y una enfática advertencia: la plena libertad de la alarma, la de señalar con insistencia a Charlotte el peligro en que se hallaban de despertar sospechas, y la correspondiente insistencia en la importancia de mantener a todo precio las apariencias de paz; esto habría sido, en realidad, el medio más concebible. Pero en vez de advertir y aconsejar a Charlotte, la había engañado y tranquilizado, de manera que nuestra joven amiga que, desde largo tiempo, por los hábitos propios de su naturaleza, se había esforzado en gran manera en evitar el sacrificio de los demás, como si creyera que el gran cepo de la vida estuviera principalmente dispuesto para producir estos sacrificios, se encontraba ahora orientando su imaginación hacia esta faceta de la situación de la pareja afectada, que comportaba, por lo menos en cuanto a ellos hacía referencia, el sacrificio del menos afortunado.

En la actualidad Maggie jamás pensaba en lo que Americo podía pretender sin efectuar al mismo tiempo la reflexión de que, fuera lo que fuese lo que pretendiera, mayor importancia tenía aún lo que dejaba a los recursos de su propio ingenio, del de Maggie. Cuanto llegaba el momento de actuar, Americo solamente la ayudaba mediante la brillante, quizá casi brillante en exceso, apariencia que ofrecían los modales con que trataba a su esposa, ante un mundillo admirado, lo que sin duda apenas merecía más que los elogios de que es merecedora la diplomacia negativa. Como Maggie había dicho a Fanny, su marido seguía observando unos perfectos modales, pero en realidad el caso habría llegado a extremos insospechados si, para colmo, hubiera usado con ella malos modales. Verdaderamente Maggie vivía horas de exaltación cuando el significado de todo esto ejercía presión en ella, como si se tratase de un

tácito juramento prestado por el Príncipe de plegarse sin rechistar a cuanto ella pudiera conseguir o a cuanto estimara aconsejable prescribir. Estos eran los momentos en los que Maggie, incluso mientras contenía el aliento por el temor que experimentaba, se sentía verdaderamente capaz casi de cualquier cosa. Era como si hubiera pasado, en un período increíblemente breve, de ser nada para el Príncipe a serlo todo; era como si, en correcta interpretación, cada movimiento de la cabeza del Príncipe, las distintas modalidades de su voz, pudieran significar que sólo había un modo en el que un hombre altivo, reducido a la abyección, podría comportarse. Durante aquellas meditaciones en las que más claramente lo percibía, la imagen que ofrecía de su marido gozaba, para Maggie, de una belleza por cuya revelación estimaba con sorpresa que pagaba mucho menos de lo que valía. Con tal de poder percibir claramente esta belleza esplendente emanada de la humildad, esa humildad oculta en la altivez de la presencia del Príncipe, hubiera llegado a pagar más todavía, a pagar con dificultades y con ansiedades, comparadas con las cuales las presentes hubieran sido superficiales como jaquecas o días lluviosos.

Sin embargo, el punto en que esas exaltaciones menguaban era aquel en que pensaba que si sus complicaciones fueran mayores, el problema de pagar hubiera quedado todavía menos limitado a las posibilidades de su bolsillo. Las complicaciones actuales ya eran de por sí suficientemente graves, tanto en lo que tocaba al ejercicio del ingenio como en lo referente a las sublimes sensaciones, máxime si se tiene en cuenta que a menudo pensaba que quizá Charlotte hubiera estado luchando en todo momento con secretos todavía más dolorosos que los suyos. Era raro advertir la manera en que esta hipótesis determinaba y matizaba una y otra vez las interrogantes que Maggie se formulaba sobre los detalles, como, por ejemplo, la cuestión referente a la manera en que Americo, en contadas y difícilmente halladas oportunidades de conversación, tranquilizaba a la atormentada muchacha con falsas explicaciones, hacía frente a sus retos y se hurtaba a sus exigencias. Incluso la convicción de que Charlotte no hacía más que esperar la oportunidad de medir la magnitud de sus preocupaciones usando el efecto como medida a la esposa de su amante dejaba a Maggie con la sensación que produce la visión de alambres dorados y alas golpeadas en la espaciosa jaula, del hogar de la eterna inquietud, de idas y venidas, aleteos, estremecimientos en que la conciencia desconcertada estérilmente se encierra. La jaula era la condición de engaño, y Maggie, que sabía lo que era el engaño —¡y no poco!—, comprendía la esencia de las jaulas. Paseaba alrededor de la jaula de Charlotte cautelosamente, trazando un círculo muy amplio; cuando inevitablemente tenían que conversar, se sentía, en comparación con Charlotte fuera de la jaula, en el seno de la naturaleza, y el rostro de Charlotte se le antojaba el de una prisionera, mirando a través de la reja. Y a través de rejas, rejas bellamente doradas, pero firme y discretamente dispuestas, Charlotte le causó la

impresión de estar efectuando un duro y triste esfuerzo, lo cual, al principio, indujo a la Princesa a echarse hacia atrás, como si la puerta de la jaula se hubiera abierto desde dentro.

Capítulo XXXVI

Aquella noche estaban solos, solos formando un grupo de seis; cuatro de los cuales, después de la cena, y de conformidad a una propuesta irresistible, se sentaron a jugar al bridge en la sala de fumar. Juntos habían pasado a esta estancia al levantarse de la mesa. Charlotte y la señora Assingham eran igualmente indulgentes en lo referente al trabajo; en realidad, practicaban una emulación de arte de fumar que, al decir de Fanny, y en cuanto hacía referencia a ella, hubiera llegado hasta la pipa si el coronel no hubiera dictado un decreto prohibitivo basado en el temor de que su esposa le robara sus cigarros. Con inevitable rapidez las cartas de la señora Assingham dominaron la situación; el juego se había organizado, como en frecuentes ocasiones anteriores, teniendo el señor Verver como compañera a la señora Assingham, en tanto que el Príncipe jugaba con la señora Verver. El coronel, que había pedido a Maggie permiso para aliviar su mente de la preocupación de escribir un par de cartas que debían salir en el primer correo de la mañana siguiente, se dedicaba a la tarea en un rincón de la estancia; la Princesa se había alegrado de que comenzaran aquellos momentos de relativa paz —los jugadores de bridge eran serios y silenciosos—, como la fatigada actriz que no tiene que estar en escena, mientras sus compañeros actúan, y aprovecha esta ocasión para echar una cabezada entre bambalinas en un sofá de otro decorado. La siesta de Maggie, si hubiera sido capaz de cerrar los ojos, antes hubiese sido del espíritu que de los sentidos. Sin embargo, tan pronto como quedó aposentada, junto a una lámpara, con el último número de una revista francesa de color salmón, ni siquiera pudo gozar del descanso de tan leve independencia.

Maggie descubrió que en modo alguno podía cerrar los ojos y alejarse de los demás. Sus ojos volvían a la vida por sí solos, quietos, por encima del borde superior de la revista. No podía fijar su atención en los refinamientos de la alta crítica que erizaban las páginas de la revista. Se encontraba allí, en el mismo lugar en que se hallaban sus compañeros; se encontraba una vez más allí, y más que en cualquier otro momento. Era como si de repente sus compañeros, según la personalidad de cada cual y en la compleja extrañeza de sus relaciones, se hubieran convertido en presencias que importunaban a Maggie. Se trataba de la primera noche que pasaban solos. La señora Rance y las Lutche llegarían al día siguiente. Pero, entre tanto, los hechos de la situación se hallaban allí ante ella, erguidos alrededor del paño verde y la

lámpara de plata. Se trataba del hecho de que el amante de la esposa de su padre estuviera sentado frente a ésta; del hecho de que su padre, imperturbable y sin pestañear, se sentara entre los dos; del hecho de que Charlotte lo observara todo, alrededor de la mesa, con su marido sentado a su lado; del hecho de que Fanny Assingham, maravilloso ser, se sentara frente a los otros tres, y de que probablemente supiera más acerca de cada uno de ellos, a poco que se pensara, de lo que cada uno de ellos sabía de los demás. Y, sobre todo, erguido ante Maggie estaba el hecho de las relaciones del grupo íntegramente considerado, individual y colectivamente, con ella, de ella, falsamente alejada, por el momento, pero más presente en la mente de cada uno que la carta que debían jugar.

Sí, sometidos a esta acusación, al parecer de Maggie estaban sentados sometidos a la acusación de preguntarse, bajo la apariencia de corrección de su juego, si acaso no les estaría vigilando desde su rincón, y los tenía en su consciencia metidos a todos en un puño, como suele decirse. Por fin, Maggie se preguntó cómo podían soportarlo, aparte de que los naipes eran para ella un secreto indescifrable, incapaz de seguir el juego, por lo que se prescindía de ella en ocasiones como la presente, porque tenía la impresión de que los jugadores se plegaban todos ellos, en gravedad y buenos modales, a los exigentes criterios imperantes en la casa. Maggie sabía que su padre era un gran aficionado al juego, uno de los más grandes, y que la ineptitud de su hija en esta materia había sido la única, aunque pequeña, desilusión que le había proporcionado; Americo jugaba con notable facilidad, igual que comprendía y practicaba cualquier arte apto para matar largos ratos de ocio; y la señora Assingham y Charlotte eran consideradas tan «buenas» como podían llegar a ser teniendo en consideración que pertenecían a un sexo incapaz de alcanzar más altas cotas. En consecuencia era evidente que los jugadores, todos en plena forma, no se limitaban meramente a matar el tiempo, tanto desde su punto de vista como desde el de Maggie, y el grado de seguridad de que gozaban o, por lo menos, al que habían llegado, representado por un tal dominio de las apariencias, era precisamente lo que excitaba los nervios de Maggie, con una especie de fuerza provocativa. Durante cinco minutos, Maggie quedó emocionada al pensar en el prodigioso efecto que podía producir si quería, hallándose como se hallaba sentada cerca de ello. Durante estos momentos de vértigo, se sintió absolutamente dominada por la fascinación que lo monstruoso produce y por la tentación que tan a menudo sentimos de estallar repentinamente a fin de no avanzar más, por el hecho de sus inexplicables idas y venidas.

Después de haber tenido vívidamente ante ella durante cierto tiempo la posibilidad de ponerse de pie, impulsada por su ofensa, dando un sobresalto a todos los jugadores, obligándoles a mirarla y a palidecer, y condenarlos a todos mediante una sola frase, una frase de fácil elección entre varias de

naturaleza igualmente virulenta; después de haberse enfrentado con esta luz cegadora y de experimentar cómo la luz se transformaba en tinieblas, Maggie dejó la revista, se levantó y cruzó la estancia, pasando junto a los jugadores, no sin detenerse detrás de cada uno de ellos. Silenciosa y discreta, inclinó hacia los jugadores su cara con vaga expresión benévola, como si quisiera indicar que, a pesar de sus escasos conocimientos en la materia, les deseaba buena suerte; cada uno de ellos, alrededor de la mesa, en la compartida solemnidad, alzó la cara en expresión de reconocimiento que Maggie se llevó consigo cuando, instantes después, salió a la terraza. Su padre y su marido, la señora Assingham y Charlotte, no habían hecho más que corresponder a su mirada, sin embargo, las diferencias que mediaron entre cada uno de ellos, en este movimiento, transformaron los cuatro intercambios en cuatro diferentes comunicaciones. Y esto era tanto más maravilloso cuanto, con un secreto detrás de cada cara, todos por igual intentaron mirar a Maggie a través del tal secreto y en denegación del mismo.

Lo anterior la dejó, mientras vagaba por la terraza, con una extrañísima impresión, con la sensación transmitida con fuerza no igualada hasta el momento, de haber recibido una petición, una clara confidencia, de los cuatro pares de ojos; era una confidencia más profunda que una negación: el establecimiento de cierta clase de relación ingeniada por la propia Maggie, una relación que evitaría a cada individuo el peligro de su relación con cada uno de los demás. De esta manera, tácitamente pusieron sobre sus espaldas toda la complejidad de sus peligros, y Maggie comprendió rápidamente por qué: porque ella estaba allí, y estaba allí tal como era, para aligerarlos de sus peligros y tomarlos consigo, para cargar con ellos, al igual que el chivo expiatorio de la antigüedad —al que había visto representado en un cuadro terrible— recibía la carga de los pecados humanos, y se internaba en el desierto para desplomarse y morir bajo su peso. Sin embargo, no tenían el propósito, ni les interesaba, de que Maggie se desplomara bajo la carga de sus pecados, sino que consideraban que Maggie debía vivir, vivir en beneficio de todos, e incluso estando en su compañía tanto tiempo como le fuera posible, para demostrarles que realmente se habían liberado, y que seguiría estando allí con la finalidad de simplificar. Esta idea, la idea de su función simplificadora y de la lucha de los otros, era todavía oscura pero iba avanzando hacia el concepto de que debía adoptar, después de recibirla de ellos, y la idea dominó su mente mientras paseaba por la terraza, en donde la noche de verano era tan tibia que apenas necesitaba la protección del ligero chal que había cogido para salir. Varias de las alargadas ventanas de las estancias ocupadas estaban abiertas a la noche, de ellas salía la luz en forma de haz sin claros contornos que incidía en las viejas y pulidas losas de la terraza. No había luna ni estrellas, el aire pesado se estaba quieto; Maggie, a pesar de ir en traje de noche, no tenía motivo alguno para temer enfriarse y pudo huir, refugiándose

en la oscuridad exterior, de aquella provocación nacida de la oportunidad que la había asaltado mientras se encontraba en el sofá, igual que una bestia que le saltara a la garganta.

En realidad, nada hubo más extraño que la sensación que tuvo, cuando llevaba ya algún tiempo en la terraza, al ver a sus compañeros a través de una de las ventanas, la sensación de que se sintieran casi conscientemente más seguros, y de que estuvieran agradecidos por ello. Realmente encantadores, tal como se hallaban en la hermosa sala. Y Charlotte ciertamente, como siempre, extraordinariamente bella e incomparablemente distinguida, de modo que bien hubieran podido ser actores y actrices ensayando una obra teatral de la que la propia Maggie fuera la autora; incluso hubieran podido ser, por las felices apariencias que tenían, personajes que gracias a la fuerte nota de carácter de cada uno, dieran a cualquier autor la certidumbre del éxito, principalmente en el aspecto cómico. En breves palabras, hubieran podido representar cualquier misterio que se les antojara, y la llave que hubiera abierto y cerrado la caja, sin producir el más leve ruido, estaba en el bolsillo de Maggie o, mejor dicho, en su mano, prietamente cerrada, oprimiéndole el pecho, mientras paseaba por la terraza. Anduvo de un extremo a otro, lejos de la zona en que incidía la luz, regresó y los vio todavía en el mismo lugar en que los había dejado, dio la vuelta a la casa y miró el gran salón ahora desierto, también iluminado que parecía hablarle con su propia voz de todas las posibilidades que tenía a su disposición. Espacioso y resplandeciente, como un escenario esperando la representación de un drama, un escenario que ella podía poblar con sólo presionar su resorte, ya con serenidades, dignidades y decencias, ya con terrores, vergüenzas y ruinas; con realidades tan feas cual los informes fragmentos de la copa dorada que con tanto empeño Maggie quería recomponer.

Maggie siguió su paseo y se detuvo de nuevo para observar la sala de fumar; en esta ocasión —fue como si hubiera sido el acto de reconocimiento lo que en realidad hubiera detenido sus pasos—, vio como en un cuadro, con la tentación de la que había huido totalmente extinta, la razón que le había permitido entregarse tan poco, desde el principio, al vulgar ardor nacido de su ofensa. Mientras los contemplaba, hubiera podido echar en falta ese ardor como si se tratara de una realidad perdida; hubiera podido ansiar la directa visión vengativa, los derechos del resentimiento, las rabias de los celos, las protestas de la pasión, como si se tratara de algo que le hubieran quitado con engaños; hubiera podido ansiar aquella gama de sentimientos que tanto significan para muchas mujeres, pero que para la esposa de su marido, para la hija de su padre, sólo podía compararse, a lo sumo, con una primitiva caravana oriental que aparece a lo lejos, burdamente iluminada a la luz del sol, con altivos estandartes alzados, altas lanzas contra el cielo, todo un emocionante espectáculo, goce natural con el que mezclarse, pero que poco antes de llegar

junto a Maggie se desviaba y desaparecía por otros caminos. De todas maneras, vio la razón por la que el horror en sí mismo casi había huido de ella, el horror que, presentido, la hubiera hecho gritar de dolor, por todo aquello que para ella era insólito, el horror de hallar al mal asentado a sus anchas donde sólo había soñado que podía hallarse el bien, el horror de la realidad que se encontraba detrás, detrás de todo aquello en que tanto había confiado, de todo aquello que tanto había pretendido: detrás de la nobleza, la inteligencia, la ternura. Aquélla era la primera falsedad cortante que había conocido en su vida, la primera que había tocado o por la que había sido tocada; se había enfrentado con Maggie como un extraño de rostro mal encarado sorprendido en uno de los corredores de suelo cubierto por gruesa alfombra en una casa silenciosa, el domingo por la tarde y, sin embargo, pasmosamente, ella había sido capaz de contemplar el terror y la repulsión sólo para llegar a saber que debía apartar de sí el agridulce sabor de su novedad. Desde la ventana, la visión del grupo así constituido dijo a Maggie por qué, le dijo cómo, mencionó como si lo hiciera con labios de seca pronunciación, le dio directamente a ella el nombre, de manera que tuvo que aceptarlo como si se lo hubieran espetado a la cara, de aquella otra posible relación con el hecho de que era la única que ejercía en Maggie un poder irresistible. Fue extraordinario: los miembros del grupo le hicieron comprender que albergar con respecto a ellos sentimientos de cualquier carácter inmediato, inevitable, consolador, del carácter habitualmente propio de la inocencia ultrajada y de la generosidad traicionada, representaría renunciar a ellos y que, maravillosamente, no cabía siquiera pensar en esa renuncia. Maggie en momento alguno, desde el instante en que se convenció, había renunciado a ellos en tan escasa medida como ahora; aunque invocaría, sin duda alguna como consecuencia de una decisión que adoptaría pocos minutos después, el deseo de hacerlo todavía en menor medida si fuera posible. Volvió a pasear, deteniéndose aquí y allá, y descansando en la fresca y pulida balaustrada de piedra. Poco después, pasó de nuevo ante las luces del desierto salón, y de nuevo se detuvo por lo que en él vio y sintió.

Sin embargo, esto no se concretó en un instante. La concreción fue el efecto de advertir que Charlotte estaba en medio de la estancia de pie, erguida, mirando a su alrededor, que evidentemente Charlotte acababa de entrar al salón procedente de la sala de fumar, a través de una de las salitas de paso, con la esperanza, a juzgar por las apariencias, de reunirse con su hijastra. Charlotte se había detenido al ver el gran salón desierto. Debemos tener en cuenta que Maggie había salido de la sala en que se hallaba el grupo sin ser observada. Tan definida actitud de búsqueda, por parte de aquélla, interrumpiendo la partida de bridge o modificando su curso, produjo una notable y brusca impresión en la Princesa, impresión a la que algo en la actitud y aspecto de Charlotte, en sus aires de búsqueda y propósito interrumpidos, juntamente con

la intuición de sus siguientes vagos movimientos, rápidamente dio significado. Este significado consistía en que Charlotte había decidido, en que había sido infinitamente consciente de la presencia de Maggie, en que sabía que por fin la encontraría sola, y en que, por alguna razón, deseaba encontrarla con la intensidad suficiente como para recabar, así cabía presumir, la ayuda de Bob Assingham. El coronel había ocupado la silla de Charlotte en la mesa de bridge, esto constituía para Maggie una clara prueba del interés de Charlotte, de una energía que, aun cuando superficialmente común en una situación en la que no se estimaba que cada uno de los presentes vigilara a los demás, causó a nuestra joven amiga, en aquel instante, la impresión de unas rejas que se rompieran. El magnífico, esplendoroso y suave ser se encontraba fuera de la jaula, en libertad, y ahora casi grotescamente se planteó el interrogante de si aquel ser podía ser atrapado mediante algún artificio, allí donde se encontraba, antes de que se alejara más, y ser devuelto a la jaula. En este caso, el modo forzosamente hubiera tenido que consistir en cerrar rápidamente las ventanas y dar la voz de alarma. En estos instantes, la pobre Maggie tenía la sensación de que, a pesar de ignorar lo que Charlotte quería de ella, era motivo más que suficiente para alterarse el advertir que sometida a tan firmes manos cualquier cosa podía ocurrirle, para no hablar ya de las consecuencias que le reportaría emprender de nuevo la huida por la terraza, incluso al amparo de la vergüenza de la confesada debilidad que semejantes evasiones significan en el caso de una esposa ofendida. Sin embargo, ésta fue la debilidad en que la esposa ofendida incurrió, y lo único que cabe decir en su descargo es, como ella misma se dijo cuando se detuvo bruscamente, hallándose ya lejos de la casa, que supo resistir su abyección en la medida suficiente para no entrar subrepticiamente en la casa, a fin de llegar sana y salva a su aposento. Maggie se había descubierto a sí misma en el acto de huir y esconderse, y esto le reveló allí mismo, vívidamente, en una sola palabra, aquello que en todo momento había temido más.

Maggie había temido aquella concreta entrevista con Charlotte que podía decidir a la esposa de su padre a hacerle confidencias, como hasta ahora no había podido hacer, a preparar una declaración ante él en que le comunicara sus agravios, en que le expusiera la infamia de que se sospechara de ella. Esto, en el caso de que Charlotte hubiera tomado la decisión de hacerlo, se tendría que basar en un cálculo cuya consideración evocaba extrañamente otras consideraciones y otras visiones. Ello demostraría que Charlotte tenía la confianza suficiente en el dominio que sobre su marido ejercía para gozar de la seguridad de que, manteniendo a la hija a la defensiva, es decir, con la causa y la palabra de Maggie contra las suyas, no sería ésta quien se alzara con la victoria. Este vislumbre de la posible idea de Charlotte, fundada en razones que sólo ella sabía, razones de experiencia y de confianza, impenetrables para los demás, aunque íntimamente conocidas por ella; este vislumbre se ensanchó

y se ensanchó rápidamente desde el instante en que fue percibido, porque si el terreno que la pareja de más edad pisaba era firme, si la belleza de las apariencias había sido tan inquebrantablemente conservada, lo único que se había roto sería, como Maggie muy bien sabía, la copa dorada. La rotura de la copa dorada no representaba menoscabo alguno en la armonía de los tres personajes triunfantes, y sólo expresaba la lamentable deformidad del comportamiento de Maggie con respecto a ellos. Desde luego, en aquellos instantes, Maggie no podía medir debidamente la diferencia que para ella comportaría lo anterior, y de manera inevitable se formó en su mente la inquietante imagen del modo en que podría esgrimirse en contra de ella el que, mediante su propia y exclusiva discreción, no pudiera convencer a Charlotte, siempre dotada de espíritu burlón, de todo lo no dicho e indecible, de todo lo constante e inconfundiblemente insinuado, en cuyo caso su padre sería invitado, sin más, a recomendar a Maggie que lo hiciera. Pero todo género de confianza, todo tipo de eficaz pretensión, que la señora Verver, gracias a sus muchos recursos innatos, pudiera seguir poseyendo y guardando en reserva, apareció súbitamente como una posible luz utilizable, y pareció ofrecer, para tratar con ella, una nueva base y algo parecido a un nuevo sistema. Maggie sintió realmente una extraña contracción del corazón al darse cuenta, en el mismo instante, de cómo tendría que ser probablemente el nuevo sistema, y se dio cuenta de ello precisamente en el instante inmediato anterior al percibir que lo que temía había ya ocurrido. Charlotte, ampliando el territorio de su búsqueda, había aparecido vagamente definida a lo lejos, de lo cual la Princesa, al cabo de un instante, tuvo la seguridad, a pesar de que la noche estaba muy oscura, por cuanto la claridad que escapaba de las ventanas de la sala de fumar no dejaba de ser una ayuda para la vista. La amiga de Maggie penetró despacio en aquel círculo, habiendo también descubierto, en estos momentos, que ésta se hallaba en la terraza. Desde el extremo de la misma vio que Charlotte se detenía ante una de las ventanas para mirar al grupo que se encontraba en el interior de la casa, y luego se acercaba más a ella y se detenía otra vez, cuando aún mediaba un considerable trecho entre las dos.

Sí, Charlotte había visto que Maggie la miraba desde lejos, se había detenido para poner a prueba la continuada atención que le prestaba. A través de la oscuridad nocturna, la cara de Charlotte estaba fijamente orientada hacia Maggie; Charlotte era el ser que, mediante la fuerza, había escapado de la jaula; sin embargo, indudablemente había en todos sus movimientos, a pesar de ser tan sólo vagamente percibidos, cierta especie de portentosa e inteligente serenidad. Había escapado animada por una intención, pero se trataba de una intención tan definida que podía acordarse con las medidas serenas. De todas maneras, las dos mujeres se limitaron a estar presentes allí durante estos primeros minutos, frente a frente, a distancia, sin intercambiar signo alguno. La intensidad de sus respectivas miradas hubiera podido perforar la noche; al

fin, Maggie quedó sobresaltada por la atemorizada sensación de que había cedido ante las dudas, ante el temor y ante las vacilaciones durante un tiempo de tal duración que, sin necesidad de ulteriores pruebas, bastaba para delatarla. ¿Cuánto tiempo había estado allí mirando? ¿Un minuto?, ¿cinco? De todas formas, la duración había sido suficiente para que sintiera, de manera absoluta, que recibía de la mujer que iba a su encuentro algo que ésta le arrojaba irresistiblemente por medio del efecto del silencio, del efecto de esperar y observar, del efecto de medir la duración de sus dudas y sus temores. Si entonces, acobardada y vacilante, Maggie hubiera sacrificado, como evidentemente así parecía, todas las anteriores ficciones, Charlotte hubiera contemplado, con el inmediato conocimiento de haber adquirido ventaja, que Maggie se acercaba a ella, como en efecto se acercó. Maggie se acercó con el corazón en la mano, se acercó con la bien definida previsión, latiendo como el tic-tac de un reloj, de un destino intolerablemente duro y cortante, pero ante el que después de haberlo contemplado con los ojos abiertos de par en par había inclinado la cabeza. En el momento en que llegó al lado de Charlotte o, lo cual viene a ser lo mismo, en el momento en que Charlotte, sin un movimiento, sin una palabra, permitió que Maggie se le acercara y quedara junto a ella, su cabeza ya se encontraba en el tajo, por lo que la conciencia de que todo estaba perdido entorpeció las percepciones de Maggie, hasta el punto de que no sabía si el hacha había descendido o no. Sí, sin duda, la señora Verver tenía realmente «ventaja». ¿Y qué sensación tenía Maggie sino la de haber sido derribada de espaldas, quedando desde el primer momento con la nuca medio partida, y con la cara desamparada hacia arriba? Sólo esta posición podía explicar la mueca de dolor y de debilidad que en la cara de Maggie imprimió la dignidad de Charlotte.

—He venido para estar un rato contigo. Pensé que seguramente te encontraría aquí.

Maggie oyó su propia voz, un tanto desvaída contestando:

—Pues sí, estoy aquí.

—Hace mucho calor dentro.

—Sí, e incluso aquí.

Charlotte estaba serena y grave, incluso había pronunciado su frase referente a la temperatura con tan ponderado acento que rozaba la solemnidad. Maggie, reducida a dirigir vagamente la mirada al cielo, únicamente notaba que la firmeza del propósito de Charlotte no había menguado.

—Hay humedad en el aire, está pesado como si fuera a tronar. Me parece que tendremos tormenta.

Maggie había aventurado esta previsión para hurtarse a una sensación de

inhibición, lo cual formó parte de la ventaja de Charlotte; pero la sensación de que se hallaba en una situación embarazosa no disminuyó en el silencio que se hizo a continuación. Charlotte nada contestó, tenía la frente nublada y su esbelta elegancia, su hermosa cabeza y su largo y recto cuello daban testimonio, en la semioscuridad, de su consumada perfección, de su forma noblemente erguida. Parecía que aquello para lo que Charlotte había salido hubiera ya comenzado a suceder; en consecuencia, Maggie dijo torpemente:

—¿Necesitas algo? ¿Quieres mi chal?

Con estas palabras, con la relativa pobreza de la oferta, todo comenzó a derrumbarse. La negativa de la señora Verver tuvo la brevedad propia de una advertencia de que no se hallaban juntas allí para sostener una charla ociosa, de la misma manera que la grave expresión de su rostro hasta que volvieron a caminar bien podía expresar la eficacia con que ésta veía penetrar todos sus mensajes. Echaron a andar siguiendo en sentido contrario el camino por el que Charlotte había llegado, pero ésta detuvo a Maggie, cuando se hallaban cerca de la ventana de la sala de fumar, y la obligó a que se quedara en un punto desde el que pudiera ver a los que jugaban al bridge. La una al lado de la otra contemplaron aquel cuadro de serenas armonías, durante tres o cuatro minutos, su pleno significado, como bien cabría decir, significado que no podía ser otra cosa que el resultado de la interpretación que se diera a la escena, que variaría según fuera el intérprete. Cuando Maggie contempló la escena hacía un cuarto de hora, podría haber sido algo que mostrar a Charlotte con gesto justamente irónico, y con un reproche tan severo que sólo con el silencio podía expresarse. Pero ahora la escena se le mostraba a ella, y Charlotte era quien se la mostraba; y Maggie comprendió sin demora que tenía que someterse a aceptarla.

Los otros estaban absortos, ya jugando en silencio, ya expresando observaciones que no se oían en la terraza; al sereno rostro de su padre, que nada expresaba de cuanto estaba en la mente de su hija, dirigió primordialmente nuestra joven amiga su atención. Su esposa y su hija le observaban por igual atentamente, ¿y en cuál de las dos hubiera el señor Verver considerado más importante destruir —en defensa de su dominio del equilibrio— todo germen de inquietud? ¿A cuál de las dos hubiera respondido su mirada, de repente e impulsivamente alzada? Hasta ahora, y desde el matrimonio del señor Verver, Maggie no se había dado cuenta de una manera tan penetrante y formidable que el antiguo conocimiento que de él tenía era una realidad dividida y discutible. Ahora Maggie miraba a su padre con el permiso de Charlotte y bajo la dirección de Charlotte; en realidad lo hacía como si el concreto modo en que debía mirarlo se le hubiera ordenado, incluso como si se le hubiera prohibido mirarle de otra manera. Maggie comprendió que no estaba al servicio del interés y de la protección del señor Verver, sino,

de manera insistente y opresiva, en los de Charlotte, al servicio de la seguridad de ésta y a cualquier precio. Mediante esta muda demostración, casi parecía que Charlotte indicara el precio a Maggie, lo indicara como si se tratara de un asunto de la competencia de Maggie y mencionara una suma de dinero que en justicia debía conseguir. Charlotte tenía que conservar su seguridad, Maggie tenía que pagar, siendo el precio el aspecto que a ésta incumbía.

Con más claridad que en cualquier momento anterior, la Princesa volvió a tener conciencia de que todo lo cargaban sobre sus espaldas, y hubo un momento, un instante supremo, en el que sintió arder en sí el loco deseo de que su padre alzara la vista. El deseo latió durante estos segundos como una angustiada llamada a su padre, y Maggie osaría dirigirle esta llamada, si su padre alzaba la vista y las veía a las dos allí, de pie, a través del espacio que mediaba en la oscuridad exterior. Entonces su padre quedaría impresionado por aquella imagen y comprendería a las dos, tal como eran, y podría dar un signo —Maggie no sabía cuál—, signo que la salvara, que la salvara de ser quien tuviera que pagarlo todo. Su padre podía dar muestras de una preferencia, efectuar una distinción entre ellas dos, podía, incluso por piedad, indicar a Maggie que la intensidad de su esfuerzo en su beneficio era más de lo que deseaba. Esto representaba la única laguna en la coherencia de Maggie, la única desviación del curso general de sus proyectos. Pero un instante después nada quedaba de esto porque nuestro buen hombre no movió los ojos; la mano de Charlotte cogió prestamente el brazo de Maggie y, con firmeza, la apartó del lugar en que se hallaban, como si Charlotte, en igual y súbita percepción hubiera advertido que la impresión recibida por las dos podía afectarlas en más de una manera. Volvieron sobre sus pasos a lo largo del resto de la terraza, doblaron la esquina de la casa, y juntas llegaron ante las ventanas del pomposo salón, todavía iluminado y desierto. Allí Charlotte volvió a detenerse; una vez más causó la impresión de indicar a Maggie lo que ésta había observado por sí misma: el aspecto que la estancia tenía en su silencio, como de haber sido dispuesta, con sus grandes objetos ordenados y equilibrados, para una solemne recepción, para celebrar en ella una importante transacción o un auténtico acto oficial. Ante esta imagen Charlotte de nuevo se colocó frente a su amiga, buscando en su rostro los efectos de todo lo que ya le había comunicado y, con la misma eficacia, puso de relieve que la terraza y la inexpresiva noche no eran los testigos adecuados para la total expresión de su idea. Poco después, ya en el interior del salón, bajo los antiguos esplendores venecianos y bajo la mirada de varios grandes retratos más o menos contemporáneos de aquellos que aguardaban en las paredes de Fawns su última y más lejana emigración, Maggie se halló en trance de contemplar, y al principio con el aliento cortado, el total formado por cada una de las peticiones que por separado la señora Verver le había formulado hasta el momento, fuera cual fuese la forma en que las había manifestado.

—He estado esperando durante quizá más tiempo del que tú crees, para hacerte una pregunta que hasta el momento no he tenido ocasión que me haya parecido tan buena como ésta para formulártela. Quizá habría sido más fácil si me hubieras causado la impresión de estar dispuesta siquiera levemente a ofrecérmela. Como puedes ver, no me ha quedado más remedio que aprovechar la oportunidad tal como el azar me la ha deparado.

Estaban las dos en el centro de la inmensa estancia y Maggie tenía la impresión de que el escenario que su imaginación había visto vacío hacía veinte minutos estaba ahora suficientemente poblado. Aquellas breves y directas palabras de Charlotte habían llenado el escenario hasta sus últimos rincones, y nada se hallaba ausente de la conciencia de Maggie, ni siquiera el papel que debía interpretar. Charlotte había entrado directamente en la sala; allí se alzaba hermosa y libre, con actitud y aspecto armónicos con la firmeza de las palabras pronunciadas. Maggie había conservado el chal con el que había salido y, agarrándolo nerviosa y prietamente, se arrebujó en él como si buscara cobijo, como llevada por un sentimiento de humildad. Causaba la impresión de mirar al exterior desde una improvisada pañoleta, prenda de cabeza de mujer pobre, ante la puerta de un palacio; e incluso esperaba igual que la pobre mujer, y su mirada se fijó en los ojos de su amiga con una expresión de reconocimiento que no pudo reprimir. Hablaría como pudiera:

—¿De qué pregunta se trata?

Pero todo en Maggie, de la cabeza a los pies, decía a gritos que ya lo sabía. Y también sabía que daba muestras clarísimas de saberlo. La causa de la eficaz vaguedad, para salvar los últimos vestigios de dignidad de la eminente derrota, era ya una causa perdida; lo único que Maggie podía hacer a toda costa, caso de que fuera posible incluso a costa de comportarse con estúpida inconsecuencia, era esforzarse en causar la impresión de no estar atemorizada. Si conseguía no parecer atemorizada podría quizá causar la leve impresión de no estar avergonzada, es decir, no estar avergonzada de estar atemorizada, que era la clase de vergüenza que se le podía atribuir, porque era el miedo lo que en todo momento decidía sus actos. De todas maneras, su resistencia, su pasmo, su terror, la superficie vacía o borrosa, o lo que fuera, que ahora Maggie presentaba, se transformó en una mezcla de realidad carente de significado. A la crecida ventaja que ahora sostenía y amparaba a Charlotte, las siguientes palabras poco añadieron:

—¿Te he dado algún motivo de queja? ¿Consideras que te he ofendido de alguna manera? Ha llegado el momento en que creo tener derecho a preguntártelo.

Sus miradas se encontraron, largo rato. Por lo menos la mirada de Maggie evitó la vergüenza de rehuir la de Charlotte:

—¿Qué te induce a hacerme esta pregunta?

—Mi natural deseo de saber. Durante largo tiempo, muy en poco lo has tenido.

Maggie esperó unos instantes antes de preguntar:

—¿Durante largo tiempo? ¿Quieres decir que has pensado…?

—Quiero decir, querida, que he visto. Semana tras semana, he visto que tú parecías pensar… algo que te preocupaba y te tenía perpleja. ¿Soy culpable de algo, en algún grado?

Maggie reunió todas sus fuerzas:

—¿Y qué puede ser?

—No soy yo quien debe imaginarlo, y lamentaría mucho tener que intentar decirlo. No veo aspecto en el que pueda haberte ofendido; tampoco veo en qué he ofendido a cualquier otra persona en quien yo pueda suponerte suficientemente interesada. Si alguna falta he cometido, la habré cometido inconscientemente; espero con ansia que me digas cuál es, con toda franqueza. Ahora bien, si estoy equivocada en lo que ahora te estoy diciendo, referente a esa diferencia cada vez más marcada, a mi parecer, en el trato que me das, tanto mejor. De ninguna otra manera más satisfactoria que ésta puedes corregirme.

Maggie advirtió que Charlotte hablaba con extraordinaria y siempre creciente tranquilidad, como si escucharse a sí misma, además de percatarse del modo en que era escuchada, la ayudara a pasar de un punto a otro. Charlotte se daba cuenta de que se comportaba como debía, que este era el tono que debía adoptar y que esto era lo que tenía que hacer, que estaba haciendo aquello que en sus dilaciones e incertidumbres estimaba había con anterioridad exagerado en gran manera las dificultades. Pocas eran las dificultades, e iban menguando a medida que su contrincante iba encogiéndose más y más. Charlotte no sólo hacía lo que había querido hacer, sino que en estos momentos ya lo había hecho y lo había dejado debidamente asentado. Todo esto únicamente produjo el efecto de ahondar en Maggie la sensación de la penetrante y sencilla necesidad de seguir el coloquio hasta el final. Poco faltó para que la Princesa tartamudeara al decir:

—¿«Si» estás equivocada, dices? Realmente, lo has estado.

Charlotte miró a Maggie con dureza:

—¿Estás absolutamente segura de que todo ha sido una equivocación mía?

—Sólo puedo decir que te has formado una falsa impresión.

—En ese caso, tanto mejor; si realmente recibí una falsa impresión, en el

momento en que la recibí supe que tarde o temprano la manifestaría, porque ésta es sistemáticamente mi manera de comportarme.

Después de un silencio, Charlotte añadió:

—Gracias a lo que acabas de decir, me alegra haber hablado. Muchas gracias.

Fue extraño que estas palabras significaran que también para Maggie las dificultades comenzaran a menguar. El hecho de que Charlotte aceptara su denegación fue para Maggie como una general promesa de no empeorar la situación en que se encontraba más de lo que fuera esencialmente necesario, y ello ayudó positivamente a construir su falsedad, a la que ahora, en consecuencia, añadió una nueva piedra:

—No cabe duda de que te he causado, de modo totalmente accidental, una impresión de la que en todo momento he sido ignorante. En momento alguno he considerado que me hayas ofendido.

Charlotte le preguntó:

—¿Y cómo es posible que yo llegara siquiera a acercarme a semejante posibilidad?

Maggie tenía la vista fija en Charlotte ahora con más tranquilidad, y ni siquiera intentó dar respuesta a esta pregunta. Al cabo de unos instantes, dijo algo que era más armónico con la situación en que actualmente se hallaban las dos:

—De nada te acuso.

—¡No sabes cuánto me alegro!

Charlotte había pronunciado estas palabras con énfasis, casi con verdadera alegría. Y para proseguir Maggie tuvo que pensar, con la intensidad que le era propia, en Americo; tuvo que pensar en que el Príncipe, por su parte, también había tenido que mentir a Charlotte, y que lo había hecho en beneficio de su esposa, y que al hacerlo le había dado a ella la pauta y el ejemplo. Sin duda Americo tuvo sus dificultades para hacerlo y ahora, a fin de cuentas, Maggie quedaba a su altura. En realidad era como si, gracias a su evocación de la imagen de Americo enfrentándose con aquel admirable ser, incluso mientras se enfrentaba ahora con ella, cayera sobre ésta el resplandor lejano, fuerte y directo de una profunda luz reveladora que iluminaba hasta la última pulgada del territorio en que se hallaba. Americo había dado a Maggie algo con lo que actuar en concordancia y ésta no había cometido la tontería de revolverse contra su marido y no actuar en consecuencia. Por esto los dos, Americo y Maggie, estaban juntos, juntos y muy cerca el uno del otro, en tanto que Charlotte, alzándose radiante ante Maggie, se hallaba en un espacio oscuro

que le aislaría en la soledad y la atormentaría con preocupaciones. Por esto el corazón de la Princesa se esponjó a pesar de su tensión, porque había actuado de acuerdo con lo que era pertinente, y algo que bien podía ser como una rara flor arrancada de un importante parterre, surgiría, y posiblemente pronto. Sí, lo correcto adquiría, al fin, la extraordinaria forma de la charlatanería, como ella la llamaba, de Maggie. Todo consistía en no desviarse ni siquiera un ápice y penetrar en el terreno de la verdad. De ahí que Maggie quedara en sumo dominio de sí misma y dijera:

—Te digo muy de veras que tus preocupaciones se basan en una falsa impresión. Debes creerme y dar por seguro que jamás he llegado a imaginar que tú pudieras causarme daño.

De una manera maravillosa Maggie siguió en el mismo tono y, más aún, en tono mejorado:

—Debes creerme y pensar que siempre te he considerado un ser bello, bueno y maravilloso, y sólo eso. A mi parecer, tienes todo género de derechos a que así te considere.

Charlotte la miró en silencio. Necesitaba más, necesitaba la última palabra, aunque sin faltar, al pedirla, a las normas del tacto:

—Querida, esto es mucho más de lo que jamás hubiera soñado pedirte. Sólo quería tu denegación.

—Pues ya la tienes.

—¿Por tu honor?

—Por mi honor.

Y nuestra joven amiga incluso tuvo el gesto de no dar media vuelta e irse. Había relajado la presión con que sus manos agarraban el chal que había deslizado hacia atrás, y seguía allí en espera de cuanto pudiera ocurrir, en espera de quedar liberada de toda carga. En este momento, Maggie vio qué era lo que se avecinaba. Lo vio en el rostro de Charlotte, y lo sintió creando en el aire que mediaba entre las dos una fría zona que dio culminación a la frialdad de sus conscientes perjurios. Charlotte dijo:

—¿Me darás un beso para sellar lo que has dicho?

Maggie no podía decir que sí, pero tampoco dijo que no. Sin embargo, lo que ayudó a Maggie en su pasividad fue percatarse de lo muy lejos que Charlotte había llegado en su retirada. Pero también ocurrió algo diferente, algo que mientras Maggie recibía el beso prodigioso en la mejilla, tuvo la oportunidad de vivir. Se trataba de la visión de los otros que, habiéndose levantado de la mesa de juego y dejadas las cartas para reunirse con los restantes miembros del grupo, habían llegado a la puerta abierta de la estancia,

y se habían detenido bruscamente al ver aquella demostración evidentemente a ellos destinada. El marido y el padre de Maggie iban en vanguardia; el abrazo de Charlotte, que ellos no podían distinguir del abrazo de Maggie a Charlotte, a juicio de la primera, adquirió con su llegada gran publicidad.

Capítulo XXXVII

Tres días después el padre de Maggie le preguntó a ésta, durante unos momentos de calma, qué impresión le habían causado, en ocasión de su reaparición y de su quizá más intensa fruición, Dotty, Kitty y la otrora temible señora Rance; la consecuencia de esta pregunta fue, para la pareja, otro paseo juntos, alejándose del resto del grupo; fue un paseo por el parque similar al que los dos dieran en ocasión de la anterior visita de esta amigas, a la sazón más inquietantes que ahora: fue la ocasión de la larga charla, en un banco, bajo la copa de uno de los grandes árboles. En ella se planteó aquel tema, en aquel momento de indefinibles consecuencias, que, en los momentos de ocio compartido, Maggie tenía la costumbre de calificar de «primer inicio» de la presente situación. De esta manera la rueda del tiempo les había ofrecido la oportunidad, al hallarse los dos solos mientras se reunían para tomar el té en la terraza, de obedecer al mismo raro impulso de «soltarse», como el propio Adam Verver dijo en familiar expresión, mientras allá se dirigían. Este impulso había producido sus frutos, a su manera, desde antiguo desde que produjo sus frutos en la lejana tarde otoñal dando filo a aquella crisis tan superada ya desde entonces. Bien hubiera podido parecer gracioso a los dos que ahora la presencia de la señora Rance y de las Lutche —que en aquel entonces presentaban síntomas no tan notorios— hubiera significado otrora una crisis para las ansiedades y la prudencia del padre y de la hija; hubiera podido ser gracioso que estas señoras hubieran representado en la imaginación de padre e hija un símbolo de peligros tan vívidos que precipitaran la necesidad de un remedio. Padre e hija estaban plenamente dispuestos ahora a sacar semejante diversión de sus presentes impresiones; ambos habían hallado durante los pasados meses, a juicio de Maggie, un recurso y un alivio al hablar, con cierta aproximación a la intensidad, cuando se reunían con toda aquella gente en la que en realidad no pensaban; la gente que casi había comenzado a atestar su vivir y que, en la actualidad, los dos se ocuparon de los espectros del pasado, como se permitían calificar a las tres damas, imitando el goce del desarrollo del tema mejor de lo que habían conseguido imitar durante la estancia en la casa, por ejemplo, de los Castledean. Éstos constituían una broma nueva, relativamente nueva, y ellos dos, siempre a juicio de Maggie, habían tenido que aprender de qué iba; en tanto que las personas de Detroit, y

de Providence, precisamente por proceder de Providence y por proceder de Detroit, eran una broma antigua y de amplio alcance, de la que se podía sacar el máximo partido, y en la que se podía hacer humorística insistencia.

Además, intenso, y súbito había sido esta tarde el casi confesado deseo de descansar los dos juntos un poco, como si a ello les impulsara una tensión durante largo tiempo experimentada, aunque jamás mencionada, de descansar hombro con hombro, la mano en la mano, y la mirada ansiosa en la mirada ansiosa —¿quién lo expresó así?— liberados de fatigas y protegidos de tal manera que la debilidad de los dos no pudiera ser descubierta por la otra pareja. Dicho en pocas palabras: era como si realmente la felicidad interior de ser una vez más, aunque quizá sólo por media hora, sencillamente padre e hija, se les hubiera presentado resplandeciente, y hubieran escogido el pretexto que más fácilmente podía convertirla en realidad. Eran marido y mujer —¡intensamente!— con respecto a otras personas, pero tan pronto se hubieron sentado en el viejo banco, conscientes de que el grupo reunido en la terraza, aumentado con la presencia de unos vecinos, al igual que en el pasado, se divertiría sin necesidad de que ellos estuvieran presentes, se sintieron ambos maravillosamente bien, como si se hubieran embarcado en una barquichuela y remando se hubieran alejado de la playa, en donde maridos y esposas y retorcidas complicaciones daban al aire la sensación de una naturaleza en exceso tropical. En la barquichuela eran padre e hija, y las pobres Dotty y Kitty representaban, para padre e hija, los remos o la vela. Y siendo así, ¿por qué razón pensó Maggie, no podían vivir siempre, mientras los dos vivieran, juntos en una barquichuela? Al formularse esta pregunta, sintió en el rostro el soplo de una posibilidad que la tranquilizó: les bastaba con conocerse el uno al otro, a partir de ahora, en cuanto personas sin relación de matrimonio con otras. En aquella deliciosa tarde, anterior en el mismo lugar, el señor Verver estaba tan lejos de estar casado como se pueda estar, lo cual reducía, y valga la expresión, la cuantía del cambio de uno y otra. A fin de cuentas siempre, pasara lo que pasara, se tenían el uno al otro; ésta era la verdad redentora y el tesoro oculto para hacer exactamente lo que quisieran, lo que representaba una gran reserva de posibilidades.

¿Y quién podía decir que, gracias a esto, no podían llegar a hacerlo los dos, antes de llegar al fin?

Entretanto, los dos juntos habían seguido en el dorado aire, hacia las seis de la tarde de aquel día de julio que envolvía los densos bosques de Kent, el desarrollo de varias facetas de la evolución de las antiguas compañeras de juego de Maggie, al parecer todavía atraídas por ideales de imposible alcance, regresando al otro lado del océano, a sus nativas sedes, para proceder a la renovación de su —difícil era darle nombre— equipo moral, económico y de conversación, y reapareciendo una y otra vez como una tribu de judías

errantes. Sin embargo, nuestra pareja agotó por fin el estudio de estos anales, y al cabo de unos instantes de silencio, Maggie se dispuso a abordar un tema diferente o, por lo menos, un tema cuya inmediata relación con el anterior no era, a primera vista, evidente. Maggie así lo hizo:

—¿Te has reído de mí cuando hace un momento me he preguntado por qué podía la otra gente desear luchar?

Hizo una pausa y añadió, con cierta ansiedad, la siguiente pregunta:

—¿Me has considerado…, bueno…, en fin…, fatua?

El señor Verver pareció un tanto desorientado:

—¿Fatua?

—Quería decir sublime en nuestra felicidad, como si lo contemplara todo desde una alta cima. 0, mejor dicho, sublime en nuestra general posición.

Había hablado como llevada por el hábito de mantener su conciencia en estado de ansiedad, como si algo la predispusiera a menudo a saber con seguridad, en vista a su comercio con los humanos, el «estado» de los libros de contabilidad del espíritu. Maggie explicó:

—Te lo pregunto porque no quiero quedar cegada o convertirme en altanera, llevada por determinada conciencia de hallarme en esta o aquella situación social.

El padre de Maggie escuchó esta declaración como si las preocupaciones de la bondad de su hija todavía pudieran, al mostrarse, constituir sorpresa para él, por no hablar ya del encanto que su delicadeza y belleza en él producían. Parecía que el señor Verver, conmovido, deseara ver hasta qué punto quería llegar su hija y a qué punto realmente llegaba. Pero Maggie esperó un poco, como si precisamente percatarse de lo muy pendiente que su padre estaba de lo que ella se disponía a decir la pusiera nerviosa. Los dos estaban evitando cuanto fuera serio, se mantenían ansiosamente al margen de cuanto fuera real, y volvían a adoptar, una y otra vez, como si con ello quisieran ocultar su cautela, el tono de la recordada ocasión de la anterior charla, en la que ambos compartieron el mismo refugio.

Maggie prosiguió:

—¿Te acuerdas de que cuando estuvieron aquí te dije que dudaba que nosotros lo hubiéramos alcanzado?

El señor Verver hizo cuanto pudo para recordar:

—¿Que hubiéramos alcanzado una situación social, quieres decir?

—Sí, después de que Fanny Assingham me dijera por vez primera que si

seguíamos llevando la misma vida nunca la tendríamos.

—Lo cual fue lo que nos puso sobre la pista de Charlotte.

Sí, habían comentado aquello tan a menudo que poco le costaba al señor Verver acordarse.

Maggie hizo otra pausa, dándose cuenta de que su padre podía afirmar y reconocer, sin rebozo alguno, que en aquel momento crítico se habían puesto sobre la pista de Charlotte. Era como si este reconocimiento hubiera sido calificado por los dos de fundamental a fin de examinar honradamente los logros de su vivir. Maggie prosiguió:

—Pues bien, de Kitty y Dotty todavía recuerdo que si en aquel entonces hubiéramos estado más «situados», o como sea que se llame eso que ahora somos, no habría sino una excusa para preguntarme a santo de qué los demás no podían hacerme sentir más importante por tener ellos ideas más mezquinas. Sí, porque ésta era la sensación que solíamos tener.

Con cierto aire filosófico, el señor Verver repuso:

—Sí, recuerdo las sensaciones que, por lo general, teníamos.

Maggie causó la impresión de desear defender un poco aquellas sensaciones, recordando tiernamente el pasado:

—Era muy duro vivir sin afectos en el corazón, cuando realmente teníamos una posición social. Pero resultaba todavía peor que nos creyéramos sublimes, cuando, tal como temía y tal como incluso ahora temo, no había un sentimiento que diera apoyo a semejante creencia.

Y Maggie volvió a dar muestras de aquellas ansias que ahora consideraba superadas. Y por estas ansias que sin duda seguían siendo el peligro que a menudo la acechaba, siguió hablando en tono casi sentencioso:

—En todo caso, es preciso siempre prestar atención al estado anímico de los demás, a lo que quizá echen en falta, a aquello de lo que quizá se sientan privados.

Después de una pausa, añadió:

—Sin embargo, Kitty y Dotty no podían imaginar que nosotros nos sintiéramos privados de algo. Y ahora, ahora…

Pero Maggie interrumpió la frase como si quisiera expresar su benevolencia hacia el pasmo y la envidia de las dos jóvenes. Maggie pronunció la frase completa:

—Y ahora ven, con mayor claridad todavía, que es posible que lo tengamos todo y lo conservemos todo, sin ser orgullosos.

Al cabo de unos instantes, Maggie prosiguió:

—No, no somos orgullosos, incluso pienso que quizá seamos menos orgullosos de lo que debiéramos ser.

Pero en el mismo instante Maggie pasó a otro tema. Aunque sólo pudo hacerlo volviendo a hablar de lo ya hablado, como si le fascinara. Causó la impresión de desear, inducida por esa renovada y ahora todavía más sugerente idea, conservar a su padre junto a ella, a fin de remontar la corriente del tiempo y hundirse, en la suavidad del agua, en el contraído lago del pasado:

—Hablábamos de esto, sí, hablábamos, y tú no lo recuerdas tan bien como yo. Tú también dudabas, y era bonito que dudases. Al igual que Kitty y Dotty, también tú creías que teníamos una posición; quedaste sorprendido cuando yo dije que creía que debíamos decirles que no estábamos haciendo en su beneficio lo que ellas suponían.

Maggie calló unos instantes y siguió:

—En realidad, ni siquiera ahora lo estamos haciendo. Realmente, no las estamos introduciendo. No, no las presentamos a las personas que debiéramos.

—En este caso, ¿cómo juzgas a las personas con quien ahora están tomando el té?

Estas palabras motivaron que Maggie repusiera muy vivamente:

—¡Exactamente esto mismo me preguntaste la otra vez, un día en que teníamos a no sé quién en casa! Y te contesté que jamás juzgaba a nadie.

—Recuerdo que las personas a las que de tan buen grado dimos la bienvenida no «contaban». A Fanny Assingham le constaba que así era.

Su hija había despertado el eco, y allí en el banco, al igual que en la anterior ocasión, el señor Verver efectuó afirmativos movimientos con la cabeza, y meneó nerviosamente un pie. Dijo:

—Sí, sí, la gente que teníamos en casa sólo tenía categoría suficiente para nosotros. Recuerdo muy bien que era así.

Maggie asintió:

—Así fue, así fue.

Luego añadió:

—Y me preguntaste si, a mi juicio, no debíamos decírselo. Quiero decir, principalmente a la señora Rance, que la habíamos invitado engañándola.

—Exactamente, pero tú dijiste que la señora Rance no lo comprendería.

—A lo que tú contestaste que, en este caso, tú eras igual que ella. Tú no lo

comprendías.

—No, no… Pero recuerdo que cuando, en tu bendita inocencia, dijiste que carecíamos de posición, diste una explicación que me hizo cisco. Dando muestras de deleite, Maggie dijo:

—Pues ahora te volveré a hacer cisco. Te dije que tú, por ti mismo, tenías una posición sin la menor duda. Tú no eras como yo; tenías la posición que siempre habías tenido.

Mostrándose de acuerdo, el señor Verver recordó:

—Y entonces te pregunté por qué tú no tenías mi posición. —Efectivamente.

Con sus anteriores palabras, el señor Verver había conseguido que su hija orientara el rostro hacia él, y en esta postura siguió Maggie envolviéndole con su cálido esplendor, efecto de la comprobada verdad de que los dos, al hablar, podían volver a vivir juntos. Maggie dijo:

—Y yo contesté que había perdido mi posición al contraer matrimonio. Y que aquella posición, recuerdo muy bien mi manera de pensar a la sazón, jamás la recuperaría. Le había hecho yo algo a aquella posición, aunque no sabía qué. Había renunciado a ella y, sin embargo, como se pudo ver entonces, no había conseguido compensación alguna por ello. Nuestra querida Fanny siempre me había asegurado que podía conseguirla, pero para ello tenía que despertar. Por esto intentaba despertar, lo intentaba con todas mis fuerzas.

—Sí, y hasta cierto punto lo conseguiste, y también conseguiste despertarme a mí. Pero diste gran importancia a la dificultad con que te tropezabas para conseguirlo.

Y el señor Verver añadió estas palabras:

—Es el único caso que recuerdo, Mag, en que has dado importancia a una dificultad.

Maggie le miró en silencio durante unos instantes, y dijo:

—¿La dificultad de ser muy feliz?

—Sí, ésa.

Maggie le recordó:

—Bueno, tú dijiste que era una buena dificultad. Confesaste que nuestra vida tenía todas las apariencias de ser bella.

El señor Verver pensó unos instantes y dijo:

—Sí, es muy posible que lo confesara; así me lo parecía.

Pero, protegiéndose con su leve y fácil sonrisa, el señor Verver preguntó:

—¿Y qué pretendes decirme con eso?

—Sólo que a menudo dudábamos; que, en aquel entonces, solíamos preguntarnos si nuestra manera de vivir no era un poco egoísta.

También esto fue objeto de la reflexión, con mucha calma, del señor Verver:

—¿Debido a que así lo creía Fanny Assingham?

—No, no; Fanny jamás pensó semejante cosa. Es incapaz de tener esa clase de pensamientos. A lo sumo, en algunas ocasiones, piensa que la gente es insensata.

Maggie explicó estas palabras:

—Fanny nunca piensa que la gente sea mala, mala en el sentido de malvada.

A lo cual la Princesa se aventuró a añadir:

—A Fanny no le importa que la gente sea malvada. El señor Verver dijo:

—Comprendo, comprendo.

Sin embargo, a juzgar por las palabras que el señor Verver dijo a continuación, su hija estimó que en realidad no comprendía tanto como había afirmado:

—En este caso, ¿Fanny sólo nos considera insensatos?

—No, no he dicho eso. Estaba hablando de nuestro egoísmo.

—¿Y esto pertenece al capítulo de maldad que Fanny condena?

Estas palabras provocaron los escrúpulos de Maggie que repuso:

—¡No digo que Fanny condone! Además, estaba hablando de antes.

Sin embargo, al cabo de unos instantes el padre de Maggie demostró que había hecho caso omiso de este matiz, y que sus pensamientos seguían en el mismo punto. En tono de reflexión, el señor Verver dijo:

—Oye Mag, yo no soy egoísta. No, ni hablar.

Pues bien, si su padre era capaz de hablar de esto, también Maggie podía dar su opinión al respecto:

—Pues yo sí.

Adam Verver, que en momentos de suma sinceridad volvía a expresarse con la libertad de otros tiempos, dijo:

—Y un cuerno. Creeré que eres egoísta el día que Americo se queje de ti.

—¡Es que mi egoísmo consiste en él! Soy egoísta de él, valga la expresión.

Maggie hizo una pausa y prosiguió:

—Quiero decir que Americo es mi motivo para todo.

Por propia experiencia, su padre podía muy bien imaginar lo que Maggie quería decir:

—¿Es que una muchacha no tiene derecho a ser egoísta de su marido?

Sin contestar la pregunta, Maggie observó:

—No quería decir que soy celosa. En ese aspecto, el mérito es de Americo y no mío.

Estas palabras parecieron divertidas al señor Verver. Dijo.

—¿De lo contrario, podrías serlo?

—¿Cómo puedo hablar de «lo contrario»? Afortunadamente para mí, no es ése el caso.

Siguiendo el curso de sus pensamientos, añadió:

—Si todo fuera diferente, todo sería naturalmente diferente.

Y como si estas palabras sólo fueran la mitad de lo que quería decir, Maggie prosiguió:

—A mi parecer, cuando una ama sólo un poco, es natural que sólo sea un poco celosa, o que no sea celosa. Pero cuando una ama de una manera más profunda e intensa, una es celosa en la misma proporción; entonces, los celos tienen intensidad y, sin duda alguna, ferocidad. Sin embargo, cuando una ama de la forma más profunda e indecible, se está por encima de todo y nada hay que pueda hacerla a una descender.

El señor Verver había escuchado como si nada tuviera que oponer a tan elevados conceptos. Preguntó:

—¿Y tú amas de esta última manera?

Durante unos instantes, Maggie no pudo hablar; por fin, repuso:

—Bueno, es que no se trata de hablar de este tema. Sin embargo, te diré que me siento por encima de todo.

A lo que Maggie añadió, dando un giro alegre a sus palabras:

—Y, en consecuencia, me atrevo a decir que muy a menudo sé en qué situación estoy.

El leve y bello pulso de la pasión en estas palabras, la insinuación de la presencia de un ser flotando y resplandeciente en un cálido criar de verano, cierta sugerencia de deslumbrante zafiro y plata, de un ser acunado en profundidades, boyante entre peligros, en el que era imposible el temor o la locura, y que sólo por juego podía hundirse, algo de todo esto fue lo que probablemente dio de nuevo conciencia al señor Verver, manifestada mediante su discreto y casi tímido asentimiento de que Maggie era con seguridad capaz de gozar de unos éxtasis que en sus buenos tiempos él probablemente a pocas personas había sido capaz de convencer que pudiera experimentar o proporcionar. El señor Verver estuvo en silencio, sentado allí durante un rato, casi como si le hubieran mandado callar, casi como si le hubieran amonestado, y no por primera vez; sin embargo, parecía ser efecto de que le hubieran recordado antes lo que había salido ganando que lo que había salido perdiendo. Además, ¿quién, salvo él, sabía realmente lo que no había conseguido e incluso lo que había conseguido? De todas maneras, lo más hermoso de la condición de Maggie consistía en hacer que el señor Verver se sintiera ante un mar que, a pesar de que sus personales buceos en él habían terminado, resplandecía ante su vista, en tanto que el aire y la espuma y el juego constituían también para él una sensación. No, no dejaba de experimentar esta sensación, y si el señor Verver no flotaba personalmente, si ni siquiera estaba sentado en la playa, mal podía decirse que respiraba aquella dicha, comunicada de manera irresistible, y que sintiera aquel aroma. Además, también podía decirse que le constaba que sin él nada de todo eso hubiera sido posible, lo cual quizá fuera lo que menos le importaba. Por fin, el señor Verver observó:

—Me parece que nunca he tenido celos.

Y el señor Verver pudo percatarse de que estas palabras tuvieron para Maggie un significado mayor que el que quiso darles, ya que indujeron a Maggie, como impulsada por un resorte, a dirigirle una mirada que parecía expresar cosas que no podía decir.

Pero, por fin, Maggie intentó decir una de ellas:

—Tú, papá, eres quien se encuentra por encima de todas las cosas, nada puede hacerte descender.

El señor Verver devolvió la mirada que le dirigía su hija, con la expresión de sociabilidad propia de su fácil comunión, pero esta vez no sin cierto matiz de solemnidad. Parecía que percibiera cosas que decir, y otras que, por ser de carácter presuntuoso o por diferentes razones, más valía callar. Por lo tanto, el señor Verver decidió decir lo más evidente:

—En ese caso formamos una buena pareja. No podemos quejarnos.

—¡No, no podemos quejarnos!

Declaración que fue formulada no sólo con todo el énfasis, sino que la confirmó poniéndose en pie con decisión, y quedándose en pie como si la finalidad que había motivado su paseo se hubiera alcanzado ya. Sin embargo, en el momento de cruzar la barra marítima o de entrar en puerto, ocurrió lo único que podía asemejarse a la revelación de que habían tenido que navegar contra viento y marea. El señor Verver se quedó sentado, de manera que parecía que Maggie se le hubiera adelantado y en espera de que su compañero la alcanzara. Si no podían quejarse, no podían quejarse; sin embargo, el señor Verver parecía dudar, como si esperase más palabras. Su mirada se encontró con la sugerente de Maggie, y sólo después de que se hubiera limitado con sencillez a sonreír a su padre, a sonreírle fijamente, éste habló para decir lo que de importancia quedaba por decir, desde el banco en donde se había reclinado, alzando la cara hacia su hija, extendidas las piernas con aire un tanto fatigado, y ambas manos apoyadas en el asiento. Habían navegado contra viento y marea, y Maggie estaba aún descansada. Habían navegado contra viento y marea y el señor Verver era el navío más zarandeado, por lo que quizá diera muestras de fatiga, rezagándose. Pero aquel silencio fue como si Maggie hiciera una seña al señor Verver invitándole a ponerse a su altura; él casi había llegado junto a ella cuando, al cabo de un minuto, halló las palabras que debía decir:

—¡Lo único malo es que no estoy dispuesto a aguantar otra vez que pretendas que eres egoísta!

Maggie decidió ayudar a su padre:

—¿No me lo tolerarás?

—No te lo toleraré.

—Lo comprendo, es tu manera de ser. No tiene importancia, sólo demuestra… Pero lo que demuestra también carece de importancia.

Maggie calló, y acto seguido declaró:

—De todas maneras, en estos momentos estoy rebosando egoísmo.

El señor Verver contempló con la misma expresión a su hija durante un rato más. De una manera extraña parecía que gracias a este brusco silencio, gracias a su aceptación de lo no dicho o, por lo menos, a la referencia a ello, los dos hubieran dejado prácticamente de fingir, y se dirigieran directamente al «asunto», a algo que habían estado inefablemente evitando, porque les producía un temor que era como una seducción, de la misma manera que todo género de confesión del temor representaba una alusión. En este momento, Maggie tuvo la impresión de que su padre se lanzara abiertamente por el

camino que le había tentado:

—Cuando una persona es como tú has dicho, siempre hay otras personas que sufren por ello. Y tú me acabas de decir hace poco todo lo que serías capaz de tolerar a tu marido, si se diera el caso.

—¡No me refería a mi marido!

—¿A quién te referías, pues?

Las protestas y las preguntas motivadas por ella se sucedieron con más rapidez que todas las frases anteriormente intercambiadas, y se sucedieron, por parte de Maggie, por un momentáneo estado de desaliento. Pero ésta no estaba dispuesta rehuir la situación, y mientras su padre la miraba, mientras Maggie se preguntaba si su padre esperaba que le diera el nombre de su esposa, con total hipocresía, como el de la persona que pagaba por la dicha de su hija, se le ocurrió algo mucho mejor.

—Me refería a ti.

—¿Quieres decir que yo he sido tu víctima?

—Naturalmente, tú has sido mi víctima. ¿Qué has hecho en tu vida que no haya sido en mi beneficio?

—Muchas cosas, más de las que podría decirte, cosas que puedes averiguar por ti misma con sólo pensar un poco. Piensa en todo lo que he hecho en mi pronto beneficio.

Alegremente burlona, Maggie preguntó:

—¿En tu propio beneficio?

—¿Qué te parece todo lo que he hecho en beneficio de American City? Maggie sólo tardó un instante en contestar:

—No hablaba de ti en el aspecto de hombre público, sino sólo desde un punto de vista privado.

—Pues debes tener en cuenta que American City ha influido mucho en mi vida privada.

El señor Verver calló unos instantes y añadió:

—¿Y qué te parece todo lo que he hecho en beneficio de mi prestigio?

—¿Tu prestigio allá? Lo has entregado a aquella gente, a aquella gente horrible, recibiendo a cambio menos que nada. Se lo has entregado para que lo hagan trizas, para que se inventen esos horribles chistes vulgares sobre tu persona.

Casi ingenuamente, Adam Verver alegó:

—Bueno, los chistes horriblemente vulgares carecen de todo interés para mí.

Triunfal, Maggie exclamó:

—¡Exactamente! Todo lo que te afecta, todo lo que te rodea, va a tu costa, gracias a tu magnífica indiferencia, a tu increíble tolerancia.

Sin alterar la postura en que estaba sentado, el señor Verver miró en silencio durante un rato a su hija. Después se levantó despacio, se metió las manos en los bolsillos y se quedó de pie ante su hija. Sonriendo, dijo:

—Naturalmente, hija mía, tú vives a mi costa. Jamás he tenido la intención de que trabajes para ganarte la vida. No me gustaría ser testigo de ello.

Durante unos breves instantes guardaron silencio otra vez, frente a frente. El señor Verver observó:

—En consecuencia, digamos que he tenido para contigo los sentimientos propios de un padre. ¿Cómo es posible que tales sentimientos me transformen en una víctima?

—Es posible debido a que te sacrifico.

—¿A qué?

En este instante, Maggie comprendió que se le deparaba la mejor oportunidad que hasta el momento había tenido de hablar, y quedó durante un minuto como presa en la impresión que su padre le causaba ahora, con aquella tensa sonrisa que llegaba a lo más hondo de ella, a sus últimas profundidades, sondeando su secreta inquietud. Éste fue el momento en todo el proceso de su recíproca vigilancia en que menos faltó para que el delgado tabique que mediaba ente ellos fuera atravesado por el más leve toque erróneo. Bastaba el aliento de cualquiera de los dos para que aquella apariencia se estremeciera. Se trataba de un tejido perfecto pero tensamente clavado en un marco, y susceptible de ceder si cualquiera de los dos respiraba con un poco de fuerza. Maggie contuvo el aliento al conocer por los ojos de su padre, en cuyo fondo brillaba una luz que no podía apagar, que éste intentaba llegar a una seguridad, que quería saber si la certidumbre de su hija era la misma que la suya. La intensidad de la importancia que su padre daba a ello en aquellos momentos fue lo que la convenció de manera absoluta, de manera que, encaramada en una altura de vértigo ante él, y bajo la cegadora luz de su observación, Maggie se tambaleó casi violentamente durante unos instantes, y durante este tiempo toda su persona fue la mismísima imagen del equilibrio que cada cual a su manera se esforzaba en mantener. Y lo estaban manteniendo sí, o, por lo menos, Maggie lo mantenía; y comprendió, mientras su sensación de vértigo se desvanecía, qué era lo que debía hacer, lo que podía hacer con éxito. Se

sintió dura, tenía que hacerlo, tenía que hacerlo de una vez para siempre, mediante su ficción, ahora, allí donde se encontraba. Tanto ocurrió en tan breve tiempo que Maggie ya sabía que conservaba la serenidad. La había conservado gracias a la advertencia que vio en los ojos de su padre. Maggie sabía que había recuperado la frialdad, sabía por qué la había recuperado y cómo la había recuperado, y esto fue precisamente lo que la ayudó. Su padre se había dicho: «Maggie no resistirá más y mencionará a Americo, dirá que me sacrifica a él, y lo que de esta declaración derive —juntamente con tantas otras cosas— confirmará mis sospechas». Su padre vigilaba los labios de Maggie, esperaba los síntomas que anuncian el sonido, y en tanto estos síntomas no se produjeran, nada sabría que ella no midiera debidamente al dárselo a saber. En estos instantes, Maggie había recuperado el dominio de sí misma hasta el punto de que parecía saber que le sería más fácil hacer que su padre mencionara a su esposa que a su padre hacer que ella mencionara a su marido. Vio que, si hacía lo preciso para obligar a su padre a evitar decir inconscientemente «Charlotte, Charlotte», éste se delataría. Tener esta seguridad bastaba a Maggie, quien vio con más y más claridad, a medida que discurrían los instantes, qué era lo que los dos estaban haciendo. Su padre estaba haciendo aquello hacia lo cual se había dirigido, aproximándose más y más a ello constantemente. Había averiguado cuál era el camino para llegar al punto en que era más posible que Maggie aceptara, ¿y dónde había asentado los pies ésta, durante las semanas anteriores y los días anteriores, sino en su aceptación de la oferta? Maggie se enfrió, se tornó más y más fría, mientras sufriendo, hacía lo preciso para que aquella inmediata visión de la actitud personal de su padre no la debilitara. Su mayor certidumbre era la intensidad de la presión que en ella ejercía su padre, y pensaba que, si no hubiera ocurrido algo horroroso, ninguno de los dos se vería obligado a hacer cosas horrorosas. Por otra parte, Maggie tenía la ventaja de poder mencionar a Charlotte sin delatarse, como enseguida demostró a su padre.

—Sencillamente, te sacrifico a todo y a todos. Considero que las consecuencias de tu matrimonio son perfectamente naturales.

El señor Verver echó un poco la cabeza hacia atrás, se ajustó las gafas y dijo:

—¿Ya qué llamas tú «consecuencias», querida?

—A tu vida, tal como tu matrimonio la ha conformado.

—¿Es que no ha hecho de mi vida exactamente aquello que deseábamos que fuera?

Maggie vaciló, luego sintió que se serenaba mucho más de lo que hubiera podido soñar:

—Exactamente lo que yo deseaba, es cierto.

La mirada del señor Verver, a través de los cristales de las gafas recién ajustadas, seguía fija en los ojos de Maggie, y con su sonrisa fija y más intensa, parecía darse cuenta de que su hija actuaba impulsada por una inspiración correcta. El señor Verver dijo:

—¿Y lo que yo deseaba nada importa?

—Para mí carece de significado, como carece de significado todo lo que has conseguido. Precisamente esto es lo importante. No me dedico a averiguar el significado, jamás lo he hecho. Saco de ti sólo lo que puedo, todo lo que me has proporcionado, y dejo que por tu parte hagas lo que puedas con el resto. Lo tuyo es el resto. ¡Ni siquiera me preocupo de…!

—¿De qué?

El señor Verver observaba a su hija, mientras ésta vacilaba levemente mirando a su alrededor para hurtarse a la constante visión del rostro de su padre.

—De lo que realmente te ocurre. Parece que desde un principio nos hubiéramos puesto de acuerdo en que no me preocupara de ello, y este acuerdo es, desde luego, maravilloso para mí. ¡No dirás que no lo he observado a rajatabla!

No, el señor Verver no lo dijo, a pesar de que Maggie le dio la oportunidad para ello, al callar para recuperar el aliento. El señor Verver sólo dijo:

—¡Oh, Dios mío, oh, oh…!

Pero esta exclamación de nada sirvió pese a que Maggie tenía que saber cómo era aquel fracaso —tan reciente pero ya tan distante— a que hacía referencia. Maggie repitió su negativa, evitando que su padre menoscabara la verdad de lo que ella pensaba:

—Jamás me pregunté nada y, como puedes ver, ahora tampoco lo hago. He seguido adorándote, pero ¿qué es esto en una hija con un padre como tú?, ¿qué es esto sino una cuestión de buena y cómoda organización, de tener dos caras, tres casas en vez de una, y habríamos tenido cincuenta si yo lo hubiera deseado, y en hacer lo preciso para que tú veas al niño? ¿No pretenderás, supongo, que lo natural hubiera sido, por mi parte, tan pronto tú te pusiste a vivir solo, enviarte a American City?

Fueron preguntas directas que sonaron nítidamente en el aire suave del bosque. Durante un rato Adam Verver reflexionó acerca de estas preguntas. Sin embargo, poco tardó Maggie en ver lo que la reflexión inducía a su padre a hacer con aquellas preguntas. El señor Verver dijo:

—Cuando hablas así, ¿sabes qué me induces a desear, Mag?

Y el señor Verver volvió a esperar. A Maggie le causaba la impresión de que algo que había estado detrás de todo lo hablado, profundamente oculto en la sombra, avanzaba cautelosamente hacia ella, tanteando el terreno antes de aparecer.

—Por lo general me haces desear regresar a American City. Cuando te portas así…

Pero el señor Verver se contuvo.

—¿Cuando me porto así…?

—Me haces desear el regreso. Me induces a pensar que American City sea el mejor lugar para nosotros.

Estas palabras hicieron vibrar a Maggie:

—¿«Nosotros»?

—Para Charlotte y para mí. ¿Sabes que sería una buena lección para ti el que nos fuéramos?

Dichas estas palabras, el señor Verver esbozó una sonrisa, ¡y qué sonrisa! Añadió:

—Y si sigues así, regresaremos.

En ese instante la copa de la convicción de Maggie se llenó hasta el borde, de modo que hubiera bastado el más leve toque para que rebosara. Ésta era la idea de su padre, y la claridad de tal idea, por un instante, casi la deslumbró. Fue como un haz de luz en cuyo centro veía a Charlotte como un objeto representado, por contraste, en negro; la vio vacilando en su campo visual, la vio alejada, transportada, condenada. Y su padre había mencionado a Charlotte, la había mencionado de nuevo, y Maggie le había obligado a ello, que era lo que más había necesitado. Era como si ella hubiera acercado al fuego una carta escrita con invisible tinta simpática, y las letras hubieran aparecido en tamaño todavía mayor del que ella esperaba. Tardó unos segundos en darse cuenta de ello: pero cuando habló, causó la impresión de haber doblado la hoja en que estaban aquellas líneas de indecible valor, y de habérsela guardado en el bolsillo:

—Bueno, en ese caso sería yo, al igual que siempre, la causa de tus actos. No tengo la menor duda de que eres capaz de hacer lo que acabas de decir si estimas que será en mi beneficio.

Riendo, remató sus palabras con las siguientes:

—Incluso en el caso de que este beneficio sólo sea el pequeño placer de

haber «seguido yo así», como tú has dicho. En consecuencia, permite que mi goce, sea cual fuere el precio, siga consistiendo en expresarte eso que yo denomino «sacrificio» tuyo.

Maggie efectuó una profunda inhalación. Había conseguido que su padre hiciera todo lo que hubiera debido hacer ella, y había iluminado la senda a ello conducente sin mencionar a su marido. El silencio con que Maggie había hecho tal referencia fue tan claro como un sonido seco y preciso, inevitable; ahora el señor Verver avanzó por el camino que este silencio había marcado, y con repentino aire de confesar plenamente, por fin, la posición en que Maggie se encontraba, y de formular la pertinente pregunta que comportaba el implícito conocimiento de lo anterior, dijo:

—En este caso, ¿consideras que no sé defenderme?

—A esto exactamente me he estado refiriendo. Y si no fuera por…

Pero Maggie no acabó la frase, los dos quedaron de nuevo en silencio, frente a frente. Hasta que el señor Verver dijo:

—El día, querida, en que yo estime que comienzas a sacrificarme, te lo diré.

Un poco sorprendida, Maggie preguntó:

—¿Que «comience», dices?

—Sí. Y ese día será aquel en que dejes de creer en mí.

Con lo cual el señor Verver, fija aún la mirada a través de los vidrios de las gafas en su hija, las manos en los bolsillos, el sombrero un poco echado hacia atrás, las piernas algo separadas, causaba la impresión de haber quedado plantado allí para dar una sensación de seguridad con la que se le había antojado podía también obsequiar a Maggie, a falta de otras cosas, antes de cambiar el tema de la conversación. Para Maggie esto produjo el efecto propio de un recordatorio: recordatorio de todo lo que su padre era; de todo lo que había hecho, de todo lo que Maggie podía considerarle representante, además de ser un padre perfecto para ella, de todo lo que, con carácter eminente, en los dos hemisferios, había sido capaz de hacer, y, en consecuencia, de todo aquello hacia lo que deseaba, de ningún modo ilegítimamente, llamar la atención de Maggie. La persona de «éxito», la persona benemérita, el gran ciudadano bueno, generoso, original, sin miedo y sin tacha de voluntad, el consumado coleccionista, la gran autoridad infalible, todo esto había sido su padre y todo esto seguía siéndolo, y ella estimó, en aquel instante, que estas realidades daban a su padre, de una manera maravillosa, una personalidad que debía tener muy en cuenta al tratarle, tanto al apiadarse de él como al envidiarle. En estos momentos tenía la impresión de que su padre fuera de tamaño superior al

natural; durante estos momentos lo vio bajo una luz reveladora que había brillado ante ella en muchas ocasiones del pasado, pero que jamás fue tan intensa y casi magistral como ahora. Ahora la serenidad de su padre formaba parte de todo: de su éxito, de su originalidad, de su modestia, de su exquisito trato social, de su inescrutable e incalculable energía. Y quizá fuera esta cualidad —principalmente por ser resultado, en esta ocasión de un admirable y perceptible esfuerzo— lo que le convertía a sus ojos en una obra de arte más preciosa que cuantas había tenido él ante los suyos. De forma absoluta, hubo un momento en que esta impresión de Maggie fue en aumento, incluso como la del típico observador en el silencioso museo, embelesado ante el objeto con fecha y nombre, orgullo del catálogo, pulido y consagrado por el trabajo del tiempo. Principalmente extraordinario era el número de diferentes maneras en que el señor Verver podía mostrar a Maggie que era así. Estaba dotado de fortaleza y esto constituía lo más importante. Era seguro, y la expresión de esto en él en ningún momento había quedado tan identificada con su demostrado buen criterio para cuanto fuera raro y verdadero. Pero sobre todas las cualidades destacaba la de su constante juventud, era maravillosamente joven, lo cual coronaba el efecto que producía en la imaginación de Maggie. Antes de que pudiera darse cuenta, Maggie quedó transportada, elevada por la impresión de hallarse sencillamente ante un hombrecillo grandioso, profundo y elevado, y que no cabía la posibilidad de efectuar la más leve distinción entre amarle con ternura y amarle con orgullo. De una forma extraña esto representó, bruscamente, un inmenso alivio. La convicción de que su padre no había fracasado y que jamás fracasaría purgó la condición de la mezquindad en que ambos se hallaban, la transformó de manera que parecía que hubieran surgido de su transmitida comunión, sonriendo casi sin dolor. Era como una nueva confianza, y al instante Maggie supo todavía mejor por qué. ¿Acaso no era debido a que ahora estaba pensando en ella como hija suya, a prueba durante estos mudos segundos, como fruto de su sangre? Y en este caso, si ella, con su consciente pasioncilla, no era hija de la debilidad, ¿qué era sino todo lo fuerte que debía ser? Maggie experimentó cómo este sentimiento la iba llenando y la elevaba más y más. En este caso, tampoco ella había fracasado, sino todo lo contrario. La fortaleza de su padre era la fortaleza de Maggie; el orgullo de Maggie era el orgullo de su padre, y los dos juntos eran decentes y competentes. Todo lo anterior quedó contenido en la respuesta que Maggie dio a su padre:

—Creo en ti más que en cualquier otro ser.

—¿Más que en todos aquellos en quienes crees?

Maggie vaciló al pensar en lo que esto significaba, pero cien mil veces vio que no cabía la menor duda.

—Más que en todos, en absoluto.

Ahora nada había recatado, había hablado con la mirada en los ojos de su padre, en total entrega. Maggie añadió:

—Y pienso que tú crees en mí de la misma manera.

En silencio, el señor Verver la miró durante un minuto más, pero cuando habló lo hizo en el tono adecuado:

—Sí, aproximadamente.

—¿De acuerdo?

Maggie había hablado con el tono de dar fin a la conversación, con el tono de estar de acuerdo en otros asuntos, de estarlo en todo. Jamás volverían a hablar de aquel tema.

—¡De acuerdo!

El señor Verver sacó las manos de los bolsillos, y en el momento en que Maggie las cogió, la atrajo hacia su pecho, y contra él la retuvo. La retuvo firmemente y largo tiempo, y Maggie se relajó con abandono, pero fue un abrazo augusto y casi severo que, a pesar de su intimidad, no producía revulsión y no acabó con la inconsecuencia de las lágrimas.

Capítulo XXXVIII

Después de lo dicho, Maggie se dio cuenta de que tanto ella como su padre habían contado con la ayuda de la influencia de haber sido vista, por casualidad, pocas noches antes, abrazando a la esposa de su padre. El regreso de éste al salón coincidió por azar con dicha demostración de afecto, que tampoco se perdieron su marido y los Assingham, quienes, interrumpiendo la partida de bridge, habían abandonado la sala de billar juntamente con el primero. En aquella ocasión, Maggie tuvo clara conciencia de lo que la impresión causada en los otros podía, a la larga, coadyuvar en beneficio de su causa, más aún si tenemos en cuenta que, como sea que ninguno parecía tener deseos de ser el primero en comentar el hecho, éste había adquirido, con carácter perceptible, el especial matiz de la consagración conferida por la unanimidad del silencio. Maggie bien hubiera podido considerar que el efecto fue un tanto embarazoso, por la prontitud con que se separó de Charlotte, como si hubieran sido descubiertas en un trance absurdo, al darse cuenta de que tenían espectadores. Por otra parte, los espectadores —según parecía— no podían suponer, habida cuenta de las actuales relaciones, que las dos fueran propensas a recíprocas demostraciones de afecto; sin embargo, ante la duda entre la simpatía y la hilaridad, forzosamente tuvieron que estimar que la única

manera de evitar que todo comentario hablado o reído resultara vulgar podía consistir en que fuera inteligente. Evidentemente contemplaron a las dos jóvenes esposas como si se tratara de un par de mujeres en el acto de hacer «las paces» efusivamente, tal como se supone hacen las mujeres, principalmente cuando se trata de reconocidas insensatas, después de haber andado a la greña; pero, al mismo tiempo, percatarse del acto de la reconciliación comportaba, por parte de su padre, por parte de Americo, por parte de Fanny Assingham, una aceptada visión de los motivos de la diferencia. El incidente significó algo, significó demasiado para cada uno de los testigos, a pesar de lo cual nadie hubiera podido decir algo sin causar la impresión de decir esencialmente esto: «¡Mirad, mirad a esas dulces criaturas! ¡Las disenciones han terminado!». «¿Las disensiones? ¿Qué disensiones?», hubieran contestado las dulces criaturas inevitablemente, con lo cual el ingenio de los otros hubiera quedado obligado a efectuar ejercicios de acrobacia. Nadie había llegado a la altura de ser capaz de inventar, de improviso, una razón ficticia de distanciamiento entre las dos esposas, es decir, de inventar una razón que ocupara el lugar de la verdadera, la cual se respiraba en el ambiente desde hacía largo tiempo, como habían percibido las más afinadas sensibilidades, por lo que todos, a fin de evitar situaciones comprometidas, fingieron, inmediatamente después, que no habían visto cosa que cualquier otro hubiera podido ver.

De todas maneras, el panorama mental de Maggie quedó inundado por la luz reflejada por el total de las suposiciones, suposiciones que permitieron virtualmente a todos los presentes, y Charlotte no fue excepción ni mucho menos, exhalar un largo suspiro. El mensaje de la escenita fue diferente para cada uno de los presentes; pero de manera muy destacada produjo el efecto de reforzar, e incluso reforzar inmensamente, el general esfuerzo llevado a cabo semana tras semana y, en los últimos tiempos, con marcado éxito, de hablar y actuar como si nada ocurriera. Sin embargo, con principalísimo interés la mente de Maggie, mientras tuvo ante sí aquella copa, se fijó en la naturaleza del éxito conseguido por Charlotte. Ante todo, si por un lado intuía el secreto sobresalto que su padre seguramente tuvo, la secreta curiosidad experimentada por su marido, y la manera en que Fanny, secretamente, había visto hacerse la luz ante sus ojos, por otro se daba cuenta del alto beneficio que lo ocurrido comportaba para Charlotte. Maggie sentía en todo su ser que Charlotte lo sentía, y comprendía que la publicidad había sido absolutamente necesaria para coronar su humillación. Era el último toque, y ahora ya nada faltaba. Y dicho sea en honor de su madrastra, la señora Verver había causado la impresión de desear demostrar, desde aquella velada, que lo reconocía con suma vehemencia. Maggie revivió una y otra vez los minutos en cuestión, y se descubrió a sí misma reiteradas veces en el trance de hacerlo. Hasta tal punto fue así que la velada entera formó una unidad, como si se tratase de algo

regulado por unos poderes ocultos que la dominaron, unos poderes ocultos que, por ejemplo, dieron a los otros cuatro la precisa inquietud para que todo ocurriera como debía ocurrir, haciendo lo preciso para que su partida de bridge —abstracción hecha de la abismal imagen que para Maggie representó— se interrumpiera en el momento adecuado, obedeciendo al impulso jamás confesado, de descubrir la verdad, emulando, aunque más tarde, la inquietud de Charlotte. Esta última preocupación suscitada de forma claramente perceptible por aquel miembro del grupo que vagaba por el exterior de extraña manera y que no estaba vagando ignorado, a pesar de la simulada ceguera de los demás.

Y si bien la señora Verver, entre tanto, causó a Maggie la impresión de emprender un rumbo claramente determinado, por la última y fausta ocurrencia en que aquella noche había fructificado, nuestra joven amiga no por ello dejaba de observar que, en verdad, la señora Verver no había recuperado la tranquilidad con carácter de permanencia absoluta. De modo indudable, había visto que Charlotte deseaba ponerse a la altura de las circunstancias y comportarse con magnificencia; había comprendido que Charlotte había decidido que la mejor manera de conseguirlo era demostrar que las seguridades por ella arrancadas allí, bajo el alto y frío esplendor del salón, con destellos de cristal y de plata, no sólo habían arrojado aceite sobre las turbulentas aguas de la diferencia que mediaba entre las dos, sino que el mecanismo de las relaciones entre una y otra había quedado sumido en un baño de dicho lubricante. Charlotte había excedido con mucho los límites de la discreción al insistir, en su capacidad de pagar en la debida proporción un servicio que estimaba generoso. Maggie bien hubiera podido preguntar: «¿Generoso?, ¿por qué?», ya que si Maggie hubiera sido veraz, tal servicio no habría sido de importancia. En este caso, tanto la una como la otra hubiesen tenido ocasión de comprobar vívidamente que los labios de la Princesa no tropezaban con dificultades a la hora de ser veraces. Aunque en realidad debemos decir que si el humor de ésta hubiera sido capaz de entregarse a las alegrías internas, difícilmente habría podido resistir la tentación de contemplar cómo un ser tan inteligente como Charlotte podía estar tan engañado. La teoría del comportamiento generoso formulada por Charlotte iba manifiestamente encaminada a expresar que la palabra de su hijastra, al hacer borrón y cuenta nueva, como suele decirse, había devuelto la serenidad a la relación entre las dos, en la que ni una sola nube se veía. En resumen, y contemplada desde este punto de vista, su teoría había sido idealmente concluyente, de tal manera que jamás podría volver a aparecer el fantasma de cualquiera de los asuntos de que habían tratado. Sin embargo, ¿acaso la esencia de lo ocurrido no era la propia de una transacción un tanto pasajera? Verdaderamente, al cabo de una semana Maggie tuvo ocasión de sospechar que su amiga comenzaba, un tanto abruptamente, a recordarlo. Maggie estaba convencida de cuál había sido el

ejemplo que con su actitud su marido había dado a su amante, ejemplo con el cual la profesión de fe de Maggie hacia ésta había sido un acto de adecuación exquisitamente calculado, pero no por ello su imaginación dejaba de buscar en el oculto juego de la influencia de su marido la explicación de todo cambio que se produjera en la superficie, de toda diferencia en la expresión o en la intención. Tal como sabemos, a lo largo de su vida, la Princesa en pocos terrenos había permitido que su fantasía se desatara, pero dicha facultad se liberaba de todo freno cuando penetraba en el vacío de la relación entre el Príncipe y Charlotte. La fantasía de la Princesa podía atestar de imágenes aquel territorio, imágenes siempre constantemente renovadas, que allí bullían como las extrañas combinaciones que se ocultan en el bosque al atardecer, se acrecientan y adoptan formas definidas, y luego regresan a la vaguedad; para Maggie se distinguían por el hecho de ser siempre imágenes oscuramente agitadas. Ella se había despedido de aquella anterior visión del estado de dicha, visión poco segura por la intensidad de la dicha. Desorientada, había dejado de ver aquella pareja de wagnerianos enamorados de ópera (en lo más hondo de su espíritu, Maggie hacía comparaciones de este género) prietamente entrelazados en su bosque encantado, en un verde lugar tan romántico como un soñado viejo bosque germánico. Contrariamente, ahora el cuadro era velado, cubierto por la oscuridad de la inquietud, detrás de la cual Maggie percibía confusamente una procesión de formas que lamentablemente habían perdido su preciosa confianza.

A pesar de que Maggie, en la actualidad, tenía con Americo pocas relaciones personales sin trabas, ni siquiera su imitación de ellas, y que de día en día estas relaciones eran menos, tal como ella misma había previsto desde el principio, su activa concepción de la accesibilidad de Americo al privado y no extinguido derecho de su amiga a proseguir sus actividades no era menos activa que antes. A pesar de todo, imaginaba a Americo todavía ocupado en oprimir resortes y dominar corrientes o, mejor dicho, poniendo sordina a todas las posibilidades, manteniéndolas más y más acalladas, y llevando constantemente a su cómplice a un nuevo recodo del camino. En cuanto a lo que hacía referencia a ella, Maggie adquiría clara conciencia, con el paso de las semanas, de los ingeniosos recursos que Americo empleaba para compensarla de la falta de franqueza, en lamentable medida, privación que quizá había dejado en los labios de Americo un poco de aquella misma sed que Maggie sentía que le secaba los suyos, del tormento del peregrino extraviado que aguza el oído en las arenas del desierto para percibir el posible, imposible, murmullo del manar del agua. Sin embargo, ella pensaba en esta inhibida conducta de Americo cuando mayores deseos sentía de encontrar una base que diera dignidad a aquella dura pasión que sentía y que nada entre cuanto él había hecho pudo apagar. No faltaban las horas, horas de soledad, en las que Maggie abandonaba la dignidad, pero también había otras horas en las

que, pegada con su alada concentración a una profunda celdilla de su corazón, acumulaba en ella la ternura como si la hubiese libado todo ella en las flores. Americo caminaba ostensiblemente al lado de Maggie, pero en realidad vivía si interrupción en el mundo gris en el que se movía irremediablemente a tientas. Darse cuenta de ello era, por parte de Maggie, un continuo dolor de duración indefinida —quizá durante siempre—, que sólo podía desaparecer por un acto de Americo. Maggie nada más podía hacer a este fin, ya que había hecho cuanto había podido. Entre tanto, no era fácil tolerar la actitud que Charlotte había tomado, como persona que se guiaba por Americo, aceptando la guía de éste incluso en dosis de amargura; sin embargo, con él perdida se hallaba en traidoras profundidades. Con toda claridad se percibía que Americo había advertido a Charlotte, al comunicarle ésta la inapreciable seguridad que había recibido de su esposa, que debía tener buen cuidado de evitar que su satisfacción revelara, en parte, el peligro en que se hallaba. Maggie esperó inactiva durante un día, después dio tiempo a Americo de enterarse sin reserva de cómo había mentido por él; esperó la luz de un leve reflejo de tal conocimiento, que apenas sabía en qué podía consistir, en la actitud de Americo. Durante estas horas de espera, se preguntó qué evolución retardada podía haber precipitado la pobre Charlotte involuntariamente. Y así vemos que Charlotte volvía a ser para Maggie la pobre Charlotte, incluso mientras ésta vivía humillada; la razón que explicaba todo acudía reiteradamente a la mente de nuestra joven amiga, envuelta en el concepto de lo que había ocurrido en secreto. Maggie veía a Charlotte frente al Príncipe, en el acto de aceptar de éste las más frías y severas prevenciones, a las que iban anejas más profundas dificultades para los dos. Maggie la oía preguntar, irritada y sombría, en nombre de Dios —su valentía no agradaba al Príncipe—, qué tono tenía que adoptar, y oía a Americo contestar con voz en la que todas la sutiles notas conocidas y admirables sonaban vívidamente en los oídos de Maggie, que esas pequeñas prudencias deben ser por uno mismo arbitradas. La Princesa comprendía con claridad que, a este respecto, respiraba el frío aire que Charlotte respiraba, se alejaba del Príncipe en compañía de Charlotte; se alejaba con ella, animada de creciente compasión, de acá para allá rezagada tras Charlotte, mientras oía su propia voz preguntándose a sí misma dónde podría reposar. Maravillosa era la manera en que envuelta en estas imaginaciones Maggie trazaba círculos y se demoraba, como si estuviera materialmente invisible, siguiendo a Charlotte, contando todos los pasos que ésta malgastaba irremediablemente, reparando en todos los obstáculos que podían obligarla a detenerse.

En consecuencia, el paso de unos cuantos días como el anterior produjo un cambio en la percepción de la inmediata beatitud del triunfo, de un triunfo magnánimo y sereno, con que las consecuencias de la escena nocturna en la terraza habían condenado a nuestra joven amiga a pactar. Como sabemos,

Maggie había tenido la visión de las doradas rejas retorcidas, de la puerta de la jaula violentamente abierta desde dentro, del ser aprisionado vagando en libertad, cuyos movimientos no dejaron de tener durante aquel breve momento impresionante belleza; pero su límite, aunque en otra dirección, se había hecho patente a la vista de la última conversación de Maggie con su padre bajo los grandes árboles. Entonces fue cuando Maggie vio el rostro de su madrastra amargamente situado en el lugar hacia el que, en el curso de la sesión, de tan significativa manera su padre había orientado el suyo; entonces fue cuando comprendió que podía llegar el momento en que lo viera palidecer; entonces fue cuando tuvo la impresión de saber el significado de sus propios pensamientos, bajo la sombra de la más temible referencia de su padre, cuando ella calificó a Charlotte de «condenada». Y si es cierto, como digo, que ahora la atención de Charlotte trazaba círculos lentamente, tampoco cabe negar que de vez en cuando se detenía durante ciertos trances en los que Maggie miraba, de forma absoluta, con los graves ojos de Charlotte. Y lo que con ellos siempre veía era la imagen de un menudo y silencioso caballero que llevaba, mientras se movía por el campo visual, un sombrero de paja, un chaleco blanco, una corbata azul, un cigarro entre los dientes, y las manos en los bolsillos. Él, a menudo, presentaba la espalda encorvada, medía despacio la perspectiva del parque y contaba ensimismado (así parecía) sus pasos. Durante una o dos semanas, hubo horas intensas en las que realmente parecía que Maggie siguiera cautelosamente los pasos de su madrastra por la gran casa, de estancia, de ventana a ventana, sólo para verla, de aquí para allá en todas partes, en trance de poner a prueba su inquieta visión, de indagar su destino, de examinar su problema. Sin duda, Charlotte se encontraba ante algo con lo que nunca se había encontrado, algo que representaba una nueva complicación y que había engendrado una nueva ansiedad; algo que Charlotte llevaba consigo envuelto en la servilleta de la aceptada reprensión de su amante, buscando en vano un rincón en donde dejarlo sin riesgos. La disimulada solemnidad y la prolongada inutilidad de su búsqueda hubieran parecido grotescas a cualquier observador un poco más irónico, pero la capacidad de ironía de Maggie, que hemos estimado naturalmente escasa, jamás lo había sido tanto como ahora; había momentos en los que Maggie, invisible, veía con los ojos de Charlotte, momentos en los que el simple efecto de estar junto a ella, le ponían el corazón en la garganta, y poco faltaba para que le dijera: «Domínate cuanto puedas, procura no sentir demasiado terror, querida, y verás cómo todo se arregla».

Maggie se daba cuenta de que Charlotte podía contestar a estas palabras diciendo que era fácil decirlas, incluso que poco significado podían tener mientras el meditativo hombrecillo con el sombrero de paja siguiera haciendo acto de presencia, con su indescriptible aire de estar tejiendo una mágica telaraña, de tejerla él solo. En cualquier lugar del panorama en que se

produjeran las apariciones del hombrecillo se le veía absorto en esta ocupación, y en dos o tres extraordinarias ocasiones, Maggie pudo darse cuenta de que este hombre le insinuaba que estaba al tanto de la impresión que producía. Hasta después de la larga conversación recientemente sostenida en el parque, no se percató de lo profunda y exhaustivamente que los dos se habían comunicado; en consecuencia, los dos iban a permanecer juntos, por el momento, de manera muy parecida a la que dos bebedores dados a la conversación apartan un poco las sillas de la mesa en la que hasta el momento han apoyado los codos, y en la que han vaciado sus rebosantes copas boca abajo, y a los compañeros de bebida nada más les queda por hacer o decir, salvo confirmar con sus plácidos silencios que el vino ha sido bueno. Se habían separado preparados por el vino, preparados para cualquier cosa, y todo lo que entre los dos pasó, a medida que el mes se consumía, confirmó la verdad de esta comparación. Nada había actualmente entre los dos salvo que se contemplaban el uno al otro con infinita confianza; no necesitaban más palabras, y cuando se reunían en los profundos días veraniegos, incluso cuando se reunían sin testigos, cuando se besaban al saludarse por la mañana, al despedirse por la noche o en cualquiera de las ocasiones de contacto que tan libremente siempre habían celebrado, ni siquiera un par de pájaros volando en lo alto hubieran causado menor impresión de albergar el deseo de proponer el uno al otro sentarse y volver a hablar preocupadamente. Hasta tal punto era así que, cuando se hallaban en la casa, en donde el número de tesoros del señor Verver, en espera de ser trasladados, era mayor que en cualquier tiempo pasado, Maggie se limitaba a mirar a su padre desde el otro extremo de la gran galería, orgullo de la mansión, como si se hallara en una sala de un museo y fuera una joven entusiasta armada con un Baedeker y su padre un vago caballero que incluso desconociera los Baedekers. Desde luego, el señor Verver siempre había tenido la costumbre de pasear pasando revista a sus posesiones e inspeccionando el estado en que se encontraban, pero ahora a Maggie le parecía que su padre se dedicaba casi con exageración a este pasatiempo; cuando Maggie pasaba junto a su padre y éste se volvía para dirigirle una sonrisa, ésta advertía, o imaginaba advertir, una mayor profundidad en el leve y perpetuo zumbido de la contemplación de su padre. Parecía que canturreara para sí, sotto voce, mientras paseaba; también en ciertas ocasiones se dio el inefable caso de que Charlotte, al lado de Maggie, vigilando, escuchando, siempre presente, se esforzó en quedar lo bastante cerca del señor Verver para poder discernir la canción oculta en aquel sonido, pero por razones derivadas del propio modo en que el sonido era emitido, se alejó como si no se atreviera a hacerlo.

Una de las atenciones con que Charlotte liberalmente obsequiaba a su marido, casi desde el instante de su matrimonio, fue la de interesarse en sus rarezas y valorar debidamente sus gustos, ya que la innata pasión de Charlotte

por los objetos bellos y su agradecido deseo le inducían a no perder oportunidad alguna de que el señor Verver le diera lecciones al respecto. A su debido tiempo, Maggie tuvo ocasión de ver cómo Charlotte comenzaba a «utilizar» cuanto podía esta desdichada fuente natural de comprensión entre los dos. Ella tomó posesión íntegramente de aquel terreno y dio a entender con extraño exceso, bien cabía estimarlo así, la presunción de que aquel terreno era para ella y su marido, todo el terreno, el medio común dotado del aire más puro, más claro y más respirable. Y llegó el momento en que Maggie se preguntó si Charlotte, con esas intensidades de aprobación, no encerraba excesivamente al señor Verver en su provincia; pero ésta era una queja que el señor Verver jamás había formulado a su hija. Por su parte, Charlotte debía considerar, por lo menos, que gracias a su admirable instinto y a su amplitud de percepción, parejos a los del señor Verver y en ningún momento rezagados con respecto a los de éste, nunca había cometido ante él una discordante equivocación o le había dicho una estupidez reveladora. Durante aquellos días veraniegos, Maggie tuvo que reconocer maravillada que, a fin de cuentas, ésta era una de las maneras de ser una esposa afable; nunca lo reconoció más paladinamente que en aquellos extraños momentos en que encontraba a los sposi, como Americo los llamaba, bajo los abovedados techos de Fawns, tan juntos y tan separados al mismo tiempo, mientras efectuaban su cotidiana inspección. Charlotte iba un poco rezagada, enfáticamente atenta, se detenía cuando su marido se detenía, pero lo hacía a una distancia de dos o tres vitrinas, o de otros tantos objetos sucesivos, y no hubiera sido erróneamente representada la imagen de su vinculación si se habría dicho que parecía que el señor Verver llevaba en una de sus embolsilladas manos el extremo de un largo cordón de seda cuyo otro extremo enlazaba el hermoso cuello de Charlotte. El señor Verver no tiraba del cordón, pero el cordón estaba allí; no arrastraba a Charlotte, pero ésta le seguía, y los indicios que, según he dicho, le parecían a la Princesa extraordinarios eran dos o tres insinuadas expresiones faciales que la presencia de su esposa no impedía que dirigiera a su hija. Esta presencia tampoco impedía que Maggie, al pasar, debemos añadir, con toda seguridad, se sonrojara un poco al percibir aquellas expresiones. Quizá quedaran reducidas a una sonrisa sin palabras, absolutamente sin palabras, pero esta sonrisa era el suave tirón dado al trenzado cordón de seda, y la interpretación que ella le daba, conservada en su seno hasta que se había alejado, sólo quedaba formulada como si hubiera el riesgo de que fuera subrepticiamente escuchada cuando tenía una puerta cerrada a su espalda. «¿Lo ves? Ahora la llevo atada por el cuello, así la llevo a su condena; ella ignora cuál es su condena, tiene el miedo en el corazón. Si tuvieras las oportunidades que yo tengo, en calidad de marido, de aplicar el oído allí, lo oirías latir sordamente. Charlotte piensa que su condena sea un horrible lugar al otro lado del océano, lugar horrible para ella, pero no osa preguntarlo,

¿comprendes? Así como preguntarlo le da miedo, de la misma manera que tiene miedo de tantas cosas que ahora ve multiplicarse a su alrededor como portentos y traiciones. Sin embargo, cuando lo sepa lo sabrá.»

Entretanto, la oportunidad de Charlotte, la única oportunidad para mantener aquel aire de confianza que tan bien había revestido anteriormente y que tanto armonizaba con la firmeza y el encanto de su persona, fue la presencia de los visitantes que, a medida que avanzaba la temporada, nunca quedaba totalmente interrumpida, sino al contrario. Gracias a las personas que acudían invitadas a almorzar o a tomar el té y a ver la casa, ahora atestada, ahora famosa, Maggie llegó a considerar que este numeroso elemento de «compañía» era como una especie de renovado suministro de agua al tanque en el que nadaban como un grupo de jadeantes carpas. Sin duda esa presencia y el trato de unos y otros era una ayuda para ellos que debilitaba el peso de los muchos silencios que hubieran formado su relación íntima. Hermoso e incluso maravilloso era para Maggie el efecto de estas intervenciones, sobre todo lo era el efecto de hacer comprender a cada uno de ellos el heroísmo que cabe concurra en lo superficial. Porque aprendieron a vivir en lo superficial, permanecían en lo superficial cuantas horas podían y, por fin, lo superficial adquirió la forma de espaciosa estancia central en una casa encantada, con gran rotonda abovedada y acristalada en la que cabía la posibilidad de que la alegría imperase, pero cuyas puertas daban a siniestros pasillos tortuosos. Allí iban los unos en busca de los otros, con rostros inexpresivos que desmentían la existencia de todo género de inquietud ante el encuentro, pero cerraban cuidadosamente las puertas a sus espaldas; las cerraban todas salvo la que comunicaba el lugar, a lo largo de un recto pasillo cubierto, con el mundo exterior. Con ello provocaban la irrupción de la sociedad, imitando la entrada por la que los disfrazados artistas de circo penetran en la pista. Maggie se dio cuenta de que la intensa vida social que la señora Verver había llevado acudía ahora en su ayuda afortunadamente, al tener «amigos personales». Los amigos personales de Charlotte habían estado en Londres, en las dos casas; esto constituía uno de los más útiles placeres, y ahora, en la actual crisis, atenuaba la imagen de aislamiento que Charlotte presentaba. Fácilmente se adivinaba que los mejores momentos de Charlotte eran aquellos en que no tenía miedo a comportarse como una persona aburrida, con el fin de refrenar la curiosidad de sus amigos. Esta curiosidad quizá fuera vaga, pero la inteligente dueña de la casa era concreta y clara: les hacía ir de un lado para otro, sin ahorrarles nada, como si contara todos los días con una nueva cosecha de cosas que hacer. Maggie volvió a coincidir con Charlotte en la galería, a las horas más extrañas, y la vio allí sacando la aleccionadora consecuencia de esto, insistiendo en el interés de aquello, burlándose de determinada pretensión, sonriendo para dejarlos a todos desorientados —características inevitables en casi todas las ocasiones últimamente—, de manera que nuestra joven amiga, incurablemente

propensa a las sorpresas, se maravillaba del misterio por el que un ser que, en ciertos aspectos, era capaz de estar tan apasionadamente acertado, podía en otros estar tan lamentablemente equivocado. Cuando el padre de Maggie paseaba por la galería con aire distraído, en compañía de su esposa, era ésta siempre la que iba en retaguardia; pero el señor Verver se rezagaba cuando Charlotte hacía de cicerone. Quizá en estos casos, yendo de un lado para otro, benévola y modestamente, por los aledaños de la exposición, era cuando menos podía resistir su aire de quien parece tener una mágica telaraña. Brillantes mujeres se dirigían a él vagamente emocionadas, pero el trato del señor Verver le comprometía poco más que si fuera el empleado encargado de comprobar, cuando la oleada invasora se había ido, que las vitrinas seguían cerradas y de recomponer el orden y la simetría.

Una mañana, una hora antes del almuerzo, y cuando ya había llegado un contingente de vecinos —vecinos con diez millas de por medio—, de quienes la señora Verver se había encargado, Maggie se detuvo en el umbral de la galería por la que se disponía a pasar. Se paró vacilante, por la impresión que le causó la cara de su padre, que aparecía por la puerta frontera. Charlotte se encontraba en la parte central de la galería, a mitad de sus explicaciones, manteniendo la atención del apretado grupo de visitantes mediante la austera gracia de su autoridad, en tanto los visitantes, casi atemorizados (¡ahora que se encontraban allí!), por haber anunciado por telegrama que ansiaba ver y admirar, se hallaban limitados a esta congruencia. La voz de Charlotte, alta, clara y un poco seca, llegaba a los oídos de su marido y de su hijastra, mientras dejaba fuera de toda duda su alegre sumisión a los imperativos del deber. Sus palabras, dirigidas a su amplio auditorio, resonaron durante varios minutos en el lugar, mientras todos la escuchaban con un silencio que parecía se hallaran en una iglesia resplandeciente a la luz de los cirios, y que Charlotte cantara un himno de alabanzas. Fanny Assingham parecía transida de devoción. Fanny, cuya fidelidad a esta amiga había menguado tan poco como su fidelidad a su anfitrión, a la Princesa, al Príncipe o al Principino, siempre coadyuvaba con Charlotte mediante lentas evoluciones y murmullos que daban testimonio de su presencia. Maggie reemprendió el avance y, después de la primera vacilación, no pudo dejar de advertir la actitud solemne e inexcrutable que Fanny adoptaba a fin de evitar que la provocaran a delatar lo que sentía. Sin embargo, Fanny se delató revelando un pensamiento en el momento en que Maggie estuvo cerca de ella; bajó la vista hasta el nivel de la Princesa el tiempo suficiente para causar la impresión de aventurarse a dirigirle una muda argumentación: «Supongo que se da usted cuenta de que si Charlotte no hiciera lo que ahora está haciendo no habría modo de saber qué podría estar haciendo». Ésta fue la luminosa verdad que Fanny Assingham arrojó a su joven amiga. Ésta, irresistiblemente conmovida, volvió a experimentar sus dudas y, a continuación, para no revelarlo excesivamente a

las claras o, mejor dicho, para ocultarlo y también para ocultar algo más, dio media vuelta, se acercó a una ventana y se quedó allí, esperando inhibida sin causa aparente que lo justificara.

—La pieza más grande de las tres tiene la rara peculiaridad de que las guirnaldas que la rodean, como pueden ver, son del más depurado vieux Saxe y no tienen el mismo origen que la pieza ni son del mismo período, incluso cabe decir que, a pesar de ser maravillosas, no son de tan acabada perfección. Se incorporaron en un período posterior mediante un procedimiento del que quedan muy pocos ejemplos y ninguno de ellos tan importante como el presente; en realidad, éste es un ejemplar único, por lo que, aunque la pieza íntegra es un poco baroque, su valor es, a mi parecer, inestimable.

De esta manera vibraba la voz de alto tono, animada por la intención de causar una impresión que estaba fuera del alcance de la sensibilidad de los boquiabiertos vecinos; de esta manera la oradora, diciéndolo todo, sin ponerse pesada en nada, como hubieran reconocido jueces menos interesados, parecía justificar la fe en ella honrosamente depositada. Entretanto, a Maggie le había ocurrido una cosa rarísima estando junto a la ventana: de repente se echó a llorar, o estuvo a punto de hacerlo, pues el iluminado rectángulo se nubló ante su vista. La voz seguía sonando, sus vibraciones, iban solamente dirigidas a oídos atentos; pero verdaderamente hubo treinta segundos durante los cuales la voz sonó, para nuestra joven amiga, como el grito de un alma en pena. Si seguía sonando un minuto más, la voz se quebraría y moriría; por esta razón Maggie tuvo la impresión de que, en brusco movimiento, se volvía hacia su padre: «¿No podemos pararla? ¿Es que no lo ha hecho ya bastante?». Una pregunta como ésta fue la que pensó que su padre supuso en los labios de Maggie. Entonces separados por la mitad de la longitud de la galería, ya que el señor Verver no se había movido del lugar en que ésta le sorprendió, él causó la impresión a su hija de confesar, con lágrimas en los ojos, que experimentaba una emoción idéntica a la suya. Claramente llegaron a los oídos de Maggie estas palabras: «Pobrecilla, pobrecilla, hay que ver lo que es capaz de hacer en beneficio de mi prestigio…». Después de esto, mientras padre e hija se hallaban de esta manera unidos, tuvieron otro instante de tensión. La vergüenza, la lástima, el profundo conocimiento, la protesta ahogada, e incluso la adivinada angustia, dominaron al señor Verver que sonrojándose intensamente dio media vuelta y se fue bruscamente. Este ocasional momento de comunión, que fue sólo cuestión de segundos en que sonaron voces ahogadas, tuvo la virtud de causar a Maggie la impresión de elevarse en el aire, hasta tal punto las profundas intuiciones que sentía le dieron que pensar. Honradamente, todo era muy confuso; la consideración posterior que Maggie hacía de situaciones como ésta no dejaba de revelar —ya hemos visto que así era— que la última sensación, como un castigo, quizá consistiera en que alguna de las tristezas y congojas que sentía eran un tanto ridículas. Por

ejemplo, aquella mañana Americo había estado tan ausente como de un tiempo a esta parte parecía desear se advirtiera que lo estaba. Se había ido a Londres para pasar allí el día y la noche, era una necesidad que ahora experimentaba a menudo, y que se había resignado a obedecer durante la estancia de invitados y la presencia de bellas mujeres, por las que Americo sentía vivo interés, según teoría públicamente cultivada. A la esposa de Americo jamás se le había ocurrido calificarle de ingenuo, pero por fin llegó el momento de hacerlo. Al alba de un día de agosto, en que Maggie no podía dormir, mientras inquieta y lentamente paseaba de un lado a otro y se detenía ante la ventana para respirar el fresco aire del bosque, descubrió que la leve brisa del Este le llegaba juntamente con otra realidad casi igualmente prodigiosa. A la rosada luz del alba vio que Americo, a pesar de todo, era capaz en ocasiones de pecar por excesivo candor. Si no fuera así, no hubiera dicho que la razón de ir a la casa de Portland Place, en pleno agosto, consistía en ordenar libros. En verdad que últimamente Americo había estado comprando muchos libros, y que le habían mandado desde Roma verdaderas maravillas del arte de la impresión, en el que su padre siempre estuvo interesado. Pero cuando la imaginación de Maggie siguió a Americo hasta la polvorienta ciudad, hasta la casa de persianas cerradas y de interiores empalidecidos por las fundas, donde sólo vivían un criado y una ayudante de cocina, no le vio dedicado, en mangas de camisa, a abrir maltratadas cajas de embalaje.

En realidad, menos propensa a ser fácilmente engañada, Maggie le vio vagar por las oscuras estancias cerradas, ir de un lado para otro de la casa, profundamente hundido en los sofás, durante largos ratos, fija la vista al frente, a través del humo de encadenados cigarrillos. Estimó que ahora a Americo lo que más le gustaba en el mundo era quedarse a solas con sus pensamientos. Y como Maggie seguía creyendo que estaba más relacionada con los pensamientos de Americo que en cualquier instante del pasado, bien podía decirse que era lo mismo que si estuviera a solas con ella. Maggie imaginaba a Americo descansando de la constante tensión de la superficialidad a que estaba sometido en Fawns, y se sentía vulnerable a las impresiones derivadas de la ineludible alternativa antes mencionada. Parecía que hiciera penitencia de una manera sórdida; estar encerrado en una cárcel o ser privado de dinero, y muy poco hubiera costado a Maggie imaginárselo privado de comida. Americo hubiera podido irse, hubiera podido dedicarse a viajar. Tenía derecho, pensaba ahora la maravillosa Maggie, a muchas más libertades de las que se tomaba. El secreto de Americo consistía, desde luego, en que en Fawns no hacía más que retraerse, allí estaba siempre ante la presencia de gentes que le inducían a retroceder como empujado por una fuerte presión, para refugiarse en cuantos misterios del orgullo, en cuantos recursos interiores de hombre de mundo, había podido conservar. Por razones ignoradas, en aquella aurora, mientras contemplaba la salida del sol, Maggie había medido de manera

extraordinaria las realidades que Americo tenía a su disposición para sacar de ellas pretextos justificativos de su ausencia. En aquel momento, Maggie concluyó que Americo había huido de un sonido. Este sonido todavía resonaba en los oídos de Maggie, era el de las altas y coaccionadas vibraciones de la voz de Charlotte ante las vitrinas en la silenciosa galería, la voz que había herido, atravesándola, a la propia Maggie el día anterior, como si fuera la voz de un ser atenazado por la angustia; la voz que, mientras Maggie buscaba refugio en la borrosa ventana, hizo asomar las lágrimas a sus ojos. Su comprensión llegó a tal altura que la indujo a maravillarse de que Americo no sintiera la necesidad de más ausencia o de más gruesos muros. Maggie también meditó acerca de esta admiración; en sus consideraciones presentes no veía menos en las omisiones de Americo que en aquello que hacía, animado por intenciones de una belleza tal que la conmovían tanto por ser oscuras. Era como estar suspendida sobre un jardín en la oscuridad. No veía nada de las cosas confusas en trance de crecimiento, pero se daba cuenta de que había flores aún cerradas, y su vaga dulzura transformaba el aire en su medio natural. Americo se había alejado, no en un acto de cobardía, y esperaría en el lugar de los hechos las consecuencias que en este mismo lugar había realizado. Maggie cayó de rodillas, quedando con un brazo apoyado en el asiento de la silla que tenía junto a la ventana; en esta posición quedó cegada por el resplandor de la percepción de que el propósito de él sólo podía ser el de esperar a su lado, fuera lo que fuese lo que llegara. De esta manera, durante largo rato sintió que el punto al que Americo se acercaba era su cara oculta, y al cabo de un rato, cuando los extraños gemidos escuchados en la galería volvieron a sonar inevitablemente en los oídos de Maggie, ésta vio la pálida y dura mueca que aquel sonido provocaba en Americo.

Capítulo XXXIX

La semejanza no se le ocurrió a Maggie en los primeros instantes en que estuvo en el exterior, en el caliente y silencioso esplendor de la tarde de un domingo, sólo el segundo domingo de veraneo, en que el grupo de los seis —el grupo de los siete, pues incluía también al Principino— había quedado prácticamente liberado de agregaciones e invasiones. Al ver a Charlotte sentada a lo lejos, precisamente en el sitio en que esperaba verla, la Princesa se preguntó si su amiga no había quedado afectada de una forma muy semejante a aquélla en que ella se sintió afectada aquella noche, en la terraza, por la aguda persecución de la señora Verver. Hoy la relación había quedado invertida. Charlotte veía cómo Maggie se le acercaba, atravesando lagunas de luz solar que aún conservaba la naturaleza del mediodía, de la misma forma

que ella había visto a Charlotte amenazarla a través de la oscuridad sin estrellas y hubo un momento, aquel en que Maggie esperó un poquito, mientras las dos se encontraban en la distancia, en que el intervalo quedó animado por un reconocimiento no menos silencioso y, según todas la apariencias, no menos preñado de extraños significados que aquel otro que se produjo en la ocasión anterior. Sin embargo, lo importante era que las dos jóvenes habían intercambiado sus respectivas posiciones. Desde la ventana de su aposento Maggie había visto a Charlotte salir de la casa, a una hora extraña, las tres de la tarde de un canicular día de agosto, para pasear por el jardín o la arboleda, y se sintió determinada a actuar con la misma viveza que había causado el impulso de su amiga tres semanas antes. Era el día más caluroso de la estación, y para personas que se hallaban todas ellas ociosas, parecía que una siesta fuera de rigor, pero nuestra joven amiga todavía no había comprendido tan plenamente que en aquel refinamiento de reposo de los miembros del grupo se daba algo parecido a la silla vacía en el festín. Y esto quedaba todavía más de relieve si tenemos en cuenta que en el festín, en sentido literal, en el gran comedor en penumbra, acababa de tener lugar la fresca y ceremoniosa celebración del almuerzo, sin la presencia de la señora Verver, representada por la alegación de un fuerte dolor de cabeza, que no fue comunicado al grupo de comensales por su marido, sino directamente al señor Verver, en el momento en que se reunían, por la doncella de la señora Verver, al efecto delegada y solemne ejecutora de la encomienda.

Maggie se había sentado junto a los otros para hacer los honores a los manjares hábilmente refrescados, a la lenta circulación de preciosas y sonoras jarras y a la reserva de referencias en muchas direcciones —la pobre Fanny Assingham apenas osaba asomar la nariz de la acolchada concavidad a la que se había retirado—. Un consenso de languidez, que hubiera podido ser considerado como un temor común, dominó la escena, atenuado solamente por los esporádicos experimentos del padre Mitchell, hombre santo, bueno y voraz, londinense amigo y consejero de toda confianza, agobiado por el trabajo, que había decidido encargarse, por una o dos semanas, del ligero servicio religioso de aquellos contornos y de los ritos que en la localidad florecieron gracias a la generosidad de Maggie, y que gozaba a discreción de todas las riquezas de la mansión. El padre Mitchell hablaba, sí, hablaba sin que traba alguna se lo impidiera, conversando principalmente con la vaga y voladera sonrisa de los restantes comensales, y la capacidad que la Princesa tenía de considerar que, en estas ocasiones, el padre Mitchell era una bendición no quedaba menoscabada por lo bien que podemos considerar la embarazosa conciencia que la Princesa tenía de haber hallado su camino, desde el primer momento de sus preocupaciones, sin la guía del padre Mitchell. La Princesa se preguntaba a veces si éste sospechaba la manera más que sutil, perversa en que había prescindido de él, y alternaba las visiones de

todo lo que el padre Mitchell había adivinado con las certidumbres de que nada había adivinado. Sin embargo, se daba el caso de que ahora él se entregaba cortésmente a llenar lagunas de silencio, debido precisamente a que su intuición, más sutil que la expresión de su rostro, le bastaba, le hacía comprender cuán quebradiza, dicho sea en sentido figurado, era la situación y la prolongada tensión a su alrededor casi siempre ausente en los círculos en que el lujo se emparejaba con la virtud. Algún día, cuando llegaran tiempos más felices, Maggie confesaría al padre Mitchell lo que no había confesado, imponiendo con ello una gran carga a su conciencia, pero al presente Maggie llevaba en su débil y agarrotada mano un vaso lleno hasta los bordes, habiendo prometido de antemano que no permitiría que rebosara siquiera una gota. Maggie temía el aliento de una inteligencia superior, la vibración de una luz más clara, la mismísima ayuda celestial, y, además, sin que supiera por qué, aquella tarde respiraba como nunca en un ambiente de penosa opresión.

Algo grave había ocurrido en algún lugar y bien sabía Dios que Maggie tenía a su disposición una amplia gama de suposiciones. Tenía la impresión de que el corazón se le paraba cuando se preguntaba si se había producido una disensión entre su marido y su padre. Aterrada, cerraba los ojos ante la posibilidad de semejante hecho y ante su vista pasaba la procesión de feas formas que dicha disensión podía revestir. «Descubre el resto por ti mismo» había dicho Maggie a Americo, a modo de última palabra acerca de quien más «sabía», la noche en que se rompió la copa. Y Maggie estaba orgullosa de no haberle ayudado ni siquiera un ápice en este empeño, rectamente congruente consigo misma desde aquel día. Éste era el trabajo que Maggie había dado a Americo durante todas estas semanas; le había arrojado al seno de una ignorancia que ni siquiera podía intentar alcanzar la indiferencia, pero que tampoco llegaría a penetrar en el claro aire del convencimiento. Esta ignorancia había mellado el espíritu de Americo en la misma medida que su generosidad, y más de una vez se había dicho a sí misma que Americo, para romper el hechizo de que ella le había hecho víctima y al que el brillante marfil antiguo de la inatacable superficie de su padre había dado carácter tan absoluto, cometería algún error o algún acto de violencia, rompería el vidrio de una ventana para poder respirar, e incluso quizá transgrediera alguna de sus benditas e inveteradas normas de buen gusto.

Éstas eran las sombras que ascendían y descendían ante ella mientras el padre Mitchell parloteaba, juntamente con otras sombras como las que cubrían a la propia Charlotte, las que la marcaban como presa de iguales sospechas, por la idea de un cambio, con el que ésta no osaba enfrentarse en las relaciones entre los dos hombres. Y también había otras posibilidades, al parecer de Maggie. Había demasiadas posibilidades de tristes realidades; cuando los nervios le han hecho a uno todo lo que los nervios pueden hacer, y le han dejado en tinieblas pobladas de peligros que merodean, se halla uno como el

guarda nocturno, en un paraje frecuentado por fieras cuando ha acabado los medios para mantener encendida la hoguera. En aquel estado de nervios Maggie podía suponer casi cualquier cosa de cualquier persona; casi cualquier cosa del pobre Bob Assingham, condenado a eternas obediencias y a dar solemnes muestras de aprecio de los vinos de su padre; casi cualquier cosa del buen sacerdote en el momento en que se reclinó en su asiento, con las gordezuelas manos enlazadas sobre el estómago, haciendo girar los pulgares el uno alrededor del otro. El buen sacerdote miraba con fijeza las jarras, los diferentes platos de postres; los miraba medio de soslayo, como si en el día de hoy hubiera podido conversar con estos objetos mejor que con cualquiera de las personas presentes. Pero también esto dio lugar a que la Princesa ejerciera su imaginación y, antes de que pudiera darse cuenta de ello, se encontró en medio de una imaginaria conversación entre el padre Mitchell y Charlotte, nacida de un intento del padre Mitchell de tratar con ella, de su evidente alejamiento, recientemente advertido en Charlotte de las prácticas de todo género de devoción. De ello el padre Mitchell hubiera sacado su ingenua conclusión, lo hubiera considerado síntoma de reprimidos problemas interiores y, naturalmente, hubiera sacado la moraleja de que la manera de salir de esos malos pasos no consistía en prescindir del gran remedio. Probablemente él había incrementado en la joven aquel deseo de falso reposo a que tan engañadamente se había entregado. Semejante falsedad había puesto en el camino de nuestra joven amiga otras trampas comparadas con las cuales la imputación de traición, incluso en el caso de ser aceptada, hubiera parecido un camino de rosas. De forma extraña, la aceptación hubiera dejado a Charlotte sin nada que hacer, y hubiera podido permanecer, caso de quererlo así, en total pasividad insolente, en tanto que el no proceder contra ella, si es que así se le puede llamar, la dejaba con la necesidad de tenerlo que hacer todo y mucho más, si tenemos en cuenta el pretendido ambiente de confianza imperante. Charlotte tenía que confirmar, día tras día, la honradez de su causa y la justicia y la felicidad de su exención; por lo que, ¿no era lógico que en toda explícita preocupación mostrada por el padre Mitchell hubiera un profundo desprecio hacia el éxito alcanzado por Charlotte?

De todos modos, la pregunta fue provisionalmente contestada cuando el grupo de comensales comenzó a dispersarse, con la versión que Maggie dio a la ausencia de la señora Verver, considerando que el pretexto con que intentó justificarla encubría en realidad una huida de la posibilidad de ser objeto de menosprecio. Maggie miró a los ojos al buen sacerdote antes de separarse, y los sacerdotes son, en el peor de los casos, y valga la expresión, personas maravillosas. Maggie tuvo la impresión, por un instante, de que el padre Mitchell estaba a punto de decirle con abismal suavidad: «Acuda al lado de la señora Verver, hija mía, y verá que puede ayudarla». Sin embargo, esto no ocurrió, nada ocurrió salvo el renovado giro de los pulgares sobre el estómago

satisfecho, y la presencia del rostro sonrojado, el cómico candor que daba testimonio de la mano que en Fawns se dedicaba a elaborar la mayonesa para el salmón. Nada ocurrió salvo el alejamiento de los demás comensales, principalmente de los hombros levemente encorvados del padre de Maggie, que parecían tejer la mágica telaraña, por la fuerza de la costumbre, con no menos paciencia que cuando su esposa estaba presente. Verdaderamente, el marido de Charlotte percibía todo lo que podía percibirse, con sólo su presencia, lo cual quizá fuera exactamente la razón por la que este personaje se dispuso diligentemente a emular el claro ejemplo de «holgazanería» que veía a su alrededor. El señor Verver tenía sus ocupaciones: quizá la de ordenar libros en Fawns; además, la idea de echarse una siesta, habida cuenta de las circunstancias, no requería ser invocada a grandes voces. En esta ocasión, Maggie quedó a solas durante un minuto con la señora Assingham. Después de esperar un poco para poder hablar sin riesgos, pareció estar animada por la intención de manifestar algo. Hacía ya tiempo que para Maggie y para Fanny la etapa de «hablar largo y tendido» había terminado; ahora, cuando hablaban, lo hacían de hechos consumados. Fanny, por su parte, quería dar testimonio de la existencia de una atención a la que nada escapaba. Ella podía compararse con la amable señora que se demora en el circo mientras los espectadores salen vulgarmente por los vomitorios, y se encuentra al lado de la joven y fatigada trapecista —acrobático apoyo, cabe suponer, de unos padres exigentes y con problemas—, y da a la trapecista, en su calidad de oscura y meritoria artista, el testimonio de su benévolo interés. Sin embargo, lo que nuestra joven amiga veía con más claridad en su imaginación era que siempre la dejaban allí, en la brecha. Su función radicaba esencialmente en llevar la carga; en última instancia, de salvar omisiones y evasiones y, evidentemente, a ese trabajo había sido hoy abandonada con el único alivio de contar con la presencia de la señora Assingham, que vino a insinuar que también ella se encontraba en las almenas, aunque poco después se vio que su valentía estaba en gran parte integrada por pura curiosidad. La señora Assingham miró a su alrededor, vio que los demás miembros del grupo ya se habían alejado lo suficiente como para no oírla, y dijo:

—¿Realmente no desea que nos vayamos?

Maggie consiguió esbozar una débil sonrisa:

—¿Realmente desean irse?

Estas palabras motivaron que la señora Assingham se sonrojara y dijera:

—Bueno, la verdad…, no. Pero nos iríamos, lo sabe usted muy bien, sólo con que usted nos lo indicara con una mirada. Haríamos las maletas y nos iríamos… sacrificándonos.

—No haga sacrificios. Ayúdeme.

—Exactamente. Esto es lo único que quiero. Sería una bajeza. Fanny Assingham hizo una pausa, y añadió:

—¡Además, es usted espléndida!

—¿Espléndida?

La señora Assingham repuso:

—Espléndida. Además, ya le falta muy poco para salir del atolladero. Lo ha conseguido.

Pero Maggie sólo a medias comprendió sus palabras, y preguntó:

—¿Qué es lo que he conseguido?

—Lo que quería. Se van.

Mirando fijamente a la señora Assingham, Maggie preguntó:

—¿Era esto lo que quería?

—Bueno, usted no era quién para decidirlo. En realidad era asunto de él.

Después de dudar unos instantes, Maggie preguntó:

—¿De mi padre?

—De su padre. Ha elegido, y ahora ya lo sabe. Ella lo ve todo ahí, ante sí misma, y no puede hablar, ni ofrecer resistencia, ni mover siquiera un dedo. Así se encuentra Ella —dijo Fanny Assingham.

Mientras las dos estaban allí, de pie, estas palabras evocaron un cuadro en la imaginación de la Princesa: el cuadro que las palabras de los demás evocaban siempre en ella, incluso cuando su propia visión ya percibía más imágenes de las que sus palabras podían expresar. A su alrededor vio, como si mirasen por las rendijas de los postigos, el duro resplandor de la naturaleza; vio a Charlotte allí, virtualmente acosada, y a pesar de ello, viendo cómo le era denegada la gracia de una última palabra protectora; vio a Charlotte allí, sin ayuda, pálida en su silencio, frente a su destino.

Maggie preguntó:

—¿Se lo ha dicho ella?

Su amiga sonrió con expresión de superioridad:

—¡No tengo necesidad de que me lo diga! A Dios gracias, todos los días veo algo nuevo.

A continuación, como si Maggie se preguntara qué era lo que la señora Assingham veía, ésta añadió:

—Veo las largas millas del océano y el temible y gran país, estado tras

estado, país que jamás me ha parecido ser tan grande y tan terrible como ahora. Por fin los veo a ellos, día tras día y paso tras paso, en el último extremo; veo que nunca regresarán aquí. Nunca, pura y simplemente nunca. Veo el extraordinario e «interesante» lugar en el que yo nunca he estado, usted sí, y veo exactamente hasta qué punto se verá obligada a mostrarse interesada.

A estas palabras, Maggie replicó:

—Verdaderamente lo estará.

—Obligada.

—Interesada.

Después de esto se miraron a los ojos la una a la otra, durante un rato y, por fin, Fanny dijo:

—Lo estará, sí, tendrá que estarlo. Y así será para siempre, siempre, siempre.

Fanny Assingham había hablado como si estuviera plenamente de acuerdo con el parecer de su amiga; a pesar de esto, Maggie seguía mirándola fijamente. Las palabras habían sido solemnes y las visiones también, máxime si tenemos en cuenta que ahora se ampliaban más y más. Sin embargo, entre estas palabras y estas visiones, Fanny Assingham poco tardó en proseguir:

—Cuando hablo de «saber» no quiero decir que sepa tal como usted tiene derecho a saber. Usted sabe porque ve. Y yo no le veo a él.

Casi con ordinariez, Fanny Assingham aclaró:

—Ni le distingo.

Después de dudar una vez más, Maggie preguntó:

—¿Quiere decir que no ve, que no distingue, a Americo?

Pero Fanny se limitó a sacudir la cabeza, que era como una llamada a la inteligencia de su interlocutora, como si el hecho de distinguir a Americo fuera una cuestión superada desde hacía ya mucho tiempo. A continuación Maggie midió el alcance de la alusión de Fanny, y advirtió que lo que ésta añadió infundía mayor significado a sus anteriores palabras. A partir de ahora no se mencionaría nombre alguno; la señora Assingham borró prontamente este mensaje de sus ojos con una discreción que, a pesar de todo, no llegó a ser perfecta. La señora Assingham dijo:

—Usted sabe lo que él siente.

Al hablar, Maggie negó con la cabeza:

—Nada sé.

—Usted sabe cómo siente, cómo siente usted.

Pero Maggie volvió a negar.

—Nada sé. ¡Si supiera…!

Vacilante, Fanny preguntó:

—Si supiera, ¿qué haría?

Maggie estaba ya fatigada de aquello, dijo:

—Me moriría.

Y después de decir estas palabras, dio media vuelta y se fue.

A través de la casa en silencio, Maggie se dirigió a su aposento. Estuvo en él unos instantes, y sin saber por qué dejó el abanico para coger otro; luego se dirigió a las habitaciones en penumbra, donde, a esta hora, el Principino dormía la siesta. Cruzó la primera estancia desierta, el cuarto de juegos del niño, y se detuvo ante una puerta abierta. La estancia interior, ancha, en penumbra y fresca, se hallaba en calma. En el centro del cuarto presidía la escena la amplia, antigua, histórica y real camita de su hijo, consagrada, al parecer, al protegido descanso del príncipe heredero, regalo que le fue ofrecido, al principio de su carrera por su abuelo. En su silencio, casi podía percibir la suave respiración del niño. El primer protector de los sueños del Principino se había instalado a su lado. Allí estaba sentado el padre de Maggie, con la cabeza hacia atrás, apoyada en el respaldo; con los ojos cerrados; con el bien formado pie, tan propenso a delatar su nerviosismo, descansando en paz sobre la rodilla de la otra pierna; con el corazón insondable bajo el constantemente impecable frescor del chaleco blanco que siempre daba acogida en sus sisas a los firmes y prensiles pulgares. La señora Noble había desaparecido mayestáticamente. El cuarto daba en su totalidad un testimonio de su temporal abdicación; sin embargo, imperaba el estado de normalidad, y Maggie se quedó quieta sólo para mirar. Miraba por encima del borde superior del abanico que oprimía contra la cara, y miró durante el tiempo suficiente para llegar a preguntarse si su padre estaba realmente dormido, o si, dándose cuenta de su presencia, se limitaba conscientemente a estarse inmóvil. ¿Estarían los ojos de su padre sólo entornados y su mirada fija en ella? ¿Debía interpretar semejante actitud —el hurtarse a todo género de preguntas— sólo como otro signo de que todo quedaba relegado a ella, todo quedaba sobre sus propios hombros? De todas maneras, Maggie observó durante unos minutos la inmovilidad de su padre; después, como si con ello renovara una vez más su total sumisión, regresó silenciosamente a sus habitaciones.

Maggie sentía vivamente en su interior la fuerza de un extraño impulso que

no era, en lo que a ella concernía, el deseo de liberarse de aquel peso. Era tan incapaz de dormir como lo había sido aquella madrugada, pocos días antes, en que contempló la primera luz del alba desde la ventana. Orientado a oriente, ese lado de su aposento se hallaba ahora a la sombra, con los postigos entornados; Maggie gozaba del placer que siempre le proporcionaba hallarse en aquella situación encaramada, dominando el panorama sobre las altas terrazas, parecida a aquélla que gozaría desde la torre de un castillo alzado sobre una peña. Cuando se encontraba allí, se cernía sobre los jardines y sobre los bosques, todo lo cual dormitaba a sus pies a aquella hora, en la inmensidad de la luz. Las millas cubiertas por la sombra parecían cálidas, los macizos de flores estaban oscurecidos, los pavos reales en las balaustradas llevaban lacias las colas, y las aves de menor tamaño espiaban entre el follaje. Todo parecía inmovilizado en aquel vacío hasta el momento en que se dispuso a dar media vuelta sobre sí misma. Maggie vio un punto móvil, una sombrilla de un verde pálido descendiendo la escalinata. Bajó a nivel inferior al de la terraza, alejándose, perdiéndose de vista a lo lejos. La sombrilla, por su natural posición, ocultaba la cabeza y la espalda de quien se protegía con ella, pero Maggie reconoció al instante el vestido blanco y la peculiar manera de caminar de aquella aventurera, comprendiendo, en consecuencia, que era Charlotte. Nada menos que Charlotte, que había elegido la cegadora luz de la primera hora de la tarde para explorar los jardines, y únicamente podía dirigirse a un lugar poco frecuentado en sus profundidades, o quizá más allá de ellas, que hubiera ya calificado de refugio sumo. La Princesa pudo contemplar a Charlotte durante unos minutos, la contempló durante el tiempo suficiente para darse cuenta, por la mera delación de su aire al andar y de la dirección emprendida, de que había iniciado cierta clase de huida. A continuación, la Princesa comprendió, por reflexión, la razón por la que el hecho de estar sentadas, quietas, se había convertido en algo imposible para cualquiera de las dos. Luego, de una forma confusa, a su mente acudió el eco de un viejo mito: la visión de lo atormentada por los tábanos o de Ariadna vagando sola junto al mar. Esto proporcionó a la Princesa la plena conciencia de sus intenciones y sus deseos. También hubiera podido ser en aquellos momentos una lejana heroína torturada, que debía interpretar un papel del que no tenía exacto precedente que la inspirase. Sólo sabía que, en todo momento, en todo instante, mientras estuvo sentada con los demás y sin ella, había sentido el deseo de ir al encuentro de aquel miembro separado del grupo. Sólo necesitaba un pretexto. Al cabo de un instante, lo había encontrado.

Antes de que la señora Verver desapareciera, Maggie reparó en que llevaba un libro. Distinguió, casi perdido entre los blancos pliegues del vestido de Charlotte, la oscura cubierta de un volumen que explicaría sus propósitos, en el caso de hallarse ante una sorpresa, y cuyo compañero se encontraba ahora precisamente sobre la mesa del cuarto de Maggie. El libro en cuestión era una

vieja novela que hacía un par de días la Princesa había dicho que había traído consigo desde Portland Place, en la encantadora edición original en tres volúmenes. Charlotte había dado la bienvenida, con especial interés, a la oportunidad de leer dicha obra.

Nuestra joven amiga, a la mañana siguiente, encomendó a su doncella que llevara la novela a las habitaciones de la señora Verver. Poco después la Princesa observó que su mensajera, dando muestras de escasa inteligencia o de distracción, sólo había llevado uno de los volúmenes, que no era precisamente el primero. Hallándose, en consecuencia, todavía en posesión del primero, Maggie vio que Charlotte, en fantástica decisión, se disponía a semejante hora a cultivar la lectura novelesca, inútilmente armada con el segundo volumen, por lo que decidió acudir inmediatamente en su ayuda. A este efecto, lo único que necesitaba era el volumen adecuado y una sombrilla, además, desde luego, de la valentía precisa para llevar a la práctica su principal propósito. Volvió a cruzar la casa sin hallar obstáculos en su camino, y salió a la terraza. La recorrió amparada en la sombrilla, animada, por aquella sensación de que se hubieran cambiado las tornas con respecto a su amiga, a lo que ya hemos hecho mención. Pero por mucho que la Princesa avanzara, después de haber descendido al campo abierto y de haber comenzado a explorar el terreno, veía que había avanzado aún más la señora Verver, a lo cual hay que añadir la rareza de haber cambiado la protección de su aposento por los espacios libres y de cegadora luz. Afortunadamente, sin embargo, no se daba el caso de que, persistiendo en la búsqueda, no se llegara a regiones de admirable sombra, ya que aquél era, según cabía presumir, el refugio que la pobre mujer huida había tenido presente en su mente, formado por varios anchos senderos, muy largos, densamente cubiertos en lo más alto por las plantas de rosas trepadoras y por las madreselvas que convergían en verdes perspectivas separadas, en una especie de umbrío templo, en una vieja rotonda, con columnas y estatuas, con hornacinas y techumbre, aunque su antigüedad sin correcciones, como todo lo que había en Fawns, no daba testimonio de violencias ejercidas en el presente, ni de amenazas en el futuro. En su frenesí, o como se le quiera llamar, Charlotte se había detenido allí. El lugar podía considerarse un retiro. Charlotte tenía la vista perdida en el espacio y estaba sentada en el lugar en que, sin prestar atención, se había aposentado, en el momento en que Maggie se detuvo.

Aquello era, ahora más que en cualquier momento anterior, una repetición de la escena nocturna en la terraza. La distancia que mediaba era más que suficiente para que Maggie tuviera la seguridad de que no había sido vista de pronto, y decidió esperar, animada por su particular intención, como Charlotte había esperado en la anterior ocasión, aunque mediando la diferencia, y qué diferencia, de la intención de la una y de la otra. Maggie tenía plena conciencia de ello, una conciencia tan plena que la puso impaciente, por lo que

avanzó un poco, situándose al alcance de la vista que había estado mirando en otra dirección, pero que Maggie había invitado bruscamente al reconocimiento. Evidentemente, Charlotte ni siquiera había soñado con la posibilidad de que la siguieran, por lo que instintivamente, mientras dirigía su pálida mirada, se envaró dispuesta a protestar. Maggie se dio cuenta de ello, y también de la segunda impresión que su acercamiento había producido en su amiga. Se acercó más, grave y silenciosamente, aunque volvió a detenerse para dar tiempo a Charlotte a que hiciera lo que quisiera. Lo que quisiera, lo que pudiera, era lo que Maggie deseaba; sobre todo deseaba dar facilidades a su amiga en la medida que las circunstancias se lo permitieran. Esto no era lo que Charlotte había deseado aquella noche, pero ello carecía de importancia, pues lo que realmente importaba consistía en permitir que Charlotte tuviera conciencia de poder elegir lo mejor. Al principio, evidentemente, Charlotte se sobresaltó. Rápidamente se percató de que no había sido seguida sin un determinado propósito en la mente de quien la había seguido. ¿Y en qué podía pensar Charlotte, además, sino en la manera en que cuando ella fue la persecutora, indujo a su hijastra a comprender la intención y el espíritu de que llegaba animada? En aquella ocasión Maggie lo comprendió así; comprendió aquella dura insistencia, y la señora Verver se dio cuenta de ello, lo vio, lo oyó, y este maravilloso recuerdo de una presión eficazmente aplicada había quedado grabado en su mente. Pero la mirada de Charlotte era como un temor proyectado de que el tesoro enterrado, y tan deshonestamente hallado, del que la quieta expresión del rostro de su amiga, en aquel momento y después, había aceptado ser el profundo suelo, bien había podido salir, por sí mismo, a la superficie, y bien podía ser arrojado a sus manos. Durante uno de estos instantes, la Princesa tuvo la clara visión de la alarma de su amiga: «Es su mentira, es su mentira lo que ha quedado en mortal desacuerdo con ella. Charlotte ya no puede seguir sofocando su rebelión, y ha llegado a retractarse, y desmentirse, a denunciarse, para decirme la verdad clara y rotunda». Durante un interminable espacio de tiempo fue lo que Maggie se dijo, sin poderlo evitar, con voz sin aliento, aunque sólo produjo el efecto de hacerle comprender la indignidad y la miseria de su condición. Lo único que podía hacer era seguir allí, a la expectativa, poner a la vista de Charlotte el libro que llevaba, presentar el aspecto menos peligroso posible, parecer cuán abyectamente benévola pudiera, acordarse de aquellas personas de quienes había leído, en las novelas del salvaje Oeste, que levantaban las manos en el aire en ciertas ocasiones para demostrar que no llevaban revólveres. Por fin, Maggie incluso hubiera podido sonreír, a pesar de lo consciente que estaba de sus preocupaciones, para demostrar cuán inofensiva era. Maggie mostró el volumen que llevaba en la mano, arma harto débil ciertamente; mientras seguía manteniendo las distancias, explicó con voz temblorosa tan dominada como le fue posible.

—Te he visto salir, te he visto desde la ventana y no he podido soportar la idea de que te encontraras aquí sin el principio de la novela. Éste es el principio. Te has equivocado de volumen, y yo te traigo el bueno.

Después de haber hablado, Maggie quedó inmóvil. Parecía que hubiera parlamentado con un posible adversario. Su leve y exaltada sonrisa causaba la impresión de pedir permiso formalmente. «¿Puedo acercarme más, ahora?», parecía decir Maggie con la expresión de su rostro. En el mismo instante vio desprenderse en Charlotte la respuesta en un extraño proceso, en un hecho integrado por varias contrastadas etapas, que Maggie percibió una a una. Al cabo de unos instantes, el temor había desaparecido del rostro de Charlotte, aunque de modo harto perceptible Charlotte todavía no podía creer que la hubieran inducido, de tan delicada y extraña manera, a sentir miedo. Si la habían inducido a sentir miedo había sido, por lo menos, con una finalidad: la que en el primer momento le había parecido peligrosa, necesariamente peligrosa. Que no lo era constituía el esplendente mensaje que Maggie insistentemente le transmitía con fuerza que no cabía resistir, gracias a esta percepción, gracias al inmenso alivio que comportaba, al término de tres minutos todo había cambiado de manera extraordinaria. En realidad, ella había ido a su encuentro porque la sabía condenada, condenada a una separación que era como un cuchillo clavado en su corazón, y en la visión de su irremediable y ciega búsqueda física de una paz que no podía alcanzar, algo de la imagen que la señora Assingham había dado de Charlotte, presta a ser arrojada a un triste futuro, al otro lado del océano y en el gran continente, parecía haberse convertido en realidad. De esta manera, Charlotte se había alejado, casi quemando sus naves de disimulo, para permitir que los horrores que ante ella tenía ejercieran su influencia sin testigos, e incluso después de que la intencionada presencia de Maggie hubiera adquirido inocentes apariencias, no cabe duda alguna de que ésta había llegado erizada de síntomas de extremosidad. Y no cabía decir de ellos que estuvieran cubiertos por cualquiera de las usuales gracias de la Princesa, sino que estaban al descubierto y se mostraban sin vergüenza. Para la Princesa eran trágicos, a pesar del disimulo que, con el retorno de una relativa confianza, prontamente comenzó a operar. Pero el cambio reveló vívidamente cuán trágico era el instantáneo funcionamiento del resorte del orgullo, en vistas a una posible defensa, cuando no a una posible agresión. En verdad, en el mismo instante el orgullo se convirtió en el manto utilizado para la protección y la perfidia, y Charlotte se envolvió en él para negar todo género de pérdida de su libertad. Estar condenada, en el caso de Charlotte, significaba haberse ganado con creces la condena, por lo que confesar que era desdichada equivalía a confesar haber incurrido en falsedades. No confesaría, mil veces no. Buscaría a su alrededor algo que diera color al hecho de haber roto sus ataduras, y lo haría franca y altivamente. Sus ojos se dilataron, su pecho jadeó mientras lo

buscaba, y el efecto que esto produjo en Maggie fue el de inducirla a desear muy sinceramente poder ayudarla. Ahora, ésta se puso en pie, de manera que pareció decir: «¡Quédate aquí, si quieres!». Cuando Charlotte hubo dado unos pasos de acá para allá; cuando hubo mirado a lo lejos; cuando hubo fijado la vista en cualquier cosa menos en su visitante; cuando hubo hablado de la temperatura, declarando que le parecía maravillosa; cuando hubo dado gracias por el libro que, con cierta incongruencia, habida cuenta de que sólo tenía el segundo volumen, dijo le parecía menos inteligente de lo que había esperado; cuando hubo permitido que Maggie se acercara lo bastante como para poder dejar, sin tocarlo, el tributo en cuestión sobre el banco, cogiendo amablemente su superfluo compañero; cuando hubo hecho todo lo dicho, Charlotte se sentó en otro sitio, hallándose más o menos perceptiblemente en el dominio de su papel. Yen toda esta aventura, no hubo para nuestra joven amiga momento más extraño ahora, no sólo porque vio que su amiga se mostraba notablemente propicia a tomarla por aquella pobre e insignificante persona que tan fácil le resultaba fingir que era, sino que entró en un secreto trance en el que se preguntaba si no estaba inspirada por cierta suprema abyección. Vaga, aunque más y más luminosa, brillaba esta posibilidad ante Maggie. Por fin, por otra parte, Charlotte vio con claridad que, una vez más, se había colocado en una posición que permitía la pisotearan, como suele decirse, lo cual había dado mayor amplitud al escenario. De modo que, al poco tiempo, el escenario había adquirido la deslumbrante cualidad de ser más amplio para las dos.

La señora Verver dijo:

—Me alegra verte a solas porque hace ya algún tiempo que quería decirte una cosa. ¡Estoy cansada! ¡Cansada!

A fin de que Charlotte prosiguiera, Maggie preguntó:

—¿Cansada?

Charlotte no podía decirlo todo de un tirón. Pero Maggie ya había intuido de qué se trataba, y la luz de la comprensión iluminaba su rostro. Charlotte dijo:

—Cansada de esta vida, de la clase de vida que hemos estado llevando. Te gusta, ya lo sé, pero mi ideal es otro.

Ahora Charlotte irguió la cabeza, sus ojos luminosos miraban más triunfalmente, estaba encontrando su camino, lo estaba siguiendo. Maggie, segura de sí misma, sentada, contemplaba aquel espectáculo. Maggie se estaba reservando algo, algo cuyo valor solamente ella podía ponderar. Durante largos instantes, teniendo en consideración el sacrificio que la Princesa había decidido hacer allí, tuvo la impresión de ver desde tierra firme cómo Charlotte se arrojaba a aguas turbulentas, posiblemente traidoras.

Charlotte prosiguió:

—Veo otras posibilidades. Tengo una idea que me atrae en gran manera. Hace mucho tiempo que la tengo. Me he dado cuenta de que estamos equivocados. Nuestra verdadera vida no se encuentra aquí.

En un susurro, Maggie preguntó:

—¿Nuestra vida?

—La de mi marido y la mía. No hablo de ti.

Intentando no comportase como una estúpida, ni parecerlo siquiera, Maggie exclamó:

—Oh…

—Hablo de nosotros. Hablo de él —dijo Charlotte.

—Comprendo. Hablas de mi padre.

—De tu padre. ¿De quién, pues?

Se miraron duramente, la una a la otra, pero el rostro de Maggie se refugió en la intensidad de su interés. No era tan estúpida como para considerar que la pregunta de su amiga requería contestación, discreción que su bien dominado silencio produjo el efecto de recompensar al cabo de un instante.

Charlotte dijo:

—Debo arriesgarme a que me consideres egoísta; desde luego, sabes lo que comporta lo que he dicho. Pero lo reconozco, soy egoísta. Pongo a mi marido ante todas las cosas.

Sonriendo, sonriendo, Maggie dijo:

—Bueno, lo mismo hago con el mío.

—¿Quieres decir con esto que no tenéis diferencias? Pues tanto mejor.

Y después de decir estas palabras, prosiguió, volando todavía más alto:

—Sí, tanto mejor porque mis planes están ya totalmente formados. Maggie esperó. Su esplendor había adquirido más profundidad. Tenía la oportunidad al alcance de la mano. El único peligro consistía en echar a perder la oportunidad. Maggie tenía la impresión de caminar al borde de un abismo. Ahora dijo:

—¿Y puedo saber cuáles son esos planes?

Charlotte esperó sólo diez segundos, pero su respuesta fue seca y clara:

—Llevar a mi marido a su país, a su verdadera posición. Sin esperar más.

—¿Quieres decir, ahora, este verano?

—Quiero decir inmediatamente. Creo que puedo decírtelo, esto es algo que me interesa, que lo hago en mi propio beneficio. Quiero tener a mi marido para mí.

Dando a las palabras todo su peso. Charlotte añadió:

—Aunque te parezca extraño, quiero conservar al hombre con quien me casé. Y, a este fin, debo actuar.

Maggie, esforzándose todavía en seguir la senda que se había marcado, sintió que se ruborizaba hasta la raíz del cabello. Pensativa, preguntó:

—¿Inmediatamente?

—Nos iremos tan pronto como podamos. A fin de cuentas, el traslado de los objetos y muebles es sólo una cuestión de detalle. Esto siempre puede hacerse con dinero. Y tal como él lo gasta, es fácil. Lo que quiero es partir, de forma definitiva. Y quiero hacerlo ahora.

Después de decir estas palabras, la cabeza y la voz de Charlotte se levantaron a la par, y añadió:

—¡Y sé cuál será mi dificultad!

Muy por debajo del nivel de la atención consciente, en profundidades que ni siquiera ella podía saber, nació la inspiración de Maggie, que en el mismo instante, temblorosa, se transformó en palabras:

—¿Quieres decir que tu dificultad soy yo?

—Tú y él, al mismo tiempo, los dos juntos; siempre he tenido que verle a él acompañado de ti. Pero, si quieres saberlo, te diré que es una dificultad a la que hago frente, a la que ya he tenido que dar la cara, y que me propongo superar. Luchar con esta dificultad nada agradable no ha sido para mí un placer, como bien puedes imaginar. Para decírtelo todo, te diré que esta dificultad me ha parecido, en ocasiones, demasiado fea, demasiado grande y demasiado extraña. Sin embargo, creo que se puede superar.

Al decir estas palabras, la señora Verver se puso en pie, y se apartó unos pasos, a fin de darles así más énfasis, mientras Maggie la miraba quieta, sentada. Ésta dijo:

—¿Quieres apartar a mi padre de mi lado?

El tono de agudo, eficaz, casi primitivo gemido que hubo en estas palabras obligó a Charlotte a volverse hacia Maggie, y este movimiento reveló a la Princesa la eficacia de su engaño. Algo latía en su interior como había latido aquella noche en que, en el salón, negó que sufriera. Ahora, la Princesa estaba

dispuesta a mentir de nuevo si su amiga le daba la ocasión propicia para ello. Entonces la Princesa habría hecho todo lo que había deseado hacer. Charlotte le dirigió una escrutadora mirada, como si quisiera comparar la nota de resentimiento en la voz de Maggie con la expresión de su rostro y, percatándose de ello, ésta ofreció a la mirada de Charlotte todos los síntomas de lo que bien podía pasar por una sensación de derrota. La señora Verver dijo:

—Quiero estar realmente en posesión de mi marido. También estoy convencida de que es hombre que lo merece.

Maggie se levantó como si fuera a recibir a Charlotte en sus brazos y, maravillosa, exclamó:

—¡Y tanto que lo merece!

Maggie percibió inmediatamente que el tono en que había hablado producía el efecto deseado, ya que Charlotte, altanera y llameante, que incluso parecía haber llegado a creer en su apasionada comedia, preguntó:

—¿Crees que realmente sabes lo que se merece?

—Naturalmente, querida, creo que lo he sabido siempre y que sigo sabiéndolo.

Maggie dio la réplica inmediatamente y también dio en el blanco. Charlotte se limitó a mirarla en silencio durante unos instantes; luego pronunció las palabras que Maggie sabía iba a pronunciar, ya que ella misma había oprimido el resorte preciso:

—¡Ahora veo cuánto odias el matrimonio de tu padre conmigo!

Después de dejar pasar un instante, Maggie dijo:

—¿Acaso me lo preguntas?

Charlotte echo un vistazo a su alrededor, cogió la sombrilla que había dejado en el banco, tomó mecánicamente uno de los dos volúmenes de la olvidada novela, y después, más conscientemente, lo volvió a dejar en el lugar del que lo había cogido. Evidentemente, a Charlotte se le había ocurrido su última palabra. Produciendo un seco sonido metálico abrió la sombrilla, se la puso al hombro y, teniéndola así, la hizo girar, llevada por su orgullo. Bruscamente, Charlotte dijo:

—¿Si te lo pregunto? ¿Crees que hace falta? ¡He tenido ocasiones sobradas para ver lo mucho que has intrigado contra mí! La princesa exclamó:

—¡Oh, oh, oh!

Charlotte, alejándose de Maggie, llegó a uno de los arcos que limitaban la rotonda; en este punto, dio media vuelta y, llameantes los ojos, preguntó:

—¿No has intrigado contra mí?

Maggie se hizo cargo de estas palabras y las guardó durante unos instantes; las retuvo, cerrados los ojos, como si fuera un pájaro capturado que se debatía, y que ella tenía cogido con las dos manos, oprimido contra su pecho. Luego abrió los ojos y habló:

—¿Y qué importa esto, si he fracasado?

Desde el punto de salida de la rotonda, Charlotte preguntó:

—¿Reconoces que has fracasado?

Maggie esperó. Dirigió la vista, como su amiga había hecho momentos antes, a los dos volúmenes sobre el banco. Los juntó, los volvió a dejar en el mismo lugar, y tomó una decisión. Antes de que Charlotte, después de haberle dado tiempo, emprendiera el camino de regreso, Maggie dijo:

—¡He fracasado!

Maggie contempló cómo Charlotte, erecta y espléndida, se alejaba como si flotase por la perspectiva que formaba el sendero. Luego se sentó. Sí, había hecho todo lo que se había propuesto hacer.

Sexta parte

Capítulo XL

En uno de los últimos días del mes dijo a su marido:

—Haré lo que tú quieras si el hecho de que estemos aquí, de esta manera y en este tiempo, te parece absurdo, incómodo o imposible. Podemos despedirnos ahora, sin esperar más, o podemos volver tres días antes de que se vayan. Iré al extranjero contigo sólo con que tú lo digas: a Suiza, al Tirol, a los Alpes italianos, a cualquiera de los lugares en que estuviste anteriormente que tanto te gustaron; al que tú prefieras volver a ver, a cualquiera de esos sitios en que tan bien te encontraste al dejar Roma y de los que tan a menudo me has hablado.

El lugar en que se encontraban, en las circunstancias que motivaron esta propuesta, y el lugar en que hubiera verdaderamente parecido ridículo que se quedaran satisfechos, teniendo ya cerca el sórdido mes de septiembre londinense, era precisamente el lugar en que el desierto de Portland Place tenía un aspecto más desolado que nunca, y en que un adormilado cochero, escudriñando el horizonte para vislumbrar un posible cliente, podía olvidarse

de los riesgos que la inmovilidad comporta. Pero Americo sostenía la extraña opinión, día tras día, de que su situación difícilmente se podía mejorar, e incluso no se mostraba remiso a replicar que, si la dura prueba que los dos estaban pasando le parecía a Maggie superar la capacidad de paciencia de los dos, toda decisión que tomaran lo harían para alivio de ella. Y se debía, en parte, a que Americo estaba firme y maravillosamente dispuesto a negarse a reconocer, hasta el fin, ni siquiera con una palabra dubitativa, que existiera o hubiera existido en su vida un solo elemento de los que convierten una situación en dura prueba; y que trampa circunstancial alguna, ni olvido en las «formas», ni accidente de irritación le habían conducido a semejante inconsecuencia. Su esposa hubiera podido insinuar que era consecuente con las admirables apariencias que desde un principio había revestido y había seguido revistiendo, de una manera excesivamente rígida, a costa de ella; sin embargo, resultaba que Maggie no era persona capaz de hacer semejante cosa, ni por asomo; el extraño y tácito pacto vigente en la actualidad entre los dos quizá estuviera basado en una inteligente comparación, en un claro ensamblaje de la clase de paciencia propia de cada uno de los dos. Maggie ayudaba a Americo, y éste se mostraba siempre dispuesto a hacer lo que se debía hacer, siempre y cuando Maggie le ayudara a ello. Este acuerdo, tácitamente renovado semana tras semana, había recibido la consagración del paso del tiempo, pero no hace falta decir que Maggie le ayudaba conforme a las condiciones pactadas por éste, y no las pactadas por ella o, dicho en otras palabras, que Maggie debía seguir los caminos no explicados, no señalados, elegidos por Americo. Si esta manera de actuar, resultante de una de las afortunadas características íntimas de Americo que aún no le habían abandonado completamente, daba el feliz resultado de hacer de él un hombre más propenso a aburrirse que a aburrir (con las ventajas de poder ceder libremente, aunque sin quedar convencido de que debía estar en deuda con el prójimo por haber cedido), ¿qué revelaba esta falsa faceta de la situación sino que Maggie vivía entregada a Americo? Si ella hubiera puesto en tela de juicio, o hubiera resistido, o hubiera interferido —o si se hubiera reservado semejantes derechos—, no habría estado entregada a Americo; a pesar de lo cual todavía se daban, y evidentemente seguirían dándose durante un tiempo, largos y tensos períodos en los que la situación de la pareja, al parecer de todos los observadores, se hallaba pendiente de la posible, imposible, defección de Maggie. Ella estaba obligada a resistir a ultranza, no podía ausentarse de su puesto ni siquiera durante tres minutos, ya que sólo de esta manera podía demostrar que estaba al lado de su marido y no en contra de él.

Extraordinario era que Maggie hubiera invitado a su marido a dar tan pocos síntomas de estar, de haber verdaderamente estado en todo momento «al lado» de su esposa. Maggie no dejaba de hacerse esta reflexión ahora, en el estado de suspensión en que se hallaban, en el estado de suprema espera,

reflexión que inducía a Maggie a reconocer que había estado obligada a «hacerlo todo», a seguir el camino íntegramente hasta el final, a avanzar infatigablemente, mientras él se quedaba quieto, como una estatua de uno de sus antepasados. En sus horas de soledad Maggie consideraba que el significado de lo anterior radicaba en que Americo tenía un lugar, y que esto era un atributo indestructible, imborrable, que imponía en todos los demás —desde el instante en que querían algo concreto de Americo— la necesidad de dar más pasos que los que Americo podía dar, de dar vueltas alrededor de Americo y de recordar, en beneficio de éste, la famosa relación que se daba entre Mahoma y la montaña. A poco que se meditara sobre ello se vería que se daba el extraño caso de que el lugar de Americo era una realidad constituida para él por innumerables hechos: hechos básicamente de esa naturaleza que recibe el nombre de histórica; hechos realizados por antepasados, resultantes de ejemplos, de tradiciones, de costumbres, en tanto que el lugar de Maggie resultaba ser sencillamente aquel improvisado «puesto» —uno de esos puestos que se califican de avanzados— con el que se encontró vinculada a la manera que se encuentra vinculado un colonizador o un mercader a un nuevo país; incluso como una esposa india, con un hijo colgado a la espalda, ofreciendo en venta bárbaros abalorios. Dicho en pocas palabras: el lugar de ella difícilmente podía hallarse en el más rudimentario mapa de las relaciones sociales en cuanto tales. La única geografía en que hubiera podido encontrarse era la de las pasiones fundamentales. De todas maneras, el camino que el Príncipe había indicado tenía su origen en la previsión de la anunciada partida de su suegro a América en compañía de la señora Verver, de la misma manera que este próximo acontecimiento había aconsejado en un principio, en vista a la discreción, la salida de la joven pareja por no hablar ya de la retirada de todo género de presencias inoportunas, antes de que se produjera el gran desmantelamiento de Fawns. Durante un mes esta residencia quedaría atestada de carpinteros, mozos de carga y otros entregados al embalaje, operaciones que, como llegó a ser notablemente público y notorio —en Portland Place, se entiende—, serían presididas por Charlotte, operaciones cuya escala y estilo no parecieron de tan magna envergadura a Maggie como en aquel día en que los buenos Assingham volvieron a visitarla en su casa marital, cubiertos de serrín y con la cara tan pálida como si hubieran visto a Sansón derribando el templo. Los Assingham habían visto lo que Maggie no había visto; habían visto siniestras y movidas escenas que les causaron tal impresión que se vieron obligados a retirarse; pero Maggie ahora sólo tenía ojos para el reloj con el que medía el tiempo de su marido, o por el espejo —la imagen quizá sea más ajustada— en el que veía reflejado a su marido mientras éste medía el tiempo de la pareja en la casa de campo. De todas maneras, el acceso de sus amigos de Cadogan Place confirió a las relaciones entre los dos cierta resonancia, efecto especialmente notable por las secuelas de un rápido intercambio de

impresiones entre la señora Assingham y la Princesa. Con ocasión de interpelar la señora Assingham ansiosamente a su joven amiga, por última vez en Fawns, se advirtió que la amistad de aquélla había osado, después de larga y aceptada privación, ser de nuevo inquisitiva; jamás había cedido tanto a este impulso como ahora en lo referente a la presente y extraña decisión adoptada por los distinguidos excéntricos.

—¿Quiere usted decir que realmente se dispone a quedarse aquí?

Y antes de que Maggie pudiera contestar, la señora Assingham volvió a preguntar:

—¿Y qué hará por la tarde y por la noche?

Maggie esperó unos instantes con una leve sonrisa, ya que podía aún sonreír, y repuso:

—Cuando la gente sepa que estamos aquí, todos los periódicos lo dirán sobradamente, acudirán a centenares desde donde estén, sea donde sea, para vernos. El coronel y usted así lo han hecho. Me atrevo a decir que nuestras veladas en nada se diferenciarán de todo lo nuestro. No serán diferentes a nuestras mañanas y nuestras tardes, con la salvedad de que quizá ustedes dos, queridos amigos, nos ayuden a veces a soportarlas.

Hizo una pausa y añadió:

—Le he ofrecido ir a cualquier sitio, alquilar una casa si es preciso. Pero esto, esto y nada más, es idea de Americo. Ayer le dio un nombre que, según dijo él mismo, era el más expresivo y adecuado.

La Princesa se permitió de nuevo una sonrisa que no expresaba alegría. Pero que aún era posible, y terminó diciendo:

—Como puede usted ver, nuestra locura viene regida por un método.

Estas palabras intrigaron a la señora Assingham:

—¿Y cuál es el nombre?

—Reducción. La reducción de lo que estamos haciendo a su más simple expresión. Así lo dijo Americo. En consecuencia, nada hacemos, y lo hacemos de la forma más extrema, que es la forma que él desea.

Después de lo cual, Maggie añadió:

—Y lo comprendo.

Al cabo de un instante, la visitante de Maggie dijo en un susurro:

—¡También yo! Tuvieron que salir de casa, era inevitable. Pero, por lo menos, aquí el Príncipe no está acobardado.

Nuestra joven amiga aceptó esta expresión:

—No está acobardado.

Sin embargo, tal aceptación sólo satisfizo a medias a Fanny, que alzó pensativa las cejas y dijo:

—El Príncipe es prodigioso, pero ¿qué hay allí que, como usted ha dicho, le acobarda? A menos que sea la proximidad de ella, y si me perdona la vulgaridad, el que ella le vaya detrás.

Fanny calló unos instantes; luego aventuró:

—Sí, esto puede tener importancia para él.

Pero la Princesa estaba preparada para dar contestación a estas palabras:

—Puede irle detrás aquí. Puede venir siempre que quiera.

—¿Realmente puede? —preguntó Fanny Assingham.

—¿Por qué no? —repuso Maggie.

Por un instante sus miradas se encontraron íntimamente. Después la mayor de las dos mujeres dijo:

—Quería decir verle a solas.

—Eso mismo quería decir yo —observó la Princesa.

Fanny Assingham, por razones que ella sabría, no pudo reprimir una sonrisa:

—¡Claro! ¡Por esto se queda el Príncipe!

—Se queda, según he podido averiguar, para aceptar cuanto le ocurra. Para aceptar incluso esto.

Después la Princesa expresó estas palabras como lo había expresado en su fuero interno, sólo para ella:

—Se queda por un alto concepto de la decencia.

Grave la voz, la señora Assingham preguntó:

—¿Decencia?

—Decencia. Por si ella intenta…

—¿Qué? —apremió la señora Assingham.

—En fin, tengo esperanzas…

—¿Esperanzas de que él la vea?

Maggie dudó, pero no dio una respuesta directa. Dijo:

—Es inútil tener esperanzas. No lo intentará. Pero él estaría obligado.

La expresión empleada por la amiga de Maggie unos instantes antes, de la que se disculpó por considerarla vulgar, sonaba todavía en los oídos de Maggie prolongada en su estridencia, como el sonido de un timbre eléctrica cuyo botón se oprime sin interrupción. Expresado en sencillas palabras, ¿no era verdaderamente terrible que la posibilidad de que Charlotte anduviera detrás del hombre que durante tanto tiempo la había amado a ella, a Maggie, hubiera de ser tenida ahora en cuenta? Lo más extraño de todo era, sin duda, que Maggie se preocupara de lo que podía favorecer esta posibilidad y de lo que podía ir en contra de ella, y más extraño todavía era que se entregara en ciertos momentos a vagos cálculos sobre si era concebible que ella sondeara directamente a su marido acerca de aquel problema. Sería monstruoso que de repente, después de varias semanas, preguntara a su marido, como impulsada por una alarma: «¿Consideras que el honor te obliga a hacer algo por ella en privado antes de que se vayan?». Maggie era capaz de medir el riesgo que semejante aventura comportaba para su espíritu; era capaz de sumirse en breves ensimismamientos mientras conversaba, como ocurría ahora con la persona en quien más confianza tenía, aventurando posibilidades. También era cierto que la señora Assingham tenía la virtud, en semejantes momentos, de restablecer el equilibrio al no dejar de adivinar del todo los pensamientos de Maggie. Sin embargo, su pensamiento tenía varias facetas, una serie de facetas que se presentaban sucesivamente. Estaban las posibilidades anejas a la aventura de preocuparse de la cantidad de compensación que la señora Verver todavía pudiera esperar. También se daba la posibilidad de que ésta tuviera el poder suficiente para conseguir de Americo lo que quería, pues no cabía olvidar que lo había conseguido una y otra vez. Contra esto se alzaba la evidente creencia de Fanny Assingham, de que Charlotte se encontraba en una situación de impotencia, despiadadamente impuesta, o despiadadamente sentida, dada la actual relación entre las partes interesadas, además de todo lo que, desde hacía más de tres meses, había elevado a la Princesa a una convicción parecida. Era cierto que estas presunciones podían carecer de base: sobre todo si se tenía en cuenta que en la vida de Americo había horas y horas de las que, por costumbre, no daba cuenta ni mostraba la más leve intención de hacerlo; sobre todo, si se tenía en cuenta que Charlotte había tenido que ir más de una vez, con el manifiesto conocimiento de la pareja de Portland Place, a Eaton Square, de donde tantos objetos de su posesión estaban en trance de sacarse. Charlotte no fue a Portland Place, ni fue a almorzar en dos ocasiones en que la pareja que vivía en dicha casa tuvo conocimiento de que pasó el día entero en Londres. A Maggie le repelía comparar horas y apariencias, dar vueltas a la idea de si había habido momentos oportunos o fáciles circunstancias en el curso de los últimos días para un encuentro; si en un ambiente que la estación veraniega había limpiado de miradas curiosas, había

sido posible una entrevista improvisada. Pero la razón radicaba, parcialmente, en que Maggie, atormentada por la visión de aquella pobre mujer comportándose con tanta valentía por haber hallado el secreto de no dejarse apaciguar, se daba cuenta de que en su mente quedaba poco espacio para alojar una imagen alternativa. La imagen hubiera sido aquélla en que el secreto tan bien guardado era el secreto de un apaciguamiento en cierta manera conseguido, en cierta manera obtenido con coacciones, y luego íntimamente amado. La diferencia entre las dos clases de ocultación era tan grande que no permitía la confusión o el error. Charlotte no ocultaba orgullo ni alegría, sino que ocultaba humillación; y éste era el punto en que la pasión de la Princesa, tan incapaz de vengativos vuelos, arañaba su ternura con más tesón contra el duro vidrio de su pregunta.

Detrás de este vidrio se escondía toda la historia de la relación que la Princesa había intentado ver, pegando la nariz al vidrio; el vidrio que quizá ahora la señora Verver estuviera golpeando frenéticamente, desde el otro lado, a modo de suprema e irreprimible petición. Complacida, Maggie se había dicho a sí misma, después de la última conversación con su madrastra en los jardines de Fawns, que no le quedaba nada más por hacer, y, en consecuencia, podía quedarse con las manos cruzadas. Pero ¿no le era posible avanzar más, y en satisfacción del orgullo personal, descender más bajo en su hostigamiento? ¿No le era posible atribuirle la función de portadora de un mensaje dirigido a Americo, en el que se expresara la angustia de su amiga, y se le convenciera de la necesidad a que estaba sometida? Maggie hubiera podido traducir los golpes de la señora Verver contra el vidrio, como antes he dicho, de cincuenta maneras diferentes, y quizá hubiera podido traducirlos en forma de un recordatorio que podía penetrar muy hondamente: «Tú ignoras lo que es haber sido amado y rechazado después. Nada se ha roto en tu caso, pues en ti ¿qué hay de valioso que pueda romperse? Nuestra relación fue todo lo que puede llegar a ser una relación llena hasta los bordes con el vino de la percepción consciente, y si esta relación estaba destinada a carecer de sentido, a no tener más sentido que el que un ser como tú podía insuflarle para tu dicha, ¿por qué tuviste que esgrimir conmigo el engaño? ¿Por qué tuviste que condenarme, al cabo de un par de años, a ver que la dorada llama —¡sí, la dorada llama!— se había transformado en negras cenizas?». En ciertos momentos, nuestra joven amiga se entregaba a cuanto de insidioso había en estas sutilezas de su piedad, condenadas de antemano, de manera que, a veces, durante minutos enteros parecía sentir el peso de un nuevo deber: el deber antes de que la separación formara el abismo; el deber de abogar por un beneficio que pudiera ser transportado al exilio, como el último objeto de valor conservado por el emigrante, como la joya envuelta en seda antigua, negociable algún día en el mercado de la miseria.

Este imaginario servicio a la mujer que ya no podía defenderse por sí

misma era una de las trampas dispuestas contra el espíritu de Maggie en todas las vueltas y revueltas de su camino. El ruido de esta trampa al dispararse, atrapando y reteniendo firmemente la divina facultad, era inevitablemente seguido en un aleteo, de una lucha de alas, e incluso, podemos decir, por el desprendimiento de unas cuantas delicadas plumas. Y así era, pues estas ansias del pensamiento y estos avances de la comprensión muy pronto sentían un golpe que no bastaba para producir su derrumbamiento; sentían el alto que les daba aquella figura tan notablemente delineada que durante las semanas anteriores estuvo en Fawns constantemente cruzando, en las vueltas incesantes que daba, el último término de cuantas perspectivas cabía contemplar. Si Charlotte, con lógicos quehaceres en Eaton Square, había escondido otras oportunidades bajo semejante pretexto, y, caso de hacerlo, hasta qué punto lo había hecho, era tema para la clase de serena ponderación que parecía exclusiva del hombrecillo que seguía avanzando por su sinuoso camino. Era cosa que formaba parte de la misma perseverancia que el sombrero de paja, su blanco chaleco, el vicio de llevar las manos en los bolsillos, y la frialdad de la atención con que contemplaba sus propios pasos lentos, a través de las gafas firmemente asentadas en el puente de la nariz. Lo que ahora no faltaba nunca como elemento esencial del cuadro era el brillo del lazo de seda con que llevaba atada a su esposa; el inmaterial cordón que Maggie percibió tan claramente durante el último mes pasado en el campo. Ciertamente, el esbelto cuello de la señora Verver no se había liberado del lazo; tampoco el otro extremo del largo cordón —largo en la debida medida, desde luego— se había soltado del pulgar en flexión, oprimido por los restantes dedos, que el marido de la señora Verver mantenía oculto. Percatarse de la función de este cordón, a pesar de lo tenue que era, comportaba ineludiblemente preguntarse gracias a qué mágico arte había sido atado, a qué tensión había sido sometido; pero jamás cabía dudar de la eficacia de su función ni de su capacidad de perdurar. Estos recuerdos eran, para la Princesa, renovados pasmos. Eran muchas las cosas que su padre conocía y que ella todavía ignoraba.

Todo esto pasó por la mente de la Princesa, en rápidas vibraciones, mientras se hallaba en compañía de la señora Assingham. Mientras la revolución de su pensamiento no había terminado todavía, Maggie expresó la idea de lo que Americo, tal como estaban las cosas, debía ser capaz; a continuación sintió la mirada de respuesta de su amiga. Pero Maggie insistió en su idea:

—Debiera desear verla; quiero decir verla como de tapadillo, y en circunstancias de aislamiento, como solía verla, en el caso de que ella pueda arreglárselas para ello.

Con la valentía que su propia convicción le daba, Maggie añadió:

—Debiera estar plenamente dispuesto, estar contento de poderlo hacer,

sentirse obligado a aceptar cuanto ella haga, ya que es muy poco, teniendo en cuenta cuál es el final de esta historia. Parece que ahora desee él quedar liberado sin dar nada.

Deferente, la señora Assingham preguntó:

—Pero ¿con qué fin estima usted que deben reunirse en tan íntimas circunstancias?

—Con el fin que ellos quieran. Esto es asunto suyo.

Fanny Assingham soltó una seca carcajada; luego volvió, sin poderlo evitar, a su constante actitud:

—Es usted espléndida, absolutamente espléndida.

La Princesa sacudió impacientemente la cabeza, como si se negara a aceptar una vez más aquel cumplido, lo que motivó que Fanny Assingham añadiera:

—Y si no lo es, sólo puede deberse a la seguridad que tiene usted. La seguridad en él.

A lo que Maggie contestó, sin mirar a Fanny:

—Lo que ocurre exactamente es que no estoy segura de él. Si estuviera segura, no dudaría.

Fanny la acosó:

—¿Segura de qué?

Y se dispuso a esperar. Maggie repuso:

—Pues de que se dé cuenta que siente mucho menos de lo que ella paga, y que esto debiera ser la causa de que la tuviera presente mucho más.

Al cabo de unos instantes, Fanny pudo hacer frente a estas palabras con una sonrisa y dijo:

—¡Puede tener la seguridad, querida, de que la tiene presente! Pero también puede tener la seguridad de que él seguirá estando ausente. Déjele que se porte a su manera.

A lo que Maggie contestó:

—Dejo que haga lo que quiera, pero ya sabe usted cómo soy: pienso. No sin cierta rudeza, Fanny se arriesgó a decir:

—Pensar demasiado es muy propio de su manera de ser.

Sin embargo, esto sólo sirvió para que Maggie incurriera en el acto que Fanny había reprobado:

—Quizá. Pero si no hubiera pensado…

—¿Quiere decir que no se encontraría en la situación en que se encuentra?

—Efectivamente, porque ellos, por su parte, pensaron en todo menos en esto. Pensaron en todo menos en que yo pensara.

Con excesiva superficialidad, Fanny se mostró de acuerdo:

—Y ni siquiera en que su padre pensara.

En este punto, Maggie efectuó una distinción:

—No, esto no hubiera sido un obstáculo para ellos, sabían que la principal preocupación de mi padre era evitar que yo pensara. Después de meditar un poco, añadió:

—En realidad esto es lo que menos desea.

Fanny Assingham quedó profundamente impresionada por estas palabras, lo que la indujo a expresarse con voz más sonora:

—Es un hombre verdaderamente espléndido.

Lo dijo con acento casi agresivo. Fanny Assingham había quedado reducida a eso. Y no le quedó más remedio que manifestarlo. Maggie dijo:

—Eso, sí, lo es.

Después de decir esas palabras, guardó silencio, pero el tono en que las pronunció motivó en su amiga una nueva reacción:

—Ustedes dos piensan con profundidad abismal y, al mismo tiempo, serenamente. Y esto es lo que les ha salvado.

A estas palabras, Maggie repuso:

—Esto es, desde el momento en que descubrieron que podíamos pensar, lo que les ha salvado a ellos. Sí, porque son quienes se han salvado; nosotros somos quienes nos hemos perdido.

—¿Perdido?

—Perdido el uno al otro, mi padre y yo.

A continuación, al ver que su amiga se resistía a aceptar lo que acababa de decirle, lúcidamente declaró:

—Sí, nos hemos perdido el uno al otro mucho más de lo que Americo y Charlotte se han perdido para sí; para ellos esto es lo justo, lo adecuado, lo merecido, en tanto que, en nuestro caso, sólo es triste, extraño y en modo alguno resultado de nuestra culpa.

Maggie guardó silencio unos instantes y prosiguió:

—Pero no sé por qué hablo de mí, es mi padre la persona que paga las consecuencias. Le dejo irse.

—Le deja irse, pero no le obliga.

—Acepto que se vaya.

—¿Y qué otra cosa puede usted hacer? La Princesa repitió:

—Acepto que se vaya. Después añadió:

—Hago lo que desde el principio sabía que haría inevitablemente. Me libero, renunciando a él.

La señora Assingham osó objetar:

—¿Y si es él quien renuncia a usted? ¿Acaso ello no corona el propósito con que se casó, el propósito de transformarla a usted en un ser más libre, y dejarla así?

Maggie le dirigió una larga mirada y repuso:

—Sí, y yo le ayudo a hacerlo.

La señora Assingham dudó pero, al fin, su valentía salió a relucir:

—¿Por qué no llamarlo francamente la coronación de su éxito?

—Bueno, esto es lo único que puedo hacer.

La señora Assingham ingeniosamente observó:

—Es un éxito al que usted, sencillamente, no ha puesto obstáculos.

Y como si quisiera demostrar que no había hablado a la ligera, Fanny Assingham añadió:

—¡Y él lo ha convertido en un éxito para ellos!

Maggie se mostró de acuerdo:

—Así es.

Y enseguida añadió:

—Sí, y ésta es la razón por la que Americo se queda.

—Sin olvidar que también es la razón por la que Charlotte se va. La señora Assingham, envalentonada, sonrió y preguntó:

—¿De modo que él está al tanto?

Desorientada, Maggie dijo:

—¿Americo?

Sin embargo, al instante Maggie se sonrojó al comprender el significado de las palabras de Fanny Assingham, quien dijo:

—Su padre. ¿Sabe lo que usted sabe?

Fanny vaciló antes de añadir:

—Quiero decir, ¿hasta qué punto está enterado?

El silencio de Maggie y sus ojos quitaron filo a la pregunta a la que, para ser decentemente consecuente, Fanny no podía renunciar totalmente:

—Lo que quería decir es ¿cuánto sabe?

Pareciéndole todavía embarazosa, Fanny matizó la pregunta:

—¿Cuánto sabe de lo que ellos hicieron? ¿Del punto a que llegaron? Maggie esperó, pero sólo hasta esta pregunta:

—¿Cree que está enterado?

—¿Que está enterado de algo, por lo menos? Tratándose de él, no lo sé. Está por encima de mí.

—¿Y usted, sí está enterada?

—¿De lo que hicieron?

—De lo que hicieron.

—¿De a qué punto llegaron?

—De a qué punto llegaron.

Fanny causó la impresión de desear averiguar con certeza lo que sabía, pero recordó algo, lo recordó a tiempo, e incluso con una sonrisa:

—Ya le he dicho antes que nada sé, absolutamente nada.

La Princesa dijo:

—En ese caso, ¿nadie lo sabe?

Acto seguido, Fanny aclaró su pregunta:

—¿Nadie sabe cuánto sabe su padre?

Dando muestras de haber comprendido a Fanny, Maggie repuso:

—Nadie.

—¿Ni siquiera Charlotte lo sabe, aunque sólo sea un poco?

—¿Un poco? En el caso de Charlotte, saber algo significaría saber lo suficiente.

—¿Y sabe algo? Maggie repuso:

—Si algo supiera Charlotte, también lo sabría Americo.

—Es exactamente así, ¿y nada sabe?

Con profunda convicción, Maggie contestó:

—Nada sabe.

A continuación de esta afirmación, la señora Assingham preguntó:

—¿Y cómo es que Charlotte está ahora tan dominada?

—Precisamente por eso.

—¿Por su ignorancia?

—Por su ignorancia.

Fanny, dubitativa, preguntó:

—¿Una tortura?

Con lágrimas en los ojos, Maggie repuso:

—Una tortura.

Durante unos instantes Fanny contempló cómo lloraba, y luego preguntó:

—En ese caso, ¿el Príncipe…?

Maggie preguntó:

—¿Por qué está tan dominado?

—¿Por qué?

—¡Esto no lo sé!

Y después de decir estas palabras, Maggie volvió a llorar.

Capítulo XLI

A primera hora llegó un telegrama enviado por Charlotte. «Iremos tomar té cinco tarde, si no tenéis inconveniente. Mando telegrama Assingham almorzar con ellos.» Maggie entregó inmediatamente a su marido este documento que tenía diversos significados, diciéndole que su padre y la esposa de éste seguramente habían llegado la noche anterior o aquella misma mañana y, evidentemente, se habían alojado en un hotel.

El Príncipe se encontraba en su aposento, en donde pasaba a menudo

buenos ratos a solas. A su alrededor tenía media docena de periódicos abiertos, entre los que cabía distinguir Le Figaro y el Times, aunque el Príncipe, con un cigarro entre los dientes y la frente visiblemente nublada, parecía dedicado a pasear por el cuarto. Maggie hasta el momento, al ir al encuentro de su marido, lo cual hacía en los últimos tiempos varias veces, impelida por una y otra necesidad, jamás había recibido una impresión tan clara de fuerza suprema: por ignoradas razones, en el momento de entrar, Americo dio rápidamente media vuelta sobre sí mismo. Ello se debió, en parte a la expresión del rostro de Americo, que parecía como sofocado por la fiebre, lo que trajo a la mente de Maggie la acusación que Fanny Assingham le había dirigido recientemente, bajo aquel mismo techo, de «pensar» de manera impenetrable. Estas palabras habían quedado grabadas en su mente y la habían inducido a pensar más y todavía más impenetrablemente, por lo que, al principio, en el aposento de su marido, se sintió responsable de provocar en él la irritación resultante de unas dudas que ella no había querido provocar. Durante los últimos tres meses, Maggie había tratado a su marido, y tenía perfecta conciencia de ello, animada por una constante idea de la que jamás le había hablado; pero en última instancia lo que había ocurrido era que Americo la miraba de vez en cuando de manera que parecía percibir la presencia no de una idea, sino de cincuenta, diversamente preparadas para diversos usos que debía tener en cuenta. De una manera casi extraña, se dio cuenta de que se alegraba de haber ido al encuentro de su marido con algo tan poco abstracto como un telegrama. Después de penetrar en la prisión de Americo con semejante pretexto, mientras sus ojos se fijaban en la cara de su marido y recorrían las cuatro paredes que encerraban la inquietud del Príncipe, se dio cuenta de la virtual identidad de la condición de su marido con el aspecto de la situación de Charlotte para la que Maggie, a principios de verano y en toda la amplitud de una gran mansión, había hallado la imagen de una jaula cerrada. Americo le causó la impresión de estar enjaulado, de ser un hombre que no podía, sin producir un efecto instantáneo en la sensibilidad de Maggie, empujar instintivamente la puerta que ella no había dejado perfectamente cerrada a su espalda. Americo había estado revolviéndose en veinte distintos sentidos, impulsado por impaciencias que eran exclusivamente suyas; tan pronto Maggie estuvo en su compañía, volvió a parecer que ésta hubiera entrado en su más que monástica celda para ofrecerle luz o alimento. Sin embargo, se daba una diferencia entre el cautiverio de Americo y el de Charlotte, la diferencia consistente en que Americo se encontraba allí escondido por voluntad propia y propia decisión, lo cual quedó reconocido con el sobresalto que la entrada de Maggie le produjo, como si incluso este acto fuera una intromisión. Esto fue lo que delató el temor que Americo sentía a sus veinte ideas, y lo que, al cabo de un minuto, indujo a Maggie a sentir deseos de repudiar o de explicar. Era más maravilloso de lo que ella hubiera

podido expresar; era, en todos los sentidos, como si Maggie hubiera comenzado a triunfar sobre Americo en medida superior a sus propias intenciones. Durante estos instantes, tuvo la impresión de que Americo exageraba, que aquella imputación de propósitos había alcanzado para él una altura excesiva. Hacía un año que Maggie había comenzado a preguntarse cómo podía conseguir que Americo pensara más en ella y la juzgara mejor; pero, a fin de cuentas, ¿qué era lo que ahora pensaba Americo? El Príncipe tenía la vista fija en el telegrama, que había leído más de una vez, a pesar de lo fácil que era comprenderlo, incluso teniendo en cuenta sus implícitas excusas. Durante estos momentos, Maggie sintió unas ansias que casi le causaron miedo. Poco le faltó para dar a entender de una manera u otra lo que dio a entender en los jardines de Fawns ante Charlotte: que había acudido verdaderamente desarmada. Maggie no estaba erizada de intenciones; por la impresión que Americo le causaba en esta ocasión, Maggie apenas sabía qué se había hecho de la única intención con la que había ido al encuentro de su marido. Sólo tenía su vieja idea, la idea que él ya sabía, sin siquiera la sombra de otra. En realidad, cuando hubieron pasado cuatro o cinco minutos, llegó el momento en que Maggie ni siquiera tenía una idea. Americo le devolvió el papel, preguntándole si deseaba que hiciera algo.

Maggie quedó allí mirando a Americo, que doblaba el telegrama como si se tratara de un documento precioso, conteniendo en todo instante el aliento. De repente, y como si fuera resultado de que entre ellos sólo hubiera aquellas pocas palabras escritas, ocurrió un hecho extraordinario. Americo estaba con ella como si fuera suyo, suyo en una gradación y a una escala, con una intensidad y una intimidad, que eran nuevas; que eran algo extraño, algo como la irrupción de una ola que les liberaba del lugar en que habían estado clavados, y les causaba la impresión de estar flotando. ¿Qué fue lo que impidió que al impulso de esta ola Maggie alargara las manos hacia Americo y se abrazara a él, como en pasados tiempos, con el impulso que Americo y Charlotte habían conspirado en secreto para infundírselo? Maggie a menudo había sentido el impulso de abrazarse a su padre. Sin embargo, no hizo todavía nada inconsecuente, aunque no podía decir, por el momento, qué fue lo que la salvó. En el momento en que hubo terminado de doblar cuidadosamente el telegrama, Maggie hizo algo que era meramente útil:

—Sólo quería que lo supieras, no fuese que, por casualidad, no coincidieras con ellos. Sí, porque es la última vez.

—¿La última vez?

—Considero que es su adiós.

Maggie sonrió, como siempre solía hacerlo y dijo:

—Vendrán solemnemente para despedirse con todas las formalidades.

Siempre hacen lo que hay que hacer. Mañana se van a Southampton.

Estas palabras motivaron que el Príncipe preguntara:

—Si siempre hacen lo que hay que hacer, ¿por qué no vienen a almorzar, por lo menos?

Ella vaciló, pero halló con notable facilidad la respuesta adecuada:

—Desde luego tenemos que invitarles a almorzar. Te costará poco hacerlo. Pero hay que tener en cuenta que tienen infinitos compromisos y cosas que hacer.

—¿Tantos compromisos tienen que tu padre no puede dedicarte su última noche en Inglaterra?

Le fue más difícil dar contestación a esta pregunta. Sin embargo, también halló una salida:

—Probablemente eso es lo que nos propondrán, que vayamos a algún lugar los cuatro, aunque para redondear la fiesta, también tendrían que asistir Fanny y el coronel. No quieren que vengan a tomar el té, y Charlotte lo dice claramente, los quitan de en medio, a los pobrecillos, se desembarazan de ellos de antemano. Quieren estar a solas con nosotros.

Maggie guardó silencio unos instantes y prosiguió:

—Y si se limitan a almorzar con Fanny y el coronel, y a tomar el té con nosotros, quizá se deba a que tienen el capricho de pasar los dos solos su última noche en Londres.

Había dicho todo lo anterior tal como se le había ido ocurriendo. Fue incapaz de contenerse, a pesar de que, mientras oía sus propias palabras, tenía la impresión de echarlo todo a rodar. Pero ¿no era esto lo más adecuado para compartir el último día de cautiverio del hombre a quien adoraba? Cada momento que pasaba tenía la impresión más clara de estar esperando, con Americo y en la celda de éste, de manera que recordaba vagamente el comportamiento de los nobles cautivos, durante la Revolución francesa, durante el período del tenebroso Terror, que solían celebrar una fiesta o dar rienda suelta a altos pensamientos, con sus pobres últimos recursos. Si Maggie, ahora, lo había hecho todo añicos, si había quebrantado todas las normas observadas en los últimos meses, debía limitarse a comprender que así era, a comprender que aquello que había estado persiguiendo se hallaba, al fin, tan cerca que ya no podía conservar la serenidad. Y su marido bien hubiera podido tener la impresión de que ésta había perdido la cabeza, por cuanto Americo ignoraba, en todo momento, que la súbita libertad con que su esposa se expresaba no era más que una indirecta de la intensidad con que deseaba abrazarle. También ignoraba que aquélla era la manera con que Maggie —

ahora que estaba realmente con él— prescindía audazmente de la suprema norma de tenerlo suspenso en las dudas. Para los hombres y las mujeres de la Revolución francesa no había dudas. El cadalso, para aquellos en quienes Maggie pensaba, era una certidumbre, en tanto que lo que el telegrama de Charlotte anunciaba era, claramente, y salvo un error incalculable, la liberación. Sin embargo, lo importante consistía en que todo estaba más claro para ella que para Americo. La verdad, la libertad de Maggie, para cuya consecución tanto había trabajado, amenazaban con apiñarse sobre su cabeza igual que un grupo de cabezas angelicales, en los poblados haces de luz que desde lo alto penetran por las rejas de la prisión, que regalan, a veces, la enfebrecida visión de quienes están encadenados. Maggie tenía la impresión de que más tarde sabría, que al día siguiente por la mañana sabría con tristeza, sin alguna duda, cuán alocadamente había latido su corazón ante aquella primicia de lo que significaba que les dejaran solos a los dos, y juzgaría con calma incluso aquella avidez por solucionar lo que tan poca importancia tendría, todo lo que no fuera las complicaciones propias de la constante presencia de los otros dos. Y verdaderamente, el caso era que estaba simplificándolo todo mucho más de lo que hacía su marido, y ello quedaba de relieve ante ésta en la expresión de su rostro mientras la escuchaba. Realmente, parecía un tanto desconcertado, en lo referente a su suegro y a la señora Verver, porque cuando Maggie aludió a la posibilidad de que prefirieran pasar una velada con ellos, preguntó:

—¿Pero no es algo así como si se separaran el uno del otro?

—De ninguna manera. No, no es como si se separaran el uno del otro. Sólo dan término a un período, que ha sido tremendamente interesante para los dos, sin que sepan cuándo podrán reanudarlo.

Sí, Maggie podía hablar así del período vivido por la otra pareja. Se sentía segura hasta el punto de afirmar más el dominio que de su terreno tenía:

—Tienen sus razones, tienen muchas cosas en que pensar, cosas que nosotros ni siquiera sabemos. De todas maneras, también cabe la posibilidad de que papá proponga que pasemos juntos las últimas horas. Quiero decir él y yo. Quizá quiera que vayamos a cenar solos, en recuerdo de los viejos tiempos.

La Princesa guardó silencio unos instantes, y prosiguió:

—Quiero decir los verdaderos viejos tiempos, antes de que mi gran marido fuera inventado, antes de que su gran esposa también lo fuera, los maravillosos tiempos en que comenzó a sentir ese gran interés por todo lo que ha hecho a partir de entonces, los tiempos de sus primeros grandes proyectos y oportunidades, descubrimientos y negocios. Los tiempos en que permanecíamos sentados hasta muy tarde, siempre muy tarde, en los

restaurantes extranjeros que le gustaban, en todas las ciudades de Europa; allí nos quedábamos, con los codos apoyados en la mesa y casi todas las luces apagadas, hablando de las cosas que había visto durante el día, de las cosas de que había oído hablar, de las ofertas que había hecho, de las cosas adquiridas, rechazadas o perdidas. Y, aunque te parezca increíble, me llevaba a estos sitios debido a que, a menudo, la servidumbre era la única compañía con que podía dejarme. Si esta noche me llevara con él, para recordar los viejos tiempos, a la exposición de Earl Court, ello se parecería un poco, sólo un poquito, a nuestras primeras aventuras.

Mientras Americo la miraba y, en realidad, debido precisamente a que la miraba, tuvo una inspiración que decidió poner en práctica. Si él se preguntaba qué iba a decir Maggie a continuación, he aquí que ésta diría exactamente lo adecuado:

—En este caso, mi padre dejará a Charlotte a tu cuidado durante nuestra ausencia. Tendrás que llevarla a algún lugar, donde pasar vuestra última velada, a no ser que prefieras pasarla, con ella, aquí. En este caso, me encargaré de que os sirvan la cena y de que nada os falte. En fin, podrás hacer lo que quieras.

Maggie no había podido saberlo con seguridad de antemano, y, desde luego, no lo había sabido, pero el más inmediato resultado de estas palabras fue que Americo le dio a entender que no consideraba que estas palabras fueran una burda exageración en la ironía o en la ignorancia. En verdad, nada en el mundo fue tan dulce para ella como las palabras de su marido al intentar reaccionar con la seriedad suficiente para no cometer error alguno. Maggie le había dejado preocupado, lo cual no había sido su propósito, ni mucho menos. Le había dejado desorientado, pero no pudo evitarlo y le importaba relativamente poco. Entonces, se dio cuenta de que Americo estaba dotado de una muy considerable simplicidad, simplicidad que jamás había osado presumir en él. Fue un descubrimiento propio, con el que lo contrastaba todo, en busca de hallar verdadera medida pero que le dio una sensación de novedad. Y, a la luz de este descubrimiento, volvió a percatarse de las muchas cosas de que su marido la creía capaz. Evidentemente, todas estas ideas eran raras para él, pero Maggie, al paso de los meses, había sabido crear la impresión de que podían ser ideas sustanciosas. Y, ahora, allí estaba él, hermoso y sombrío, contemplando lo que su esposa le había dado. Maggie tenía la seguridad de que en la mente del Príncipe había algo, un conocimiento propio, con el que lo contrastaba todo, en busca de hallar verdadera medida y significado. Americo jamás había abandonado aquello, desde el día, desde semanas atrás, en que Maggie, en su aposento, después de que él se enfrentara con la copa de Bloomsbury, lo había plantado en la mente de su marido, al espetarle, refiriéndose al tema de la opinión que su padre tenía de él, su

decidido «Descubre el resto por ti mismo». Al paso de los meses, Maggie se había dado cuenta de que Americo lo había intentado, había intentado averiguarlo, y, sobre todo, había procurado cuidar las apariencias para que ningún conocimiento que pudiera llegarle, procedente de cualquier fuente, fuese con violencia, y sí con una penetración más sutil. Sin embargo, nada había llegado a él, nada con lo que él pudiera contar en su beneficio se había desprendido, para su conocimiento, ni siquiera del anuncio, suficientemente repentino, de la secesión de sus parientes. Charlotte sufría, Charlotte vivía torturada, pero él mismo le había dado motivos suficientes para ello, y, en lo tocante a todo lo demás que hiciera referencia a la obligación que Charlotte tenía de seguir a su marido, este personaje y Maggie habían barajado de tal manera todos los eslabones de causa y efecto que la intención seguía, al igual que ciertas famosas frases poéticas escritas en una lengua muerta, sujeta a diversas interpretaciones. Y lo que renovaba la oscuridad en que Americo se encontraba era la extraña imagen con que Maggie le había hecho aquella oferta en común, por parte de ella y de su padre, de una oportunidad de despedirse de la señora Verver con las debidas formalidades, máxime si se tenía en cuenta que él, de una manera harto patética, no podía permitirse el lujo de rechazarla, so pretexto de apariencia y buen gusto. Sin embargo, para el Príncipe, el buen gusto, en cuanto criterio regulador de su comportamiento, había quedado atrás, ya que, ¿quién podía decir que una de las cincuenta ideas de Maggie, o quizá cuarenta y nueve de ellas, no viniera a decir exactamente que el buen gusto en sí mismo, aquel buen gusto al que el Príncipe siempre había conformado su actitud, careciera de toda importancia? De todas maneras, ahora, el Príncipe estimaba que Maggie hablaba con toda seriedad, y esto suponía la principal razón de que ella se aprovechara como quizá jamás podría volver a aprovecharse. Estaba así reflexionando en el preciso instante en que el Príncipe, en contestación a sus últimas palabras, hizo una observación que, si bien era perfectamente congruente y justa, a ella le pareció, al principio, rarísima:

—Están haciendo lo más prudente. Sí, porque, caso de irse…

Y el Príncipe, por encima de su cigarro, miró a su esposa. Dicho en pocas palabras, sí, en caso de irse aquél era el momento en que debían hacerlo, teniendo en consideración la edad del padre de Maggie, la necesidad de iniciar a Charlotte en las tareas que les aguardaban, la general magnitud del trabajo de asentarse de nuevo, de aprender a vivir en su extraño futuro, habida cuenta de todo lo anterior, ya era hora de que reunieran el valor suficiente para comenzar a ponerlo en práctica. Esto era perfectamente lógico, pero no tuvo la virtud de parar los pies a la Princesa, quien al momento ya había hallado la forma con que revestir su reto:

—¿Pero ni siquiera echarás un poco en falta a Charlotte? Es hermosa, es

maravillosa, y su marcha, para mí, es algo así como si fuera a morirse, aunque no físicamente, claro está, ya que es una mujer espléndida y se halla aún muy lejos de renunciar a la vida. Pero, sí, muere para nosotros dos, para ti y para mí. Y el hecho de que nos deje tantos recuerdos suyos, tanta parte de sí misma contribuye a darnos esta sensación.

El Príncipe fumó pensativo durante un minuto, y, al fin, dijo:

—Tal como tú dices, es espléndida, y siempre queda y siempre quedará, con nosotros, gran parte de ella.

La Princesa repuso a estas palabras:

—A pesar de todo, tengo la impresión de que no nos separamos totalmente de ella. Sí, por cuanto, ¿cómo es posible que no pensemos siempre en ella? Parece que su desdicha nos haya sido necesaria, como si la hubiéramos necesitado, en su perjuicio, para formarnos, para que comenzáramos a recorrer nuestro camino.

El Príncipe meditó estas palabras, y les dio respuesta con una pregunta:

—¿Y por qué hablas de la desdicha de la esposa de tu padre?

Intercambiaron una larga mirada, una mirada que duró el tiempo que Maggie necesitó para encontrar una contestación:

—Porque no puedo dejar de hacerlo.

—¿No puedes?

—Si no hablara de ella, tendría que hablar de él. Y no puedo hablar de él.

—¿Te es imposible?

En tono tajante, indicativo de que no iba a repetir jamás aquella negativa, Maggie dijo:

—Imposible.

A pesar de lo cual, Maggie añadió:

—Concurren muchos elementos. Y mi padre es demasiado grande.

El Príncipe miró la punta de su cigarro, y, mientras volvía a llevárselo a los labios, dijo:

—¿Demasiado grande, para quién? Después de dudar, añadió:

—No, querida, no es demasiado grande para ti. Para mí, sí, todo lo que quieras.

—Quería decir que es demasiado grande para mí. Y sé muy bien por qué lo digo. Con esto basta.

El Príncipe volvió a mirarla como si con sus palabras sólo hubiera con seguido aumentar su desorientación. Juzgó que el Príncipe estaba a punto de preguntarle por las razones por las que pensaba así; pero sus ojos mantuvieron su expresión de advertencia en contra, y fueron otras las palabras que el Príncipe pronunció al cabo de un minuto:

—Lo importante es que eres su hija. Por lo menos tenemos esto. Y si puedo añadir algo diré que esto, por lo menos, lo valoro debidamente.

—Sí, sé perfectamente que lo valoras. Y, en cuanto a mí hace referencia, diré que de ello saco cuanto provecho puedo.

El Príncipe también meditó estas palabras, que le indujeron a emitir un sorprendente juicio.

—Charlotte hubiera debido conocerte. Lo veo con toda claridad. Hubiera debido conocerte mejor.

—¿Mejor que tú?

Gravemente, el Príncipe afirmó:

—Sí, mejor que yo. Charlotte no te conocía en absoluto. Y todavía no te conoce.

Pero Maggie exclamó:

—¡Me conoce muy bien!

El Príncipe sacudió negativamente la cabeza, sabía lo que había dicho:

—No sólo no te comprende más que yo, sino que te comprende menos que yo, a pesar de que yo…

Maggie le apremió:

—¿A pesar de que tú?

—A pesar de que yo, a pesar de que ni siquiera yo…

Volvió a callar, y los dos quedaron presos en el silencio. Por fin, Maggie lo rompió:

—Si Charlotte no me conoce, esto se debe a que yo se lo he impedido. He preferido engañarla y mentirle.

El Príncipe, manteniendo la mirada fija en los ojos de su esposa, dijo:

—Sé lo que has preferido. Y yo he preferido lo mismo.

Al cabo de un instante, Maggie contestó:

—Sí, decidí después de haber adivinado cuál era tu decisión. Pero ¿consideras que te comprende, a ti?

—¡Pocas dificultades presenta!

—¿Estás seguro?

—Bastante seguro. Pero esto carece de importancia.

El Príncipe esperó unos instantes, y, luego, fija la vista en el humo del cigarro, bruscamente opinó:

—Es estúpida.

En un largo gemido, Maggie protestó:

—Oh…

Esta exclamación alteró realmente el color de la cara del Príncipe, quien dijo:

—Con ello quiero decir que Charlotte, contrariamente a lo que tú piensas, no es desdichada.

Y habiendo recobrado con estas palabras toda su lógica, añadió:

—¿Cómo va a ser desdichada, si no sabe?

Maggie intentó poner dificultades a la lógica del Príncipe:

—¿Qué es lo que no sabe?

—¿Acaso sabe que tú sabes?

Dijo estas palabras de tal manera que Maggie tuvo conciencia, al instante, de tres o cuatro posibles respuestas. Pero lo primero que Maggie dijo fue:

—¿Crees que eso es lo único que cuenta?

Y antes de que el Príncipe pudiera contestarle, Maggie proclamó:

—¡Lo sabe, lo sabe!

—Bueno, ¿y qué sabe?

Pero ella echó la cabeza atrás, y en movimiento impaciente apartó la mirada de los ojos de su marido:

—¡No hace falta que te lo diga! Sabe lo suficiente. Además, no nos cree.

Esto último sobresaltó un poco al Príncipe, quien exclamó:

—¡Pide demasiado!

Estas palabras motivaron que su esposa emitiera otro gemido de protesta, lo que indujo al Príncipe a formular un juicio:

—Jamás permitirá que la consideres desdichada.

—Sé mejor que nadie lo que jamás permitirá que la considere.

—Tú misma lo verás.

—Veré maravillas, ya lo sé. Las he visto y estoy dispuesta a ver más.

Maggie recordó. No le faltaban recuerdos, y estos recuerdos la movieron a decir:

—Es terrible. La vida de las mujeres es siempre terrible.

El Príncipe la miró con gravedad y dijo:

—Todo es terrible, cara, en el corazón del hombre. Charlotte quiere construir su propia vida, y la construirá.

Su esposa, quien se había acercado a una mesa, en donde, distraídamente, modificó la posición de diversos objetos, se volvió hacia él, y dijo:

—En este caso, mientras construye su vida construye también la nuestra, aunque sea un poco indirectamente.

Al escuchar estas palabras, el Príncipe fijó la vista en los ojos de su esposa, y ésta le sostuvo la mirada, mientras decía algo que había estado en su mente durante los últimos minutos:

—Hace poco has dicho que Charlotte no se ha enterado por ti de que yo «sabía». ¿Debo considerar que estas palabras significan que tú aceptas y reconoces mi conocimiento?

El Príncipe hizo los debidos honores a esta pregunta, sopesó visiblemente su importancia, y sopesó también su respuesta:

—¿Consideras que hubiera debido darte de ello muestras más claras?

—No se trata de una cuestión de claridad, sino de verdad.

El Príncipe, enfática la voz, aun cuando con significado ambiguo, murmuró:

—Oh, la verdad…

—Sí, es todo un problema. Pero, a pesar de todo, hay ciertas realidades que verdaderamente existen, como, por ejemplo, la buena fe.

El Príncipe se apresuró a contestar:

—¡Claro que sí!

Después de lo cual dijo, más despacio:

—¡Si alguna vez, desde el principio de los tiempos, ha habido un hombre que haya actuado con buena fe…!

Pero el Príncipe dejó su oferta en este punto. Entonces, cuando pasó el tiempo preciso para que estas palabras se asentaran cual un puñado de polvillo de oro arrojado al aire, Maggie dio muestras de una extraña y profunda aprehensión:

—Comprendo.

Evidentemente, al cabo de un instante, el completo carácter de esta manifestación pareció divino al Príncipe, quien sólo pudo decir:

—Oh, Dios mío, Dios mío…

Ahora, Maggie hablaba con toda libertad:

—Has guardado silencio durante mucho tiempo.

—Sí, sí, sé perfectamente lo que he guardado. Sin embargo, ¿puedes hacer una cosa más, otra todavía, en mi beneficio?

Durante un instante, y hallándose la Princesa nuevamente vulnerable, pareció que estas palabras fueran a hacerla palidecer:

—¿Es que aún puedo hacer una cosa más?

Estas palabras oprimieron una vez más en el Príncipe el resorte de la sensación de lo inexpresable:

—Oh, Dios mío, Dios mío…

Sin embargo, nada había que la Princesa no pudiera decir:

—Haré cualquier cosa. Dime qué es.

—Esperar.

Y la italiana mano levantada del Príncipe, con el juego de sus dedos que aconsejaban, jamás hizo ademán más expresivo. El Príncipe bajó la voz y repitió:

—Esperar, esperar.

Maggie había comprendido, pero habló como si deseara que el Príncipe se lo dijera explícitamente:

—¿A que hayan estado aquí, quieres decir?

—Sí, a que se hayan ido, a que estén lejos.

Maggie insistió:

—¿A que se hayan ido de este país?

En busca de mayor claridad, Maggie tenía la vista fija en el Príncipe, que parecía reflejar una promesa, por lo que incorporó prácticamente la promesa

en su respuesta:

—Hasta que hayamos dejado de verles por todo el tiempo que Dios quiera. Hasta que estemos realmente solos.

—¡Si sólo es esto!

Cuando de esta manera la Princesa hubo arrancado, como solía ocurrir, el denso aliento de lo definitivo, que era el ambiente de lo íntimo, de lo inmediato, de lo familiar, durante largo tiempo ausente en el vivir de la Princesa, volvió a alejarse del Príncipe y puso la mano en la manecilla de la puerta. Pero, al principio, la mano de la Princesa quedó allí, sin agarrar la manecilla. Ahora, tenía que hacer otro esfuerzo de dificultad redoblada por todo lo que había pasado entre ellos, el esfuerzo de alejarse del Príncipe, cuya irresistible presencia lo impregnaba todo. Había algo que la Princesa no hubiera podido decir qué era. Parecía que, encerrados los dos juntos, hubieran llegado demasiado lejos, demasiado lejos teniendo en cuenta el lugar en que se hallaban, por lo que el mero hecho de alejarse de él parecía un intento de recobrar lo perdido, lo desaparecido. Maggie se había llevado con ella algo que, al cabo de diez minutos, y principalmente durante el transcurso de los tres o cuatro primeros, había resbalado de ella, por lo que ahora resultaba inútil, ¿o no?, hacer esfuerzos para aparentar tenerlo o recogerlo. En realidad, esta sensación era dolorosa, y Maggie vaciló, intensamente, durante aquel largo momento, casi aterrada ante su infinita capacidad de aceptación. Realmente, bastaba con que Americo presionara para que ella cediera, punto por punto, y en los presentes momentos sabía, mientras lo miraba al través de la nube en que se hallaba, que la confesión de este preciso secreto estaba allí, al alcance de la mano de su marido. Esta sensación fue extraordinaria. Su debilidad, su deseo, en tanto Maggie no se hurtó a ellos, afloraron a su rostro, como una luz o como una sombra. Buscó palabras que lo encubrieran, y volvió a abordar la cuestión del té, igual que si ellos dos no fueran a verse antes:

—Entonces, alrededor de las cinco. Cuento contigo.

Sin embargo, algo le había ocurrido a él, y las palabras de su esposa le proporcionaron la oportunidad de obrar en consonancia. Acercándose a Maggie, dijo:

—¡Pero nos veremos antes! ¿No?

Con la mano todavía en la manecilla de la puerta, Maggie tenía la espalda apoyada en ésta, por lo que su retirada, ante el avance de su marido, sólo consistía en dar menos de un paso, pero ni siquiera aunque en ello le fuera la vida hubiera podido rechazarlo con la otra mano. Ahora, Americo estaba tan cerca de ella que podía tocarlo, olerlo, besarlo, abrazarlo. Casi la apretaba, y el calor de su rostro ceñudo, sonriente, Maggie no podía saberlo, en realidad

únicamente hermoso y extraño, se cernía sobre ella con el tamaño desproporcionadamente grande con que sobre nosotros se ciernen los objetos que vemos en sueños. Maggie cerró los ojos, y de esta manera, al momento y en contra de su voluntad, alargó la mano, que encontró la de Americo y la retuvo. Entonces, detrás de sus ojos cerrados, sonó la palabra justa. «¡Espera!» Era la palabra de desdicha y ruego de Americo, la palabra de los dos, era cuanto les quedaba, era su madero en alta mar.

—Espera. Espera.

Maggie seguía con los ojos cerrados, pero su mano, lo sabía, confirmaba la palabra, y al cabo de un minuto comprendió que la mano de Americo absorbía el significado. Él la soltó y dando media vuelta sobre sí mismo se alejó de ella, con aquel mensaje, y cuando Maggie volvió a verle, estaba de espaldas, tal como había quedado al dejarla, con la cara orientada hacia la ventana, fija la vista fuera. Maggie se había salvado, y salió del aposento.

Capítulo XLII

Luego, por la tarde, las características que tuvo la reunión de los dos fueron, dicho sea sin exagerar, notables. Parecía que allí, en el gran salón que miraba a oriente estuvieran consultando notas o templando los nervios aprensivamente, ante la perspectiva de una rígida visita oficial. Mentalmente, en su inquietud, Maggie incluso se burlaba un poco de la ocasión. La fresca estancia de alto techo, en la sombra de la tarde, con los antiguos tapices al descubierto, con el perfecto brillo del amplio suelo reflejando los jarrones con flores, la mesa del té preparada con la plata y los manteles, motivaron que Maggie hiciera una observación en la que quedó reflejado el efecto general que la estancia producía, así como algo que se daba en el modo en que el Príncipe se movía, yendo de un lado para otro:

—¡Somos inconfundiblemente bourgeois!

Dijo estas palabras con cierto matiz de tristeza, como si recordara su antiguo vivir en comunidad. Sin embargo, un espectador suficientemente imparcial les hubiera juzgado una pareja privilegiada, de lo cual tenían reputación, siempre y cuando se tuviera en cuenta que estaban esperando la visita de personas de la realeza. Parecían dispuestos, tan pronto les dieran aviso con antelación, a ir juntos al pie de la escalinata, el Príncipe un poco adelantado, avanzando incluso hasta la puerta, e incluso descendiendo algunos peldaños, a pesar de toda su principesca presencia. Era preciso reconocer que corrían momentos propicios para que acontecieran incidentes de magnitud. La

quietud septembrina reinaba plenamente, al término del día insulso, y dos de las alargadas puertas vidrieras estaban abiertas, dando a los balcones que dominaban la desolación, a los balcones desde los que Maggie, en primavera, había visto a Americo y Charlotte juntos, mirando abajo, cuando ella regresaba del cercano Regent Park, en compañía de su padre, del Principino y de la señorita Bogle. Ahora, Americo de nuevo salió, llevado por su puntual impaciencia, un par de veces al balcón, y se quedó unos instantes en él. Después de lo cual, regresó a la estancia para comunicar que nada había avistado, y se quedó sin tener otra cosa que hacer. La Princesa fingía leer, el Príncipe la miraba al pasar ante ella, y en la conciencia de aquélla estaba permanentemente el vago recuerdo de otras ocasiones en que había disimulado las apariencias de la agitación, sirviéndose de un libro. Por fin, la Princesa se dio cuenta de que lo tenía de pie ante ella, y levantó la vista. El Príncipe dijo:

—¿Recuerdas que esta mañana, cuando me hablaste de esta visita, te he preguntado si deseabas que hiciera algo especial? Me has dicho que procurase estar en casa, pero esto se daba por supuesto.

Hizo una pausa, mientras la Princesa le miraba con el libro sobre una rodilla y la cabeza alzada. El Príncipe prosiguió:

—Me has hablado de otra cosa, de algo que casi me induce a desear que ocurra. Me has hablado de la posibilidad de quedar a solas con ella. Y si ocurre, ¿sabes para qué aprovecharé la oportunidad?

Maggie esperó en silencio y su esposo dijo:

—Lo veo con toda claridad.

—Es un asunto exclusivamente tuyo.

Pero las palabras del Príncipe la habían obligado a levantarse. Éste dijo:

—Y así será. Le diré que la engañé con mentiras.

Maggie exclamó:

—¡Ah, no!

—Y le diré que lo mismo hiciste tú.

Maggie volvió a sacudir negativamente la cabeza:

—¡Menos aún!

Y de esta manera quedaron enfrentados, el Príncipe con la cabeza erguida, y con su feliz idea, rebosando vida. Luego preguntó:

—¿Y si no se lo digo, cómo lo sabrá?

—No debe saberlo.

—¿Debe seguir creyendo que tú nada sabes?

—¿Y, en consecuencia, quedar en el convencimiento de que soy tonta? Que crea lo que quiera.

—¿Que siga creyéndolo, sin que yo proteste?

La Princesa efectuó un leve movimiento y dijo:

—¿Ya ti qué te importa?

—¿No tengo derecho a corregirla en…?

Dejó que la pregunta del Príncipe siguiera vibrando en el aire, que vibrara el tiempo suficiente para que él mismo la oyera. Y, luego, Maggie repitió:

—«¿Corregirla?».

Y, ahora, la palabra vibró realmente en la voz de Maggie, que preguntó:

—¿Has olvidado quién es?

Después, mientras el Príncipe seguía pasmado, ya que era la primera vez en su vida que había visto a su esposa comportarse de forma tan mayestática, Maggie dejó precipitadamente el libro y levantó una mano, en movimiento de alerta:

—El coche. ¡Vamos!

La lúcida firmeza de este «¡Vamos!» estuvo a la misma altura que la de sus anteriores palabras, y, cuando se hallaron abajo, en el vestíbulo, Maggie dirigió al Príncipe un «¡Ve!», a través de las puertas abiertas y por entre las filas de criados, que incluso estuvo a la altura de estas circunstancias. En consecuencia, el Príncipe, descubierta la cabeza, recibió a la realeza, encarnada en las personas del señor y la señora Verver, en el momento en que se apeaban, en tanto que Maggie se quedaba en el umbral para darles la bienvenida a la casa. Más tarde, cuando de nuevo se hallaban en la planta superior, la propia Maggie sintió todavía con más fuerza el límite que anteriormente había señalado a su marido, y, durante el té, en presencia de Charlotte, Maggie dio un largo suspiro de profundo alivio. Una vez más, era la impresión más extraña que cupiera imaginar, pero la sensación dominante que ella experimentó, durante aquella media hora, era que el señor y la señora Verver hacían todo lo preciso para que la reunión se desarrollara felizmente. Los dos actuaban de acuerdo, de común acuerdo para producir un mismo efecto, que Maggie jamás había observado en ellos, y poco tardó en llegar el momento en que la mirada de Americo se cruzó con la de Maggie, expresando un reconocimiento que no podía reprimir. La cuestión del grado de corrección en los modales que Charlotte se había impuesto se planteó y sólo quedó planteada un instante, ya que enseguida dicha cuestión desapareció, cual

hundiéndose, palmariamente, por su propio peso, tal era el grado de espontaneidad del comportamiento de Charlotte, tales fueron las muestras que de serenidad consiguió dar. Pero el matiz oficial, en su belleza y en su seguridad, jamás desapareció. Era como un fresco y alto refugio, como la profunda y arqueada hornacina en que se encuentra una imagen polícroma y dorada, en la que Charlotte estaba aposentada sonriente, esperando, mientras tomaba el té, y recordaba su misión, de acuerdo con su marido. Su misión había tomado una forma definida, y la palabra misión no era más que otro nombre con que denominar el interés de la gran oportunidad que a Charlotte se le ofrecía y que consistía en ofrecer arte y cultura a un lejano pueblo que languidecía en la ignorancia. Diez minutos antes, Maggie había comunicado con suficiente claridad al Príncipe que ella no necesitaba que le dijeran en modo alguno qué era aquello por lo que Charlotte no consentiría la tomaran, pero ahora la dificultad radicaba en elegir, a modo de explícito tributo de admiración, entre las diversas facetas más nobles de Charlotte. Aunque la expresión sea burda, podemos decir que actuaba con un buen gusto y una discreción tales que, durante el primer cuarto de hora, atrajo de tal modo la atención de nuestra joven amiga que quedó apartada de la actitud del oscurecido, casi superado, marido de aquélla. Pero, en esta ocasión, Adam Verver realmente se benefició, incluso ante su hija, de esa tan marcada peculiaridad suya consistente en carecer de actitud en todo momento, y mientras estuvieron reunidos, Maggie siguió teniendo la sensación de que su padre se limitaba a ir tejiendo su telaraña y a sostener su largo y delgado cordón, y tuvo conciencia de que se hallaba en presencia de este tácito proceso, tal como había tenido conciencia de ello en Fawns. Aquel hombre, aquel ser tan querido, tenía una muy peculiar manera de moverse, estuviera donde estuviera, en todas partes, silenciosamente, para averiguar lo que en ellas había, y el hecho de que ahora recurriera a esa costumbre, a pesar de conocer ya los objetos que tenía ante la vista, expresaba claramente su intención de dejar que su esposa se valiera por sí misma y, más aún, significaba, al entender de la Princesa, desde que pensó de una manera más directa en su padre, casi una especial conceptuación de dichos valores, tal como ahora quedaban de relieve en su rareza, juntamente con una independiente y firme apreciación de su justa y bella pertinencia, por lo que no necesitaban el acompañamiento del leve y contemplativo murmullo que, a veces, emitía el señor Verver.

Charlotte estaba sentada como en un trono, entre su anfitrión y la esposa de éste, y la escena en su integridad había quedado cristalizada, tan pronto Charlotte ocupó su lugar, con el debido porte. La armonía no era menos sostenida por ser superficial, y el único momento en que pudo quebrantarse esta armonía se produjo cuando Americo quedó en pie el tiempo suficiente para que su suegro, vagamente intrigado, le dirigiera una invitación, una

llamada, y, entonces, él, a falta de palabras con que responder, seleccionó, para ofrecerle a su visitante, una fuente de petits fours. Maggie observó —si es que ahora cabe emplear el verbo «observar»— cómo su marido ofrecía la fuente; advirtió la consumada manera —«consumado» era el término que Maggie empleaba en su fuero interno— con que Charlotte eliminaba de su afectación y de su impersonal sonrisa todo signo que delatara la más leve observación y, después, sintió como si algo se formara lentamente, algo que, al cabo de un minuto, le llegó flotando desde el otro extremo de la estancia, en donde su padre se hallaba de pie contemplando un cuadro de la primera época de la escuela florentina, y con tema sacro, que le había regalado en ocasión de contraer, Maggie, matrimonio. Parecía que su padre diera en silencio su último adiós al cuadro. A ella le constaba que era una obra que su padre tenía en excepcional estima. La ternura que le provocó el que su padre renunciara a semejante tesoro se había transformado, a su parecer en parte de la total efusión, de la inmortal expresión. La bondad de los sentimientos de su padre la contemplaba siempre con benevolencia sobre todo lo restante, cual si el marco fuera realmente la ventana del rostro espiritual de su padre. Ahora, en los presentes momentos, bien hubiera podido decirse Maggie que su padre, al dejar aquel objeto tras de él, para que ella lo conservara, hacía lo que más se parecía a dejarle una parte palpable de su propio ser. Puso una mano sobre el hombro de su padre, y sus miradas volvieron a encontrarse, y quedaron fijas así, en su inalterable felicidad; sonreían emulándose, vagamente, como si el habla no les bastara, por haber llegado los dos demasiado lejos. Y Maggie hubiera comenzado a preguntarse, al instante, si acaso, en estos últimos momentos, no les estaba reservado, como les ocurre a los viejos amigos que se reúnen demasiado a menudo, el que en su relación se produjeran lagunas de timidez.

—¿Está bien, verdad?

—Pues sí, muy bien.

El señor Verver había formulado su pregunta con referencia al cuadro, y Maggie había contestado refiriéndose también a lo mismo, pero después, durante un instante, fue como si sus palabras simbolizaran otra verdad, por lo que los dos dirigieron la vista a cuanto les rodeaba para darles esa extensión. Maggie había pasado un brazo por debajo del de su padre, y los restantes objetos que había en la estancia, los otros cuadros, los sofás, las sillas, las mesas, las arcas, las piezas «importantes», supremas cada cual en su estilo, destacaban a su alrededor, conscientemente, para ser reconocidas y alabadas. Los ojos de padre e hija se fijaban juntos, a la par, en las diversas piezas, una tras otra, apreciando su nobleza, y el señor Verver lo hacía como si de esta manera midiera la sabiduría de antiguas ideas. Las dos nobles personas conversaban sentadas ante la mesa del té, quedando así incluidas en el

espléndido efecto y en la general armonía, ya que la señora Verver y el Príncipe habían quedado, aunque fuera involuntariamente, como altas expresiones de aquella clase de muebles humanos que, estéticamente, el escenario exigía. La fusión de su presencia con los elementos decorativos, su contribución al triunfo de la selección, eran completas y admirables, aunque ante una mirada más detenida, ante una mirada más penetrante de lo que la ocasión requería, también hubieran podido figurar como concretos ejemplos de un insólito poder de adquisición. En parte, esto quedó expresado en el tono en que Adam Verver volvió a hablar, sin que se pueda saber a qué punto llegaron sus pensamientos:

—Le compte y est. Tienes unas cuantas cosas buenas.

A lo que Maggie repuso sin vacilar:

—¿Muy bellas, verdad?

Los otros dos, al oír estas palabras, centraron en ellos, durante un buen rato, su lenta conversación, una atención toda gravedad, que fue como una mayor sumisión a la general magnificencia, sentados tan quietos, para ser admirados, como dos efigies de los grandes contemporáneos en una de las plataformas del Museo de Madame Tussaud.

—No sabes cuánto me alegra que hayas venido a echar una última ojeada.

Maggie, al decir, de forma totalmente espontánea, estas palabras, había dado una nota, había dado la nota, la nota de aquel carácter extrañamente aceptado de manera definitiva, entre una y otra pareja, que casi sólo se hurtaba de ser embarazosa por no intentar ser brillante. Sí, en esto radicaba lo maravilloso, en que la ocasión rechazaba la insistencia debido a los vastos valores que la formaban, por lo que la separación se hallaba en una categoría que se hurtaba a las medidas de lejanía. Comportarse de acuerdo con lo que aquellos momentos significaban hubiera equivalido a poner en tela de juicio aquello que constituía su propia base, y ésta fue la razón por la que los cuatro permanecieron suspendidos en lo alto, en el aire, unidos por la más firme decisión de no presionar. Evidentemente, en momento alguno, hallándose cara a cara, Americo o Charlotte habían ejercido presión alguna, y Maggie, por su parte, no necesitaba recordar cuán poco era el peligro de que ella la ejerciera. Ella estaba igualmente segura de que su padre tampoco la ejercería ni siquiera con un dedo del pie. El único problema radicaba en que, como sea que su padre no coaccionaba, Maggie contenía el aliento en espera de ver qué haría.

Al término de tres minutos más, su padre, con cierta brusquedad, dijo:

—Bueno, Mag, ¿y el Principino?

Y, por contraste, estas fueron las palabras de voz dura y verdadera. Maggie

miró el reloj:

—He dicho que lo traigan a las cinco y media, y todavía no lo son. Papá, confía en el Principino, que éste no te defraudará.

La respuesta fue:

—¡Éste sí que no quiero que me defraude!

Pero el señor Verver pronunció estas palabras colocándolas en una relación tan explícitamente jocosa con las posibilidades de ser defraudado que incluso cuando, después, llevado por la impaciencia, salió al balcón, Maggie se preguntó durante breves segundos, si la realidad, en el caso de que acudiera al lado de su padre, en el balcón, la alcanzaría o se enfrentaría con ella, allí. Siguió a su padre en cumplimiento de una obligación ya que su padre casi la había invitado, al salir a aquel lugar de temporal aislamiento, a dar a los otros dos aquella oportunidad que Maggie y su marido habían comentado en tan fantásticos términos. Entonces, estando Maggie al lado de su padre, contemplando desde lo alto la gran plaza silenciosa, despejada y, ahora, casi pintoresca, con el extraño, triste, «antiguo», aspecto que adquieren las desérticas calles de Londres en los atardeceres a fines de verano, comprendió una vez más cuán imposible era que aquellos dos sostuvieran semejante conversación, ya que quedarían despedazados, sólo con que tolerasen que sus reprimidas relaciones se manifestaran en una expresión de los ojos. Hubiera sido preciso tener más en cuenta este peligro si el instinto de cada uno de los cuatro —y Maggie podía confiar en el suyo, por lo menos— no hubiera actuado de tan eficaz manera para realzar otras evidentes relaciones entre ellos, relaciones que les permitían comportarse con franqueza.

A consecuencia de la visión del claro panorama que ante sí tenía, Adam Verver dijo:

—Oye, no debes quedarte en esta casa. Desde luego, tienes Fawns a tu disposición, hasta el final de mi contrato.

Con leve desagrado, añadió:

—Sin embargo, Fawns desmantelado, con sólo la mitad de sus muebles y cosas, mucho me temo que no te parecerá un sitio especialmente alegre.

—Así es. Echaríamos en falta las cosas mejores. Sí, las mejores cosas ya no están allí. Volver a Fawns, volver a Fawns…

Hizo una pausa, obligada por la fuerza de sus pensamientos. Dijo:

—¡Volver allá, sin que quede nada bueno…!

Pero, ahora, Maggie no dudó, y expresó su idea:

—No podría soportar volver allá, sin Charlotte.

Al decir estas palabras Maggie dirigió una sonrisa a su padre, y, al instante, vio que éste se fijaba en la sonrisa, lo que le permitió hacer pasar su sonrisa por una alusión a aquello de que no había hablado, ni podía hablar. Y esta alusión era muy clara. En aquel momento, Maggie no podía ni siquiera intentar decir a su padre lo que significaría estar en Fawns, o en cualquier otra parte, echándole, a él, en falta. Ahora, esto se hallaba, y de una forma sublime y exaltada, fuera de lo posible, para ellos. Sin embargo, ¿qué estaba haciendo ahora Maggie, mientras esperaban que trajeran al Principino, mientras dejaban solos a los otros dos, y mientras su tensión crecía y les amenazaba, qué estaba haciendo, decíamos, sino ofrecer un audaz e importante mensaje que subsistía a aquel otro que era imposible? Además, lo más extraño, habida cuenta del perceptible efecto de la presencia de Charlotte, era la consciente sinceridad de las palabras de Maggie. Maggie tenía clara conciencia de la sinceridad de sus palabras, y las dijo atribuyéndoles todo su valor:

—Papá, Charlotte, y tú lo sabes, es incomparable.

Tuvieron que transcurrir treinta segundos para que Maggie comprendiera que acababa de pronunciar una de las más felices frases de su vida. Ahora los dos daban la espalda a la calle, se apoyaban en la balaustrada, y desde donde se encontraban podían ver gran parte del salón, aunque no el lugar en que se hallaban Charlotte y el Príncipe. Maggie vio inmediatamente que su padre, por mucho que lo intentara, no podría evitar que se le iluminaran los ojos. Ni siquiera lo evitó disimulando al sacar la pitillera y decir, antes que nada:

—¿Puedo fumar?

Maggie le infundió confianza diciéndole:

—¡Papá, querido!

Y, mientras su padre encendía una cerilla, ella pasó otro momento de nerviosismo que, sin embargo, en modo alguno permitió la indujera a las dudas y vacilaciones, sino que aprovechó para reiterar en voz más alta, en voz que bien podía llegar a los oídos de la pareja que se encontraba dentro:

—¡Papá, papá, Charlotte es grande!

Después de haber comenzado a fumar, el señor Verver miró a Maggie y dijo:

—Charlotte es grande.

Habían llegado a una conclusión, conclusión que, se daban cuenta, constituía una base, y sobre esta base quedaron los dos juntos, agradecidos, cada uno de ellos comunicando a los ojos del otro que sus pies se hallaban sobre una base que era firme. Esperaron un poco más, para demostrar mayormente aquella firmeza. Y en gran parte parecía que, de esta manera, el

señor Verver quisiera poner de relieve ante su hija mientras pasaban los minutos de oculta conversación entre los otros dos, que, por fin, allí estaba la razón, el porqué. El señor Verver, añadió:

—Ahora puedes ver que estaba en lo cierto. Que estaba en lo cierto, cuando lo hice por ti.

Sin dejar de sonreír, Maggie repuso:

—Desde luego.

Y, después, para demostrar que también ella estuvo en lo cierto, añadió:

—No sé qué hubiera sido de ti sin ella.

Tranquilamente, el señor Verver observó:

—Lo importante era que yo no sabía qué iba a ser de ti. Corrimos un riesgo.

Sonriendo, añadió:

—Por lo menos en cuanto a mí hacía referencia.

Sin dejar de fumar, el señor Verver dijo:

—Bueno, pues ahora vemos el resultado.

—Es cierto.

—La conozco mejor.

—La conoces mejor que nadie.

—Bueno, es natural…

Ante lo cual, mientras la verdad garantizada de estas palabras pendía en el aire —la verdad garantizada por aquél que debía decirla, exactamente en esa oportunidad creada y aceptada—, Maggie se sintió sumamente desorientada, aun cuando con una emoción más sutil de lo que jamás había experimentado, en la visión de lo que esa verdad podía significar. Esta sensación aumentó más y más, aumentó el ritmo en que ella invitaba a su padre a guardar silencio. Y cuando, al cabo de unos momentos más, el señor Verver, volviendo a fumar, y con la vista fija en lo alto, echada la cabeza hacia atrás, y las manos abiertas apoyadas en la balaustrada, en la gris y esbelta fachada de la calle, dijo: «Es hermosa, es hermosa». La sensibilidad de Maggie registró una nueva nota, el matiz de una nueva nota. Aquello era más de lo que ella hubiera podido desear, porque era, como decir con las palabras justas, la nota de la posesión del dominio, y a pesar de ello le comunicó cual nada le había comunicado hasta el presente, la realidad de la inminente separación. Se separaban, a la luz de lo últimamente hablado, de una forma absoluta, en méritos del valor de

Charlotte, aquel valor que llenaba la estancia de la que los dos habían salido, como para darle amplia palestra, y en la que quizá el Príncipe, por su parte, estaba ampliando conocimientos. Si Maggie, en tan tardío momento, hubiera deseado una cómoda categoría en la que clasificar al Príncipe, a fin de desembarazarse de él, la habría encontrado allí, en su regreso a la capacidad de reposar en altos valores. Sin embargo, por razones ignoradas, y recordando todas sus dotes, sus diversos talentos, su poderío… ¡Cuánto atesoraba Charlotte! ¿Qué otra cosa había querido decir Maggie al calificar de grande a Charlotte? Era grande ante el mundo que se hallaba ante ella. Y esto era lo que el señor Verver afirmaba debía ser. Charlotte no podía ser inútil en la aplicación del plan de su marido. Maggie era fiel a esta idea, sí, Charlotte no podía ser inútil. Y el señor Verver, para que su hija se enterase, había buscado de propósito esos momentos de intimidad con ella. En consecuencia, en todo momento, el rostro de Adam Verver estaba mirando a su hija, y, cuando sus miradas se encontraron una vez más, la alegría de Maggie se expresó con las siguientes palabras:

—Papá, es un gran éxito.

Y el señor Verver, en el instante en que el Principino, apareció solo, muy serio y con voz de pajarito saludó, al momento, dijo:

—Es un éxito, y esto, esto tampoco es un fracaso, ni mucho menos.

Pasaron al interior para recibir al muchachito, quien motivó que, al ser introducido en el cuarto por la señorita Bogle, en pie se pusieran Charlotte y el Príncipe, de forma que dicha señorita quitara toda importancia a su propia entrada. La señorita Bogle se retiró, pero la presencia del Principino, por sí sola bastó para aliviar todas las tensiones, y la secuela de esto, en la grandiosa estancia, dio al aire, diez minutos después, algo de la calidad que produce el cese de un constante rumor. La silenciosa paz, cuando la Princesa y el Príncipe regresaron de acompañar a sus visitantes hasta su coche, bien podía decirse que no había sido reinstaurada, sino creada, por lo que cuanto sucedió a continuación estaba destinado a suceder en notable silencio. Y éste fue el caso de un acto tan natural y, al mismo tiempo, tan inútil como el de Maggie al salir al balcón para seguir con la vista la partida de su padre. El coche ya no estaba al alcance de la vista, por cuanto Maggie se había tomado mucho tiempo para subir lentamente la escalinata, por lo que, durante un cierto tiempo, sólo contempló el gris espacio, sobre el cual, aunque todavía más en la estancia a sus espaldas, las sombras del ocaso se habían cernido. Allí, en un principio, su marido no se había reunido con ella, ya que, en compañía de su hijo, cogido de su mano, había subido al piso superior, mientras el niño, como de costumbre, manifestaba pródigamente observaciones dignas de los archivos de la familia. Pero los dos consiguieron presentarse protocolariamente ante la señorita Bogle. Para la Princesa no dejó de tener importancia el que su marido hubiera

quitado de en medio a su hijo, sin devolverlo al lado de su madre, pero, ahora, mientras ella se movía indecisa de un lado para otro, todo le causaba la impresión de tener tanto significado que no oía cómo el volumen del coro aumentaba más y más. Sin embargo, esto sobre todas las cosas —el hecho de estar allí, tal como estaba, esperando que el Príncipe viniera y la libertad de estar siempre juntos— era lo que tenía un significado más propio. Maggie se hallaba en el fresco crepúsculo, y lo aceptaba todo, todo cuanto tenía a su alrededor, allí donde cada cosa acechaba, como la razón que justificaba lo que había hecho. Por fin sabía, realmente, por qué, y cómo, había recibido la inspiración y la guía, por qué había sido constantemente capaz, por qué, en todo instante, su alma había estado al servicio de este fin. Allí tenía por fin el momento, el fruto dorado que había resplandecido desde lejos. Sin embargo, ¿qué eran esas cosas, en realidad, para la mano y para los labios, cuando se tocaban, cuando se cataban? ¿Qué representaban, en cuanto a recompensa? Al encontrarse más cerca de lo que jamás había estado de la justa medida de su rumbo, y ante la vista de sus actos, ella sufrió un instante de terror, de ese terror que, cuando ha habido el precedente de la incertidumbre, siempre anuncia al ser que ha de pagar la exactitud de la cuantía. Americo lo sabía. Sí, sabía la cuantía. Seguía teniéndola en su mano, y la demora de su retorno obligaba al corazón de Maggie a latir con excesiva premura, y era como una súbita luz cegadora, en una especulación enloquecida. Maggie había arrojado los dados, pero Americo los cubría con su mano.

Sin embargo, Americo abrió la puerta al fin. No había estado ausente ni siquiera diez minutos. Y en este instante, renovada la intensidad de su visión, Maggie tuvo la impresión de ver el número de los dados. Sólo su presencia, en el momento en que se detuvo para contemplar a su esposa, bastó para elevar la intensidad a su más alto punto, e incluso antes de que él empezara a hablar, Maggie empezó a ser plenamente recompensada. Y teniendo conciencia de ello ocurrió algo extraordinario. Su seguridad en sí misma había hecho menguar de tal manera su terror que, al cabo de un instante, éste se había transformado en preocupación por la ansiedad del Príncipe, una ansiedad por cuanto era profundo en su ser y por cuanto era honesto en su rostro. En cuanto hacía referencia al problema de «pagar» a Maggie, el Príncipe parecía ofrecerle íntegramente la bolsa de su dinero, para que ella tomara cuanto quisiera. Pero lo que al instante surgió en su mente en la disyuntiva entre el acto del ofrecimiento del Príncipe y su aceptación, fue la conciencia de que debía de acusar a su esposo la impresión de estar esperando una confesión. Esto, a su vez, le produjo un nuevo terror. Si esto era su justo pago, tendría que quedarse sin dinero. El conocimiento del Príncipe estaba allí, cernido, inaceptablemente monstruoso, sabiendo que sería a costa de Charlotte, ante cuya maestría de gran estilo Maggie se había inclinado deslumbrada. En consecuencia, lo único que sabía ahora era que debía estar avergonzada,

avergonzada de que se pronunciaran las palabras que se pronunciaron. En resumen, que debía renunciar a ello, allí, y de una vez para siempre.

Con la intención de explicar y de dar fin a la historia, Maggie dijo:

—¿Verdad que es espléndida?

—Realmente espléndida.

Después de cuyas palabras, el Príncipe se acercó a Maggie, quien añadió, para dar mayor solidez a su moraleja:

—Esto es lo que nos ayuda, ¿ves?

El Príncipe estaba ante ella, aceptando, o intentando aceptar, lo que Maggie tan maravillosamente le estaba dando. De insólito y patente modo, intentó complacerla, intentó adoptar la misma actitud que ella, aunque sólo consiguió, estando juntos como estaban con la cara de Maggie ante él, con sus manos en los hombros de ella, toda su actitud envolviendo a Maggie, repetir como un eco:

—«¿Ves?». Lo único que veo eres tú.

Y la verdad de estas palabras, con la fuerza que en ellas había, iluminó, al cabo de unos instantes, de tan extraña forma los ojos del Príncipe que, como impulsada por el temor y por la lástima que le inspiraban, la Princesa se tapó los suyos con el pecho de Americo.

Freeditorial